

Thomas Laqueur

La construcción del sexo

**Cuerpo y género desde los griegos
hasta Freud**



Arxiva de Biblioteques Municipals

FE



288741456

OS

La construcción del sexo

Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud

Thomas Laqueur

La construcción del sexo

Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud



Diputació
Barcelona
xarxa de municipis
Servei de Biblioteques

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUTO DE LA MUJER

Feminismos

Consejo asesor:

Giulia Colaizzi: Universidad de Minnesota / Universitat de València
María Teresa Gallego: Universidad Autónoma de Madrid
Isabel Martínez Benlloch: Universitat de València
Mercedes Roig: Instituto de la Mujer de Madrid
Mary Nash: Universidad Central de Barcelona
Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona
Amelia Valcárcel: Universidad de Oviedo
Olga Quiñones: Instituto de la Mujer de Madrid

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Para Gail y Hannah

Título original de la obra:

Making Sex

Body And Gender From The Greeks To Freud

Traducción de Eugenio Portela

Diseño de cubierta: Carlos Pérez-Bermúdez

Ilustración de cubierta: *Hombre y mujer*, de E. Munch

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

N.I.P.O.: 378-94-045-5

© 1990 Harvard University Press

Ediciones Cátedra, S. A., 1994

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 32.979-1994

I.S.B.N.: 84-376-1290-X

Printed in Spain

Impreso en Gráficas Rógar, S. A.

Pol. Ind. Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid)

Prefacio

Este libro se inició sin yo saberlo en 1977, cuando disfrutaba de un permiso en el St. Antony's College, de Oxford, investigando en lo que iba a ser una historia del ciclo de la vida. Estudiaba manuales del siglo XVII para comadronas —a la búsqueda de materiales sobre cómo se preparaba un parto— y en su lugar encontré consejos a las mujeres sobre cómo quedarse embarazadas a la primera. Comadronas y médicos parecían creer que entre las condiciones para una generación feliz se encontraba el orgasmo femenino y ofrecían diversas sugerencias para alcanzarlo. Se suponía que el orgasmo era una condición que constituía parte más o menos indispensable de la concepción. Esto me sorprendió. La experiencia debía haber mostrado que a menudo el embarazo se produce sin tal premisa; además, como historiador del siglo XIX, yo conocía los debates de los médicos sobre si las mujeres tenían o no orgasmos. En el periodo que yo mejor dominaba, lo que había sido un hecho corporal ordinario, aunque controvertido, se había convertido en un problema importante de fisiología moral.

Mi proyecto sobre el ciclo de la vida se fue disipando poco a poco. Me casé y tuve una hija. Pasé un año en una facultad de medicina en 1981-1982. La forma precisa en que esos cambios en mi vida dieron paso a este libro no está del todo clara todavía, pero sin duda ejercieron su influencia. Sus

orígenes intelectuales destacados son más evidentes: un grupo de amigos inició *Representations*; ofrecí un seminario para graduados sobre cuerpo y sociedad en la literatura del siglo XIX junto a Catherine Gallagher; me encontré con la erudición literaria e histórica feminista; mi compañero cotidiano en el descanso racional de tomar un *cappuccino*, Peter Brown, estaba trabajando en un libro sobre el cuerpo y la sociedad en la Antigüedad tardía. Al principio mi investigación se centró en la desaparición del orgasmo y lo que sigue conserva todavía ciertas huellas de esta preocupación original. Pero gradualmente la *summa voluptas* quedó asimilada en el interior de un tema más amplio, el de las relaciones entre el cuerpo y la diferencia sexual y, en general, de hecho, en la naturaleza de la diferencia sexual.

Podría parecer que ésta no suscita problemas. Parece absolutamente obvio que la biología define los sexos. ¿Qué más podría significar el sexo? Por tanto, los historiadores no tienen mucho que decir sobre la materia. Tener pene o no tenerlo lo dice todo en la mayoría de los casos y se pueden elegir además tantas diferencias como se quieran: las mujeres menstrúan y dan de mamar; las mujeres tienen un útero capaz de alojar a los hijos y los hombres carecen de este órgano y capacidad. No discuto ninguno de esos hechos aunque si hiláramos muy fino no son tan concluyentes como se pudiera pensar. Es de suponer que un hombre sin pene sigue siendo un hombre y los esfuerzos científicos para determinar de modo concluyente el sexo conducen a resultados ridículos, como en el caso de las pruebas de la configuración cromosómica de las células de la cavidad bucal por parte del Comité Olímpico.

Ciñéndonos al ámbito, sin embargo, de los hechos indiscutibles sobre los cuerpos, no se sigue históricamente ninguna comprensión concreta de la diferencia sexual. Pronto descubrí que la desaparición del placer femenino en los informes médicos sobre la concepción tuvo lugar más o menos al mismo tiempo que el cuerpo femenino dejó de ser considerado como una versión menor del masculino (modelo de un solo sexo) para pasar a ser un opuesto de mucha menor enti-

dad (modelo de dos sexos). Los orgasmos, que habían sido propiedad común, aparecían ahora separados. Los órganos que se habían considerado versiones interiores de los masculinos exteriores —la vagina como pene y el útero como escroto— se interpretaron en el siglo XVIII como de naturaleza completamente distinta. De igual modo, los procesos fisiológicos —menstruación o lactación— que se habían visto como partes de una economía común de fluidos, pasaron a entenderse como específicos de las mujeres.

Algunos de estos cambios podrían comprenderse como resultados del progreso científico —no es lo mismo la menstruación que una hemorragia por hemorroides— pero la cronología de los descubrimientos no se ajusta a los nuevos conceptos del sexo en su conjunto. Además, la propia cronología se desmoronó pronto y me enfrenté con la inesperada conclusión de que siempre se había dispuesto de un modelo de un sexo y otro de dos sexos para quienes consideraban la diferencia, y que no había forma científica de elegir entre ellos. En realidad el primero pudo ser preferido durante la Ilustración, pero el sexo único no desapareció. De hecho, cuanto más profundizaba en los documentos históricos, menos clara resultaba la división sexual; cuanto más se forzaba al cuerpo para que sirviera como fundamento del sexo, menos sólidos resultaban los límites. El proceso alcanza con Freud su indeterminación más meridiana. Lo que comenzó como una historia del placer sexual femenino y la tentativa de su desaparición se ha convertido en la historia de cómo se construyó el sexo, lo mismo que el género.

Un libro que trata de un espectro tan amplio de tiempo y de materiales como éste contrae una multitud de deudas. En primer lugar, no podría haberlo escrito —tanto porque la erudición requerida no estaba disponible como porque el tema no se hubiera acogido con seriedad— sin la revolución intelectual provocada por el feminismo desde la Segunda Guerra Mundial y en especial durante los últimos veinte años. En cierto sentido mi trabajo es una elaboración de la reivindicación de Simone de Beauvoir de que las mujeres son el segundo sexo. Tampoco hubiera podido escribirlo sin el apoyo

de mi comunidad intelectual de Berkeley y de otros lugares. Mis colegas en *Representations*, a quienes hice llegar este tema de forma semipública ya en 1983, me han ofrecido consejo, ánimo, crítica y buena compañía. Varios de mis amigos y colegas no sólo han leído mi manuscrito y me han ofrecido críticas detalladas, sino que lo han discutido conmigo incansablemente en sus muchas vicisitudes a lo largo de los años: Peter Brown, Carol Clover, Catherine Gallagher, Stephen Greenblatt, Thomas Metcalf, Randolph Starn, Irv Scheiner y Reggie Zelnik. Wendy Lesser no lo leyó completo, pero me dio su opinión sobre muchos borradores, publicó parte del Capítulo I en la *Threepenny Review* y me hizo ver con claridad las opiniones del lector profano. Mi colega David Keightley, líder de los *Yuppie Bikers*, me oyó hablar mucho sobre el sexo en nuestras excursiones y me ofreció la perspectiva de la antigua China. Marjorie Beale, Mario Biagioli, Natalie Zemon Davis, Evelyn Fox-Keller, Isabel Hull y Roy Porter me proporcionaron detallados comentarios sobre la penúltima versión del manuscrito y me ayudaron mucho a perfeccionar mis argumentos y la arquitectura del libro.

El Grupo de doctorandos sobre "Historia y Género" de Berkeley leyó también una versión y aunque no he aceptado su indicación de que descubra mis sentimientos más íntimos sobre el perverso polimorfo y el deseo erótico, he aprovechado en buena medida las agudas sugerencias y las numerosas referencias que me han facilitado Lisa Cody, Paul Friedland, Nasser Hussain y Vanessa Schwartz. También, por supuesto, un libro que cubre tantos temas en un periodo tan amplio ha tenido en cuenta a los especialistas: David Cohen, Leslie Jones y Gregory Vlastos me plantearon severas críticas al Capítulo II, de las cuales sólo he aceptado algunas. Susana Barrows, André Burguiere, William Bouwsma, Caroline Bynum, Joan Cadden, Roger Chartier, Alain Corbin, Laura Englestein, Lynn Hunt, Sarah Blaffer Hrdy, Susan Kent, Jack Lesch, Emily Martin, Regina Morantz-Sanchez, Joan Scott, Nancy Vickers y Judith Walkowitz han sido inmensamente generosos con referencias y consejos. Mis ayudantes de investigación desde principios de los ochenta —Mary McGarry,

Jonathan Clark, Eric Steinle, Ramona Curry, Jan Matlock, Catherine Kudlic, Russ Geoffrey, M. D., Alice Bullard y Dean Bell —hicieron posible que yo leyera y comenzara a entender una amplia gama de fuentes. Alexander Nehamas no sólo me contestó muchas preguntas sobre palabras griegas sino que me prestó el apoyo de un viejo amigo y la clara inteligencia de un filósofo. Mi editora Lindsay Waters, de Harvard University Press, supo ver un libro donde todavía no lo había, leyó los primeros borradores con inteligente atención y forzó con buenos modos a volver a la mesa de redacción a un autor reticente. Patricia Williams se convirtió en mi editor adoptivo —estaba entonces destacada en Berkeley— y además de echarme una mano muy oportuna me ayudó enormemente a entender lo que había que hacer para convertir lo que yo creía que era el borrador final en el libro actual. Joyce Backman fue modélica en la preparación del manuscrito: divertida, erudita y cuidadosa.

Dedico este libro a mi esposa, Gail Saliterman, quien no escribió nada pero lo leyó casi todo, y a mi hija de ocho años, Hannah, quien hace poco me hacía ver que yo había estado trabajando en el libro toda su vida. De manera demasiado profunda para expresarla, ellas han hecho posible mi obra.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre el lenguaje y la carne

Lo primero con que tropieza el observador superficial es que las mujeres no son como los hombres. Son "el sexo opuesto" (por qué "opuesto" lo desconozco; ¿cual es el "sexo vecino"?). Pero lo fundamental es que las mujeres se parecen más a los hombres que nada en este mundo.

DOROTHY L. SAYERS

"The human-not-quite-human"

Un abismo explicativo separa dos interpretaciones, alejadas cincuenta años entre sí, de la misma historia de muerte y deseo contada por un médico del siglo XVIII obsesionado con el problema de distinguir entre muerte real y aparente¹.

La historia comienza cuando un joven aristócrata, cuyas circunstancias familiares le forzaron a tomar los hábitos reli-

¹ Jacques-Jean Bruhier, *Dissertation sur l'incertitude des signes de la mort*, París, 1749, 2.^a ed., 1.74-79.

giosos, llega un día a la fonda de un pueblo. Encuentra a los posaderos abrumados de dolor por la muerte de su única hija, una muchacha de gran belleza. No iba a ser enterrada hasta el día siguiente y los afligidos padres pidieron al joven monje que velara el cuerpo durante la noche. Hizo esto y más. La noticia de su belleza había picado su curiosidad. Retiró el sudario y en lugar de encontrar el cadáver “desfigurado por los horrores de la muerte”, halló sus rasgos todavía graciosamente animados. El joven perdió el control de sí mismo, olvidó sus votos y se tomó “las mismas libertades con la muerte que le hubiera permitido en vida el sacramento del matrimonio”. Avergonzado de lo que había hecho, el infeliz monje necrófilo partió intempestivamente por la mañana sin esperar la hora del entierro.

Cuando llegó ésta, precisamente en el momento en que descendían a la fosa el ataúd que transportaba a la joven muerta, alguien apreció que algo se movía en el interior. Retiraron la tapa y la muchacha comenzó a removerse, recuperándose pronto de lo que había demostrado ser no una muerte real sino solamente un coma. Ni qué decir tiene que los padres estaban llenos de alegría de haber recuperado a su hija, aunque su placer resultó seriamente disminuido cuando descubrieron que estaba embarazada y, además, no podía dar una explicación satisfactoria de cómo había llegado a tal situación. Los posaderos, avergonzados, enviaron a la hija a un convento tan pronto como nació el niño.

Pronto los negocios hicieron volver al joven aristócrata al lugar del crimen, desconocedor de las consecuencias de su pasión pero mucho más rico y ya sin los hábitos, que había abandonado tras recibir su herencia. De nuevo encontró consternados a los posaderos y rápidamente comprendió su papel como causante del nuevo infortunio. Corrió al convento y halló que el objeto de su deseo necrofilico gozaba de mayor belleza viva que muerta. Pidió su mano y con el sacramento del matrimonio legitimó a su hijo.

La moraleja que Jacques-Jean Bruhier pide a sus lectores que extraigan de esta historia es que sólo las pruebas científicas pueden asegurar que una persona está realmente muerta y

que incluso un contacto muy íntimo con un cuerpo deja lugar al error. Pero un contemporáneo de Bruhier, el notable cirujano Antoine Louis, llegó a una conclusión muy diferente, más próxima al objeto de este libro, cuando analizó el caso en 1752². Basándose en las mismas pruebas que Bruhier aducía, mantiene Louis que nadie debería dudar de que la muchacha no estaba muerta: no parecía estarlo, como testificó el joven monje, y además quién sabe si no presentaba algunos “signos demostrativos” que mostraran su animación, signos que cualquier médico del siglo XVIII e incluso un profano podrían esperar en aquellas circunstancias.

Con anterioridad Bruhier había citado en su libro numerosos ejemplos de mujeres jóvenes aparentemente muertas que revivían y se salvaban de un entierro prematuro gracias a abrazos amorosos; el éxtasis sexual, “muerte” en el habla del siglo XVIII, se convertía para algunas mujeres en el camino hacia la vida. El amor, esa “muerte satisfactoriamente maravillosa y... separación voluntaria del alma y el cuerpo”, como lo llamara un médico inglés, guardaba de las puertas de la tumba³. Pero en este caso, a un observador del siglo XVIII le hubiera parecido extremadamente improbable que la hija de los posaderos pudiera haber concebido un hijo sin experimentar emociones, traicionando así a la muerte⁴. Cualquier libro

² Antoine Louis, *Lettres sur la certitude des signes de la mort, où l'on rassure les citoyens de la crainte d'être enterrés vivants*, París, 1752, págs. 53-54. En las páginas precedentes reproduce literalmente el texto de Bruhier.

³ John Maubray, *The Female Physician*, Londres, 1724, pág. 49. Véase Philippe Ariès, sobre la relación entre literatura erótica y literatura médica de la muerte en el siglo XVIII, París, Seuil, 1977; de esta última obra existe traducción castellana de Mauro Armiño, *El hombre ante la muerte*, 3.^a ed., Madrid, Taurus, 1987.

⁴ La concepción en estado de inconsciencia, sin embargo, no se consideraba imposible. Existe al respecto una tradición popular que valdría la pena explorar. Lot, recordémoslo, estaba tan ebrio cuando procreó sucesivamente con sus dos hijas que “no se enteró cuando cada una de ellas se acostó y se levantó” (Génesis 19.31-35). En el cuento italiano “La reina durmiente”, el hijo más joven del rey de España encuentra “una doncella

médico o las cartillas populares de comadronas y de salud, o los manuales para el matrimonio que circulaban en todos los idiomas de Europa informaban como de un lugar común que “cuando se emite la semilla en el acto de la generación [tanto del hombre como de la mujer] se presenta en el mismo momento una excitación y un regocijo extraordinarios en todos los miembros del cuerpo”⁵. Otro texto de amplia circulación dice que sin orgasmo “el bello sexo ni desearía el abrazo nupcial, ni obtendría placer en él, ni concebiría”⁶.

La mujer *debía* haberse estremecido, aunque no fuera mucho. En todo caso le hubieran traicionado sus mejillas sonrosa-

de belleza angelical” que evidentemente “había sido víctima de un hechizo mientras dormía”. Se desnuda, se acuesta a su lado y “pasa una noche deliciosa con ella sin que la joven dé muestra alguna de saber que él estaba allí”. Cuando se marcha deja una nota y ella da a luz un niño nueve meses después. Véase Italo Calvino, traducción castellana de Carlos Gardini, *Cuentos populares italianos*, Madrid, Siruela, 1990.

⁵ Nicholas Venette, *Conjugal Love; or the Pleasures of the Marriage Bed Considered in Several Lectures on Human Generation*, Londres, 1750, pág. 41; esta traducción inglesa es designada como “vigésima edición”. Hubo al menos veintitrés ediciones francesas en el siglo XVIII, ocho con anterioridad a la muerte de Venette en 1698. Véase Roy Porter, “Spreading Carnal Knowledge or Selling Dirt Cheap? Nicholas Venette’s *Tableau de l’amour conjugal* in Eighteenth-Century England”, *Journal of European Studies*, 14 (1984), 233-255.

⁶ *Aristotle’s Master Piece*, en *The Works of Aristotle the Famous Philosopher*, Nueva York, Arno Press, 1974, pág. 9; *Aristotle’s Masterpiece or the Secrets of Generation Displayed*, Londres, 1684, pág. 29. Esta obra, vagamente inspirada en los *Problemata* pseudo-aristotélicos, fue reeditada con continuidad desde mediados del siglo XV hasta la década de 1930 o quizá hasta nuestros días. Véase D’Arcy Power, *The Foundation of Medical History*, Baltimore, Williams and Williams, 1931, págs. 147-178; Roy Porter, “The Secrets of Generation Display’d: *Aristotle’s Masterpiece* in Eighteenth Century England”, número especial de *Eighteenth Century Life*, 11 (1985), 1-21; Janet Blackman, “Popular Theories of Generation: The Evolution of Aristotle’s Works”, en J. Woodward y D. Richards, eds., *Health Care and Popular Medicine in Nineteenth Century England*, Londres, Croom Helm, 1977, págs. 56-88. Hay más de veintisiete ediciones anteriores a 1820, solamente en América; véase O. T. Beall, “*Aristotle’s Masterpiece* in America: A Landmark in the Folklore of Medicine”, *William and Mary Quarterly*, 20 (1963), 207-222.

das después de la agitación del orgasmo venéreo. De esta forma, el relato de Bruhier es el de un fraude y no el de una muerte aparente; la hija de los posaderos y el monje simplemente fingieron un coma, concluye Louis, para escapar de la culpabilidad hasta el último momento posible antes del entierro.

En 1836 volvió a contarse la historia, pero ahora con un giro nuevo. Esta vez no se cuestionaba la realidad del estado de muerte comatosa aparente de la muchacha. Por el contrario, el embarazo surgido en estas condiciones era citado por el Dr. Michael Ryan como uno más entre otros casos de relación sexual con mujeres insensibles para probar que el orgasmo era innecesario para la concepción. (En otra historia, por ejemplo, un mozo de cuadra confiesa que llegó a una fonda, mantuvo contacto sexual y dejó embarazada a una joven que parecía muerta, adormecida ante el fuego, de modo que él se fue sin que despertara). Una mujer no sólo no necesita sentir placer para concebir, sino que incluso no necesita estar consciente⁷.

⁷ Michael Ryan, *A Manual of Jurisprudence and State Medicine*, Londres, 1836, 2.^a ed., págs. 246, 488. Como fuente de la historia del mozo de cuadra, Ryan señala a Robert Gooch, *A Practical Compendium of Midwifery*, Londres, 1831, y para relatos similares remite a sus lectores a E. Kennedy, *Obstetric Medicine*, Londres, 1834, que en efecto es una fuente excelente. La historia del mozo de cuadra es una variante de la del peón de la granja en el ensayo de Montaigne “De la embriaguez”: una “viuda, de casta reputación” se encuentra embarazada de forma inexplicable; promete perdonar al padre del niño, si se da a conocer, y casarse con él. Uno de los labriegos de su granja declaró “haberla encontrado [...] dormida tan profundamente cerca de su hogar y tan indecentemente que pudo aprovecharse de ella sin despertarla”, *Ensayos* de Montaigne, vol. II, edición y traducción de D. Picazo y A. Montojo, Madrid, Cátedra, 1987, pág. 22. Los relatos de este tipo no se convirtieron en pruebas de verdades generales sobre la relación del orgasmo con la concepción hasta el siglo XIX. Véase también “La Marquesa de O...”, de Heinrich von Kleist, en la cual la protagonista también se encuentra inexplicablemente encinta. Mary Jacobus ofrece una interesante interpretación de esta historia en “In Parenthesis: Immaculate Conception and Feminine Desire”, *Body/Politics: Women and the Discourses of Science*, ed. Mary Jacobus, Evelyn Fox Keller y Sally Shuttleworth, Londres, Routledge, 1990, págs. 11-28.

Hacia el final de la Ilustración, en el periodo que media entre las dos versiones del relato de la hija de los posaderos, la ciencia médica y quienes en ella confiaban dejaron de considerar el orgasmo femenino como hecho relevante para la generación. Se afirmaba que la concepción podía tener lugar discretamente, sin signos reveladores ni consciencia; se erradicó así la antigua sabiduría “nada mortal llega a existir sin el placer”⁸. Habiendo sido antes una señal del proceso de la generación, profundamente enraizada en los cuerpos de hombres y mujeres, una sensación cuya existencia no se discutía más que el bienestar cálido y placentero que acompaña a una buena comida, el orgasmo quedaba relegado a la esfera de una mera sensación, a la periferia de la fisiología humana —accidental, prescindible, una gratificación contingente del acto de la reproducción.

Esta reorientación se aplicó en principio al funcionamiento sexual de hombres y mujeres. Pero ningún autor que haya escrito lo suficiente sobre tales materias ha mantenido nunca la idea de que las pasiones masculinas y el placer en general no existan o que el orgasmo no acompañe a la eyacuación durante el coito. No sucede lo mismo con las mujeres. (La recién “descubierta” contingencia del deleite abrió la posibilidad de la pasividad femenina y de la “impasibilidad”⁹. La pretendida independencia entre generación y placer creó un espacio en el que la naturaleza sexual de las mujeres podía ser redefinida, debatida, negada o limitada. Y así lo fue, desde luego, de forma interminable.)

Los viejos valores fueron abatidos. El tópico de buena parte de la psicología contemporánea —que los hombres de-

⁸ Filón, *Legum allegoriae*, 2.7, citado en Peter Brown, “Sexuality and Society in the Fifth Century A. D.: Augustine and Julian of Eclanum”, *Tria corda: Scritti in onore di Arnaldo Momiglian*, ed. Gabba, Como, New Press, 1983, pág. 56.

⁹ Tomo el término “impasibilidad” y el análisis de su significado político a principios del siglo XIX del artículo pionero de Nancy Cott, “Passionlessness: An Interpretation of Victorian Sexual Ideology, 1790-1850”, *Signs*, 4.2 (1978), 219-236.

sean el sexo mientras que las mujeres desean relaciones— es precisamente la inversión de las ideas preilustradas que, hasta en la Antigüedad, habían asociado la amistad con los hombres y la sexualidad con las mujeres. Las mujeres, cuyos deseos no conocían límites en el viejo estado de cosas y cuya razón ofrecía tan escasa resistencia a la pasión, pasaron a ser en muchas descripciones criaturas cuya vida reproductora completa podía transcurrir insensible a los placeres de la carne. Cuando a finales del siglo XVIII se apuntó la posibilidad de que “la mayoría de las mujeres no se preocuparan mucho de las sensaciones sexuales”, la presencia o ausencia de orgasmo se convirtió en un indicador biológico de la diferencia sexual.

El nuevo concepto del orgasmo femenino, sin embargo, no fue sino la formulación más radical de la reinterpretación del siglo XVIII acerca del cuerpo femenino en relación con el masculino. Durante miles de años había sido un lugar común que las mujeres tenían los mismos genitales que los hombres, a excepción de que, como decía Nemesius, obispo de Emesa, en el siglo cuarto: “los suyos están en el interior del cuerpo y no en el exterior”¹⁰. Galeno, que en el siglo II d.C. desarrolló el modelo más aceptado y duradero de la identidad estructural, aunque no espacial, de los órganos reproductores masculinos y femeninos, demostró finalmente que las mujeres eran esencialmente hombres en los cuales una falta de calor vital —de perfección— se había traducido en la retención, en el interior, de las estructuras visibles en el hombre. De hecho, los cantares de ciego de comienzos del siglo XIX se refieren todavía a esas viejas homologías, mucho después de que hubieran desaparecido de los textos cultos:

aunque son de sexo diferente,
en el fondo son como nosotros,
porque los estudiosos más doctos,
saben que las mujeres son hombres vueltos del revés¹¹.

¹⁰ Nemesius de Emesa, *On the Nature of Man*, ed. William Tefler, Filadelfia, Westminster Press, 1955, pág. 369.

¹¹ *Aristotle's Master Piece*, ed. Arno Press, pág. 3.

En este planteamiento se concibe la vagina como un pene interior, los labios como el prepucio, el útero como escroto y los ovarios como testículos. El docto Galeno podía citar las disecciones del anatomista alejandrino Herófilo, del siglo tercero a.C., para apoyar su afirmación de que una mujer tiene testículos acompañados de conductos seminales como los del hombre, uno a cada lado del útero, con la única diferencia de que los del hombre se alojaban en el escroto y los de la mujer no¹².

(El lenguaje muestra el panorama de la diferencia sexual.) Durante dos milenios, el ovario, órgano que a principios del siglo XIX se convirtió en sinécdoque de la mujer, careció de nombre propio. Galeno se refiere a él con la misma palabra que utiliza para los testículos masculinos, *orcheis*, siendo el contexto lo que aclara de qué sexo se está hablando. Herófilo había llamado *didymoi* (gemelos) a los ovarios, otra palabra griega habitual para designar los testículos, y fue tan lejos en el modelo mujer-como-hombre que consideró que las trompas de Falopio —los conductos espermáticos que nacen en cada “testículo”— crecían en el cuello de la vejiga como hacen en los hombres los conductos espermáticos¹³. Está claro que no es así. Galeno puso de manifiesto este error, sorprendido de que lo hubiera cometido un observador tan cuidadoso, pero la corrección no afectó al estatus del sistema en su conjunto. Tampoco hubo un término técnico en griego o en latín, ni tampoco en las lenguas vernáculas europeas hasta aproximadamente 1700, para designar la vagina como el tubo o vaina en el cual su opuesto, el pene, se introduce y a través del cual nace el niño.

Más tarde, a finales del siglo XVIII, por utilizar la misma figura que Virginia Woolf, la naturaleza sexual humana cambió. En este punto, al menos, están de acuerdo autores tan

¹² Galeno, *De semine*, 2.1, en *Opera omnia*, ed. C. G. Kuhn, 20 vols., Leipzig, 1821-1833, 4.596.

¹³ Heinrich von Staden, *Herophilus: The Art of Medicine in Early Alexandria*, Cambridge University Press, 1989, págs. 168, 185-186, 234.

distintos teóricamente entre sí como Michel Foucault, Ivan Illich y Lawrence Stone¹⁴. Hacia 1800, escritores de toda índole se mostraron decididos a basar lo que insistían en considerar diferencias fundamentales entre los sexos masculino y femenino, o lo que es lo mismo, entre hombre y mujer, en distinciones biológicas observables y a expresarlas con una retórica radicalmente diferente. En 1803, por ejemplo, Jacques-Louis Moreau, uno de los fundadores de la “antropología moral”, se oponía apasionadamente a los escritos sin sentido de Aristóteles, Galeno y sus seguidores modernos en el tema de las mujeres en relación con los hombres. No sólo son sexos diferentes, sino que son distintos en todos los aspectos imaginables del cuerpo y del alma, en todos los aspectos físicos y morales. Para el médico y el naturalista, la relación de la mujer con el hombre es “una serie de oposiciones y contrastes”¹⁵. En lugar de lo que en algunas situaciones llama la atención a la imaginación moderna, que con insistencia casi perversa trata de comprender la diferencia sexual como un asunto de grados, niveles distintos de un tipo masculino básico, se alzaron voces estridentes para denunciar distinciones corporales muy marcadas. Los médicos se proclamaban capacitados para identificar “las características esenciales de la mujer, lo que sirve para distinguirlas, lo que les hace ser como son”:

Todas las partes de su cuerpo presentan las mismas diferencias: todas expresan a la mujer; la frente, la nariz, los ojos, la boca, las orejas, la barbilla, las mejillas. Si dirigimos nuestra mirada al interior y con la ayuda del escalpelo dejamos al descubierto los órganos, los tejidos,

¹⁴ Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, París, Gallimard, 1976; traducción castellana de Miguel Guñazú, *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 1978; Lawrence Stone, *Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Nueva York, Harper and Row, 1977; Ivan Illich, *Gender*, Nueva York, Pantheon, 1982.

¹⁵ Jacques-Louis Moreau, *Histoire naturelle de la femme*, vol. 1, París, 1803, pág. 15, quien expone el tema a lo largo de todo el volumen.

las fibras, encontramos en todas partes... la misma diferencia¹⁶.

(De este modo, el viejo modelo, en el que hombres y mujeres se ordenaban según su grado de perfección metafísica, su calor vital, a lo largo de un eje de carácter masculino, dio paso a finales del siglo XVIII a un nuevo modelo de dimorfismo radical, de divergencia biológica. Una anatomía y una fisiología de lo inconmensurable sustituyó a una metafísica de la jerarquía en la representación de la mujer en relación con el hombre.)

A finales del siglo XIX se adujo que la nueva diferencia no podía demostrarse en los cuerpos visibles sino en los elementos microscópicos que los constituían. La diferencia sexual en clase, no en grado, parecía sólidamente basada en la naturaleza. Patrick Geddes, eminente profesor de biología así como urbanista y autor sobre temas sociales muy variados, recurrió a la fisiología celular para explicar el “hecho” de que las mujeres eran “más pasivas, conservadoras, perezosas y estables” que los hombres, mientras que éstos eran “más activos, enérgicos, entusiastas, apasionados y variables”. Pensaba que con raras excepciones —el caballito de mar, algunas especies de pájaros poco frecuentes— los machos estaban constituidos por células catabólicas, células que consumen energía. Se gastan el sueldo, en una de las metáforas favoritas de Geddes. Las células femeninas, por su parte, eran anabólicas; almacenaban y conservaban la energía. Y aunque admitía que no podía elaborarse totalmente la conexión entre esas diferencias biológicas y las “diferenciaciones psicológicas y sociales resultantes”, justificaba no obstante los respectivos roles culturales de hombres y mujeres con una audacia pasmosa. Las diferencias pueden ser exageradas o disminuidas, pero para suprimirlas “sería necesario que comenzara de nue-

¹⁶ J. L. Brachet, *Traité de l'hysterie*, París, 1847, págs. 65-66, citado en Janet Beizer, “The Doctor’s Tale: Nineteenth Century Medical Narratives of Hysteria”, manuscrito.

vo la evolución sobre nuevas bases. Lo que se decidió entre los protozoos prehistóricos no puede anularse por una ley del Parlamento”¹⁷. Los organismos microscópicos que pululaban en el cieno primordial determinaron las diferencias irreductibles entre los sexos y el lugar de cada uno de ellos en la sociedad.

(Estas formulaciones sugieren un tercer aspecto del cambio, todavía más general, en el significado de la diferencia sexual. La opinión dominante, aunque de ningún modo unánime, desde el siglo XVIII, había sido que había dos sexos opuestos estables, no sujetos a medida, y que las vidas política, económica y cultural de hombres y mujeres, sus roles de género, están de algún modo basados en esos “hechos”.) Queda entendido que la biología —el cuerpo estable, ahistórico, sexuado— es el fundamento epistemológico de las afirmaciones normativas sobre el orden social. Con un comienzo marcado en la Ilustración, hubo una avalancha aparentemente interminable de libros y capítulos de libros cuyos mismos títulos desmienten su compromiso con esta nueva visión de la naturaleza y la cultura: el *Système physique et moral de la femme*, de Roussel, el capítulo de Brachet sobre “Études du physique et du moral de la femme”, el escueto y poco comprometido *Sex* de Thompson y Geddes. El mundo físico “real” en esas obras y en otros cientos como ellas, es previo a las reivindicaciones hechas en su nombre y lógicamente independiente de ellas.

Desde los autores griegos primitivos podríamos distinguir con facilidad naturaleza de cultura, *physis* de *nomos* (aunque esas categorías fueron creadas en un momento concreto y tuvieron luego diferentes significados)¹⁸. Mientras reunía y ela-

¹⁷ Patrick Geddes y Arthur Thompson, *The evolution of sex*, Londres, 1889, pág. 266. Geddes y su colega desarrollaron más tarde la idea de que “los sexos difieren fundamentalmente en la relación vital (*life-ratio*) de cambios anabólicos y catabólicos”, en *Sex*, Londres, Williams and Norgate, 1914, págs. 77-80.

¹⁸ John J. Winkler, “Laying Down the Law: The Oversight of Men’s Sexual Behavior in Classical Athens”, en David Halperin, John J. Winkler

boraba el material que forma este libro, tuve cada vez más claro que es muy difícil leer los textos antiguos, medievales y renacentistas sobre el cuerpo con la óptica epistemológica de la Ilustración, a través de la cual el mundo físico —el cuerpo— se presenta como “real”, mientras que sus significados culturales son epifenómenos. En esos textos, los cuerpos tienen características extrañas, extraordinarias e imposibles para el lector moderno. En futuras generaciones, escribe Orígenes, “el cuerpo se hará menos ‘delgado’, menos ‘coagulado’, menos ‘duro’”, en la medida en que el espíritu se levante hacia Dios; los propios cuerpos físicos habrían sido radicalmente diferentes antes del pecado original, imagina Gregorio de Nisa: el hombre y la mujer coexistían con la imagen de Dios y la diferenciación sexual ocurrió solamente como representación en la carne de la caída de la gracia¹⁹. (En una guía urdu para mujeres del siglo XIX, firmemente anclada en la medicina galénica, el profeta Mohammed figura todavía a la cabeza de la lista de mujeres ejemplares²⁰.) Caroline Bynum escribe sobre mujeres que en imitación de Cristo recibieron estigmas, o no necesitaron alimentos o cuya carne no hedía durante la putrefacción²¹. Hay numerosos relatos de hombres de los que se dice que amamantaron y cuadros del niño Jesús con pechos. Las chicas podían convertirse en muchachos y los hombres que se relacionaban en exceso con mujeres podían perder la firmeza y definición de sus cuerpos, más perfectos, y retroceder hasta hacerse afeminados. La cultura, en resumen, impregnó y cambió el cuerpo, que a la sensibilidad

y Froma Zeitlin, eds., *Sex Before Sexuality*, Princeton, Princeton University Press, 1990, págs. 171-209.

¹⁹ Peter Brown, *The Body and Society: Men, Women, and Sexual Renunciation in Early Christianity*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, págs. 167-168, 294-295.

²⁰ Barbara Metcalf, *Perfecting Women: Maulana Ashraf 'Ali Bihisti Zewar*, Berkeley, University of California Press, 1990.

²¹ Caroline Bynum, *Holy Feast and Holy Famine: The Religious Significance of Food to Medieval Women*, Berkeley, University of California Press, 1987.

moderna le parece tan acabado, autárquico y fuera del alcance del significado.)

Desde luego, podría negarse que tales cosas sucedieron, leerlas como totalmente metafóricas o dar explicaciones individuales y naturalistas a estos extraños sucesos: la joven que corría tras su cerdo cuando de repente le crecieron pene y escroto externos, caso del que informan Montaigne y el cirujano del siglo XVI Ambroise Paré como ejemplo de cambio de sexo, realmente sufría de una deficiencia de dihidrotestosterona andrógena; siempre había sido realmente un muchacho que desarrolló los órganos externos masculinos en la pubertad, aunque seguramente no de forma tan precipitada como estos relatos hacen creer²². Sin embargo, ésta es una aproximación inconsciente, ahistórica y empobrecedora a la amplia y compleja literatura sobre el cuerpo y la cultura.

En lugar de esto, quiero proponer que en esos textos pre-ilustrados e incluso en otros posteriores, (el *sexo*, o el cuerpo, sea entendido como el epifenómeno, mientras que el *género*, que aceptaríamos como categoría cultural, sería primario o “real”. El género —hombre y mujer— interesaba mucho y formaba parte del orden de las cosas; el sexo era convencional, aunque la terminología moderna haga que tal reordenación carezca de sentido. Al comienzo, lo que llamamos sexo y género estaban explícitamente vinculados en el “modelo de sexo único” dentro de un círculo de significados desde el que era imposible escapar a un supuesto sustrato biológico —la estrategia de la Ilustración. En el mundo del sexo único es precisamente donde resultaba más directo hablar de la biología de los dos sexos, porque estaba incorporada en la política del género, en la cultura. Ser hombre o mujer significaba tener un rango social, un lugar en la sociedad, asumir un rol

²² Este desorden genético es común en tres aldeas de la República Dominicana, donde se conoce como la condición del “pene a los doce años”. Véase Julianne Imperato-McGuinley *et al.*, “Steroid 5-Alpha-Reductase Deficiency in Man: An Inherited Form of Male Pseudo-Hermaphroditism”, *Science*, 186 (1974), 1213-15.

cultural, no *ser* orgánicamente de uno u otro de dos sexos inconmensurables. En otras palabras, con anterioridad al siglo XVII, el sexo era todavía una categoría sociológica y no ontológica.)

¿Cómo tuvo lugar el cambio de lo que he llamado modelo de un sexo/carne al modelo de dos sexos/carne? ¿Por qué, por abordar primero el caso más específico, el deseo sexual y su satisfacción —en concreto el deseo sexual femenino— se hizo irrelevante para la comprensión de la concepción? (Me parece que éste es el paso necesario para crear el modelo de mujer desapasionada, en claro contraste biológico con el hombre.) La respuesta obvia sería la marcha del progreso; la ciencia puede no ser capaz de explicar la política sexual, pero puede proporcionar las bases sobre las que teorizar. Los antiguos, por tanto, estaban sencillamente equivocados. En la hembra humana y en la mayor parte de los demás mamíferos —aunque no en conejos, visones y hurones— la ovulación es *de hecho* independiente de la relación sexual, por no hablar del placer. El Dr. Ryan tenía razón en su interpretación de la historia de la hija de los posaderos, en que las mujeres en estado de inconsciencia pueden concebir y que el orgasmo nada tiene que ver en ello. Angus McLaren trata esencialmente de este caso cuando afirma que a finales del siglo XVIII, “los derechos de la mujer al placer sexual no eran valorados y más bien fueron minimizados como consecuencia inesperada de la elaboración de modelos más sofisticados de reproducción”²³. Esther Fischer-Homberger sugiere que una nueva comprensión de la contribución particular femenina a la reproducción acompañó la devaluación de la procreación. Su estatus declinó, por así decirlo, cuando se constituyó en un trabajo exclusivo de la mujer. De este modo podría afirmarse que los nuevos descubrimientos en la biología de la reproduc-

²³ Angus McLaren, “The Pleasures of Procreation: Traditional and Bio-Medical Theories of Conception”, en W. F. Bynum y Roy Porter, eds., *William Hunter and the Eighteenth-Century Medical World*, Cambridge, University Press, 1985, pág. 340.

ción llegaron justo a tiempo; la ciencia parecía conectar con las demandas de la cultura²⁴.

Pero de hecho tales descubrimientos no tuvieron lugar. Los progresos científicos no trajeron consigo el decaimiento del orgasmo femenino. En realidad, hacia 1840 se puso de manifiesto que al menos en los perros la ovulación podía tener lugar sin coito y, por tanto, presumiblemente sin orgasmo. Se postuló de inmediato que la hembra humana, como la canina, era una “ovuladora espontánea”, que producía un huevo durante el calor periódico que en las mujeres se conoce como el periodo. Pero las pruebas disponibles para esta verdad a medias eran cuanto menos débiles y sumamente ambiguas. La ovulación, como manifestaba uno de los investigadores pioneros del siglo XX en biología de la reproducción, “es callada y oculta: ni la autoobservación por las mujeres ni los estudios médicos de todos los siglos anteriores a nuestro tiempo nos han enseñado a reconocerla”²⁵. En efecto, los libros habituales de consejos médicos recomendaban que para evitar la concepción las mujeres debían tener sus relaciones a mediados de su ciclo menstrual, durante los días doce al dieciséis, conocidos ahora como el periodo de *máxima* fecundidad. Hasta los años 30 de nuestro siglo, se desconocían incluso las líneas generales de nuestra moderna comprensión del control hormonal de la ovulación.

En resumen, los avances positivos de la ciencia parecen haber tenido poco que ver con los cambios en la interpreta-

²⁴ Esther Fischer-Homberger, “Herr und Weib”, *Krankheit Frau und andere Arbeiten zur Medizingeschichte der Frau*, Berna, Huber, 1979. Esta justificación de la disminución del estatus social de la procreación forma parte de un argumento complejo sobre la disminución de la importancia de la potencia sexual en los hombres y la significación cada vez mayor de su potencia “mental”, que la autora considera un indicador del cambio como signo del estatus desde la familia a las funciones públicas. De forma creciente, los médicos consideraron el sistema nervioso y el cerebro como la estructura organizativa del cuerpo humano; la reproducción, vista ahora como un proceso femenino, decayó como signo de estatus.

²⁵ George W. Corner, “The Events of the Primate Ovarian Cycle”, *British Medical Journal*, 4781 (23 de agosto de 1952), 403.

ción de la historia de la hija de los posaderos. La reevaluación del placer tuvo lugar más de un siglo antes de que la fisiología reproductora pudiera venir en su apoyo con algún tipo de autoridad merecida. Subsiste así la cuestión de por qué, antes del siglo XIX, los comentaristas interpretaron la concepción sin orgasmo como excepcional, una rareza que nada probaba, mientras que después tales casos fueron considerados perfectamente normales e ilustrativos de una verdad general en relación con la reproducción.

Pese a la desaparición del orgasmo en la fisiología reproductora, el cambio más general en la interpretación de los cuerpos del hombre y la mujer no puede deberse, ni siquiera en principio, al progreso científico. En primer lugar, "las oposiciones y contrastes" entre la mujer y el hombre, si deseamos interpretarlas como tales, han estado claras desde el principio de los tiempos: uno de ellos pare y el otro no. La comparación de esas verdades trascendentales, por ejemplo, con el descubrimiento de que la arteria del ovario no es, como Galeno considerara, la versión femenina del vaso deferente, es de una importancia relativamente menor. Lo mismo puede decirse de los "descubrimientos" de la investigación más reciente sobre determinantes naturales o insignias de la diferencia sexual, de tipo bioquímico o neurológico. Como ha documentado Anne Fausto-Sterling, simplemente no se informa sobre una gran cantidad de datos negativos que demuestran que no hay diferencias regulares entre sexos²⁶. Además, que existan pruebas de diferencias biológicas correlacionadas con la conducta genérica es altamente sospechoso por una serie de razones metodológicas o de ambigüedad, o bien son testimonios favorables al concepto de Dorothy Sayers de que hombres y mujeres son vecinos muy próximos en realidad, si es que todo aquello pudiera probar algo.

²⁶ Anne Fausto-Sterling, *Myths of Gender*, Nueva York, Basic Books, 1985. Este libro no se interesa tanto en desmitificar los estudios sobre la diferencia biológica como en mostrar que las llamadas diferencias sexuales en la conducta son de hecho diferencias de género.

Hay que aceptar que la diferencia y la semejanza, más o menos recóndita, está en todas partes; pero cuáles de ellas se tienen en cuenta y con qué objetivo es algo que se determina fuera de la investigación empírica. (El hecho de que en un momento dado el discurso dominante interprete los cuerpos masculino y femenino de forma jerárquica, verticalmente, como versiones ordenadas de un sexo y que en otro momento lo haga como opuestos ordenados horizontalmente, sin posibilidad de medida, ha de depender de algo distinto a la gran constelación de descubrimientos reales o supuestos.)

Además, los progresos del siglo XIX en anatomía del desarrollo (teoría de las hojas germinales) subrayaban los orígenes comunes de ambos sexos en un embrión morfológicamente andrógino y, por tanto, sin diferencias intrínsecas. En efecto, los isomorfismos galénicos de los órganos masculinos y femeninos fueron rearticulados como homólogos hacia 1850 a nivel embriológico: pene y clítoris, labios y escroto, ovario y testículos, los científicos descubrieron y aceptaron los orígenes comunes en la vida fetal. Se aportaban así pruebas científicas en apoyo de la antigua opinión y esto debería haber sido culturalmente relevante. O, a la inversa, nadie estaba muy interesado en buscar pruebas de los dos sexos distintos en diferencias anatómicas y fisiológicas concretas entre hombres y mujeres, hasta que tales diferencias se hicieron políticamente importantes. Por ejemplo, hasta 1759 nadie se molestó en reproducir un esqueleto femenino detallado en un libro de anatomía para ilustrar su diferencia del masculino. Hasta ese momento sólo había habido una estructura para el cuerpo humano y esa estructura era masculina²⁷. Y cuando se descubrieron esas diferencias, en la misma forma de su representación estaban ya profundamente marcadas por el poder político del género.

En lugar de ser consecuencia del aumento de conocimientos científicos específicos, las nuevas formas de interpre-

²⁷ Véase Londa Schiebinger, *The Mind Has No Sex? Women in the Origins of Modern Science*, Cambridge, Harvard University Press, 1989, págs. 191-200.

tar el cuerpo eran resultado de dos desarrollos más amplios, distintos desde una perspectiva analítica pero no desde la histórica: una epistemológica y política la otra. A finales del siglo XVII, en ciertos contextos concretos, el cuerpo ya no se consideraba como un microcosmos de otro orden mayor, en el que cada fracción de la naturaleza se situaba en significados según estratos superpuestos. La ciencia ya no generaba jerarquías de analogías, semejanzas que implicaban al mundo entero en cada empresa científica, sino que ahora creaba un cuerpo de conocimientos que, como dice Foucault, era al mismo tiempo infinito y mísero²⁸. (El sexo, tal como ha sido considerado desde la Ilustración —como fundamento biológico de lo que es ser macho o hembra— fue posible por este cambio epistemológico.)

(Pero la epistemología no produce dos sexos opuestos por sí misma; eso sólo lo pueden hacer ciertas circunstancias políticas. La política, entendida en sentido amplio como competencia por el poder, genera nuevas formas de constituir el sujeto y las realidades sociales en que los humanos viven. Este planteamiento formal incide necesariamente sobre la sexualidad y el orden social que la representa y legitima.) “La sociedad”, escribe Maurice Godelier, “muestra la sexualidad del cuerpo”²⁹.

Las antiguas consideraciones de la biología reproductora, vigentes todavía a principios del siglo XVIII, vinculaban las cualidades íntimas de la experiencia del goce sexual con el orden social y cósmico. De un modo más general, la biología y la experiencia sexual humana se miraban en el espejo de la realidad metafísica, en la cual, se pensaba, residía el orden social. La nueva biología, en su búsqueda de diferencias fundamentales entre sexos, de las cuales formaba parte la angustiosa cuestión del placer sexual de las mujeres, surgió precisa-

²⁸ Michel Foucault, *Les Mots et les Choses*, París, Gallimard, 1966; versión española, *Las palabras y las cosas*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.

²⁹ Maurice Godelier, “The Origins of Male Domination”, *New Left Review*, 127 (mayo-junio 1981), 17.

mente en el momento en que los fundamentos del viejo orden social eran sacudidos quizá definitivamente.

Pero los cambios sociales y políticos no son por sí mismos la explicación para la reinterpretación de los cuerpos. (El crecimiento de la religión evangélica, la teoría política de la Ilustración, el desarrollo de nuevos tipos de espacios públicos en el siglo XVIII, las ideas de Locke sobre el matrimonio como contrato, las drásticas posibilidades de cambio social abiertas por la Revolución francesa, el conservadurismo post-revolucionario, el feminismo subsiguiente a la Revolución, el sistema fabril con su reestructuración de la división sexual del trabajo, el crecimiento de una economía de libre mercado de servicios y mercancías, el nacimiento de las clases, todas estas cosas influyeron por sí mismas o en combinación: ninguna de ellas fue causa de la construcción de un nuevo cuerpo sexuado.) Antes bien, la reconstrucción del cuerpo es intrínseca a cada uno de esos desarrollos.

Este libro, por tanto, trata de la construcción no del género, sino del sexo. No tengo interés en negar la realidad del sexo o del dimorfismo sexual como proceso evolutivo. Pero deseo mostrar, sobre la base de pruebas históricas, que casi todo lo que se desea decir sobre el sexo —como quiera que se entienda éste— ya ha sido reivindicado para el género. (El sexo, tanto en el mundo de un sexo como el de dos sexos, depende de su situación; sólo puede explicarse dentro del contexto de las batallas en torno al género y el poder.)

En gran medida, mi libro y la erudición feminista en general están inseparablemente unidos a las tensiones de esta formulación: entre el lenguaje por una parte y la realidad extralingüística por otra; entre naturaleza y cultura; entre el “sexo biológico” y el sinfín de indicadores sociales y políticos de la diferencia³⁰. Permanecemos en suspenso entre el

³⁰ Para tres formulaciones recientes y diversas de esta cuestión, véase Evelyn Fox Keller, “The Gender/Science System: or, Is Sex to Gender as Nature Is to Science?”, *Hypathia*, 2 (otoño, 1987), 37-49; Donna Haraway, “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, *Feminist Studies*, 14 (otoño 1988), 575-599;

cuerpo como esa masa de carne extremadamente frágil, sensible y pasajera con la que todos estamos familiarizados —demasiado familiarizados— y el cuerpo que de forma tan irremisible está vinculado a sus significados culturales como para impedir un acceso no mediatizado.

La distinción analítica entre sexo y género presta voz a esas alternativas y siempre ha sido precaria. Al margen de aquellas que eliminan el género afirmando que las diferencias llamadas culturales son realmente naturales, ha habido una poderosa tendencia entre las feministas a vaciar el sexo de contenido afirmando, por el contrario, que las diferencias naturales son realmente culturales. Ya en 1975, en el clásico informe de Gayle Rubin sobre cómo un sistema social sexo/género “transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana”, la presencia del cuerpo está tan velada que casi parece oculta³¹. Sherry Ortner y Harriet Whitehead disminuyeron la prioridad del cuerpo sobre el lenguaje con el uso consciente de las comillas en torno a “datos” en la afirmación de que “lo que es el género, lo que son hombres y mujeres... no es un reflejo o una simple elaboración de ‘datos’ biológicos, sino que en gran medida son productos de procesos sociales y culturales”³². “También es peligroso situar el

Linda Alcoff, “Cultural Feminism versus Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory”, *Signs*, 13 (primavera 1988), 405-436.

³¹ Gayle Rubin, “The Traffic in Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex”, en Rayna R. Reiter, ed., *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York, Monthly Review Press, 1975, págs. 158-159. En palabras de Nancy F. Cott: “El feminismo no es sino paradójico. Aspira a las libertades individuales mediante la movilización de la solidaridad de sexo. Reconoce la diversidad entre las mujeres mientras postula que las mujeres reconozcan su unidad.” Véase su “Feminist Theory and Feminist Movements: The Past Before Us”, en Juliet Mitchell y Ann Oakley, eds., *What is Feminism: A Re-Examination*, Nueva York, Pantheon, 1986, página 49.

³² Sherry B. Ortner y Harriet Whitehead, “Introduction: Accounting for Sexual Meanings”, en Ortner y Whitehead, eds., *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge, University Press, 1981, pág. 1.

cuerpo en el centro de una búsqueda de la identidad femenina”, dice un manifiesto feminista francés³³.

¿Pero si no el cuerpo, entonces qué? Bajo la influencia de Foucault, versiones diversas de la deconstrucción, el psicoanálisis lacaniano, y en general, el postestructuralismo, amenazan con desaparecer por completo³⁴. (La deconstrucción del significado estable en los textos puede considerarse como el caso general de la deconstrucción de la diferencia sexual: “¿Qué puede significar ‘identidad’ e incluso ‘identidad sexual’ en un nuevo espacio teórico y científico en el que se pone en duda la propia noción de identidad?”, escribe Julia Kristeva)³⁵. Estas estrategias han comenzado a tener un impacto real entre los historiadores. Para Joan Scott, por ejemplo, el género no es una categoría que media entre la diferencia biológica fijada, por un lado, y las relaciones sociales históricamente contingentes, por otro. Más bien incluye al propio tiempo biología y sociedad: “elemento constitutivo de relaciones sociales basadas en *las diferencias percibidas entre los sexos...* forma primaria de las relaciones *significativas del poder*”³⁶.

Pero las feministas no necesitan de la filosofía francesa para rechazar la distinción sexo/género. Por razones bastante diferentes, Catharine MacKinnon sostiene de forma explícita que el género es la división entre hombres y mujeres causada “por los requerimientos sociales de la heterosexualidad, que institucionaliza el dominio sexual del varón y la sumisión se-

³³ “Variations on Common Themes”, en Elaine Marks e Isabelle de Courtivron, eds., *New French Feminisms*, Nueva York, Schocken, 1981, pág. 218.

³⁴ Además de Alcoff, citada en la nota 30 *supra*, véase Joan W. Scott, “Deconstructing Equality versus Difference: Or, the Uses of Post-Structuralist Theory for Feminism”, y Mary Poovey, “Feminism and Deconstruction”, en *Feminist Studies*, 14 (primavera 1988), 33-50, 50-66.

³⁵ Julia Kristeva, “Women’s Time”, trad. Alice Jardine y Harry Blake, *Signs*, 6 (otoño 1981), 33-34.

³⁶ Joan Scott, “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, *American Historical Review*, 91 (diciembre 1986), 1065, 1067; la cursiva es mía.

xual de la mujer"; el sexo —que viene a ser lo mismo— consiste en relaciones sociales "organizadas de forma que los hombres puedan dominar y las mujeres deban someterse"³⁷. "La ciencia", afirma Ruth Bleier, aprecia equivocadamente "las atribuciones del género como categorías *naturales* para las que son apropiadas e incluso necesarias las explicaciones biológicas"³⁸. De este modo, algunas de las llamadas diferencias sexuales en la investigación biológica y sociológica se producen también en las diferencias de género, y la distinción entre naturaleza y cultura se desploma en cuanto que la primera se integra en la segunda.

Por último, desde una perspectiva filosófica distinta, Foucault ha ido más adelante todavía problematizando la naturaleza de la sexualidad humana en relación con el cuerpo. Sostiene que la sexualidad no es una cualidad inherente de la carne que las diversas sociedades ensalzan o reprimen —no es, como Freud parecería mantener, un instinto biológico que la civilización canaliza en una u otra dirección. Más bien es una forma de moldear el yo "en la experiencia de la carne", que en sí misma está "constituida desde y en torno a ciertas formas de conducta". Esas formas, a su vez, existen en relación con sistemas históricamente precisos de conocimiento,

³⁷ Catharine A. MacKinnon, en *Toward a Feminist Theory of the State*, Cambridge, Harvard University Press, 1989, pág. xiii, afirma que hará uso de sexo y género de forma "relativamente intercambiable"; la definición de género procede de su "Feminism, Marxism, Method and the State: An Agenda for Theory", *Signs*, 7 (primavera 1982), 533, citada en un interesante editorial sobre diversos significados de género en *Signs*, 13 (primavera 1988), 399-402. Para la "diferencia de género" en MacKinnon, véase *Feminism Unmodified*, Cambridge, Harvard University Press, 1987, páginas 3, 46-62.

³⁸ Ruth Bleier, *Science and Gender: A Critique of Biology and Its Theories on Women*, Nueva York, Pergamon Press, 1984, pág. 80. Cuando habla de diferencias sexuales, Bleier se refiere en general, pero no siempre, a diferencias de comportamiento y no morfológicas o bioquímicas. Entiendo que su tesis consiste en que no solamente las llamadas diferencias de género no son naturales sino que las anteriores interpretaciones, políticamente destacadas, del sexo como categoría biológica, conducen a la búsqueda de correlatos en los comportamientos.

con reglas de lo que es o no es natural, y con lo que Foucault llama "un modo o relación entre el individuo y el sí mismo que le capacita para reconocerse como sujeto sexual entre los demás". (De una forma más general, esos sistemas de conocimiento determinan lo que puede pensarse dentro de ellos.) La sexualidad, como atributo humano singular y de primera importancia con un objeto específico —el sexo *opuesto*— es producto de finales del siglo XVIII. Nada hay de natural en ello. Antes bien, como para Nietzsche el mundo entero (la gran influencia filosófica sobre Foucault), la sexualidad es "una especie de obra de arte"³⁹.

Así, desde una variedad de perspectivas, se hace tambalear el cómodo concepto de que el hombre es hombre y la mujer es mujer y que la tarea de los historiadores es hallar lo que hicieron, lo que pensaron y lo que se pensó sobre ellos. Esa "cosa", el sexo, sobre la que la gente tenía opiniones, parece desmoronarse. Pero la carne, como el oprimido, no se permitirá permanecer en silencio por mucho tiempo. El hecho de que la cultura nos haya hecho humanos, afirma Jeffrey Weeks, no nos da licencia para ignorar el cuerpo: "Es obvio que el sexo es algo más que lo que la sociedad designa como tal o lo que su nombre sugiere"⁴⁰. El cuerpo reaparece incluso entre aquellos que vuelven su atención al lenguaje, al poder y la cultura. Foucault, por ejemplo, suspira por un espacio utó-

³⁹ Foucault, como han puntualizado las feministas, se limita casi por completo a la construcción del sí masculino. Por tanto, su empleo del pronombre masculino va más allá de lo convencional. No obstante, no hay razón por la que su método no sea aplicable a la construcción del sí, tenga éste género o —si ello es posible— carezca de él. En cuanto al concepto nietzscheano del mundo como obra de arte y su importancia en el anti-esencialismo de Foucault, me he basado sobre todo en Alexander Nehamas, *Nietzsche: Life as Literature*, Cambridge, Harvard University Press, 1985; cita de la pág. 3. Siento simpatía por Foucault, y por extensión hacia Nietzsche, pero estoy de acuerdo con Nehamas en que algunas interpretaciones del mundo son mejores que otras.

⁴⁰ Jeffrey Weeks, *Sexuality and Its Discontents*, Londres, Routledge, 1985, pág. 122. Se trata de una guía inmensamente útil, penetrante y erudita sobre "el tema del sexo".

pico no construido, en la carne, con el cual socavar el "bio-poder": "el punto de reunión para el contraataque contra el despliegue de la sexualidad no debería ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres"⁴¹.

En mi propia vida también subsiste el tenso abismo entre representación y realidad, lo aparente y lo visto. Pasé el curso 1980-1981 en una facultad de medicina y estudié lo que *realmente* había allí de forma tan sistemática como el tiempo y las circunstancias me permitieron. El cuerpo como construcción cultural encontraba al cuerpo en la mesa de disecciones; las ilustraciones anatómicas más o menos esquemáticas que la más precisa ciencia moderna puede ofrecer se enfrentan con escasa esperanza a la maraña real del cuello humano. Pese a la profunda conciencia de que lo que veíamos era históricamente contingente —producto de contingencias institucionales, políticas y epistemológicas—, en su simplicidad la carne parecía brillar siempre a través de ello.

Recuerdo una vez que pasé la mayor parte del día viendo cómo médicos y enfermeras trataban en vano de detener el flujo de sangre de una hernia de varices esofágicas de un dentista de mediana edad, que había ingresado en urgencias aquella mañana; le extraían la sangre del estómago y la bombeaban de nuevo a sus venas. Hacia el final de la tarde me marché a oír *Don Giovanni*, porque después de todo yo sólo era un mirón y ningún bien podía hacer al enfermo. A la mañana siguiente había fallecido, hecho que me pareció de un orden por completo distinto de la ópera de Mozart sobre el cuerpo o de la historia de la representación que este libro constituye. ("Yo sé cuándo uno está muerto y cuándo vive./ Ella está muerta como la tierra", clamaba Lear.)

Pero mi relación con el aspecto médico de los cuerpos es muy anterior a 1981. Mi padre era patólogo. De niño, muchas mañanas de domingo acompañaba a mi padre a su laboratorio para verle preparar muestras quirúrgicas para su examen al microscopio; él cortaba láminas de riñones, pulmones y otros

⁴¹ Foucault, *Historia de la sexualidad*, 1.157.

órganos y las fijaba en cera, las teñía y montaba en placas de vidrio para "leerlas". Mientras realizaba el delicado corte y la subsiguiente lectura, dictaba a un magnetófono lo que iba viendo. Cuerpos, o a veces partes de cuerpos, que parecían absolutamente reales. Le recuerdo leyendo sus protocolos de autopsia, apilados sobre el diván tapizado de su estudio, que resonaba con las fórmulas de lo que me parecía épica médica: "El cuerpo pertenece a un varón caucásico de sesenta y cinco años, extremadamente delgado. Fue abierto con la incisión habitual en forma de Y." "El cuerpo pertenece a una mujer de cincuenta y siete años, bien alimentada. Fue abierto con la incisión habitual en forma de Y."

Tres meses antes de que mi padre muriera de cáncer y tan sólo semanas antes de que la metástasis en el cerebro le hiciera imposible pensar, me ayudó a interpretar la literatura ginecológica alemana citada en los Capítulos V y VI, parte de la cual pertenecía a sus propios profesores de la facultad. Más en concreto, me enseñó lo que podía apreciarse, por ejemplo, en la sección transversal de un ovario, a simple vista o a través de un microscopio. "¿No es admirable, me preguntaba yo, que tal como ansiaban los médicos del siglo XIX, se pueda contar el número de cicatrices de la ovulación [el corpus albicans] y correlacionarlo con el número de ciclos menstruales?" Mi padre era experto en lo que había *realmente* allí.

Pero él también creía en su deconstrucción. Recién graduado en una facultad de medicina, no pudo continuar sus estudios en la Alemania nazi. En 1935 tomó un tren para Amsterdam para preguntar a su tío, Ernst Laqueur, profesor de farmacología, qué paso debería dar a continuación⁴². Ciertas dificultades con un oficial alemán hicieron que mi padre decidiera no volver a Hamburgo. Es muy probable que Ernst La-

⁴² Ernst Laqueur fue uno de los descubridores del estrógeno. Aisló la hormona "femenina" de la orina de sementales, planteando en consecuencia la incómoda posibilidad de la androginia endocrinológica, en el preciso momento en que la ciencia parecía haber descubierto por fin la base química de la diferencia sexual.

queur le consiguiera un puesto en Leiden, que ocupó cerca de un año. Yo sabía muy poco de lo que allí había hecho y nada de lo que había publicado hasta que revisé sus papeles después de su muerte. (Cuando esto sucedió yo casi había completado la investigación para este libro.) En el despacho encontré un legajo con sus separatas. La primera de ellas, excepción hecha de su tesis, se titulaba "Weitere Untersuchungen über den Uterus masculinus unter dem Einfluss verschiedener Hormone" (Nuevas investigaciones sobre la influencia de diversas hormonas sobre el útero masculino)⁴³.

Yo había escrito ya acerca de cómo el doctor Freud rompió las relaciones familiares entre la evidencia manifiesta de los cuerpos y la oposición entre los sexos. Había leído a Sarah Kofman sobre el poder de la anatomía para "confundir a quienes pensaban de los sexos como especies opuestas"⁴⁴. Pero la contribución de mi padre a la confusión era una completa revelación, absolutamente misteriosa. Estaba oculta, pero muy próxima —*heimlich*, pero también *unheimlich*—, lo disimulado y secreto se hizo visible, como para recordar de forma sobrenatural y fantástica que en algún sentido mi libro y yo teníamos todavía mucho camino por delante⁴⁵.

⁴³ El artículo de Werner Laqueur fue publicado en *Acta Brevia Neerlandica*, 6 (1936), 1-5. El "útero masculino", llamado actualmente utrículo prostático, es una pequeña cavidad que se encuentra en el interior del cuerpo de la próstata. Es el "resto de aquella parte del canal de Müller [el seno urogenital] fuera de la cual, en la mujer, se forma la vagina". El útero masculino, en otras palabras, es el vestigio de la vagina, así llamado porque en algún momento se pensó que representaba la huella de una estructura de la cual derivan útero y vagina superior. Véase también Keith L. Moore, *The Developing Human*, Filadelfia, Saunders, 1977, 2.^a ed., págs. 235-237.

⁴⁴ Sarah Kofman, *L'Enigme de la femme*, París, Galilée, 1980; versión castellana de Estela Ocampo, *El enigma de la mujer*, Barcelona, Gedisa, 1982.

⁴⁵ "De este modo *heimlich* es una palabra cuyo significado evoluciona hacia una ambivalencia, hasta que finalmente coincide con su opuesta, *unheimlich*." A la luz del modelo de sexo único, con su insistencia en la vagina como pene interno, todo esto se hace más extraño todavía: "Este lugar *unheimlich*, sin embargo", escribe Freud, "es la entrada a la antigua

(Hay también razones menos personales para tratar de mantener en mi trabajo una distinción entre el cuerpo y el cuerpo tal como se constituye en el discurso, entre lo visto y lo aparente. En alguna medida esas razones son éticas o políticas y surgen de diferentes obligaciones que se presentan al observador desde el ver (o tocar) y desde la representación. Es también poco sincero escribir una historia de la diferencia sexual, o de la diferencia en general, sin reconocer la vergonzosa correspondencia entre formas particulares del sufrimiento y formas particulares del cuerpo, independientemente de cómo se entienda éste. El hecho de que el dolor y la injusticia tengan género y correspondan a signos corporales del sexo es precisamente lo que confiere importancia a una consideración sobre la construcción del sexo.

Además, se han hecho claros progresos en la comprensión del cuerpo humano en general y, en particular, de la anatomía y fisiología de la reproducción. La ciencia moderna y las mujeres modernas son mucho más capaces de predecir la probabilidad cíclica del embarazo que lo fueron sus abuelas; la menstruación ha resultado ser un proceso fisiológico distinto de unas hemorroides sangrantes, contrariamente a la opinión que prevalecía en el siglo XVIII, y los testículos *son* histológicamente distintos de los ovarios. (Cualquier historia de la ciencia, por mucho que pueda subrayar el papel de los factores sociales, políticos, ideológicos o estéticos, debe reconocer esos éxitos innegables y los compromisos que los hicieron posibles⁴⁶.)

Lejos de negar todo esto quiero insistir en ello. Sin embargo, mi punto de Arquímedes particular no se halla en el cuerpo transcultural real sino más bien en el *espacio* entre

heim [casa] de todos los seres humanos, al lugar en que todos nos alojamos una vez y en el principio", Freud, "The 'Uncanny'", (1919), *Studies in Parapsychology*, ed. Philip Rieff, Nueva York, Collier, 1963, páginas 30, 51.

⁴⁶ Véase Evelyn Fox Keller, *Reflections on Gender and Science*, New Haven, Yale University Press, 1985, págs. 177-179.

aquél y sus representaciones. Me detengo en la historia de los progresos de la fisiología de la reproducción —por ejemplo, en el descubrimiento de los distintos productos germinativos— para demostrar que no provocaron una comprensión particular de la diferencia sexual, de la transición al modelo de dos sexos. Pero también sugiero que las teorías de la diferencia sexual influyeron en el curso del progreso científico y en la interpretación de los resultados experimentales concretos. Los anatomistas podían haber visto los cuerpos de forma distinta —por ejemplo, podían haber considerado la vagina como algo diferente del pene— pero no lo hicieron por razones esencialmente culturales. De igual modo, se hizo caso omiso de datos empíricos —las pruebas de la concepción sin orgasmo, por ejemplo— porque no encajaban en su paradigma científico o metafísico.

El sexo, como el ser humano, es contextual. Los intentos de aislarlo de su medio discursivo, socialmente determinado, están tan condenados al fracaso como la búsqueda por parte del filósofo de un niño totalmente salvaje o los esfuerzos del antropólogo moderno por filtrar lo cultural para obtener un residuo de humanidad esencial. Me gustaría ir más lejos y añadir que ese cuerpo privado, cerrado y estable, que parece subyacer en la base de las nociones modernas de la diferencia sexual, es también producto de momentos culturales e históricos concretos. Él también, como los sexos opuestos, queda dentro y fuera de foco.

Mi estrategia general en este libro es implicar de forma explícita la biología en los dilemas interpretativos de la literatura y de los estudios culturales en general. “Como las otras ciencias”, escribe François Jacob, ganador del premio Nobel de medicina en 1965,

la biología ha perdido sus ilusiones. Ya no busca la verdad. Construye sus propias verdades. Se considera la realidad como un equilibrio siempre inestable. En el estudio de los seres vivos, la historia manifiesta un movimiento pendular, con oscilaciones sucesivas entre lo continuo y lo discontinuo, entre la estructura y la fun-

ción, entre la identidad de los fenómenos y la diversidad del ser⁴⁷.

La inestabilidad de la diferencia y la identidad reside en el mismo corazón de la aventura biológica, en su dependencia de los fundamentos epistemológicos previos y cambiantes e incluso de los políticos. (No es Jacob el primero en hacer esta observación.) Augusto Comte, paladín espiritual del positivismo del siglo XIX, confesaba que “no parecía haber razón suficiente para que el uso de las ficciones científicas, tan habituales entre los geómetras, no se introdujeran en la biología”⁴⁸. Y Emile Durkheim, uno de los gigantes de la sociología, exponía que “nos equivocamos con una vana esperanza cuando creemos que el mejor medio de preparar el advenimiento de una ciencia nueva consiste en acumular primero pacientemente todos los datos de que hará uso. Porque no sabemos lo que necesitará, al menos hasta que nos formemos una idea de ella”⁴⁹ (La ciencia no se limita a investigar

⁴⁷ François Jacob, *La logique du vivant. Une histoire de l'hérédité*, París, Gallimard, 1970. Jacob ganó el Premio Nobel por sus trabajos en genética molecular. Utilizo el término “relatos” (*narratives*) para significar todos los contextos en que figura el cuerpo, todas las historias que sobre el mismo se cuentan. Antes había empleado el término más limitado “metáforas”, que en su sentido estricto es demasiado restrictivo. Existen varias traducciones españolas, la primera de ellas la de Joaquín Jordá, *Lógica de lo viviente e historia de la biología*, Barcelona, Anagrama, 1975.

⁴⁸ Auguste Comte, «Cours de philosophie positive», en G. Lenzer, ed., *Auguste Comte and Positivism*, Nueva York, Harper and Row, 1975, página 178; las cursivas son mías. Positivismo es un término empleado sistemáticamente por vez primera por Saint-Simon y retomado por Comte en la década de 1830; designa una idea, de gran influencia, según la cual el conocimiento científico objetivo de la naturaleza no era sólo posible sino que serviría de base para la regeneración social. [Existen traducciones al castellano y al catalán, entre ellas la de J. J. Sanguinetti, *Curso de filosofía positiva*, 2.ª ed., Madrid, Magisterio Español, 1985.]

⁴⁹ Emile Durkheim, *De la division du travail social*, París, PUF, 1978. Agradezco a mi alumno Paul Friedland esta referencia y la anterior. Existen diversas traducciones castellanas, entre ellas la de Carlos García Posada, *División del trabajo social*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1982.

sino que ella misma genera la diferencia que exploro en mi libro: la de la mujer en relación con el hombre.) (Pero no, por las razones que se expondrán, del hombre en relación con la mujer.)

De modo similar, la literatura constituye el problema de la sexualidad y no es precisamente un espejo imperfecto. Como expone Barbara Johnson "la literatura habita en el mismo núcleo que hace problemática la sexualidad para nosotros, animales capaces del habla. La literatura no es sólo un investigador frustrado sino también un autor incorregible del problema de la sexualidad"⁵⁰. De esta manera la diferencia sexual parece estar ya presente en cómo construimos el significado; forma ya parte de la lógica que preside la escritura. A través de la "literatura", y más en general de la representación, se confieren los contenidos. No solamente las actitudes hacia la diferencia sexual "generan y estructuran los textos literarios"; también los textos generan la diferencia sexual⁵¹.

Johnson tiene cuidado de restringir el problema de la sexualidad a "nosotros, animales capaces del habla", y de este modo para los animales mudos e incluso para los hombres fuera del campo simbólico vale la idea de que el macho es manifiestamente el sexo opuesto de la hembra. Pero entre los animales resultan muy claros los motivos limitados a que atendemos para establecer tales distinciones sexuales. Poco importa si los genitales de la elefanta (fig. 1) se asemejan al pene porque en general el sexo de los elefantes nos importa poco; el hecho sólo resulta notable y chocante cuando se aplica a nuestra especie esa misma óptica, como era habitual en las ilustraciones del Renacimiento (figs. 15-17). Es más, tan pronto como los animales entran en un discurso ajeno a la crianza, al

⁵⁰ Barbara Johnson, *The Critical Difference*, citada en Elizabeth Abel, ed., *Writing and Sexual Difference*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, pág. 1. Debo mi comprensión de este epigrama a la exégesis de Jane Gallop, "Writing and Sexual Difference: The Difference Within", en Abel, págs. 283-291.

⁵¹ Suscribo aquí el comentario de Elizabeth Abel, en el sentido inverso al que ella lo formula en su introducción a *The Critical Difference*.

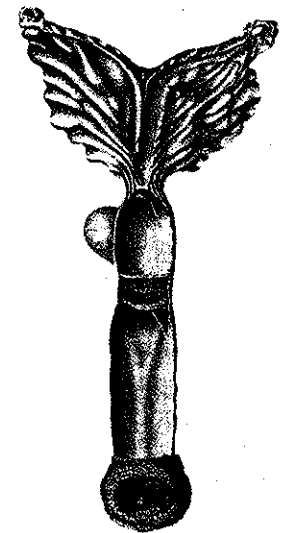


Fig. 1. Aparato genital de una elefanta dibujado del natural por un naturalista del siglo XIX. Extraído de *Journal of the Academy of Natural Science*, Filadelfia, 8.4 (1881)

ámbito del zoo o contextos cerrados similares, surge el mismo tipo de ambigüedades que cuando hablamos sobre los humanos. Entonces los signos supuestamente evidentes de la anatomía o fisiología pierden toda su evidencia. Las cuestiones sobre el significado último van claramente más allá de los hechos. Se lamentaba Darwin en 1861: "Incluso desconocemos la causa final de la sexualidad; por qué los nuevos seres deben producirse por la unión de dos elementos sexuales y no por un proceso de partenogénesis... Todo el tema esta todavía envuelto por la oscuridad"⁵². Y todavía hoy permanece abierta la cuestión de por qué el óvulo y el esperma deben ser aportados por criaturas diferentes y no por una sola de ellas hermafrodita⁵³.

⁵² Charles Darwin, "On the Two Forms, or Dimorphic Condition, in the Species of *Primula*, and on Their Remarkable Sexual Relations", en Paul H. Barrett, ed., *Collected Papers of Charles Darwin*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, 2 vols. en uno, 2.61.

⁵³ Véase la revisión de la literatura sobre la división del trabajo sexual en Michael T. Ghiselin, *The Economy of Nature and the Evolution of Sex*, Berkeley, University of California Press, 1974, págs. 99-137.

La oscuridad se intensifica cuando los animales entran en la órbita de la cultura, donde su transparencia sexual desaparece. Durante mucho tiempo se pensó que la liebre, tan destacada en mitos y folklore, podía cambiar de sexo de un año a otro y que, por tanto, era intrínsecamente andrógina. O como hubieran dicho los más doctos, la liebre macho podía parir en ocasiones. También de la hiena, otro animal con abundantes significados culturales, se pensó que era hermafrodita. El casuario es una gran ave, incapaz de volar y semejante al avestruz, que para el antropólogo es epicena pero para los miembros de la tribu de los sambia es una hembra temperamental, salvaje y masculinizada que pare por el ano y cuyas heces tienen poderes procreativos; el ave parece ser claramente bisexual. ¿Por qué, se pregunta el etnógrafo Gilbert Herdt, un pueblo tan sutil como los sambia "cree" en el nacimiento anal? Porque cuanto se dice sobre la biología del sexo, fuera de contextos muy específicos, incluso al hablar de bestias salvajes, viene ya informado por una teoría de la diferencia y de la igualdad⁵⁴.

En efecto, si el estructuralismo nos ha enseñado algo es que los humanos imponen su sentido de la oposición a un mundo de tonos continuos en la diferencia y similaridad. No hay rasgos de oposición fáciles de observar para un espectador que expliquen el hecho de que casi en toda Norteamérica, por usar el ejemplo de Lévi-Strauss, el abrótno americano, la *Artemisa*, represente "un papel importante en muchos rituales distintos, por sí misma o asociada u opuesta a otras plantas: *Solidaga*, *Chrysothamnus*, *Gutierrezia*". Se acepta como lo femenino en el ritual navajo, mientras que el *Chrysothamnus* pasa por lo masculino. Ningún principio de oposición podría

⁵⁴ George Ewart Evans y David Thomson, *The Leaping Hare*, Londres, Faber, 1972, págs. 24-25; Gilbert H. Herdt, *Guardians of the Flute*, Nueva York, McGraw-Hill, 1981, pág. 154. Los sambia son una tribu de las tierras altas de Nueva Guinea; sus hombres parecen creer que la ingestión de semen es un paso necesario hacia la virilidad y practican la felación con otros hombres como parte de un prolongado periodo de transición al estado adulto.

ser más sutil que las ligeras diferencias en el dentado de las hojas, que soportan una gran carga simbólica⁵⁵.

Por ahora no ofrezco respuesta a la cuestión de cómo los cuerpos determinan lo que llamamos diferencia o identidad sexual. Mis tesis son de dos tipos. La mayor parte son negativas: me esfuerzo en demostrar que no existe una serie de hechos acerca del "sexo" históricamente dada que implique cómo la diferencia sexual era realmente comprendida en ese momento histórico, y hago uso de esta evidencia para sostener la tesis más general de que ninguna serie de hechos implica una justificación concreta de la diferencia. Algunas de las tesis son positivas: señalo las formas en que la biología de la diferencia sexual se incorpora en otros programas culturales.

(El Capítulo II trata del cuerpo unisexual y sus contradicciones. Aquí los límites entre lo masculino y lo femenino son primariamente políticos; y son primarias las tesis más bien retóricas que biológicas sobre la diferencia sexual y el deseo sexual. Trata de un cuerpo cuyos fluidos —sangre, semen, leche y excrementos diversos— son fungibles en tanto que se transforman unos en otros y cuyos procesos —digestión y generación, menstruación y otras hemorragias— no son fáciles de distinguir o de asignar a un sexo hasta alcanzar el siglo XVIII. Esta "carne única", la construcción de un cuerpo unisexuado con diferentes versiones atribuidas al menos a dos géneros, fue formulada en la Antigüedad para dar valor a la extraordinaria afirmación cultural del patriarcado, del padre, frente a la reivindicación sensorialmente más evidente de la madre. La pregunta que cabe plantear al modelo clásico no es la que cuestiona de forma explícita —¿por qué la mujer?—, sino la más turbadora —¿por qué el hombre?)

⁵⁵ Claude Lévi-Strauss, *La Pensée sauvage*, París, Plon, 1962; traducción catalana de Miquel Martí Pol, *El pensament salvatge*, Barcelona, Edicions 62, 1971. Véase también el revelador estudio de Edmund Leach "Anthropological Aspects of Language: Animal Categories and Verbal Abuse", en Eric H. Lenneberg, ed., *New Directions in the Study of Language*, Cambridge, MIT Press, 1964.

El Capítulo III es el primero de los dos que examinan explícitamente la relación entre un modelo de diferencia sexual y el conocimiento científico. Muestra cómo el modelo de una sola carne era capaz de incorporar el nuevo conocimiento anatómico y las nuevas formas naturalistas de representación. El Capítulo IV se centra en los intereses culturales que tuvieron diversos escritores en lo que nos parece un modelo manifiestamente contraintuitivo de la diferencia sexual. Expone las grandes presiones sobre el modelo unisexo a partir de la existencia de dos géneros, desde las nuevas reivindicaciones políticas de las mujeres y desde la heterosexualidad en general. A través de lecturas de textos legales, jurídicos y literarios, sugiero que el modelo de un sexo está sostenido por conceptos sólidos del modo en que la jerarquía funcionaba y cómo el cuerpo expresa sus significados culturales. Para los hombres implicados en esta batalla estaba en juego nada menos que la supresión de las bases para un sexo auténtico y distinto.

El Capítulo V da cuenta de la ruptura del modelo de un sexo y el establecimiento de los dos sexos. Como el Capítulo III, mantiene que esas construcciones no fueron consecuencia del cambio científico sino más bien de una revolución epistemológica y político-social. De nuevo, el argumento negativo —que lo científico no es natural y dado— es más contundente que el afirmativo, en parte porque soy reacio a construir mi historia en términos de un conjunto específico de causas que provoquen la importancia creciente del modelo de dos sexos. En su lugar, mi estrategia es apuntar, ejemplo tras ejemplo, las formas en que las luchas y situaciones retóricas concretas hicieron que hombres y mujeres hablaran como si ya hubiera dos sexos. Por supuesto que esos contextos fueron consecuencia de nuevos desarrollos sociales y políticos, pero no me detengo con gran detalle en las conexiones. Se necesitan estudios más detallados, desde luego, para trazar un cuadro localmente matizado sobre “Política, cultura y clase en el cuerpo en los siglos XVIII y XIX”⁵⁶.

⁵⁶ La obra de Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes*, Chi-

El Capítulo VI se asemeja al Capítulo IV en que relaciona la ciencia del sexo —en este caso dos— con los imperativos de la cultura. En concreto muestro cómo las piedras angulares de los sexos basados en los cuerpos estaban a su vez profundamente implicadas en la política del género. Pero en este capítulo presento también pruebas de que el modelo de sexo único ha tenido una vigencia continuada. Subsistió incluso en medio de la más apasionada defensa de los dos sexos, de la inevitable “diferencia orgánica... probada por la biología de prestigio, por la biología del hombre y de todas las especies animales... probada por la historia de la civilización y por el curso íntegro de la evolución humana”. El espectro del sexo único permanece: la “feminidad de la mujer” se enfrenta a “los defensores anárquicos de la virilidad de la mujer”⁵⁷. Cierta retórica de la biología evolucionista, en el Marqués de Sade, en buena parte de Freud, en las películas violentas, de hecho en cualquier discusión sobre el género, presenta la moderna invención de los dos sexos distintos, inmutables e inconmensurables, con un carácter menos dominante de lo que cabía esperar⁵⁸. (Difiero en esto de Foucault, para quien un *episteme* habría desplazado al otro de una vez por todas.) Ilustro la apertura de la ciencia del siglo XIX a los modelos de dos sexos y al sexo único, con una discusión en primer lugar

cago, University of Chicago Press, 1987, es un modelo del tipo de estudios a que me refiero. [Trad. esp.: *Fortunas familiares*, Madrid, Cátedra, 1994.]

⁵⁷ Frederic Harrison, “The Emancipation of Women”, *Fortnightly Review*, 298 (1 de octubre de 1891), 442, 448. Harrison, destacado positivista británico, pronunció esta conferencia en el aniversario de la muerte de Comte. Más adelante discuto la réplica de Millicent Fawcett en este debate entre progresistas sobre la cuestión de la mujer.

⁵⁸ Sobre el género en el cine violento, véase Carol C. Clover, “Her Body, Himself: Gender in Slasher Film”, *Representations*, 20 (otoño 1987), 187-228. En cuanto al “triunfo del contrato y el ‘individuo’ sobre la diferencia sexual” en Sade, véase Carole Pateman, *The Sexual Contract*, Stanford, Stanford University Press, 1988, pág. 186. La teoría del contrato funciona de hecho con un modelo sin sexo, que discuto más adelante. El de Pateman es el mejor tratamiento que conozco de las implicaciones del individualismo liberal en las teorías de la diferencia sexual.

del modo en que las denuncias de la prostitución y la masturbación reprodujeron un discurso anterior sobre el cuerpo inestable del individuo, expuesto y sensible al mal social, y luego con la teoría freudiana de la sexualidad clitoridiana en la que los esfuerzos por encontrar pruebas de los sexos incommensurables chocan con su intuición fundamental de que el cuerpo por sí mismo no produce dos sexos.

No he escrito este libro como un ataque explícito a las tesis actuales de la sociobiología, pero espero que sea tenido en cuenta por los implicados en el debate. Poco puede contribuir un historiador al análisis crítico ya existente de los experimentos concretos encaminados a demostrar las bases biológicas de las distinciones de género o a poner de manifiesto que las hormonas y otros compuestos químicos se hacen servir como una especie de granito ontológico para las diferencias sexuales observables⁵⁹. Pero puedo ofrecer materiales que muestran hasta qué punto las nociones previas de diferencia e identidad determinan lo que se ve y lo que se cuenta del cuerpo. El hecho de que los gigantes de la anatomía del Renacimiento persistieran en considerar la vagina como una versión interna del pene sugiere que prácticamente cualquier signo de diferencia depende de la teoría subyacente, o del contexto, para decidir si se acepta o no como prueba.

Y lo que es más importante, espero que este libro persuadirá al lector de que no hay representación "correcta" de las mujeres en relación con los hombres y que, por tanto, toda la ciencia de la diferencia es errónea. Ciertamente es que había y hay un sesgo misógino considerable y a menudo abierto en muchas investigaciones biológicas sobre las mujeres; es evidente que la ciencia ha actuado históricamente para "racionalizar y legitimar" las distinciones no sólo de sexo sino también de raza y clase, en detrimento de los débiles. Pero no se sigue de ello que una ciencia más objetiva, rica, progresista e incluso

⁵⁹ Además de *Science and Gender*, de Bleier, y *Myths of Gender*, de Fausto-Sterling, véase Lynda Birke, *Women, Feminism, and Biology*, Nueva York, Methuen, 1986.

más feminista produjera un cuadro más real de la diferencia sexual en cualquier sentido culturalmente significativo⁶⁰. (Por eso no intento ofrecer una historia de las representaciones más o menos correctas, o más o menos misóginas.) En otras palabras, la idea de que la mujer es lo que es a causa de su útero no es ni más ni menos cierta que la idea subsiguiente de que es lo que es a causa de sus ovarios. Ninguna prueba nueva refutará ni afirmará esas aseveraciones, evidentemente absurdas, porque no están en juego cuestiones biológicas sobre los efectos de los órganos o de las hormonas, sino cuestiones culturales y políticas relativas a la naturaleza de la mujer.

Vuelvo en este libro una y otra vez a un cuerpo femenino, problemático e inestable, que o bien es una versión o bien algo completamente diferente de un cuerpo masculino generalmente estable y no problemático. (Como las estudiosas feministas han demostrado hasta la saciedad, *siempre* es la sexualidad de la mujer la que está en constitución; la mujer es la categoría vacía. Sólo la mujer parece tener "género" puesto que la propia categoría se define como aquel aspecto de las relaciones sociales basado en la diferencia entre sexos, en el cual la norma siempre ha sido el hombre.) "¿Cómo se puede ser enemigo de la mujer, sea ella como sea?", se preguntaba el médico renacentista Paracelso; esto nunca se hubiera dicho de un hombre porque, sencillamente, ese "se" es masculino. Probablemente no sea posible escribir una historia del cuerpo del hombre y sus placeres porque los documentos históricos proceden de una tradición cultural en la que tal historia no era necesaria.

Pero el lector moderno debe ser consciente de que recontar la historia de la interpretación del cuerpo femenino no garantiza al cuerpo masculino la autoridad que implícitamente reclama. Muy por el contrario, las fuentes en que me he ba-

⁶⁰ Elizabeth Fee, "Nineteenth Century Craniology: The Study of the Female Skull", *Bulletin of the History of Medicine*, 53 (1979), 433. Sobre la cuestión de las tendencias en la ciencia, véase Sandra Harding y Jean F. O'Barr, eds., *Sex and Scientific Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.

sado dan testimonio de la incoherencia esencial de las categorías estables y fijas del dimorfismo sexual, del macho y/o la hembra. La noción, tan poderosa desde el siglo XVIII, de que debía haber algo exterior, interior o que comprendiera todo el cuerpo, que definiera al macho como opuesto a la hembra y que diera fundamento a la atracción de los opuestos está por completo ausente de la medicina clásica o renacentista. En términos de la tradición milenaria de la medicina occidental, que los genitales se convirtieran en signos de la oposición sexual es cosa de la semana pasada. En efecto, casi todas las pruebas sugieren que la relación de un órgano como signo y el cuerpo que, como si dijéramos, le da crédito, es arbitraria, como también la relación entre signos. El cuerpo masculino puede seguir siendo la norma en el juego de la significación, pero es una norma cuyo estatus está socavado por su impenitente inconstancia histórica.

Este libro recoge algunas tensiones, pero no todas. He prestado relativamente poca atención a las ideas contradictorias sobre la naturaleza de la mujer o sobre la sexualidad humana. Ni siquiera he arañado la superficie de una historia contextual de la fisiología o la anatomía de la reproducción; incluso en los problemas científicos que exploro con cierto detalle, la matriz institucional o profesional en que se inscriben sólo está esbozada apresuradamente. Sencillamente queda mucho por hacer en la historia de la biología y ya se ha hecho demasiado sobre la cuestión de la condición-de-la-mujer, o sobre la historia de las ideas sobre el sexo, para que una sola persona pueda abarcarlo todo.

Quiero reivindicar un dominio histórico diferente, los amplios campos del discurso que están en la base de ideologías contradictorias, que definen los términos del conflicto y dan sentido a los diversos debates. No trato de demostrar, por ejemplo, que exista una "idea de la mujer" única y dominante en el Renacimiento y que las demás carezcan de importancia. No tengo interés en demostrar de forma definitiva que Galeno es más importante que Aristóteles en un momento dado o que una cierta teoría de la menstruación fue hegemónica entre 1840 y 1920. Ni tampoco me interesan los progresos y

retrocesos en el estatus de las mujeres a través de los tiempos. Son éstas cuestiones que pido a mis lectores que decidan por sí mismos, bien que las impresiones que extraigan de estas páginas coincidan o no con lo que ellos saben del vasto período de tiempo a que me refiero. Mi intención es mostrar cómo una biología de la jerarquía en la que hay un sexo único, una biología de la inconmensurabilidad entre dos sexos, y la idea de que no hay una diferencia sexual públicamente relevante, o de que no hay sexo, han restringido la interpretación de los cuerpos y las estrategias de la política sexual durante cerca de dos mil años.

Finalmente, confieso que me entristece la omisión más clara y persistente de este libro: un relato continuado de la experiencia del cuerpo. Dirán algunos que así es como debería ser, porque un hombre no tiene nada auténtico e interesante que decir acerca del cuerpo sexual de la mujer, en tanto que siente y ama. Pero hablando en general he encontrado del todo imposible partir de fragmentos aislados de la literatura, pintura y ocasionales obras teológicas, para imaginar cuántas visiones diferentes del cuerpo han contribuido en contextos específicos a dar forma a la pasión, amistad, atracción, amor. Me comentaba un colega que escuchaba el *Così fan tutte* de Mozart con oídos nuevos desde que leyó mis capítulos sobre el Renacimiento. Yo he sentido un patetismo nuevo en la tragicomedia de las máscaras del siglo XVIII —por ejemplo, en el último acto de *Las bodas de Fígaro*— con la indagación de la identidad de la persona a la que se ama. Los cuerpos parecen importar y no importar al mismo tiempo. Veo las comedias de inversión sexual de Shakespeare con preguntas nuevas y trato de imaginarme en un mundo lejano en el que la atracción de la amistad profunda estaba reservada a su semejante.

No he sido capaz de ir más lejos. Considero que lo que he escrito es en algún sentido liberador, como si rompiera los viejos grilletes de la necesidad y abriera nuevos mundos de visión, política y eros. Espero y deseo que el lector sienta lo mismo.

CAPÍTULO II

El destino es la anatomía

Volved hacia fuera [los órganos genitales] de la mujer, doblad y replegad hacia adentro, por así decirlo, los del hombre, y los encontraréis semejantes en todos los aspectos.

GALENO DE PÉRGAMO (c.130-200)

Este capítulo trata de los gestos corporales de un mundo en el que al menos dos géneros corresponden a un solo sexo, en el que los límites entre hombre y mujer son de grado y no de clase, y en el que los órganos de la reproducción no son sino un signo entre muchos del lugar del cuerpo en un orden cósmico y cultural que trasciende a la biología. Mi intención es ofrecer un informe, ampliamente basado en la literatura médica y filosófica, de cómo se concebía el cuerpo de sexo único; dar una explicación de la forma en que el modelo un sexo/una carne dominó el pensamiento sobre la diferencia sexual desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVII, y sugerir por qué el cuerpo permaneció fijado en un campo de imágenes ya viejo en la época de Galeno, mientras que el sí genérico vivió una historia llena de matices a través de los

inmensos cambios sociales, culturales y religiosos que separan el mundo de Hipócrates del de Newton.

LOS ÓRGANOS Y LOS OJOS DEL TOPO

Nada podría ser más natural, desde la óptica de los anatomistas más influyentes de la tradición occidental, que imaginar a las mujeres como hombres. Para una persona torpe que no lo captara de inmediato, Galeno ofrece una experiencia intelectual que lo prueba paso a paso:

Piensa primero, por favor, [en los órganos genitales] del hombre, doblados hacia adentro y extendidos entre el recto y la vejiga. Si se hiciera esto, el escroto ocuparía necesariamente el lugar del útero, con los testículos en su parte exterior, uno a cada lado.

El pene se convierte así en el cuello del útero y la vagina, el prepucio forma los genitales externos de la mujer y así sucesivamente con los diversos conductos y vasos sanguíneos. Por una especie de paridad topográfica, se garantizaría a la inversa que podría forzarse un hombre a partir de una mujer:

Piensa también, por favor, en que... el útero se girara hacia afuera y saliera al exterior. En ese caso, ¿no estarían necesariamente los testículos [ovarios] en su cavidad interior? ¿No los envolvería como un escroto? Y el cuello [o sea, el cuello del útero y la vagina], antes oculto en el interior del perineo y luego colgante, ¿no se habría convertido en el miembro viril?

En realidad Galeno afirmaba que “no encontrarías ni una sola parte del hombre que simplemente no hubiera cambiado de posición”. En lugar de estar divididos por sus anatomías reproductoras, los sexos están vinculados por una anatomía común. Las mujeres, en otras palabras, son inversas a los hombres y de ahí su menor perfección. Tienen exactamente los mismos órganos pero precisamente en lugares equivoca-

dos. (La equivocación de las mujeres, desde luego, no se seguiría lógicamente del “hecho” de que sus órganos sean los mismos que los de los hombres, con la única diferencia del emplazamiento. La flecha de la perfección *podría* seguir cualquiera de los dos caminos o ambos a la vez. “Se me ha ocurrido la idea más tonta”, dice Mlle. de l’Espinasse en *El sueño de D’Alembert*, de Diderot: “Quizá los hombres sólo sean una variedad extravagante de mujeres o quizá las mujeres sólo sean una variedad extravagante de hombres.” El Dr. Bordeu responde en tono aprobador que se le hubiera ocurrido mucho antes esa idea si hubiera sabido —procede a dar una breve conferencia sobre el tema— que “las mujeres poseen todas las partes anatómicas que el hombre tiene”¹).

Las relaciones topográficas a que alude Galeno de forma tan persuasiva y con tan aparente precisión anatómica no debían entenderse en sí mismas como base de la jerarquía sexual, sino más bien como un modo de imaginarla o expresararla. La biología sólo registra una verdad superior. Así, aunque Galeno, anatomista por profesión, se preocupaba directamente de las estructuras del cuerpo y su relación con las diversas funciones del mismo, tenía gran interés, por exigencias retóricas, en la verosimilitud de las identificaciones concretas o en mantener la conversión manifiestamente imposible del hombre en mujer, o viceversa.

En algunas ocasiones estaba totalmente dispuesto a *defender* las oposiciones genitales que él mismo negaba: “puesto que todo en el hombre es opuesto [de lo que hay en la mujer], el miembro viril se ha alargado de la forma más adecuada para el coito y la excreción del semen” (UP 2.632). En otras ocasiones, Galeno y la tradición médica que le siguió se mostraban dispuestos a ignorar por completo no sólo lo específicamente femenino, sino también los órganos reproductivo-

¹ Galeno, *On the Usefulness of the Parts of the Body*, trad. Margaret Tallmadge May, 2 vols., Ithaca, Cornell University Press, 1968, 2.628-629; en adelante abreviado como UP. Denis Diderot, *Rêve de D’Alembert*, París, Gallimard, 1951; traducción castellana a cargo de Félix de Azúa de *El sobrino de Rameau*, Barcelona, Bruguera, 1983.

res de la mujer, por no hablar de su relación con los masculinos. Su tratamiento sistemático más importante del útero, por ejemplo, le hizo considerarlo como arquetipo de un grupo de órganos “especialmente huecos y grandes” y, por tanto, lugares con “facultad de retención” de un cuerpo genérico. El útero se singularizaba, no como para los modernos, que lo apreciamos por su capacidad única y exclusivamente femenina de producir un hijo, sino porque formaba el embrión lentamente, de forma comparable a la de un estómago que digiere mal el alimento y en consecuencia “capaz de demostrar la facultad de retención más notable”².

Las formas posteriores de tratar el útero reprodujeron esas ambigüedades. Por ejemplo, Isidoro de Sevilla, el famoso enciclopedista del siglo VII, mantenía por una parte que sólo las mujeres tenían matriz (*uterus* o *uterum*) en la que concebían, y por otra que diversas autoridades y “no sólo poetas” consideraban el útero como el vientre, *venter*, común a ambos sexos³. (Esto ayuda a explicar por qué *vulva*, en su

² Galeno, *On the Natural Faculties*, trad. Arthur John Brock, Loeb Classical Library, Cambridge, Harvard University Press, 1952, 3.2, páginas 227-229. La *Anatomia porcis*, de Cophonis, texto galénico apócrifo producido en la famosa escuela médica de Salerno durante el siglo XII, comienza la discusión de la matriz como órgano concebido de forma que las superfluidades generadas por la mujer durante el mes, el flujo menstrual, sean enviadas allí “como el agua sucia de todo el cuerpo (*tanquam ad sentinam totius corporis*)”. En principio es un espacio de almacenamiento. Como si se tratara de una adición, el escritor dice que es también el campo de la generación. Véase George W. Corner, *Anatomical Texts of the Earlier Middle Ages*, Washington, Carnegie Institute, 1927, págs. 50, 53.

³ Véase Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1983, 12.1.134, para *uterum* en relación con *caulis*; el texto latino de esta edición de *Etymologiarum* es idéntico al de la edición standard de W. M. Lindsay (Oxford, 1911). La fuerza de la proposición resulta algo disminuida cuando Isidoro sigue diciendo que el útero se asemeja a un pequeño tallo (*cauliculus*); esta palabra, relacionada con el *caulis* latino y griego, era el término preferido por Celso, importante autor de obras médicas, para designar el pene y fue usada en sentido metafórico para el órgano masculino por Petronio, *Satiricón*, Madrid, edición y traducción de Julio

uso medieval, significa vagina, de *valva*, “puerta del vientre”⁴. Además, Isidoro asimila el vientre asexual a otros órganos retentivos, precisamente en relación a aquella función en que lo creemos único: durante la gestación, dice, el semen se transforma en un cuerpo “debido a un calor como el de las vísceras”⁵. Una gran nube lingüística oscurece así la anatomía genital o reproductora específica y deja tan sólo los contornos de los espacios comunes a hombres y mujeres⁶.

Ninguna de esas ambigüedades topográficas o léxicas importaba, sin embargo, cuando los antiguos, en lugar de entender la diferencia y la identidad como temas de anatomía, consideraban los órganos y su ubicación como epifenómenos de un orden universal más amplio. En este caso, lo que conside-

Picasso, Madrid, Cátedra, 4.^a ed., 1993, 132.8. Véase J. N. Adams, *The Latin Sexual Vocabulary*, Londres, Duckworth, 1982, págs. 26-27.

Quizá la antigua asociación del útero con el estómago o el vientre pueda explicar la idea, que resultaría extraña para el conocimiento anatómico actual, según la cual la presión hacia arriba desde el abdomen de la matriz errante provocaría la sofocación y la sensación general de constricción característicos de la histeria. Si esto se interpretara literalmente no habría explicación para la histeria masculina ni para la forma en que los antiguos concebían la trayectoria de la matriz a través de los diversos órganos y divisiones del interior del cuerpo. Pero si se interpreta la matriz como un espacio/vientre retentivo y como cavidad/estómago, la fuente de la histeria se localiza fácilmente. Tengo la sensación de que la medicina antigua está menos interesada en las causas orgánicas específicas que en metáforas corporales que correlacionan con síntomas.

⁴ Isidoro insiste en las raíces de *uterum* que designan al vientre, pero en 11.1.136. hace igualmente un estudio separado de *agualiculus* (estómago). Esta palabra tiene también el sentido de cualquier recipiente y en consecuencia asimismo de vientre. Véase Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, págs. 100-101. Se mantiene este uso cuando se les dice a los niños, con intención de ser anatómicamente vagos: “Mamá tiene un bebé en la barriga.” En relación con la vulva-vagina-puerta del vientre, véase Pseudo Alberto-Magno, *De Secretis mulierum*, (ed. de 1665), págs. 12, 19, o bien *Anatomia Magistri Nicolai Physici*, en Corner, *Anatomical texts*, pág. 85.

⁵ Isidoro de Sevilla, *Etymologiarum* 11.1.139.

⁶ No ayuda mucho que *sinus*-pecho-vagina, como en *sinus mulieribus*, pueda significar también pene, como en Lactancio (*sinus pudendus*). Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, págs. 90-91.

ramos partes específicamente masculinas o femeninas no tendría necesidad de tener nombre propio, ni tampoco las inversiones que Galeno imaginaba tenían por qué suceder. En esas circunstancias, la anatomía —el sexo de los modernos— podría interpretarse como metáfora, otro nombre para la “realidad” de la menor perfección de la mujer. Como en la sutil comparación que hace Galeno entre los ojos del topo y los órganos genitales de las mujeres, la anatomía sirve más como ilustración de un punto bien conocido que como prueba de su certeza. Pone en evidencia una jerarquía más clara y palpable del calor y la perfección, que en sí mismos no son accesibles a los sentidos. (Los antiguos nunca hubieran pretendido que pudieran apreciarse diferencias reales entre el calor de los varones y las hembras)⁷.

El símil de Galeno es como sigue. Los ojos del topo tienen la misma estructura que los ojos de otros animales a excepción de que no le permiten ver. No se abren, “ni sobresalen, sino que allí permanecen imperfectos”. Del mismo modo los genitales femeninos “no se abren” y quedan como una versión imperfecta de lo que hubieran sido si se hubieran exteriorizado. Los ojos del topo “permanecen como los ojos de otros animales cuando todavía están en el útero” y así, siguiendo esta lógica hasta su conclusión, la matriz, la vagina, los ovarios y los órganos externos permanecen por siempre como si estuvieran todavía dentro de la matriz. Forman en el interior de sí mismos como una vertiginosa cascada, la vagina, un pene nonato y eternamente precario, la matriz como un escroto atrofiado, y así sucesivamente⁸.

La razón para este curioso estado de cosas es el preten-

⁷ Sobre la naturaleza del calor y la diferencia entre su cantidad y calidad, véase Everett Mendelsohn, *Heat and Life: The Development of the Theory of Animal Heat*, Cambridge, Harvard University Press, 1964, págs. 17-26, esp. n. 58.

⁸ UP 2.629. Galeno no inventó la metáfora de los ojos del topo, como caso paradigmático de versión imperfecta de una estructura más perfecta que se encuentra en otro lugar. Véase Aristóteles, *Historia Animalium*, 1.9.491b26ff y 4.8.533a1-13; abreviado en adelante como HA.

dido telos de la perfección. “Lo mismo que la clase humana es la más perfecta entre todos los animales, dentro de la especie humana el hombre es más perfecto que la mujer, y la razón de esta perfección es su exceso de calor, porque el calor es el instrumento primario de la Naturaleza” (UP 2.630). El topo es un animal más perfecto que los que carecen de ojos y las mujeres son más perfectas que las otras criaturas, pero los órganos no expresados de ambos son signos de ausencia de calor y en consecuencia de falta de perfección. La interioridad del sistema reproductor femenino podría interpretarse como correlato material de una verdad superior, sin que importe mucho si podría tener lugar una transformación espacial particular.

De forma paradójica en alguien tan profundamente comprometido con la existencia de dos sexos radicalmente diferentes y distintos, Aristóteles ofreció a la tradición occidental una versión todavía más austera del modelo de sexo único que la de Galeno. Como filósofo insistió en los dos sexos, masculino y femenino. Pero insistió también en que las características que distinguían la virilidad eran inmateriales y, como naturalista, discutió las distinciones orgánicas entre los sexos, produciendo un discurso según el cual una sola carne podía clasificarse, ordenarse y distinguirse según lo requirieran las circunstancias particulares. Las construcciones sociales del género, que nos parecerían cargadas ideológicamente —que los varones son activos y las mujeres pasivas, que en la generación los varones aportan la forma y las mujeres la materia—, eran para Aristóteles hechos indudables, verdades “naturales”. Lo que consideraríamos hechos básicos de la diferencia sexual, por otra parte —que los hombres tienen pene y las mujeres vagina, los hombres testículos y las mujeres ovarios, las mujeres tienen útero y los hombres no lo tienen, que los hombres producen cierta clase de producto germinal y las mujeres otro, que las mujeres menstrúan y los hombres no—, eran para Aristóteles observaciones contingentes y poco interesantes filosóficamente sobre una especie particular bajo ciertas condiciones.

No es mi intención insinuar con todo esto que Aristóteles

era incapaz de distinguir entre hombre y mujer con base en sus cuerpos o que pensara que el hombre cubre unos roles y las mujeres otro por accidente. Incluso aunque no hubiera escrito la *Economía* es seguro que habría suscrito la opinión de que "la naturaleza del hombre y de la mujer han sido preordenadas por la voluntad del cielo para que vivan en común. Porque se distinguen en que las capacidades que poseen no son aplicables a fines idénticos en todos los casos, sino que en algunos aspectos sus funciones son opuestas entre sí". Un sexo es fuerte y el otro débil, de forma que uno puede ser precavido y el otro valeroso para defenderse de los ataques, uno puede salir a adquirir posesiones y el otro permanecer en casa para guardarlas, etcétera⁹. En otras palabras, tanto la división del trabajo como la asignación de roles específicos son naturales.

Pero esos puntos de vista no constituyen una explicación moderna de los dos sexos. En primer lugar, no se hace un esfuerzo para basar los roles sociales en la naturaleza; las propias categorías sociales son naturales y se hallan en el mismo nivel explicativo que se otorga a los hechos físicos o biológicos. Por tanto, la naturaleza no es a la cultura lo que el sexo es al género, como en las discusiones modernas; lo biológico no es, ni siquiera en principio, el fundamento de las ordenaciones sociales concretas. (Aristóteles, a diferencia de los comentaristas del siglo XIX, no precisa de detalles sobre la menstruación o el metabolismo para situar a las mujeres en el orden del universo.) Más importante es que si bien Aristóteles consideró los cuerpos masculino y femenino como adaptados específicamente a sus roles particulares, no consideró esas adaptaciones como signos de oposición sexual. Las cualidades de cada sexo suponían la ventaja comparativa de uno o de otro para cuidar la casa o luchar, lo mismo que para Galeno el

⁹ Aristóteles [?], *Economía*, 2.3.1343b25-1344a8. A lo largo de este libro he utilizado la traducción que figura en Jonathan Barnes, ed., *Complete Works of Aristotle*, 2 vols., Princeton, Princeton University Press, 1984, pero he verificado en los textos griegos standard los términos y argumentos críticos de mi exposición.

menor calor de las mujeres mantenía el útero en el interior, proporcionando un lugar de temperatura moderada para la gestación. Pero esas adaptaciones no eran la base para la diferenciación ontológica. En la carne, por tanto, los sexos eran versiones más o menos perfectas del otro. Sólo en la medida en que el sexo era una cifra de la naturaleza de la causalidad, los sexos eran claros, distintos y de diferente clase.

Para Aristóteles, el sexo existía con la finalidad de la generación, que consideraba como caso paradigmático del devenir, del cambio "en la primera categoría del ser"¹⁰. El varón representaba la causa eficiente y la mujer la causa material.

La mujer siempre proporciona la materia, el hombre lo que le da forma, porque ésa es la función de cada uno de ellos, y esto es lo que hace que ellos sean hombre y mujer... Mientras que el cuerpo procede de la mujer, el alma viene del hombre. (GA 2.4.738b20-23).

El primero y principal principio de la generación es el hombre y la mujer, el primero como poseedor de la causa eficiente y la segunda, de la causa material. (GA 2.4716a5-7).

Esta diferencia en la naturaleza de la causa constituye plenamente lo que Aristóteles entiende por oposición sexual: "por animal macho entendemos aquel que genera en otro; por hembra, el que engendra en sí"; o lo que viene a ser lo mismo, dentro de la biología de la reproducción de Aristóteles el

¹⁰ Sobre la generación y la teoría aristotélica de la causalidad, véase Anthony Preus, "Galen's Criticism of Aristotle's Conception Theory", *Journal of the History of Biology*, 10 (primavera 1977), 78, y más en general su "Science and Philosophy in Aristotle's *Generation of Animals*", ídem, 3 (primavera 1970). *Generation of Animals* (en adelante abreviado como GA) no sólo comienza (1.1.715a3), sino que concluye (5.5.789b3) con la discusión de la causa. A. L. Peck subraya la importancia de la teoría de la causalidad en el pensamiento aristotélico y ofrece una exposición muy clara de cómo desarrolla dicha teoría en su obra sobre la generación: véase la introducción a GA, Loeb Classical Library, Cambridge, Harvard University Press, 1958, págs. xxxviii-xliv.

modelo de filiación era esencial, “la hembra se opone al macho, y la madre al padre”¹¹.

Esas distinciones eran trascendentes, tan poderosas y sencillas como la que hay entre la vida y la muerte. Ser varón *significaba* para Aristóteles ser capaz de transmitir el alma sensitiva, sin la cual “es imposible que exista la cara, la mano, la carne o cualquier otra parte del cuerpo”. Sin el alma sensitiva el cuerpo no valdría más que un cadáver o parte de un cadáver (GA 2.5.741a8-16). La muerte resulta animada por la chispa, por el *esperma* (simiente) incorpóreo del progenitor. Uno de los sexos era capaz de transformar los alimentos hasta alcanzar su más alto nivel, generador de vida, el verdadero *esperma*, y el otro no era capaz de ello.

Además, cuando Aristóteles discute la capacidad de los respectivos sexos para desempeñar los roles que los distinguen, parece que desea considerar los cuerpos, y los genitales en particular, como opuestos en sí mismos, de hecho como si causaran el propio abismo eficiente/material. Los hombres tienen la capacidad, ausente en las mujeres, de reducir “la secreción residual a una forma pura”, dice su argumento, y “toda capacidad debe corresponder a un órgano”. Sigue diciendo que “uno tiene el útero y el otro los órganos masculinos”. (Estas distinciones son más notables en la traducción que en el original griego. Aristóteles utiliza aquí *perineos* para el pene y el escroto. Hace uso también de esa palabra para referirse al área “interior de los muslos y las nalgas” de las mujeres. Con mayor generalidad emplea *aidoion* para referirse al pene, pero el plural *aidoia* es el término habitual para las “partes vergonzantes”, el equivalente griego al latín *pudenda*, que se refiere a los genitales de ambos sexos)¹².

¹¹ GA 1.2.716a13-14, 716a20-22; 4.3.768a25-28. Hombre y mujer son “contrarios”, en *Metafísica*, 10.9.1058a29-30. [Existen numerosas traducciones castellanas de la metafísica aristotélica.] Tomo esta formulación para la relación entre biología y un modelo de filiación, de Giulia Sissa, “Subtle Bodies”, en *Fragments for a History of the Human Body*, parte 3, ed. Michel Fagher et al., *Zone*, 5(1989), 154, n.6.

¹² GA 4.1.765b35ss. Para *perineos* usado para referirse a los genitales

Pese a estas ambigüedades lingüísticas, Aristóteles parece comprometido con la oposición genital de los dos sexos. Un animal no es “macho o hembra en virtud del conjunto de sí mismo”, insiste, “sino solamente en virtud de cierta facultad y de cierta parte”, esto es, el útero en la hembra y el pene y los testículos en el macho. La matriz sería la parte peculiar de la hembra, como el pene sería distintivo del macho¹³. No aparecen aquí inversiones escurridizas como en Galeno. Tampoco elisiones de la diferencia ni alusiones al sexo único. “La parte propia de la mujer es de carácter opuesto a la del hombre. En otras palabras, la parte bajo el pubis está hundida y no es protuberante como en el hombre” (GA 1.2.716b5-12). Aristóteles aducía también lo que consideraba una prueba experimental de que la anatomía era el fundamento de los “principios” opuestos masculino y femenino, en cuanto a actividad y pasividad. Afirmaba que un varón castrado asumía pronto la forma de una mujer o “no muy alejada de ella... como si se cambiara un primer principio” (GA 1.2.716b5-12). La escisión de los “ovarios” a una cerda la hacía engordar y le apagaba el apetito sexual, mientras que análoga operación en camellas las hacía más agresivas y aptas para servicios de guerra¹⁴.

Nada de esto sorprende mucho, puesto que la apariencia física de los órganos genitales era y sigue siendo el indicador

femeninos, véase HA 1.14.493b9-10. Los genitales femeninos son llamados *aidoion* en HA 1.14.493b2; hay referencias a los genitales masculinos bajo ese mismo nombre en HA 2.1.500a33-b25. Véase también Peck, GA, pág. 388, n.c; para *pudenda*, véase Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, página 66.

¹³ GA 1.2.716a19-b1; HA 1.13.493a25. En HA 1.2.489a10-14, Aristóteles define al “macho” como al que emite en otro y a la “hembra” como quien emite en sí mismo —un esfuerzo adecuadamente ambiguo por basar la diferencia en la anatomía y la fisiología.

¹⁴ HA 9.50.632a22. Pongo “ovarios” entre comillas porque Aristóteles no reconoce la existencia de testículos femeninos y ningún autor anterior a las postrimerías del siglo XVII interpretó el órgano que hoy llamamos ovario como origen de un huevo. El órgano a cuya escisión se refería Aristóteles era “cortado desde el lugar en que los cerdos tienen los testículos y se adhiere a las dos divisiones de la matriz”.

normalmente fiable de la capacidad reproductora y, por tanto, del género al que un niño se adscribe¹⁵. Pero lo que sí sorprende es la ligereza con que Aristóteles, como naturalista, difumina las distinciones de los cuerpos “reales” para llegar al concepto de paternidad —la capacidad que define a los hombres— que trasciende las divisiones de la carne. Como Galeno, y a diferencia de la tradición dominante tras la Ilustración, la retórica de Aristóteles se desplaza hacia el sexo único.

En primer lugar, la pasión de Aristóteles por la variedad infinita de la historia natural socava de continuo la precisión de los textos que he citado en cuanto que la forma determina la función. Un pene grande, del que cabría pensar que haría más viril a un hombre, más capaz de engendrar, de hecho lo hace menos: “estos hombres son menos fértiles que cuando [el pene] es menor, porque cuando el semen se enfría es menos fecundo”¹⁶. [La biología de Aristóteles se mueve aquí en un ámbito cultural más amplio. En el arte y en los dramas griegos se consideraba cómico un pene grande, apropiado para los sátiros, y se preferían tamaños menores y más delicados: “la colita” (*posthion*) era uno de los términos predilectos de Aristófanes. Los atletas jóvenes de Atenas se anudaban el glande con una cinta de cuero, aparentemente por razones cosméticas, para que los genitales resultaran más pequeños y tan parecidos a las partes pudendas de la mujer como fuera posible]¹⁷. Son muchos los detalles posteriores que minan la conexión pene/macho en los textos aristotélicos: los machos humanos y los sementales tienen penes proporcionadamente

¹⁵ Esta afirmación es especialmente delicada por la complicación de las relaciones entre genitales y género, como apuntan los estudios de Robert Stoller sobre los casos de sexos ambiguos o “mal asignados”. Véase su *Sex and Gender*, Nueva York, Science House, 1968, y Richard Green y John Money, eds., *Transsexualism and Sex Reassignment*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1969.

¹⁶ GA 1.4.718a23. Sucede esto porque “lo que se transporta demasiado lejos, se enfría”.

¹⁷ Eva Keuls, *The Reign of the Phallus*, Nueva York, Harper and Row, 1985, págs. 68-69.

grandes en el exterior del cuerpo, pero el del elefante macho es desproporcionadamente pequeño —tampoco tiene testículos visibles— y el delfín carece por completo de pene externo. La situación es doblemente confusa con los elefantes porque se supone que la hembra “abre su órgano de forma considerable” durante el coito (HA 2.1.500a33-35 y 2.1.500b6-13). Entre los insectos, según Aristóteles, de hecho es la hembra la que impulsa su órgano sexual desde abajo para que se introduzca en el macho (HA 5.8.542a2ss). En realidad, que el macho tenga pene parece depender sólo de la existencia y emplazamiento de las patas: las serpientes, que carecen de éstas, y los pájaros, que las tienen en medio del abdomen, donde deberían estar los genitales, carecen por completo de pene (HA 2.1.500b20-25 y GA 1.5.717b14-19).

En cuanto a que los testículos sean un “primer principio” en la diferenciación de los sexos, poco queda de esta afirmación cuando se confronta con observaciones y metáforas específicas (GA 1.2.716b4). En cierto texto, Aristóteles los degrada a la humilde tarea de enlazar determinadas partes de las canalizaciones del cuerpo (HA 3.1.510a13-b5). Como las pesas que las mujeres cuelgan de las urdimbres de sus telares —un símil poco afortunado, afectado de una curiosa mezcla de géneros—, los testículos mantienen los conductos espermáticos con la inclinación adecuada (GA 1.4.717a8-10). (Si el hilo no está inclinado correctamente, se enreda; un enredo en los conductos seminales provoca que el material que se bombea al cuerpo se convierta en material no apto para la generación.)

Estos “hechos” alejaron todavía más a Aristóteles de las conexiones específicas entre genitales y sexos opuestos y le introdujeron en la espesura de las conexiones que constituyen el modelo de sexo único. Como Galeno cinco siglos después, alineó los órganos de la reproducción con el sistema alimentario, común a toda carne. Los animales dotados de intestino recto son más violentos en su apetito por la comida que los animales con intestinos retorcidos, observaba Aristóteles, al igual que los que tienen los conductos seminales rectos, criaturas sin testículos, son “más rápidos en completar la cópula”

que las criaturas con conductos sinuosos. Por el contrario, las criaturas “cuyos intestinos no son rectos” son más atemperadas en su deseo de alimentos, lo mismo que los conductos retorcidos impiden que “el deseo sea demasiado violento e intempestivo” en animales así dotados. De este modo, los testículos atienden la función, modesta pero útil, de hacer “más estable el movimiento de la secreción espermática”, prolongando así el coito y la cocción en beneficio de un esperma más cálido y fino¹⁸. Aristóteles hace menos caso de las conducciones femeninas, pero su interés en identificar los ovarios como asiento de la capacidad reproductora específica de la mujer no fue nunca muy profundo y el único pasaje que lo contempla no resiste un análisis serio¹⁹. En resumen, la histo-

¹⁸ GA 1.4.717a26-30. La vinculación que efectúa Aristóteles entre los sistemas reproductor y digestivo se basa en la creencia común de que los productos de la reproducción y los del sistema digestivo son residuales en ambos casos. Así, en GA 1.20.728a201-24, afirma Aristóteles que lo mismo que la diarrea es provocada por la insuficiente cocción de la sangre en los intestinos, “del mismo modo se causan todas las descargas de sangre en los conductos sanguíneos, incluso la sangre menstrual”, aunque la primera condición es morbosa y la segunda no lo es. Además, la descarga menstrual es resultado de un fracaso, porque la mujer no es tan caliente como el hombre y por ello es incapaz de llevar la cocción del residuo hasta el final y producir esperma.

¹⁹ Aristóteles hace uso de una palabra muy técnica, *kapria* (partes de la cerda), para designar el órgano cuya ablación produce los espectaculares resultados que describe. *Kapria* es el “virus de la puerca”, líquido que en este animal está relacionado con una sustancia análoga al esperma (*gonos*, material generador) que rebosa de los órganos sexuales de las yeguas en celo. Esta última sustancia, el *hippomanes*, es en apariencia una versión de la materia negra que recubre la cabeza del potro recién nacido, se “asemeja al virus de la puerca (*kapria*), y es muy apreciada entre mujeres que comercian con medicamentos”, dice Aristóteles (HA 6.18.572a21-23). Todavía en el Renacimiento se consideraba el *hippomanes* como afrodisiaco. Parece sugerir Aristóteles que el *hippomanes*, en tanto que líquido, es producido exclusivamente por yeguas fecundadas por el viento, pero que la palabra se aplica también a cierta excrecencia presente en la frente del potro recién parido, con independencia del modo en que fue concebido. El término griego habitual para ovarios era *orcheis* (testículos) o *didymoi* (gemelos); la versión latina, *orchis*, hace referencia a una flor. Se dice que

ria natural trata de disminuir la pureza prístina de testículos y ovarios, pene y vagina, como significantes de la oposición sexual —de causa eficiente *versus* material— y los sitúa firmemente en una economía más amplia de una sola carne.

Además, cuando Aristóteles se enfrenta directamente con la cuestión de las diferencias anatómicas entre sexos, desencadena un cúmulo de metáforas con elementos mareantes y desorientadores comprometidos con el sexo único, como en el tropo galénico de los ojos del topo. Todos los órganos masculinos, dice, son similares a los femeninos, excepción hecha de que la mujer tiene matriz, presumiblemente ausente en el hombre. Pero Aristóteles no tarda en asimilar la matriz al escroto masculino: “siempre doble, como los testículos son dos en el hombre”²⁰.

Este paso, sin embargo, fue sólo parte de una confusión más general de las partes masculinas y femeninas, en concreto de una tendencia a considerar el cuello del útero y/o la vagina como pene interno:

La naturaleza del camino que sigue el semen en la mujer es la siguiente: ellas [las mujeres] poseen un tubo (*Kaulos*) —como el pene del varón, pero en el interior del cuerpo— a través del cual lo aspiran por un pequeño conducto situado bajo el lugar por el que las mujeres orinan. Por ello, cuando son mayores para hacer el amor, este lugar no presenta el mismo estado que antes, cuando se excitaban (HA 10.5.637a23-25).

los ovarios fueron descubiertos por Herófilo de Alejandría en el siglo tercero a.C. Véase Staden, *Herophilus*, págs. 167-168. Ni la palabra “ovario” ni “huevo” fueron empleadas para designar el contenido hasta finales del siglo XVII.

²⁰ GA 1.3.716b33 y más general HA 1.17.497a30-31. Se acepta esta imagen porque los dos ligamentos de suspensión, que seguramente incluyen lo que ahora llamamos trompas de Falopio, se imaginan como “cuernos del útero”; de este modo, los ovarios se convierten en análogos visuales de los testículos y el cuerpo del útero pasa a ser el escroto femenino de la descripción de Galeno.

La notable falta de precisión de esta descripción y en especial el empleo de un término tan general como *kaulos* para una estructura que en el modelo de dos sexos estaba llamada a convertirse en el emblema del vacío o de la carencia femenina, sugiere que la intención primaria de Aristóteles no era tanto la propia anatomía, y seguramente no la anatomía como fundamento de los sexos contrarios, como verdades de orden superior que podían ilustrarse de forma impresionista mediante ciertas características del cuerpo.

Una breve digresión sobre el término *kaulos* ayudará en este caso. La palabra se refiere en general a una estructura tubular hueca: el cuello de la vejiga o el conducto del pene o, según el uso homérico, el mango de una jabalina o una pluma (por tomar cuatro ejemplos notables y variados). En el pasaje que acabo de citar designa con claridad alguna parte de la anatomía femenina aunque ésta, de forma significativa, no quede clara: el cuello del útero, el canal endocervical, la vagina, o alguna combinación de esos elementos o incluso el clítoris que, como el pene, se habría creído dotado de una cavidad. Pero cualquiera que sea el significado de *kaulos* en este texto, se habla de la parte en cuestión como si funcionara en las mujeres como un pene interior, un tubo compuesto, como el pene y la vagina, de “mucha carne y cartílago” (HA 3.1.510b13).

En la época de Sorano de Efeso, médico del siglo segundo que se convertiría en la fuente más importante de la alta tradición ginecológica durante los siguientes quince siglos, la asimilación de la vagina al pene a través del lenguaje había ido mucho más lejos. “La parte interior de la vagina (*tou gynaikeiou aidoiu*, la parte íntima de la mujer)”, dice Sorano, “crece alrededor del cuello del útero (*kaulos*, que aquí entiendo que significa *cervix*, como el prepucio en el varón alrededor del glande”²¹. En otras palabras, la vagina y las es-

²¹ Véase Sorano, *Gynecology*, trad. Owsei Temkin, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1956, 9.1.16, pág. 14, y pág. 10. n. 6, donde Temkin subraya que la misma palabra se utiliza para tubo y para pene. En el siglo I a.C., Celso usaba *caulis* (tallo), que tomó del griego *kaulos*, como

estructuras externas se conciben como un prepucio gigante del pene interior femenino cuyo glande, rematado en forma de cúpula, estaría en el “cuello de la matriz”. Hacia el siglo segundo, *kaulos* se había convertido en el término habitual para el pene. La “parte protuberante” del *aidoion* (parte íntima) “a través de la cual fluye líquido desde la vejiga” se llama *kaulos*, dice Julius Pollux (134-192), con autoridad, en su compilación de la nomenclatura médica²². Aristóteles —o el pseudo-Aristóteles que escribió el libro X de la *Historia de los animales*— debió imaginar algo así cuando escribió que durante el orgasmo la matriz expulsa una emisión (*proiesthai*) a través del cuello del útero hacia el mismo espacio en que lo hace el pene, o sea, en la vagina²³. Si tomamos en serio esta imagen llegamos a la extraordinaria conclusión de que las mujeres siempre tienen un pene —el cuello del útero o *kaulos*— que penetra en la vagina desde el interior y otro pene más potente, el del varón, que penetra desde el exterior durante el coito.

En los debates griegos sobre la fisiología masculina y femenina hay, como dice G. E. R. Lloyd, un “cierto aire de boqueo de sombra” e incluso una confusión extravagante cuando se llevan al límite determinadas afirmaciones²⁴. Los antiguos

término habitual para pene. Caelio Aurelio empleaba *kaulos* como equivalente de *aidoion*, que era una palabra común para pene y también para las partes pudendas femeninas. Como otros autores médicos latinos, consideraba *aidonion* con el significado de *ueretrum*, otra palabra latina frecuente para pene. Véase Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, págs. 26-27, 52-53.

²² Julius Pollux, *Onomasticon* (Vocabulario), ed. Eric Bethe, Leipzig, Teubner, 1900, 2.171. Pollux fue poco conocido en la Antigüedad, pero la edición en 1502 de su texto y las subsiguientes ediciones grecolatinas fueron de gran importancia durante el Renacimiento como fuente para una nueva nomenclatura anatómica independiente del árabe.

²³ HA 10.4.636a6-7. Si este autor tenía en mente la imagen de Sorano, estaba haciendo que la matriz eyaculara en su propio prepucio. El Aristóteles auténtico escribe en ocasiones sobre la matriz que aspira materia —la describe como una ventosa—, pero no cree que la matriz eyacule semen (por ejemplo, GA 2.4.739b1-20 y HA 7.3.583a15-16).

²⁴ G. E. R. Lloyd, *Science, Folklore, and Ideology*, Cambridge University Press, 1984, págs. 107-108.

tenían las cosas mucho más claras; no dudaban en distinguir el pene de la vagina y poseían el lenguaje apropiado para ello. El latín y el griego, como muchas otras lenguas, generaron un exceso de palabras sobre el sexo y los órganos sexuales, así como gran abundancia de poesía y prosa que alaba o ridiculiza los órganos genitales masculinos o femeninos, bromeando o maldiciendo sobre el tema de lo que debería ponerse en cada sitio. No niego nada de esto.

Pero cuando los expertos en la materia se sentaron a escribir sobre las bases de la diferencia sexual, no vieron necesidad de desarrollar un vocabulario preciso de la anatomía genital, porque si el cuerpo femenino era menos caliente, menos perfecto y, por tanto, una versión menos poderosa que el cuerpo canónico, entonces las diferencias orgánicas, y mucho menos las genitales, tenían menor importancia que las jerarquías metafísicas que ilustraban. La afirmación de que la vagina era un pene interno o de que la matriz era un escroto femenino deberían entenderse en consecuencia como imágenes carnales de verdades mejor demostradas en otros ámbitos. Es otra forma de decir, con Aristóteles, que la mujer es al hombre como un triángulo de madera es a uno de bronce o que la mujer es al hombre como los ojos imperfectos del topo son a los ojos más perfectos de otras criaturas²⁵. En el contexto de la diferencia sexual, la anatomía fue una estrategia de representación que iluminaba una realidad extracorporal más estable. Existían muchos géneros, pero un solo sexo capaz de adaptaciones.

²⁵ Aristóteles mantiene que aunque hombres y mujeres sean "contrarios", no son especies separadas porque difieren sólo en materia y no en fórmula, del mismo modo que un hombre negro difiere de un blanco sólo incidentalmente, por el color. Las mujeres difieren de los hombres no como un círculo de un triángulo, sino como un círculo o un triángulo de un material difieren de un círculo o de un triángulo de otro material. Véase *Metafísica* 10.1058a29ss y *HA* 5.11.538a13.

SANGRE, LECHE, GRASA Y ESPERMA

En la sangre, el semen, la leche y demás fluidos del cuerpo de un solo sexo, no hay nada femenino ni límites definidos entre los sexos. En su lugar, una fisiología de fluidos fungibles y flujo corporal representa en un registro diferente la ausencia de sexo específicamente genital. Mutaciones interminables y una cadena discordante de cambios hacen posible lo que la fisiología moderna vería como entidades distintas y a menudo sexualmente específicas.

La sabiduría antigua mantenía, por ejemplo, que el comercio sexual podía aliviar algunos estados —depresiones, conducta perezosa— provocados por exceso de flegma, el humor frío y húmedo asociado con el cerebro: "el semen es la secreción de un excremento y se asemeja a la flegma en su naturaleza"²⁶. (Esto apunta ya a la noción de que en la concepción el varón introduce una idea en el cuerpo de la mujer.) Pero lo que cabe resaltar aquí es que la eyaculación de un tipo de fluido se pensaba que restablecía el equilibrio alterado por un exceso de otro tipo, porque la emisión seminal, la sangría, las purgas y el sudor eran formas de evacuación que servirían para mantener la economía librecambista a un nivel adecuado. Un texto hipocrático aclara más estas observaciones fisiológicas cuando especifica los caminos anatómicos de la interconversión; el esperma, espuma parecida a la del mar, procedía de la refinación de la sangre; pasaba al cerebro, desde donde caminaba a través de la médula espinal hasta los riñones, a los testículos y al pene²⁷.

²⁶ Pseudo-Aristóteles, *Problemas*, 1.50.865a33s. La flegma tiene también una complicada relación con el calor y la inflamación, así como con la teoría sustentada por Platón, Hipócrates y otros autores, según la cual el semen procede del cerebro y de la médula espinal y no de la sangre.

²⁷ Véanse las notas eruditas en Iain M. Lonie, *The Hippocratic Treatises: "On Generation", "The seed", "On the Nature of the Child", "Diseases IV"* en la serie *Ars Medica: Texte und Untersuchungen zur Que-*

La sangre menstrual, plétora o residuo de la nutrición, es como si fuera una variante local de esta economía genérica del cuerpo en cuanto a fluidos y órganos. Las mujeres embarazadas, de las que se supone que transforman de otro modo el alimento superfluo en alimentación para el feto, y las madres recientes, que crían y por ello necesitan convertir sangre extra en leche, no tienen tal exceso y por eso no menstrúan. “Después del parto”, dice el omnisciente Isidoro, en el paso de un milenio de erudición al siguiente, “como quiera que la sangre no se ha consumido en la alimentación de la matriz, fluye por un paso natural a las mamas, y blanqueándose [aquí Isidoro dice *lac*, del griego *leukos* (blanco)] por su virtud, recibe la calidad de la leche”²⁸. Así, las mujeres demasiado obesas (que transforman la plétora normal en grasa), las bailarinas (que consumen la plétora en el ejercicio), y las “comprometidas en concursos de canto” (en sus cuerpos “el material se ve forzado a circular y es totalmente consumido”) no menstrúan y suelen ser infértiles²⁹. El caso de las cantantes, además, ilustra de nuevo hasta qué punto lo que nosotros con-

ltenkunde der Alten Medizin, Berlín, Walter de Gruyter, 1981, págs. 124-132, 102-103, 277-279, que insisten en la apertura de los límites entre fluidos.

²⁸ Isidoro, *Etymologiarum*, 11.1.77. Galeno discute la convertibilidad de la sangre en leche con detalles clínicos en *UP* 2.639. Véase también Hipócrates, *Aforismos*, 5.37, 52.

²⁹ *The Seven Books of Paulus Aegineta*, trad. Francis Adams, Londres, 1844, 3.609-614; Aecio de Ameda, *Tetrabiblion*, trad. James V. Ricci, Filadelfia, Blakiston, 1950, caps. 4 y 26; Sorano, *Gynaecology*, págs. 18-19. Estas observaciones son bastante frecuentes, y cito a Paulus Aegineta, Aecio y Sorano como autoridades médicas generales sólo porque proporcionan explicaciones coherentes y de fácil acceso. Son clínicamente astutos, pero no por las razones que en la época podrían imaginarse. Por ejemplo, sobre el pensamiento moderno de por qué el ejercicio, la obesidad y las pérdidas severas de peso conducen a la amenorrea, véase Leon Speroff *et al.*, *Clinical and Gynecological Endocrinology and Infertility*, Baltimore, Williams and Wilkins, 1983, caps. 1 y 5, esp. págs. 171-177. [Existe traducción de esta última obra a cargo de Alberto Jornet Cases, *Endocrinología ginecológica e infertilidad*, 3.ª ed., Barcelona, Toray, 1986.]

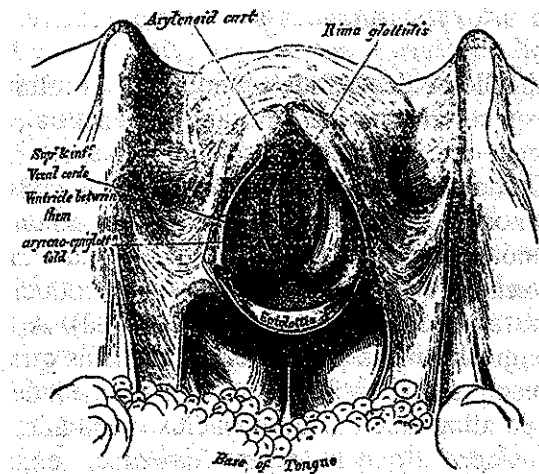


Fig. 2. Ilustración del siglo XIX que muestra la abertura de la laringe de forma que revela una clara semejanza con los órganos genitales externos femeninos. Galeno había señalado que la úvula, que pende al fondo del velo del paladar —en el centro cuando se mira el interior de la boca—, ofrece a la garganta el mismo tipo de protección que el clítoris al útero.

De Max Müller, *Lecciones sobre la ciencia del lenguaje*.

sideraríamos relaciones metafóricas entre órganos, era aceptado como si tuviera en el cuerpo consecuencias causales reales. Aquí la asociación se da entre la garganta o el cuello a través del cual pasa el aire y el cuello de la matriz, a través del cual fluye la menstruación; la actividad en uno detrae la actividad en el otro. (De hecho, las conexiones metafóricas entre la garganta y el cervix/vagina o entre la cavidad bucal y las partes pudendas son legión en la Antigüedad y persisten en el siglo XIX, como muestra la figura 2. Dicho de otro modo, una afirmación hecha en un caso como metáfora —las emisiones que hombre y mujer depositan frente al cuello de la matriz son aspiradas “con ayuda de la respiración, como con la boca o las ventanas de la nariz”— tiene implicaciones

literales en otro: las cantantes son menos proclives a menstruar)³⁰.

Aunque sólo he descrito la economía de los fluidos fungibles con respecto al esperma y la sangre menstrual, productos de índole genérica, de hecho trasciende el sexo e incluso las especies. Ciertamente, como los hombres eran más calientes y tenían menos sangre residual, generalmente no daban leche. Señala Aristóteles, sin embargo, que tras la pubertad algunos hombres *producían* algo de leche y podían producir más con un tratamiento adecuado (HA 3.20.522a19-22). A la inversa, las mujeres menstruaban porque eran más frías que los hombres y por eso era más probable que a ciertas edades tuvieran un exceso de alimentación. Pero, incluso teniendo en cuenta esto, se consideraba que las reglas femeninas tenían equivalentes funcionales, no reproductores, que permitían catalogarlas como parte de una fisiología compartida con los hombres. Mantenía Hipócrates que la aparición de una hemorragia nasal, y también la menstruación, eran indicación de que estaba a punto de declararse una fiebre, lo mismo que la hemorragia nasal era un signo pronóstico de que la amenorrea se resolvería pronto. Por el contrario, una mujer dejaría de vomitar sangre si apareciera la regla³¹. El mismo tipo de sustitución se

³⁰ HA 10.5.637a18-19. Sobre la figura 2, véase Zeldá Boyd, "The Grammarian's Funeral' and the Erotics of Grammar", *Browning Institute Studies*, vol. 16, ed. Robert Viscusi, Browning Institute, Southwestern College, 1988, pág. 5. Sobre la garganta/cuello de la matriz, vagina o cervix, véase Ann Hanson y David Armstrong, "The Virgin's Voice and Neck: Aeschylus, *Agamemnon* 245 and Other Texts", *British Institute of Classical Studies*, 33 (1986), 97-100; y Lloyd, *Science, Folklore*, págs. 326-327. Galeno, en *De uteri dissectione* 7, dice que "Herófilo compara la naturaleza del útero [¿cervix?] con la parte superior de la tráquea"; Staden, *Herophilus*, pág. 217.

³¹ Hipócrates, *Aphorisms* 32 y 33 y *Epidemics* 1.16, en *The Medical Works of Hippocrates*, ed. John Chadwick y W.N. Mann, Oxford, Oxford University Press, 1950. [Una parte de las obras hipocráticas fue traducida por José Alsina *et al.* y publicada como *La medicina hipocrática*, Madrid, CSIC, 1976; el mismo traductor es responsable de una versión catalana.] Esas observaciones clínicas se repetirían durante dos mil años. Un médico del Renacimiento informa, por ejemplo, de que una mujer que sufría ja-

produce con el sudor: la mujer tiene menos derrame en verano y más en invierno, dice Sorano, a causa de las cantidades diferentes de evaporación que tienen lugar a través del cuerpo en tiempo cálido y frío. Si hay más sudoración, hay menos derrame³².

Lo que cuenta es la pérdida de sangre en relación con el balance de fluidos del cuerpo, no el sexo del individuo ni el orificio por el que se produce. Por eso, afirma Areteo de Capadocia, si la melancolía aparece después de "la supresión de la descarga catamenial en mujeres" o después del "flujo hemorroidal en hombres, debemos estimular las partes para expulsar la evacuación acostumbrada". Las mujeres, dice Aristóteles, no padecen de hemorroides o hemorragias nasales tanto como los hombres, excepto cuando sus derrames menstruales han cesado; por el contrario, el derrame es ligero en mujeres con hemorroides o venas varicosas presumiblemente porque la sangre en exceso encuentra salida por esos medios³³.

La compleja red de interconvertibilidad implícita en la fisiología del sexo único es todavía más amplia de lo que he sugerido y comprende tanto la carne como los fluidos. Aristóteles, por ejemplo, encuentra una confirmación de la natura-

quecas porque en sus periodos no experimentaba derrames, resultó aliviada temporalmente cuando "finalmente los expulsó mediante vómitos". La enfermedad reapareció y sólo fue definitivamente eliminada cuando el médico le hizo una sangría en el tobillo, que "impulsó a los periodos a fluir regularmente por el lugar natural". Antonio Beniveni (1443-1502), *De abditis nonnullis ac mirandis morborum et sanationum causis*, trad. Charles Singer, Springfield, Charles C. Thomas, 1954.

³² Sorano, *Gynecology*, pág. 19, aprecia también que la cantidad de flujo menstrual es menor en "profesoras de canto y mujeres que viajan". La interconexión entre fluidos parece infinita. Así, Alberto Magno mantenía que la estimulación sexual de hombres y mujeres producía un eyaculado a mitad de camino entre esperma y sudor. James R. Shaw, "Scientific Empiricism in the Middle Ages: Albertus Magnus on Sexual Anatomy and Physiology", *Clio Medica*, 10.1 (1975), 61.

³³ GA 1.19.727a11-15; HA 7.10.587b32-588a2; este pasaje está a continuación de la explicación de Aristóteles de por qué las mujeres que dan el pecho no menstruan.

leza residual común del esperma y el fluido menstrual, en la observación de que las criaturas obesas de *ambos* sexos son “menos espermáticas” (*spermatika*) que las delgadas. Siendo así que “también la grasa, como el semen, es un residuo, de hecho sangre digerida”, los hombres y mujeres gruesos tienen menos residuos que liberar en el orgasmo o como catamenia. Los hombres delgados, por otra parte, producen más semen que los gruesos y por la misma razón general de que los humanos producen proporcionalmente más semen y más fluido menstrual que otros animales: los hombres delgados no aplican los alimentos a producir grasa; los humanos retienen como excedente el material que en los animales se destina a los cuernos y al pelaje³⁴.

Este tipo de análisis puede extenderse indefinidamente. Los hombres y mujeres rubios eyaculan más copiosamente que los morenos, dice Aristóteles, sin molestarse en justificar esta suposición en que ello se debe a que los últimos son, en general, más velludos: quienes observan una dieta acuosa y picante, descargan más que los que la siguen seca y sosa (*HA* 7.2.583a10-14). Tanto los hombres como las mujeres se encuentran cansados tras la eyaculación, no porque la cantidad de material emitido sea muy grande, sino por su calidad: constituye la parte más pura de la sangre, de la esencia de la vida (*GA* 1.18.725b6-7).

Si, como he venido exponiendo, los fluidos de la reproducción en el modelo de sexo único no fueran sino estadios superiores de la digestión de los alimentos —casi como la fracción ligera en la destilación del petróleo crudo— entonces las semillas masculina y femenina no podrían concebirse como entidades sexualmente específicas y morfológicamente distintas, que es como vinieron a entenderse tras el descubri-

³⁴ *GA* 1.19.727a31ss; *HA* 7.2.582b30-583a4; para la relación entre leche y esperma, véase *HA* 3.20.521b7; sobre leche, sangre y esperma, *GA* 4.4.771a4ss. Cito aquí a Aristóteles por su influencia en estos temas sobre el mundo occidental, pero esas posiciones son frecuentes en escritos de su época y posteriores, incluso en aquellos que no pertenecen directamente a la tradición aristotélica.

miento de pequeñas criaturas en el semen y de que se aceptaran como el huevo de los mamíferos, a finales del siglo XVII³⁵. En el cuerpo de sexo único, las sustancias eyaculadas por los “dos sexos” eran versiones jerárquicamente ordenadas entre sí de acuerdo con la potencia que se les suponía.

La diferencia entre las teorías llamadas de dos semillas y de una semilla —Galeno *versus* Aristóteles— no es, por tanto, una cuestión empírica que pudiera resolverse por referencia a hechos observables. Incluso en la teoría aristotélica de la semilla única, *sperma* y *catamenia* se refieren a refinaciones más o menos grandes de una sangre sin género, excepto cuando se usan como cifras para los “principios” masculino y femenino³⁶. Lo que se ve, o lo que no podría verse nunca, no importa realmente, excepto en la medida en que el semen masculino es más espeso, más blanco y más espumoso, lo cual es señal de que es más poderoso y propicio para actuar como causa eficiente que el eyaculado femenino, que es más fino, menos blanco y más acuoso, o que el menstuo todavía rojo y menos digerido. Como los órganos de la reproducción, los fluidos a este fin destinados vuelven a ser versiones el uno del otro; son la manifestación biológica, en el lenguaje del cuerpo unisexo, de la política de los dos géneros y en último extremo del acto de engendrar.

³⁵ Véase más adelante, en el Capítulo V, la explicación de por qué dichos descubrimientos hicieron más plausible, sin por ello implicarlo, un modelo de dos sexos y por qué sería anacrónico usar los modernos términos “esperma” y “huevo” para lo que vieron los científicos del siglo XVII.

³⁶ Las teorías de las dos semillas, como las de Hipócrates y Galeno, mantienen que se necesitan las “semillas” de ambos padres para dar vida a la materia que la madre aporta. Las teorías de semilla única, entre las cuales la de Aristóteles fue la más influyente, afirmaban que el hombre proporciona a la generación el *sperma* (la causa eficiente y de modo más problemático, también la formal), mientras que la mujer facilita la *catamenia* (la causa material). En este modelo la eyaculación femenina no tiene sentido porque por definición la mujer no aporta semilla. Véase Michael Boylan, “The Galenic and Hippocratic Challenges to Aristotle’s Conception Theory”, *Journal of the History of Biology*, 17 (primavera de 1984), 85-86, and Preus, nota 10, *supra*.

El autor hipocrático ilustra este punto claramente y sin la complejidad filosófica que encontramos en la teoría aristotélica llamada de una semilla. Quizá, si aceptamos la tesis de Aline Rousselle, habla incluso de la sabiduría empírica de las mujeres, normalmente silenciada³⁷. Hipócrates se inclina hacia la pangénesis, idea según la cual cada parte del cuerpo de cada progenitor transmite algún aspecto de sí misma; que las representaciones de las diversas partes forman un fluido o semilla reproductor; y que la concepción consiste en conjugar, según proporciones y fuerzas, esas sustancias germinales. Hipócrates renuncia a todo esfuerzo por atribuir a hombres y mujeres semillas fuertes o débiles, respectivamente. Si bien el varón debe proceder de un esperma más fuerte, “por ser el varón más fuerte que la hembra”, ambos son capaces de producir semilla más o menos fuerte. Lo que cada uno emite es el resultado no de alguna característica esencial masculina o femenina, sino de una batalla interna entre cada tipo de semilla: “lo que la mujer emite es a veces más fuerte, a veces más débil; y esto se aplica también a lo que el varón emite”³⁸. Hipócrates insiste en este punto repitiendo la idea y generalizándola a los animales: “Un mismo hombre no emite invariable-

³⁷ Aline Rousselle, *Porneia*, trad. Felicia Pheasant, Oxford, Blackwell, 1988, págs. 24-26, expone que, en ausencia de oportunidades para que los médicos (varones) examinaran mujeres vivas o muertas, algunas observaciones muy precisas sobre el placer y la fisiología femeninos fueron proporcionadas a los médicos por comadronas o pacientes. Aunque no hay pruebas directas de esta afirmación, me gustaría que fuera verdadera porque sugiere que buena parte de lo que voy a decir en este libro refleja no sólo la alta tradición médica masculina, sino también los mundos más imaginativos de las mujeres. Sin embargo, no estoy de acuerdo con Rousselle cuando atribuye a Aristóteles una explicación básicamente distinta de los aspectos fenomenológicos de la reproducción a los del autor hipocrático. Utilizo la expresión “autor hipocrático” para dar idea de que el *corpus* de obras atribuido a Hipócrates se considera que fue escrito por muchos autores adscritos a tal tradición. Es embarazoso hacer uso continuado de esta locución, por lo que en adelante me referiré a dichos autores por el nombre de uno de ellos: Hipócrates.

³⁸ “On Generation”, Lonie ed., 6.1 y 6.2, pág. 5, así como el revelador comentario de las págs. 124-132.

mente la variedad fuerte o débil de esperma, sino que a veces una y a veces la otra; esto mismo es cierto en el caso de la mujer.” Así se explica por qué una pareja dada tiene prole masculina y femenina, como también versiones más fuertes y más débiles de cada sexo; lo mismo sucede con los animales³⁹.

Si los dos miembros de la pareja producen esperma fuerte, resulta un varón; si ambos producen esperma débil, nace una hembra; y si en uno de ellos en la batalla se ha impuesto el débil y en el otro el fuerte, el sexo de la criatura viene determinado por la cantidad de esperma producido. Una mayor cantidad de esperma débil, esté producido por el hombre o la mujer, puede imponerse a una menor cantidad de esperma fuerte, sea cual sea su origen, en el segundo asalto, cuando ambos se encuentran frente al útero en renovado combate. Hipócrates se esfuerza en subrayar la fluidez de la situación y la interpenetración de lo masculino y femenino. La disputa por la supremacía del esperma es

como si se mezclara cera de abejas y sebo, empleando una cantidad mayor de sebo que de cera, y se fundieran juntos sobre un fuego. Mientras que la mezcla sigue fluida, no se evidencia el carácter que prevalece en la mezcla; sólo cuando solidifica puede verse que el sebo predomina cuantitativamente sobre la cera. Lo mismo sucede con las formas de esperma masculino y femenino⁴⁰.

³⁹ *Ibíd.*, 7.2; de nuevo en 8.2.

⁴⁰ *Ibíd.*, 6.2. La existencia de esperma masculino y femenino en cada progenitor se aduce para explicar por qué algunas mujeres paren varones con algunos hombres y niñas con un marido posterior. Puesto que la tradición hipocrática es pangénésica, lo que implica que cada parte del cuerpo produce parte del esperma, cada característica de la criatura resulta del mismo tipo de batalla que determina el sexo. (Véase GA 1.17.725b13ss para el clásico ataque a esta posición.) “De la generación” afirma simplemente que ningún niño puede parecerse solamente a un progenitor, lo cual es otra forma de decir que los hombres son necesarios porque las mujeres no pueden fecundarse a sí mismas (véase 8.1 y 8.2). Sobre la pangénesis y las teorías antiguas de la herencia en general, véase Erna Lesky, *Die Zeugungs und Vererbungslehre der Antike und ihr Nachwirken*, Mainz, Akademie der Wissenschaften und der Literatur, 1950.

Las "formas" de espermatozoides masculino y femenino corresponden así no a la configuración genital de su fuente ni a la nueva vida que crearán, sino más bien a gradaciones de un *continuum* de fuerte a débil⁴¹.

Pienso que si acosáramos al autor hipocrático en este punto tendría que admitir que hay algo especialmente poderoso en la semilla masculina, en el fluido que procede del varón de verdad, porque de otro modo no tendría respuesta a la pregunta con la que los teóricos de las dos semillas fueron atosigados durante milenios: si la hembra tiene una semilla tan poderosa, ¿por qué no puede engendrar por sí misma, para qué se necesitan los hombres? Sin embargo, los textos hipocráticos se resisten a relacionar el género de la semilla, su fuerza o debilidad, con el sexo de la criatura que la produce. En su versión de la economía de fluidos unisexo, la semilla más potente es por definición la del macho, cualquiera que sea su origen.

También para Galeno cada progenitor contribuye con algo que da forma y vivifica la materia, pero insiste en que la semilla del progenitor femenino es menos poderosa, menos "informante", que la del progenitor masculino, por la propia naturaleza de la hembra. Ser hembra *significa* tener una semilla más débil, incapaz de engendrar, no como cuestión empírica, sino por imperativo lógico. "Desde luego, la hembra debe tener los testículos más pequeños y menos perfectos y el semen que generan debe ser más ligero, más frío y húmedo (porque esas cosas se siguen *necesariamente* de un calor insuficiente)" (UP 2.631). De este modo, en contraste con Hipócrates, Galeno mantiene que la calidad de las respectivas semillas procede de la jerarquía de los sexos. La semilla del hombre es siempre más espesa y cálida que la de la mujer por

⁴¹ Hipócrates no ofrece justificación alguna de por qué no hay, como podría sugerir este modelo, un buen número de criaturas cuya configuración genital sea "intermedia", con difícil clasificación social. Tampoco trata la cuestión, que pone en dificultades a otros, de por qué la mujer necesita al hombre en todo caso, siendo capaz en realidad de producir un espermatozoide fuerte análogo al del hombre.

la misma razón que el pene es protuberante y no queda sin desarrollo en el interior del cuerpo, como el útero y los ojos del topo: los humanos son los animales más perfectos y el hombre es más perfecto que la mujer por un "exceso de calor". Sin embargo, en oposición a lo que defendía la opinión de Aristóteles, Galeno insistió en que las mujeres producían semen, verdadera semilla generadora. Si no fuera así, pregunta retóricamente, ¿por qué deberían tener testículos, como manifiestamente tienen? Y si no tuvieran testículos (*orcheis*) carecerían del deseo del coito, que manifiestamente tienen⁴². En otras palabras, la semilla femenina, como la misma mujer, "no está muy lejos de ser perfectamente cálida" (UP 2.630).

El semen masculino y femenino, fluidos más o menos refinados, mantienen la misma relación con la sangre que el pene y la vagina tienen con la anatomía genital, con órganos protuberantes o interiores. Como el médico árabe medieval Avicena (Ibn-Sina, 980-1037) indica en su comentario de estos textos galénicos, "la semilla femenina es una clase de sangre menstrual, incompletamente digerida y poco transformada, y no está lejos de ser de la naturaleza de la sangre (*a virtute sanguinea*) como lo es la masculina"⁴³. Así, la digestión

⁴² El caso se hace explícito en Galeno, *Peri spermatis* (Sobre la semilla), Kuhn ed., 4.2.4, pág. 622. Manifiesta en diversos lugares del texto que "las mujeres tienen conductos seminales y testículos llenos de semen". Si los hombres tuvieran leche en sus conductos mamarios, no habría razón para preguntarse con qué propósito. "Del mismo modo, puesto que las mujeres tienen semen, no hay que maravillarse de que lo excreten" (2.1, pág. 600).

⁴³ Avicena, *Canon* (Venecia, 1564), 3.20.1.3. En 3.31.1.1, Avicena, como Galeno, plantea el hecho de que el órgano femenino de la generación, la matriz, es "como si fuera el órgano masculino invertido". La traducción latina de la arábica de Avicena utiliza *esperma* para la eyaculación masculina y femenina, y Avicena se encuentra en apuros para criticar a quienes asimilan la semilla femenina con el fluido menstrual. Hablando en general, Avicena mantiene una posición aristotélica sobre la generación, al mismo tiempo que reproduce casi literalmente el sistema galénico de los isomorfismos anatómicos. Véase Danielle Jacquart y Claude Thomasset, *Sexuality and Medicine in the Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 1988, págs. 36ss.

tión y reproducción, alimentos, sangre y semilla, en una única economía general de fluidos controlada por el calor. En el modelo unisexo a la mujer le falta la capacidad, el calor vital, para convertir los alimentos hasta el nivel más alto: el esperma. Pero se queda cerca.

Aristóteles y la tradición aristotélica de la "semilla única", con su radical distinción entre los materiales generativos masculino y femenino (*gonimos*), parecerían hacer insostenible la posición galénica intermedia y facilitarían de este modo las bases en el cuerpo para los dos sexos biológicamente distintos e inconmensurables, en forma similar a la del huevo y el esperma que estaría presente en teorías como la de Geddes, en el siglo XIX. Según Aristóteles, los hombres producen *sperma*, causa eficiente de la generación, y las mujeres no. En su lugar las hembras proporcionan *catamenia*, que es la causa material y, por tanto, de naturaleza completamente diferente. Pero esta distinción formal *a priori* agota por completo lo que Aristóteles denota por *sperma* y *catamenia*. Así como los cuerpos masculino y femenino fracasan a la hora de proporcionar correlatos anatómicos fijos para su teoría de la causalidad generativa, tampoco los fluidos reproductores "en el universo" sostienen una justificación bisexuada radical de la diferencia sexual. Tampoco Aristóteles la deseaba.

Es evidente que Aristóteles y sus contemporáneos distinguían el semen de la sangre menstrual. Los hombres y los animales sanguíneos machos, bien lo sabían, emitían generalmente una sustancia visible y palpable, que era blanca por ser una espuma compuesta de burbujas invisibles, y espesa porque estaba formada por agua mezclada con aliento (*pneuma*), la herramienta a través de la cual actuaba el principio masculino. Aunque Aristóteles designaba normalmente esta sustancia como esperma, sus características distintivas no eran en principio aspectos de la propia semilla⁴⁴. Según hace explícito sin lugar a dudas, el eyaculado no era sino el vehículo

⁴⁴ Véase Boylan, "Galenic Challenge". En otras ocasiones Aristóteles utiliza *gonimos* (generador, productor) para referirse al esperma. Hace uso de la misma palabra para referirse a la contribución femenina.

para la causa eficiente, el esperma, que ejercía su magia como un rayo de luz invisible. Como probaba la experiencia, se retiraba o se evaporaba de la vagina; tampoco entraría en la catamenia, en la que se formaría el cuerpo del embrión, como un agente activo entra en la materia pasiva cuando una cosa está hecha a partir de dos. Después de todo, ninguna parte del carpintero aparece en la cama que construye, ni tampoco el arte del herrero entra en la espada que moldea, ni el cuajo o el jugo de higo se convierten en parte de la leche que transforman en queso. En realidad la causa eficiente, el principio informador, artesanal, en apariencia puede ser transportado por la brisa, como las yeguas de Creta que son "fecundadas por el viento"⁴⁵.

Todas las metáforas de Aristóteles omiten la presencia física del eyaculado; el esperma, tratado como artesano, actúa como un relámpago, más como genio que como zapatero que clavetea sin descanso. Sus imágenes nos llevan a la constelación del flegma/cerebro/esperma: en la concepción el macho introduce una idea, una concepción artística o artesanal, en el cerebro-útero de la hembra⁴⁶.

La contribución material de la hembra es algo más material y, por tanto, reconocible según las propiedades físicas de la sangre menstrual. Aristóteles se toma la molestia de puntualizar que la catamenia, el propio residuo menstrual, no puede ser confundida con la sangre real, que se ve: "la mayor parte del flujo menstrual es inútil, pese a ser fluido" (GA 2.4.739a9). Pero deja inexplorada la relación entre la catamenia, sobre la que el esperma ejerce su magia, y todo lo que puede verse —la "inútil" descarga menstrual o el fluido que

⁴⁵ GA 1.21.729b17ss; 2.1.734b20ss, que discute la complicada relación del alma con el esperma en general; 2.3.737a10-16. El cuajo es el revestimiento mucoso del estómago de los rumiantes, que contiene renina, enzima usado para cuajar la leche. El jugo del higo cumple una función similar; HA 6.18.572a15.

⁴⁶ La concepción biológica y la intelectual están estrechamente relacionadas, como señalaba en el siglo XVII William Harvey, dentro de la tradición aristotélica.

humedece la vagina durante el coito— en buena medida porque carecen de importancia en un mundo en el que las afirmaciones sobre el cuerpo sirven sobre todo como ilustraciones de una gama de verdades superiores⁴⁷. Su imagen dominante es la de la jerarquía de la sangre: “La secreción masculina y las reglas femeninas son de naturaleza sanguínea”⁴⁸. El semen de los hombres que tienen coitos demasiado frecuentes revierte a su estado sanguíneo anterior; el semen de los muchachos y a menudo el de los ancianos es incapaz, como la catamenia, de impartir movimiento a la ma-

⁴⁷ El texto medieval (*De secretis mulierum*) del Pseudo Alberto Magno utiliza *menstruum* para referirse a la semilla femenina y *sperma* a la masculina, en su discusión sobre la concepción, en la que las dos semillas (*duo semine*) se encuentran en la *vulva* (vagina). Véase Charles Wood, “The Doctors’ Dilemma: Sin, Salvation, and the Menstrual Cycle in Medieval Thought”, *Speculum*, 56 (1981), 716, y John F. Benton, “Clio and Venus: An Historical View of Medieval Love”, *The Meaning of Courtly Love*, ed. F. X. Newman, Albany, State University of New York Press, 1969, pág. 32, sobre *menstruum* como semilla y *sanguinis menstruus* como sangre menstrual. Tomás de Aquino se muestra interesado en que la Virgen sea al propio tiempo causa material y formal del Cristo humano; véase esp. *Summa theologica*, 3a.31.5 [de la que existen numerosas versiones castellanas], y Wood, pág. 27. Es evidente que lo que está en juego en la cuestión de si el *menstruum* es una semilla es algo más que la biología. Cuando afirmo que faltan distinciones claras entre el modelo de una semilla y el de dos, estoy en contra de la posición defendida por Anne-Liese Thomasen, “‘Historia animalium’ contra ‘Gynaecyia’ in der literatur des Mittlealters”, *Clio Medica*, 15 (1980), 5-23, donde describe las dos tradiciones distintas y mutuamente exclusivas.

⁴⁸ GA 4.8.776b10. Véase Boylan, “Galenic Challenge”, pág. 94, donde concluye, en mi opinión correctamente, que el útero está implicado en una forma inferior de la “cuarta concocción del *pepsis*”, lo cual hacen mejor los conductos espermáticos del hombre. Mas en general, sobre cómo los alimentos se calientan para producir sangre y material genésico, véase Michael Boylan, “The Digestive and ‘Circulatory’ Systems in Aristotle’s Biology”, *Journal of the History of Biology*, 15 (1982), 89-118. El hecho de que HA 10.1.634b30ss y 10.6.637b32, por ejemplo, usen *sperma* para los productos genésicos de hombres y mujeres es una razón para que los especialistas duden de la autenticidad del libro 10. Si es o no de Aristóteles, esta ecuación lingüística parece moverse en la dirección que siguen los textos aristotélicos auténticos.

teria⁴⁹. Para Aristóteles, en consecuencia, y para la larga tradición fundada en su pensamiento, las sustancias generadoras son elementos interconvertibles en la economía del cuerpo unisexo, cuya forma superior es el varón. Los fluidos fisiológicos no son distintivos ni de clase diferente, sino los tonos más ligeros en el claroscuro biológico presente en la sangre⁵⁰.

Todos estos datos sugieren que en la construcción del cuerpo unisexo los límites entre sangre, semen, otros residuos y alimentos, así como entre los órganos de la reproducción y otros órganos, entre el calor de la pasión y el calor de la vida, eran poco precisos y, para una persona moderna, porosos hasta lo inimaginable, casi terroríficos. “Quienquiera que copule hacia la medianoche”, previene un texto atribuido a Constantino el Africano, “comete un error”. La digestión (concocción) de los alimentos debe hacerse antes de forzar al cuerpo a dar la concocción final a la semilla⁵¹. Quince siglos después de Aristóteles y un milenio después de Galeno, en el *Purgatorio* de Dante todavía se habla de la fungibilidad de los fluidos del cuerpo y las afinidades de sus calores. La sangre “no bebida”, perfecta como un plato (*alimento*) traído desde la mesa, es redestilada por el calor del corazón, enviada a los genitales, desde los cuales “gotea en la vasija de la natu-

⁴⁹ GA 1.19.726b5ss; sobre ancianos y muchachos, véase GA 1.18.725b20. El semen de los borrachos, dice el pseudo-aristotélico *Problems* 50.865a33, no es fértil porque es demasiado húmedo y produce excesivo líquido como residuo.

⁵⁰ No es de extrañar, me apunta Peter Brown, que tanto la tradición gnóstica como la maniquea consideren la eyaculación del esperma como la etapa final en la liberación de la luz/espíritu de su base material.

⁵¹ Paul Delany “‘Constantinus Africanus’ *De Coitu*: A Translation”, *Chaucer Review*, 4.1 (1969), 59. Constantino el Africano fue un médico del siglo XI, fiel adepto a la erudición médica antigua, que enseñó en la Escuela de Salerno. Más sobre este punto y sobre los consejos variados y a menudo contradictorios enunciados por los médicos, véase Jacquart y Thomasset, *Sexuality*, págs. 53ss, 87-96. Como quedará claro, difiero de ellos en que estoy contra la división nítida que pretenden establecer entre la fisiología reproductora masculina y la femenina.

raleza, sobre la sangre de otro”⁵². *Los secretos de las mujeres*, compilados de la tradición antigua durante la baja Edad Media y todavía populares en el siglo XVIII, hablan del apetito del coito como consecuencia directa de la acumulación de residuos de la comida cotidiana. Menstruos refinados de la sangre calientan la vulva de la mujer mediante una “abundancia de materia” y le provocan gran deseo por el coito⁵³.

La economía de fluidos del cuerpo unisexo engendra así los deseos y el calor a través del cual se perpetuará. De un modo más general, espero que quede claro que la fisiología e incluso la anatomía de la generación no son más que ilustraciones locales de una forma de hablar sobre el cuerpo muy distinta de la nuestra. La carne y la sangre visibles no pueden considerarse una base estable “real” para las afirmaciones culturales que les afectan. En realidad, el problema de interpretación consiste en comprender el alcance de lo “real” y el grado en que la biología es tan sólo la expresión de otras y más profundas verdades.

ORGASMO Y DESEO

“Debo decir ahora por qué el ejercicio de las partes generadoras va acompañado de un placer tan grande y por qué su uso está precedido de tan fuerte deseo”, escribía Galeno (*UP* 2.640). Por atemperado que pueda estar el orgasmo para adecuarse a las necesidades del cuerpo público y privado, se-

⁵² Dante Alighieri, “Purgatorio”, *Divina Comedia*, edición de Giorgio Petrocchi y Luis Martínez Merlo, 2.^a ed., Madrid, Cátedra, 1993, 25.37-45, pág. 455. Como es natural, la referencia es al hombre, pero su sangre refinada es rociada sobre la sangre refinada de la mujer, que ha sufrido idéntico proceso de concocción.

⁵³ Pseudo-Alberto Magno, *De secretis mulierum*, 1.19. Este texto del siglo XII fue ampliamente copiado y después impreso, primero en latín y luego en diversas lenguas vernáculas. (Hay una edición inglesa todavía en 1745.) Véase Lynn Thorndike, “Further Consideration of the *Experimenta, Speculum Stromiac, and De Secretis Mulierum* ascribed to Albertus”, *Speculum*, 30 (1955); 413-443.

ñalaba la capacidad de generar del cuerpo no socializado. Un impulso básicamente prosaico y específicamente genital conduce a un calentamiento sistémico y mayor del cuerpo hasta que está lo suficientemente caliente como para digerir la semilla de la nueva vida. Los residuos serosos, una piel exquisitamente sensible y las caricias serían las causas próximas del placer sexual y del deseo: “que la raza pueda continuar incorruptible para siempre” sería el propósito final. El proceso de generación puede diferir en matices como el calor vital y las semillas, y también las cualidades físicas de las sustancias eyaculadas pueden diferir entre los sexos, pero la libido, como podríamos llamarla, carece de sexo.

Siempre estuvo presente la vieja cuestión de si los hombres o las mujeres disfrutaban más de los placeres de Venus, cuya versión más afamada fue la formulada por Ovidio, quien finalmente ofrecía una respuesta ambigua. (El relato de Ovidio se convertiría en una anécdota constante en el repertorio profesional, transmitida a generaciones de estudiantes medievales y renacentistas para dar un toque picante a las clases de medicina.) Se dice que Tiresias, que había experimentado el amor como hombre y como mujer, fue cegado por Juno por convenir con Júpiter que las mujeres gozan más del sexo. Pero su cualificación para juzgar sugiere ya lo resbaladizo de la cuestión: conocía uno y otro aspecto de la femenina *Venus*, ambos, más bien que el *amor* masculino. Y la historia de su metamorfosis “especular” de hombre a mujer, por haber golpeado a dos serpientes que copulaban, y su vuelta a la condición masculina por golpearlas de nuevo ocho años más tarde, socava un tanto su autoridad en la diferenciación sexual del placer. Es bien conocido que las serpientes no presentan caracteres externos de su sexo; se enrollan la una a la otra durante el coito y reflejan una imagen ambigua y carente de género. La historia de Ovidio parece decir que, aunque difieran en matiz, el orgasmo es el orgasmo en el cuerpo de una carne⁵⁴.

⁵⁴ La historia de Tiresias se encuentra en Ovidio, *Metamorfosis*, 3.323-331. Se podría traducir la pregunta de modo más exacto como “qué sexo

Se pensaba en una neurología común del placer para una anatomía común, como los hechos mostraban. Galeno, por ejemplo, escribe que “el pene masculino..., así como el cuello del útero y las otras partes pudendas” están ampliamente dotadas de nervios porque necesitan sensaciones durante el coito, y que los testículos, el escroto y el útero son pobres en ellos porque no los necesitan. Las disecciones animales prueban, dice, que las “áreas genitales”, lo mismo que el hígado, el bazo y los riñones, tienen pocos nervios, mientras que las partes pudendas los tienen “más considerables”. Incluso la piel de los órganos relevantes está más afectada por la “comezón” de la carne de lo que estaría la de otras partes del cuerpo. Dadas todas estas adaptaciones, “no hay que asombrarse del placer inherente a dichas partes y de que el deseo previo sea allí más vehemente”⁵⁵.

También Aristóteles dice bien claro que “la misma parte que sirve para la evacuación del residuo fluido está también hecha por la naturaleza para servir a la unión sexual, tanto en el macho como en la hembra”⁵⁶. Lo mismo el esperma que la catamenia producen calor en las regiones genitales, ambos presionan sobre los órganos sexuales que están preparados para responder a su estímulo, aunque en el caso de las partes de la mujer parece servir sobre todo para aspirar el semen, como una ventosa, y no para incitar al coito (GA 2.4.739b10).

En esta economía del placer, el “semen” no es sólo una sustancia genésica, sino también, a través de su acción espe-

experimenta mejor orgasmo (*maior voluptas*). Véase también Leonard Barkan, *The Gods Made Flesh: Metamorphosis and the Pursuit of Paganism*, New Haven, Yale University Press, 1986, págs. 41-42, y su discusión de cómo el acto amoroso en Ovidio y otros poetas “borra las distinciones, transformando a los amantes en hermafroditas” (pág. 57). En la *Metamorfosis*, la historia de Narciso sigue inmediatamente al breve relato de Tiresias.

⁵⁵ UP 2.651. Galeno entiende aquí por “áreas genitales” los órganos internos y sus equivalentes masculinos. Nótese de nuevo las asociaciones de partes: escroto/útero, así como órganos digestivos/órganos genitales.

⁵⁶ *The Parts of Animals*, 4.9.689a5ss, en *Complete Works*, ed. Ross.

cífica sobre los genitales, una de las causas de la libido. Es un humor seroso e irritante que produce una picazón más perentoria precisamente en aquella parte del cuerpo destinada por la Naturaleza a ser hipersensible al mismo⁵⁷. (O también en partes no destinadas a ello. El único texto antiguo que discute las causas físicas de la homosexualidad pasiva —el deseo no natural del varón de jugar el papel socialmente inferior de la mujer ofreciendo el ano para la penetración— la atribuye a la vez a un exceso de semen y a un defecto congénito que desvía este exceso a un orificio inapropiado, el ano, en lugar de permitirle simplemente que se acumule en el órgano masculino oportuno)⁵⁸. No es necesario decir que no cabía esperar gran placer de tal frotamiento.

El orgasmo encaja bien así en la economía de los fluidos discutida en la sección anterior. Uno de los argumentos de Galeno en favor de la existencia de una verdadera semilla femenina fue su vinculación con el deseo; ofrecía “no poca utilidad en incitar a la mujer al acto sexual y en la apertura del cuello de la matriz durante el coito” (UP 2.643). De hecho podía haber dicho que funciona como un pene. La parte en cuestión, que se extiende hasta las “pudenda” (¿el cervix?, ¿la

⁵⁷ Galeno explica, de forma correcta según los conocimientos modernos, que el canal del riñón derecho, hoy llamado conducto espermático interno, pasa directamente al útero. En su opinión esto facilitaba al residuo seroso y excitante un tiro directo a su blanco sensitivo (UP 2.641). “Derecho” se dice aquí desde la perspectiva del observador.

⁵⁸ Pseudo-Aristóteles, *Problems*, 1.26.879a36-880a5. P. H. Schrijvers, editor de la obra de Caelius Aurelianus titulada *De Morbis Chronicis IV.9: Eine medizinische Erklärung der männlichen Homosexualität aus der Antike*, Amsterdam, B. R. Gruner, 1985, comenta este pasaje y afirma que el homosexual pasivo, el *mollis*, es en consecuencia un “bisexual” con deseo excesivo (exceso de semen). Las conexiones entre dichos órganos se reflejan en el lenguaje: la *vagina* como vaina era una metáfora para el ano. Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, págs. 20, 115. Véase Jacquart y Thomasset, *Sexuality*, págs. 124-125, para la exposición de una larga discusión técnica que compara el esfínter anal con los músculos del útero (*vagina*, *cervix*, etc.) en al-Samau’al ibn Yahyâ (m.1180), *Book of Conversation with Friends on the Intimate Relations Between Lovers in the Domain of the Science of Sexuality*.

vagina?) es, dice, nervuda y se endereza durante el coito. No afirma realmente que la matriz o la vagina tengan una erección, pero también describe el pene como un cuerpo nervudo y hueco que sufre una erección cuando se llena de pneuma, de aliento. Y en otro lugar desarrolla también la asociación labios/prepucio⁵⁹. El comentarista medieval Alberto Magno, que escribía según esta misma tradición casi un milenio después, presenta un vínculo explícito: una *ventositas*, una modificación gaseosa, quizá también líquida, del calor vital, envuelve los órganos genitales de ambos sexos⁶⁰. Órganos y orgasmos se reflejan así uno en otro en un espejo común.

Por el mismo tiempo, Avicena, el influyente médico árabe, ampliaba la discusión del nexo semen/placer relacionando de forma explícita la anatomía y la fisiología del placer sexual en el cuerpo unisexo. La irritación de una carne humana común, causada por la calidad sutil o tan sólo por la cantidad del esperma —de nuevo común a ambos sexos— da lugar a una picazón específicamente genital (*pruritus*) en los canales espermáticos del macho y en la boca de la matriz (*in ore matricis*), que sólo se alivia por el frotamiento del coito o su equivalente. En este proceso la vagina se pone erecta como el pene y “se ve impulsada contra su boca como movida hacia adelante por el deseo de captar el esperma”⁶¹. Debido a la citada carencia de un vocabulario técnico preciso, es difícil estar seguros de qué parte del órgano genital femenino es exactamente la que se desplaza; pero la idea crítica general, expresada sin ambigüedades, es que la irritación provocada por un fluido seroso, vagamente llamado semen o esperma, es causa de que mujeres y hombres experimenten deseo y erección.

⁵⁹ UP 2.622-623, 660-661. La *nympha* (2.662), por la que Galeno parece entender el clítoris, se dice que es como la úvula, que protege la garganta. Se vinculan aquí de nuevo el aparato reproductor y el respiratorio, respiración y eyaculación, garganta y conductos genitales.

⁶⁰ Véase Shaw, “Albertus Magnus”, pág. 60.

⁶¹ Avicena, *Canon*, 3.20.1.3, 25. En sus explicaciones de la reproducción, Avicena combina una fisiología esencialmente galénica con la metafísica aristotélica.

Sin embargo, el coito en el cuerpo unisexo no se interpreta primariamente como un tema genital. (Tampoco, desde luego, que el deseo sea puramente producto de fuerzas físicas independientes de la imaginación.) Los órganos genitales, es evidente, son la muestra más sensible de la presencia de residuos, lugar de su liberación y foco inmediato de placer, pero el coito es una fricción generalizada que culmina con un incendio del cuerpo. La unión sexual y el orgasmo son la última etapa, el final de una agitación tempestuosa y violenta de todo el cuerpo, con la respiración entrecortada, en el proceso de producir las semillas de la vida. El frotamiento conjunto de los órganos, o incluso su fricción imaginaria en un sueño erótico, causan la calidez que se difunde por los vasos sanguíneos al resto del cuerpo. “La fricción del pene y el movimiento de todo el cuerpo del hombre calientan el fluido del cuerpo”, afirma el autor hipocrático, “se crea una irritación en la matriz que produce placer y calor en el resto del cuerpo”⁶². Entonces, cuando el calor y el placer crecen y se extienden, el movimiento cada vez más violento del cuerpo provoca que su parte más fina se transforme en semen —una especie de espuma— que se desborda con la fuerza incontrolada de un ataque epiléptico, por usar la analogía que Galeno toma de Demócrito⁶³. El calor sexual es un ejemplo del calor que vivifica

⁶² “On Generation”, ed. Lonie, 1.2, 4.1.

⁶³ Galeno, UP 2.640-643. La cita de Demócrito a la que se refiere Galeno es probablemente la siguiente: “El coito es un ataque leve de apoplejía: porque el hombre se sale del hombre y se separa como desgarrado por un golpe.” Véase Herman Diels y Walther Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlín, Weidmann, 1951-52, pág. 68b22. Aunque Aristóteles se opuso abiertamente a la interpretación de Demócrito como prueba de la pangénesis, también consideraba el intenso placer del orgasmo debido a una ráfaga repentina de *pneuma*, en hombres y en mujeres (GA 1.20.728a10, 2.4.738b26-32). La imagen del coito como versión de la epilepsia permaneció en vigor durante siglos; véase, por ejemplo, la primera guía educativa cristiana de importancia, la obra de Clemente de Alejandría, *Paedagogus*, 2.10. A comienzos de la década de 1960, el Vaticano censuró la novela de Alberto Moravia *Empty Canvas* por su “realismo sexual”, porque una escena de amor se comparaba a la epilepsia; era la mujer, y no el agotado amante, quien experimentaba el ataque.

la materia y el orgasmo, que señala la liberación explosiva de la semilla y del pneuma calentado, que imitan la fuerza creativa de la propia Naturaleza.

Si bien las interpretaciones concretas del orgasmo masculino y femenino podían diferir, algunos hechos estaban en general fuera de disputa: ambos sexos experimentaban un placer violento durante el coito, que se relacionaba íntimamente con una generación feliz; hablando en general, hombre y mujer emitían algo; el placer se debía a las calidades de la sustancia emitida y a su rápida propulsión por el "aire"; la matriz actuaba con la doble función de emitir algo y luego captar y retener una mezcla de las dos emisiones. En cuanto a las verdades más profundas relacionadas con esos hechos, el debate fue arduo.

En primer lugar, la forma en que se experimentaba el orgasmo fue invocada como prueba por ciertas teorías embriológicas. Los pangenesistas razonaban así: "la intensidad del placer del coito" prueba que la semilla procede de cada una de las partes de la pareja porque el placer es mayor si se multiplica y el del orgasmo es tan grande que debe ser consecuencia de algo que sucede en todas las partes del cuerpo y no sólo en ciertos lugares o sólo en un sexo. Aunque este razonamiento no fuera universalmente aceptado, casi todos los autores consideraron el orgasmo como signo de gran alcance.

Un texto antiguo se preguntaba por qué quien mantiene una relación sexual eleva los ojos al cielo, como hace un moribundo. La respuesta es que el calor que se desprende asciende y hace que los ojos se vuelvan en la dirección que se desplaza⁶⁴. Por el contrario, el calor sexual es la forma más intensa del calor de la vida y por eso es el signo de la generación feliz. Por ejemplo, Tertuliano, autor de los primeros tiempos del cristianismo, basaba su teoría heterodoxa del alma —su origen material, su entrada en el cuerpo en el momento de la concepción, su partida con la muerte— en la fenomenología del orgasmo:

⁶⁴ Pseudo-Aristóteles, *Problems*, 4.1.876a30-35.

En un solo impacto de ambas partes, toda la estructura humana se ve sacudida y espumada con semen, en el cual el calor húmedo del cuerpo se une a la sustancia caliente del alma... No puedo evitar preguntarme si con ese calor verdadero de la gratificación extrema que se produce cuando se expulsa el fluido generador no se experimenta como si nuestra alma se hubiera escapado de nosotros. ¿Y no experimentamos debilidad y postración al tiempo que nuestra vista pierde agudeza? Ésta, entonces, debe ser el alma que produce la semilla, que surge del desbordamiento del alma, lo mismo que ese fluido es la semilla que el cuerpo produce, que procede del drenaje de la carne⁶⁵.

Este "calor de gratificación extrema", sin embargo, está abierto a interpretaciones profanas muy diferentes. Lucrecio lo consideró como el abrasamiento de la batalla en la guerra de la pasión sexual y de la concepción. Los jóvenes son heridos por la flecha de Cupido y caen en la dirección de sus heridas: "la sangre borbotea en la dirección de la herida". (En el contexto sólo puede referirse al semen, sangre pura, y no a la sangre de la virginidad.) Luego ambos cuerpos se hacen líquidos en el éxtasis y sus eyaculados emprenden una versión metafórica del combate de los dos cuerpos. Los retoños se parecen a ambos padres, por ejemplo, porque "en la elaboración de las semillas en sus órganos bajo el impulso de Venus, se

⁶⁵ Tertuliano, *A Treatise on the Soul*, en *The Ante-Nicene Fathers*, ed. Alexander Roberts y James Donaldson, 3 vols., Grand Rapids, Erdmans, reimpresión 1976, 3.208; la frase anterior a los puntos suspensivos procede de una traducción de Peter Brown, quien amablemente me ha permitido usarla. Su versión subraya que *ambos* sexos son transportados por el placer, sin tener en cuenta quién aporta el semen verdadero. Véase el comentario de J. H. Waszink, págs. 342-348, en su edición de la obra de Tertuliano, *De anima*, Amsterdam, J. M. Meulenhoff, 1947, sobre la naturaleza de las contribuciones de cada sexo a una nueva vida, que pone de manifiesto la dificultad de determinar qué querían decir de hecho los autores antiguos.

fundieron por el choque del ardor mutuo, en el que no hubo ni vencedor ni vencido”⁶⁶.

En contraste con esas posiciones, Aristóteles deseaba aislar el orgasmo de la generación, con el fin de proteger la diferencia entre las causas eficiente y material de un mundo desorganizado en el que ambos sexos tuvieran orgasmos que experimentaban como si tuviera lugar el mismo proceso en cada uno de ellos. (A fin de cuentas, Aristóteles tenía razón, pero no por las razones que aducía.) Para él *tenía* que ser “imposible concebir sin la emisión del varón”; que sintiera placer durante la eyaculación era irrelevante. Por otra parte, las mujeres *debían* ser capaces de concebir “sin experimentar el placer habitual en el coito” porque, por definición, la concepción es obra de la emisión del varón sobre el material presente en el cuerpo de la mujer o producido por el mismo. (Normalmente las mujeres emiten algo, pero no necesitan hacerlo; el residuo catamenial que queda en la matriz puede bastar para que tenga lugar la concepción, pero no se precisa que se emita nada más.) El argumento aristotélico es aquí asimétrico —el varón debe hacer su emisión, las mujeres no precisan sensaciones— porque desea atenerse a lo esencial. No le interesa cómo interpretar el placer masculino; insiste, sin embargo, en que el placer femenino —en este tema considera solamente a los humanos— carece de implicaciones para esta teoría de la separación de las causas. Su verdadero interés no está en la interpretación del orgasmo, sino en *no* interpretarlo⁶⁷.

Se deduce de esta posición que Aristóteles no se esforzaría en basar los dos sexos en pasiones o placeres radicalmente diferentes. Aunque en su opinión las mujeres podrían conce-

⁶⁶ Lucrecio, *The Nature of the Univers*, trad. Ronald Latham, Penguin, Harmondsworth, 1951, págs. 165, 168. [Existen diversas traducciones castellanas y catalanas, con el título *De la Naturaleza* o *De la naturaleza de las cosas*, que corresponden a la única obra conocida del autor.]

⁶⁷ GA 2.4.739a27-30. Desea dejar claro que aunque una mujer haga una emisión, no es de semilla, sino “simplemente una secreción habitual de la parte en cuestión” (GA 1.20.727b35-728a1).

bir sin sensación alguna, consideraba esto como caso anormal que se producía cuando “la parte interesada está caliente y el útero ha descendido”, o lo que es lo mismo, cuando la matriz y la vagina habían sido calentados por algo distinto de la fricción del coito y experimentaban la erección interna sin la excitación sexual concomitante. “Hablando en general”, decía, “lo habitual es lo contrario”; la emisión de las mujeres está acompañada de placer como en los hombres, y “cuando así sucede es la forma más rápida de que el semen del hombre se introduzca en el útero”⁶⁸.

Las múltiples alusiones de Aristóteles al placer sexual no se dirigen claramente a distinguir entre orgasmo masculino y femenino, sino a quitar importancia a su semejanza. Lo que toma por sensaciones contingentes no debe considerarse como prueba de lo que acepta como verdades metafísicas sobre la generación. Niega que el orgasmo anuncie la producción de sustancias genésicas incluso en el varón; “la vehemencia del placer en la relación sexual”, mantiene, no se debe en absoluto a la producción del semen, sino que realmente es consecuencia de “una fuerte fricción, y, por tanto, si se repite con frecuencia la relación, el placer de la pareja implicada disminuye”⁶⁹. La fuerza retórica de esta enrevesada frase trata de subrayar la pérdida de sensaciones que se produce con la reiteración. En otro lugar dice que el placer no procede de la emisión del semen, sino del pneuma, el aliento, con el cual hacen explosión las sustancias genésicas. Queda claro que la correlación fenomenológica del acto generativo no tiene significado en cuanto a su esencia: para que se produzca un orgasmo no hace falta semilla, ni causa eficiente —como en adolescentes y ancianos, que sin ser potentes tam-

⁶⁸ GA 2.4.739a20-35; también 1.19.727b34-728a24. Aristóteles está dispuesto a admitir que los hombres pueden emitir el semen sin sensación alguna, como en las poluciones nocturnas.

⁶⁹ GA 1.18.723b33. En opinión de Aristóteles, este argumento se enfrenta a la postura pangenesista según la cual el orgasmo femenino prueba que la mujer produce semen y que éste procede de todas las partes del cuerpo de ambos sexos.

bién gozan con la eyaculación”⁷⁰. Por el contrario, hombres y mujeres pueden emitir los productos genésicos respectivos sin sentir nada, como sucede en las poluciones nocturnas⁷¹.

Sea lo que sea el orgasmo y lo que signifique en los diversos contextos filosóficos o teológicos, fue entendido muy pronto como la *summa voluptas* que acompañaba al estallido final de un cuerpo calentado hasta el punto en que expelía sus sustancias genésicas o, en todo caso, se encontraba en estado de concebir. Como tal, se movía en la intersección de la naturaleza y la civilización. Por una parte, el orgasmo se asociaba con la pasión desatada, la calidez, la fusión, la excreción, el frotamiento y la explosión, en tanto que cualidades del cuerpo individual, o aspectos del proceso de generación. Por otra parte, el orgasmo era también testimonio del poder de la carne mortal para reproducir su especie y asegurar así la continuidad del cuerpo social. Todo esto y el placer sexual en general eran también, por tanto, hechos culturales: la biología de la concepción era al mismo tiempo un modelo de filiación; la eliminación efectiva de la mujer como categoría ontológica distinta en el modelo unisexo y la doctrina de que “lo semejante busca lo semejante”, hicieron difícil explicar la heterosexualidad de que depende la generación; el cuerpo rebelde hablaba del corazón rebelde, de la caída de la gracia y la debilidad del deseo; la creación microcósmica se miraba en el espejo del macrocosmos. Aunque lo social y lo corporal no puedan separarse, con fines expositivos discutiré primero el orgasmo tal como los médicos lo trataban —como problema clínico de fertilidad o infertilidad— y lo consideraré brevemente en la siguiente sección en relación con las exigencias de la cultura.

⁷⁰ GA 1.20.728a11-21. Es aquí donde afirma Aristóteles que la mujer es un hombre impotente, o bien se asemeja a un muchacho.

⁷¹ HA 10.638a5ss. En GA 2.739a20-26, Aristóteles dice que aunque las mujeres también tengan poluciones nocturnas, su descarga no contribuye al embrión, porque los muchachos que no tienen semen y los hombres que parecen infértiles también experimentan dichas poluciones. Se mueve de nuevo en la dirección de proteger la virilidad de la generación de la investigación empírica.

Médicos y comadronas necesitaban saber cómo hacer fértiles a hombres y mujeres —o más furtivamente, cómo hacerles infértiles— y cómo distinguir si las actuaciones terapéuticas iban por buen camino. Si se creía, como era lugar común, que el cuerpo daba señales a través del placer y de la capacidad de engendrar, podía interpretarse esto y manipular los procesos subyacentes para asegurar o impedir la concepción. Así, por ejemplo, Aecio de Amidas, médico de Justiniano, que resumió para el emperador buena parte del saber médico antiguo, interpretaba el estremecimiento en el orgasmo de la mujer como signo pronóstico de la concepción. Si “en el propio coito acusa cierto temblor... está embarazada”. (Aecio transmitió también al mundo cristiano el viejo adagio según el cual las mujeres que son forzadas contra su voluntad son estériles mientras que las “enamoradas conciben con facilidad”.) El estremecimiento de la mujer no se entendería simplemente como signo de su “inseminación”; delataría también el cierre de su matriz en el momento adecuado, después de aspirar su semilla mezclada con la del varón⁷².

Puesto que se pensaba que la matriz se cerraba después de su eyaculación orgásmica, el ritmo correcto del coito entre la pareja se consideraba crítico para la concepción. Si la mujer está demasiado excitada antes de que comience la relación, dice el autor hipocrático, eyaculará prematuramente; ello no sólo disminuirá su placer —conclusión claramente basada en la observación de los hombres sobre sí mismos—, sino que también su matriz se cerrará y no quedará embarazada. En una relación heterosexual ejemplar con fines de reproducción, por tanto, ambos miembros de la pareja alcanzan el orgasmo al mismo tiempo. Como el fuego da llamaradas cuando se rocía con vino, el calor de la mujer es más ardiente

⁷² Aecio, *Tetrabiblion*, 16.1, trad. Ricci, págs. 19, 36. Está implícito en la obra hipocrática “On Generation”, 5.1, que describe cómo se contrae el útero cuando ha recibido las semillas. Se suponía que las mujeres experimentadas podían deducir el día preciso de la concepción a partir de dicha contracción. Véase el comentario de Lonie, pág. 124, para otras referencias a la succión por la matriz del eyaculado propio y el del varón.

cuando recibe el espermatozoide, dice Hipócrates extasiado. La matriz se cierra y los elementos combinados para crear una nueva vida quedan a salvo en el interior⁷³.

En este cuadro el orgasmo es común a ambos sexos, pero está jerárquicamente ordenado, como la anatomía y las propias semillas. El hombre determina la naturaleza del placer de la mujer, que es más sostenido, pero también, por su menor calor, menos intenso; en la secreción de los fluidos corporales, el hombre siente una punzada mayor debida a que su desprendimiento de la sangre y la carne va acompañado de una violencia más fuerte. Las sensaciones reflejan el orden cósmico y al mismo tiempo sugieren el chisporroteo de una vela en una niebla de vino resinado.

Clínicamente, por tanto, el problema consiste en manipular el ritmo de la pasión de forma que se produzcan los resultados apetecidos, concepción o no concepción. Aristóteles (o el pseudo-Aristóteles autor del libro X) ofrece directrices elaboradas para determinar lo que no funcionaba en casos de esterilidad, si el ritmo del coito de un miembro de la pareja o el entorno corporal. Durante la cópula la matriz de la mujer debería humedecerse, pero “no a menudo ni en exceso”; debería hacerlo como la boca con la saliva cuando se está a punto de comer (de nuevo la relación entre cuello de la matriz/garganta)⁷⁴. Más historia natural: si un hombre eyacula rápida-

⁷³ “On generation”, 4.2. Cuando no opera la jerarquía del calor, toma su lugar la jerarquía de la actividad. Así, el espermatozoide masculino que llega a la matriz antes del orgasmo de la mujer, extingue “al mismo tiempo el calor y el placer de la mujer”, como la adición de agua fría al agua hirviendo enfría esta última. De nuevo en la literatura medieval no debe interpretarse “caliente” y “frío” en su sentido actual. La mayor parte del *corpus* hipocrático considera a los hombres más calientes y por ello más perfectos que las mujeres, mientras que el *Regime* mantiene que los hombres son más fríos y más perfectos. Ninguna controversia empírica separa estas posiciones.

⁷⁴ HA 10.3.635b19-24. Se compara también esta sudoración a las lágrimas que responden a una luz muy viva o como respuesta al frío o calor excesivos. De nuevo importa poco para mi intención que este libro probablemente no sea de Aristóteles. La especificidad de su referencia a la lu-

mente y “una mujer con dificultad, como suele ser el caso”, se impide la concepción, puesto que las mujeres contribuyen “en parte al semen y a la generación”. La observación de que mujeres y hombres estériles entre sí son “fértilmente cuando se encuentran con parejas que mantienen un ritmo acompasado con ellos durante la cópula”, facilita más pruebas de la importancia de ritmos adecuados en el coito⁷⁵. Quince siglos después y en un contexto muy distinto de recomendaciones para el control de la natalidad y el aborto, Rhazes, autor árabe del siglo X, sugería que “si el hombre descarga antes de que lo haga la mujer, ésta no quedará embarazada”⁷⁶.

Todo lo que disminuyera el calor del coito podría también causar infertilidad. La fricción insuficiente durante la relación, por ejemplo, podría impedir que algún miembro de la pareja emitiera su semilla. Afirma Avicena —de nuevo un lugar común— que la pequeñez del pene de un hombre podría hacer que la mujer no quedara “complacida... y por tanto que no emitiera espermatozoide (*sperma*), y si no emite espermatozoide no puede concebir”. Y para provocar más todavía la ansiedad del varón, previene de que las mujeres insatisfechas quedan a merced del deseo y “recurren al tocamiento con otras mujeres (*ad fricationem cum mulieribus*), para concluir entre ellas la plenitud de sus placeres”, deshaciéndose así de las presiones del residuo seminal⁷⁷.

Pero si incluso el dolor real del orgasmo femenino era

bricidad preorgásmica, como opuesta a la emisión de espermatozoide femenino en el orgasmo, puede indicar que el pasaje expresa la voz de las mujeres, transmitida por un médico antiguo anónimo. Véase nota 37, arriba.

⁷⁵ HA 10.5.636b12ss; véase también 10.1.634b28ss y 10.1.634b3, en relación con las condiciones óptimas de sequedad o humedad.

⁷⁶ Rhazes, *Liber ad almansorum* (1481), 5.73.

⁷⁷ *Canon*, 3.20.1.44. Podría imaginarse mejor esto en el seno de una sociedad básicamente polígama, en la que las esposas son valoradas tanto por el placer que ofrecen como por su capacidad para traer niños al mundo. Abandonadas por sus maridos, buscan el placer entre ellas. Quizá el objeto sea forzar la norma de que los hombres traten de dar placer a las mujeres, puesto que la reproducción, los hijos, son responsabilidad conjunta de hombres y mujeres.

considerado como un signo sin el referente fisiológico específico de la fecundación, el placer sexual o al menos el deseo se consideraba todavía como parte de la preocupación general por el cuerpo que hacía posible la reproducción y de ahí el cuerpo inmortal de la raza. Como señala Foucault en su *Historia de la Sexualidad*, el control del cuerpo sexual era un aspecto considerado en la dietética general y en otras disciplinas generales del cuerpo. En ningún lugar está tan claro este aspecto de la domesticación del calor sexual como en la *Gynecología* de Sorano, que fue escrita en el siglo II, pero que a través de fragmentos y traducciones diversos fue uno de los textos más ampliamente citados hasta finales del siglo XVII.

Sorano no estaba muy interesado en la eyaculación femenina porque tenía dudas acerca de si las mujeres aportaban realmente un principio activo, una semilla verdadera. Concluía con cautela diciendo que “no parecía que la semilla femenina fuera recogida con vistas a la generación, ya que se vierte al exterior”. En ningún lugar negó la existencia cotidiana de la aguda crisis del orgasmo en las mujeres, pero ello no constituía una preocupación clínica importante. Pensaba Sorano que lo que interesaba, tanto en mujeres como en hombres, era “el deseo y el apetito por la relación carnal”. Preparar el cuerpo para la generación no era distinto de alimentarlo bien. La afinidad fisiológica entre generación y nutrición, entre comer y procrear, y más tarde, en las formulaciones cristianas, entre gula y lujuria, están aquí más claras que en ningún otro punto: “es imposible que haya emisión masculina si no existe el deseo y de la misma manera si no hay deseo la mujer no podrá concebir”. La mujer que come y la que concibe están dedicadas a funciones análogas; los alimentos que se ingieren sin apetito no se digieren bien y la semilla recibida por una mujer cuando carece de deseo no se retiene⁷⁸.

⁷⁸ Esto puede parecer totalmente inverosímil, pero Sorano tenía una escapatoria. Lo mismo que una viuda afligida podía desconocer que tenía apetito y debía hacer buen uso de la comida, una mujer podía desconocer que de hecho deseaba una relación sexual. Algunos sentimientos pueden ser enmascarados por otros. *Gynecology*, ed. Temkin, pág. 36. Discuto las

Es evidente que el deseo no basta, porque las mujeres lascivas sienten deseo en todo tiempo aunque no sean siempre fértiles. El cuerpo —escribe Sorano a las comadronas que asistían a las damas de la clase gobernante romana— debe ser correctamente cuidado para prepararlo a la tarea cívica de la procreación. Debería estar bien descansado, alimentado de forma conveniente, relajado, en buen orden y caliente. Lo mismo que un magistrado romano debería comer sólo aquellos alimentos que mantuvieran su sano juicio, también una mujer debería comer adecuadamente antes de practicar el sexo “para dar a la turbulencia interior un impulso hacia el coito” y asegurar que su deseo sexual no fuera distraído por el hambre. Debería también estar sobria. Sería adecuado un masaje antes de la relación sexual porque “ayuda de forma natural a la distribución del alimento, y ayuda también en la recepción y retención de la semilla”⁷⁹. La fungibilidad de los fluidos y las equivalencias del calor se inscriben aquí en la disciplina social del cuerpo, con miras a la procreación.

LAS EXIGENCIAS DE LA CULTURA

Parecería que el cuerpo unisexo no tuviera fronteras que sirvieran para definir su estatus social. Hay mujeres velludas y viriles —las viragos— que son demasiado calientes para procrear y tan valientes como los hombres, y hay hombres débiles, afeminados, demasiado fríos para procrear y quizá incluso deseosos de ser penetrados como mujeres. “Puedes obtener indicaciones fisiognómicas de virilidad y feminidad”, escribe una antigua autoridad en la interpretación de la cara y el cuerpo, “observando al individuo, su movimiento y su voz, y luego comparar esos signos entre sí hasta que determines a tu satisfacción cuál de los dos sexos prevalece”⁸⁰. Los “dos

implicaciones de esta opinión en el debate sobre la posibilidad de la concepción en casos de violación (Capítulo V).

⁷⁹ Sorano, *Gynecology*, págs. 34-35, 38-39.

⁸⁰ Polemo, *Physiognomonika*, 1.112.1.10.36, citado por Maud Glea-

sexos” a que aquí se hace referencia no son categorías claras y distintas como las que designamos cuando hablamos de sexos opuestos, sino más bien perfiles delicados de un sexo único, difíciles de distinguir. No hay, por ejemplo, un deseo inherente al género y, por tanto, un deseo de acoplamiento específico. De ningún modo cabría pensar como contra natura que los hombres maduros se sintieran atraídos por muchachos. El cuerpo masculino, en efecto, parecía igualmente capaz de responder eróticamente a la vista de mujeres que de muchachos atractivos, y por eso los médicos prohibían a quienes padecían de satiriasis (deseo sexual anormal caracterizado por una erección y picazón genital permanentes) que se relacionaran con unos y otras, sin tener en cuenta sus respectivas formaciones genitales⁸¹. En la medida en que la atracción sexual tenía una base biológica —como opuesta a una base en la naturalidad del orden social y la necesidad de mantenerlo— parecía más genealógica que genital. En el relato de Aristófanes sobre los orígenes de los hombres y las mujeres a partir de dos criaturas aborígenes globulares que tenían cada una dos órganos masculinos, dos órganos femeninos o uno de cada, sólo los descendientes de la forma hermafrodita buscaban de forma “natural” el sexo “opuesto” para consumir la unión. Dicho de otra manera, al modo en que Aristóteles afirmaba en el contexto de que “lo que es natural es placentero”: el semejante ama al semejante, la corneja ama a la corneja. De hecho, la cópula heterosexual reproductora parece una idea tardía. Las criaturas globulares originales tenían los genitales en el exterior y “lanzaban su semilla y tenían crías, no uno en el otro, sino en el suelo, como las cigarras”. Cuando se las cortaba en dos, estas criaturas no hacían

son, “The Semiotics of Gender: Physiognomy and Self-Fashioning in the Second Century A. D.”, en Halperin *et al.*, eds. *Before Sexuality*.

⁸¹ Sobre la naturaleza de la homosexualidad, véase K. J. Dover, *Greek Homosexuality*, Nueva York, Vintage Books, 1980, págs. 60-68. En concreto sobre la naturaleza de la respuesta genital de un hombre hacia los muchachos, véase Dover, pág. 170, y Caelius Aurelianus, *On Acute Diseases*, 3.180-181, en Schrijvers, *Eine Medizinische*, págs. 7-8.

sino abrazarse con la mitad mutilada y morir así de hambre y de aburrimiento. A Zeus se le ocurrió la idea de volver a colocar los genitales en una mitad de las nuevas criaturas, “y al hacerlo inventó la reproducción interior, *por* los hombres *en* las mujeres”. Tuvo esto la gran ventaja de que cuando el nuevo macho abrazaba a la nueva hembra depositaba su semilla en ella y producía hijos; pero cuando el nuevo macho abrazaba al macho, “tenían al menos la satisfacción de la cópula, después de la cual dejaban de abrazarse, volvían a sus trabajos y cuidaban de las demás necesidades de la vida”. Es muy difícil imaginar los genitales en la primera parte de este relato y lo que queda es que hay que saber sacar el mejor provecho de una situación difícil. “El amor nace dentro de cada ser humano”, concluye la historia; “a partir de dos seres trata de hacer uno y de sanar la herida de la naturaleza humana”. Pero lo que podríamos llamar sexo de ese ser humano parece que sólo tiene importancia secundaria⁸².

Pero allá donde estaban en juego el honor y el estatus, el deseo dirigido al propio sexo se consideraba perverso, enfermizo y completamente enojoso. Se ha escrito mucho más sobre el amor del mismo sexo entre hombres que entre mujeres, porque las consecuencias sociales y políticas inmediatas del sexo entre hombres eran en potencia mucho mayores. En el sexo entre mujeres relativamente había poco en juego. Fuera entre hombres o entre mujeres, la cuestión no es la identidad del sexo, sino la diferencia en estatus entre los miembros de la pareja y precisamente lo que cada uno de ellos hace. El varón activo, el que penetra en el coito anal, o la mujer pasiva,

⁸² Platón, *Symposium*, ed. Alexander Nehamas y Paul Woodruff, Cambridge, Ing., Hackett, 1989, 189e-193a, págs. 25-29; Aristóteles, *Rhetoric*, 1371b15-16. No es mi deseo sugerir que en la cultura griega la homosexualidad en general se consideraba natural; en efecto, mientras que Aristófanes trata de ofrecer una historia natural del amor de los hombres por los hombres, Pausanias mantiene en el *Symposium* una especie de relativismo cultural: “las costumbres relativas al amor” podían ser fáciles de entender en casi todas las ciudades, pero “en Atenas (y también en Esparta) son marcadamente complejas” (182a-182b, pág. 15). [Existen numerosas versiones de *El Banquete*.]

la que es acariciada, no amenazan el orden social. Era el hombre débil de la pareja, el femenino, quien se consideraba profundamente tarado, médica y moralmente. Su propia actitud proclamaba su naturaleza: *pathicus*, el que es penetrado; *cinaedus*, el que se entrega a la lujuria contra natura; *mollis*, el pasivo, afeminado⁸³. En el bando opuesto estaba la *tribade*, la mujer que jugaba el papel del hombre, que resultaba condenada y quien, como el *mollis*, era víctima, se decía, de una imaginación malvada y de un exceso de semen mal dirigido⁸⁴. Las acciones del *mollis* y de la *tribade* eran contra natura, no porque violaran la heterosexualidad natural, sino porque representaban —literalmente personificaban— inversiones radicales e inaceptables de poder y prestigio.

De modo similar, cuando el poder no importaba o cuando se imaginaba una utopía política en la que se comparten las responsabilidades entre hombres y mujeres, entonces sus respectivas conductas en cuanto al sexo y la reproducción se vacían también de contenido. Aristóteles, que estuvo profundamente interesado por el sexo entre hombres y mujeres libres, no reconocía el sexo entre esclavos. “Una ‘mujer’ es una hembra que es libre”, como dice Vicky Spellman; “un ‘hombre’ es un macho que es ciudadano; un esclavo es una persona cuya identidad sexual no interesa”⁸⁵. En otras palabras, para Aristóteles, los esclavos carecen de sexo porque su género no tiene importancia política.

⁸³ Sobre el reconocimiento del *cinaedus*, incluso en el menor gesto, véase Gleason, “The Semiotics of Gender”. Sobre el honor y los intercambios apropiados en general en las relaciones entre hombres, véase David J. Cohen, “Law, Society and Homosexuality in Classical Athens”, *Past and Present*, 117 (noviembre 1987), 3-21; David Halperin, “One Hundred Years of Homosexuality”, *Diacritics* (verano 1986), 34-45, y una versión más completa de este artículo, “Paederasty, Politics, and Power in Classical Athens”, de próxima aparición en George Chauncey et al., *The New Social History of Homosexuality*, New American Library.

⁸⁴ Véase Dover, págs. 182-184, sobre la cuestión de la “lesbiana” agresiva y masculina; y Schrijvers, *Eine Medizinische*, pág. 8, para la equivalencia entre *mollis* y *tribade*.

⁸⁵ Vicky Spellman, “Aristotle, Females, and Women”. Expreso mi agradecimiento a Spellman por permitirme la lectura de este manuscrito.

Al menos en una ocasión, Platón también rechazó una distinción entre sexos que en otras circunstancias hubiera sido crítica. Cuando en la *República* trataba de justificar la ausencia de diferencias públicas esenciales entre hombres y mujeres, para que tuvieran igual participación en el gobierno, los ejercicios gimnásticos e incluso la guerra, apoyaba esta tesis reduciendo la diferencia a sus capacidades reproductoras. Si puede encontrarse algo característico en hombres o mujeres que hace adecuados a unos u otras para algún arte u oficio concreto, debe asignárseles sin discusión. Pero afirma que no existen tales distinciones y que la diferencia que Aristóteles consideraba crítica entre parir un niño o engendrarlo no debe tenerse en cuenta.

Pero si parece que difieren sólo en el aspecto de que la mujer pare y el varón fecunda, diremos que carecemos de pruebas de que la mujer difiera del varón en el sentido en que hablamos, aunque continuaremos pensando que nuestros guardianes y sus esposas deberían hacer frente a las mismas ocupaciones⁸⁶.

⁸⁶ *Republic*, 454e, en *The Collected Dialogues*, ed. Edith Hamilton y Huntington Cairns, Princeton, Princeton University Press, 1963, pág. 693. [Existen numerosas versiones de la *República* y en general de las obras platónicas.] Desde luego Platón no mantiene esta visión de la igualdad sexual en otros contextos, como en *Leyes* o en el mito del origen de las mujeres en el *Timeo*. He sacado mucho partido para comprender el contexto de los argumentos de Platón sobre este tema de Monique Canto, “The Politics of Women’s Bodies: Reflections on Plato”, en Susan Rubin Suleiman, ed., *The Female Body in Western Culture*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, págs. 339-353. Mientras que en mi interpretación insisto en el rechazo de Platón de la biología de la reproducción como diferencia política importante, Canto considera como hecho positivo que Platón propugne una justificación “comunal” de la procreación que neutraliza los efectos de la diferencia; la educación de los niños en comunidad, como propone en varios lugares de la *República*, es continuación de esta estrategia política. La cualidad altamente contextual de la visión platónica de las mujeres en general se subraya en Gregory Vlastos, “Was Plato a Feminist?”, *Times Literary Supplement*, 17-23 de marzo de 1989, págs. 276, 288-289.

Engendrar y parir no son cosas radicalmente opuestas, ni siquiera jerárquicamente ordenadas. Platón hace uso de un verbo poco filosófico para engendrar, el verbo *ochenein*, montar o cubrir; Aristóteles utiliza el mismo verbo cuando dice que entre los toros, el vencedor “monta” a la vaca y luego, “exhausto por sus esfuerzos amorosos”, es derrotado por su adversario (HA 6.21.575a22). Platón da a entender que lo único que hay en juego es la práctica brutal del hombre que monta a la mujer. El acto sexual no hace que el orden macroscópico sea inminente; los respectivos roles del hombre y la mujer en la generación, aunque diferentes, no son constitutivos de una diferencia decisiva.

Dentro de la misma tradición del sexo único y en contextos muy variados, esas diferencias podían llegar a ser importantes y a ser debidamente señaladas. Para Aristóteles, el esperma hace al hombre y sirve como sinécdoque para el ciudadano. En una sociedad en la que el trabajo físico era signo de inferioridad, el esperma evita el contacto físico con la catamenia y ejerce su acción por intelección. El *kurios*, la fuerza del esperma para generar nueva vida, es el aspecto corporal microscópico de la fuerza reflexiva del ciudadano, de su poder racional superior y de su derecho a gobernar. En otras palabras, el esperma viene a ser la esencia del ciudadano. Por el contrario, Aristóteles empleaba el adjetivo *akuros* para describir tanto la falta de autoridad política, o legitimidad, como la falta de capacidad biológica, incapacidad que para él definía a la mujer: Política y biológicamente es como un muchacho, versión impotente del hombre, un *arren agonos*. Todavía hay diferencias mayores en el cuerpo; las diferencias insensibles entre el calor sexual de hombres y mujeres no son en definitiva menores que las que hay entre el cielo y la tierra. El último estadio en el calentamiento del esperma procede de la fricción del pene durante el coito (GA 1.5.717b24). Pero este calor no es como el del herrero, que puede sentirse, ni el pneuma que se produce es como el aliento ordinario⁸⁷. Se

⁸⁷ Insiste también en GA 2.1.734b20-735a10, en que el calor por sí

trata de un calor “análogo a los elementos de las estrellas” que son “transportadas en una esfera móvil” y que sin quemarse ellas mismas crean calor en las cosas que tienen debajo⁸⁸. De pronto el órgano masculino se convierte durante el coito en un ejemplo terrestre del movimiento celestial, y el cuerpo sexuado, cuyos fluidos, órganos y placeres son versiones matizadas uno de otro, viene a ilustrar las grandes rupturas políticas y cósmicas de una civilización⁸⁹.

Culturalmente, la más trascendente de esas rupturas es la que hay entre el padre y la madre, que a su vez contiene un cúmulo de distinciones históricamente específicas. Quiero ilustrar el alcance en que la biología del modelo unisexo fue entendida como lenguaje para las tesis sobre la paternidad, mediante el examen de tres aproximaciones a la naturaleza de la semilla planteadas por Isidoro de Sevilla, quien en los siglos VI y VII preparó el primer gran resumen medieval del saber científico antiguo. Aunque por supuesto el contexto social de un enciclopedista cristiano era muy diferente del de un filósofo ateniense o del de un médico de la Roma imperial, la estructura de los argumentos de Isidoro es paradigmática de una tradición duradera en la comprensión de la diferencia sexual.

Isidoro sostiene simultáneamente como verdaderas tres proposiciones: que sólo los hombres tienen esperma, que sólo las mujeres tienen esperma y que ambos tienen esperma. No hace falta ser un genio para comprender que estas tesis incurrirían en contradicción si se entendieran como verdades literales sobre el cuerpo. Pero serían perfectamente compatibles si se consideraran como ilustraciones de verdades culturales más puras y fundamentales que el hecho biológico. En reali-

mismo no hace ni el hacha ni la carne. La espada se hace por movimientos que encierran los principios del arte, y esto mismo es cierto en cuanto a la contribución de la parte masculina a la carne.

⁸⁸ *On the Heavens*, 2.7.289a29-30. Véase GA, Apéndice A, n. 7, ed. Peck, y Mendelsohn, *Heat and Life*, págs. 11-13, para una explicación de los puntos de vista de Aristóteles y otros autores antiguos sobre el calor.

⁸⁹ Sobre el uso político y biológico de los mismos términos, véase Mary Cline Horowitz, “Aristotle and Women”, *Journal of the History of Biology*, 9 (otoño 1976), 183-213.

dad toda la obra de Isidoro se basa en la convicción de que el origen de las palabras nos informa sobre la naturaleza prístina, incorrupta y esencial de sus referentes, más allá de la realidad de la corrupción de los sentidos⁹⁰.

Para abordar el primer caso —que sólo el hombre tiene semilla— Isidoro explicaba la consanguinidad y, como cabía esperar en una sociedad en la que la herencia y legitimidad procedía del padre, debía subrayar los orígenes exclusivos de la semilla en la sangre del mismo.

La consanguinidad se llama así porque señala la procedencia de una sola sangre, del semen de un mismo padre. Porque el semen del varón es la espuma de la sangre, del mismo modo que cuando el agua golpea sobre las rocas forma espuma blanca, o como cuando al escanciar vino tinto en una copa produce espuma blanca.

Que un niño tenga padre *significa* que es “de la misma sangre, del mismo semen que el padre”: ser padre es producir la sustancia, semen, a través de la cual se transmite la sangre a los sucesores. Tal parece que la generación tenga lugar sin el concurso de las mujeres y no hay indicios de que esa sangre —“la que anima al hombre, le mantiene, le hace vivir”, como nos dice Isidoro en otro lugar— pudiera transmitirse de otro modo que a través del varón⁹¹.

Pero la descendencia ilegítima muestra una biología bien distinta. En la entrada que dedica a los órganos genitales de la mujer razona así Isidoro:

Contrariamente a este niño [el nacido de un padre noble y una madre plebeya] está el hijo ilegítimo (*spurius*), que es el nacido de una madre noble y un padre plebeyo. Tan ilegítimo es el niño nacido de padre desconocido como el de madre soltera, y también el hijo de padres espúreos.

⁹⁰ Véase R. Howard Bloch, *Etymologies and Genealogies: A Literary Anthropology of the Middle Ages*, Chicago, University of Chicago Press, 1983, y la muy útil explicación de cómo operaban las etimologías de Isidoro, en Jacquart y Thomasset, *Sexuality*, págs. 8-14.

⁹¹ Isidoro, *Etymologiarum*, 9.6.4 (“Semen”) y 4.5.4 (“Sangre”).

La razón que da Isidoro de que sean ilegítimos los niños que no “toman el nombre del padre” y son llamados *spurius*, es que descienden sólo de la madre. “Los antiguos”, explica, “llamaban *spurium* a los genitales femeninos; lo mismo que *apo tou sporou* (de la semilla); este *spurium* es de la semilla”. (Plutarco daba cuenta de que el adjetivo *spurius* derivaba de una palabra sabina para los genitales femeninos y que se aplicaba a los hijos ilegítimos como apelación despectiva.) Así, mientras que el hijo legítimo procede de la espuma del padre, el ilegítimo lo hace de los genitales de la madre, como si el padre no existiera⁹².

Finalmente, cuando Isidoro explica por qué los hijos se parecen a sus progenitores, es vago en la controvertida cuestión del esperma femenino. “Cualquiera que sea el progenitor que confiera la forma”, dice caballerosamente, “los recién nacidos son concebidos después de mezclar a partes iguales la semilla materna y la paterna”. “Los recién nacidos se parecen al padre si el semen del padre es potente, y a la madre si el semen de la madre lo es”⁹³. (Ambos progenitores disponen de semillas que cada vez emprenden un combate repetido por la dominación y en cada generación se concibe un hijo.)

Estos tres argumentos diferentes sobre lo que podría considerarse el mismo material biológico son una ilustración poderosa de que gran parte del debate sobre la naturaleza de la semilla y de los cuerpos que la producen —sobre los límites del sexo en el modelo unisexo— de hecho poco tiene que ver con los cuerpos. Más bien la referencia es al poder, la legitimidad y la paternidad, que en principio no pueden resolverse mediante el recurso a los sentidos.

Freud sugiere la razón de todo esto. Hasta mediados del siglo XIX, cuando se descubrió que la unión de dos células

⁹² *Ibid.*, 9.5.24. *Vidua* se traduce aquí como “madre soltera”, porque en una sección previa Isidoro ha tratado ya el caso del niño póstumo nacido legítimamente de una viuda. Lewis y Short dan como significado a *spurium*, partes pudendas femeninas. Para Plutarco, véase Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, pág. 96.

⁹³ *Ibid.*, 11.1.145.

germinales diferentes, el huevo y el esperma, daba lugar a la concepción, era perfectamente posible mantener que los padres importaban muy poco. La paternidad, como en el derecho romano, seguía siendo cuestión de opinión y de voluntad. Se podían interpretar los espermatozoides como bastoncillos parásitos y móviles cuya función podía ser cumplida en el laboratorio por una varita de vidrio⁹⁴. Y aunque el papel de los padres en general era bien conocido desde hacía más de un siglo, hasta épocas muy recientes era imposible probar que un hombre concreto fuera padre de un hijo concreto. En esas circunstancias, creer en los padres era algo así, por usar la analogía de Freud, como creer en el Dios de los hebreos.

La insistencia judaica en que no puede verse a Dios —con la prohibición de la imagen tallada— “significa que se concedía un segundo lugar a la percepción sensorial frente a lo que podía llamarse la idea abstracta”. Este Dios representa “un triunfo de la espiritualidad sobre la sensualidad (*Triumph der Geistigkeit über die Sinnlichkeit*), o en términos estrictos, una renuncia a los instintos”. Freud resume con precisión, como un mismo caso, el de los padres y el de Dios, en el análisis de la *Orestíada* de Esquilo que sigue inmediatamente a su discusión del segundo mandamiento. Orestes niega haber matado a su madre dudando incluso si tiene algo que ver con ella. “¿Estoy vinculado con mi madre por lazos de sangre?”, pregunta. “Sí, asesino”, replica el coro, señalando justamente que ella le trajo al mundo y le amamantó. Pero Apolo apoya a la defensa afirmando que, pese a las apariencias, “la madre no es progenitora de aquel de quien se dice que es su hijo, porque tan sólo cuida de la semilla recién plantada para que crezca”, “un extraño”. El único progenitor verdadero es el que engendra, “el que monta”⁹⁵.

⁹⁴ No está claro que Regnier de Graaf descubriera el huevo de los mamíferos, puesto que lo identificó con lo que hoy conocemos como folículo de Graaf. De modo similar, Leuwenhoek y Ham creyeron ver en el esperma algo completamente distinto de nuestra idea actual.

⁹⁵ Esquilo, “Las Euménides”, *Tragedias completas*, ed. y trad. de José Alsina Clota, 4.^a ed., Madrid, Cátedra, 1993, líneas 606ss, 653, 657ss.

En la *Orestíada* se encuentra el mito fundador del Padre. “La paternidad (*Vaterschaft*)”, concluye Freud, “es una conjetura” y como la creencia en el Dios judío “se basa en una inferencia, en una premisa”. La maternidad (*Mutterschaft*), como los viejos dioses, es evidente para los sentidos inferiores. La paternidad ha “demostrado ser una etapa importante” —Freud repite la frase, pero con un matiz decididamente más marcial—, “una conquista (*einen Sieg*) de lo intelectual sobre lo sensorial”. Representa una victoria de lo más elevado, lo más refinado sobre lo menos refinado, lo sensorial, lo material. Es una verdadera *Kulturfortschritt* histórico-mundial, un paso cultural adelante⁹⁶.

Deseo sugerir que el modelo unisexo puede interpretarse como un ejercicio de conservación del Padre, quien encarna no sólo el orden, sino la propia existencia de la civilización. Las autoridades antiguas planteaban argumentos filosóficos y también empíricos para justificar la mayor potencia manifiesta del hombre sobre la mujer, la necesidad absoluta del

Para “montar”, Esquilo emplea *throsko*, que en su forma intransitiva habitual significa saltar o brincar. Este pasaje es el único que se ofrece en Liddell y Scott para la forma transitiva que significa montar o impregnar. Es también el *locus classicus* de lo que Michael Boylan ha llamado la teoría de la generación del “campo arado”, tesis según la cual el varón provee de todas las causas relevantes para la generación. Véase su “Galenic Challenge”, págs. 85-86.

⁹⁶ Sigmund Freud, *Moses and Monotheism* (1939), en *The Standard Edition of the Complete Psychoanalytical Works*, ed. James Strachey, Londres, Hogarth Press, 23.113-114 [traducción castellana de Ramón Rey Ardid, *Moisés y la religión monoteísta*, 5.^a ed., Madrid, Alianza, 1986]. He corregido en parte la traducción basada en la versión alemana de Freud, *Gesammelte Werke*, ed. Marie Bonaparte et al., Londres, Imago, 1950, 14.220-221. *Geist*, y por tanto *Geistigkeit* es notablemente difícil de traducir, puesto que “espíritu” y “espiritualidad” tienen también una connotación religiosa y un neologismo como “intelectualidad” significa poco. Pero el argumento de Freud, que se extiende a la sección siguiente en la que defiende su prelación de *Geist* sobre *Sinn* (sentidos), subraya la superioridad tanto cultural como intrapsíquica del espíritu, la razón, la reflexividad y la contención sobre la presencia material, la inmediatez y el instinto.

genitor. Si la semilla de la mujer fuera tan potente como la del hombre, “habría dos principios motores en conflicto entre sí”, exponía Galeno. Si la mujer tuviera el máximo posible del “principio motor”, su semilla sería esencialmente como la del hombre y actuaría al unísono con ella cuando se mezclaran. Las mujeres serían hombres y sería inútil que la naturaleza mezclara dos semillas. O bien, si la semilla de la mujer fuera tan fuerte como la del hombre, no haría falta que se mezclaran para que se produjera la concepción, y entonces no habría necesidad de hombres (UP 2.pp632-33). (Un argumento alternativo a finales de la Edad Media sostenía que si el semen de la mujer fuera tan fuerte como el del hombre, o bien sería posible la partenogénesis —que no lo es— o bien la contribución de la mujer a la generación sería mayor que la del hombre, porque ella aportaría no sólo un agente activo, sino también el lugar para la concepción. Esto, en un mundo jerárquico, es imposible *ex hypothesis*)⁹⁷. Si las mujeres tuvieran semillas tan potentes como los hombres, se inseminarían a sí mismas y “pasarían de los hombres”, decía Aristóteles. Un absurdo manifiesto (GA 1.18.722b14-15).

Es empíricamente cierto y conocido por casi todas las culturas que el macho es necesario para la concepción. No se sigue de ello, desde luego, que la contribución del macho sea la más importante, pero ha provocado muchas preocupaciones y esfuerzos el intento de “probar” que esto era así. Las pruebas fundadas en la observación de los “huevos del viento” (*hupenemia*) —huevos aparentemente producidos sin la fuerza del macho, pero que, por tanto, no son fértiles— y de *mola* —productos monstruosos de la matriz atribuidos a la autoinseminación— parecían testimoniar el orden jerárquico del sexo único. El esperma de la hembra no insuflaba el alma en la materia; el del macho sí que lo hacía. Quizá las afirmaciones presuntuosas de que “es preciso que haya una hembra”

⁹⁷ Véase Nancy G. Siraisi, *Taddeo Alderoti and His Pupils: Two Generations of Italian Medical Learning*, Princeton, Princeton University Press, 1981, págs. 197-199.

o de que el creador no “haría media raza humana imperfecta, como si dijéramos mutilada, a menos que de esa mutilación se obtuvieran grandes ventajas”, oculten la cuestión más grave y de difícil respuesta de si es necesaria la presencia del macho. Después de todo y a juicio de los sentidos, la generación corre por completo a cargo de la hembra⁹⁸.

Pero ser varón y ser padre, estar dotado de lo que produce la semilla más poderosa, ése es el ascendiente del espíritu sobre los sentidos, del orden sobre el desorden, de la legitimidad sobre la ilegitimidad. Así, la incapacidad de las mujeres para concebir por ellas mismas se convierte en un ejemplo —entre muchos otros— de la debilidad relativa de su espíritu. Puesto que la concepción normal consiste en cierto sentido en que el varón deposite una idea en el cuerpo de la mujer, entonces la concepción anormal, la mola, será una presunción por parte de la mujer por tener una idea equivocada e inadecuada de sí misma. Las semillas de la vida y las semillas de la sabiduría podrían acabar por ser una misma cosa. Plutarco advertía de que:

hay que tener mucho cuidado de que este tipo de cosas no se produzca en el alma de las mujeres. Porque si no reciben la semilla (*spermata*) de las buenas doctrinas y no

⁹⁸ Sobre los “huevos del viento”, véase GA 2.3.737a28ss, 3.1.749a34-749b7; HA 4.2.559b20-560a17. La mola, trozos de carne y pelo informes que a veces se encuentran en las mujeres, no se consideraban equivalentes exactos de los huevos del viento de los pájaros, porque se suponía que no aparecían nunca sin relación sexual previa con varón. Esto no es así de hecho, puesto que las molas que los antiguos observaron en mujeres eran probablemente quistes dermatoides que se forman por partenogénesis a partir de células genitales primordiales. Se presentan también en hombres, aunque raramente. Pero lo esencial es que, en relación con la tarea monumental de formar la carne de los animales más calientes, debía entenderse que la mujer era proporcionalmente menos potente en relación con la obra que había que hacer; UP 2.630. La ventaja está en que las mujeres son lo suficientemente cálidas para alimentar el fruto de la concepción, pero no tanto como para quemarlo. Si las mujeres fueran hombres, la nueva vida caería en un desierto y perecería.

comparten con sus maridos los progresos intelectuales, dejadas a sí mismas, concebirán muchas ideas impropias, proyectos y emociones despreciables.

Su espíritu y su útero se interpretan como palestras equivalentes para el principio activo masculino; su persona está bajo el gobierno e instrucción racional del marido por la misma razón que su matriz está sometida al dominio del espermatozoide del hombre. De modo análogo, él debería ser capaz de controlar las pasiones propias y conducir las de ella, procurando al mismo tiempo “deleitarla y gratificarla” suficientemente para tener hijos. Un hombre “dispuesto a armonizar el estado, el foro y los amigos” debe ser capaz de “armonizar su propia casa”⁹⁹.

El cristianismo hizo que la posibilidad de la armonía entre el buen orden social y el buen orden sexual fuera mucho más problemática de lo que había sido en la Roma antigua. Reestructuró radicalmente los significados del calor sexual; en sus campañas contra el infanticidio, disminuyó el poder de los padres; en su reorganización de la vida religiosa, alteró por completo la idea que se tenía del hombre y la mujer; al abogar por la virginidad, proclamó la posibilidad de una relación con la sociedad y con el cuerpo que la mayor parte de los médicos antiguos —con la excepción de Sorano— hubieran encontrado pernicioso para la salud¹⁰⁰.

También es cierto que San Agustín, como ha mostrado Peter Brown, descubrió “el equivalente de una ley universal de la sexualidad”, que representa un cambio en toda la relación de los seres humanos con la sociedad. Podría quedar como metáfora del fin de la época clásica y de la nueva versión de la comunidad asociada con el desarrollo del cristia-

⁹⁹ Plutarco, *Advice to Bride and Groom*, en *Moralia*, vol. 2, trad. F. C. Babbitt, Loeb Classical Library, Cambridge, Harvard University Press, 1927, 48.145e, pág. 339. Véase también 33.142e, pág. 323; 4.138s, página 303; 42.144b, págs. 331-332. [Existe versión castellana de diversos traductores en Madrid, Gredos, 1987.]

¹⁰⁰ Sobre la cristianización del cuerpo, véase Brown, *Body and Society*.

nismo¹⁰¹. En este nuevo planteamiento, las experiencias sexuales íntimas eran el resultado, no de un calentamiento inevitable del cuerpo, sino del decaimiento y alienación de la voluntad que entrañaba la caída. La impotencia, lejos de ser paradigma de inocencia, podría interpretarse, más aun que la erección, como *el* signo del alejamiento del alma en relación con Dios¹⁰². Agustín podía imaginar una cópula en el paraíso en la que la violencia, las heridas, el derramamiento de sangre y el aplastamiento de los cuerpos que figuran en relatos como el de Lucrecio serían reemplazados por una imagen de la cópula como un suave adormecimiento en los brazos de la pareja. La pasión incontrolada se vería sustituida por acciones no más incontrolables que levantar un brazo. En realidad, en el sexo después de la caída, todo podía experimentarse como un recuerdo continuo en la propia carne de las tensiones básicamente tortuosas de la condición humana. Todo esto trajo consigo el advenimiento del cristianismo.

Pero las imágenes agustinianas acerca de cómo “la impregnación y concepción” podían ser “un acto de la voluntad y no de los deseos lujuriosos” pertenecían todavía por entero al viejo cuerpo unisexo que se encuentra en los médicos clásicos. Sugería que puede imaginarse ese control del cuerpo y ponía como ejemplo a personas que “producen a voluntad sonidos musicales tan armoniosos por el trasero (sin malos olores) que parecen cantar por tal lugar”. Pero el caso más elocuente es el de un presbítero llamado Restituto, de la diócesis de Calama, quien “cada vez que le apetecía (y a menudo la gente le pedía que realizara la proeza porque deseaban ser

¹⁰¹ Brown, “Julian of Eclanum”, pág. 70.

¹⁰² Afirma Aristóteles que la erección, como los cambios de ritmo del corazón, es involuntaria y, por tanto, no susceptible de condena o alabanza moral. *De motu animalium*, 703b5-7, trad. Martha Nussbaum, Princeton, Princeton University Press, 1978. Fue precisamente la incapacidad de la voluntad para controlar la erección lo que la hizo profundamente reveladora del estado de caída del hombre, de forma más contundente todavía que la impotencia.

testigos presenciales del fenómeno) se hacía totalmente insensible". Tras algunos quejidos iniciales, yacía como un cadáver. Pero una característica del trance de este presbítero lo convierte en modelo especialmente adecuado para la fenomenología de la cópula en el paraíso. Cuando le quemaban "aplicándole fuego, era totalmente insensible al dolor", hasta que salía de su estado y la herida que se le había producido le provocaba el dolor habitual en estos casos¹⁰³.

He aquí el modelo para que pueda existir el *calor genitales* sin concupiscencia. Pero es también una lección sobre la fisiología del viejo Adán. Los cuerpos, cuando se exponen al fuego, arden y, excepto en raras circunstancias, sienten dolor. Lo mismo sucede con la reproducción. San Agustín no tenía presente el cuerpo moderno, en el que la ovulación, concepción e incluso la eyaculación del hombre se sabe que son independientes de cualquier sentimiento subjetivo que pueda acompañarlos. Calor y placer subsistían como partes constitutivas de la generación. Sería un milagro, decía un autor de penitenciales del siglo XV, "permanecer sobre las llamas y no sentir el calor". La cópula, afirmaba el Papa Inocencio III en una diatriba contra el cuerpo, no se verifica nunca sin "el cosquilleo de la carne, el calor de la pasión, el hedor de los cuerpos"¹⁰⁴.

Así, después de San Agustín lo mismo que antes, se pensaba que el cuerpo funcionaba tal como lo habían descrito los autores médicos paganos. La nueva comprensión agustiniana de la sexualidad como signo interno y omnipresente del secuestro de la voluntad por la caída creó un terreno alternativo para el cuerpo generador. Como dice Brown, "abrió al sacerdote el dormitorio de los cristianos"¹⁰⁵. Al mismo tiempo

¹⁰³ Agustín, *La ciudad de Dios*, Madrid, CSIC, 1953-58 (2 vols.), 14.24.

¹⁰⁴ Thomas Tentler, *Sin and Confession on the Eve of the Reformation*, Princeton, Princeton University Press, 1977, pág. 181; Inocencio III, *On the Misery of the Human Condition*, trad. Margaret Mary Dietz, Indianapolis, Bobbs-Merrill, s.a., pág. 8.

¹⁰⁵ Brown, *Body and Society*, pág. 69.

mantuvo abierta la puerta para el médico, la comadrona y otros técnicos de la vieja carne.

Las nociones cristianas y paganas del cuerpo coexistieron, como lo hicieron diversas doctrinas incompatibles de la semilla, de la generación y de las homologías corporales, porque comunidades diferentes pedían cosas distintas de la carne. Monjes y caballeros, laicos y clérigos, parejas infértiles y prostitutas con deseo de abortar, confesores y teólogos, en contextos múltiples, continuaban interpretando el cuerpo unisexo con arreglo a sus necesidades de comprensión y manipulación, mientras las realidades del género cambiaban. Es signo de modernidad buscar una biología única y consistente como fuente y fundamento de la masculinidad y feminidad.

Mi intención en este capítulo ha sido explicar lo que entiendo por el mundo de sexo único: el espíritu y el cuerpo están tan íntimamente ligados que la concepción puede entenderse como tener una idea, mientras que el cuerpo es como un actor en escena, listo para interpretar los papeles que le asigna la cultura. En mi exposición, también el sexo, y no sólo el género, están en escena.

Puesto que soy reticente a vincular el modelo de sexo único con cualquier nivel concreto de interpretación científica del cuerpo, y dado que parece haber persistido durante milenios, en el curso de los cuales cambió profundamente la vida social, política y cultural, quizá cabría formular de un modo algo distinto la pregunta que planteaba al principio de este capítulo: ¿por qué se agotaron los encantos de este modelo? Sugiero dos explicaciones sólidas para su longevidad. La primera se refiere al modo en que se entendía el cuerpo en relación con la cultura. No había una argumentación biológica sólida sobre la que se asentaran otras características. En realidad, la paradoja del modelo de sexo único es que la ordenación de las parejas de contrarios revelaba una carne única a la cual ellos mismos no pertenecían. Paternidad/maternidad, macho/hembra, hombre/mujer, cultura/naturaleza, masculino/femenino, honorable/deshonroso, legítimo/ilegítimo, calor/frío, derecha/izquierda, y muchos otros pareos, se leían en un

cuerpo que no presentaba claramente en sí mismo tales distinciones¹⁰⁶. Orden y jerarquía venían impuestos desde el exterior. El cuerpo de sexo único, al ser interpretado más como ilustrativo que como determinante, podía registrar y absorber todos los cambios de ejes y evaluaciones de la diferencia. Históricamente, las diferenciaciones del género precedieron a las del sexo.

La segunda explicación para la longevidad del modelo de sexo único vincula el sexo y el poder. En un mundo público con fuerte predominancia masculina, el modelo de sexo único mostraba lo que era ya evidente tomando la cultura en un sentido más general: que el *hombre* era la medida de todas las cosas y la mujer no existía como categoría ontológica distinta. No todos los varones son masculinos, potentes, honorables ni ejercen el poder, y algunas mujeres superan a algunos hombres en cada una de esas categorías. Pero el patrón del cuerpo humano y de sus representaciones sigue siendo el cuerpo masculino.

¹⁰⁶ Véase, por ejemplo, G. E. R. Lloyd, "Right and Left in Greek Philosophy", *Journal of Hellenistic Studies*, 82 (1962), 55-66; O. Kember, "Right and Left in the Sexual Theories of Parmenides", *idem*, 91 (1971), 70-79; y para una discusión más general de las categorías en relación con el sexo/género, Carol P. MacCormack, "Nature, Culture, and Gender: A Critique", en MacCormack y Marilyn Strathers, eds., *Nature, Culture, and Gender*, Cambridge, University Press, 1980, págs. 1-24.

CAPÍTULO III

Nueva ciencia, carne única

Los libros contienen figuras de todas partes encuadradas en el contexto de la narración, del mismo modo que el cuerpo diseccionado se coloca, por así decirlo, ante los ojos de quienes estudian las obras de la naturaleza.

VESALIO, 1543

A lo largo de un abismo milenario que contempló la caída de Roma y el desarrollo del cristianismo, Galeno habló sin dificultades, en varias lenguas vernáculas, a artesanos y comerciantes, comadronas y cirujanos-barberos, de la Europa del Renacimiento y de la Reforma. Varias traducciones latinas, compendios e intermediarios árabes, transmitieron el cuerpo de sexo único desde la Antigüedad hasta la época de la imprenta. "La matrice de la femme", escribe Guillaume Bouchet en un popurrí del saber de finales del siglo XVI, "n'est que la bourse et verge renversée de l'homme" (La matriz de la mujer no es sino el escroto y el pene del hombre invertidos). Un médico alemán de escasa reputación declaraba, "Wo du nun dise Mutter sampt iren anhangen besichtigst, So

vergleich sie sich mit allem dem Mannlichen glied, allein das diese ausserhalb das Weiblich aber inwendig ist" (Si se mira a lo largo el útero y sus apéndices, corresponde en todos sus aspectos al miembro masculino, excepto que el último es exterior y el primero interior). O como dice de forma prosaica el cirujano-jefe de Enrique VIII, "la semejanza de ello [la matriz] es tal como si se tratara de una verga del revés o girada hacia adentro". Todavía en el siglo XVI había, al igual que en la antigüedad clásica, un solo cuerpo canónico y era el del varón¹.

Las diversas lenguas vernáculas replicaron también en las nuevas voces el complejo lingüístico latino y griego de las conexiones entre órganos, a las que nuestros textos médicos otorgarían después nombres precisos y distintivos. *Bourse*, por ejemplo, es la palabra que emplea Bouchet para escroto, y se refiere no sólo a monedero o bolsa, sino también al lugar en que se reúnen comerciantes y banqueros. Como monedero, bolsa o saco, tiende un puente entre los cuerpos masculino y femenino. En el inglés del Renacimiento, *purse* podía significar al mismo tiempo escroto y útero². Un texto alemán anónimo muestra un tópico similar, "el útero es un receptáculo profundo y cerrado, parecido a un monedero (*Seckel*)"³. La

¹ Guillaume Bouchet, *Les Sérées de Guillaume Bouchet*, ed. C. E. Roybet, seis volúmenes (París, 1873-1882), 1.96; Christopher Wirsung, *Ein Neues Artzney Buch Darinn fast alle eusserliche und innerliche Glieder des Menschlichen leibs... beschriben werden* (1572), pág. 416; Thomas Vicary, *The Anatomy of the Bodie of Man* (1548, reimpreso en 1577), ed. F. J. y P. Furnivall, Oxford, Early English Text Society, 1988, pág. 77.

² De modo similar, "cola" puede referirse no sólo a cierta extremidad posterior, sino también al pene y a las partes pudendas femeninas, aunque no he encontrado este uso popular en textos médicos.

³ *Auslegung und Beschreibung der Anathomy oder warhafften abcontersetzung eines inwendigen corpors des Manns und Weibs* (1539), sección "von der mutter" (sobre la madre), sin paginación. Para la conexión entre útero y escroto con palabras que designan saco, y también para asociaciones con otros órganos —la matriz como "tripa reproductora", por ejemplo, por retomar de nuevo la relación útero/intestino— véase Torild W. Arnoldson, *Parts of the Body in Older Germanic and Scandinavian*, Chicago, University of Chicago Press, 1915, págs. 160-175, y *Parts of the Body*

matriz "se cierra como un monedero (*bursa*) después de acoger el eyaculado masculino y femenino, dice el pseudo-Alberto Magno en su inmensamente popular *De secretis mulierum*, ampliamente traducido⁴. El escroto se vincula también con la matriz a través de un significado más social y económico. La "matriz", término que utiliza Bouchet para el útero, al igual que la variante inglesa *matrix*, tenía el sentido de un lugar en el que se produce o desarrolla algo, como en "las montañas son las matrices del oro". Se halla aquí sugerido el tropo común del útero como el órgano de la generación más notable y milagroso del cuerpo. La "matriz" es así el lugar donde se produce una nueva vida mientras que la "bolsa" es un lugar donde se realiza un intercambio, un tipo de productividad diferente, culturalmente menos valioso. Dos clases diferentes de bolsas, dos formas distintas de hacer y guardar dinero, vinculan órganos que hoy no tienen resonancias comunes.

Los placeres del cuerpo también permanecieron tan íntimamente ligados a la generación como lo habían estado para Hipócrates. "La expulsión de la semilla va acompañada de gran deleite, con la emisión del espíritu turgesciente y la contracción de los nervios", reza la guía sexual más extendida en la tradición occidental⁵. A través de una fisiología compartida con el hombre, la mujer "sufre de los dos modos", subraya Lemnius, médico del siglo XVI, y siente un doble placer: "capta la semilla del hombre y funde la suya con aquélla" y en consecuencia "obtiene más placer y se recrea más en él"⁶.

in the Later Germanic Dialects, Chicago, University of Chicago Press, 1920, págs. 104-121.

⁴ Pseudo-Alberto Magno, *De secretis mulierum* (ed. de 1655), página 19. El contexto es una discusión sobre la eyaculación masculina y femenina; cuando se reciben las dos semillas en la matriz, se "cierra como una bolsa (*matrix mulieris clauditur tanquam bursa*)". El párrafo siguiente repite esta frase y, bajo la autoridad de Avicena, da como razón para el cierre que la matriz "se complace con el calor que ha recibido y no quiere perderlo (*quia gaudet ex calido recepto nolens perdere*)".

⁵ *Aristotle's Masterpiece* (1684), pág. 28.

⁶ Laevinius Lemnius, *The Secret Miracles of Nature*, Londres, 1658,

Entre esos ecos de la Antigüedad, una ciencia nueva y decididamente revisionista exploraba el cuerpo con entusiasmo. En 1559, por ejemplo, Colombo —no Cristóbal, sino Realdo— declaraba haber descubierto el clítoris. Comunicaba a su “muy noble lector” que éste es “el asiento fundamental del placer femenino”. Como un pene, “si lo tocas, encontrarás que se hace un poco más duro y oblongo hasta el punto de que parece una especie de miembro viril”. Conquistador en tierra desconocida, Colombo remachaba su reivindicación: “Puesto que nadie ha percibido esas proyecciones y su forma de obrar, si me está permitido dar nombre a las cosas que he descubierto, debería llamarse amor o dulzura de Venus”⁷. Como Adán, se sintió en el derecho de dar nombre a lo que encontró en la Naturaleza: un pene femenino.

El relato de Colombo es significativo a dos niveles. En primer lugar, asume que ver y tocar revelará verdades radicalmente nuevas sobre el cuerpo. El descubridor del clítoris muestra desprecio hacia sus predecesores, quienes no basaban sus afirmaciones en la disección o fracasaban al no informar con precisión y valor de lo que habían visto. Mondino de' Luzzi (1275-1326), por ejemplo, conocido anatomista medieval, fue blanco de duras ironías por haber afirmado que el útero tenía siete celdas, proposición relativamente novedosa, pero referida a un lugar común; “también podía haberlas llamado pórticos o dormitorios”⁸. Los colegas de Colombo, desde luego, le atacaron con idéntico vigor. Gabriel Falopio,

pág. 19, obra originalmente publicada como *De occultis naturae miraculis* en 1557.

⁷ Colombo, *De re anatomica* (Venecia, 1559), 11.16, págs. 447-448. Matteo Realdo Colombo (1516-1559?) fue el ilustre sucesor de Vesalio en la cátedra de cirugía de Padua.

⁸ *Ibid.*, págs. 444-445. La idea del útero de siete celdas no se encuentra en Galeno ni en los autores árabes importantes, sino que apareció por vez primera en los escritos de la escuela anatómica de Salerno en el siglo XII. Sobre este punto véase Robert Reisert, *Der seibenkammerige uterus: Studien zur mittelalterlichen Wirkungsgeschichte und Entfaltung eines embryologischen Gebärmuttermodells*, Hanover, Würzburger medizins-historische Forschungen, 1986.

su sucesor en Padua, insistió en que él.—Falopio— vio primero el clítoris y que todos los demás eran unos plagiarios⁹. Kaspar Bartholin, distinguido anatomista de Copenhague en el siglo XVII, añadió a su vez que tanto Falopio como Colombo se vanagloriaban en reivindicar el “descubrimiento o primera observación de dicha parte”, el clítoris, que realmente era conocido por todo el mundo desde el siglo segundo¹⁰.

El debate sobre quién descubrió el clítoris, un tanto absurdo pero complejo, es mucho menos interesante que el hecho de que todos los protagonistas compartían la certeza de que, quien fuera que lo hubiera descubierto, alguien podía reivindicarlo sobre la base de la observación y la disección del cuerpo humano. Un empirismo militante invadía la retórica de los anatomistas del Renacimiento.

El descubrimiento de Colombo podría también parecer fatal, o al menos amenazador, para las antiguas representaciones del sexo único. Dentro de las limitaciones del sentido común, si no de la consistencia lógica, las mujeres no podían tener un pene normal interior (la vagina) y un pequeño homólogo exterior (el clítoris). Pero los autores renacentistas no extrajeron esta inferencia. Jane Sharp, comadrona inglesa del siglo XVII con un buen nivel de formación, afirma sobre la vagina en una página “que es el paso de la verga, a la que se parece, pero girada hacia adentro”, y sin incomodidad aparente informa dos páginas después de que el clítoris es el pene femenino: “se endereza y reposa como hace la verga, hace a las mujeres lascivas y les proporciona placer en la cópu-

⁹ Falopio, *Observationes anatomica* (Venecia, 1561), pág. 193. Se dice que se trata de las notas del curso de Falopio (Gabriel Falopio, 1523-1562), el anatomista que descubrió los oviductos.

¹⁰ *Bartholinus' Anatomy, Made from the Precepts of His Father, and from Observations of All Modern Anatomists, Together with His Own*, Londres, 1668, pág. 75. Este libro es traducción de las revisiones que en 1641 hizo Thomas Bartholin (descubridor del sistema linfático) del famoso libro de su padre, Kaspar, *Institutiones anatomicae* (1611). Fue Kaspar II (1655), hijo de Thomas, quien dio su nombre a las grandes glándulas vestibulares que lubrican la parte final de la vagina durante el coito.

la”¹¹. Quizá esas posiciones puedan reconciliarse en el sentido de que la vagina sólo se parece al pene mientras que el clítoris lo es de verdad; ambas posiciones mantienen la insistencia del modelo unisexo con el varón como patrón. Pero a Sharp esta cuestión no le interesaba. Dos afirmaciones aparentemente contradictorias coexistían con facilidad, y el viejo isomorfismo contemporizaba pacíficamente con el nuevo y extraño homólogo llegado de otra galaxia conceptual.

En el momento en que Colombo amenaza con ofrecer una comprensión nueva de la diferencia sexual, el texto retoma los viejos caminos y las viejas tensiones. En tanto se interprete la vagina o el clítoris como pene femenino, la mujer desaparece. El placer sexual mantiene su origen en el frotamiento homoerótico de lo semejante con lo semejante; el placer se disocia de la voluntad de modo que el espíritu de la mujer no cuenta. “Si frotáis [el clítoris] vigorosamente con un pene, o incluso si lo tocáis con un dedo, el semen fluye más rápido que el viento, a causa del placer, incluso cuando [las mujeres] están poco dispuestas”¹². Subsiste ahí un solo sexo, o en todo caso una clase de cuerpo.

El descubrimiento del clítoris y su fácil asimilación en el modelo unisexo plantea la cuestión central de este capítulo. ¿Por qué observadores competentes, comprometidos por convencimiento con las nuevas reglas de la ilustración precisa y naturalista, continúan pensando sobre la anatomía y fisiología de la reproducción de modo manifiestamente equivocado, atentando contra la intuición y sensibilidad modernas? En primer lugar, gran parte de lo que está en juego no se puede decidir de forma empírica. Si el pene o la vagina son un pene

¹¹ Jane Sharp, *The Midwives Book, or the Whole Art of Midwifery Discovered Directing Childbearing Women How to Behave Themselves in Their Conception, Breeding, Bearing and Nursing Children*, Londres, 1671, págs. 40, 42. Dice la señora Sharp que su libro está basado en la experiencia de treinta años, que se dirige a una amplia audiencia femenina (de aquí que no esté en latín) y que había incurrido en grandes gastos en traducir al inglés las últimas fuentes francesas, holandesas e italianas.

¹² Colombo, *Anatomica*, págs. 447-448.

femenino, o incluso si las mujeres tienen pene, o si ello tiene importancia, no son cuestiones que en principio puedan aclarar nuevas investigaciones. La historia de la anatomía renacentista indica que las representaciones anatómicas masculinas y femeninas dependen de la política cultural de la representación y de la ilusión, no de pruebas sobre órganos, canales o vasos sanguíneos. Ninguna imagen verbal o visual de los “hechos de la diferencia sexual” existe con independencia de tesis anteriores sobre el significado de tales distinciones¹³.

En la explicación de Colombo, y en general en el modelo unisexo, hay, sin embargo, proposiciones sobre las que se pueden obtener conclusiones empíricas. Dice con razón que el clítoris (*dulcedo amoris*) es el lugar primario del placer venéreo en las mujeres. Por otra parte, mantiene —de modo erróneo desde la perspectiva moderna— que el semen, muy semejante al masculino, es expulsado de modo similar cuando la mujer es estimulada, pero cuando no lo es, las mujeres no pueden concebir¹⁴. Muchas de estas tesis se pueden verificar consultando el propio cuerpo:

¹³ Acepto el argumento de Jacqueline Rose según el cual “no puede haber actuación sobre la imagen, ni desafío a su capacidad de ilusión y discurso, que no desafíe al propio tiempo el hecho de la diferencia sexual”, para significar que los hechos de la diferencia sexual no existen con independencia de las formas de ilusión y discurso. *Sexuality in the Field of Vision*, Londres, Verso, 1987, pág. 226. Cuando Rose comenta una nota de la explicación de Freud sobre la gran ambigüedad de Leonardo en la descripción de la relación sexual, dice que no se trata, como Freud sugiere, de un resultado peculiar de la bisexualidad de Leonardo, sino un ejemplo frecuente en las representaciones renacentistas de los órganos genitales.

¹⁴ Lo que quiero decir por “desde una perspectiva moderna” es que los textos contemporáneos no incluirían este tipo de consideración. Es evidente que hay un gran problema, que discuto brevemente en el próximo capítulo, en torno al uso como norma de la investigación moderna. Incluso cuando alguien afirma hoy que las secreciones de la mujer durante el orgasmo son histológicamente similares al fluido prostático masculino, o que la neurología del orgasmo es similar en ambos sexos, o que las presiones negativas durante el orgasmo femenino ayudan a la concepción, no está haciendo el mismo tipo de proposiciones que hacían los observadores

Quienes leáis estos estudios anatómicos míos, laboriosamente producidos, sabéis que sin esas protuberancias [el clítoris] que os he descrito antes con fidelidad, las mujeres no podrían experimentar placer en los abrazos venéreos ni concebir un feto.

Esto es lo verdaderamente importante: en las mujeres se presentan los testículos para que puedan producir semen. En realidad yo mismo puedo testimoniar que en la disección de los testículos femeninos a veces he encontrado semen, que es blanco, espeso y bien digerido, como todos los espectadores han reconocido de forma unánime¹⁵.

La afirmación concreta de que el orgasmo femenino era necesario para la concepción había sido ya cuestionada desde la Antigüedad.

Ya dijo Aristóteles que en algunas circunstancias las mujeres podían concebir “sin experimentar el placer habitual en estas relaciones” y que a la inversa “los dos miembros de la pareja podían alcanzar a un tiempo su goce” sin que la mujer concibiera¹⁶. Giles de Roma, estudioso del siglo XIII que incluso en aquella época de prolijidad era conocido como el “doctor verboso”, había expuesto con generosa amplitud y sobre fundamentos teóricos que la llamada semilla femenina era esencialmente irrelevante para la concepción y que el orgasmo femenino todavía lo era más. Pero también él presentaba pruebas empíricas de varias clases. Algunas mujeres le habían confiado haber concebido sin emisión y seguramente sin orgasmo. También un informe clínico de autoridad tan reconocida como Averroes (Ibn-Rushd, 1126-1198), el filósofo árabe autor de una importante enciclopedia médica, habla de una mujer que quedó embarazada del semen que flotaba en un baño caliente. Si, como este caso parece mostrar, la propia

renacentistas. En mi opinión, el problema de traducción la teórica es más grave en biología que en las ciencias físicas.

¹⁵ Colombo, *Anatomica*, págs. 448, 453-454.

¹⁶ GA 2.4.739-30; 1.19.727b6-11.

penetración es solo incidental, ¿no será todavía más irrelevante el placer sexual femenino?¹⁷. Y dos mil años después de Aristóteles, William Harvey repetía el viejo argumento (aunque basado en la evidencia de “un infinito número”, o al menos no de “unos pocos” casos): el “estremecimiento violento, y la disolución y derramamiento de los humores” que con frecuencia se presentan “en las mujeres en el éxtasis del coito” no son necesarios para la función de tener bebés¹⁸.

Es difícil de creer que los consumidores de literatura médica en lenguas vernáculas —una parte notable del público letrado y aquellos que podían entenderlas— necesitaran del peso de la tradición y de la ciencia para comprender que el orgasmo femenino no siempre acompañaba a la concepción¹⁹. Los estudios modernos son acordes al mostrar que un tercio y quizá incluso la mitad de las mujeres no alcanzan nunca el orgasmo en la cópula y desde luego en ninguna parte se dice que haya tal proporción de mujeres infértiles²⁰. Quizá en una época en que lo que llamamos “preliminares” se tomaba como preludio obligado para la cópula con intención procreadora, el porcentaje de mujeres con orgasmos fuera más alto, pero aun así la experiencia cotidiana debió hacer dudar de la supuesta vinculación entre orgasmo femenino y concepción. No obstante, ni los testimonios de los eruditos ni las expe-

¹⁷ M. Anthony Hewson, *Giles of Rome and the Medieval Theory of Conception*, Londres, Athlone Press, 1975, pág. 87. El caso citado por Averroes, usado por Giles para extraer conclusiones más atrevidas, era bien conocido en el Renacimiento.

¹⁸ William Harvey, *Disputations Touching the Generation of Animals* (1653), trad. Gweneth Whitteridge (Oxford: Blackwell Scientific Publications, 1981), pág. 165.

¹⁹ Sobre la popularidad de las primeras obras médicas impresas en la Inglaterra de los Tudor, véase Paul Slack, “Mirrors of Health and Treasures of Poor Men”, en Charles Webster, ed., *Health, Medicine, and Mortality in the Sixteenth Century*, Cambridge, University Press, 1979, páginas 237-273.

²⁰ Me he apoyado en la recogida de datos sobre la materia efectuada por Lisa Lloyd en su manuscrito “Evolutionary Explanations of Human Female Orgasm”, que amablemente me ha permitido leer.

riencias reales del matrimonio hicieron abandonar el viejo modelo de cuerpos y placeres.

Desde luego que alguien podría decir: quienes sabían —las mujeres— no escribieron y quienes escribieron —los hombres— no sabían. Pero esto no resuelve nada. En primer lugar, el *corpus* hipocrático y el libro X de la *Historia de los animales* de Aristóteles, por ejemplo, podían muy bien expresar las voces de las mujeres, y otras obras ofrecen relatos similares. Además, cuando en el Renacimiento las mujeres comenzaron a publicar sobre comadronas y reproducción, sus opiniones sobre la fisiología de la generación entraban por completo en la corriente principal: Louise Bourgeois, Jane Sharp y Madame de la Marche propugnaban la sabiduría común que vinculaba placer, orgasmo y generación. Los relatos ocasionales en primera persona de mujeres que trataban de estas materias íntimas, como la notable autobiografía de Isabella De Moerloose, esposa de un clérigo holandés del siglo XVII, atestiguan sin duda que la literatura que he citado contiene creencias ampliamente compartidas²¹. A pesar de la creciente tendencia de la tradición culta a distanciarse de los “errores populares”, mi sensación es que los médicos, los autores profanos, y los hombres y mujeres en sus camas, compartían en un sentido amplio el saber acerca de cómo funcionaba el cuerpo en materia de reproducción²². La especie de

²¹ Herman W. Roodenburg, “The Autobiography of Isabella De Moerloose: Sex, Childbearing and Popular Belief in Seventeenth Century Holland”, *Journal of Social History*, 18 (verano 1985), 517-540. (Discuto algunos aspectos de este diario más abajo, en la nota 83.) Una mujer que escribe en su diario sobre la concepción en el siglo XIX emplea todavía en buena medida el lenguaje hipocrático.

²² La mejor prueba directa de la ausencia de opiniones radicalmente divergentes entre médicos y pacientes se encuentra en los ficheros de Johann Storch, médico que ejercía a principios del siglo XVIII en la pequeña ciudad de Eisenach, brillantemente analizados por Barbara Duden, *Geschichte unter der Haut*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1987. Sobre la creación de la cultura popular por desarraigo de una antigua tradición, véase Natalie Z. Davis, “Proverbial Wisdom and Popular Errors”, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Stanford University Press, 1975,

abismo altamente politizado entre la opinión de las mujeres sobre sus propios cuerpos y la de la clase médica tendría que esperar la consolidación de una profesión de base científica que comenzó en el siglo XVIII, pero que no se extendió por completo hasta finales del siglo XIX²³.

Finalmente, hay indicios razonables de que en el pasado las mujeres podían conocer más o menos como sus médicos el calendario y la fisiología de la concepción. Desde luego, si los consultorios de la prensa tienen algún valor, la opinión de que el orgasmo es necesario para la concepción subsiste todavía; los médicos, tanto hombres como mujeres, que a principios del siglo XX intentaron determinar mediante entrevistas el calendario de la ovulación durante el ciclo menstrual, no llegaron a obtener respuestas coherentes. Y los estudios antropológicos permiten pensar que las mujeres vivas a las que hoy se puede interrogar mantienen opiniones similares a las propugnadas por comadronas y guías de salud del Renacimiento. Así, una encuestada en Suye Mura decía a una antropóloga de habla japonesa que “ella [pensaba] que si una mujer no alcanza el clímax, no podía concebir porque su matriz permanecía cerrada”²⁴. Los samo de Burkino Faso dan una explicación del semen —“el agua del sexo” que emiten hom-

págs. 227-267. Sugiero más adelante que, en materias relevantes para este libro, fueron mínimas las diferencias entre la nueva medicina basada en textos clásicos depurados y la observación directa, por una parte, y por otra las opiniones tradicionales. Véase también Paul-Gabriel Bouché, “Imagination, Pregnant Women, and Monsters in Eighteenth-Century England and France”, en G. S. Rousseau y Roy Porter, eds., *Sexual Underworlds of the Enlightenment*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1988, págs. 86-100, para una explicación de por qué hasta el siglo XVIII los médicos no comenzaron a atacar, y no de forma unánime, la creencia de que la conducta de las mujeres embarazadas podía causar monstruosidades.

²³ Véase Emily Martin, *The Woman in the Body*, Boston, Beacon Press, 1987.

²⁴ Robert J. Smith y Ella Lury Wiswell, *The women of Suye Mura*, Chicago, University of Chicago Press, 1982: “Ella mostró con sus manos cómo la matriz se abre cuando está receptiva” (págs. 63-64). El libro se basa por completo en las notas de campo de Wiswell.

bres y mujeres—, sangre, leche y menstruación que es sorprendentemente semejante a la que dominaba la tradición occidental²⁵.

Nada de esto contradice el hecho de que debía haber mucha sabiduría en el pueblo y una fuerte tradición oral entre las mujeres, en los albores de la Europa moderna, que nunca podrían recuperar las fuentes impresas, por muy populares que fuesen, y las demás fuentes modernas, por muy amplio que fuera su campo de acción. Se han perdido para siempre para los historiadores. Tampoco prueba esto que las gentes comunes, hombres o mujeres, pensaran en rigor en términos de los isomorfismos anatómicos del modelo unisexo. No obstante, hace pensar que el tipo de literatura en que baso estos capítulos —por otra parte el único tipo del que probablemente pueda llegar a disponer— comparte el mismo universo conceptual del pueblo renacentista e incluso de “quienes sabían (las mujeres)”, aunque no hablen con sus propias voces.

Las pruebas sobre las tesis empíricamente comprobables del modelo unisexo no llegaron a desplazarlo, porque dichas tesis formaban parte de una concepción del cuerpo mucho más general, intrincada y polimorfa, y por tanto ninguna observación, por sí misma o en combinación, podía refutarlo directamente. Willard Quine sugiere que ello se debería al sustento filosófico. La totalidad de nuestras creencias “son un tejido hecho por el hombre, que es afectado por la experiencia sólo en la periferia”. El llamado conocimiento, para cambiar de metáfora,

²⁵ Françoise Héritier-Augé, “Semen and Blood: Some Ancient Theories Concerning their Genesis and Relationship”, *Zone*, 5 (1989), 160-161. Éste sería un hecho nuclear si la antropóloga hubiera interrogado a hombres y mujeres samo, aunque presenta las respuestas como si se tratara de opiniones generalmente admitidas. Véanse también los informes sobre los puntos de vista de las mujeres respecto a menstruación y fertilidad, citados en la introducción a T. Buckley y A. Gottlieb, eds., *Blood Magic: The Anthropology of Menstruation*, Berkeley, University of California Press, 1988, págs. 42-43.

es como un campo cuyos límites están tan indeterminados, por la experiencia, que existe mucha libertad para elegir los enunciados que se desean reevaluar a la luz de alguna experiencia contradictoria. Pero ninguna experiencia particular tiene una vinculación evidente con un enunciado particular del interior del campo²⁶.

La antigua explicación de los cuerpos y el placer estaba tan profundamente enraizada en la teoría médica y fisiológica renacentista, lo mismo en versiones cultas que en las populares, y tan relacionada con el orden político y cultural, que escapaba por completo a cualquier contacto lógicamente determinante con los límites de la experiencia o, en realidad, a cualquier intento de comprobación explícita²⁷.

Es éste un argumento tan habitual en la historia y filosofía de la ciencia que incluso tiene nombre: la tesis Quine-Duhem. Pero vale la pena retomarlo por dos razones. Las afirmaciones empíricamente comprobables del viejo modelo, que representan y están representadas por la idea trascendental de que existe un solo sexo, son tan inverosímiles para la imaginación científica moderna que hay que hacer un soberrano esfuerzo para comprender cómo las gentes razonables han podido mantenerlas alguna vez. Es un esfuerzo que sólo vale la pena si perturba la estabilidad de nuestras propias construcciones de la diferencia sexual poniendo en evidencia

²⁶ Willard van Orman Quine, “Two Dogmas of Empiricism”, *From a Logical Point of View*, Nueva York, Harper and Row, 1963, págs. 42-43; véase también la formulación en Quine y J. S. Ullian, *The Web of Belief*, Nueva York, Random House, 1978, 2.^a ed. Thomas Kuhn, en *The Structure of Scientific Revolutions*, defiende lo mismo sobre bases históricas. [De la obra de Quine existe traducción de Manuel Sacristán, *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Orbis, 1985; de la de Kuhn, Agustín Contín, *La estructura de las revoluciones científicas*, 7.^a ed., Madrid, FCE España, 1977.]

²⁷ En este punto me he basado en muchos autores diferentes. Para un estudio muy rico de la lógica del cuerpo, las relaciones entre sus variados aspectos estructurales, metafóricos y macrocósmicos, véase el estudio de Marie Christine-Pouchelle sobre Henri de Mondeville, *Corps et chirurgie à l'apogée du moyen-âge*, París, Flammarion, 1983.

las bases de otro planteamiento y mostrando que las diferencias que producen la diferencia están históricamente determinadas.

En segundo lugar, al poner de manifiesto el espeso tejido de conocimientos y de retórica que sostuvieron el modelo de sexo único, perfiló también el escenario en que se movieron sus detractores en los siglos XVIII y XIX. Si su estabilidad puede atribuirse a su imbricación en otros modos discursivos, no habrá necesidad de explicar su colapso por un descubrimiento importante y singular o incluso por agitaciones sociales destacadas. De este modo conviene enfrentarse con la construcción del cuerpo de dos sexos dentro del contexto de la multitud y variedad de las nuevas conexiones entre el discurso sexual y otros discursos, y dentro del propio discurso sobre el sexo.

LAS PRÁCTICAS DE LA ANATOMÍA

“Cuando os encontráis a un ser humano”, dice Freud en sus comentarios sobre “Feminidad” en las *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, “la primera distinción que hacéis es ¿‘hombre o mujer’?, y acostumbráis a hacer la distinción con absoluta seguridad”. La ciencia anatómica parece en principio avalar esta certeza, pero reflexiones posteriores llevan a ser mucho menos taxativos: “lo que constituye la masculinidad o la feminidad es una característica desconocida que la anatomía no puede captar”. Muchos anatomistas del Renacimiento practicaban la disección, miraban en el interior y representaban visualmente el cuerpo femenino, pero cuanto más se fijaban y con mayor convencimiento, seguían viendo dicho cuerpo como una versión del masculino.

El cuerpo habla de sí mismo. En buena medida, la nueva ciencia reforzó considerablemente el viejo modelo por la sencilla razón de que proclamaba con gran vigor que la Verdad y el progreso no se encierran en los libros, sino en el cuerpo

abierto y adecuadamente expuesto²⁸. Una retórica repetitiva reforzó la idea de que sólo el error y la adhesión equivocada a las autoridades entorpecía el camino, siendo así que con toda cautela se podía *ver*, entre otras muchas cosas, que las mujeres eran hombres invertidos. Vesalio denunció públicamente a todos sus predecesores, incluso a su maestro Jacobus Sylvius, porque consideraban infalible a Galeno, y Colombo escribiría sobre las “correcciones en modo alguno despreciables” que hubo de hacer a Vesalio para realizar una guía de la disección que “diga la verdad sobre el cuerpo humano”²⁹. Falopio anunció que refutaría las explicaciones de los autores antiguos o más modernos y le daría la vuelta a algunas de sus doctrinas, “o al menos las haría tambalearse”³⁰.

Más importante todavía es la nueva y extravagante práctica de la disección en un anfiteatro público; también sus representaciones proclamaban la convicción de que el cuerpo

²⁸ No significa esto que Vesalio y sus seguidores escaparan a la influencia de la erudición clásica, en general, o a la de Galeno, en particular. Todas las obras de Galeno fueron editadas y traducidas en numerosas lenguas vernáculas; el propio Vesalio estuvo implicado en la preparación de la gran *Opera Galeni* publicada en Venecia (1541-42) y consideró a Galeno como “el príncipe de los médicos y el preceptor de todos”. Véase Richard J. Durling, “A Chronological Census of Renaissance Editions and Translations of Galen”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 24 (1961), que enumera 630 ítems entre 1473 y 1600, excluyendo largas citas en otras obras. J. B. de C. Saunders y Charles D. O’Malley, *The Anatomical Drawings of Andreas Vesalius* (Nueva York: Bonanza, 1982), pág. 13. Por razones que se discuten más adelante, Aristóteles, que no era anatomista ni médico, tuvo mucha menos influencia en sus escritos sobre el cuerpo. Pero hay mucho de Aristóteles en Avicena, quien ejerció una gran influencia en la enseñanza médica del Renacimiento. Véase Nancy Siraisi, *Avicenna in Renaissance Italy: The Canon and Medical Teaching in Italian Universities after 1500*, Princeton, Princeton University Press, 1987. Su influencia filosófica fue enorme. Véanse también Charles B. Schmitt, “Towards a Reassessment of Renaissance Aristotelianism”, *History of Science*, 11 (1973), 159-193, y más en general *Aristotle and the Renaissance*, Cambridge, Harvard University Press, 1983.

²⁹ Prefacio a *The Fabric of the Human Body*, trad. Logan Clendening, *Source Book of Medical History*, Nueva York, Dover, 1942, pág. 136.

³⁰ Falopio, *Observationes*, pág. 195.



Fig. 3. Escena de disección del siglo XVI, que sirvió de frontispicio a la obra de Vesalio, *De humani corporis fabrica* (1543), obra con la que se abrió una nueva época para la anatomía.

abierto era la fuente y piedra de toque del conocimiento anatómico³¹. Lo que hasta entonces se había ocultado —había habido muy poca disección humana en la Antigüedad, si la

³¹ Sobre los anfiteatros anatómicos y las anatomías públicas, véase Giovanna Ferrari, "Public Anatomy Lessons and the Carnival in Bologna", *Past and Present*, 117 (1987), 50-107.

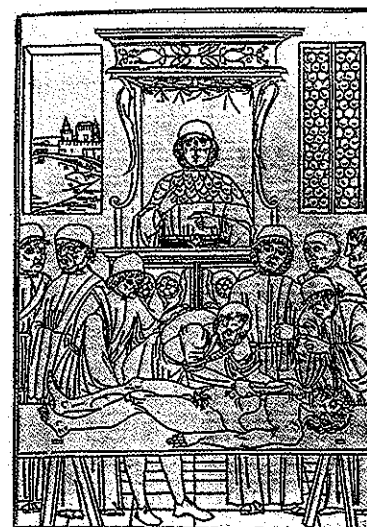


Fig. 4. Frontispicio de la obra de Johan Ketham, *Fasciculus medicinae* (Venecia, 1550), versión modificada de la *Anathomia* de Mondino

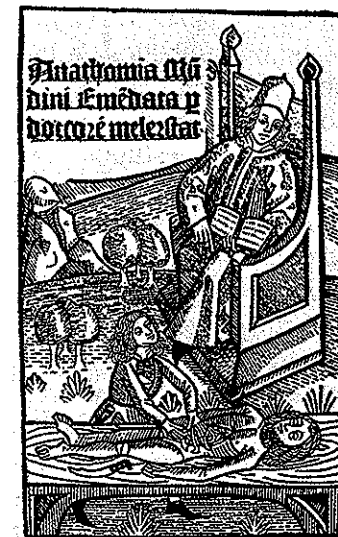


Fig. 5. Frontispicio de la *Anathomia* (1493) de Mondino [Mondinus]

hubo, y ninguna ilustración anatómica— y lo que se había practicado en ocasiones y con discreción —la anatomía en las universidades medievales— resultaba ahora asequible para consumo general. Ya no había que imaginar las transformaciones topográficas de Galeno: podían verificarse con la vista. Tal como expone Harvey Cushing, la famosa portada de *De humani corporis fabrica*, de Vesalio, la obra fundadora de la anatomía moderna (fig. 3), es como un reproche a quienes sólo leían libros antiguos mientras los cirujanos barberos practicaban disecciones. Compárese, por ejemplo, a la portada de la *Anathomia* de Mondino (figs. 4 y 5), el manual clásico de las escuelas de medicina anterior a Vesalio. Es el texto, por medio del nombre del libro, o de un lector hablando *ex cathedra*, lo que domina las ilustraciones precedentes.

El cuerpo parece casi un añadido, yaciendo pasivamente en el plano del grabado. En la figura 5, la mirada del anatomista se posa sobre la cara del cadáver, no sobre la víscera expuesta, como si fuera su humanidad y no su valor como material muerto para estudiar, lo que reclamara su atención. Vesalio debía imaginar escenas como ésta cuando condenaba a los anatomistas que “desde lo alto de su cátedra cacareaban con arrogancia como grajos sobre cosas que nunca habían comprobado por sí mismos”. Un carnicero en su carnicería sabía más que un doctor³².

Por contraste, en la figura 3 el cuerpo abierto es la fuente incuestionable de autoridad, reforzada por el esqueleto soberano que preside la escena. A diferencia de los cuerpos de las ilustraciones precedentes, éste se destaca del plano del grabado; las entrañas expuestas ocupan el centro muerto entre el título y el pie de la imagen. Una línea imaginaria pasa bajo la espina dorsal del esqueleto, entre sus pechos y a través de las vísceras, cortando en dos la imagen y dividiendo la magnífica rotonda en que yace el cadáver. Las estatuas clásicas prestan su dignidad, como harán más tarde en el libro, al mitigar la violencia de la disección cuando las vísceras se exponen sobre ellas, al tiempo que definen lo mostrado como perteneciente a un cuerpo mediano y normativo. También, como en las portadas de muchas anatomías del Renacimiento, hay una nutrida concurrencia de espectadores variopintos que observan con atención. En resumen, se trata de una imagen sobre el majestuoso poder de la ciencia para hacer frente, dominar y

³² Harvey Cushing, *A Bio-Bibliography of Andreas Vesalius*, Hamden, Archon Books, 1962, 2.ª ed., págs. 81-82. Se dice habitualmente que el hombre joven que está en la cátedra en la figura 3 es el profesor y que quienes abajo practican la disección son sus ayudantes. Pero es más probable que el citado joven sea un ayudante nuevo cuyo trabajo sería leer el texto, mientras el profesor —el hombre mayor inclinado sobre el cuerpo— hacía la disección. Véase Jerome J. Bylebyl, “The School of Padua: Humanistic Medicine in the Sixteenth Century”, en Webster, ed., *Health, Medicine*, págs. 335-371. En mi opinión, permanecen intactos la afirmación epistemológica de Vesalio en su portada y el testimonio de las imágenes.



Fig. 6. Frontispicio de la edición holandesa de 1642 del *Epitome* (1543) de Vesalio



Fig. 7. Frontispicio del *Anatomische Tafeln* (1656), de G. Cassario, que no es sino una modificación de la escena representada en la fig. 6

representar las verdades del cuerpo de un modo teatral y público³³.

En un sentido más estricto, la imagen también puede interpretarse como afirmación del poder masculino para conocer el cuerpo femenino y en consecuencia para conocer y

³³ Mi interpretación del cuerpo en este grabado se debe en gran medida al estudio de W. S. Heckscher sobre “Anatomy of Dr. Nicolaas Tulp”, en su *Rembrandt's Anatomy*, Nueva York, New York University Press, 1958. Las “anatomías” como género literario se basaron en el examen profundo de las representaciones con ánimo de alcanzar la “verdadera” verdad. Véase Devon L. Hodges, *Renaissance Fictions of Anatomy*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1985, págs. 6-17. Para el uso de la escultura clásica como muestra de la anatomía humana, véase Glenn Harcourt, “Andreas Vesalius and the Anatomy of Antique Sculpture”, *Representations*, 17 (invierno 1987), 28-61.



Fig. 8. Frontispicio de *Les Œuvres anatomiques* (1629), de Jean Riolan. La posición del cadáver del hombre es todavía mas erótica, si cabe, que las del hombre y la mujer de las figuras 6 y 7

controlar una Naturaleza femenina³⁴. Vesalio preside aquí una asamblea de hombres que escrutan el interior de una mujer indefensa, desnuda, que muestra su cuerpo ante ellos. El cadáver de la portada (fig. 6) de una edición holandesa posterior del *Epitome* de Vesalio, una especie de guía para el estudiante, introductoria a la más extensa *Fabrica*, goza de mejores formas todavía; sus órganos genésicos se muestran con mayor claridad y su cara aparece misteriosamente velada como para subrayar la accesibilidad del cuerpo a la mirada del varón. Incluso los portadores de la leyenda son hombres y el sexo del esqueleto se hace evidente por su capa y la pala de enterrador.

³⁴ El ocaso durante la revolución científica de una idea de la naturaleza como madre nutricia a la cual la humanidad está orgánicamente vinculada, y el nacimiento de una concepción de la naturaleza como objeto femenino a estudiar y explotar por los hombres, es el tema que trata Carolyn Merchant, *The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution*, Nueva York, Harper and Row, 1980.

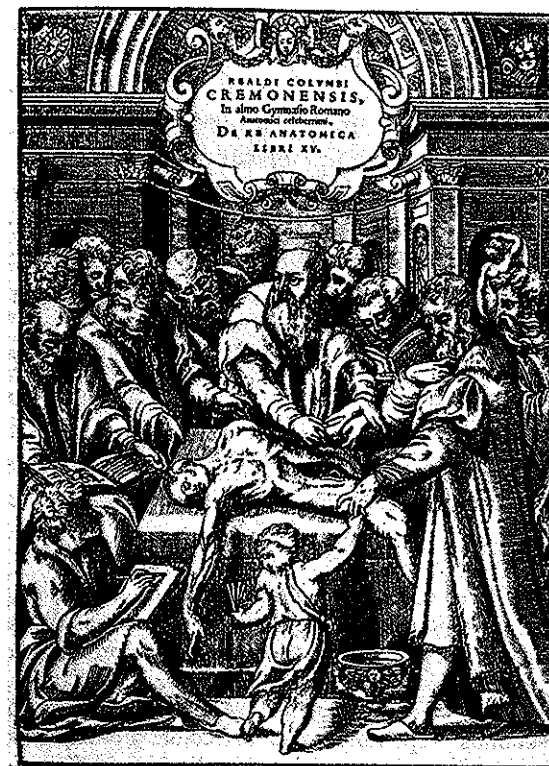


Fig. 9. Frontispicio del *De re anatomica* (1559), de Colombo, según dibujo de Paolo Veronese

Pero la política del género en la ilustración anatómica no es tan sencilla. La portada de la *Anatomische Tafeln* (fig. 7), de Cassario, toma el grabado usado en la figura 6 y sustituye el cuerpo de la mujer por el de un hombre. Su rostro también está cubierto; si acaso su cuerpo está más dominado por los instrumentos que hay tras él y por el cuchillo que reposa sobre su muslo. El cadáver joven, y en extremo erotizado, objeto de disección en la figura 8, portada del texto de John Riolan, es claramente el de un hombre, si bien de rasgos delicados y andróginos. Hablando en general, sencillamente no es cierto que quepa identificar en particular a las mujeres, sensuales o no, con el objeto del estudio anatómico. En las

portadas de catorce libros de anatomía publicados entre 1493 y 1658, el cuerpo cuya disección se practica es masculino en nueve casos, femenino en cuatro e indeterminado en el restante. Quizá fue más la disponibilidad de material que la política sexual lo que determinó el sexo del cadáver genérico³⁵. En todo caso, lo que importa es el cuerpo en tanto que tal y el objeto programático de la portada anatómica renacentista es evidente: los anatomistas tienen el poder de abrir el templo del alma y revelar los misterios del interior (la figura 9 es paradigmática en este aspecto)³⁶.

Los cuerpos de las mujeres deben verse en el contexto de dos estrategias posteriores de la representación. Ambas resaltan la exhibición teatral de los cuerpos como testimonio de las tesis de los anatomistas. En primer lugar, incluso cuando las anatomías medievales estaban ilustradas —y desde luego

³⁵ No he tenido en cuenta las reutilizaciones o retoques de una plancha en nuevas ediciones de la obra original o en otras obras diferentes. No se trata de un estudio propiamente dicho, pero me sorprendería que un estudio auténtico alterara los resultados de modo significativo. Puesto que se ejecutaban más hombres que mujeres, no hay duda de que había más cadáveres masculinos disponibles para disección. Pero quedaban muchas oportunidades para examinar mujeres. Vesalio hizo la disección al menos de siete. Las autopsias, como pone de manifiesto Katherine Park en *Doctors and Medicine in Early Renaissance Florence*, Princeton, Princeton University Press, 1985, págs. 52-53, se realizaban rutinariamente e incluso damas nobles no tenían escrúpulos en hacerse examinar estando vivas o a la espera de la muerte. Cita Park el caso de una mujer patricia, que sufría un flujo uterino, que pidió que se le practicara la autopsia para que los médicos pudieran tratar mejor a sus hijas si desarrollaban el mismo mal. Un testimonio anecdótico, como el de *Beloved son: The Journal of Felix Platter, a Medical Student in Montpellier in the Sixteenth Century*, trad. Sean Jennett, Londres, Frederick Muller, 1961, pág. 90, da a entender que los cuerpos de las mujeres resultaban disponibles por la acción de los ladrones de tumbas.

³⁶ Samuel Y. Edgerton, *Pictures and Punishments: Art and Criminal Prosecution during the Florentine Renaissance*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, págs. 215-217, y cap. 5, *passim*, resalta que en esta imagen el anatomista está representado como un exaltado, casi como si fuera una figura de sacerdote. El cadáver puede recordar el Cristo muerto de las pinturas de la Pietà, pero es el anatomista quien parece estar dando un sermón.



Fig. 10. Figura clásica del desollado que muestra al propio tiempo su piel y su musculatura. De Juan de Valverde, *Anatomia del corpo umano* (1560). [La obra original en castellano apareció cuatro años antes y fue traducida al italiano por Antonio Tabo da Albenga, conociendo después múltiples traducciones y ediciones]

también en los libros renacentistas anteriores a la *Isagoge brevis* de Jacopo Berengario, de 1522—, lo cual era infrecuente, las imágenes que contenían solían tener escasa relación con el texto, cuya autoridad residía en las palabras y reputación del autor. Con Berengario, sin embargo, sucedió algo nuevo. Estaba entregado a una *anatomia sensibilis*, una anatomía de lo que podía verse, y las ilustraciones estaban llamadas a ser el aspecto impreso, el sustituto gráfico de cómo se



Fig. 11. Tres figuras en varias posiciones forzadas para mostrarse a sí mismas a los lectores de un texto anatómico. Proceden igualmente de la *Anatomia* de Valverde

veían realmente las estructuras en cuestión y en consecuencia ratificaban las palabras del anatomista³⁷. Las portadas y los numerosos y espectaculares grabados en la obra de Vesalio y otras posteriores continuaban invocando la autoridad, primero, de un cuerpo dramáticamente abierto y expuesto, y luego, de forma derivada, de la propia representación naturalista³⁸.

³⁷ Véase el detallado estudio de R. K. French, "Berengario da Carpi and the Use of Commentary in Anatomical Teaching", en A. Wear, R. K. French y I. M. Lonie, eds., *The Medical Renaissance of the Sixteenth Century*, Cambridge, University Press, 1985, págs. 42-74, esp. 54-62.

³⁸ Sobre la ilustración en textos medievales, véase Karl Sudhoff, "Eine Beitrage zur der Geschichte der Anatomie in Mittelalter, speziell der anatomischen Graphik nach Handschriften des 9. bis 15 Jahrhunderts", en *Studien zur Geschichte der Medizin*, 4 (1908), 1-94, con 24 láminas, donde denuncia el carácter esquemático de las ilustraciones, la dificultad en demostrar su relación con un texto concreto, y su dependencia de figuras ajenas —en especial en el caso de los esqueletos (págs. 28-51)— en lugar de confiar en la naturaleza. No se conocen ilustraciones anatómicas de la Antigüedad y los primeros dibujos ginecológicos (de un útero) datan del siglo IX. Véase Fritz Weindler, *Geschichte der Gynaekologisch-Anatomischen Abbildung*, Dresde, Zahn und Jaensch, 1908, págs. 14-15 y pági-

Incluso sin leyendas, estas nuevas ilustraciones eran proclamaciones de su propia verdad. En ellas los muertos actúan como si en algún sentido estuvieran vivos —como si no fueran cadáveres— y como tales certifican personalmente los hechos que presenta el anatomista y la solvencia epistemológica de la anatomía en general. El clásico hombre desollado de la *Anatomia* (fig. 10) de Valverde se quita él mismo la piel para mostrar la superficie de sus estructuras musculares, alzando la piel —en alusión al autorretrato de Miguel Ángel, medio Marsias, medio San Bartolomé, del *Juicio final*— para dar a la escena un toque emotivo³⁹. Más adelante, en el libro de Valverde, una criatura más bien absorta levanta apaciblemente la grasa y la piel de su vientre para mostrar su fascia

nas 81-89 sobre Berengario como gran innovador prevesaliano. La historia más completa de la ilustración anatómica es la de Johann Ludwig Choulant, *A History and Bibliography of Anatomic Illustration*, trad. Mortimer Frank (Nueva York: Hafner, 1945, reimposición en 1962). He consultado también R. Herrlinger, *History of Medical Illustration from Antiquity to 1600*, Nueva York, Editions Medicina Rara, 1970. La relación manifiestamente nueva entre el texto y el grabado es difícil de caracterizar precisamente porque no consiste, en contra de lo que la historia de la ciencia sugiere, en la simple sustitución de ilustraciones esquemáticas por otras más naturalistas. No se trata tampoco, como pretende Geoffrey Lapage, *Art and Scientific Illustration*, Bristol, John Wright, 1961, de que la verdad en la ilustración repose de algún modo en alcanzar el objetivo de evitar la deformación, cuando un grabado se produce siguiendo las observaciones de un científico. Toda ilustración anatómica es necesariamente esquemática en relación con un cuerpo que es infinitamente menos claro y mucho más complejo. Además, la ilustración anatómica llamada naturalista, aunque pueda ser dibujada del natural, depende todavía mucho de las convenciones artísticas e incluso de imperativos ideológicos (véase Capítulo VI). Sobre el poder de las convenciones, véase la explicación que da Gombrich a la longevidad del rinoceronte de Dürero, en buena medida imaginario, pero dibujado de forma convencionalmente naturalista, "Truth and the Stereotype", *Art and Illusion: A Study in the Psychology of Pictorial Representation*, Nueva York, Pantheon, 1960, págs. 81-82.

³⁹ Sobre el retrato de Miguel Ángel en la piel de San Bartolomé, véase Leo Steinberg, "Michelangelo and the Doctors", *Bulletin of the History of Medicine*, 56 (1982), 543-551. Sobre su relación con la obra de Valverde, véase Edgerton, *Pictures and Punishments*, págs. 217-219 y n. 53.

abdominal; para facilitar nuestra visión, la figura siguiente eleva todavía más sus ropas de carne para revelar la parte inferior del epiplón. Con su mano izquierda hace un gesto y se vuelve, como si posara o ensayara en un escenario, para preguntar al artista o director que le contratara si esta pose o ademán son correctos. Una tercera comparsa precisa de manos y dientes —que mantienen el epiplón— para asegurarnos una vista sin obstáculos de sus vísceras (fig. 11). En una edición belga del *Epitome* (fig. 12), un anatomista con el pecho abierto —no es posible un sacrificio mayor en pro de la ciencia— levanta sus ojos al cielo mientras sus dedos hacen la resección de las costillas de un Apolo de Belvedere vesaliano, o quizá de él mismo. Varios hombres bien proporcionados aparecen en *La Dissection des parties du corps humain*, de Estienne, la anatomía prevesaliana mejor presentada, y parecen más o menos satisfechos, afligidos o patéticos, mien-

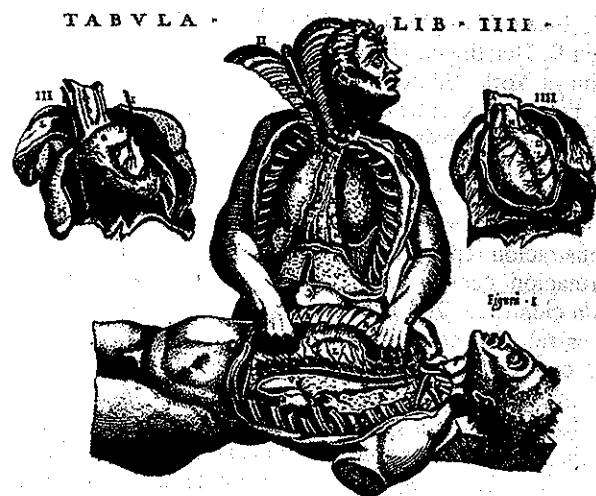
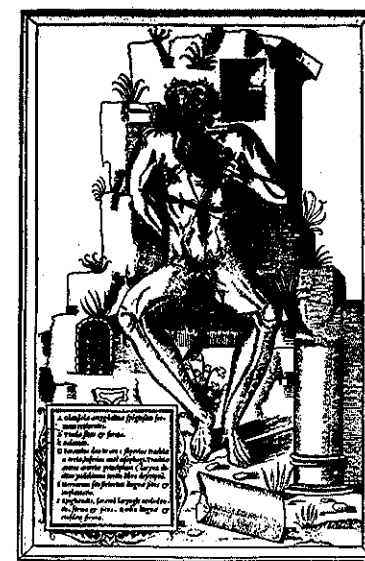


Fig. 12. Un cadáver “anatomizado” hace la disección de otro, representado como una versión en carne y hueso de una estatua clásica mutilada. El original corresponde también a la *Anatomia* de Valverde, pero fue reutilizado en una edición del *Epitome* de Vesalio realizada en Brujas en 1559



Figs. 13-14. Dos figuras masculinas se desgarran a sí mismas para edificación de los lectores. El “mártir” de la derecha muestra la lengua y las amígdalas, y el de la izquierda, el bajo vientre y los genitales. De Charles Estienne *La Dissection des parties du corps humain* (1546)

tras se desgarran para edificación anatómica del espectador (figs. 13-14).

El arte y la retórica de las anatomías renacentistas proclaman así la autoridad de la visión y el poder de la disección. Estratagemas diversas para crear “efectos realistas” permiten que los grabados sustituyan a los propios cuerpos y testimonien las verdades de los textos; los espectadores son invitados a considerar las imágenes como trasuntos del propio cadáver. Ver es creer en el cuerpo unisexo. O a la inversa.

Creer es ver. La nueva anatomía exponía, a muchos niveles y con un vigor sin precedentes, el “hecho” de que la va-

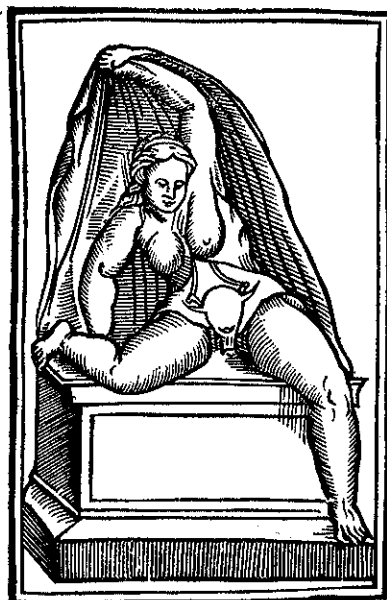


Fig. 15. Una escultura de mujer cobra vida de pronto y abandona su pedestal para demostrar la certeza de la afirmación del texto, según la cual el útero es análogo al pene y hay también correspondencia en cuanto a los testículos y diversos conductos. De Jacopo Berengario, *Isagoge brevis* (1522)

gina es en realidad un pene y el útero un escroto⁴⁰. Berengario asegura a sus lectores que no deben equivocarse o dudar en este punto: “el cuello del útero es como el pene y su receptáculo, con testículos y vasos, es semejante al escroto”⁴¹. En el primero de los grabados que acompañan a esta afirmación ya familiar, una estatua clásica de una mujer de indudable feminidad parece haber alcanzado la vida por un milagro; está desprendiéndose del rebozo y descende con cuidado para

⁴⁰ Véase French, “Berengario”, págs. 43-49, y L. R. Lind, *Studies in Pre-Vesalian Anatomy: Biography, Translations, and Documents*, Filadelfia, American Philosophical Society, 1975.

⁴¹ Jacobo Berengario de Carpi, *A Short Introduction to Anatomy [Isagoge brevis]*, trad. L. R. Lind, Chicago, University of Chicago Press, 1959, pág. 80. La *Isagoge* es una especie de compendio de la obra mucho más amplia de Berengario *Commentary on Mondino* (1521), que fue el primer libro de anatomía que integró las ilustraciones en el texto.



Fig. 16. La modelo ha abandonado su pedestal y con gesto grandilocuente señala su útero. “Observad —dice—, cuánto se parece el cuello de la matriz al miembro viril.” De Berengario

mostrar la prueba al lector (fig. 15) En el siguiente (fig. 16) agita airoosamente el manto sobre su cabeza con una mano, mientras con la otra dirige la mirada de la audiencia hacia lo que se ha extraído de su vientre y ha sido depositado sobre el pedestal del que acaba de descender: su útero. Ella —el cadáver ahora animado cuya voz se hace indistinguible de la del anatomista— hace un gesto triunfal y anuncia con gran autoridad: “ved cómo el cuello [del útero]... parece un pene” (página 78). Por último, una tercera ilustración, ésta de detalle, remacha el tema visualmente mediante rótulos que identifican los ovarios como testículos y las trompas de Falopio como los conductos espermáticos (fig. 17).

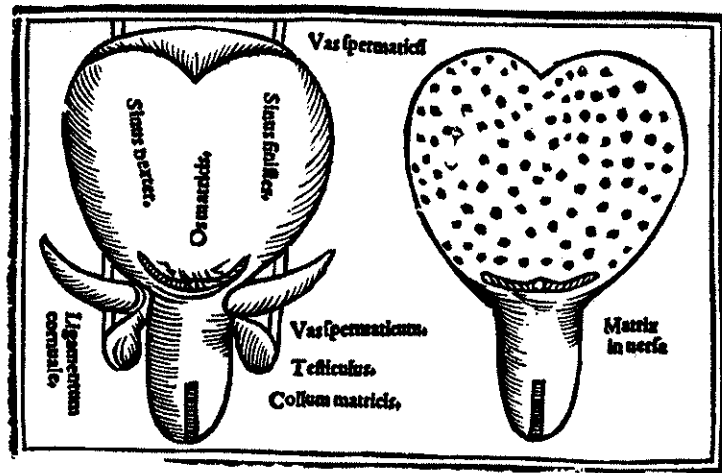


Fig. 17. El útero y los vasos a él vinculados se rotulaban de forma que no quedara lugar a dudas sobre la correspondencia entre órganos masculinos y femeninos, "porque es bueno repetir las cosas diez veces". De Berengario

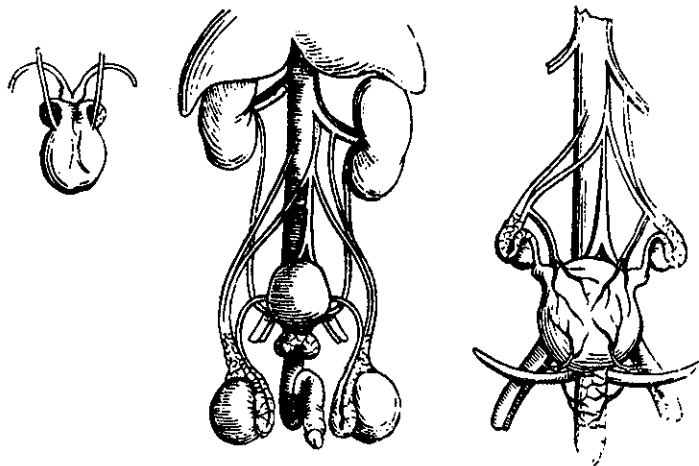


Fig. 18. Órganos masculinos y femeninos dispuestos para demostrar sus correspondencias. De Vesalio, *Tabulae sex* (1538)

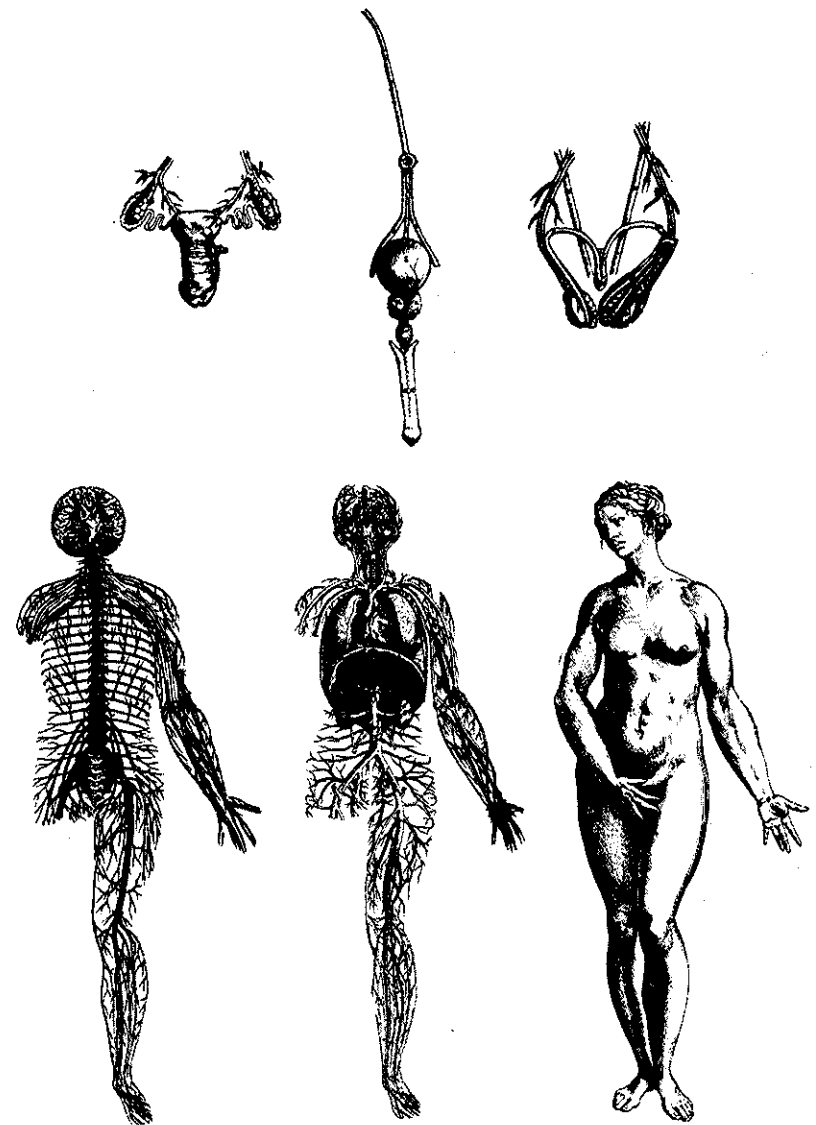


Fig. 19. Fila superior (19a): la estructura con forma de pene mas pequeña es el "útero con los testículos y los vasos seminales"; la mas grande son los genitales masculinos, a los que el estudiante debe adosar los testículos correspondientes. Había entonces que pegar los órganos masculinos y femeninos sobre la figura 19b, que a su vez se integraba en la 19c y luego en la 19d, un desnudo femenino clásico. De Vesalio, *Epitome*

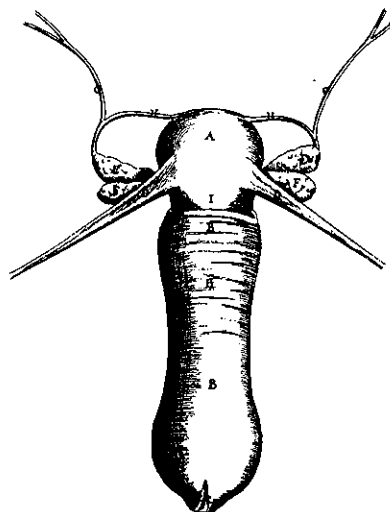
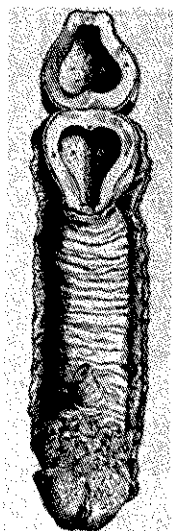


Fig. 20 (izquierda).
Vagina representada
como pene, de
Vesalio, *Fabrica*.
Fig. 21 (derecha).
Vagina y útero, de
Vidus Vidius, *De
anatomie corporis
humani* (1611)

Los órganos de las mujeres se representan como versiones de los del hombre en las tres obras de Vesalio, de gran influencia y ampliamente plagiadas. Entre las imágenes fundadoras de la anatomía moderna hay un registro nuevo y poderoso para el viejo orden de los cuerpos. Su imagen más repetida de la vagina como pene, y también la más explícita, es una de las ilustraciones de la *Tabulae sex*, una serie de grabados baratos hechos con planchas de escasa tirada, destinadas a estudiantes de medicina y al consumo de profanos. En el *Epitome* se incluyen grabados de los órganos de la reproducción masculinos y femeninos casi indistinguibles, preparados para que los estudiantes los recorten y peguen sobre figuras facilitadas con este fin (fig. 19)⁴². Pero la figura más

⁴² En el primer ejemplo, explica Vesalio, los genitales masculinos y femeninos deben adherirse a una "figura que hemos dibujado para que sirva ante todo como base para todas las demás..., la figura representa una mujer desnuda". El desnudo de la figura 19c, que muestra los vasos sanguíneos, es, como si dijéramos, el interior de una mujer clásica, casta y desnuda (fig. 19d), incluida en un capítulo especial dedicado a la terminología de la anatomía de superficie.

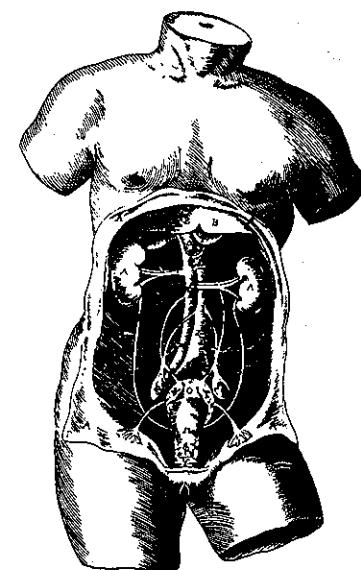


Fig. 22. Torso femenino en forma de estatua clásica rota del que se extrajo la vagina en forma de pene de la figura 21, de acuerdo con las convenciones artísticas y científicas de la época

llamativa visualmente de Vesalio sobre este tema se encuentra en la propia *Fabrica*. En ella (fig. 20) el útero, la vagina y las partes pudendas exteriores de una joven no aparecen específicamente desplegadas, como en las *Tabulae* o en el *Epitome*, para demostrar que dichas estructuras son isomórficas con las del varón: precisamente *se ven como* tales.

Subrayo "se ven como" porque esas imágenes, y muchas más semejantes a ellas, no son el simple resultado de convenciones para la representación ni fruto del error. Toda una visión del mundo hace que la vagina parezca un pene para los observadores renacentistas. Por supuesto que opera una convención en la representación, un esquema; los ilustradores anatómicos renacentistas aprendieron a dibujar los genitales femeninos de otros grabados y no sólo del natural (véase figuras 21-24). Pero esto no significa que las preocupaciones



Fig. 23. Esta modificación de Vesalio que figura en una edición de Valverde de 1586 observa las mismas convenciones que ilustran las figuras 21-22. A la izquierda, una estructura que parece totalmente un pene; a la derecha, las formas femeninas clásicas de las que fue tomada

estilísticas les impidieran ver la anatomía genital “como realmente es”, o como los modernos la ven⁴³.

⁴³ Pese al argumento que Gombrich expone en *Art and Illusion*, según el cual todo arte se origina en la mente humana y las convenciones estilísticas determinan el modo de representación, el autor permanece comprometido, como subraya Svetlana Alpers, con la idea de que es posible una representación perfecta y que ciertos planteamientos son preferibles a otros para transmitir la verdad a las imágenes. Véase Alpers, “Interpretation without Representation, or the Viewing of *Las Meninas*”, *Representations*, 1 (febrero 1983), 31-42. Sin discutir esos puntos en general, deseo simplemente afirmar que las convenciones inflexibles no son la causa de la forma peculiar de ver que esas figuras sugieren.

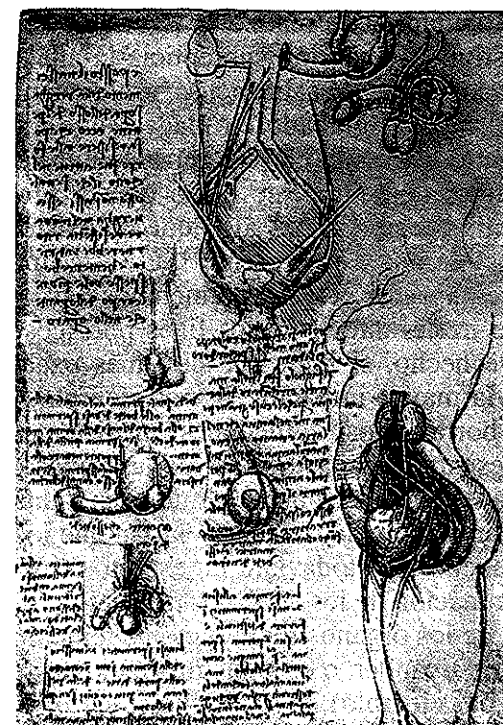


Fig. 24. La versión de Leonardo del isomorfismo entre matriz y escroto —parte superior derecha e inferior izquierda— es peculiar en tanto que hace que el vaso deferente masculino se curve para remedar la forma del útero. La imagen del pene/vagina es más convencional

La extraña calidad de las imágenes en las figuras 15-24 tampoco es resultado de los esfuerzos de alguien para lograr que el cuerpo femenino se conformara con algún texto erróneo o para distorsionar los genitales de las mujeres de forma que se convirtieran en una caricatura de los del hombre. Por

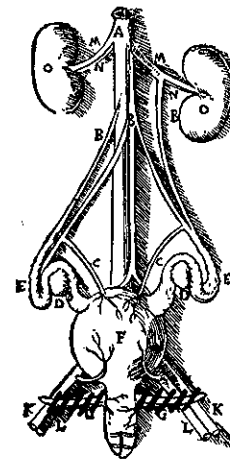
tations, 1 (febrero 1983), 31-42. Sin discutir esos puntos en general, deseo simplemente afirmar que las convenciones inflexibles no son la causa de la forma peculiar de ver que esas figuras sugieren.

ejemplo, el dibujante que realizó la figura 21 no es culpable de haber sustituido de forma subrepticia la anatomía animal por la humana, como Vesalio acusa tímidamente que hace Galeno en el famoso grabado en madera que en la *Fabrica* yuxtapone parte del cráneo de un perro con el de un hombre (fig. 25). También es inocente de lo que el propio Vesalio hizo en aquella ocasión: “ver” algo que no existe porque una autoridad declara que está presente⁴⁴. En este tipo de ilustraciones renacentistas de genitales femeninos hay grandes errores, pero son irrelevantes para los fines retóricos de las ilustraciones. De hecho, si hubieran sido más exactas, habrían tenido todavía mayor impacto. Si, por ejemplo, en las figuras 16-17 se borrarán los “cotiledones” inexistentes —los puntos que representan la anastomosis de las venas del útero—, la sugerencia de las dos cámaras eliminadas y una vagina correctamente proporcionada al útero, harían que los órganos se parecieran mucho más todavía a un escroto femenino y a un pene. La eliminación de los “cuernos del útero” (GG) en la representación de los órganos reproductores femeninos (fig. 26) debida a John Dryander, o en otras ilustraciones renacentistas (figs. 32-33, por ejemplo), lograría que el útero y la vagina se parecieran más, y no menos, a la vejiga y al pene; y si en beneficio de la precisión se volviera a dibujar la arteria ovárica y la vena EE en la figura 26 de forma que se parecieran menos al epidídimo, II en la figura 27, el efecto general sería el mismo en el peor de los casos⁴⁵.

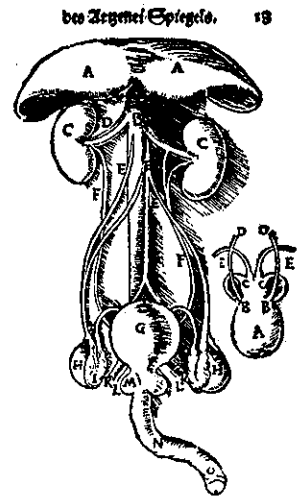
⁴⁴ El ejemplo clásico es la insistencia de Vesalio en que hay una red de vasos sanguíneos en la base del cerebro humano, la *rete mirabile*, cuando realmente esa estructura no existe en humanos. Ver algo sobre la base de una autoridad es frecuente en la historia de la anatomía y en los laboratorios de anatomía modernos.

⁴⁵ John Dryander fue profesor de medicina y matemáticas en la nueva universidad protestante de Marburg. Tomo las ilustraciones y texto de su *Der Gantzen Artzeney Spiegel*, Francfort, 1542, págs. 17-19, obra que según se dice en un largo título estaba destinada a médicos, cirujanos barberos y otras personas que necesitaban saber sobre el cuerpo. Buena parte del texto está tomada de Mondino y muchas de las ilustraciones de Vesalio. Su nomenclatura viene directamente del latín: *testes* (literalmente tes-

Fig. 25. “Hemos colocado”, dice Vesalio en esta polémica ilustración de la *Fabrica*, “el cráneo de un perro bajo el del hombre para que cualquiera pueda comprender sin la menor dificultad la descripción de Galeno de los huesos de la mandíbula superior”



Dieß Figur setzet an die inneliche gestalt eines wabers mit sampe den geburt gleiches gefäß des samens und andern bezeich. A. Bedeut die großblader / daher alle andere glieder narang haben. B. Ist die wasse samens. C. C. Aber so die dermutter begreifen / daher die frucht auch narung bekompt. D. D. Einde weib e jaglin. E. Da ma mercken die weib e jaglin umgeben / sind ein theyl same. und an theyl der heraden. F. Die dermutter gleich der blasen gestalt. G. Die gestalt der dermutter / daran sie dem rucken vnd nebens angehefft. H. Das innerlich mundloch der dermutter. I. Das außriß der dermutter: dießsam. K. L. Stamm oder Ast der bliscaden der schenkel. M. N. Ganggang vonden Tieren. O. Zwoe Tieren.



Das neben klein figurlein / ist die blas / mit sampe der barn und samens.

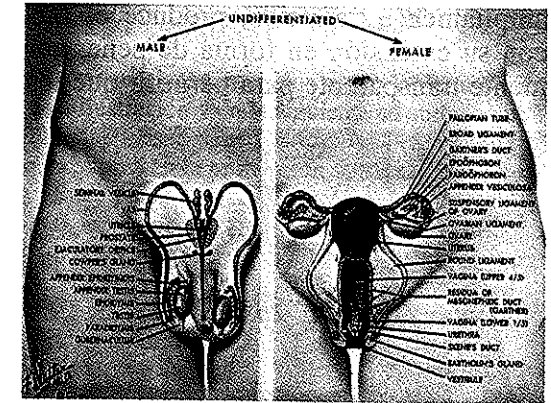
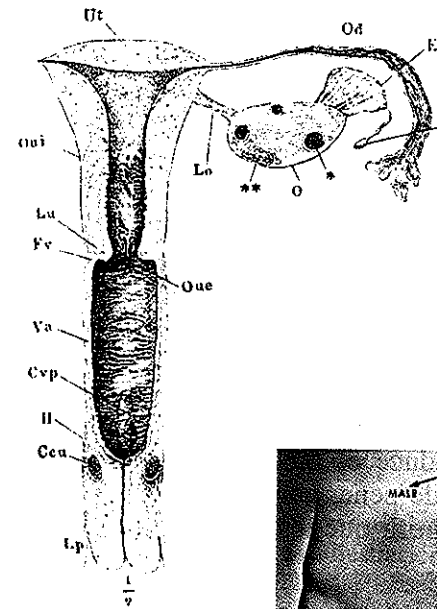
Figs. 26-27. Los sistemas reproductivos masculino y femenino adaptados a partir del *Epitome* de Vesalio, en la obra de Johan Dryander, *Der Gantzen Artzeney Spiegel* (1542). En la figura 26 he sombreado los inexistentes cuernos del útero para demostrar que un dibujo mas exacto sería también mas convincente como ilustración del isomorfismo pene/vagina. El alargamiento de la vagina hasta alcanzar una proporción correcta en relación con el útero lograría el mismo efecto

Por muy grotesco o monstruoso que a algunos comentaristas modernos pudiera parecer el grabado en madera de los genitales femeninos que figuraba en la *Fabrica*, no es increíble ni “falso”. Sus proporciones son más o menos las de los grabados “exactos” del siglo XIX (fig. 28) o de las ilustraciones de un texto moderno (fig. 29), aunque éstas desde luego no estén destinadas a ilustrar el isomorfismo entre los órganos masculinos y femeninos⁴⁶.

Los descubrimientos posteriores llamados a introducir cambios en las leyendas de las ilustraciones son también de importancia menor en la historia del “ver como”. Los *Zeuglin*, o testículos, y *Samadern*, vesículas seminales, no existían en hombres y en mujeres, como afirmaban los rótulos de Dryander; la histología del siglo XIX mostraría que no se desprende nada interesante de la observación de que el útero,

tigos), en alemán se convierte en *Zeuglin*, de *Zeuge* o *Zeugin* (testigo). La otra palabra utilizada en los textos renacentistas alemanes para testículos y ovarios es *Hode*. Nótese también la imagen de ovarios y testículos como productores. *Zeug* significa en alemán material y *erzeugen* es producir. Dryander traduce el latín *puerenda*, que deriva de términos para vergüenza o desgracia, al alemán *Scham* y lo usa para referirse solamente a los genitales externos femeninos. Pero en latín *puerenda* se utilizaba para referirse a “partes privadas”, órganos genitales de ambos sexos (véase Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, pág. 55). En otros textos alemanes *Scham* se refiere a los órganos externos masculinos y femeninos. Véase, por ejemplo, *Wirsung*, *Neues Artzney*, pág. 260, que considera la aparición anormalmente precoz de pelo en torno al *Scham* masculino, como indicación de exceso de calor y, por tanto, de infertilidad. Para *Hode* y *Zeugin*, véase Wilhelm Grimm, *Deutsches Wörterbuch*, Leipzig, S. Hirzes, 1965.

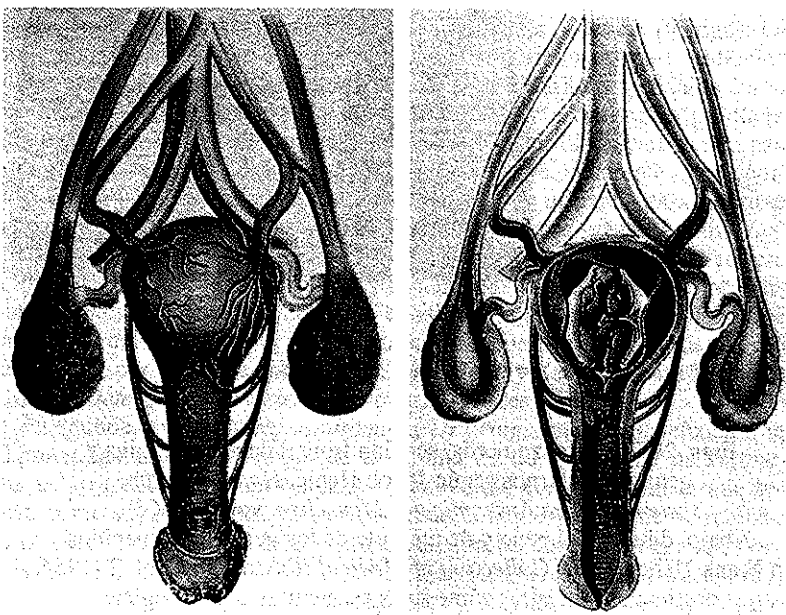
⁴⁶ Saunders y O'Malley, *Anatomical Drawings*, pág. 170, señalan que algunos han tildado el dibujo de la lámina 20 de la *Fabrica* de “monstruoso” o resultado de un “capricho freudiano”, pero explican lo que toman como sus peculiaridades por las prisas con que Vesalio debió realizar la disección concreta de la que procedía. Charles Joseph Singer, *A Short History of Anatomy from the Greeks to Harvey*, Nueva York, Dover, 1957, págs. 119-120, atribuye sus peculiaridades y muchos “errores” de Vesalio en anatomía femenina al hecho de que sólo tuvo oportunidad de hacer la disección a siete mujeres. Como ya he justificado, la imagen de Vesalio no se debe a tales circunstancias, ni tampoco se salen de lo ordinario en ningún sentido.



Figs. 28-29. A la izquierda, sección frontal de útero, vagina y genitales externos según Jakob Henle, *Handbuch der systematischen Anatomie des Menschen*, vol. 2 (1866).

Abajo, dibujos del pene y de un corte de los genitales femeninos en Frank Netter, *CIBA Collection of Medical Illustrations*, vol. 2 (1954), destinados a mostrar cómo unas estructuras embriológicas indiferenciadas acaban por ser masculinas o femeninas. Ambas ilustraciones muestran que las relaciones geométricas entre pene y vagina en los grabados renacentistas no son intrínsecamente inverosímiles

señalado como F en la figura 26, tenga la misma forma que la vejiga masculina, G en la figura 27. Pero esos progresos pierden importancia ante otros hechos que los anatomistas del Renacimiento conocieron y no utilizaron para desacreditar la convención global de las representaciones que veían la anatomía general femenina como versión interior de la masculina. El útero sustenta a los niños, pero el escroto no lo hace; los bebés llegan a través de la vagina y no del pene. ¿Y entonces qué? El órgano de la figura 30, por ejemplo, podría ser la vagina de una mujer o el pene de un hombre. La figura 31 disipa las dudas. Se trata de una vagina, ahora ya lo sabemos, porque lo que podría haber sido un escroto o un útero de hecho contiene un niño. En la popular obra de Walther Ryff, ampliamente traducida, produce el mismo efecto la matriz con su extensión en forma de pene, porque se hace extrañamente transparente para permitir que los lectores vean dentro



Figs. 30-31. A la izquierda, los órganos femeninos de la generación en forma de pene, según Georg Bartisch, *Kunstbuche* (1575). A la derecha, un corte frontal del útero revela su contenido

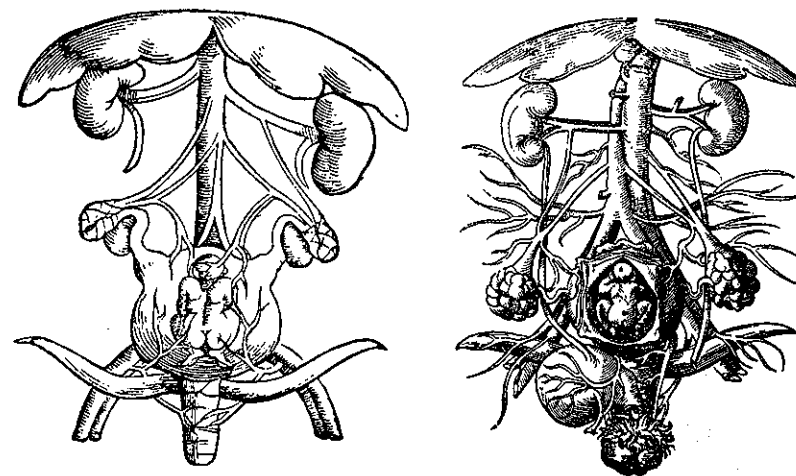


Fig. 32 (izqda.). Los órganos genésicos femeninos según Walther Ryff, *Anathomia* (1541). En esta ilustración y en la siguiente se aprecia que la vagina y el útero se parecerían más al pene y al escroto si se eliminaran los cuernos y se dibujara la vagina en la proporción correcta, esto es, si fueran más exactas.

Fig. 33 (dcha.). Los órganos femeninos de la generación en Jacob Rueff, *Habammenbuch* (1583), publicada en inglés con el título de *The Expert Midwife* (1637); fue muy popular y ampliamente plagiada. Obsérvese a la izquierda que se ha cortado la uretra y que la vejiga se ha desplazado a la derecha de su posición natural, para que podamos mirar por la ventana de la matriz y ver el niño en su interior

un bebé completamente formado (fig. 32). Las figuras 33-34 ilustran una obra de obstetricia bien conocida y a través de una ventanilla recortada en el escroto femenino, o sea, en el útero, muestran un niño completamente formado que da la espalda a los intrusos y a la vagina peniana, a través de la cual pasará.

La historia de la representación de las diferencias anatómicas entre hombre y mujer resulta, por tanto, extraordinariamente independiente de la estructura real de esos órganos o de lo que se conocía sobre ellos. Era la ideología y no la precisión de las observaciones lo que determinaba cómo se veían y cuáles eran las diferencias que importaban.

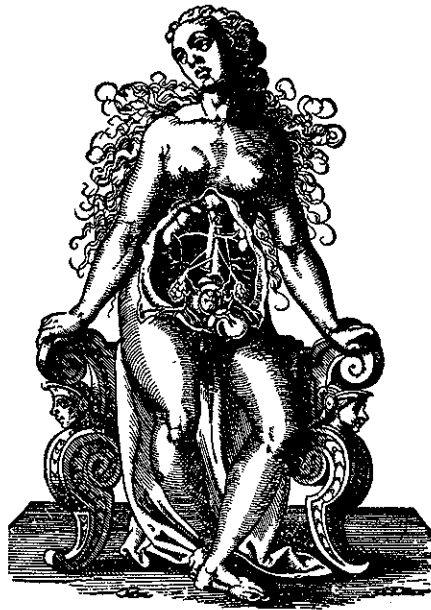


Fig. 34. El útero grávido con su vagina peniana de la fig. 33, *in situ*. La vejiga ha sido desplazada hacia la izquierda y el niño se muestra de perfil.

Ver la diferencia de modo diferente. El “sentido común” del Renacimiento y la observación crítica dirigida contra la visión de la mujer como un hombre al que se ha dado la vuelta hacia dentro, no lograron abrir brecha en el modelo unisexo. Para la imaginación moderna, por ejemplo, son más extraños los argumentos contra la vagina-pene que el propio hecho de que estuvieran asimilados. Al nivel más elemental, el fracaso aparente en encontrar equivalencias entre hombres y mujeres podía superarse por el mismo tipo de ilusiones que de ordinario permitían superar otros fenómenos en la ciencia normal. Excepto en tiempos de crisis revolucionaria, siempre hay una salida. Las mujeres pueden no tener escroto y en realidad sería muy dificultoso encontrar en ellas otras partes del hombre, y a la inversa. Pero esas dificultades, estima Charles Estienne, pueden resolverse en relación con la posición: “Estaréis de acuerdo en que esto es cierto: si giráis la matriz y la sacáis fuera del cuerpo (como dice Galeno), encontraréis los testículos en el exterior, por lo cual, la citada matriz vista

desde la parte externa es un escroto”⁴⁷. Si seguimos sus instrucciones podemos hallar o no lo que nos propone este anatomista, pero estas prácticas hubieran sido del todo irrelevantes en un mundo que hubiera creído en los dos sexos. Ninguna manipulación de las superficies podría convencernos de que viéramos la matriz como escroto, lo mismo que ningún topólogo podría hacernos considerar una taza de té como un toro geométrico, por exquisitos que fueran sus razonamientos, lo cual no concurría en el caso de Estienne.

A la inversa, desde una perspectiva moderna, las observaciones anatómicas realmente importantes que se aducían contra las viejas homologías parecían tan curiosamente periféricas, o incluso obstinadas, que solo servían para sembrar más dudas sobre la empresa global de indagar en los cuerpos signos transculturales de diferencia. El distinguido anatomista inglés Helkiah Crooke arremetía, por ejemplo, contra “cualquier similitud entre el fondo de la matriz invertida [el cervix], y el escroto o *cod* de un hombre”, sobre la base de que la piel del “fondo de la matriz es una membrana gruesa y firme, muy carnosa en el interior”, mientras que “el escroto es una piel rugosa y delgada”. (Esto es cierto, pero no muy decisivo, y no se encuentra entre las diferencias más discutidas que saltan a la mente entre el cervix y la bolsa que contiene los testículos.) La réplica de Crooke a la afirmación de que la vagina es realmente un pene es todavía más asombrosa. “Por mucho que se invierta el cuello de la matriz, nunca se conseguirá el miembro viril”, proclama. ¿Por qué? Porque “de un cuerpo con una cavidad no pueden obtenerse tres cuerpos

⁴⁷ Charles Estienne, *De dissectionibus partium corporis humani* (París, 1545), 3.7, pág. 289. Estienne era vástago de una distinguida familia de impresores y fue anatomista de la corte de Francisco I. Esta obra apareció también en traducción francesa. De acuerdo con Singer, *A Short History*, pág. 102, Estienne disponía de abundantes materiales procedentes de sus disecciones y pretendía haber visto todo cuanto describe. La mayor dificultad anatómica en el experimento intelectual que propone y transcribo es que los testículos femeninos no están adheridos a las trompas de Falopio, que en las ilustraciones renacentistas se interpretan como arterias ovárico/testiculares y como canales deferentes de los testículos.

The Explication of the FIGURES.

All the Parts of the Yard are represented in this TABLE.

FIG. I.
AA. The inner Surface of the Urethra being distended.
B. A Part of the Urethra which makes its way into the Penis.
CC. The Nerve of the Yard.
DD. The two Nervous Bodies of the Yard.

FIG. II.
A. The inner Surface of the Nervous Body spread.
B. The Blackish Part of the said Body.
C. The Nerve of the Yard made bare.

FIG. III.
AAA. The inner Part of the Nervous Body, all the fleshy Substance being taken out of it.
B. The Nerve which goes into the said Body.
CCC. The Artery of the said Body.
DD. The manifest Partum, by Spiegelius described.

FIG. IV.
AAA. Vein running along the Back of the Yard.
BB. Artery.
CC. The Nerve of the Yard.
D. The Nerve of the Yard.

FIG. V. Shows the Muscles of the Yard in their places.
AA. The Parts about the Entrance.
B. The Bottom of the Sheath.
C. The Yard with its Skin Struck off.
DD. The two Nervous Bodies.
E. The Urethra or Pipe.
FF. Two Muscles which widen the Pipe.
GG. Two Muscles which raise the Yard.
H. The Fundament.
I. The Sphincter Muscle of the Fundament.
KK. Two Muscles which draw up the Artery.

The XXIV. TABLE.

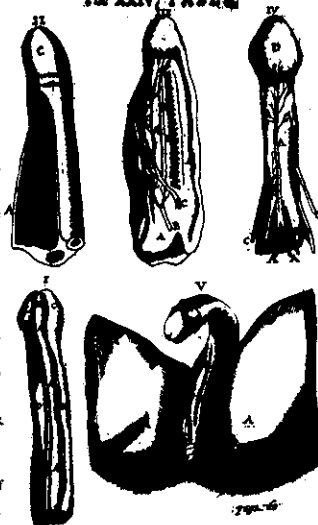


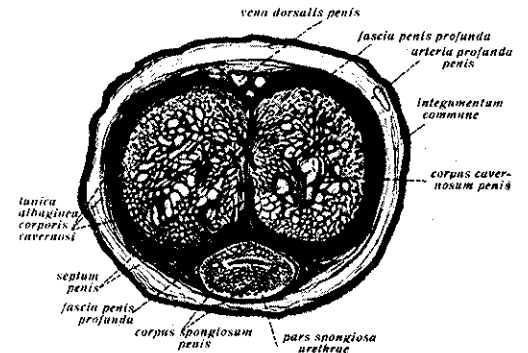
Fig. 35. Tabla 24 de Kaspar Bartholin, *Anatomy* (1668), que muestra “las partes de la verga”. El dibujo de la parte inferior izquierda representa el *corpus spongiosum*, a través del cual pasa la uretra. Arriba, a la izquierda, este paso permanece intacto, mientras que se ha cortado uno de los dos *corpora cavernosa*, los “cuerpos nerviosos” a los que se atribuía la erección: en total son tres los senos

huecos y la verga consta de tres cuerpos cavernosos”, mientras que por lo ya dicho “el cuello de la matriz no tiene más que una cavidad”. (Como muestran las figuras 35-36, Crooke es anatómicamente correcto, por muy extraño que su argumento pueda parecer a una sensibilidad moderna.) Además, “la cavidad de la verga de un hombre no es tan ancha y grande como la del cuello de la matriz”. En definitiva, el pene no es una vagina, bien porque contiene tres cavidades o bien porque no es lo bastante hueco⁴⁸.

Sin embargo, para otros el argumento de la cavernosidad resultaba favorable a la posición contraria, es decir, en apoyo

⁴⁸ Helkiah Crooke, *Microcosmographia: A Description of the Body of Man* (Londres, 1615), pág. 250. Crooke basa estos argumentos en la obra de Gaspard Bauhin y en Andreas Laurentius, de ascendencia judía, profesor de medicina en Montpellier y médico de Enrique IV.

Fig. 36. Corte transversal del pene, según un atlas moderno, que muestra que tal como afirmaba Crooke, el pene contiene tres oquedades



al isomorfismo galénico, o en el peor de los casos, era irrelevante:

Lo que se aprecia a modo de abertura en la entrada de la vulva [vagina] en las mujeres, del mismo modo se hallará en el prepucio de las partes pudendas del hombre, como una especie de excrecencia en torno al orificio. La única diferencia entre ellos es que la cavidad es mucho mayor en la mujer que en el hombre⁴⁹.

Se observa aquí una sensibilidad radicalmente distinta de la de los médicos en el mundo de los dos sexos.

Incluso cuando el contexto cultural más general del modelo unisexo resultaba favorable para criticar el isomorfismo galénico, una tupida red de significados mantenía el ataque limitado a un área muy pequeña, manteniendo seguras las estructuras superiores. Bartholin, por ejemplo, comprendió perfectamente la política sexual galénica. “No debemos pensar”, decía, “con Galeno... y otros, que las partes genitales femeninas difieren de las del Hombre tan sólo en la Situación”, porque hacer eso sería caer víctimas de una trampa ideológica “tendida por quienes consideran que una Mujer es tan sólo un Hombre imperfecto”. Cuando estos autores hablaban de que

⁴⁹ Estienne, *De dissectione*, 3.7, pág. 289.

el “temperamento frío” de la mujer mantenía sus órganos genitales en el interior, no hacían sino encubrir sus prejuicios mediante el lenguaje científico. (Sería interesante conocer cómo y por qué Bartholin desarrolló una crítica tan política y tan astuta.) Pero dejando al margen la política, Bartholin criticaba a Galeno y a sus seguidores por no llevar sus planteamientos hasta el final. ¿El pene femenino era “el cuello de la matriz” o el clítoris? ¿Era la matriz el escroto femenino o formaba parte al menos de la versión en la mujer del “glande de la verga”? Afirmaba también que los conductos espermáticos preparatorios diferían en número, origen y función en hombres y mujeres, y que el varón tenía próstata y la mujer carecía de ella⁵⁰. Por último, las ilustraciones remachaban el clavo. El clítoris se había convertido claramente en el pene femenino, mientras que matriz y vagina eran representadas de forma inequívocamente diferente a un pene (fig. 37).

Pero a pesar de esas críticas bien desarrolladas y meticulosamente formuladas, Bartholin parecía incapaz de trascender las antiguas imágenes que formalmente rechazaba. El orificio, o boca interior de la matriz (el cervix), explicaba, funciona “como el agujero del glande de la verga”, de forma que “nada dañino puede alcanzar el interior”. El “cuello de la matriz” —nótese el uso del término convencional para vagina—

⁵⁰ *Bartholinus' Anatomy*, págs. 62-63. Este libro fue publicado en Inglaterra, quizá por simpatía hacia las ideas igualitaristas de Bartholin, por Nicholas Culpepper y Abadiah Cole. Culpepper fue muy activo en la reforma política de la medicina durante la revolución inglesa; en sus propias obras, sin embargo, explicó las viejas relaciones entre órganos masculinos y femeninos. Sobre el importante papel de Culpepper en la edición de literatura vernácula en desafío a la institución médica, véase Charles Webster, *The Great Instauration: Science, Medicine and Reform, 1626-1660*, Londres, Holmes and Meier, 1975, págs. 268-271. La próstata fue descrita en detalle en fecha tan temprana como 1536 por el veneciano Niccolo Massa. Sus secreciones se emplean en la actualidad para reclamar la similitud esencial de la sexualidad masculina y femenina, debido a que comparten propiedades histoquímicas con las secreciones de las glándulas de Bartholin.

The FIGURES Explained,

The XXVIII TABLE

This TABLE comprehends the breadth of the Womb, the Body of the Clitoris, and the external Female Privy, both in Virgins, and such as are deflowered.

- FIG. I.
 AA. The Bottom of the Womb diffused outwards.
 BB. The Cavity of the Bottom.
 C. The Neck of the Womb.
 D. The Mouth of the Neck in a woman that hath been a child.
 EE. The rugged sides of the Neck cut open.
 FF. The round Ligaments of the Womb cut off.
- FIG. II.
 A. The Nymph or Clitoris taken in its proper Situation.
 B. The Head of the Prepuce.
 C. The left Lip of the Neck of the Bladder near the Eryngy.
 DD. The Prepuce.
 EE. The arms of the Prepuce.
 FF. The Neck of the Womb cut off.
- FIG. III.
 A. The Body of the Clitoris sitting up under the Skin.
 BB. The outer Lips of the Prepuce separated one from another.
 CC. The Ape in wing, and the Nymphs likewise separated.
 D. The Caruncle placed about the Urin-hole (a).
 EE. Two Right Mistle-toes's Productions.
 FF. Membranous Repositions which capitate the Clitoris.
- FIG. IV. Part of the Privy of a Girl.
 a. The Clitoris.
 b. The Lips of the Privy.
 c. The Wings or Nymphs.
 d. The Orifice of the Uterus or Piss-pipe.
 e, f, g. Four Mistle-toes's Caruncles.
 h. The several Caruncles which are divided into two, and parts the Passage of the Piss-pipe.
 i. The Hole of the Hymen or Virginity-skin.
 k. The large Caruncle.
 l. The Fuculentum.



FIG. V. Letter A. Shows the Membrane drawn across the Privy, which some have taken to be the Hymen or Virginity-skin.
 FIG. VI. Shows the Clitoris separated from the Privy.
 A. The top of the Clitoris resembling the Tip of a Man's Nose.
 B. The Eryngy thereof.
 CC. The two Wings of the Clitoris cut off from the prominence of the Hip or Huckle.
 FIG. VII. The Clitoris cut almost adwart, its inward spongy Substance is apparent.

Fig. 37. Tabla 28 de la *Anatomy* de Bartholin, en la que la vagina (I) se muestra con la pared abierta y retirada para subrayar su oquedad interior. Las *pudenda* externas ya no están representadas para que se asemejen al prepucio del pene, y el clítoris (VI y VII) se ha convertido abiertamente en el pene femenino. Venette se apropió de estas imágenes y las reprodujo en su *Art of Conjugal Love* y sus numerosas traducciones

“se hace más largo o más corto, más ancho o estrecho, o se infla de modos diversos de acuerdo con el apetito sexual de la mujer”. Su sustancia “es una carne prieta y nervuda, algo esponjosa, como la de la verga”. En otras palabras, en su imaginación la vagina vuelve a convertirse en pene. Pero también el clítoris, como la vagina, se asemejaba al pene. Es “la verga o cola femenina”, porque “se parece a la verga del hombre en posición, sustancia, composición, contenido en espíritus

y en la erección” y porque “tiene algo que le asemeja al glande y al prepucio de la verga de un hombre”⁵¹. Es evidente que Bartholin era prisionero de una forma de mirar y de ver que le mantenía ligado a las imágenes del sexo único. De hecho, cuanto más miraba, más confusas se le hacían las imágenes, con el problema de ubicar no uno, sino dos penes.

Además, no escapaba a los observadores del Renacimiento que las inversiones topológicas de Galeno conducían a resultados absurdos. Una vez más, nada sucedió. El modelo unisexo absorbió una nueva categoría de análogos. Por ejemplo, Jacques Duval, eminente médico del siglo XVII, interpretó con bastante precisión el experimento teórico de Galeno y concluyó que “si imaginamos la vulva completamente vuelta hacia el exterior... tendremos ante nosotros como una botella de boca ancha colgando de una mujer, una botella en la que sería la boca y no la base la que mantendría contacto con el cuerpo”⁵².

Esta botella, por tanto, “carecería de semejanza con lo que habíamos imaginado”. Para algunos, sin embargo, una botella con apariencia de vagina y matriz colgando por su boca se parecería a un pene o un escroto lo suficiente como para servir de base a una metáfora descriptiva. William Harvey, descubridor de la circulación de la sangre, describía un útero en prolapsos como “tan grueso y rugoso que tomaría la apariencia del escroto”; cuelga, dice unos párrafos después, “como el escroto de un toro”⁵³.

Cuando Rabelais describe la forma en que iba vestido

⁵¹ *Bartholinus' Anatomy*, págs. 71-72.

⁵² Jacques Duval, *Traité des hermaphrodites*, Ruán, 1612; reimpresso en París, 1880, págs. 342-349. Entiende por *vulva* lo que nosotros llamamos vulva, vagina y cervix, incluidos *corpus* y *fundus* del útero. Ésta es una reminiscencia del uso clásico de *vulva* para significar lo que llamamos útero, con sus partes exteriores, tal como en Celso, *De medicina*, trad. W. G. Spencer, Londres, Heineman, 1935, 4.1.12, págs. 14-15. Me confunde la referencia de Duval a Aristóteles en lugar de a Galeno como autor del ejercicio de inversión.

⁵³ William Harvey, “On parturition”, en *The Works of William Harvey*, Londres, 1847, págs. 537-538.

Gargantúa también difumina la distinción entre la matriz o, como en los versos de George Gascoigne citados más adelante, un niño en pañales, por una parte, y por otra, la bragueta, que cobija al pene y el escroto⁵⁴. En realidad se dice que las esmeraldas del tamaño de naranjas que adornan la bragueta de Gargantúa son apropiadas porque “esta fruta tiene virtudes erectivas”. Más tarde, la bragueta se compara con un cuerno de la abundancia finamente bordado y enjorado, como el que Rhea dió a las ninfas que alimentaron a Júpiter. Al tiempo que promete más detalles sobre *la dignidad de las braguetas* en su próximo libro, dice el narrador que “siempre es valiente, succulento y húmedo, siempre florece y fructifica, lleno de humores, flores y frutos, repleto de toda suerte de delicias”⁵⁵. La bragueta parece haberse transformado, en resumen, en la matriz, lo cual no es tan extraño habida cuenta de la antigua noción del útero como vientre y el tardío sentido medieval de la bolsa como vientre o saco. (En *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer, Pardoner, el vendedor de indulgencias, proclama: “¡Oh matriz! ¡Oh vientre! ¡Oh maloliente bolsa!”)

Además, la matriz que parecía a Duval una botella colgando por el cuello, lo que la descalificaba como pene invertido, es la forma precisa de la bragueta, signo fálico notorio en la ropa cuyas representaciones visuales al propio tiempo distan mucho de tener dicho carácter (figs. 38-39). Como la botella de Duval, la bragueta tendía a ser más ancha en el extremo que en la base, redondeada antes que aguda, y decorada con galones. En el retrato de un joven aristócrata desconocido (fig. 40) subsiste la ambigüedad de si la flor de compromiso que sostiene alude al poder genésico que se espera

⁵⁴ El *cod* era literalmente el escroto, de modo que el *codpiece* (también bragueta) sería la bolsa que contiene los testículos. *Codpiece* podría ser también un apéndice del atavío femenino que se llevaba en el pecho.

⁵⁵ François Rabelais, *La vie très horrique du grand Gargantua, père de Pantagruel*, París, Gallimard, 1955; [versión castellana de Teresa Suero y José M. Claramunda, *Gargantúa y Pantagruel*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989]. Véase *Oxford English Dictionary* para “cod”.

de su pene o a la estructura uterina del acolchado⁵⁶. En verdad, la bragueta parece guardar un notable parecido no sólo con un útero en prolapsos sino con un bebé con sus pañales.

Y de este modo se cierra el círculo iniciado en Galeno, con la matriz como pene nonato y con el tropo renacentista del órgano masculino como un niño. Ésta es "La canción de cuna de un amante", de Gascoigne:

Con esta canción de cuna, mi buen amigo,
Descansa, pajarillo mío...
Con esta canción de cuna abandónate al reposo,
Con esta canción de cuna engaña a tus sueños,
Y cuando te levantes con el ojo despierto,
Recuerda esta canción de cuna⁵⁷.

El argumento de Duval se vuelve así sobre sí mismo y de un modo curioso apoya aquello contra lo que se dirigía. Apremiar la oposición entre los órganos antes del siglo XVIII era mucho más difícil de lo que más tarde podría parecer.

El lenguaje de la diferencia y de la identidad. Deseo pasar ahora de las imágenes a las palabras. La ausencia de una nomenclatura anatómica precisa para los genitales femeninos y para el sistema reproductor en general es el equivalente lingüístico a la propensión a *ver* el cuerpo femenino como una versión del masculino. Ambos aspectos atestiguan no la ceguera, falta de atención o confusión de los anatomistas del Renacimiento, sino la ausencia de la necesidad de crear categorías biológicas inconmensurables del hombre y la mujer a través de imágenes o palabras. El lenguaje obligaba a la visión de los opuestos y mantenía el cuerpo masculino como forma canónica humana. A la inversa, el hecho de que se con-

⁵⁶ El clavel era "generalmente reconocido en la pintura del norte de Europa en los siglos XV y XVI como prueba de esponsales". Metropolitan Museum of Art Exhibition Catalogue, *Liechtenstein: The Princely Collections*, Nueva York, 1985, pág. 239.

⁵⁷ Agradezco a Paul Alpers el poema de Gascoigne.



Figs. 38-39. Jacobo Pontorno, *Albadiere* (1529-30). En estas reproducciones (ampliación de la derecha), la bragueta se parece mucho a la botella de Jacques Duval



Fig. 40. Detalle del *Retrato de un joven ante un amplio paisaje*, anónimo alemán pintado en torno a 1530, en el que la bragueta es una especie de paquete para el pene. El muchacho sostiene la flor en la mano derecha; en el cuadro, la flor propiamente dicha está a la derecha de su miembro

siderara un sexo único hacía que las palabras para las partes femeninas se refirieran en último extremo a los órganos masculinos. En cierto sentido, no existía una anatomía femenina de la reproducción y de aquí que los términos modernos que se refieren a ella —vagina, útero, vulva, labios, trompas de Falopio, clítoris— carezcan de equivalentes renacentistas. (En mi opinión, la anatomía, en mayor medida que la física, constituye el caso paradigmático de la tesis de Thomas Kuhn, según la cual sólo se puede producir el tránsito de una teoría a otra mediante el caos de una revolución.)

En la mayor parte de los idiomas siempre ha habido, desde luego, una amplia elaboración metafórica de los términos que designan órganos o funciones atrevidos o vergonzosos. (Cuando los adolescentes actuales hablan de “getting a piece of ass” no se refieren al ano.) Hasta finales del siglo XVII, sin embargo, a menudo es imposible determinar en los textos médicos a qué parte de la anatomía reproductora femenina se aplica un término concreto⁵⁸.

“Poco importa”, dice Colombo, quizá con más perspicacia que conocimiento de causa, “si lo llamáis matriz, útero o vulva”⁵⁹. Y tampoco parece importar dónde acaba una parte y comienza otra. No le interesa distinguir el verdadero cervix —la “boca de la matriz (*os matricis*)”, que desde el exterior “ofrece a vuestros ojos... la imagen de una tenca o de un perro

⁵⁸ No he estudiado a fondo la nomenclatura para la anatomía reproductora masculina y no conozco ningún estudio general sobre el tema. Existen muchas palabras diferentes para pene, testículo o escroto, pero según mi interpretación los referentes a esos términos carecen de ambigüedad. Quizá sea éste el correlato lingüístico del “telos” en general: el cuerpo masculino es estable, mientras el femenino es más abierto y lábil.

⁵⁹ Colombo, *Anatomica*, pág. 143. No se practican tales excursos metafóricos en cuanto a los órganos masculinos. *Bartholinus' Anatomy*, página 65 (cap. 28, “De la matriz en general”), dedica un párrafo a explicar que para Plinio *vulva* significa concretamente la matriz de la cerda, “plato delicado” para los romanos, pero que en otros autores, como Celso, se usa para designar la matriz de cualquier animal. Bartholin especula con que *vulva* sea una corrupción de *bulga*, que significa saco, pero se refiere también al “saco o mochila que cuelga del brazo de un hombre”.

que acaba de ver la luz”, que en el coito se “dilata con extremo placer”, y que “se abre en el momento en que la mujer emite su semilla”— de lo que llamaríamos la vagina, “esa parte en que el pene (*mentula*) se inserta, como si lo hiciera en una funda (*vagina*)”⁶⁰. (Nótese el empleo metafórico de “vagina”, la palabra latina habitual para vaina o funda, que de otro modo nunca se hubiera usado para el fin que hoy se aplica.) Pero no ofrece término alguno para “nuestra” vagina, describe los labios menores como “protuberancias (*processus*), que emergen del útero cerca de esa abertura que se llama la boca de la matriz”, y llama al clítoris, cuyas cualidades eréctil y erógena ensalza, “esa misma parte del útero” (*hanc eadem uteri partem*)⁶¹. La precisión que Colombo pretendía introducir al llamar al cervix la verdadera “boca de la matriz” se desvanece en tanto que la abertura vaginal se convierte en la boca de la matriz y el clítoris en una de sus partes. Simplemente no existe el lenguaje, o no hace falta que exista, para distinguir los órganos masculinos de los femeninos. Se aprecia este mismo tipo de tensión en otros anatomistas. Falopio está ansioso por diferenciar el cervix propiamente dicho de la vagina, pero carece de un nombre más específico que “las partes pudendas femeninas”, partes de una “cavidad” (*sinus*) general. Las trompas de Falopio, tal como él las describe, no son los conductos que llevan los huevos desde los ovarios hasta la matriz, sino protuberancias gemelas de tendones (*nervei*) que penetran en el peritoneo, son huecas y carecen de abertura hacia el útero. Falopio permaneció vinculado al sistema centrado en el hombre y a pesar de su retórica revolucionaria asumió el tó-

⁶⁰ Colombo, *Anatomica*, pág. 445. En la Antigüedad, *mentula* fue una palabra obscena para pene (Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, pág. 9), pero se convirtió en término habitual en el Renacimiento. *Vagina* no se usaba en latín en su sentido moderno, sino que se refería a un tubo o vaina, normalmente la de la espada. Parece haberse usado en tono cómico para “ano” (Adams, págs. 20, 115).

⁶¹ Colombo, *Anatomica*, págs. 447-448. Colombo, como otros anatomistas del Renacimiento, se refiere a los ovarios como testículos ligeramente más grandes y firmes que los del hombre, instalados en el interior en vez de colgantes.

pico de que “todas las partes que están en los hombres se encuentran presentes en las mujeres”⁶². Y si no lo estuvieran podría suceder que las mujeres no fueran humanas.

Gaspard Bauhin (1560-1624), profesor de anatomía y botánica en Basilea, también intentó clarificar la nomenclatura, pero tampoco le sonrió el éxito. La tentación de ver todos los órganos genitales en relación con el hombre estaba demasiado arraigada en el lenguaje. “Todo lo que atañe a los órganos genitales femeninos está comprendido en el término ‘de naturaleza’ (*physeos*)”, manifiesta, para informar después a sus lectores de que algunos escritores antiguos también llamaban *physeos* a los genitales masculinos. Entre las palabras que designan los labios, cita el griego *mutocheila*, que significa hocico, con sus conexiones fálicas, o traducido de modo más explícito, “los labios del pene”⁶³. Encaja esto a su vez con la habitual confusión de los labios con el prepucio, que se remonta al menos al autor árabe del siglo X que afirma que el interior de la vagina —curiosa descripción— “posee prolongaciones de piel a las que se llama labios”, que son “el análogo del prepucio en los hombres y cuya función es proteger la matriz del aire frío”⁶⁴. Según Mondino, los labios guardan

⁶² Falopio, *Observationes*, págs. 193, 195-196. Basa la distinción en lo que toma por el uso de Sorano y Galeno, dice, quienes se refieren a la vagina como un *kolpos* femenino, distinguiéndola de la verdadera cervix. Realmente no son tan consistentes. Singer, *A Short History*, pág. 143, afirma que Falopio fue el primero en usar el término *vagina* en el sentido moderno, pero yo no he encontrado ese uso. Falopio no ofrece justificación teórica a la función de sus “trompas”, pero observa que no alcanzan los ovarios, los cuales a su vez no producen semen.

⁶³ Gaspard Bauhin, *Anatomes* (Basilea, 1591-92), 1.12, págs. 101-102. *Porcus* (cerdo) era al parecer una expresión romana de nodrizas para las partes pudendas femeninas de las chicas (Adams, p. 82). Quizá la alusión se deba a la semejanza observada entre la parte en cuestión y el extremo del hocico del cerdo.

⁶⁴ Jacquart y Thomasset, *Sexuality*, pág. 34, citando a al-Kunna al-Maliki. Al haber consultado la edición francesa de esta obra, no estoy en condiciones de afirmar cuál es la palabra árabe traducida como *clitoris*. Pero los autores ofrecen *labios* como traducción alternativa y en el contexto queda claro que el referente son los labios menores.

el “cuello de la matriz” del mismo modo que “la piel del prepucio protege el pene”, por lo que “Haly Abbas les llamó *praputia matricis* [¿prepucio del útero, de la vagina?]]”⁶⁵. Berengario hace simplemente uso de la palabra *nymphae* para referirse tanto al prepucio de la verga como al de la vagina, o dicho de otro modo, a los labios menores⁶⁶. (Cuando aparece un nuevo pene femenino, los labios se convierten también en su prepucio. De este modo, John Pechy, popular autor inglés durante la Restauración, describe “la rugosa producción membranosa que envuelve el clítoris [no la vagina] como un prepucio”)⁶⁷.

Gran parte de la controversia sobre quién descubrió el clítoris procede sin duda de la imprecisión de los límites metafóricos y lingüísticos, consecuencia de un modelo de la diferencia sexual en el que no interesaban los nombres inequívocos para los genitales femeninos. Ofreceré aquí un solo ejemplo. Cuando en 1548, antes de que Colombo publicara, Thomas Vicary explicaba que la vulva “presentaba en su parte media un panículo muscular, llamado en latín *Tentigo*”, da la impresión de que la referencia carece de ambigüedad. Además, en el inglés de principios del siglo XVII *tentigo* significa “tensión o deseo carnal, ataque de priapismo, erección”. No caben muchas dudas de que la estructura en cuestión es el pene femenino, el clítoris. Pero cuando Vicary se refiere a las funciones de esta parte, sus “dos utilidades”, parece referirse

⁶⁵ *The Anatomy of Mundinus*, en Singer, ed., *Fasciculo*, pág. 10 y n. 64. [Mondino fue publicado en España en el siglo XVI: Mondino dei Luzzi, *Mundinus de anathomia*, Salamanca, 1540.]

⁶⁶ Berengario, *Isagoge brevis*: “al final del cervix se aprecian unas pielecillas adosadas a los lados, que se llaman prepucios” (pág. 78); y al referirse al pene, “cierta piel suave rodea el glande; se le llama prepucio” (pág. 72). Josef Hyrtl, *Onomatologia Anatomica: Geschichte und Kritik der anatomischen Sprache der Gegenwart* (Viena, 1880), da “*nymphae*” como sinónimo de labios y prepucio; véase la entrada “*nymphae und myrtiformis*”.

⁶⁷ John Pechy, *The Complete Midwives Practice Enlarged*, Londres, 1698, 5.^a ed., pág. 49, y *A General Treatise of the Diseases of Maids, Bigbellied Women* (1696), pág. 60.

a un órgano completamente diferente. No hace mención del placer. "La primera [utilidad] es que por ahí brota la orina, sin que se extienda a toda la vulva: La segunda es que cuando una mujer abre los muslos, se altera el aire que entra en la matriz para atemperar el calor." El nombre que nos había llevado a esperar que se tratara del pene femenino, se convierte a fin de cuentas en una especie de vulgares solapas, en un prepucio femenino de doble uso⁶⁸. Resulta imposible saber qué quería decir Vicary, salvar el abismo que separa su mundo del nuestro.

Una tupida red de palabras, como la constelación de imágenes presentada en las secciones anteriores, hacía pensar en una teoría de la diferencia sexual y de este modo sostenía el modelo de sexo único frente a comprobaciones más generales. Tanto en los textos como en las imágenes había una especie de insistencia obsesiva, un movimiento constante en círculo que siempre volvía al hombre como norma. Un carácter casi defensivo sugiere que la política implícita del género podía haber originado la insistencia de los textos en que realmente y después de todo no existían las mujeres.

LA VERDAD DEL MODELO DE SEXO ÚNICO

Como ya dije, ciertas partes del modelo de una carne estaban abiertas en principio a la verificación empírica y, por tanto, también al falseamiento. Permaneció, sin embargo, sin mayores comprobaciones no sólo por las razones ya mencionadas, sino también porque estaba entretejido en toda una ur-

⁶⁸ Vicary, *Anatomy*, pág. 77. Albucasis usa *tentigo* en su *Chirurgia*, 2.71; véase Hyrtl, *Onomatologia*, entrada "clitoris"; Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, págs. 103-104, y *Oxford English Dictionary*, entrada "tentigo". En el siglo XVII, *tentigo* significa clitoris con bastante precisión. Véase, por ejemplo, la tesis de André Homberg, defendida en Jena, *De tentigine, seu excrescentia clitoridis* (1671), listada como referencia en la amplia entrada "clitoris" en *Dictionnaire des sciences medicales* (París, 1813), vol. 5.

dimbre de interpretaciones, prácticas clínicas y experiencias cotidianas que lo protegían del riesgo de lo que podríamos considerar pruebas contrarias.

Orgasmo y concepción. No puede sorprender que hombres y mujeres pensaran que existía un correlato fenomenológico de un proceso tan asombroso y misterioso como la concepción. (En la imaginación de muchas personas subsiste todavía una vinculación entre orgasmo y concepción.) Por otra parte, tampoco es difícil probar que las mujeres conciben frecuentemente sin orgasmo. Por cierto número de razones, sin embargo, la vieja idea sobrevivió. Es muy difícil reunir pruebas sistemáticas en esta materia e incluso si se hubiera preguntado a las mujeres es más que probable que hubieran respondido siguiendo los dictados de la tradición. Hubieran recordado mal la noche de la concepción o hubieran traicionado sus sentimientos, porque no es demasiado fácil descartar una concepción sin orgasmo como mera anomalía, o simplemente muchos meses después pueden haberse olvidado las circunstancias de la concepción, en especial cuando actuar de otra manera hubiera significado enfrentarse con el saber constituido. En resumen, la experiencia se cuenta y se recuerda de forma que sea congruente con los paradigmas dominantes.

A nivel más técnico, no era difícil refutar o dar de lado los hechos molestos. Aristóteles, por ejemplo, era presa fácil. Su propia máxima según la cual "la naturaleza nunca hace nada sin propósito y nunca deja de hacer lo que es necesario" se volvía con frecuencia contra él⁶⁹. Puesto que las mujeres poseen órganos parecidos a los testículos masculinos y dado que es evidente que experimentan el orgasmo sexual —"observan el mismo placer y conmoción que los varones"—, no parecía que hubiera razón para negarles un papel tan activo en la generación humana como el de los hombres. "¿Por qué deberíamos suponer que la Naturaleza, en contra de sus hábi-

⁶⁹ Aristóteles, *De anima*, 3.9.432b21; o "Dios y la naturaleza no crean nada en vano", en *De caelo*, 1.4.271a33.

tos, abundara en superfluidades y en partes inútiles?”, se pregunta retóricamente el médico progresista de Oxford, Nathaniel Highmore⁷⁰. O como planteara Lemnius en 1557 en un símil que alcanzaría resonancia dentro de una sociedad crecientemente comercial, el vientre de una mujer “no se alquila simplemente por los hombres, como fletan éstos barcos mercantes para transportar sus mercancías”. E incluso si —lo cual negaba— el semen femenino no tuviera otra misión “sino la de excitar, mover y conducir a la mujer hacia el placer”, sería muy importante, porque sin el “deseo y el apetito vehementes y ardientes” hacia la unión carnal, ni hombres ni mujeres seguirían el mandato divino de crecer y multiplicarse. Así, el hecho de que las mujeres tuvieran gónadas como los hombres, que experimentaran deseos sexuales, que produjeran regularmente fluidos durante las relaciones sexuales y que mostraran signos verosímiles de “placer y estremecimiento”, todo ello confirmaba el vínculo orgasmo/concepción que Aristóteles trataba de negar, al menos como filósofo⁷¹.

A decir verdad, el semen que producían las mujeres no se parecía al eyaculado del hombre, pero eso era precisamente lo que había esperar. En primer lugar, una cosa no tiene por qué parecerse a otra para ser lo mismo, como sucede con el pan y el vino en la comunión. En forma más prosaica, el modelo galénico de sexos ordenados jerárquicamente hubiera previsto diferencias en la calidad de ambos fluidos. El propio patriarcado se basaba en el hecho de que cuando “por la ac-

⁷⁰ Nathaniel Highmore, *The History of Generation*, Londres, 1651, págs. 84-85.

⁷¹ Levin Lemne, *The Secret Miracles*, págs. 8-9. Hablando en general, Aristóteles estaba un tanto desacreditado. Como dice Jerome Bylebyl, el siglo XVI fue “la época dorada del galenismo” (“School of Padua”, página 340). Ian MacLean, *The Renaissance Notion of Woman*, Cambridge, University Press, 1980, se muestra de acuerdo con esta afirmación en su examen de las teorías específicas de la generación. Pero Aristóteles, pese a que en ciertos círculos era el representante más importante de un saber escolástico pasado de moda, seguía siendo influyente y valía la pena criticarle.

ción y el frotamiento de los testículos o de las piedras”, la sangre se convertía en esperma, el del hombre era “cálido, blanco y espeso”, mientras que el de la mujer sería “más delgado, más frío y más débil”⁷².

La asociación entre el calor (orgasmo) y la concepción fue también profundamente entrelazada en la práctica y la teoría médica en general. Como hemos visto, el modelo de una carne y el papel del orgasmo en el mismo se enmarca en la economía corporal de los fluidos en general y repercute en toda la estructura de la medicina galénico-hipocrática. La experiencia de los pacientes la confirmaría, habida cuenta su propensión a creer en la eficacia de sus sanadores, por muy ridículos que pudieran llegar a ser.

Pero el calor, y en concreto el orgasmo, formaban parte de una terapéutica más prosaica de la infertilidad, la amenorrea y estados relacionados, por no hablar de disfunciones sexuales cuyas causas fisiológicas coinciden. Al consultar a un médico, cirujano, comadrona o cualquier otro sanador, acerca de estos problemas y en especial sobre la esterilidad, hubiera aquél sospechado de inmediato de una patología calórica. Y puesto que los estudios estadísticos de la concepción se han emprendido sólo recientemente y dado que existe una aceptable probabilidad de que se cure la infertilidad sin ninguna acción terapéutica, parece probable que los consejos que los sanadores del Renacimiento pudieran dar a sus pacientes, relativos al calor y al placer sexual, alcanzaran suficientes éxitos como para confirmar el modelo en el cual se basaban⁷³.

⁷² Vicary, *The English Man's Treasure*, Londres, 1586, pág. 55. Se trata de una versión de su *Anatomy* de 1548.

⁷³ Sherman J. Silber, *How to Get Pregnant*, Nueva York, Scribners, 1980, además de dar una explicación útil para el profano de las estadísticas de la fertilización, afirma que la mitad de las mujeres casadas que no han quedado embarazadas después de un año de intentarlo, vienen a estarlo durante los seis meses siguientes sin intervención terapéutica. Sucede, por tanto, que una palmadita en la espalda parecería eficaz para la mitad de la población supuestamente infértil. Es abundante la literatura que apoya la opinión de que esto sucede en una elevada proporción de ca-

Incluso se sospechaba que algunos defectos anatómicos podían considerarse dañinos por su efecto sobre el placer. Si, como se pensaba, el cuerpo generador “agita” el semen durante el coito, en ese caso las irregularidades en el contacto físico real contarían entre las primeras posibilidades que los médicos deberían investigar en pacientes que les consultaran acerca de la infertilidad⁷⁴. Si el pene no frota de modo adecuado, uno o los dos componentes de la pareja puede no alcanzar el orgasmo y, por tanto, no producir semilla. Manifiesta Falopio que un pene con el prepucio malformado debe corregirse no por razones cosméticas, sino porque puede estar falto de “lubricación natural”; la “lubricidad” es necesaria para el placer sexual y “cuando mayor es el placer, la mujer emite su semilla y el material adecuado para la formación del feto y la producción de membranas”⁷⁵. Sin prepucio, la fricción es menor, no hay orgasmo femenino y sí esterilidad. Un pene demasiado corto podría alcanzar el mismo resultado negativo por idéntica razón: incapacidad para satisfacer a la mujer. (Avicena fue una autoridad en esta materia.) También un miembro largo en exceso podría disminuir el placer feme-

—
sos. [Traducción castellana de Alberto A. Argüelles Lozano, *Cómo quedar embarazada*, Madrid, Importécnica, 1984.]

⁷⁴ René Bretonnayan, *La generation de l'homme et le temple de l'ame* (París, 1583), sección titulada “De la concepción y la esterilidad”. En este y en todos mis textos, el placer se refiere a la relación heterosexual procreativa. Aunque los manuales que he consultado pueden haber sido usados también como guías para el placer sexual por sí mismo, todos se expresan en términos de procreación. Muchas de esas obras subrayan también que los defectos que hacen imposible la concepción —atresia de la vagina, ausencia de matriz, malformación del pene— no interfieren necesariamente con el placer.

⁷⁵ Gabriello Falopio, *De decoratione en Opuscula* (Padua, 1566), página 49, “De praeputii brevitare corrigenda”. Esta obra y otras muchas, a excepción de las *Observaciones anatómicas* (1561), fueron escritas probablemente por alumnos de Falopio u otras personas que aprovecharon su nombre. Dice este texto que Dios ordenó la circuncisión de los judíos para que pudieran concentrarse en su servicio antes que en los placeres de la carne. La idea de que la circuncisión disminuye el placer y, por tanto, la posibilidad de la concepción está bastante extendida.

nino, aunque un médico alemán del siglo XVI se mostraba escéptico al respecto: “Quizá hayáis oído demasiadas quejas en cuanto a que el pene sea demasiado largo”, dice, “pero yo os digo que cuanto más crece la hierba, mejor”⁷⁶.

Pero el calor genital procedente del rozamiento de ambas partes se interpretaba de hecho como parte de una economía calórica más general, puesto que el semen se integraba en un amplio comercio de fluidos fungibles. De este modo, el exceso de calor, considerado causante de las poluciones nocturnas o de la eyaculación precoz, podía evitarse eliminando las comidas muy especiadas, suprimiendo las “imágenes de la mujer deseada” o no durmiendo mucho tiempo sobre la espalda (porque dormir sobre la espalda recalienta los riñones, lo cual aumenta la producción excrementicia en general y en consecuencia también la del semen)⁷⁷.

Estos asuntos eran serios. En una sociedad en la que uno de cada cinco niños moría antes de cumplir un año, y en la que incluso las familias prósperas podían considerarse afortunadas si alcanzaban a reproducirse, cualquier pérdida de semen era asunto de grave patetismo. Cuenta un médico francés que un hombre fue a verle en marzo de 1694 porque “en cuanto se sentía inclinado a aproximarse a su esposa, la emisión seguía a la erección de forma tan rápida que no daba margen a la penetración. Esto le impedía tener hijos y como sólo le quedaba uno de los varios que había tenido, temía quedarse sin descendencia”. De la Motte le recetó medicinas refrescantes y le aconsejó que se abstuviera de vinos, salsas y otros alimentos calientes. Su estado mejoró, pero su mujer siguió estéril “pese a ser muy joven”⁷⁸.

El problema de un calor excesivo en las mujeres formó también parte de todo diagnóstico diferencial de las causas de

⁷⁶ Lorenz Fries, *Spiegel*, pág. 129; Avicena, *Canon*, 3.20.1.44.

⁷⁷ Tomo este ejemplo de Wirsung, *Neues Artzney*, pág. 258.

⁷⁸ Guillaume de la Motte, *Traité des accouchements*, en J. Gélis, *Accoucheur de campagne sous le Roi-Soleil*, París, Imago, 1989. Se identifica como cirujano y comadrón en Valognes, pequeña ciudad en el noroeste de Francia.

infertilidad en la época renacentista. El exceso de deseo; el pelo rizado, negro y abundante (en los hombres el cabello era signo de virilidad y valor, pero también del calor vital que surgía en la adolescencia y les distinguía en último extremo de las mujeres); la brevedad o ausencia de las reglas (el cuerpo caliente quemaba el exceso de materiales que en mujeres normales se eliminaba con la menstruación), etcétera, todo ello indicaba un problema de excesiva calidez que llegaba a quemar la semilla. En estas situaciones era obligado el recurso a remedios fríos⁷⁹.

La insuficiencia de calor, sin embargo, apareció con más frecuencia en la literatura que el exceso del mismo. La ausencia de deseo sexual en hombres, y con variantes menores también en mujeres, podía curarse frotando los riñones con remedios caloríferos o bien manteniendo conversaciones lascivas; otros medicamentos, la coquetería y más charla podían curar un “defecto de espíritu”, la incapacidad de tener una erección pese a la existencia del deseo. En mujeres, el rechazo o la falta de disposición “a los placeres entre sábanas legítimas”, especialmente cuando iba acompañado de pulso débil, poca sed u orina escasa, “nulo placer y deleite” durante el coito, vello púbico ralo y otros signos similares, eran indicadores diagnósticos importantes de frialdad excesiva en sus testículos y, por tanto, de calor insuficiente para poner a punto su semilla. Como manifestó Jacob Rueff al plantear el problema de la frigidez, “la fecundidad del marido y de la esposa

⁷⁹ Todo esto son lugares comunes, pero hay una discusión particularmente rigurosa sobre el problema del calor y la esterilidad en Trotula de Salerno, *The Diseases of Women*, ed. Elizabeth Mason-Fuהל (Los Angeles: Ward Richtie Press, 1940), págs. 16-19. Con toda probabilidad este texto no pertenece a la sanadora llamada Trotula, a quien normalmente se atribuye. Pero estuvo entre las obras medievales de ginecología de mayor circulación (Chaucer la cita), fue traducida durante el Renacimiento a varias lenguas romances y fue incluida en las numerosas ediciones de la voluminosa enciclopedia de ginecología de Caspar Woolf (que apareció por vez primera en 1566). Véase John Benton, “Trotula, Women’s Problems, and the Professionalization of Medicine in the Middle Ages”, *Bulletin of the History of Medicine*, 59 (primavera 1985), 30-54.

pueden resentirse grandemente de la falta de deseo de relacionarse con Venus”⁸⁰.

El deseo era, por tanto, signo de calidez y el orgasmo lo era de su suficiencia para asegurar la “generación durante la cópula”. La charla y la provocación se consideraban un buen comienzo para producir el calor suficiente en las mujeres⁸¹. Había que “prepararlas para los dulces abrazos con palabras lascivas entremezcladas con besos lujuriosos”, porque si “el hombre es rápido y la mujer demasiado lenta, no habrá coincidencia de ambas semillas en el mismo instante, como requieren las reglas de la concepción”⁸². (Los hombres siempre presumen de excitarse antes que las mujeres.) Ambroise Paré, eminente cirujano en su época, inicia su tantas veces traducido informe sobre la generación subrayando la importancia del coqueteo, las caricias y la excitación. (Su mensaje está claramente dirigido a los hombres.) Según su explicación, los hombres deben, literalmente, hacer que brote la semilla femenina. Cuando un hombre entra en la cámara de su esposa, “debe divertirla con toda suerte de juegos amorosos, observar una conducta libertina y atraerla hacia el campo venéreo”. Si aprecia que ella va “lenta y se mantiene fría debe acariciarla, abrazarla y hacerle cosquillas”; debería “deslizarse” en el

⁸⁰ Una de las discusiones más completas de la fisiología y tratamiento clínico de la esterilidad se encuentra en Lazarus Riverius, *The Practice of Physick* (Londres, 1672), págs. 502-509. Mas en general, véase Nicholas Fontanus, *The Woman’s Doctour* (Londres, 1652), págs. 128-137; Leonard Sowerby, *The Ladies Dispensatory* (Londres, 1652), págs. 139-140, para materiales que “provocan la erección de la verga”; Jacob Rueff, *The Expert Midwife* (Londres, 1637), pág. 55.

⁸¹ No he encontrado nada sobre el uso de la conversación lasciva de las mujeres para influir en los hombres, pero en general la impotencia masculina y la incapacidad para engendrar un niño se tratan farmacológicamente —en ocasiones mágicamente— en los folletos y tratados que he consultado, de forma muy similar a como se considera el problema en mujeres.

⁸² John Sadler, *The Sicke Woman’s Private Looking Glass* (Londres, 1636), pág. 118. Dado que los consejos que Sadler ofrece en inglés son explícitos por completo, resulta curioso que la frase que dedica a los juegos preliminares sea en latín: “Mulier praeparari ac disponi debet molli complexu, lascivis verbis oscular lasciviora miscenda.”

“campo de la Naturaleza”, alternando “besos lascivos con palabras y frases excitantes”, y acariciar sus “partes secretas y sus pezones hasta que ella se sienta estimulada e inflamada en deseo carnal”. El ritmo y la oportunidad son muy importantes y aconseja que si las dos semillas deben concurrir a un tiempo, el hombre debe ser sabedor de que su pareja puede “no ser tan rápida como él en alcanzar ese punto”; y tampoco debe dejar a la mujer demasiado pronto después del orgasmo “para que el aire no entre en la matriz” y enfríe las semillas recién depositadas⁸³.

Si fallaba todo esto, la farmacopea renacentista, como también las anteriores, contaba con remedios que actuaban directamente o por magia simpática. Paré recomendaba “fo-

⁸³ La frase sobre la excitación para que se desprenda la semilla se encuentra en la edición francesa, *Œuvres* (París, 1579), lib. 22, cap. 4; el resto está en “De la generación del hombre”, en *The Works of the Famous Chirurgion*, trad. [de la versión latina del francés original] Thomas Johnson (Londres, 1634), lib. 24, págs. 889-890. Estos extractos sirven para recordarnos la complejidad de las metáforas renacentistas sobre la generación. “Si la encuentras reacia a la espuela [metáfora del caballero, quizá un juego de palabras entre los dos significados de *venery*, de *venari*, cazar, y *vener*, deseo sexual] y el cultivador no puede entrar [el arado] libremente en el campo de la Naturaleza”, dice la edición francesa, mezclando imágenes de caza con lo que parecen ser imágenes aristotélicas de la matriz como campo. Pero luego Paré da un giro hacia el modelo galénico de dos semillas cuando, durante el orgasmo, ambos sexos producen semillas que se entremezclan.

Este amasijo de metáforas no es exclusivo de los tratados médicos. La esposa de un pastor holandés, por ejemplo, deplora en su diario que su marido sea partidario del *coitus interruptus*. Se queja Isabella De Moerloose de que eso no es mejor que la masturbación. En realidad es peor, porque en esa relación interrumpida ella arroja su semilla sobre suelo estéril: “Si sucediera sólo por una parte, sería aceptable, pero las dos semillas que se expulsan al mismo tiempo deberían dar lugar a un niño.” Se aproxima después a una metáfora aristotélica: “lo mismo que el fermento hace cuajar la leche, el hombre hace que cuaje la semilla de la mujer”. Aquí y en otros pasajes de su diario mezcla imágenes de actividad y pasividad femenina, ideas extraídas de fuentes contradictorias como propiciaba el momento. Véase Roodenburg, “The Autobiography of Isabella De Moerloose”, págs. 530-531.

mentos en las partes secretas con una decocción de hierbas calientes preparada con malvasía o hervida con vino de calidad”, o frotar la vagina con algalia o almizcle. El junípero y la manzanilla, el corazón de una codorniz macho alrededor del cuello de un hombre o el de una hembra en torno al cuello de una mujer —presumiblemente por el carácter libidinoso de los pájaros, en general, y de las codornices, en particular—, posos de cerveza o paja de guisante, eran otros tantos remedios para controlar el calor del cuerpo unisexo⁸⁴. Podía recetarse la sabina (el enebro era de fácil disposición en forma de ginebra) para facilitar la erección de los impotentes, para dar calor a los genitales de una mujer infecunda y para producir un calor insoportable en el vientre de una prostituta de Somersset que deseaba interrumpir su embarazo. Lo mismo sucedía con diversas clases de artemisa, calaminta, especias como el jengibre o la canela, y concocciones hechas de diversas partes animales⁸⁵.

⁸⁴ Pedro Hispano, *Thesaurus pauperum*, importante fuente medieval, ofrece 34 recetas para afrodisíacos, 26 para contraceptivos y 56 para asegurar la fertilidad, sin contar las destinadas a provocar la menstruación, que podrían considerarse abortivas (Jacquart y Thomasset, *Sexuality*, págs. 91-92 y cap. 3). [Esta obra de Pedro Hispano fue editada en diez ocasiones en castellano a lo largo del siglo XVI, siendo la primera de ellas, *Thesoro de los pobres en medicina y cirugía*, Granada, 1519; siguió editándose al menos durante dos siglos.] Véase también John Scarborough en A. C. Crombie y Nancy Siraisi, eds., *The Rational Arts of Living*, Northampton, Smith College Studies in History, núm. 50, 1987. Dos de los herbarios más grandes del siglo XVI se referían a más de 40 plantas consideradas sexualmente estimulantes. Véase Thomas G. Benedek, “Beliefs about Human Sexual Function in the Middle Ages and Renaissance”, en Douglas Radcliffe-Umstead, ed., *Human Sexuality in the Middle Ages and Renaissance*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1978, página 108.

⁸⁵ G. R. Quaipe, *Wanton Wenches and Wayward Wives: Peasants and Illicit Sex in Early Seventeenth England*, Londres, Croom Helm, 1979, pág. 172. A comienzos del siglo XVIII, una joven de Yorkshire denunciaba que un pastor había tratado de seducirla afirmando que estaba demasiado ebrio para dejarla embarazada. Una prostituta aseguraba que tomaba ciertas especias para evitar la concepción. Se decía que empapar el cuerpo con agua fría producía efectos similares. Casi todos los textos que he ci-

Se constituyó así un amplio cuerpo de conocimientos y de práctica clínica en torno al calor, el orgasmo y la generación. Fue y sigue siendo difícil evaluar la eficacia de las terapias concretas y no debería resultar extraño que la experiencia de los pacientes, en ausencia de las modernas técnicas de encuesta y de análisis estadístico, confirmaran el concepto de que cuanto más placentera fuera la relación carnal mayor era la fecundidad.

La fungibilidad de los fluidos. La economía de los fluidos discutida en el Capítulo II era en parte ideología —una forma de hablar de las mujeres como criaturas más frías, menos bien formadas y más inestables que el hombre— y en parte una forma de comprender el cuerpo en general, menos limitada y restringida que la actual. Pero también era una forma de organizar las observaciones empíricas que lo sostenían y la visión de la diferencia sexual que conformaba.

Para comenzar, algunos descubrimientos anatómicos que mejoraron la anatomía galénica parecían confirmar de hecho la fisiología básica del modelo unisexo, aunque a nadie hubiera pasado por la cabeza que tal comprobación fuera necesaria. Vesalio, por ejemplo, apreció correctamente que lo que llamamos las venas del ovario y del testículo izquierdo tienen su origen no en la vena cava sino en la vena renal izquierda (fig. 41). Extrajo de ello la conclusión de que mientras la vena derecha puede “transportar la sangre pura a los testículos”, la izquierda, que procede de una región más próxima al

tado incluyen amplias secciones sobre medicamentos que calientan (o enfrían) en relación con la infertilidad y la disfunción menstrual. Dryander, *Der Gantzen Artzeney*, cap. 7, sobre la esterilidad, y cap. 19, sobre la madre, es particularmente rico en medicaciones, como también Michael Baust el Viejo, *Wunderbarliches Leib und Wund Artzeybuch* (Leipzig, 1596), págs. 109-113. El libro I de la obra de Baust, *Der Ander Theil des Wunderbarliches* (Leipzig, 1597) está dedicado por entero a la sangre humana y no deja lugar a dudas en cuanto a los límites en que es común a ambos sexos la economía de fluidos. Véase Nicholas Culpepper, *School of Physick* (Londres, 1696), pág. 245, sobre la calamita como abortivo, de forma directa, y sobre la forma de “provocar los periodos”.

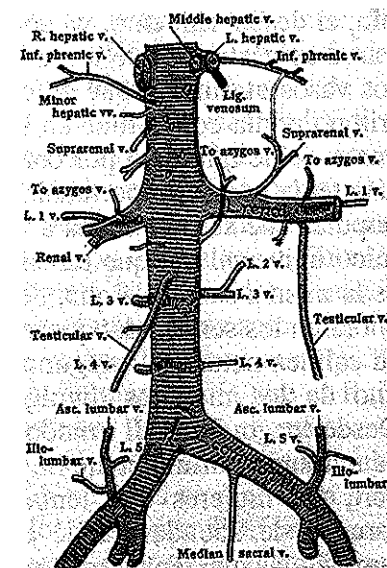


Fig. 41. Se muestra aquí la vena testicular izquierda, llamada vena ovárica en mujeres, que procede de la vena renal izquierda y no de la vena cava, cuya sección ocupa el centro de la imagen

riñón, podía estar especializada en transportar una sangre más acuosa y serosa cuya “cualidad salina y acre provocaría la comezón que produce la emisión del semen”. Lo que se consideró una corrección significativa a Galeno cuadraba así con la noción a todas luces galénica del prurito genital, sensación sexual que, al menos en parte, resultaría de las cualidades corrosivas de ciertos fluidos corporales⁸⁶.

A la inversa, un hallazgo que podía haber actuado contra la economía de los fluidos en el cuerpo unisexo —por ejem-

⁸⁶ Vesalio, *Epítome*, pág. 84; en la pág. 85 dice que mantiene lo mismo para las mujeres [*Epítome de Vesalio*, Madrid, Arte y bibliofilia, 1984]. Cushing, *Bio-Bibliography*, págs. 44-45, da crédito a la carta abierta de Guenther de Andernach (1536) que felicita a su alumno Vesalio por el descubrimiento de la inserción asimétrica de las dos venas seminales. Singer y Rabin, en *A Prelude*, págs. lxii-lxiii, afirman que este hecho era conocido por Mondino, quien a su vez cita a Avicena, el cual cita a Galeno (la cita dada es *De ven. art. diss.*, Kuhn, 2.808). UP 2.635 (véase Capítulo II, nota 1, *supra*) parece hacer también esta observación, si bien desde una perspectiva moderna, Galeno invierte derecha e izquierda.

plo, el descubrimiento, ya conocido por Leonardo, de que los vasos epigástricos que van a las mamas no tienen su origen en los vasos uterinos y que en consecuencia la sangre de la matriz no podía convertirse en leche con tanta facilidad, y viceversa— fue ignorado por completo. Un nuevo juego de tuberías tenía escasa importancia frente a todo el saber clínico y popular que se remontaba a Hipócrates y al orden macrocósmico universal del que tal sabiduría formaba parte⁸⁷. “¿Y no es la misma sangre la que, después de estar en la matriz, está ahora en los senos, blanqueada por el espíritu vital a través de su calidez natural?”, pregunta retóricamente Laurent Joubert, uno de los mayores divulgadores médicos del siglo XVI. Desde luego. Todo el mundo sabía que las mujeres que estaban criando normalmente no menstruaban y, como decía Joubert, las mujeres que tenían flujos menstruales excesivos (prueba de abundancia de excedentes) eran probablemente también las que tenían mayor cantidad de leche una vez aquel flujo se detenía. (Esta discusión se halla en el contexto de un esfuerzo deliberado por conducir la observación hacia cuestiones de historia natural en busca de respuestas correctas. Joubert, por ejemplo, se opuso a la propuesta de Paré, según la cual el exceso de sangre menstrual podía producir marcas de nacimiento)⁸⁸.

Los médicos continuaron escribiendo como si los sistemas vasculares reales carecieran de importancia. Nuevas observaciones clínicas parecieron confirmar la hipótesis de que

⁸⁷ Sobre el problema de las venas epigástricas, véase la introducción de Charles Singer a Joannes Ketham, *The Fasciculus di Medicina* (Florencia, 1925), 1.104, n. 59. Algunos autores defienden también de forma explícita una estrecha relación en hombres entre genitales y pecho —por ejemplo, el sexo excesivo provoca que se escupa sangre. Véase Jacquart y Thomasset, *Sexualité*, pág. 123.

⁸⁸ Laurent Joubert, *Erreurs populaires* (Burdeos, 1579, 2.ª ed.), páginas 451, 157; también fue cancellor de la Facultad de Medicina en la Universidad de Montpellier. Sobre este importante autor y dicha clase de textos, véase Davis, “Proverbial Wisdom”, esp. págs. 258-262; Paré, *Workes*, trad. Johnson, pág. 547. La explicación de Joubert se hace eco de la de Isidoro de Sevilla.

la menstruación era sencillamente un modo de eliminar del cuerpo los excedentes y no algo específico a un órgano femenino o simple rutina. Así, un médico presentó una lista de casos de todos los lugares a que en diversas formas podía dirigirse la sangre, cuando no lo hacía a su lugar habitual: a una mujer sajona le salía por los ojos; a una monja, por las orejas; una mujer de Stuttgart eliminaba los excesos vomitando; una esclava se libraba de ellos por la saliva; una mujer de Trento, a través del ombligo; otras mujeres a través de los senos; y finalmente (el autor piensa que es el caso “más asombroso”) una tal Mónica, a través de sus dedos índice y meñique⁸⁹. Christofer Wirsung, popular autor alemán, decía que el flujo menstrual seguía tres cursos separados durante el embarazo, aunque desconocía con precisión cómo el cuerpo efectuaba esta división: la parte más tierna y refinada se reservaba para el feto, la de grado medio iba “a los senos por diversas venas” para convertirse en leche y la parte más tosca quedaba retenida para ser expulsada al nacer el niño. La trayectoria de la matriz a los pechos es menos importante que la poética de la leche y la sangre. Alguien tan meticulosamente informado de los nuevos conocimientos como el anatomista inglés Helkiah Crooke, quien debía haber sabido que no había conexiones entre los vasos del útero y los del pecho, aun así afirmó que los senos estaban particularmente bien situados para “alterar y transformar” la sangre en leche por su proximidad al corazón, la “fuente del calor” (*shop of heate*)⁹⁰. Aunque la

⁸⁹ Nicolo Serpetro, *Il Mercato delle meraviglie della natura, overo istoria naturale* (Venecia, 1653), pág. 23. Agradezco estos materiales a Paula Findlen.

⁹⁰ Wirsung, *Neues Artzney*, pág. 440; Crooke, *Microkosmographia* (1615), lib. 3, cap. 20. Podría pensarse que la publicación de la obra de Harvey, *Essay on the Motion of the Heart and Blood in Animals*, en 1628, que afirmaba entre otras cosas que el corazón era una bomba y no un horno, debería haber dejado anticuadas de inmediato opiniones como la de Crooke. Pero permanecieron vigentes a lo largo del siglo XVII. Lo mismo sucede con otros muchos descubrimientos. Aranzio, por ejemplo, halló en 1564 que el aporte de sangre de la madre carece de anastomosis directa con el feto a través de los “cotiledones”, pero que esto no altera la

anatomía no respaldara el nexo sangre/leche, lo hacía la concepción del corazón como horno del cuerpo.

Las observaciones en la periferia de la civilización occidental y bajo condiciones patológicas parecían proporcionar nuevas pruebas directas de la interconvertibilidad de los fluidos y de la identidad subyacente de varias formas de sangrar, en hombres, en mujeres y en ambos. Las indias del Brasil “nunca tienen sus flores”, escribe un compilador inglés de curiosidades etnográficas del siglo XVII, porque “las madres cortan el costado de las muchachas de doce años desde la axila hasta la rodilla [y] algunos suponen que de esta manera impiden que tengan su flujo mensual”. De modo análogo, Joubert pensaba que las mujeres brasileñas “no menstruaban nunca, como las hembras de los animales”, mientras que Nicholas Culpepper, el infatigable escritor y editor inglés del siglo XVII, recoge el hecho de que al menos algunas “nunca tienen flores” pero aun así son fértiles, lo cual prueba la teoría general de que las mujeres calientes pueden concebir incluso si no menstrúan⁹¹.

Por el contrario, en la economía de fluidos unisexo, los hombres extraños o femeninos pueden dar leche. Girolamo Cardano, médico de la corte del rey de Dinamarca, dice

tesis de que la sangre de la madre alimenta al niño y que en consecuencia no había exceso de sangre que eliminar a través de la regla. Sobre este descubrimiento véase Howard B. Adelman, *Marcello Malpighi and the Evolution of Embryology*, Ithaca, Cornell University Press, 1966, 2.754; la introducción de Adelman es una historia magistral de las teorías de la generación desde la Antigüedad hasta Malpighi.

⁹¹ John Bulwer, *Anthropometamorphosis* (Londres, 1653), pág. 390, dice que los cortes proporcionan un drenaje alternativo para la plétora del cuerpo; Joubert, *Erreurs*, págs. 159-160; Culpepper, *Directory for Midwives*, pág. 68. Estoy interesado en la lógica de esas afirmaciones en relación con los temas de este libro. Ni aquí ni en ningún otro lugar deseo pronunciarme sobre su verdad o falsedad. Es bastante posible que a causa del mucho ejercicio, de la dieta, bajo nivel en grasas, prolongada lactancia y demás, las mujeres indias menstruaran menos o con menor regularidad que las europeas. Hablando en general, se sabe muy poco sobre la naturaleza transcultural e incluso sobre la existencia del ciclo menstrual en unas y otras culturas. Véase Buckley y Gottlieb, *Blood Magic*, págs. 44-47.

basándose en relatos de viajeros que en algunos lugares “casi todos los hombres tienen gran cantidad de leche en sus pechos”⁹². (Un comentarista italiano cita un caso más próximo que el de Cardano: “Antonio Benzo, de treinta y cuatro años, pálido, obeso y casi imberbe tenía tanta leche en sus pechos que podía alimentar a un bebé”)⁹³. Los hombres, si eran de “complexión fría, húmeda y femenina”, era bastante probable que tuvieran leche en sus pechos, según un médico inglés en opinión compartida por Joubert, quien añade que tales hombres se encuentran sobre todo en Oriente. Como adición a las pruebas de Aristóteles, ofrece el ejemplo de un conde sirio que amamantó a su hijo durante más de seis meses⁹⁴.

No cabe interpretar los ejemplos etnográficos recién citados en la línea metafórica de un Cristo cuya sangre alimenta a su iglesia como la leche de María le había alimentado a él, o como un niño Jesús representado con pechos femeninos dispuestos a dispensar leche. Más bien quiere decirse que en el mundo de un sexo el cuerpo era mucho menos fijo y limitado por categorías de diferencias biológicas de lo que lo estuvo desde el siglo XVIII. Los límites entre un Cristo más femenino y maternal, capaz de ofrecer su leche en la imaginería religiosa, y los hombres que tienen leche en la etnografía vulgar y en los informes clínicos, están lejos de ser claros⁹⁵.

Es evidente que los casos de amenorrea entre las indias o informaciones más extrañas sobre hombres que dan de mamar no deben interpretarse como confirmación de la economía de fluidos fungibles. La ausencia de reglas durante la lactancia se atribuiría hoy a cambios hormonales y no a la conversión en leche de la sangre excedente. Habrá que pedir un esfuerzo a la imaginación para comprender cómo médicos y

⁹² Se cita a Cardano en Crooke, *Microkosmographia*, págs. 193-194.

⁹³ Serpetro, *Il Mercato*, pág. 24.

⁹⁴ A. R. [Alexander Ross], *Arcana Microcosmos, or the hidden secrets of man's body discovered* (Londres, 1652), pág. 88; Joubert, *Erreurs*, páginas 474-475 (su fuente en Aristóteles puede estar en *HA* 3.20.522a13ss).

⁹⁵ Sobre estos temas, véase Caroline Bynum, *Holy Feast, y su Jesus as Mother*, Berkeley, University of California Press, 1982.

comadronas del Renacimiento interpretaron un amplio conjunto de material clínico como confirmación de un conocimiento teórico del cuerpo muy diferente. Pero lo hicieron. Deberemos imaginar que fluidos distintos, sexualmente específicos, fueron combinados metafóricamente en el modelo unisexo. La "irregularidad" (*Gebrechen*) de lo que "las mujeres llaman flujo blanco y los médicos *menstrua alba*" fue explicada por un médico alemán del siglo XVI, por ejemplo, no como una descarga vaginal anormal, sino como un fluido que "tiene mucho en común con el flujo de semen masculino" y que aparece cuando un calor desordenado, por exceso de calidez o frialdad, convierte las reglas en algo semejante al "semen masculino"⁹⁶. (La palabra alemana para ley o regularidad, *Regel*, en este caso deformada, es también la palabra que designa la regla.)

De un modo similar, las hemorragias por parte de los hombres, bien se presenten de modo natural o por flebotomía, se interpretaron no como simples ejemplos de sangrado, sino como alternativa masculina de la regla en lo que era meramente una economía de fluidos que dependía del género. Los hombres se sangraban por rutina, normalmente en primavera —sobre todo quienes hacían poco ejercicio— para desprenderse de la plétora que las mujeres perdían todos los meses. Bien entrado el siglo XVIII, algunas hemorragias patológicas en los hombres todavía se interpretaban como menstruaciones. Albrecht von Haller creía que las hemorragias nasales aliviaban a los adolescentes del exceso de sangre que en las muchachas encontraba "una válvula más sencilla por la parte inferior" y Hermann Boerhaave informaba del caso de "cierto mercader de Leyden, un Hombre de Bien, que descarga todos los meses una gran cantidad de sangre

⁹⁶ Wirsung, *Neues Artzney*, pág. 427, "flujo blanco" (*weiss gesicht*, literalmente "de apariencia blanca"). Adviértase el supuesto de que hay que precisar de qué semilla se trata. Hay una explicación fascinante de cómo entendían un médico alemán del siglo XVIII y las mujeres que a él acudían la convertibilidad de la leche y otros fluidos, en Duden, *Geschichte*, páginas 127-129.

por las arterias hemorroidales lo mismo que las mujeres sanas descargan del útero"⁹⁷. (Esta asociación se remonta al menos a Aristóteles.)

De hecho, toda la base de la práctica médica relacionaba la fisiología de los fluidos, el orgasmo, la concepción y el calor. Los hombres fríos, con menos apetitos, menor potencia y fecundidad, eran más proclives a sufrir hemorragias cuasi menstruales y todo un conjunto de males mentales y físicos; se pensaba que las mujeres frías eran más propensas a sufrir retenciones de la semilla o del exceso de sangre, amenorrea, que a su vez podía acarrear un conjunto de secuelas clínicas: depresión, languidez de miembros, esterilidad, clorosis e histeria. Los medicamentos caloríficos, una comadrona que frotara los genitales (en el caso de mujeres) o los propios ardores del coito, podían recalentar el cuerpo frío y húmedo para normalizar y restaurar su equilibrio de fluidos. Todo el problema residía en el calor.

El público renacentista hubiera tomado como poco destacado en el plano fisiológico el caso de una muchacha, descrito en la *Anatomy of Melancholy*, de Robert Burton, a la que se suponía trastornada a causa del retraso en sus reglas y que por un golpe de suerte —desde la perspectiva de Burton— fue a parar a un burdel donde en una sola noche yació con quince hombres. La experiencia curó su amenorrea y restauró su cordura. Por otra parte, la menstruación normal o incluso indirecta en las mujeres, se interpretó como signo de

⁹⁷ Albrecht von Haller, *Physiology: Being a Course of Lectures* (Londres, 1754), 2.293; Hermann Boerhaave, *Academical Lectures on the Theory of Physic* (Londres, 1757), pág. 114. Haller fue uno de los gigantes de la biología del siglo XVIII, y Boerhaave fue posiblemente el clínico más importante de finales del siglo XVII y de principios del siguiente. [Son numerosas las traducciones al castellano de Boerhaave a lo largo del siglo XVIII, pero esta referencia no aparece, al menos con ese título, en la bibliografía que he consultado.] Para observaciones clínicas adicionales sobre la relación entre la hemorragia en general y la menstruación, véase John Locke, *Physician and Philosopher... with an Edition of the Medical Notes*, Londres, Wellcome History of Medicine Library, 1963, págs. 106, 200.

normalidad en el calor del cuerpo y de receptividad sexual. En las *Adventures of Master F. J.*, de George Gascoigne, el caballero se lo pasa muy mal cortejando a una dama hasta que un día ella padece una tremenda hemorragia nasal. Cuando con ayuda del caballero se resuelve el problema, aquél encuentra por fin un lugar en la cama de la dama.

Toda una tradición clínica aceptaba así los aspectos comprobables del modelo de carne única. Los descubrimientos y observaciones concretos —que el orgasmo no siempre acompañaba a la concepción, que no había caminos directos entre el útero y los senos, que la secreción vaginal de las mujeres en nada se parecía al semen de los hombres— no podían, ni siquiera en su conjunto, remover las antiguas creencias, tan profundamente grabadas en la consideración que hombres y mujeres tenían de sus propios cuerpos y de la forma de administrarlo. Al interpretar dentro de los límites del modelo una serie de observaciones reales o supuestas sólo se lograba confirmar sus principios.

CUERPOS Y METÁFORAS

Aunque el próximo capítulo considerará de forma explícita la relación en extremo tensa entre el mundo social de los dos géneros y el cuerpo unisexo, no deseo concluir éste sin explorar brevemente una retórica alternativa distinta de la anatomía de los isomorfismos y de la fisiología de los fluidos fungibles que ya he presentado, precisamente aquella que proclama las cualidades *únicas* del cuerpo de la mujer y la supuesta función de esos atributos corporales en la determinación de la salud de las mujeres y en su posición social. En el capítulo 32 del *Tiers livre de Pantagruel*, de Rabelais, por ejemplo, el Dr. Rondibilis dice que la naturaleza ha “depositado en un lugar secreto en el interior” del cuerpo de las mujeres “un animal, un órgano que no se halla en los hombres”. La comadrona del siglo XVII Louise Bourgeois deja en manos de los médicos varones el problema de la infertilidad masculina, pero afirma que en el caso concreto de las mujeres lo

más frecuente es que sea causada por la humedad de la matriz, que las mujeres estarían tan sanas como los hombres en cuerpo y espíritu si no fuera por este órgano, y en general, que Dios creó sus cualidades patológicas —por ejemplo, su tendencia a desplazarse y a causar histeria— con intención de impedir la envidia entre los sexos y a inducir en el hombre piedad y amor hacia la mujer⁹⁸. Además hay una literatura muy abundante que relaciona los humores fríos y húmedos que dominan en los cuerpos femeninos con sus cualidades sociales —trapacería, carácter cambiante e inestabilidad—, mientras que los humores calientes y secos en los hombres dan supuesta cuenta de su honor, valentía, tono muscular y fortaleza en general de cuerpo y espíritu.

Ambas formas de hablar proclaman inequívocamente la diferencia. Ambas disponen la diferencia sexual en un eje vertical de jerarquía. Ambas reconocen lo evidente: las mujeres disponen de matriz y los hombres no. Ambas formas de hablar, parafraseando los comentarios de Ian MacLean sobre la lógica aristotélica de la oposición sexual, se refieren a veces a una oposición de “privación”, y otras a una oposición de contrarios que pueden o no admitir intermediarios y en ocasiones aluden —yo diría que siempre— a otras partes de un sistema cognitivo, a otros “opuestos correlativos”⁹⁹.

Pero esas formas de hablar difieren también en dos aspectos importantes. Los anatomistas, médicos e incluso comadronas que he citado, escribían para que sus lectores comprendieran el cuerpo y sus fluidos de una cierta manera. Expresaban una serie de afirmaciones con carácter de representación o semióticas: que la matriz debe *entenderse* como pene interior, la menstruación debe *entenderse* como la forma en que las mujeres eliminan la plétora que los cuerpos más cálidos y activos de los hombres consumen en el curso de la vida cotidiana. Estas “comprensiones” estaban cargadas de significado cultural, pero su intención primordial no ponía en

⁹⁸ Estoy muy agradecido a Natalie Zemon Davis por esta información sobre Louise Bourgeois.

⁹⁹ MacLean, *Renaissance Notion of Woman*, pág. 3.

evidencia los fundamentos corporales del orden social. Por otra parte, ciertas obras de obstetricia y algunos libros médicos de autores que deseaban mostrar sus conocimientos especializados, al igual que una vasta gama de libros sobre las mujeres, tanto a favor como en contra, trataban del cuerpo como si éste encerrara las razones necesarias y suficientes de los problemas médicos y de los rasgos de la conducta por los que estaban especialmente interesados.

La segunda diferencia (pero al mismo tiempo afinidad) tiene que ver con la forma en que esos dos discursos renacentistas interpretaban el cuerpo en relación con sus significados culturales. En ninguno de ellos la clasificación de los sexos en la gran cadena del ser es puramente metafórica —nada en este sistema cultural es simple metáfora—, pero tampoco es puramente corporal. El discurso de la carne única que he venido explicando parece considerar los órganos y cualidades de los cuerpos en general como formas de expresar la jerarquía, como elementos en una red de significados. Por otra parte, el discurso sobre la singularidad femenina parece postular una teoría reduccionista casi moderna de la causación corporal, incluso si no comporta la noción de oposición corporal inconmensurable presente en los autores posteriores a la Ilustración. Sin embargo, y éste es el punto crítico, lo metafórico y lo corporal están tan próximos que la diferencia es más de acento que de naturaleza.

Incluso una afirmación aparentemente directa sobre el cuerpo como la que Rabelais pone en boca del Dr. Rondibilis se vuelve sobre sí misma y se convierte en otra cosa: la matriz, una vez más, vuelve a parecerse al pene. Sólo las mujeres tienen matriz, dice Rondibilis, sin el menor asomo de que sea un recurso literario. Pero la matriz es “un animal”, continúa, un giro hacia la metáfora y una alusión al *Timeo* (91b-d), donde Platón se refiere *igualmente* a los órganos genitales masculinos y femeninos como animales inclinados a rebelarse a menos que se encuentren satisfechos¹⁰⁰. Luego, según

¹⁰⁰ He utilizado la traducción de Benjamin Jowett en Hamilton y Cairns, eds., *Collected Dialogues*. Tras una discusión sobre la forma en

la forma habitual en el Renacimiento de superponer imágenes, este órgano, la matriz, del que se dice que no existe en el hombre, se convierte en “un miembro”, término que desde luego puede significar simplemente un órgano, pero que en el siglo XVI se refiere más en concreto a un apéndice —un brazo o una pierna— o, cuando se usa solo, como en “su miembro”, más bien el pene. Carecía de sentido que el *miembro* se refiriera a un “miembro femenino”¹⁰¹. La cuestión aquí no es que Rondibilis haga una afirmación discutible cuando dice que sólo las mujeres tienen matriz; eso nadie lo niega. Se trata más bien de que, una vez más, el órgano femenino es atraído a la órbita metafórica del varón, no con intención de afirmar la semejanza, sino para insistir en que toda diferencia encaja en la escala vertical del hombre.

También es precisamente en estos contextos donde la matriz se muestra más claramente como fuente orgánica de la enfermedad; es el caso, por ejemplo, del argumento según el cual la histeria viene provocada por los movimientos erráticos de la matriz, que se vinculan a mayor profundidad con un sentido extracorporal. Incluso en los textos clásicos es difícil comprender la razón de la afirmación según la cual la matriz es errática y *provoca* histeria. En el siglo III a.C., Herófilo descubrió los ligamentos del útero y Galeno se limitó a repetir viejos argumentos cuando dijo que “quienes tienen experiencia en anatomía” reconocen que es absurdo pensar en una matriz errante: “completamente absurdo”¹⁰². Alguien debió creer literalmente en un útero desenfrenado —quizá una creencia popular— o los médicos no sintieron la necesidad de

que se crean las sustancias “animadas” en hombres y mujeres, dice Platón que en los hombres “el órgano de la generación se vuelve rebelde y dominador, como animal que desobedece a la razón... y trata de obtener todo el poder, caso análogo al de la llamada matriz o útero femenino” (página 1.210).

¹⁰¹ Véase Walther von Wartburg, *Französisches etymologisches Wörterbuch*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1948.

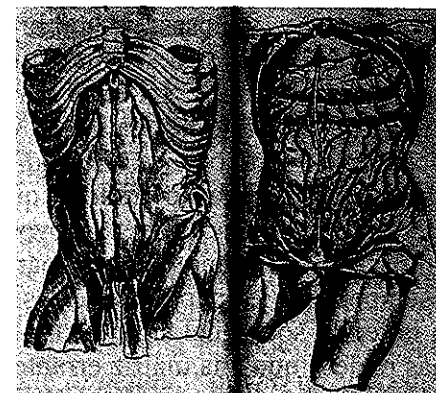
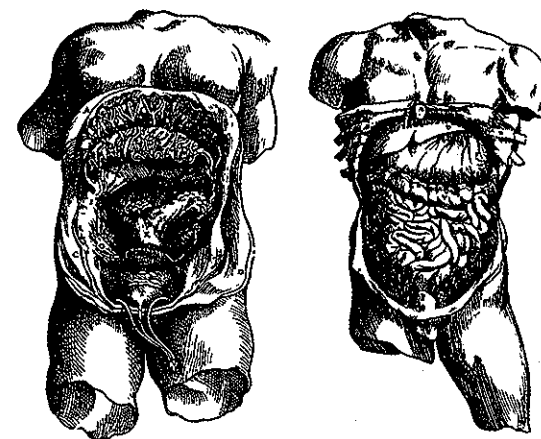
¹⁰² Citado en Ilza Veith, *Hysteria: The History of a Disease*, Chicago, University of Chicago Press, 1965, pág. 39; véanse págs. 28-29 en relación con el argumento de Sorano de que la matriz no es un animal.

combatir este parecer, y las terapias de fumigación dominantes sugieren que sus adeptos suscribían esta interpretación literal. Pero en el siglo XVII era manifiesto que en el cuerpo no había lugar para que el útero se desplazara.

La nueva anatomía, y más en concreto la amplia difusión de las ilustraciones anatómicas (como las de las figs. 42-44), pusieron de manifiesto, mucho más allá de los límites de la comunidad docta, entre parteras, cirujanos barberos y profanos, no sólo que el útero permanecía más o menos en un cierto lugar gracias a poderosos ligamentos, sino también que el espacio entre el mismo y la garganta estaba ocupado por otros órganos y dividido por gruesas membranas. Ya había observado Galeno que el peritoneo recubría vejiga y útero, pero ahora esto se mostraba a quien quisiera verlo espléndidamente plasmado en el acostumbrado torso clásico ligeramente deteriorado¹⁰³. La nueva anatomía hizo así imposible la interpretación literal de una matriz errante, pero no dio lugar a una retórica moderna de la enfermedad. Como la iatroquímica paracelsista, que parece ser sin serlo una versión de la moderna química médica, la nueva anatomía nos induce a pensar en que los autores del Renacimiento hablaron de órganos como nosotros lo hacemos, lo cual no es cierto. No nos resulta evidente saber de qué hablaban cuando valoraban si la matriz erraba por el cuerpo, pero está claro que no discutían sobre el movimiento real de un órgano, anclado por sus ligamentos a la parte inferior del vientre, a través de cincuenta centímetros de otras partes del cuerpo en las que no había huecos.

En el siglo XVIII, esto era del todo evidente. Cuando Tobias Smollett, autor de *Humphrey Clinker*, así como cirujano y autor encubierto del célebre tratado de partos de Smellie, ridiculizó a la comadrona inglesa Elizabeth Nihell por citar la matriz errante de Platón, Mrs. Nihell explicó que *por supuesto* la cita era solamente metafórica. Añadió que Smollett

¹⁰³ Galeno, *On Anatomical procedures*, trad. Charles Singer, Nueva York, Oxford University Press, 1956, 6.5.561, pág. 159.



Figs. 42-44. La figura 42, arriba a la izquierda, muestra el torso femenino del que procede la vagina de la figura 20. Nos explica Vesalio que las ligaduras del útero están en su lugar, pero que ha eliminado la pared abdominal y los intestinos para presentar esta perspectiva. La figura 43 representa un torso masculino, unas páginas antes que el anterior, también abierto para mostrar los intestinos en su lugar. Es evidente que esta figura era igualmente aplicable a mujeres. Dos planchas anteriores de la *Fabrica* (fig. 44, abajo), que muestran la pared abdominal de un torso masculino, fueron combinadas y utilizadas a modo de introducción e ilustración en un destacado manual de partos de los siglos XVI y XVII, *The Byrth of Mankind* (1545), de Raynald

la había citado a ella fuera de contexto para minar su reputación¹⁰⁴.

Cuando se trata de interpretar los humores aparecen también dificultades de traducción, algunas difíciles de resolver. Médicos y profanos del Renacimiento creyeron que los equilibrios humorales de los sexos diferían según el eje cálido-frío, húmedo-seco, que tales diferencias tenían implicaciones en la anatomía y en la conducta, y que el desequilibrio humoral causaba la enfermedad. Hablaban como si hubiera cualidades calientes y frías en alguna parte del cuerpo cuya presencia pudiera conocerse mediante características observables; color de la piel, cabello, temperamento. Por otra parte nadie creía que una cantidad determinada de algún humor hiciera que un individuo fuera hombre o mujer. Se pensaba que había viragos calientes y vellosas, y hombres afeminados fríos e imberbes, los cuales podían ser más fríos que las mujeres excepcionalmente calientes. La tesis era más bien que los hombres como especie eran más calientes y secos que las mujeres como especie. Tampoco se pretendía que pudiera apreciarse de hecho la humedad o frialdad que distinguía a hombres y mujeres o que, en ocasiones, provocaba las enfermedades femeninas¹⁰⁵. Los humores no se parecían a los órganos y no desempeñaban el papel que éstos tendrían en la nosología o en la teoría social del siglo XVIII. Si bien los humores eran "más reales" que una matriz errante y desde luego no eran "simplemente metáforas" o formas de hablar, tampoco eran solamente atributos corporales.

¹⁰⁴ El ataque de Smollet a Nihell está en *Critical Review*, 9 (1760), 187-197. El pasaje en cuestión se encuentra en el libro de Elizabeth Nihell, *A Treatise on the Art of Midwifery* (Londres, 1760), pág. 98, y su respuesta en *An Answer to the Author of the Critical Review... by Mrs. Elizabeth Nihell, a Professed Midwife* (Londres, 1760). Agradezco a Lisa Cody estas referencias.

¹⁰⁵ Recuérdense que algunos autores del *corpus* hipocrático creyeron que las mujeres eran más calientes que los hombres, pero desde luego más tarde se invirtieron estos valores. Caliente y frío pueden haber significado algo más que bueno y malo, pero ciertamente también han significado esto.

Quizá el aspecto más señalado de ambas formas de hablar del sexo en el Renacimiento se aprecie, sin embargo, al considerar hasta qué punto lo que se decía del sexo venía determinado por el contexto. En los mismos textos en que se excluye a las mujeres y se les niega existencia y subjetividad propias, participan como sujetos. Allí están, en el mismo lugar que las declara ausentes. Consideremos de nuevo el descubrimiento del clítoris por Colombo, esta vez en el texto latino:

Hanc eadem uteri partem dum venerem appetunt mulieres et tanquam oestro percitae, virum appetunt, ad libidinem concitae: si attinges, duriusculam et oblongam comperies...

(Si tocáis esta parte del útero mientras que las mujeres tienen un vivo deseo de sexo y están excitadas como en un frenesí, y llamadas al deseo de la carne tienen el vivo deseo de un hombre, encontraréis que se ha hecho más dura y oblonga...)

Si "tú" (hombre) tocas cierta parte de una mujer, "tú" la encontrarás más dura. En uno de esos extraños casos en que las mujeres constituyen el sujeto gramatical, se ven rodeadas literalmente por la cláusula temporal del deseo, el deseo *femenino*. Se repite *appetunt*, "tienen un vivo deseo", para que esté junto a *mulieres*, mujeres; *percitae* y *concitae*, predicados redundantes, atestiguan más adelante *su* excitación sexual. Pero después la frase toma un giro inesperado y se comunica al lector científicamente objetivo, con toda probabilidad varón, que la parte de la anatomía femenina en cuestión se hace dura y oblonga al tocarla..., provocando que fluya su semen "más rápido que el aire"¹⁰⁶. De este modo la mujer entra en un mundo, que parece ser totalmente masculino, como un ser de deseo y distinto.

¹⁰⁶ Colombo, *Anatomica*, págs. 446-447. Debo por completo este novedoso análisis gramatical de Colombo a mi ayudante Mary McGarry.

Esta tensión está en todas partes, no sólo en el teatro de la anatomía, sino en el Teatro del Mundo, no sólo en los tratados médicos, sino en los ensayos de Montaigne. La política cultural de al menos dos géneros no está nunca en equilibrio con la "biología", o con la política cultural alternativa del sexo único. Veremos que también en el mundo de dos sexos el sexo está determinado por el contexto.

CAPÍTULO IV

La representación del sexo

SEBASTIÁN [a Olivia]

Así, señora, habéis vivido un engaño,
aunque la naturaleza ha seguido su instinto.
Estuvisteis cerca de prometeros a una virgen
y por mi vida que no habéis errado,
pues virgen es el hombre que ahora tomáis

SHAKESPEARE
Noche de Reyes

A falta de un punto de apoyo como el de Arquímedes en el cuerpo que asegure la estabilidad y naturaleza de la diferencia sexual, el sexo único está, y siempre lo ha estado, en tensión con los dos sexos: polaridades rígidas que se balancean en el filo de los matices del clarooscuro. Circunstancias sociales, políticas y culturales concretas, que aparecen en momentos anecdóticos y en contextos retóricos, favorecen que predomine una u otra perspectiva, pero ninguna de ellas queda reducida nunca al silencio ni al ostracismo.

Hemos visto que el modelo unisexo estuvo profundamente implicado en capas profundas del pensamiento médico cu-

Los orígenes se remontaban a la Antigüedad. Los progresos en anatomía y en la ilustración anatómica, así como los nuevos conocimientos clínicos, lejos de debilitar esos planteamientos, hicieron del cuerpo cada vez más la representación de una carne única y una economía corporal. El considerable prestigio cultural de la erudición médica, más que el de la práctica clínica, continuó así aportando su peso al platillo de la balanza del sexo único. Pero el cuerpo unisexo también subsistió, con más o menos dificultades, en el seno de otros discursos, de otras instancias políticas, de otras relaciones sociales e incluso de otras formas médicas de hablar. Podía integrarse perfectamente en alegorías del orden cósmico, pero estaba reñido con la rigidez de las fronteras del género y del imperativo social de un cuerpo obligado a asegurar la reproducción de la especie.

Si a fin de cuentas Olivia —representada por un muchacho, desde luego— no debe casarse con la doncella de la que se ha enamorado, sino con Sebastián, hermano gemelo de la chica; si la intimidad de Orsino con “Cesario” va más allá del vínculo masculino hasta el matrimonio con Viola, el “atavío masculino usurpado” debe abandonarse y la mujer debe unirse al hombre. La naturaleza debe ser forzada contra “su predisposición”, es decir, debe desviarse de su camino rectilíneo. “Se impone a la naturaleza algo descentrado”, como dice Stephen Greenblatt, que “desvía a hombres y mujeres de sus deseos manifiestos para que formen las parejas a que estaban destinados”. Pero si ese “algo” no es la oposición de los dos sexos que naturalmente se atraen —tal como vino a interpretarse en el siglo XVIII—, ¿entonces qué es?¹

La respuesta es nada, o al menos nada específica y fundamentalmente corporal que sea peculiar de cada sexo. Tener pene no hace al hombre como, por citar a Feste, “cucullus non facit monachum” (el hábito no hace al monje). Y sin em-

¹ Stephen Greenblatt, “Fiction and Friction”, en *Shakespearean Negotiations*, Berkeley, University of California Press, 1988, pág. 68. La palabra “bias” (sesgo, tendencia) significa en el juego de bolos la trayectoria curva que un peso de plomo descentrado da a la bola cuando se lanza.

bargo, hombres y mujeres se las habían arreglado según la configuración de sus cuerpos —con el pene exterior o interior— en sus necesidades procreadoras y también en una multitud de funciones específicas del género. El cuerpo unisexo de los médicos, profundamente dependiente de los significados culturales, sirvió al mismo tiempo de pantalla microcósmica para un orden jerárquico y macrocósmico, y como signo más o menos estable de un orden social intensamente marcado por el género. Toda una matriz de estrategias interpretativas y de postulados sobre cómo las cosas llegan a tener significados mantuvo en su sitio el modelo de sexo único, y su relativo eclipse facilitó el cambio a una comprensión de lo masculino y femenino como opuestos. En este capítulo y en los dos siguientes argumento que la naturaleza del sexo es el resultado no ya de la biología sino de nuestras necesidades de hablar sobre el mismo.

SEXO ÚNICO Y MACROCOSMOS

Las fuentes renacentistas y medievales no nos permiten olvidar que la palabra “cosmos”, en inglés y en griego, tiene un doble significado. Denota, como nos recuerda Angus Fletcher, un *orden en gran escala* (macrocosmos) y un *signo de ese orden* a pequeña escala (microcosmos). La ciencia moderna, prosigue, actúa para reducir a una las conexiones metafóricas entre diversos órdenes del mundo, para explicar el hombre y la naturaleza, los cielos y la tierra, en un lenguaje matemático neutro, y no, como en el mundo cultural en que aquí nos movemos, ofreciendo una idea vaporosa de una estructura compleja de semejanzas, superponiendo niveles de conexión entre el micro- y el macrocosmos, y dentro de ellos, y generando correspondencias según lo dicten las exigencias del significado².

² Angus Fletcher, *Allegory: The Theory of a Symbolic Mode*, Ithaca, Cornell University Press, 1964, págs. 110, 115-116. Foucault, en *Las palabras y las cosas*, incide en este mismo punto.

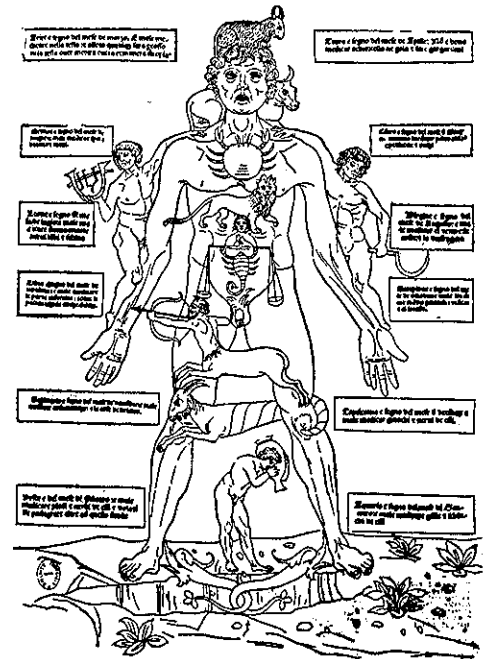
En muchos sentidos, la nueva anatomía se asentaba firmemente en la vieja tradición metafórica. Vesalio, por ejemplo, construye toda su justificación de “cómo la naturaleza facilita la propagación de las especies” sobre la imagen de una ciudad cuyo fundador “no desea residir allí”, pero que “proporciona un plan gracias al cual puede durar una eternidad o al menos un tiempo muy prolongado”. El cuerpo humano, comienza, está sujeto necesariamente a la muerte porque su propia materia no puede ser inmortal, al menos en lo físico. Todas las ciudades, incluso las más afortunadas, están también condenadas a la ruina con el tiempo. Por el contrario, la ciudad terrenal de Dios dura ya desde hace milenios porque fue concebida por él “con maravillosa habilidad, de modo que los nuevos hombres suceden siempre a los que perecen y la conservación de la especie se perpetúa”.

La generación refleja la jerarquía terrenal y los prodigios de la creación. El varón, tal como podríamos esperar, “pone en acción la porción más poderosa del principio del feto”, pero la hembra, dotada también de testículos y de conductos adecuados, “añade cierta proporción al principio primario”, cuando lo concibe en su matriz. El placer, afirma Vesalio, induce a la humanidad y también a los animales a utilizar sus órganos de la generación para iniciar el “milagro de la naturaleza”. El creador les ha otorgado “un gran deseo de unión de los cuerpos y una voluptuosidad de singular atractivo... un cierto apetito maravilloso e inexplicable” hacia su utilización. La autoperpetuación del orden macrocósmico está asegurada en cierto sentido por cualidades de cuerpos que son puramente mortales³.

Esta constante interacción entre las imágenes del cuerpo y del mundo, al propio tiempo biológicas y retóricas, está tan extendida que uno tiende a aceptarla como segura. En algún modo los astros dictaminan que en ciertos días de abril, agosto y diciembre no se debería uno sangrar, ni comer pato o

³ Andrés Vesalio, *De humani corporis fabrica* (Basilea, 1543), 5.12, págs. 519-520.

Fig. 45. Hombre zodiacal italiano de finales del siglo XV. Las leyendas, que vinculan el signo del zodiaco a órganos y partes del cuerpo, ofrecen también prescripciones alimentarias, orientaciones para la sangría y otras informaciones relativas a la forma en que los cielos afectan al cuerpo



pavo, ni tomar medicamentos (fig. 45). Afirma un panfleto popular inglés que los cuerpos celestes “son las formas y matrices de todas las hierbas... y representan el análogo de todos los vegetales de la tierra”. A la inversa, “cada hierba es una estrella terrenal que crece hacia los cielos”. De esta serie de correspondencias se siguen otras hasta introducir el cosmos en el cuerpo. Todas las especies de la planta *Orchis*, por ejemplo, excitan el “deseo venéreo” y facilitan la concepción por su “similitud con los testículos” y porque “poseen también el olor de la semilla”. Las simientes de la uva representan los genitales de ambos sexos, y el vino, preparado a partir de uvas, conduce, por tanto, a la pasión: “Los antiguos, no sin razón, decían: sin Baco, Venus se enfría.” Innumerables ilustraciones del “hombre zodiacal” —como de costumbre el cuerpo masculino representa a la humanidad en su conjunto— especifican cuáles son las estrellas que corresponden

a cada parte del cuerpo. Y entre el cielo y la tierra hay lazos de significación innumerables⁴.

Del mismo modo que las lunas de Júpiter facilitaron a Galileo un modelo de las verdades de la astronomía copernicana, así el cuerpo humano podía representar la fecundidad de la naturaleza y el poder de los cielos. Se podía ver el mundo y captar su esencia enfocando el instrumento hacia el hombre. Como dijo el astrólogo y médico John Tanner: "En el hombre, como con un telescopio, puede descubrirse nuestra Madre Tierra con su innumerable prole; en él pueden describirse las olas caprichosas e incansables del océano. Encarna no sólo el mundo elemental, sino también el celestial"⁵. No hace falta que insista en la evidencia de que se consideraba que las estrellas influían en la vida humana. Pero en concreto quiero llamar la atención de nuevo sobre la conexión entre generación y cosmos, entre el cuerpo y los ciclos de la vida ajenos al mismo.

Las obras populares de medicina se movían vertiginosamente desde las grandes proposiciones ontológicas a pociones específicas cuya eficacia dependía del orden macrocósmico. El *Enchiridion medicum*, de Robert Bayfield, por ejemplo, comienza con el tópico renacentista de que el hombre es un "resumen o mapa del universo" y que la caída refleja la ruina acaecida a los dos mundos —"las calamidades al gran mundo y la enfermedad y la muerte al pequeño mundo"— y se desplaza de inmediato a una especie de puesta en escena social. El libro está escrito, según su autor, para quienes no

⁴ *Signatures of Internal Things: or A True and Lively Anatomy of the Greater and Lesser World* (Londres, 1669), págs. 5-6. Este libro es abiertamente paracelsista, pero el sistema creencial aquí resumido se extiende más allá de cualquier tradición, como muestra Keith Thomas en *Religion and the Decline of Magic*, Nueva York, Scribner's, 1971.

⁵ John Tanner, *The Hidden Treasures of the Art of Physick Fully Discovered in Four Books* (Londres, 1659), págs. 36-37. El *Oxford English Dictionary* ofrece la siguiente cita de sir Walter Raleigh para el uso de lentes de aumento (*perspective glasses*): "Un eminente astrólogo que todavía vive [Galileo], con la ayuda de lentes de aumento ha encontrado en las estrellas muchas cosas desconocidas para los antiguos."

pueden enfrentarse con las obras de los grandes hombres, pero no obstante necesitan aprender medicina, la ayuda divina en tiempos de dolor. Se trata de un tesoro de paliativos para las enfermedades que se encuentran en el camino hacia el destino de todos los hombres, ricos y pobres, "para volver al polvo, como si nunca hubieran existido". En el propio libro, los remedios propuestos imitan curiosamente este movimiento del macro- al microcosmos. Para curar la histeria, por ejemplo, Bayfield hace múltiples propuestas: desde calentar el cuerpo físicamente con los ardores de la cópula hasta disponer de una comadrona que frote los genitales, desde aplicar a éstos bolsas de artemisa a procurarse "el musgo que crece en el cráneo de un malhechor", mezclándolo con polvo de ese cerebro y usando esa amalgama para aliviar los ataques. Todo el universo, vivo o muerto, se pone a disposición del cuerpo doliente⁶.

La forma más general de esos ágiles movimientos del macro- al microcosmos se halla en la poética de la propia biología, en especial en el lenguaje mediante el cual hombres y mujeres pensaban en la sucesión de las generaciones. Esta red de metáforas no refleja simplemente una serie de creencias sobre sus cuerpos, aunque también lo hace. Disfruta de una vida propia que en cierta medida representa la conexión entre cuerpo y mundo. Es decir, las imágenes a través de las cuales se entendían cuerpos y placeres en el Renacimiento son menos el reflejo de un nivel concreto de comprensión científica, o incluso de una orientación filosófica dada, que expresión de todo un tejido o de un campo del saber. Miríadas de discursos encuentran su eco en el cuerpo.

Así, imaginar el semen femenino después de mezclarse con el masculino, en términos tales como "extendido en finos tegumentos" que rodean la "nueva deidad creada"; pensar en él como en un tejido de textura "demasiado fina y preciosa para los dedos de Ariadna" es, por sí mismo, dar cuerpo a una

⁶ Robert Bayfield, *Enchiridion medicum* (Londres, 1655), introducción, sin paginar.

exquisita red de vinculaciones. La epigénesis del feto se compara con la creación divina y con la fábrica de los dioses, con la joven Ariadna que teje una imagen de Europa transportada sobre las aguas por un Júpiter convertido en toro, de modo tan realista que “se hubiera pensado que el toro estaba vivo y que las ondas eran olas de verdad”, y también con la humilde araña tejiendo sus telas, en la cual se había convertido Ariadna por su orgullo⁷. Habría que hacer notar también que los alemanes llaman a la menstruación *die Blume* y los ingleses *the flowers* porque “un árbol en flor también se considera capaz de dar fruto” y abre metafóricamente los cuerpos de las mujeres a toda la naturaleza⁸.

De modo similar, una poesía de la biología permite a Edmund Spenser en *The Faerie Queene* llevar el calor de los cielos al cuerpo virgen de Crisógona para la “prodigiosa” concepción de Belfebe y Amoretti⁹. En un cálido día de verano

En una fresca fuente, lejos de la vista de los hombres
Ella bañaba sus senos, en el ardiente calor de la alameda;
Se bañaba con rosas rojas, y alegres violetas,
Y todas las hermosas flores que en el bosque crecen.

Entonces Crisógona queda dormida, desnuda, a la orilla del estanque:

⁷ Anón., *Anthropologia Abstracted: or the Idea of Human Nature Reflected* (Londres, 1655), pág. 74. Según su prefacio, el autor del libro es un doctor en medicina de una gran universidad, que murió joven, más de doce años antes de la publicación del libro. Sobre Ariadna, véase Ovidio, *Metamorphosis*, trad. Mary M. Innes, Harmondsworth, Penguin, 1955, págs. 134-138.

⁸ Christopher Wirsung, *Ein Neues Artzney Buch* (1572), pág. 417. Nicholas Culpepper, *Directory for Midwives* (1696), págs. 67-68, explica que en inglés se llama flores a las reglas porque anteceden a la concepción “como las flores preceden al fruto”.

⁹ *The Faerie Queene*, 3.6.3-8, en *The Poetical Works of Edmund Spenser*, ed. J. C. Smith y E. de Selincourt, Oxford, Oxford University Press, 1912; libro de bolsillo, 1977, págs. 171-172.

Los rayos del sol jugaban sobre su cuerpo,
Que el baño anterior había serenado,
Y se hundieron en su seno, donde anidaron
Con aroma tan dulce e insospechada fuerza,
Que en su carne receptiva pronto fructificaron.

No dice Spenser, ni yo tampoco, que la biología otorgue a este alumbramiento virginal las características de un acontecimiento habitual o que la medicina dé carta de naturaleza a lo que se afirma ser un prodigioso alumbramiento virginal del “seno del rocío de la mañana”. Pero la biología concede resonancia a las metáforas de este pasaje y a su vez la poesía envuelve la biología en sus imágenes. La concepción de Crisógona no pretende ser milagrosa en el sentido de que actúen medios desconocidos. En lugar de ello, Spenser escribe:

Pero enseña la razón que las semillas fecundas
De todas las cosas vivientes, por la impresión
De los rayos del sol en húmeda complexión
Conciben la vida y pronto se animan.

A modo de ejemplo, precisa que los rayos del sol dan vida a las “infinitas formas de las criaturas” en los lodos del Nilo. Estas imágenes del calor generativo, del cuerpo y del sol, no son pura expresión de teorías científicas ya superadas que, una vez mejor comprendida la reproducción, se hayan hecho triviales, incomprensibles o absurdas¹⁰. Pero tampoco es que se entendiera la biología solamente como una forma de poesía: “mero” lenguaje. Es más bien el constante tira y afloja, el diálogo interpretativo entre lo corporal y lo lingüístico, que por sí mismo constituye el sentido del cuerpo en el modelo de carne única.

¹⁰ Transcurrirían más de dos siglos de ensayos experimentales antes de que por fin se rompiera el lazo entre calor y reproducción y se esfumara la posibilidad de la generación espontánea. Desde una perspectiva moderna, los primeros resultados hubieran bastado para demostrar su imposibilidad.

La capacidad de absorción del conjunto del campo lingüístico que he descrito no se muestra tan evidente en ninguna parte como en un par de relatos sobre la generación, que en unas cuantas frases encierran la grandeza de la creación y la tragedia de la caída, la fecundidad de la tierra y los detalles cotidianos de la producción del grano y la cocción del pan. Ambos distan en el tiempo y nacieron en contextos muy diferentes, pero comparten el lenguaje especial de la apertura corporal. El primero corresponde a Hildegarde de Bingen, aquella extraordinaria monja del siglo XII. Imagina la creación de Eva como el arquetipo de la vida nueva, a través del poder y la dulzura del acto sexual:

Quando Dios creó a Adán, experimentó éste durante el sueño que Dios le insuflaba una sensación de gran amor. Y Dios dio forma a aquel amor del hombre y por eso la mujer es el amor del hombre. Y tan pronto como estuvo formada la mujer, Dios concedió al hombre el poder de crear, y a través de su amor —que es la mujer— pudo procrear hijos.

Si este amor es como “un fuego de montañas llameantes”, mientras que el de la mujer es un fuegucillo de leña, fácil de apagar, también ella es “como la suave calidez del sol, que lleva a sazón los frutos”. Después de la caída, su amor ya no es tan suave, sino más apasionado, más violento, más humano, más de este mundo:

Y así, como el hombre todavía siente esa gran dulzura en sí mismo, semejante a la de un ciervo que sacia su sed en la fuente, corre raudamente hacia la mujer y ésta hacia él —ella como el suelo de la era, martilleado por tantos golpes, y calentada cuando los granos son batidos en su interior.

En dos párrafos nos trasladamos desde la creación de Eva durante el sueño de Adán a la generación humana corriente,

comparada a una semilla fecundada por el calor de los ardores sexuales¹¹.

Un relato alemán del siglo XVI crea igualmente un conjunto de metáforas en el que los límites entre el mundo natural y espiritual y entre el cuerpo humano y el resto de la creación se difuminan constantemente. El semen, dice, actúa como una espuma que a través del poder de su esencia espiritual, natural y vivificante (*seelichen, naturlichen und lebendigen Geyst*), crea en la materia un soplo de aire (*ein Blast*) que prepara el camino al corazón. Luego, como las aguas se separaron en la creación, las dos partes exteriores de la espuma se sitúan en los lados, y en el espacio que dejan aparecen diversas partes del cuerpo, produciendo cada espíritu una parte específica. De este modo la esencia espiritual o psíquica (*selisch Geyst*) actúa sobre la parte superior de la fisura y produce la cabeza. Estos hechos extraordinarios se hacen profundamente humanos y mundanos cuando el autor nos dice que otra fuerza de la naturaleza (*natürliche Kraft*) forma una pequeña bolsa (*ein Buetlin*) en la que “se protege el fruto de la destrucción, como la corteza del pan protege la miga (*Brosam*)”¹².

Estas dos imágenes del pan y la generación vinculan las nociones filosóficamente complejas de una gran cadena del ser a la que el crítico ruso Mikhail Bakhtin ha llamado “modo grotesco de representar el cuerpo y la vida corporal”, que “prevaleció en el arte y en las formas creativas de expresión durante miles de años”. El modelo de cuerpos y placeres que he presentado se inscribe en el discurso de la semejanza metafórica y también en una imagen del cuerpo cuyos límites

¹¹ Hildegarda es citada por Peter Dronke, *Women Writers of the Middle Ages*, Cambridge, University Press, 1984, pág. 176.

¹² Lorenz Fries (Laurentius Phryssen), *Spiegel der Artzney* (Estrasburgo, 1518, 1546), págs. 127-128. “Brosam” es un curioso símil para referirse a la protección del feto por el saco/corteza amniótica. Lutero lo utiliza en el sentido de “miga” en la traducción de Lucas 16.21, cuando los perros lamen las heridas de Lázaro, el mendigo, mientras él “desea alimentarse con las migajas [brosam] caídas de la mesa del rico”.

con el mundo son porosos y cambiantes. Este modelo se desplomará con su hundimiento político y estético¹³.

Por "cuerpo grotesco" entiende Bakhtin "un cuerpo en cambio" (o en disolución), un cuerpo fecundo, abierto, en el proceso de reproducirse a sí mismo. Los órganos primarios en este acto de autocreación son aquellos que conciben nuevos cuerpos o, más en general, rompen los moldes de su huésped. Bakhtin los identifica con los intestinos y el pene, omitiendo la matriz inexplicablemente. Los "acontecimientos principales en la vida del cuerpo grotesco" son los que realizan esos órganos: ingestión, eliminación por todos los orificios del cuerpo, copulación, embarazo, desmembramiento. Por el contrario, Bakhtin dice que la "lógica de la imagen grotesca ignora la superficie cerrada, lisa e impenetrable del cuerpo". El cuerpo interior, la sangre y los excrementos, de hecho toda su economía interna, se manifiesta externamente. Además, esta imagen del cuerpo es tal que algunas de sus partes —en especial la sangre— proporcionan un vínculo entre generaciones, un enlace entre la muerte de un cuerpo individual y la continuidad del cuerpo material social. Por último, el cuerpo grotesco es "cósmico y universal". Esto es, las funciones y configuraciones del cuerpo no sólo reflejan el orden cósmico, sino que en buena medida vienen determinadas por él¹⁴.

No todos compartirán con Bakhtin de buen grado su aceptación de la abertura, el desmembramiento y la mutilación del cuerpo; su ceguera a la brutalidad del lenguaje dirigido contra las mujeres; lo romántico del papel que atribuye a lo carnavalesco en la creación de una "vida popular". Sobre todo para mujeres que tenían hijos, debe haber sido poco agradable conocer un mundo en el que cualquier perturbación del orden aceptado —pensamientos crueles, culpabilidad moral, encuentros casuales con personas o cosas, rela-

¹³ Mikhail Bakhtin, *Rabelais and His World*, Cambridge, MIT Press, 1968, pág. 318.

¹⁴ *Ibid.*, págs. 327-318, 320-323. Es curioso que, habiendo incluido el embarazo entre las funciones del cuerpo grotesco, Bakhtin no mencione la matriz como uno de sus órganos centrales.

ciones sexuales inoportunas o en posiciones forzadas— podía influir muy negativamente sobre la carne de sus hijos en el útero.

En 1638, John Winthrop proporciona un retrato espeluznante y dramático de este mundo. Informa a una de las seguidoras de la desterrada Anne Hutchinson sobre un niño nacido con horribles deformaciones. El bebé, nacido muerto, "tenía cara, pero no cabeza, y las orejas, sobre los hombros, eran similares a las de un mono; carecía de frente, pero sobre sus ojos tenía cuatro cuernos, duros y puntiagudos..., el ombligo y todo el vientre, con el sexo, se hallaban donde debería estar la espalda, y la espalda y las caderas delante, en el lugar del vientre". En resumen, todo en el niño estaba tan corrompido como las creencias religiosas de la madre: lo de delante, detrás, animal en vez de humano, duro en lugar de suave; cuando murió en el cuerpo de la madre dos horas antes del parto, "la cama en que la madre yacía, dio una sacudida y se extendió un olor fétido", tan maligno que las mujeres que allí esperaban vomitaron y sus hijos tuvieron convulsiones por primera vez en sus vidas. Todo era corrupción. La comadrona, sospechosa de brujería, "solía dar a las jóvenes aceite de mandrágoras para facilitar la concepción". Además, "al haber entrado en aquel momento en casa" el padre del "monstruo", desde el domingo siguiente fue "cuestionado en la iglesia por diversos errores monstruosos"¹⁵.

En conjunto, esa biología reproductora y tales representaciones de los cuerpos masculino y femenino forman parte de una moda literaria específica que Bakhtin caracteriza en otros registros. Los ataques a lo grotesco que encuentra en autores

¹⁵ *Winthrop's Journal: History of New England, 1630-1649*, ed. James Kendall Hosmer (Nueva York: Scribner's, 1908; reimpresso en 1966), 1.266-269. Para una explicación general de la creación de monstruos que revisa las teorías anteriores, véase Paul-Gabriel Bouce, "Imagination, Pregnant Women, and Monsters in Eighteenth Century England and France", en G. S. Rousseau y Roy Porter, eds., *Sexual Underworlds of the Enlightenment*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1988, páginas 86-100.

como Erasmo, en los que Norbert Elias ha identificado la esencia del "proceso de civilización", asociándolos con el nacimiento del estado absolutista, se convierten también en un ataque al modelo renacentista del sexo y género¹⁶. En el siglo XVIII, una nueva política cultural traerá consigo nuevas metáforas de la reproducción y nuevas interpretaciones del cuerpo femenino en relación con el masculino.

LA REPRESENTACIÓN DE UN SOLO SEXO EN UN MUNDO DE DOS SEXOS

Hablar del sexo biológico es siempre una amenaza de caer en el género teatral, sobre todo si se trata del mundo del sexo único, en cuyo caso puede suceder con una facilidad especial y un virtuosismo retórico. Isabel I explotó de forma brillante las tensiones entre su cuerpo político, masculino, y su cuerpo privado, femenino, creando una erótica de la vida cortesana en que ambos aspectos engendraron facciones entre grandes hombres de su reino que le estaban muy vinculados y también lo estaban entre sí. Podía representar a la atractiva pero inaccesible reina virgen y al príncipe guerrero. En su famosa arenga a las tropas en Tilbury, en 1588, afirmó que "tenía el cuerpo de una mujer débil, escasa de fuerzas, pero el corazón y el estómago de un rey, y además de un rey de Inglaterra". En momentos posteriores de su vida su retórica recurrió cada vez más a las imágenes masculinas. Comenzó a referirse a sí misma con más frecuencia como rey, como el marido de la nación más bien que como su madre virgen. La nación, decía, no debía poner sus ojos en ningún otro *príncipe*, porque ella representaba a un tiempo a Eneas, san Jorge y David. (También Francisco I hizo uso del tema del andrógino, apareciendo en un cuadro con la cabeza de una

¹⁶ Norbert Elias, *La civilisation des moeurs*, París, Calmann-Lévy, 1973; traducción castellana de Agustín García Cotarelo, *El proceso de la civilización*, Madrid, FCE, 1988.

virago¹⁷. Y en una tradición completamente distinta, los hombres se representaban como la apropiación por Adán, el primer hombre, del poder femenino de las mujeres, siendo retratados como *realmente* embarazados.)¹⁸

Deslizamientos de esta índole se dieron en la literatura de todos los países europeos en los comienzos de la época moderna. Hay un cuento popular francés (*fabliau*) en el que un conde cura a su suegra de su engreído entrometimiento en los asuntos de los hombres, afirmando que su conducta impropia procedía de que los "huevos" se le habían bajado a los riñones: "Tenéis huevos como nosotros y por eso vuestro corazón es tan orgulloso. Me gustaría tocarlos y si están ahí tendré que quitarlos." Sus criados la tendieron en el suelo; le dio un buen tajo en la cadera, estiró, "forcejeó" y mostró a su víctima un enorme testículo de toro que previamente había escondido. "Después de esto, ella pensó que era de verdad"¹⁹. ¿De verdad? Desde luego, tanto en la literatura médica como en otros tipos de literatura, circularon ampliamente historias de mujeres que realmente cambiaron de sexo y de repente les creció el pene.

También los cuerpos de los hombres sufrían transformaciones. En el siglo XVI, el "afeminamiento" se entendía como un estado de inestabilidad, un estado de los hombres que por su excesiva dedicación a las mujeres se les parecían cada vez más: en uno de los ejemplos del *Oxford English Dictionary*, de 1589, "se suponía que el rey era... muy enamoradizo y afe-

¹⁷ Leah Marcus, "Shakespeare's Comic Heroines, Elizabeth I, and the Political Uses of Androgyny", en Mary Beth Rose, ed., *Women in the Middle Ages and the Renaissance*, Siracusa, Siracusa University Press, 1986, págs. 141-142. Véase también Carla Freccera, "The Other and the Same: The Image of the Hermaphrodite in Rabelais", en Margaret W. Ferguson, Maureen Quilligan y Nancy J. Vickers, *Rewriting the Renaissance*, Chicago, University of Chicago Press, 1986, págs. 145-158.

¹⁸ Véase Roberto Zapperi, *L'Homme enceint*, París, Presses Universitaires de France, 1983.

¹⁹ "The Lady That Was Castrated", en *Bawdy Tales from the Courts of Medieval France*, trad. Paul Briens, Nueva York, Harper and Row, 1973, págs. 24-35.

minado". Romeo, tras rechazar la pelea con Tebaldo, culpa a las mujeres de su debilidad:

Oh, dulce Julieta
Tu belleza me ha hecho un afeminado
Y ha ablandado en mí el acero de mi valor.
(3.1.111-113)

Por supuesto que ninguno de estos textos exige una lectura como si perteneciera a cuerpos reales y, por tanto, la caída del sexo en la categoría del género. Y si lo hacen, como en el caso de las historias de cambio de sexo, el lenguaje de los textos del siglo XVI puede traducirse fácilmente a términos naturalistas obvios de la ciencia moderna. El lenguaje de Isabel es puramente metafórico; ella es *como* un rey o un marido, pero realmente es reina y doncella. El *fabliau* juega con el tópico de que las mujeres tienen testículos interiores y el narrador puede así *representar* a las mujeres casi convertidas en hombres porque sus "cojones" se han deslizado. La suegra puede creer ingenuamente que el testículo del toro es suyo, aunque el conde y el lector conocen el fraude.

Las historias de hombres que se hacen afeminados son más problemáticas y se hace difícil imaginar lo que sus autores pensaban que sucedió "realmente". En cierto sentido podrían considerarse expresiones de interés hacia los límites de lo que podríamos llamar los roles de género. Pero esto no acaba de funcionar en los contextos textuales que deseo considerar porque, si los cuerpos estaban abiertos a una amplia gama de influencias astrales y terrestres, ¿por qué no abrirlos también a las transgresiones de género? De hecho los cuerpos parecen deslizarse desde su anclaje sexual frente a la sociabilidad heterosexual; congeniar demasiado con las mujeres o dedicarse a ellas en exceso parece conducir a enturbiar lo que podríamos llamar sexo.

En cuanto a las mujeres que cambiaban a hombres, también las explicaciones naturalistas eran problemáticas. En primer lugar, debería cuestionarse que los primeros hombres y mujeres modernos hablaran del cuerpo y lo comprendieran

como nosotros lo hacemos y que sus categorías fueran fáciles de asimilar a las nuestras. Cuando los primeros textos modernos hablan de mujeres que se convertían en hombres o que recibían los estigmas, o que ayunaban durante meses, no lo hacen en un lenguaje científico neutral. Leerlos como tales significa olvidar su especificidad histórica. En segundo lugar, estas explicaciones presumen también una relación fija y moderna entre base y superestructura, entre género y sexo, que es precisamente lo que se cuestiona.

Los textos que voy a considerar aquí —los del extremo corporal del espectro y también los del metafórico— presumen una relación muy diferente. El llamado sexo biológico no proporciona un fundamento sólido a la categoría cultural del género, pero amenaza constantemente con subvertirla. Apunta Foucault una explicación cuando dice que en el Renacimiento, y antes, nada existía como sexo único y verdadero y que un hermafrodita podía considerarse poseedor de los dos, entre los cuales él/ella podía escoger social y jurídicamente. Quizá sea utópico en su afirmación política; la elección de género no estuvo en ningún caso tan abierta a la discreción individual y nadie era libre para cambiar sobre la marcha. Pero tiene razón cuando dice que no era un sexo esencial, verdadero y profundo el que diferenciaba al hombre cultural de la mujer²⁰. Pero tampoco es que hubiera dos sexos yuxtapuestos en proporciones diversas: no había sino un sexo cuyos ejemplares más perfectos eran fácilmente etiquetados como varones al nacer, mientras que los menos perfectos se

²⁰ Michel Foucault, introducción a *Herculine Barbin*, Nueva York, Pantheon, 1980, págs. vii-viii. [La introducción no figura en la edición francesa, París, Gallimard, 1978; existe traducción castellana, *Herculine Barbin, llamada Alexina B.*, Madrid, Revolución, 1985.] Ivan Illich está en la misma línea cuando distingue el "sexo económico" del "género vulgar". El primero es, en mi opinión, lo que sexo significa generalmente en el mundo moderno, una "dualidad complementaria"; el segundo significa "la polarización de una característica común", que es aproximadamente lo que yo considero el sexo en el modelo unisexo. Tanto sexo como género, dice Illich, "son relaciones sociales con apenas una tenue vinculación con la anatomía". *Gender*, Nueva York, Pantheon, 1982, pág. 14.

consideraban hembras. La pregunta moderna sobre el sexo "real" de una persona carecía de sentido en aquel periodo, no porque hubiera dos sexos mezclados, sino porque sólo había uno del que echar mano, compartido por todos, desde el guerrero más fuerte hasta el cortesano más afeminado, desde la más agresiva virago hasta la más gentil doncella. En realidad, en ausencia de un sistema significativamente estable de dos sexos, las leyes estrictamente suntuarias del cuerpo intentaron estabilizar el género —la mujer como mujer y el hombre como hombre— y los castigos para las transgresiones fueron bastante severos.

En este mundo, el cuerpo, con su sexo único y elástico, era mucho más libre para expresar el género teatral y las ansiedades de ese modo producidas de lo que lo sería cuando vino a considerarse como fundamento del género. Se describe y explica el cuerpo como si representara el dominio del género y el deseo; su aparente inestabilidad marcaba la inestabilidad, e incluso la imposibilidad, de un mundo completamente masculino en el que sólo existía el deseo masculino homorótico. Un cuerpo abierto, en el que las diferencias sexuales eran cuestión de grado más que de clase, se enfrentaba a un mundo de hombres y mujeres reales y de claras distinciones jurídicas, sociales y culturales entre ellos.

Doscientos años después de los *fabliaux*, el mundo omnimaculino de la clase aristocrática guerrera se había debilitado. Las cortes eran todavía abrumadoramente masculinas, pero ahora se exigía al cortesano algo más que proezas militares y brutalidad desnuda. El éxito político y social dependía no sólo del poder y de la astucia, sino de habilidades más sutiles de cortesía, atuendo, conversación y todas las artes para "modelarse a sí mismo".

La obra de Castiglione titulada *El libro del cortesano* está llena de angustia, expresada en el lenguaje del cuerpo, porque los hombres ocupados en tales menesteres —en cortejar a las mujeres con asiduidad— podrían llegar a ser como ellas y, lo que es más amenazador, que las mujeres llegaran a ser como hombres. Aparece esto sobre todo en una discusión banal del libro 3, en la que se habla del valor de la mujer, con reitera-

ción de los argumentos misóginos y antimisóginos de la *querelle des femmes*²¹. Pero la preocupación de los cortesanos por afeminarse aparece también en otros lugares del tratado. Los hombres pueden adquirir una apariencia "blanda y femenina" por un exceso de refinamiento —rizándose el cabello, depilándose las cejas, mimándose "a sí mismos en todo como hacen las mujeres más caprichosas y deshonestas del mundo". Los hombres de esta clase parecen perder la consistencia y estabilidad de la perfección masculina y caer en una imperfección inestable y cambiante. El afeminamiento se convierte en una especie de disolución fantasmagórica: "parecía que sus miembros iban a desprenderse..., el hombre se empequeñecía como si en ese momento rindiera el espíritu"²².

El misógino señor Gaspar de Castiglione afirma que la música es un pasatiempo para mujeres y para quienes tienen apariencia de hombres, pero no actos, para aquellos que afeminarían sus mentes y se "precipitarían en esa especie de muerte pavorosa". Habla como si el cuerpo fuera incapaz de resistir las presiones de un género desdibujado y pudiera en cualquier momento cambiar de hecho para igualarse con su perversión social. Llega a sugerir Gaspar que la propia heterosexualidad puede llevar a un hombre a la ruina como tal. Cita a Aristóteles para afirmar que una mujer ama siempre al primer hombre con quien hizo el amor —porque en definitiva "recibió del hombre la perfección"— mientras que un hombre odia a su primer amor porque "el hombre [recibe] imperfección de la mujer". Por extensión odia a todas sus sucesivas amantes porque "todo hombre ama de modo natu-

²¹ Desde luego hay otras tradiciones en que se da este debate. Además de MacLean, *Renaissance Notion of Woman*, véase Manfred Fleischer, "Are Women Human? The debate between Valens Acidalius and Simon Geddicus", *Sixteenth Century Journal*, 12.2 (1981), 107-120. Buena parte de esto recuerda el interés clásico por el aspecto corporal y el afeminamiento, tema sobre el cual puede verse Maud Gleason, Cap. 2, nota 80.

²² Castiglione, *The Book of the Courtier* (1561), trad. Thomas Hoby, Londres, Dent, Everyman's Library, 1966, pág. 39. [Traducción castellana de Juan Boscán, *El cortesano*, Madrid, Cátedra, 1994; existen otras ediciones.]

ral aquello que le hace perfecto y odia lo que le hace imperfecto²³.

Existe también el peligro inverso de que pensamientos o acciones inapropiados a su género conviertan a las mujeres en hombres. Julián, uno de los personajes moderados de Castiglione en cuestión de mujeres, las previene contra la iniciativa de “aquellos ejercicios viriles tan enérgicos y excesivos”, contra la práctica de “movimientos violentos y forzados” cuando bailan o incluso cantar o tocar instrumentos “con variaciones fuertes o repetidas”²⁴. La preocupación se dirige aquí hacia las mujeres que interpretan música poco adecuada para ellas, con transgresión de los límites del género; parece que las conductas inapropiadas pueden provocar realmente un cambio de sexo. Quiero reforzar esta interpretación comparando a Castiglione con relatos casi contemporáneos —de Michel Montaigne y del cirujano jefe de Carlos IX, Ambroise Paré— que informan sobre una muchacha cuyos “movimientos vivos y violentos” y otras actividades masculinas la condujeron, o se dice que la condujeron, al tipo de cambio de sexo que temía el cortesano Julián.

La historia de María convertida en Germán se encuentra en una colección de relatos y observaciones clínicas de Paré: una muchacha, otra María, que se convirtió en Manuel cuando le creció el pene “en la época de la vida en que las muchachas inician sus reglas”; un joven de Reims que vivió como una chica —lo que parecía anatómicamente— hasta los catorce años, cuando él/ella, “mientras jugaba y saltaba” con una camarera, adquirió de repente las partes genitales masculinas. Es como si hacer el amor al estilo de un hombre le hubiera dotado repentinamente de los órganos para hacerlo “propiamente”. (Quizá siempre había sido un hombre con cuerpo de mujer, de modo que su género, si no su sexo, hizo que aquel encuentro se convirtiera en heterosexual, cosa que la carne se encargó de confirmar. O quizá era una mujer con

²³ *Ibid.*, pág. 200. No he podido encontrar este pasaje en Aristóteles a partir de la cita que da el editor Thomas Hoby.

²⁴ *Ibid.*, págs. 193-194.

una pasión homosexual por una sirvienta que se salvó del pecado por un cambio de sexo de última hora.) No puede decirse, y esto es precisamente lo que importa. Un poco más de calor o representar el papel del otro género pueden hacer surgir un pene de repente, lo cual autoriza al portador a hacer uso de la marca del falo, es decir, a ser designado hombre.

La historia de Paré, en la que un movimiento violento desempeña un papel causal importante —ésta es la recogida por Montaigne—, trata de Germán Garnier, bautizado María, que estuvo sirviendo en el séquito del rey cuando el famoso cirujano le/la conoció. El sirviente Germán era un joven bien formado, de espesa barba roja, quien hasta la edad de quince años (veintidós en la versión de Montaigne) había vivido y vestido como una muchacha, sin mostrar “signo alguno de virilidad”. En cierta ocasión, en el calor de la pubertad, la muchacha saltó una valla persiguiendo unos cerdos por un trigal: “en ese preciso instante los genitales y la verga viril vinieron a desarrollarse en él, después de romper los ligamentos que los habían mantenido encerrados”²⁵. María, que pronto dejaría de serlo, corrió a casa a ver a su madre, quien consultó a médicos y cirujanos, todos los cuales aseguraron a la sorprendida mujer que su hija había pasado a ser su hijo. Llevóle ella al obispo, quien convocó una asamblea que decidió que, en efecto, había tenido lugar una transformación: “la pastora recibió nombre de varón: en lugar de María pasó a llamarse Germán y se le dieron ropas masculinas”. (Algunos continuaron llamándole María-Germán como recuerdo de que había sido una chica.) Tanto en su *Diario de viaje* como en los *Ensayos*, Montaigne relata la misma historia, a la que añade la observación de que todavía quedaba en la zona “una canción, por lo común en boca de las chicas, en la que se advertían entre ellas que no debían abrir demasiado las piernas por miedo a convertirse en hombres, como María-Germán”. Era

²⁵ Ambroise Paré, *Des monstres et prodiges*, Ginebra, Slatkine Reprints, 1970 [traducción castellana de Ignacio Laezechavarría, *Monstruos y prodigios*, Madrid, Siruela, 1987].

la respuesta de las muchachas a los peligros del afeminamiento²⁶.

Paré ofrece la siguiente explicación, completamente naturalista, a la transformación de María: el hecho es que “las mujeres tienen oculto en el cuerpo lo mismo que los hombres muestran en el exterior; lo único que cambia es que no tienen tanto calor, ni la capacidad de sacar afuera lo que por la frialdad de su temperamento se mantiene ligado en el interior”. Por eso en la pubertad, los saltos, el sexo activo y algunas otras circunstancias que hacen que “el calor se haga más robusto” pueden ser suficientes para que se rompa la barrera interior-exterior y se produzcan en una “mujer” las marcas de un “hombre”. El erudito Gaspard Bauhin lo expone sucintamente: “las mujeres han cambiado a hombres” cuando “el calor, al hacerlas más vigorosas, empuja los testículos al exterior”. Pero la razón de que el calor actúe de este modo y no a la inversa —los hombres no pueden transformarse físicamente en mujeres— tiene tanto de metafísico como de fisiológico en un sentido moderno. En la gran cadena del ser, el movimiento es siempre hacia arriba: “en consecuencia, jamás encontramos en una historia verdadera que un hombre se haya convertido en mujer, porque la Naturaleza tiende siempre hacia lo más perfecto y, por el contrario, no actúa nunca de modo que lo que es perfecto se haga imperfecto”²⁷.

Paré, Montaigne y Bauhin se inscriben desde luego en una larga tradición que se remonta a la Antigüedad. Todos ellos citan a Plinio, quien afirma que “la transformación de mujeres en hombres no es una historia infundada” y que en adición a diversos casos procedentes de fuentes fiables, él mismo “vio en África una persona que se había convertido en

²⁶ Michel de Montaigne, *Travel Journal*, trad. Donald Frame, San Francisco, North Point Press, 1983, págs. 5-6. Véanse también Montaigne, *Ensayos*, vol. I, Madrid, Cátedra, 1.2.

²⁷ Gaspard Bauhin, *Theatrum anatomicum* (Basilea, 1605), pág. 181, citado en William Harvey, *Lectures on the Whole Anatomy [Prelectiones anatomiae universalis]*, trad. C. D. O'Malley, F. N. L. Poynter y K. F. Russell, Berkeley, University of California Press, 1961, pág. 132 y n. 467.

hombre el mismo día en que tomaba esposo”²⁸. (Hay otro relato en el *corpus* griego sobre una muchacha de trece años que sufrió un severo dolor de estómago en la víspera de su matrimonio y evitó convertirse en esposa todavía niña cuando cuatro días después lanzó un gran alarido al expulsar los genitales masculinos.) Sir Thomas Browne, célebre médico y escritor inglés del siglo XVII, concluía en sus *Vulgar errors* —denuncia de una serie de falsas creencias populares— que no podía negarse el paso de un sexo a otro en las liebres, “dado lo observado en el hombre”. El hombre, después de todo, es de “condición andrógina”²⁹.

Para los protagonistas de *El cortesano*, o incluso para el conde que castró a su suegra en el *fabliau*, la lección de las historias de Paré y de la tradición que procede de los griegos no es que una mujer pueda en un momento dado cambiar de sexo y convertirse en hombre o, lo que es peor, que un hombre pierda su miembro y se convierta en mujer. La angustia del hombre ante el afeminamiento o la de la mujer hacia la adquisición de rasgos masculinos puede encontrar eco en el relato de María-Germán, pero el género que representa no puede ser la causa o incluso no podría darle crédito. En otras palabras, los cambios reales de sexo no son correlatos objetivos de los imaginados. Si el único peligro consistiera en esas transformaciones extraordinarias, las aterradoras erosiones de las fronteras entre sexo y género no ocuparían un lugar tan destacado como ocupan en tantas clases de literatura.

El problema consiste más bien en que en el mundo ima-

²⁸ Plinio, *Natural History*, trad. H. Rackham, Loeb Classical Library, Londres, Heinemann, 1942, 7.4.36-38, vol. 2, pág. 531. [Existe versión castellana, *Historia natural*, editada en 1982 por el Ministerio de Industria y Energía.]

²⁹ Sir Thomas Browne, *Pseudodoxia Epidemica: or, Enquiries into Vulgar and Common Errors* (1846). La obra pornográfica del siglo XVII de J. B. Sinibaldi, *Rare Verities: The Cabinet of Venus Unlocked and Her Secrets Laid Open* (Londres, 1658), tiene un capítulo que responde afirmativamente a la cuestión de “si las mujeres pueden cambiar de sexo”. Véase Roger Thompson, *Unfit for Human Ears*, Ottawa, Rowman and Littlefield, 1979, págs. 168-169.

ginario que estoy describiendo no existe un sexo "real" que en principio fundamente y distinga los dos géneros de forma reduccionista. El género forma parte del orden de las cosas; mientras que el sexo, aunque no sea enteramente convencional, tampoco es sólidamente corporal. Desde esta perspectiva resultará inútil la forma moderna de pensar en estos textos, de indagar qué le sucede al sexo mientras los roles de los géneros se hacen indistintos. En el Renacimiento, lo que hoy llamamos sexo y género está atrapado en un círculo de significados del que es imposible escapar a un supuesto sustrato biológico.

El relato que hace Montaigne de la transformación de Germán en su ensayo "De la fuerza de la imaginación" ilustra bien este punto. El ensayo oscurece deliberadamente lo que el autor piensa que sucedió realmente a la muchacha que saltó la cerca; simplemente rehusa entretenerse en la cuestión de lo que es imaginario o real en la historia. La fuerza de la imaginación hace que salgan cuernos en la cabeza de Cyppus, rey de Italia, que había presenciado el tormento de un toro y había "soñado con cuernos en su cabeza". Montaigne cita informaciones de Plinio según las cuales había visto mujeres que se convertían en hombres en su noche de bodas.

Por último, precisamente antes de la historia de Germán, Montaigne aporta otro ejemplo —esta vez de Ovidio— de aparición de un pene: "Era Iphis un muchacho que cumplió el compromiso, / que había hecho siendo doncella"³⁰.

Es éste el final feliz de la historia de una muchacha que había nacido y crecido como chico, y que fue comprometido por su padre para casarse con una hermosa muchacha y que justo a tiempo —en respuesta a las oraciones de su virtuosa madre— se convirtió en un chico: sus rasgos se afilaron y crecieron sus fuerzas, que posiblemente hicieron que le creciera el pene hasta igualar el falo que antes tenía dentro.

³⁰ Ovidio, *Metamorfosis*, 9.794. Véase también Barkan, sobre Iphis, en *Gods Made Flesh*, págs. 70-71.

Montaigne no aclara en ningún momento qué tiene que ver este mito con la muchacha que perseguía sus cerdos en Vitry, a cuya transformación presta luego su testimonio personal³¹. Tampoco está claro cómo debemos tomar la siguiente afirmación extraordinaria, que parece normalizar lo sucedido a Iphis y María con el pretexto de que los hombres podemos conceder penes a todas las mujeres, puesto que de todas maneras ellas tendrán uno:

No es tan gran maravilla que este tipo de accidente se dé con frecuencia. Porque si la imaginación tiene poder sobre tales cosas, está tan continua y vigorosamente fijada en estos temas que para no recaer tan a menudo en el mismo pensamiento y en la agudeza del deseo, es mejor que, de una vez por todas, se incorpore el miembro masculino a las muchachas³².

¿Quiere esto decir que a las mujeres les gustaría tener pene, que desearían intensamente tenerlo y en consecuencia lo obtienen? ¿Desean tener uno propio o bien Montaigne ironiza con la seguridad de que desean el pene de un hombre (el suyo)? ¿Por qué es mejor darles un pene "de una vez por todas"? ¿Porque lo tendrán de todas maneras? Lo que se supone real e imaginario, lo representacional y lo efectivo, falo y pene, todo queda desesperantemente confuso.

³¹ La historia de María no se encuentra en el texto "A" de los *Ensayos*, pero fue añadida posteriormente por Montaigne. Esto puede justificarse por qué los comentarios sobre la imaginación parecen aplicarse más directamente a la historia de Iphis que a la nueva interpolación. Véase *Œuvres complètes*, París, Gallimard, 1962, págs. 96, 1453.

³² En el libro I, cap. 8, "De la ociosidad", Montaigne parece considerar la imaginación como una fuerza externa capaz de actuar sobre el cuerpo. En suelo fértil germina todo tipo de hierbas, a menos que esté trabajado y sembrado convenientemente. De modo análogo, las mujeres "producen ellas solas amasijos y trozos de carne informes" a menos que "se las preñe con otra semilla". (Véase Capítulo II sobre la mola.) Lo mismo sucede, continúa, con la mente, que a menos que esté ocupada en algún asunto, "se lanza desbocada aquí y allá, por el campo difuso de las imaginaciones".

Quizá esté en juego el propio pene de Montaigne. Después de otros rápidos homenajes al poder de la imaginación —los estigmas, las cicatrices del rey Dagoberto, su amigo que se desmaya y es acostado después de oír algo sobre otro individuo con las mismas desgracias—, se centra en el único tema persistente en el ensayo: la impotencia y el poder de la imaginación, y de las mujeres, para provocarla. Se decía que algunas mujeres de Scythia tenían el poder de matar con sus miradas a los hombres que las habían enojado; otras “nos” inflammarían con la intención de “extinguirnos”; las tortugas y los avestruces incuban sus huevos sólo con la mirada, “prueba de que tienen virtudes eyaculadoras”; las mujeres que transfieren marcas a sus hijos en el útero; una joven insólita, de Pisa, se presentó a Carlos de Bohemia porque era vellosa a consecuencia de que su madre tenía sobre la cama un cuadro de Juan el Bautista cuando la joven fue concebida. Y muchas cosas más.

Quizá en todo esto hay mucha ironía por parte de Montaigne. Pero el ensayo no permite certezas en cuanto a las fronteras del sexo. Su impotencia —ese encontrarse a sí mismo tan breve—, el nuevo pene auténtico de Germán y la incorporación “de esa parte viril en las mujeres”, que ya la tenían dentro, forman parte del mismo torbellino discursivo. Una discusión tan centrada en el género —esto es, un hombre que escribe sobre su órgano— parece flotar sobre un abismo de sexo de fábula en el que los penes van y vienen a impulsos del espíritu.

Quiero ilustrar los límites movedizos del sexo y las distinciones más rígidas del género en otro contexto: la corte del lascivo Francisco I. Se trata de un escenario cultural de fuerte base en el género. Fue aquélla la corte en la que la Diana de la famosa *Ninfa de Fontainebleau*, de Cellini, fue inquietantemente situada sobre el pórtico de acceso al palacio, objeto de una atención indudablemente masculina y en especial de la mirada privilegiada del rey. Aquí, los hombres, para divertirse, hacían blasones y contrablasones sobre el tema de las partes de las mujeres, construcciones ideológicas del cuerpo femenino. En este discurso entre hombres, las tetas hermosas

—de marfil, rosadas, como una fruta— se enfrentaban poéticamente con las poco afortunadas —negras, caídas, malolientes o informes³³.

Y también la anatomía cortesana tuvo su base en el género. La obra del médico del rey, Charles Estienne, artísticamente magnífica y científicamente intrascendente, es producto de una ciencia implícitamente masculina. Inteligencia y manos masculinas abren los cuerpos y revelan los secretos de la naturaleza, e incluso cuando las ilustraciones muestran cuerpos del sexo masculino lo hacen para edificación de los lectores varones (figs. 13-14). Estienne previene a sus estudiantes para que oculten la cara y las partes privadas de sus cadáveres de modo que no distraigan la atención de los espectadores³⁴.

Hay en todo esto un poderoso componente homosexual en el que las mujeres parecen actuar de intermediarias y crear lazos entre los hombres. Pero en el texto de anatomía de Estienne las mujeres son todavía agresivamente convencionales en su encanto heterosexual. El primer grabado (figura 46) de una serie que ilustra el sistema reproductor femenino proclama las “voluptuosas” cualidades eróticas femeninas de la modelo. ¿Y por qué no? De hecho se trata de una reconstrucción de *Venus y Cupido*, del florentino Perino

³³ Véase Nancy J. Vickers, “The Mistress in the Masterpiece”, en Nancy K. Miller, ed., *The Poetics of Gender*, Nueva York, Columbia University Press, 1986, págs. 36 y 19-41. He consultado también el manuscrito de Vickers “Blazon”, que discute con detalle este nuevo género cortesano que “adoptó su elaboración definitiva en un volumen colectivo de 1543 titulado *Blasons anatomiques du corps féminin*”. Sobre los esfuerzos de las mujeres para dejarse oír entre las voces masculinas, véase, por ejemplo, Ann Rosalind Jones, “City Women and Their Audiences: Louise Labé and Veronica Franco”, en *Rewriting the Renaissance*, págs. 299-316.

³⁴ Charles Estienne, *La dissection des parties du corps humain* (París, 1546), 3.41, en el contexto de la explicación de cómo organizar el escenario de una disección. Presumo que las partes potencialmente atractivas son las de las mujeres, pero la expresión *partie honteuse*, aunque femenina, se usa de forma indistinta para referirse a las “partes vergonzosas” de ambos sexos.

del Vaga (fig. 47)³⁵. Una cortina anudada en forma de saco, que al menos en el arte septentrional de la época era un icono de la matriz, se añadió a la figura 47 en el proceso de reacondicionar a Venus para que pudiera servir al propósito científico de la figura 46. Un vaso ha reemplazado al querubín. También representa la matriz —el útero con asas como “vasijas seminales” y el hombre barbado como ovarios— tanto lingüísticamente como por su forma (en latín *vas*, en francés *vase*, recipiente o vasija). En el suelo hay algunos instrumentos quirúrgicos y en el vientre de Venus se ha practicado una ventana que alberga un grabado de la placenta. Mirando a través de ella vemos que la diosa del amor, en su nueva encarnación como modelo anatómico, está embarazada³⁶. Otro grabado (fig. 48) la muestra en una postura ligeramente diferente aunque no menos sugestiva, reclinada sobre lujuriosos almohadones, esta vez con una ventana en el grabado que muestra su matriz, en la que se ha recortado una segunda ventana. La placenta, vista desde fuera en la figura 46, reposa ahora sobre la mesilla donde antes estuvo Cupido,

Finalmente, en la pose más provocativa de la serie (figura 49), Venus parece contorsionarse en éxtasis sobre lujosos cojines. Su mano se mantiene en la almohada, su pie busca apoyo en el cofre mientras ella reposa en el borde de la cama. Se hace preciso recordar que se trata solamente del fondo para un dibujo anatómico: el hígado y el intestino están a la vista, los genitales impudicamente expuestos. Pero esos órganos genitales, que en un contexto legal los anatomistas del Renacimiento hubieran considerado propios para distin-

³⁵ Jacques-Louis Binet y Pierre Descargues, *Dessins et traités d'anatomie* (París, 1980), págs. 39-40.

³⁶ Susan Koslow, “The Curtain-Sack: A Newly Discovered Incarnation Motif in Rogier van der Weyden’s *Columba Annunciation*”, *College Art Association Proceedings*, febrero 1985. *Vas* en el uso clásico latino se empleaba con más frecuencia en sentido sexual para referirse al pene y los testículos (Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, págs. 41-83, 88); es bastante probable que Estienne incluyera un objeto similar en el grabado de un hombre. Una vez más, sin embargo, la nomenclatura para el sistema reproductor enturbia los límites de la diferencia.



Fig. 46 (izqda.). Figura femenina de la obra de Charles Estienne, *La Dissection des parties du corps humain* (1546), en la que se ha recortado la pared abdominal para mostrar la placenta. La sección de importancia anatómica se ha insertado sobre una figura tomada de otro lugar para este fin



Fig. 47 (dcha.). *Venus y Cupido*, grabado de Perino del Vaga aprovechado por Estienne para el modelo anatómico de la figura 46

guir entre hombre y mujer, son precisamente como los masculinos. Estienne es profunda y obsesivamente galénico:

de modo que lo que en las mujeres es interior, es lo que sobresale en los hombres, pero lo que es el prepucio en los hombres es la parte exterior del órgano de las mujeres. Porque, como dice Galeno, lo que veis a modo de abertura a la entrada de la vulva en las mujeres, eso realmente se encuentra en el prepucio del miembro viril.

Continúa de esta forma en varios párrafos más, para asegurarse de que los lectores comprenden que las figuras femeni-



Fig. 48. Este desnudo de la *Dissection* de Estienne muestra la matriz abierta, los riñones y los grandes vasos. La placenta representada en la figura 46 reposa ahora sobre un taburete. De nuevo la sección de interés anatómico aparece insertada en una figura realizada con otro propósito



Fig. 49. Último de los grabados de la serie de desnudos femeninos de la *Dissection* de Estienne. Éste muestra la matriz con su “cuello” (la vagina y sus pliegues) y su “boca” (partes *pudendas* exteriores)

nas claramente erotizadas que ha presentado tienen realmente los mismos genitales que los hombres: “lo que llamamos cuello de la matriz se corresponde con el fuste de la verga, y es parecido... lo que es una pequeña cobertura en la abertura de la vulva, aparece talmente como una excrecencia circular en los genitales masculinos”³⁷. Incluso en su minúsculo compar-

³⁷ Estienne, *Dissection*, 3.7.



Fig. 50. Una mujer embarazada, con la matriz abierta, está sentada en un patio, mientras un hombre en el balcón, (parte superior izquierda), mantiene colgando un rollo de papel y eleva sus ojos al cielo. El grabado procede de una versión latina de la *Dissection* de Estienne

timiento podemos ver el cervix y la vulva representados con estructuras con la forma del glande. Durante el Renacimiento estuvo ausente la noción, tan extendida desde el siglo XVIII, de que existía algo concreto y específico, en el interior, en el exterior o en todo el cuerpo, que definía lo masculino como opuesto a lo femenino y proporcionaba el fundamento para la atracción de los opuestos.

En una de las ilustraciones (fig. 50) del libro de Estienne, un hombre —quizá Everyman— se encuentra en un balcón que da a una plaza pública con abundantes escombros (quizá ruinas). Tiene la cabeza ligeramente alzada y mira a lo lejos a través de una lente, sin reparar en una mujer desnuda, embarazada y con el vientre abierto, sentada incómodamente como en un trono. Pese a su presencia en un libro de anatomía, este grabado, como los demás de Estienne que he comentado, se queda en lo más superficial. Son grabados teatrales, que muestran apariencias, fetiches eróticos. Imágenes de San Sebastián que se retuercen, hombres que se desgarran a sí mis-

mos, mujeres desnudas en patios y cuadros dramáticos similares cautivan la vista, mientras que los órganos propiamente dichos solicitan la atención discretamente. En resumen, se trata de grabados anatómicos sobre el género y no sobre lo que podríamos llamar sexo o sobre las estructuras que distinguen lo masculino y lo femenino en el cuerpo. En este último aspecto ofrecen información más bien escasa.

En uno de los diálogos eróticos de Pietro Aretino, la prostituta Nanna se deleita precisamente en esta teatralidad del sexo. Es evidente que es una mujer, diferente de un hombre tanto por su astucia como por su biología. Un "par de exquisitas nalgas" —que las ropas de la época muestran más en hombres que en mujeres— son el origen de su poder. Los "misterios del hechizo" reposan entre sus piernas, dice, cambiando de terreno. ¿Pero qué tiene entre sus piernas? Una abertura vaginal "tan delicadamente hendida que apenas puede hallarse el lugar en que se encuentra"³⁸. Sus poderes eróticos no residen en la anatomía sexual, sino en una erotización inmensamente poderosa de su superficie. Lo que importa es el género, no el sexo. La hendidura fina, invisible, cerrada, no la vagina y los órganos interiores, es lo que define a Nanna como deseable, y se precisa de un arte considerable para hacer que la naturaleza "se predisponga a abrirla".

SEXO, GÉNERO, MÉDICOS Y LEY

Los médicos del Renacimiento entendieron que sólo podía haber un sexo. Por otra parte, era manifiesto que había al menos dos sexos sociales con derechos y obligaciones radi-

³⁸ Aretino's *Dialogues*, trad. Raymond Rosenthal, Nueva York, Stein and Day, 1971, págs. 169-170, citado en Laura Walvoord, "A Whore's Vices Are Really Virtues": Prostitution and Feminine Identity in Sixteenth Century Venice", investigación inédita, Berkeley, 1987. Walvoord sostiene que los sistemas simbólicos cambiantes se llevaban a término por medio de las prostitutas. [Traducción castellana a cargo de José Santina de los *Diálogos amenos*, de Pietro Aretino, Barcelona, Edicions 62, 1984.]

calmente diferentes, que en algún modo se correspondían con niveles más o menos elevados de la escala corporal del ser. Ningún tipo de sexo —social o biológico— podía considerarse fundamental o primario, aunque las divisiones del género —las categorías del sexo social— se interpretaban como naturales más allá de toda duda. Si bien se aceptaba que el sexo biológico era más importante, porque sirve en general como base del género, éste presentaba el mismo valor en el dominio de la cultura y el significado. El pene era, por tanto, un símbolo del estatus más bien que signo de alguna otra esencia ontológica profundamente enraizada: el sexo *verdadero*. Podía interpretarse como una suerte de certificado, como sucede hoy con un diploma de médico o de abogado, que concede a quien lo posee ciertos derechos y privilegios. Examinaré en esta sección cómo se determinaba el sexo en casos de dificultad, con el fin de asignar una persona a una categoría de género clara y sin ambigüedades. Mostrar cómo se fijaba el sexo en casos extremos quizá pueda arrojar luz sobre su definitiva naturaleza cultural y sobre las tensiones entre un sexo sin límites y las fronteras del género, que tanto importaban.

En el curso normal de los acontecimientos, la asignación de sexos, naturalmente, no presentaba problemas. Las criaturas dotadas con pene externo se proclamaban niños y pasaban a disfrutar de los privilegios y obligaciones de tal estatus; quienes tenían solamente pene interno se asignaban a la categoría inferior de niña. En un mundo en el que el nacimiento revestía gran importancia, el sexo era otra característica atribuida que tenía consecuencias sociales; ser de uno u otro sexo confería al individuo ciertas consideraciones sociales, lo mismo que ser de noble cuna autorizaba a vestir armiños dentro de las leyes suntuarias que gobernaban el vestido. El atuendo, la ocupación y objetos concretos del deseo se permitían a unos y no a otros, en función de que hubieran tenido el suficiente calor para forzar la salida de un órgano al exterior. De este modo el cuerpo parecía el fundamento absoluto de todo el sistema de género bipolar.

Pero el sexo es un fundamento inestable. Los cambios en

las estructuras corporales o el descubrimiento de que las cosas no son lo que en principio parecen, podrían impulsar fácilmente un cuerpo desde una categoría jurídica (mujer) a otra (hombre). Esas categorías se basaban en distinciones de género —activo/pasivo, caliente/frío, formado/informe, informante/formable— de las cuales un pene externo o interno era sólo el signo diagnóstico. La masculinidad o la feminidad no residían en nada en particular. Así, en cuanto a los hermafroditas, la cuestión no era “de qué sexo son *verdaderamente*”, sino hacia qué género les impulsa con mejor disposición la propia arquitectura de sus cuerpos. El interés de los magistrados se centraba menos en la realidad corporal —en lo que llamaríamos sexo— que en mantener límites sociales claros, en mantener las categorías de género.

Dice Colombo que los hermafroditas “se consideran masculinos o femeninos, según su superabundancia, según sean más adecuados, o crean serlo, para formar seres humanos o para recibirlos”³⁹. Se asigna el sexo como consecuencia de la capacidad formativa; una vez más, ser varón es ser padre, lo cual es ser autor de vida. Cuanto más se acerca a la “creatividad” una criatura es más masculina. A la inversa, señala Colombo que las dificultades para diagnosticar el sexo de una mujer que había visto surgían de que aquélla “era incapaz de ser *justamente activa o pasiva*”. La razón de la inseguridad se presenta como de índole orgánica: “su pene no excede de la longitud o el grosor del dedo meñique”, mientras que “la abertura de su vulva era tan estrecha que apenas dejaba espacio para la punta del dedo meñique”⁴⁰. Si Colombo se hubiera

³⁹ Colombo, *De re anatomica*, (1559), “De las cosas que raras veces se presentan en anatomía”, 15, págs. 494-495.

⁴⁰ *Ibid.* Colombo estaba naturalmente fascinado por esta “mujer”, pero no intervino clínicamente en el que, incluso a distancia de siglos, se percibe como un caso triste y enojoso. “La pobre mujer deseaba que yo le cortara el pene con un cuchillo, un pene que, según decía, era un impedimento cuando deseaba tener una relación sexual con un hombre. Me pidió también que le agrandara el orificio de la vulva para que fuera capaz de acoger al hombre. Pero yo, que a menudo gusto de percibir las diferencias entre dichos complementos, la disuadí con palabras. Porque no me atreví

encontrado ante un tribunal, habría aplicado los criterios médicos comúnmente aceptados para decidir qué órgano debería decidir el sexo. Pero aquí no lo hace y no dice cuál es el órgano real. Esta persona se consideraba mujer porque social y jurídicamente lo era, aunque no podía representar “correctamente” el rol pasivo ni jugar el activo, porque hubiera constituido una seria violación de las leyes suntuarias del sexo el hecho de pretender ser un hombre y vestirse por encima de su posición. Vendría a ser como si, en el contexto más general del comienzo de la época moderna, se hubiera transferido al mundo del género un comportamiento por encima de la posición personal, basado en la ruptura de las redes de protección, en los efectos perniciosos del dinero y en la aparición de nuevos cargos auspiciados por el Estado.

En el siglo XIX, la conducta ya no tiene importancia. La cuestión del sexo es biológica, pura y simple, escribe el destacado médico forense francés Ambroise Tardieu. Se trata de “una mera cuestión de hecho que puede y debería ser resuelta por un reconocimiento anatómico y fisiológico de la persona de que se trate”. Cualquier noción de auténtica ambigüedad o neutralidad sexual carece de sentido porque el sexo está ahí, presente en todo el cuerpo⁴¹. A finales del siglo XVI, la situación era muy diferente; una mujer que asumiera el rol del hombre al hacer el amor con otra mujer se aceptaba que era una “rozadora” (*fricatrice*), una mujer que asumía ilícitamente el papel activo, la que frotaba cuando debiera haber sido la frotada. Se le acusaba como mujer que violaba una ley del género al representar la parte del hombre durante la cópula.

Marie de Marcis estuvo a punto de morir en la hoguera

a satisfacer su petición, ya que no creí que pudiera hacerse sin riesgo de su vida”.

⁴¹ Ambroise Tardieu, *Questions médico-lécales de l'identité dans les rapports avec les vices de conformation des organes sexuels*, París, 1874, 2.^a ed., págs. 18-32. Debo a Vanessa Schwartz esta referencia. El caso que provocaba la indignación de Tardieu parece ser el de Herculine Barbin, aunque Foucault lo entiende de otra manera (véase nota 20).

por esta transgresión⁴². Fue bautizada con nombre de mujer y creció hasta lo que parecía un estado adulto normal en un pueblo cercano a Ruán. Sus señores testificaron que tenía periodos regulares y el testimonio médico en su proceso confirmó que, en efecto, había pertenecido a tal género desde su nacimiento. Pero se enamoró de la sirvienta con la que compartía la cama, lo que le reveló que tenía pene y, por tanto, era hombre. Ambos deseaban casarse.

En lugar de ser reconocida públicamente como hombre después de que le creciera el pene, como sucedió con María-Germán en el relato de Montaigne, Marie de Marcis fue juzgada por sodomía —sin contar en este caso con la heterosexualidad natural— y declarada culpable; él/ella no pudo mostrar el órgano en la debida forma bajo la presión del juicio. Pero cuando el Dr. Jacques Duval entró en escena encontró el miembro perdido penetrando en la vulva y probó que no se trataba del clítoris porque, después de frotarlo, obtuvo una eyaculación de espeso semen masculino. (Puesto que el énfasis en este caso no estaba en la penetración ilícita, la atención se centró no en si Marie tenía un pene interno —una vagina—, sino en si su candidato a pene externo le concedía la prerrogativa que otorga la posesión de pene.) La intervención de Duval salvó a Marie de la hoguera, sin que se le reconociera de momento el nuevo género. El tribunal ordenó que continuara vistiendo ropas de mujer hasta que cumpliera veinticinco años —como si la transición a la virilidad tuviera que ser gradual— y que se abstuviera de mantener relaciones sexuales con ningún sexo en tanto continuara su vida de mujer.

⁴² Jacques Duval, *Traité des hermaphrodites* (1612). De hecho, Marie fue acusada de sodomía, lo que venía a significar que o bien había puesto el órgano correcto en el lugar inadecuado, o bien el órgano equivocado en el lugar correcto, o todavía el órgano inadecuado en el lugar inadecuado. Esto quiere decir que no se le acusaba de haber puesto el clítoris en alguno de los orificios de la compañera, porque ninguno hubiera resultado adecuado. Las dos mujeres no se limitaron a frotarse entre sí los genitales, porque la pena no hubiera sido por sodomía, sino por un delito de menor entidad.

En este caso, la seria preocupación de los jueces parecía centrarse no en el sexo subyacente, sino en el género: ¿qué signos de rango, qué vestidos, qué posturas podía adoptar Marie legítimamente? Pese al evidente interés del tribunal por los órganos, la cuestión central era si alguien no nacido en el rango más elevado, alguien que había vivido toda su vida como mujer, tenía lo que se precisaba para representar legítimamente a un hombre y más en general si una “persona” tiene derecho a cierto lugar en el orden social⁴³.

El tropo dominante es el de las mujeres que representan el papel de hombres o se convierten en ellos. En la Holanda de comienzos del siglo XVII, por ejemplo, vivía Henrika Schuria, “mujer de comportamiento viril que había crecido disgustada con su sexo”. Vestida como hombre, se alistó en el ejército y se mantuvo en su nuevo rol hasta ser sorprendida en una relación sexual en la que ejercía como hombre. Cuando volvió de la guerra fue acusada de “lujuria inmoral”:

A veces incluso extraía su clítoris de la vulva y no sólo ejercía sus licenciosos juegos con otras mujeres..., sino que también las acariciaba y frotaba..., hasta que cierta viuda, que ardía en deseos inmoderados, se encontró tan satisfecha en sus depravadas ansias que de buena gana se hubiera casado con ella, de no ser por la prohibición legal⁴⁴.

Su clítoris, se decía, “igualaba en longitud a la mitad de un dedo y su dureza no era menor que la del miembro de un chico”. Schuria fue juzgada, hallada culpable y sentenciada a ser quemada como una bruja, pero un juez compasivo reco-

⁴³ La cuestión, como plantea Natalie Zemon Davis en *Le retour de Martin Guerre*, París, Robert Laffont, 1982, no es tanto quién es el Martin real —el impostor parece haber sido un Martin mejor que el original—, sino quién debe representar el papel en función de qué conjunto de criterios. Versión castellana de Helena Rotés, *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984.

⁴⁴ Para una discusión más extensa de este caso, véase mi “Amor Venereis”, *Zone*, 5 (1989).

mendó que fuera “castigada y enviada al exilio”. Dicho con más claridad, se le extirpó el órgano que supuestamente le permitía “abandonar el sexo del que se había cansado”; pero como hombre se le castigaba al exilio. (Este caso muestra que sólo cuenta realmente uno de los isomorfismos del pene femenino; su pene interno debía descender, como en el caso de María-Germán, si quería que se le reconociera un cambio de sexo. Un clítoris crecido no es suficiente.) Su pareja, la viuda que hacía de mujer en su comercio carnal, fue castigada de un modo que se ignora, pero se le autorizó a seguir en la ciudad. Al haber representado a la mujer, podía reconocerse que era menos culpable, menos peligrosa y menos merecedora de castigo severo. Hay otros casos como éste, reales o imaginarios⁴⁵.

Pero hay otros casos que actúan a la inversa, de hombres que representan a mujeres en beneficio propio. En 1459, dice cierta historia, nació una criatura que “tenía caracteres masculinos y femeninos”, aunque “prevalecía la naturaleza de hombre”. Pero debido a la “disposición y aspecto de su cuerpo, semejante al de una mujer”, él/ella pudo encontrar trabajo como sirvienta y por la misma razón compartir cama con la hija de la señora, que resultó embarazada por él. Por hacerse pasar por mujer, esta “bestia monstruosa” de hombre fue quemada en la hoguera. El modo preciso en que “prevalecía la naturaleza de hombre” cuando su cuerpo “representaba” a una mujer no se conoce. Tampoco está claro si el ofensor vivía habitualmente como mujer o sólo cuando había oportunidad de acostarse con la hija de la casa. También permanece en la ambigüedad si la “damisela” creyó todo el tiempo que se encontraba ante una mujer o sólo al principio: ¿quedó decepcionada al permitir que este hombre se introdujera en su cama como mujer y luego le aceptó sexualmente como hombre o bien pensó casi hasta el final que estaba haciendo el amor con una mujer? No hay duda, sin embargo, de que alguien aprovechó las ambigüedades de su cuerpo para vivir

⁴⁵ Véase *ibíd.*, y Paré, *On Monsters*, pág. 188, n. 35.

como mujer —bastante dudosa, quizá—, aunque luego practicó el sexo como hombre. Fue quemado, como también el falso Martin Guerre, por burlar las convenciones que hacen posible la civilización.

En estos casos parecía importar poco a qué sexo sentían los protagonistas pertenecer, lo que eran en su interior. Uno de los aspectos desconcertantes y patéticos de casos como el de Marie de Marcis es la poca atención que se prestaba en los propios informes y en la determinación final del sexo, a lo que podríamos llamar el meollo de la identidad del género, al sentido que muy pronto adquieren los menores de si son niños o niñas. Nadie investigaba a qué género consideraba pertenecer una persona antes de que se produjera un cambio o de que se presentara una acusación (utilizo aquí las palabras “sexo” y “género” como intercambiables, porque todavía no se había presentado la distinción). En tanto que signo y estatus fueran acordes todo iba bien. O a la inversa, el género como categoría social se hacía corresponder con el signo del sexo sin referencia a la personalidad. Pensaban las autoridades que la transformación de un estado a otro era del todo inmediata, como el paso del celibato al matrimonio. Se aceptaba que los individuos que pasaban de ser muchachas socialmente definidas a muchachos socialmente definidos lo hacían sin dificultad ni confusión interna. En realidad si la conversión no era instantánea podían concitarse todos los rigores de la ley.

Cuenta Montaigne en su *Diario de viaje* la historia de un grupo de muchachas de Chaumont-en-Bassigni “que se con-fabularon, hace unos años, para vestirse como hombres y continuar así su vida por el mundo”. Una de ellas llegó a Vitry, donde Montaigne se encontraba de visita, trabajó como tejedor e hizo amistades. *Él* se comprometió con una mujer con la que más tarde rompió; ganándose todavía la vida con el citado comercio, se enamoró de otra mujer, con la que *él* llegó a casarse y vivir durante cuatro o cinco meses, “con la satisfacción de la esposa, según dicen”. Pero entonces el tejedor fue reconocido por alguien de su pueblo. Tan abruptamente como cambió el sexo social del protagonista se pro-

duce en Montaigne el cambio en el uso del pronombre personal: “ella fue condenada a la horca..., ella dijo que prefería eso a volver al estado de mujer”. Y fue colgada “por usar invenciones ilícitas para suplir la falta de su sexo”⁴⁶.

Como a Iphis, a la muchacha de esta historia se le atribuía el género de muchacho; se parecía mucho a un chico, como su contrapartida mítica. Pero, a diferencia del personaje de Ovidio, la francesa fue capaz de consumir su amor con una mujer, sin recurrir a un pene y sin las tormentas emocionales que su carencia hizo sufrir a Iphis. Pero los dioses no vinieron al rescate del joven tejedor y no le proporcionaron el pene que le hubiera autorizado a continuar la vida como hombre. El hecho de que se sintiera hombre, de que tuviera sus habilidades y de haber vivido como tal, sólo contribuía a probar su crimen: le faltaba la marca de nacimiento del estatus adquirido. Por eso murió como mujer.

Todo esto no parece muy llamativo. Médicos y profanos del Renacimiento diferenciaban los órganos genitales masculinos y femeninos, y quienes tenían pene eran considerados hombres. Por eso, entonces como hoy, el sexo determinaba el estatus, el género. Pero en textos como el de Montaigne se aprecia también un sentimiento claro de que en algún modo “no hay ahí” un sexo ontológico, sólo órganos que confieren estatus legal y social. En el mismo momento en que los genitales parecen mostrar su realidad absoluta, más allá de toda ambigüedad lingüística —cuando el lenguaje del sexo único se colapsa— asumen también su estado civil más completo, su mayor integración en el mundo del significado. La solidez corporal se quebranta cuando más estable parece, y entramos en los escollos del lenguaje.

Deseo ilustrar este punto mencionando cómo trata la cuestión de la asignación de sexo Paolo Zacchia en su *Questionum medico-legalium*, el texto más importante del Renaci-

⁴⁶ Montaigne, *Travel Journal*, págs. 5-6; *Œuvres complètes*, página 1.118. He modificado ligeramente la traducción de Frame, haciendo notar el pronombre personal sólo cuando de verdad aparece en el texto: “Él se enamoró” o “ella fue condenada”.

miento en jurisprudencia médica y una de las obras fundadoras de la disciplina⁴⁷. Dice Zacchia antes que nada que se trata de materia para médicos y no para poetas, agoreros, curanderos y otros ignorantes de la medicina. Insiste en que los hermafroditas no son monstruos peligrosos o habitantes prodigiosos de las tierras del Preste Juan, sino más bien personas con órganos sexuales ambiguos que plantean problemas legales considerables. Sus deformaciones pueden clasificarlos en tres clases primarias como hermafroditas masculinos y en una como femeninos. Hay hermafroditas verdaderos, que tienen ambos tipos de órganos, y otros aparentes en los cuales, por ejemplo, un útero en prolapso o un clítoris crecido son confundidos con el pene. Todo esto puede ser dilucidado satisfactoriamente por un observador profesional con experiencia⁴⁸. Zacchia emplea las diecinueve páginas en folio restantes en explicar quién debe ser llamado hombre y quién mujer.

El tono clínico y profesional del *Questionum* —historias de casos, taxonomías, recensiones eruditas de la literatura sobre diversos temas— llevaría a pensar que los órganos se tratarían como signos de algo sólidamente corporal, algo que informa a fondo sobre el tema y determina su identidad. Pero Zacchia, como Montaigne, trata los órganos como si fueran certificados eventuales del estatus: “los miembros que conforman el sexo no son las causas que constituyen lo masculino y lo femenino o que establezcan la distinción entre ellos... Porque sucede que los miembros de un sexo pueden aparecer en algún individuo del sexo opuesto”⁴⁹.

⁴⁷ Paolo Zacchia, *Questionum medico-legalium* (Basilea, 1653). Zacchia se interesa en su libro por una amplia gama de problemas médico-legales: cómo detectar un envenenamiento, distinguir la muerte aparente de la real, establecer la paternidad, catalogar los monstruos y, desde luego, establecer el sexo en casos difíciles.

⁴⁸ En buena medida, Zacchia escribe en la tradición de Gaspard Bahuin: véase Katherine Park y Lorraine J. Daston, “Unnatural Conception: The Study of Monsters in France and England”, *Past and Present*, 92 (1981), 20-54.

⁴⁹ Zacchia, párrafo 22, pág. 494. Zacchia tiene dificultades para argumentar contra el hecho de que los genitales sean prueba del sexo, que con-

El lenguaje de Zacchia, de los más abiertos en su discusión de la hipertrofia del clítoris, revela un interés fundamentalmente cultural. "De momento debería bastar con observar", manifiesta, "que en lo que concierne a las mujeres que se han convertido en hombres, en la mayor parte de los casos, esto se ha motivado por la promoción (*beneficium*) del clítoris, como piensan numerosos anatomistas". No hace uso del nombre indicado para lo que debe haber sucedido, *incrementum* o *desarrollo*, o agrandamiento, y en su lugar escribe *beneficium*, bondad o favor, especialmente en el sentido político de un progreso o una concesión de un bien eclesiástico o un derecho feudal. Un clítoris crecido no debe confundirse como una promoción en la escala del ser, aunque, como en el caso de María-Germán, la salida de un pene interno produjera este efecto. La obtención de un pene certificable significa obtener un falo, en términos lacanianos, pero conseguir un clítoris mayor no tiene ese valor⁵⁰.

De modo similar, cuando Zacchia discute sobre los hermafroditas con los dos conjuntos de órganos, distingue, siguiendo a Aristóteles, el sexo válido (*sexum ratum*) del sexo ineficaz, inválido e inútil (*inritum*). De nuevo el sentido es político —testamentos o leyes válidos o inválidos— y no morfológico. Los juicios políticos, las reivindicaciones del género, ya están contenidos en los juicios sobre el sexo, porque la política ya está contenida en la biología de la genera-

sidera como función del calor. Señala, de acuerdo con los conocimientos médicos de la época, que mientras que los testículos toman su nombre de que "testifican" la virilidad, "aquellas partes análogas de las mujeres se llaman también *testículos*, incluso si están ocultas en su interior". Ni siquiera los testículos externos son signo seguro. Algunos animales y pájaros machos tienen testículos internos, y "está claro por informaciones dignas de confianza que incluso hay mujeres que tienen un genital proyectado al exterior" (párrafo 23).

⁵⁰ *Ibid.*, párrafo 8, pág. 492. Aquí el argumento no es funcional. Zacchia cita dos casos de mujeres con un clítoris tan grande que debían representar el papel del hombre en la relación sexual, y en uno de los casos la mujer llegaba a afirmar que había eyaculado a través del clítoris (párrafo 15, pág. 502).

ción. Así, cuando Zacchia dice que los humanos no pueden tener dos sexos válidos alude menos al hecho biológico que al social o cultural: el hombre informa y la mujer transporta, y es imposible para cualquier criatura hacer ambas cosas, no importa la configuración de sus órganos. En ausencia de pruebas relativas a la realidad de la generación, entran en juego las viejas oposiciones pitagóricas y no criterios anatómicos o fisiológicos alternativos: el órgano de la derecha (en el caso de hermafroditas con genitales a ambos lados) o el órgano de arriba (en el caso de quienes los tienen ordenados verticalmente a lo largo del eje del cuerpo) es el que cuenta⁵¹.

Incluso cuando no hay órganos genitales visibles en absoluto, hay signos que indican cuál es el sexo más potente y cual lo es menos, o incluso impotente (*potentiorum ab impotentiorum*). De nuevo el lenguaje es al menos tan político como biológico: las características sexuales secundarias a las que se refería en lugar de los órganos genitales son consecuencia del mayor o menor calor vital que define a hombre y mujer. Para los médicos del Renacimiento estaba claro que el calor tenía correlatos físicos. Pero el calor estaba también íntimamente unido con la gran cadena del ser, cuyo significado es difícil de separar del significado de la propia perfección.

Por ejemplo, las mujeres pueden convertirse en hombres, mantiene Zacchia, pero los hombres no pueden convertirse en mujeres. ¿Por qué? Ofrece una simple razón anatómica —no hay espacio en el interior del hombre para un pene invertido—, aunque esta línea de pensamiento muestra escasa convicción. Sus principales líneas de argumentación son metafísicas. Hablando en general, casi todas las autoridades están de acuerdo en que "la naturaleza tiende siempre hacia lo más perfecto". De manera más específica, si tiene lugar una transformación de sexo, se presenta por aquello que el hombre tiene, esto es, por el calor. El calor, dice "empuja hacia adelante, difunde, dilata; no comprime, contrae o retracta". En consecuencia, el principio activo actúa de forma que "los miembros

⁵¹ *Ibid.*, párrafo 42, pág. 498; párrafo 13, pág. 493.

que proyecta hacia el exterior nunca retrocederán hacia el interior". (En otras palabras, el calor del hombre obedece las leyes de la termodinámica.) Los hombres no pueden convertirse en mujeres por expulsión porque, como ya se ha demostrado, ésta funciona en el sentido opuesto, y no pueden convertirse en mujeres por atracción porque "ésta, cuando actúa correctamente, reúne lo que es favorable para el animal", y hacerse más imperfecto no es evidentemente lo más favorable⁵².

Dicho de otro modo, la biología está limitada por las normas culturales en la misma medida en que la cultura se basa en la biología. En el mundo de un sexo, en general, y en la obra de Zacchia, en particular, cuando —por buenas razones legales, prácticas y cotidianas— se habla de la biología de dos sexos fundamentales, claros y distintos, se cae al propio tiempo en la trampa del continuo cuerpo/género del modelo de sexo único. Durante buena parte del siglo XVII, ser hombre o mujer era ostentar un rango social, asumir un rol cultural, y no *pertenecer* orgánicamente a uno u otro de los dos sexos. El sexo era todavía una categoría sociológica y no ontológica.

CÓMO SE IMAGINA LA GENERACIÓN EN LA OBRA DE HARVEY

Vive, prodigio moderno, y sé comprendido en solitario,
Tu cerebro ha creado, aunque no tus riñones.
Abandona la frágil descendencia a los cuidados vulgares,
Sólo la gran generación es ahora tu heredera⁵³.

⁵² *Ibid.*, párrafo 28, págs. 494-495. Viene esto tras una larga discusión, párrafos 26-27, sobre hombres putativos que se convierten en mujeres y sobre criaturas, humanas o no, que cambian de un sexo a otro. La postura básica de Zacchia es que en casos en que los hombres parecen convertirse en mujeres —como Daniel, un soldado casado que quedó embarazado mientras se acostaba con su mujer y fue impregnado por un compañero— había habido un error previo en la designación original como varones (párrafo 13, pág. 493). Daniel podía haber tenido apariencia de hombre, pero su sexo "válido" era femenino (párrafo 28).

⁵³ Llewellyn, "Dedication to Harvey", citado en Elizabeth B. Gasking, *Investigations into Generation, 1651-1828*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1967, pág. 16.

El "moderno prodigio vivo" sin hijos cuyo cerebro había creado era William Harvey, el hombre que descubrió que la sangre circulaba, el hombre que dijo por primera vez que toda vida procede de un huevo, el hombre que creyó que la concepción consistía en tener una idea que el esperma alumbraba en la matriz. Concluyo este capítulo con una breve discusión de su *Disputationes de generatione animalium*⁵⁴ por tratarse de la última gran historia sobre la generación y el cuerpo, anclada todavía profundamente en la estética política del modelo unisexo, mientras que al propio tiempo presenta abiertamente, en el lenguaje de la nueva biología, sus exigencias de autoridad epistemológica, su estrategia experimental y su ontología de la reproducción —Harvey reivindica que habla por vez primera en la historia de un producto germinativo específico, el huevo. En Harvey podemos empezar a vislumbrar lo que resultará más evidente en los dos próximos capítulos: no sólo que las teorías de la diferencia sexual ayudan a determinar lo que los científicos ven y conocen, sino, lo que es más importante, que lo contrario no es verdadero. Lo que los científicos ven y conocen en un momento dado no condiciona la forma de entender la diferencia sexual ni limita la estética de su expresión. Muy por el contrario, las observaciones y el prestigio de la ciencia en general aportan al arte de la diferencia un nuevo peso sin afectar por ello al contenido.

El tema de esta sección puede plantearse formalmente. Como sucede con otros grandes textos científicos, la obra de Harvey *De motu cordis et sanguinis in animalibus* clausura toda una etapa. De forma clara, rotunda y económica destruye dos mil años de fisiología y establece, más allá de toda duda, que, aunque pueda ser más cosas, el corazón es una bomba y que por su parte la sangre debe circular a través de arterias, venas y capilares, aunque no puedan demostrarse los pasos que para ello utiliza. Por el contrario, las *Disputationes*, con ser muy largas, posponen de continuo llegar a conclusiones:

⁵⁴ He utilizado la traducción de Gweneth Whitteridge a *Exercitationes de generatione animalium* (1651), Oxford, Blackwell, 1981.

las historias se multiplican, pero no llegan a ninguna parte. El libro corrige unos pocos errores relativamente menores de publicaciones anteriores sobre embriología del pollo, trata de la epigénesis de forma vigorosa pero poco concluyente, sugiere sin pruebas experimentales suficientes que la fertilización no consiste en la mezcla de una masa de semen con otra de sangre menstrual, y fracasa, después de esfuerzos desesperados, en su intento de explicar el misterio de la generación⁵⁵. ¿Cuál es el porqué de esta falta de conclusiones?

La longitud del libro y el carácter abierto de la narración no se deben en principio a fracasos científicos que ni la lucidez ni el bagaje cultural pudieran haber evitado. El hecho de que Harvey, al no disponer de microscopio, no pudiera ver el huevo o el esperma, no justifica que no pudiera llegar hasta el final en la cuestión de la concepción, por los mismos motivos que el descubrimiento del huevo y el esperma en el siglo XVIII tampoco ofrecieron una solución convincente. En la segunda mitad del siglo XIX, la teoría celular permitió que se entendiera la concepción como fusión de dos células distintas, lo que apuntaba la posibilidad de que machos y hembras reconocibles fueran de algún modo proyecciones de productos germinativos radicalmente diferentes. Pero la revolución del ADN vino de nuevo a arrancar el sexo de la concepción; las hélices del ADN no dan soporte a una visión del dimorfismo sexual. La biología molecular ha comenzado a iluminar con precisión inimaginable en los días de Harvey —y en realidad incluso hasta finales de la década de 1940— cómo funciona la epigénesis. Por eso mismo no ha proporcionado respuestas a los “misterios de la vida” en relación con un mundo socialmente sexuado.

La apertura narrativa particular de las *Disputations* no son resultado del calendario político propio de Harvey, a no ser porque sus posturas perfectamente convencionales en ma-

⁵⁵ Sobre las sustanciales contribuciones de Harvey a esta área, véase Adelman, *Marcello Malpighi*, 2.762-765, y la erudita información de Gasking, *Investigations into Generation*, págs. 16-35.

teria de género tienen resonancias profundamente ambiguas e inconsistentes con el resto de su obra. Se puede aducir que Harvey subraya la pasividad de las mujeres y de la materia en la reproducción y que esto es consistente con “los nuevos valores científicos basados en el control de la naturaleza y de las mujeres, como forma integrante de los nuevos modos capitalistas de producción”, y más en general, con las “tendencias culturales” o “las ideas culturales dominantes basadas en la superioridad del macho”⁵⁶. La declaración que hizo a sus estudiantes de anatomía —como si se tratara de una ley de la naturaleza— de que “los hombres, *que seducen, hacen el amor; las mujeres consienten en aceptarlo; lo contrario es absurdo*” muestra bien a las claras el desbordamiento de la política sobre la ciencia⁵⁷. Y cuando le fallan las pruebas clínicas de que las mujeres no producen semen, recurre a la teleología genital del modelo unisexo: es inconcebible que “partes tan imperfectas e insignificantes” como el aparato genital de la mujer puedan producir un semen “tan perfeccionado y tan vital” como para compartir la influencia con el del hombre, “tan perfeccionado con el calor agudo, refinado en tantas vasijas y que mana con tanta energía”.

Sin embargo, Harvey abandonó la explicación aristotélica tradicional del macho activo que actúa sobre la hembra pasiva. El “primordium” femenino, en su explicación de la generación, era *al mismo tiempo* causa material y eficiente de la misma⁵⁸. La forma y la materia del feto procedían de la ma-

⁵⁶ Carolyn Merchant, *The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution*, San Francisco, Harper and Row, 1980, páginas 156, 159.

⁵⁷ La frase anterior, sin embargo, reafirma la continuidad implícita en el modelo unisexo y en la cadena de perfección: “así el órgano de la generación comienza como masculino y se completa como femenino”. Véase también Harvey, *Lectures on the Whole Anatomy*, pág. 127.

⁵⁸ La mujer es también causa final o causa primera, puesto que es su presencia la que conduce al hombre a lo venéreo. A veces da la impresión de que Harvey desea que la mujer sea causa eficiente en exclusiva, impulsada por el esperma. Otras veces, págs. 162-163, por ejemplo, dice “que tanto el hombre como la mujer son causas eficientes de la generación”.

dre, cuya matriz, una vez alumbrada, tiene en su interior, en concreto en el interior del "primordium" o huevo, el "espíritu" o idea de la nueva vida. En realidad, la explicación de Harvey bordea la partenogénesis y pone tanto énfasis en que la mujer tiene en su interior la idea de la nueva vida, que indujo a un bromista a apuntar que, si ello fuera cierto, las mujeres serían capaces de concebir con sólo pensarlo⁵⁹. Lo esencial, sin embargo, no es saber cuál es la explicación dominante entre las muchas que plantea Harvey, sino más bien que haya tantas explicaciones que dar.

El William Harvey que escribió sobre el sexo biológico y social defiende en sus relatos con tanta fuerza y agresividad la autoridad de la Naturaleza y de los experimentos como el William Harvey que escribió sobre la circulación de la sangre, tan admirado por aquella obra por quienes se interesan en los orígenes de la ciencia moderna. Las explicaciones sobre el sexo en las *Disputationes* se presentan como si fueran manifiestas en la Naturaleza, "por sí misma el intérprete más fiel de sus propios secretos". (Una Naturaleza femenina es aquí al mismo tiempo hombre de ciencia y objeto de estudio.) Lo que es oscuro en una especie, la Naturaleza lo exhibe claramente en otra, y ahora que "todo el teatro del mundo" ha quedado abierto, sólo la obstinación en la desidia podría hacer que se confiara en la sabiduría de otros; es "grato sentirse cansado e incluso desfallecer" cuando nos dejamos conducir por la Naturaleza por los caminos que ella misma traza hasta que por fin nos "acoge en sus más íntimos secretos". Estimaba Harvey que se podrían alcanzar las cosas en sí, lo cual necesaria-

⁵⁹ Gasking, *Investigations into Generation*, pág. 16; Walter Pagel, *William Harvey's Biological Ideas*, Basilea, N. Y. Karger, 1967, pág. 44. Véase también la obra de Pagel, *New Light on William Harvey*, Basilea, Karger, 1976, que opone la invocación de la epigénesis de Harvey a los atomistas radicales, como Highmore, y a los galenistas. Para un breve resumen de las ideas de Harvey en el contexto de los autores contemporáneos sobre el tema, véase Charles Bodemer, "Embriological Thought in Seventeenth Century England", en *Medical Investigation in Seventeenth Century England*, Los Angeles, William Andrews Clark Memorial Library, 1968, págs. 3-25.

mente sería más real que cualquier imagen o representación de las mismas (su *eidós*). Por tanto, lo que se descubre a través de los sentidos es más claro que lo que se puede descubrir en los libros, y es signo de degeneración moral, de baja, "dejarse guiar por los comentarios de otros hombres sin comprobar las cosas por sí mismos, en especial desde que el libro de la naturaleza se ha abierto y puede leerse"⁶⁰. Por extensión se nos invita a considerar la obra de Harvey sobre la generación como moral y epistemológicamente superior a aquellas que se basan en el raciocinio de Galeno o en la ciega sumisión a la autoridad de los antiguos, incluso de Aristóteles. Harvey expone la epistemología empirista triunfante, el nuevo reduccionismo de la nueva ciencia.

La gloria que coronó toda la empresa de Harvey fue su famosa demostración a Carlos I de que los galenistas estaban equivocados cuando mantenían que las materias masculina y femenina se mezclaban realmente en la concepción y que lo mismo sucedía con Aristóteles cuando afirmaba que la sangre menstrual constituía la base material de la nueva vida. En opinión de Harvey, este acercamiento no sólo habla de la verdad concreta en cuestión, sino de la auténtica capacidad de los procedimientos experimentales formales para decidir entre teorías⁶¹. Había mostrado al rey el útero de una cierva en las

⁶⁰ *Disputations*, págs. 4-10. No quiero exagerar el baconianismo de Harvey o su creencia en que la naturaleza puede leerse como si fuera transparente. En la página 9 da como propia la explicación aristotélica de la relación de lo universal con lo particular: "El conocimiento se adquiere por razonamiento desde los universales a los particulares" (*Physics*, 184a16-25). Considera también la ciencia como empresa que arroja luz sobre la oscuridad: "la concepción es realmente un asunto oscuro... lleno de sombras" (pág. 443). Naturalmente no soy el primero en sugerir que Harvey, como sus contemporáneos, estaba todavía profundamente implicado en los problemas filosóficos, los prejuicios, como solían llamarlos, de la ciencia antigua.

⁶¹ Harvey, como Boyle, creía —contra la tesis de Duhem-Quine— que era posible diseñar un experimento crucial para aceptar o rechazar una teoría. Sobre esta cuestión, véase Steve Shapin y Simon Schaffer, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*, Princeton, Princeton University Press, 1985.

primeras etapas del embarazo y “le había dejado claro que no podían hallarse trazas de semillas o de concepción en el interior de la matriz”. Cuando Carlos I comunicó estas nuevas a algunos miembros de su séquito, declararon éstos que Harvey se había equivocado y que había inducido al rey a error. Afir- maron que una concepción llevada a cabo “sin traza alguna remanente de la semilla del macho”, sin ningún resto en el útero después del coito, “era del orden de los *adunata*, de las cosas imposibles”. Para aclarar el asunto y “con el fin de que este descubrimiento tan importante pueda ser mejor compren- dido por la posteridad”, el rey ordenó un experimento que Harvey preparó. Se dejó aislada una docena de ciervas en Richmond Park, después de la época del celo, y se las man- tuvo alejadas de los machos tras un primer acoplamiento. Harvey disecó algunas de ellas —seguramente fecundas, como muestra el hecho de que las que siguieron vivas quedaron preñadas “como por contagio, y parieron sus cervatos cuando les correspondía”— y encontraron que “en el útero no queda- ban restos ni del semen masculino ni del femenino... nada tampoco producido por la mixtión de dichos fluidos... nin- guna sangre menstrual que pudiera ser la ‘materia’ que Aris- tóteles preconizara”⁶².

Poco importa que este experimento estuviera defectuosa- mente planteado o que en el momento de la observación no encontrara Harvey esperma, aunque hubiera dispuesto de la lente necesaria para ello. Poco importa que la demostración dedicada a Carlos I hiciera que la búsqueda del semen en la matriz de las mujeres después del coito creara un nuevo pro-

⁶² *Disputations*, págs. 352-353. Harvey no especifica cuánto tiempo transcurrió desde el coito a la disección. Puesto que en el capítulo previo se refiere al celo en septiembre y se nos dice después que el aislamiento comenzó a principios de octubre, parece que pudo haber un plazo de va- rias semanas entre el acoplamiento y la disección. Tras un intervalo así no quedarían rastros de semen en la matriz. Harvey da mucha importancia a la imagen de la fertilidad como versión más elevada y noble de la forma en que “las enfermedades epidémicas, contagiosas y pestilentes esparcen sus semillas... y se multiplican así tranquilamente” (págs. 189-190).

blema a investigar en un campo ya sobresaturado. [Se dice que el gran anatomista holandés Frederik Ruysch (1638-1731) salió una noche de casa para hacer la disección de una mujer, sorprendida y muerta por su marido en flagrante adul- terio, con intención de descubrir semen en el útero, si bien se prestó escasa atención a ello porque la habitación estaba os- cura y su vista debilitada por la edad.] El experimento de Harvey constituye una importante demostración negativa. De hecho, la sangre menstrual no interviene en la formación del feto y la mayor parte de la eyaculación masculina es real- mente irrelevante para la concepción, aunque por supuesto el esperma entra materialmente en el huevo⁶³. Y lo que es más importante, proporciona los materiales a partir de los cuales puede imaginarse la profunda verdad y misterio de la epigé- nesis, como es crear un organismo complejo sobre la base de una materia informe que de algún modo adopta la forma y ca- racterísticas de la criatura de la que procede.

Pero Harvey, como sus predecesores y sucesores, fue in- capaz de escribir sobre la reproducción sexual al margen de un lenguaje ya marcado por el género, en su caso por el del mo- delo unisexo. Debe lograrse que la generación por unión de los dos sexos *tenga sentido* más allá de sí misma, teniendo en cuenta la trama social que se sustenta en dicha unión. Después de demostrar de forma convincente, en contra de Galeno, que el huevo de la gallina —y por extensión el de la mujer— no se produce de una eyaculación de la hembra durante el coito, Harvey, pese a ello, se siente obligado a aceptar como cultu- ralmente significativa la conducta postcoito de la gallina y de la mujer. El comportamiento de la gallina “como encantada por la dulce voluptuosidad”, si bien no es señal de insemina- ción, es señal de gratitud hacia el macho por su acto divino:

Se estremece de alegría, y como si acabara de recibir el mayor regalo, ordena sus plumas con el pico como dando gracias por la bendición de la concepción otorgada

⁶³ He tomado esta referencia sobre Ruysch de David Davis, *The Prin- ciples and Practices of Obstetric Medicine* (Londres, 1836), 2.830.

por Júpiter, el creador. La paloma... expresa su alegría del coito de un modo maravilloso: salta y extiende la cola, con la cual barre el suelo bajo ella, se peina las plumas con el pico y las ordena, como si el don de la fertilidad la condujera a la mayor gloria⁶⁴.

De algún modo, el *primordium* femenino, con su misteriosa capacidad para conformarse secuencialmente en un cuerpo ordenado, debe ser alumbrado e insuflado de vida. De algún modo, el insondable drama de la generación debe tener un correlato objetivo en el mundo social. Aparece el macho. El esperma actúa por "contagio" para alumbrar el huevo. En realidad el esperma es prolífico en cierta medida, porque "está trascendido con el espíritu por el fervor del coito o del deseo y fluye con la naturaleza de la espuma". El calor de la cópula se corresponde no con el ardor terrestre, sino con el de las estrellas, de modo que, como Prometeo, el esperma lleva el fuego celeste, mientras que en la fertilización propiamente dicha el hombre reconstruye la obra de Dios en el momento de la creación. Para Harvey, la fecundación se convierte metafóricamente en el alumbramiento de las mujeres, inflamándolas como alcanzadas por el rayo. O en una metáfora todavía más evocadora de la Palabra, del Logos que "informa" el mundo, es como la formación de una idea en el cerebro. La imagen se hace aquí un poco más compleja, porque el esperma sólo no es en modo alguno la idea y tampoco el útero sólo es el cerebro: "la generación de las cosas en la Naturaleza y la generación de las cosas en el Arte tienen lugar de la

⁶⁴ *Disputations*, págs. 165-166. La mayor parte del libro es un argumento a favor del poder creativo del semen masculino. Contrariamente a Aristóteles, Harvey considera lo mismo a la mujer que al hombre como causa eficiente de la generación, puesto que a instancia del hombre ella produce de hecho la nueva vida. Después de fecundada "sin agente corpóreo perceptible" —Harvey se muestra perplejo porque desconoce si el poder reside en el útero o en el conjunto de la mujer—, ésta "ejerce la capacidad formativa de engendrar y procrear a un semejante, de un modo que no difiere del de una planta a la que vemos provista de la fuerza de los dos sexos" (pág. 443).

misma forma... Ambas son movidas en principio por alguna forma concebida que es inmaterial, *producida por concepción*". El cerebro es "el instrumento de la concepción" en la producción del arte porque es el instrumento del alma, "sin la intervención de la materia"; del mismo modo, el "útero o huevo" es el cerebro o instrumento de la concepción en la Naturaleza. Pero la idea en cuestión parece no ser, como en Aristóteles, el esperma sólo, sino más bien la cosa "producida por concepción" que genera la obra viva del arte.

Harvey ya había preparado antes el camino para la metáfora útero-como-cerebro. El útero grávido de la cierva se hincha "y una sustancia blanda y pastosa, como la del cerebro, llena la cavidad". Unas pocas frases después escribe que el interior del útero es tan delicado y liso que "podría pensarse en la suavidad de los ventrículos del cerebro". Y dice en otro lugar: "la apariencia o forma del pollito está en el útero o huevo sin material alguno, al igual que el concepto 'casa' está en el cerebro del constructor". En otras palabras, el esperma podría actuar "como si el Todopoderoso dijera 'Creced y multiplicaos' y de inmediato así sucediera", pero sólo en la medida que permitiera la generación de una idea —el *primordium* o huevo— en el cerebro uterino de la mujer⁶⁵.

Mientras que rechazaba la interpretación galénica del orgasmo femenino como signo de inseminación, Harvey consideró la pasión sexual como expresión profundamente significativa de la fuerza vital del cuerpo. La pura carnalidad de la relación sexual es muestra de la energía vital y prefigura trágicamente su final: "Y es evidente que los padres son jóvenes, hermosos, perfectos y viven gozosamente no mucho más tiempo del que precisan para engendrar huevos y fecundarlos, y por mediación de esos huevos, dar vida a sus semejantes." Decía Harvey a sus alumnos en 1616 que tanto machos como hembras "no eran nunca más valientes, enérgicos, alegres, animosos, agradables y hermosos que en el momento en que va a consumarse el coito"⁶⁶.

⁶⁵ *Ibid.*, págs. 182-183, 189, 452, 351-352.

⁶⁶ *Ibid.*, 150-151, 125 (48r). He mantenido la puntuación de Harvey.

Pero cuando “esta función de la vida concluye, ¡ay!”. Lo mismo que el hombre está triste después del coito, también los animales están tristes ante la muerte cuando la chispa se apaga, de lo cual es signo el orgasmo: “Incluso decae el hombre después de un largo uso del placer venéreo, y como el soldado que ha cumplido su servicio acaba cansado, también las gallinas, como las plantas, después de la puesta quedan exhaustas.” Sólo ahora nos damos cuenta de que la exposición de Harvey del drama de la vida se movía entre el corral y el dormitorio. De este modo, para Harvey, como para el galenista recalcitrante, los calores y pasiones del cuerpo expresan la jerarquía de la creación.

La nueva epistemología de Harvey y ciertos descubrimientos le condujeron directamente a nuevas versiones de viejas historias. La generación, la función más social del cuerpo, quedaba lejos del alcance de un lenguaje neutral inexistente para órganos y funciones. Desesperado por comprender cómo funcionaba todo, Harvey tejió una y otra patética historia sobre la diferencia sexual, siempre con la pretensión de que era la propia Naturaleza la que por su boca hablaba.

En el siglo XVIII, la voz de la Naturaleza se dejaría oír con mayor fuerza. Se pensaría entonces que no existía significado alguno en los ecos del macrocosmos y el microcosmos, sino en las propias cosas. La imagen mecánica del mundo prometía la verdad del mundo material. Pero una nueva epistemología no bastaría para proteger la anatomía sexual y la reproducción de las exigencias de la cultura. Mientras que la carne única no murió —vive todavía en muchos aspectos— las dos carnes, dos sexos nuevos, distintos y opuestos, se reconocerían cada vez más en el cuerpo. No pasó mucho tiempo sin que quienes se preocupaban por estos temas consideraran la mujer no como una versión menor del hombre en un eje vertical de infinitas gradaciones, sino más bien como una criatura completamente diferente a lo largo de un eje horizontal, cuya parte intermedia estaba totalmente vacía.

CAPÍTULO V

El descubrimiento de los sexos

El triunfo de la bicicleta... exige que sus adeptos del sexo débil hagan uso de un equipamiento andrógino... ¿Nunca haremos comprender a nuestros publicistas con faldas y sociólogos con sus vestidos que una mujer no es igual, ni inferior ni superior a un hombre, que es un ser aparte, algo distinto, dotado por la Naturaleza con otras funciones distintas a las del hombre, con el que no piensa rivalizar en la vida pública? La mujer no existe más que por los ovarios.

VICTOR JOZÉ, 1895*

El sexo tal como lo conocemos fue inventado en el siglo XVIII. Los órganos de la reproducción pasaron a ser lugares paradigmáticos que manifestaban la jerarquía, resonante

* Victor Jozé, “Le Féminisme et le bon sens”, *La Plume*, 154 (15-30 de septiembre de 1895), 391-392; citado en Deborah Silverman, *Art Nouveau in Fin-de-Siècle France*, Berkeley, University of California Press, 1989, pág. 72.

en todo el cosmos, por ser el fundamento de la diferencia incommensurable: "las mujeres deben su forma de ser a los órganos de la generación, y en especial al útero", afirmaba un médico del siglo XIX¹. Se encontraba aquí no sólo un rechazo explícito de los viejos isomorfismos, sino también, y esto es lo importante, un rechazo a la idea de que las diferencias graduales entre órganos, fluidos y procesos fisiológicos reflejaban un orden trascendental de perfección. Aristóteles y Galeno estaban simplemente equivocados cuando afirmaban que los órganos femeninos son una forma menor de los del hombre, lo que implicaba que la mujer es algo menos que el hombre. Una mujer es una mujer, proclamaba el "antropólogo moral" Moreau en uno de los muchos esfuerzos nuevos por derivar la cultura del cuerpo, en todas partes y en todas las cosas, morales y físicas, no sólo en una serie de órganos².

Los órganos que habían compartido nombre (como ovarios y testículos) no se distinguían a nivel lingüístico. Se dio nombre a los órganos que no disfrutaban de nombre propio, como, por ejemplo, la vagina. Las estructuras que se habían considerado comunes a hombre y mujer —esqueleto y sis-

¹ Claude Martin Gardien, *Traité complet d'accouchements, et des maladies des filles, des femmes et des enfants*, 2.^a ed. (París, 1816), 1.2-3, citado en Erna Olafson, "Women, Social Order, and the City: Rules for French Ladies, 1830-1870" (Tesis, Berkeley, 1980), pág. 97.

² Jacques L. Moreau, *Histoire naturelle de la femme*, 2 vols. (París, 1803), 1, cap. 2. Dice Moreau que son todos los órganos, genitales y otros, los que marcan la diferencia sexual. Pero también afirma que sigue a Pierre Roussel, quien, como sostiene Michèle le Doeuff, genitaliza el cuerpo entero a excepción de los genitales. La prueba teórica de Le Doeuff para esta tesis es que el punto de vista falocéntrico tiende a ver la diferencia entre los sexos en todas partes, pero no puede verla a nivel genital. Su argumento esencial se basa en la posición de Roussel —y de Moreau— de que la menstruación no es una función natural del sistema reproductor femenino, sino consecuencia de la lujuria moderna. Así, lo que podríamos haber tomado por función reproductora específica se somatiza de forma expresa. Véase "Les Chiasmés de Pierre Roussel", en Michèle le Doeuff, *Recherches sur l'imaginaire philosophique*, París, Payot, 1980, pág. 190 y siguientes. Discuto más adelante el papel del huevo y el espermatozoide en la comprensión de la diferencia.

tema nervioso— fueron diferenciadas de forma que se correspondieran al hombre y la mujer culturales. Como el propio cuerpo natural pasó a ser la regla de oro del discurso social, los cuerpos de las mujeres —el sempiterno otro— se convirtieron en campo de batalla para la redefinición de la antigua e íntima relación social básica: la de la mujer con el hombre. Los cuerpos de las mujeres, en su concreción corporal, científicamente accesible, en la misma naturaleza de sus huesos, nervios y, lo que es más importante, órganos reproductores, hubieron de soportar una nueva y pesada carga de significado. En otras palabras, se inventaron los dos sexos como nuevo fundamento para el género.

El pretendido desapasionamiento de la mujer fue una de las muchas manifestaciones posibles de este sexo recién creado. El orgasmo femenino, que había sido la señal del cuerpo de que se había producido una generación feliz, fue desterrado a las fronteras de la psicología, como signifiante sin significado. No cuestionada previamente, la culminación orgásmica habitual en la relación sexual se convirtió en tema importante de debate. La afirmación de que las mujeres carecían de pasión, o alternativamente, la proposición de que, como seres biológicamente definidos, poseían en un grado extraordinario, mucho mayor que el del hombre, la capacidad de controlar la furia bestial, irracional y potencialmente destructiva del placer sexual, y, por supuesto, el nuevo interrogante sobre la naturaleza y cualidad del placer femenino y la atracción sexual, todo formaba parte de un gran esfuerzo para descubrir las características anatómicas y fisiológicas que distinguían a los hombres de las mujeres. El orgasmo pasó a ser protagonista en el juego de las nuevas diferencias sexuales.

Todo esto no sucedió de repente, ni en todas partes al mismo tiempo, ni significó un cambio permanente. Cuando hacia 1740, la joven princesa María Teresa estaba preocupada porque no se había quedado inmediatamente embarazada tras su matrimonio con el futuro emperador de Habsburgo, su médico le respondió con un consejo que poco difería del que Sorano podía haber ofrecido a una matrona romana: "Ceterum censeo vulvam Sanctissimae Majestatis ante coitum esse titi-

llandum" (Además, creo que la vulva de Su Muy Santa Majestad debería ser excitada antes del coito.) Más tarde dio a luz más de una docena de niños³. Los médicos del siglo XIX y de comienzos del XX podían ofrecer poco más, e incluso hoy los médicos deben desengañar a los pacientes de creencias tan viejas como Hipócrates:

Querido Dr. Donohue: Me da vergüenza preguntárselo a mi médico: ¿Sólo se produce el embarazo cuando se tiene un orgasmo?

Respuesta: El embarazo se produce cuando el espermatozoide se encuentra con un huevo y lo fertiliza. El orgasmo no tiene nada que ver con eso⁴.

En cuanto al modelo unisexo, sigue vivo todavía. En los siglos XVIII y XIX, obras como *Aristotle's Masterpiece* y *The Art of Conjugal Love*, de Nicholas Venette, o en menor medida los *Secrets of Women* del Pseudo Alberto Magno, transmitieron el saber galénico a cientos de miles de lectores profanos, al margen de lo que los médicos pudieran pensar. Y en

³ Citado en V. C. Medvei, *A History of Endocrinology*, Cambridge, MIT Press, 1982, pág. 357. En Holme, Yorkshire, durante el siglo XVIII, un pastor trató de seducir a una de sus feligresas después de un bautizo, diciendo a la así llamada Martha Haight "que podía arriesgarse a sufrir que él tomara el placer del cuerpo de ella, porque al estar ebrio no podría perjudicarla", expresión en la que perdura la antigua teoría de que el calor extraordinario secaba los elementos genésicos (Borthwick Institute, MS RVII.1.360.1716). Los periódicos londinenses de mediados del siglo XVIII publicaban todavía muchos anuncios de elixires que daban calor para curar la esterilidad, inducir abortos o provocar cualquier efecto que precisara de calor adicional.

⁴ Dr. Paul G. Donohue, columna de agencia, 10 de noviembre de 1987. Agradezco a Bonnie Smith que me enviara este recorte. La respuesta del médico elude la cuestión. Hasta los años treinta de este siglo, la cuestión era, y en alguna medida sigue siéndolo, si el orgasmo juega en las mujeres un papel significativo en la ovulación, como sucede en algunos mamíferos. El sistema llamado de "elección de sexo" (*gender-choice*) observa que "el orgasmo femenino no es necesario, pero aumentará la probabilidad de tener un varón". El orgasmo femenino está fuertemente contraindicado para concebir una niña. Véase *Mother Jones*, diciembre de 1986, pág. 16.

contextos muy variados, los propios médicos hablaban también en el lenguaje del modelo unisexo (como aquellos que temían que las mujeres alemanas que trabajaban en ocupaciones poco femeninas se convirtieran en *Mannweiber*, en mujeres hombrunas)⁵.

Hay dos formas de explicar cómo los dos sexos modernos, tal como los imaginamos, fueron inventados y continúan siéndolo: una es epistemológica y la otra, hablando en general, es de carácter político⁶. La explicación epistemológica, a su vez, tiene al menos dos formulaciones. La primera forma parte de la historia en la que los hechos se distinguen con mayor claridad de la ficción, la ciencia frente a la religión, la razón frente a la credulidad. El cuerpo es el cuerpo, decía con toda autoridad un grupo nuevo de autodenominados expertos, y sólo puede hacer determinadas cosas. Los monjes que dan de mamar, las mujeres que nunca comen y exhalan una dulce fragancia, los cambios de sexo según los caprichos de la imaginación, los cuerpos que en el paraíso no muestran diferencias sexuales, los partos monstruosos, las mujeres que paren conejos, y mucho más, eran materia del fanatismo y la superstición, mientras no estuvieran mucho más allá de los límites de la razón, porque entonces no serían imaginables. El escepticismo no fue creado en el siglo XVIII, pero en esa época se agudizó mucho la separación entre posible e imposible, entre cuerpo y espíritu, entre verdad y falsedad, y, por tanto, también entre sexo biológico y género histriónico.

La segunda parte de la explicación epistemológica es en esencia la que da Foucault: el episteme "en el que signos y similitudes se imbrican entre sí en una espiral sin fin", en el que "la relación de microcosmos a macrocosmos debería con-

⁵ Véase Ursula Heckner-Hagen, "Women White Collar Workers in Imperial Germany, 1889-1914: *Des Verband für weibliche Angestellte*", tesis, University of California, Davis, 1978, pág. 62.

⁶ Como es natural, ambas explicaciones están relacionadas. El éxito de los médicos a expensas de los clérigos, en tanto que expertos en moralidad pública, es consecuencia de los desarrollos políticos que hizo posible la revolución epistemológica.

cebirse como garantía del conocimiento y límite de su expansión”, concluyó a finales del siglo XVII⁷. Todas las formas complejas en que las semejanzas entre cuerpos, y entre cuerpos y cosmos, confirmaban un orden jerárquico universal, se reducían a un solo plano: la naturaleza. En un mundo de explicación reduccionista, lo que importaba era el fundamento llano, horizontal e inmutable del hecho físico: el sexo.

Dicho de otro modo, la labor cultural que en el modelo de una carne había hecho el género se volcaba ahora en el sexo. Aristóteles no necesitó hechos de la diferencia sexual para apoyar la tesis de que la mujer era un hombre menor; se seguía esto de una verdad *a priori*, a saber, que la causa material es inferior a la causa eficiente. Por supuesto, en la vida cotidiana hombres y mujeres se identificaban por sus características corporales, pero la afirmación de que en la generación el varón era la causa eficiente y la hembra la causa material no era físicamente demostrable en principio; era por sí misma una reafirmación de lo que *significa* ser hombre o mujer. Por ello, la naturaleza concreta de los ovarios o el útero era sólo incidental para la definición de la diferencia sexual. En el siglo XVIII ya no era ése el caso. La matriz, que había sido una especie de falo negativo, se convirtió en útero —órgano cuyas fibras, nervios y vascularización proporcionaban explicación y justificación naturalista al estatus social de las mujeres.

Sin embargo, el contexto para la formulación de dos sexos inconmensurables no residía ni en la teoría del lenguaje ni en los avances del conocimiento científico. El contexto era político. En la esfera pública notablemente ampliada del siglo XVIII, y en particular en el periodo postrevolucionario del XIX, hubo luchas inacabables por el poder y la posición: entre hombres, y también entre hombres y mujeres; entre feministas, pero también entre feministas y antifeministas. Cuando por múltiples razones el orden trascendental preexis-

⁷ Michel Foucault, *The Order of Things: An Archaeology of the Human Senses*, Nueva York, Pantheon, 1971, págs. 32, 54-55. Mi intención es ver esto como un desarrollo más general del que hace Foucault; la nueva episteme clásica subsistió subyacente en la ciencia del siglo XIX.

tente o costumbres arrastradas desde tiempo inmemorial tienen una justificación cada vez menos plausible para las relaciones sociales, el campo de batalla de los roles del género se trasladó a la naturaleza, al sexo biológico. Las diferencias en la anatomía sexual se adujeron en favor y en contra de todo tipo de reivindicaciones en una amplia gama de contextos concretos, sociales, económicos, políticos, culturales y eróticos. (El deseo del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre era natural —de aquí el nuevo lema de la “atracción de los opuestos”— o no lo era.) Cualquiera que fuera la solución que se adoptara, el cuerpo era decisivo para ella.

Pero no triunfó ninguna explicación de la diferencia sexual. Podía darse el caso de que hubiera casi tanta gente que creyera que las mujeres son iguales a los hombres ante la pasión, que la que sostuviera la opinión contraria⁸. Simplemente ignoramos cuántos creían con Pierre Roussel, antropólogo moral del siglo XVIII, y con Elizabeth Wolstenholme, feminista inglesa del siglo XIX, que la menstruación era una patología contingente de la civilización, y cuántos creían lo contrario, que la menstruación mostraba el poder del útero sobre la vida de las mujeres y era, por tanto, una base natural de la diferencia del género⁹. Había quienes pensaban que las mujeres de color eran especialmente sensibles a la sexualidad a causa de la estructura de sus genitales, mientras otros pensaban que lo rudimentario de su sistema nervioso y la sequedad de sus mucosas daban como resultado “la falta de sensibilidad genital”¹⁰.

⁸ A diferencia de Peter Gay, *Education of the Senses*, Nueva York, Oxford University Press, 1984, por ejemplo, yo no tengo interés en dilucidar qué posición prevalecía o cuál describía mejor la realidad.

⁹ Sobre el sustrato político de la tesis de Wolstenholme, véase Sheila Jeffreys, *The Spinster and Her Enemies*, Londres, Pandora, 1985, páginas 28-35, esp. 34-35.

¹⁰ Esta idea de la sensibilidad genital exaltada se remonta a la Antigüedad. La posición contraria forma parte de una nueva discusión racista sobre la supuesta insaciabilidad sexual de los hombres negros, sobre la relación de hombres blancos con mujeres negras, etcétera. Véase la relativamente pornográfica *Untrodden Fields of Anthropology*, debida a autor

Sería interesante estudiar la micropolítica de esas explicaciones alternativas, pero sin perder de vista que los verdaderos términos del debate son nuevos: la diferencia que se había expresado con referencia al género viene ahora a expresarse con referencia al sexo, a la biología. Con anterioridad a las postrimerías del siglo XVII no había libros con títulos tales como *De la femme sous ses rapports physiologiques, moraux et littéraires* o *De la puberté... chez la femme, au point de vue physiologique, hygiénique et medical*, que hablaran tan explícitamente de los fundamentos biológicos del orden moral. En los siglos siguientes hubo cientos, si no miles, de ellos que exploraban las diferencias sexuales.

Los científicos hicieron algo más que ofrecer datos neutrales a los ideólogos. Comprometieron su prestigio en la empresa; descubrieron aspectos ignorados de la diferencia sexual o aportaron testimonios de los mismos. Además, la política del género afectó muy claramente no sólo a la interpretación de datos clínicos o de laboratorio, sino también a su producción. Por otra parte, se abrieron nuevas líneas de investigación que produjeron buen número de conocimientos sobre la anatomía del cuerpo masculino y femenino y sobre su desarrollo hasta la madurez, sobre la naturaleza de la ovulación y la producción de esperma, sobre la concepción, la menstruación, y en los años 1920 y 1930, sobre el control hormonal de la reproducción en general. En las primeras décadas de este siglo aumentó de forma considerable la capacidad de la ciencia para predecir y efectuar con éxito el apareamiento, tanto en hombres como en animales. En resumen, la biología de la reproducción hizo serios progresos en su comprensión del sexo y no fue ya meramente una empresa "inmadura" al servicio de intereses sociales contradictorios.

anónimo que firma como Dr. Jacobus, Nueva York, Falstaff Press, ca. 1900, págs. 125, 238-239. En general se aprecian importantes paralelismos entre las discusiones de las diferencias sexuales y raciales que siguen al siglo XVIII, puesto que se trata en todo caso de encontrar fundamentos biológicos a la ordenación social.

Pero mi propósito ahora es resaltar que los nuevos conocimientos sobre el sexo no respaldan en modo alguno las tesis sobre la diferencia sexual hechas en su nombre. Ningún descubrimiento singular o grupo de descubrimientos provocó el nacimiento del modelo de dos sexos, precisamente por las mismas razones que los descubrimientos anatómicos del Renacimiento no desplazaron al modelo unisexo: la naturaleza de la diferencia sexual no es susceptible de comprobación empírica. Es lógicamente independiente de los hechos biológicos, porque una vez incorporados éstos al lenguaje de la ciencia constituyen también el lenguaje del género, al menos cuando se aplican a una interpretación culturalmente importante de la diferencia sexual. En otras palabras, casi todas las afirmaciones relativas al sexo están cargadas desde el principio con la repercusión cultural de las mismas propuestas. Pese al nuevo estatus epistemológico de la naturaleza como sustrato de las distinciones y pese a la acumulación de hechos sobre el sexo, la diferencia sexual no fue más estable en los siglos que siguieron a la revolución científica de lo que antes había sido. Dos sexos inconmensurables eran, y son, productos culturales, en la misma medida que lo era, y es, el modelo unisexo.

En este capítulo y en el siguiente trataré de mostrar de forma negativa que los nuevos descubrimientos científicos no hicieron abandonar el viejo modelo y adoptar el nuevo. El modelo de un sexo, insisto de nuevo en ello, no murió. Pero se encontró con una alternativa poderosa: una biología de lo inconmensurable en la cual la relación entre hombres y mujeres no era inherente a la igualdad o desigualdad, sino más bien a la diferencia, lo cual requería una interpretación. Dicho de otro modo, el sexo sustituyó a lo que podríamos llamar género como categoría fundacional básica. De hecho, quedó constituido un marco en el que se distinguían claramente lo natural y lo social.

A finales del siglo XVII y en el XVIII, la ciencia otorgó una sustancia material, aceptable en términos de la nueva epistemología, a las categorías de “hombre” y “mujer”, consideradas como sexos biológicos opuestos e incommensurables. Puede apreciarse esto en giros sutiles del lenguaje. En Buffon, naturalista enciclopedista de la Ilustración, se aprecia un movimiento de vaivén como si se encontrara abocado a una transformación trascendental: la peculiar correspondencia entre las partes de la generación y el resto del cuerpo podía llamarse (con los antiguos) “simpatía” o (con los modernos) “una relación desconocida en la acción de los nervios”¹¹. Un concepto de orden y coherencia se ve reemplazado por un cableado tendido en los cuerpos.

Mas en general, a finales del siglo XVII, las diversas corrientes intelectuales que hicieron posible la transformación del conocimiento humano denominada revolución científica —baconianismo, mecanicismo cartesiano, epistemología empirista, síntesis newtoniana— habían socavado radicalmente toda forma galénica de comprender el cuerpo en relación con el cosmos¹². Significó esto, entre otras cosas, el abandono de

¹¹ Comte George Louis Leclerc de Buffon, *Natural History*, Londres, 1807, original en francés, 44 vols., 1749-1804, 4.34.

¹² Sobre el ocaso del galenismo como modelo para organizar los conocimientos sobre el cuerpo, véase Oswei Temkin, *Galenism: Rise and Decline of a Medical Philosophy*, Ithaca, Cornell University Press, 1973, cap. 4. La terapéutica galénica no sufrió un ocaso paralelo. Las indagaciones del coroner de Westminster, en el Londres de finales del siglo XVIII, ponen de manifiesto que la sangría era todavía el primer auxilio recomendado en casos que van desde el ahogado y el suicida que se ahorca, hasta las heridas en la cabeza con hemorragia copiosa. La medicina americana de los dos primeros tercios del siglo XIX estuvo todavía dominada por terapias esencialmente galénicas para restablecer el equilibrio natural, y a principios del siglo XIX se observó en Francia un importante resurgimiento hipocrático. Sobre América, véase John Harley Warner, *The Therapeutic Perspective*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, págs. 83-92.

los isomorfismos anatómicos entre hombre y mujer, y también la purga en el lenguaje científico de las viejas metáforas que habían vinculado la reproducción con otras funciones corporales, con el mundo natural y la gran cadena del ser. Ya no era admisible ver la generación en términos de cuajo y queso; hierro e imán perdieron su resonancia como metáforas del semen y la matriz. El pene como arado y la matriz como campo no convencían ya al público de la Ilustración como imagen de la relación sexual fructuosa. Los viejos cuadros extraídos de la agricultura —la vagina como órgano “rugoso en su interior, semejante a la piel de la mandíbula superior de una vaca”— desaparecieron de obras dedicadas a una audiencia con conocimientos complejos¹³. Incluso el término “generación”, que sugería la repetición cotidiana del acto de la creación divina con su acompañamiento de calor y de luz, dio paso al término “reproducción”, de connotaciones menos milagrosas y más mecánicas, aunque no captara del todo el virtuosismo de la naturaleza. Como decía Fontenelle, “Pon una Máquina de Perro junto a una Máquina de Perra y quizá tengas más tarde una Maquineta, mientras que si pones juntos dos Relojes nunca producirán un tercer Reloj”¹⁴. Es bien conocida la importancia en el siglo XVIII de las nuevas teorías del conocimiento en general, y en particular con respecto al cuerpo. La raza científica, por ejemplo —la idea de que al de-

¹³ Para una explicación de este cambio de imágenes en la literatura médica popular, véase Robert A. Erickson, “‘The Books of Generation’: Some Observations on the Style of the English Midwife Books, 1671-1764”, en Paul-Gabriel Bouche, ed., *Sexuality in Eighteenth-Century Britain*, Manchester, Manchester University Press, 1982.

¹⁴ Para la relación entre “generación” y “reproducción”, véase François Jacob, *La lógica de lo viviente*, cap. 1 [referenciada en n. 47 del Cap. 1]. La cita procede de Bernard de Fontenelle, *Lettres galantes: Œuvres*, 1.322-323, en Jacob, pág. 63. De hecho, las opiniones preformacionistas dominantes no implicaban estrictamente la reproducción: en cierto sentido, en este esquema nada se reproducía o generaba, sino que meramente crecía a partir de algo ya existente. El término “reproducción” se aplicó en primer lugar a la capacidad de los pólipos y criaturas similares para producir un apéndice perdido.

mostrar la creación separada de varias razas (poligénesis) o bien simplemente al ilustrar la diferencia, la biología podría justificar el estatus diferencial frente a la "igualdad natural"—se desarrolló al mismo tiempo y como respuesta a los mismos tipos de presiones que el sexo científico¹⁵. Las afirmaciones del tipo de que los negros tenían nervios más fuertes y toscos que los europeos porque tenían cerebros más pequeños, y que esos hechos explicaban la inferioridad de su cultura, son paralelas a las que mantienen que el útero predispone naturalmente a las mujeres a la vida casera¹⁶. Quiero reconocer aquí sencillamente que mi historia concreta forma parte de lo que sería una historia más general de categorías biológicas exclusivas, en relación con la cultura.

Poullain de la Barre, uno de los primeros autores de la nueva orientación, ilustra el giro hacia la biología al hundirse el viejo orden de hombre y mujer. En su caso, el impulso hacia la biología es doble. En primer lugar, De la Barre está comprometido con la premisa cartesiana de que el yo es el sujeto pensante, la mente, que radicalmente no es cuerpo. Se sigue de ello que la mente, ése yo incorpóreo, carece de sexo, y en efecto puede no tenerlo. El género, división social entre hombres y mujeres, debe en consecuencia fundamentarse en la biología, si es que debe tener fundamento. Su versión del escepticismo radical de Descartes le conduce a la misma conclusión. Enumera una lista de ideas que los ignorantes tienen por incuestionables: que el sol se mueve alrededor de la tierra; que la religión tradicional es la verdadera; que la desigualdad del hombre en general se muestra en la "disparidad

¹⁵ Véase Philip Curtin, *The Image of Africa*, Madison, University of Wisconsin Press, 1964, págs. 28-57.

¹⁶ Tomo esta tesis de S. T. von Soemmerring, *Über die Körperliche Verschiedenheit des Negers vom Europäer* (Francfort, 1788), pág. 67, que cita, además de sus propios estudios anatómicos —en sus colecciones se puede verificar lo que atribuye a diversas partes de los negros—, a un cierto Padre Charlevoix, quien informa sobre la capacidad mental seriamente limitada de los negros de Nueva Guinea: algunos son mudos y otros sólo pueden contar hasta tres.

de los bienes y condiciones". Y, "entre esas extrañas opiniones", escribe, "no hay error más antiguo o universal" que "el parecer común sobre la diferencia de los dos sexos, y de todo lo que de ella depende"; ignorantes y sabios al unísono parecen pensar que sería "paradójico y singular" que la mujer pudiera no ser inferior al hombre en "capacidad y mérito"¹⁷.

En otras palabras, las ideas habituales sobre la diferencia sexual podrían simplemente ser un error, como lo es ver una torre cuadrada como si fuera redonda. No se trata de una idea cartesiana "clara y distinta", como lo hubiera sido para Aristóteles, sino más bien una cuestión sobre la que se puede decidir sobre las mismas bases con las que se juzga si el sol es el centro del sistema solar¹⁸. Dado que la diferencia sexual es materia empírica, una investigación nueva puede demostrar que es falsa incluso la convicción mantenida con mayor firmeza y en apariencia más sólida. Además, continúa De la Barre, hasta se pueden demostrar las causas precisas e históricamente explicables de las ideas erróneas: porque el tema "haya sido considerado con ligereza"; por motivos de "parcialidad"; por falta de "estudio o examen". Tan pronto como se superan los prejuicios y la superficialidad con que ha sido tratada la diferencia sexual, pasa a ser competencia exclusiva de la biología la constitución de la categoría "sexo". Para De la Barre, en concreto, la tarea es demostrar que las diferencias orgánicas correspondientes a las categorías sociales de hombre y mujer no importan, o no deberían importar, en la esfera pública. Para otros, el proyecto era precisamente el contrario. Pero cualquiera que sea la opción política, la estrategia es la misma: en realidad, el sexo está en todas partes porque la autoridad del género ha desaparecido¹⁹.

¹⁷ François Poullain de la Barre, *De l'égalité des deux sexes: Discours physique et moral*, 1673.

¹⁸ Para Aristóteles no hay nada que pueda inducir al error cuando se afirma que la causa eficiente (la cual define al hombre) es superior a la causa material (que define a la mujer).

¹⁹ En mi opinión, la nueva valoración que la Ilustración hace de la naturaleza, tal como se aplica a las mujeres, no fue siempre, ni incluso nor-

Los teóricos de la política, comenzando por Hobbes, han sostenido que no hay base en la naturaleza, en la ley divina o en un orden cósmico trascendente que justifique ningún tipo de autoridad —del rey sobre el vasallo, del amo sobre el esclavo o, tal como se desprende, del hombre sobre la mujer. Para Hobbes, como para Locke, una persona es en esencia un ser sensible, una criatura sin sexo cuyo cuerpo carece de relevancia política. Señalan ambos que, en definitiva, siempre son los hombres quienes están al frente de las familias y de las naciones. Son hombres, y no mujeres, quienes hacen el contrato social. Ambos quieren creer que la razón de la subordinación no se halla inscrita en el orden universal; no procede de razones pasadas de moda como la superioridad del espíritu sobre la materia o la dominación histórica que Dios concedió a Adán. Tampoco parece que deseen atribuir la a la “pura naturaleza”, en la que quizá sería más probable que un niño obedeciera a su madre que a su padre. De hecho parece haber surgido en tiempos históricos como consecuencia de una serie de conflictos que dejaron a las mujeres en posición inferior. Locke dice simplemente que puesto que “la última Determinación, la Regla, debería fijarse en algún punto, recayó naturalmente de parte del Hombre, por ser más capaz y más fuerte”²⁰. En Hobbes resulta mucho menos claro y sólo se puede suponer que el hecho de tener hijos deja a la mujer en situación vulnerable, lo cual permite al hombre conquistar a la mujer y a los hijos y en consecuencia crear derechos paternales por contrato, por conquista, en términos hobbesianos²¹. En cualquier caso, es inflexible en cuanto a que los derechos paternales no deben proceder de la generación, como en el

malmente, conservadora, como apuntan Bloch y Bloch, sino abierta a una amplia gama de usos. Véase Maurice Bloch y Jean H. Bloch, “Women and the Dialectics of Nature in Eighteenth-Century French Thought”, en MacCormack y Strathem, eds., *Nature, Culture and Gender*, págs. 25-41.

²⁰ John Locke, *Two Treatises on Government*, ed. Peter Laslett, Cambridge, University Press, 1960, 1, párrafo 47, págs. 209-210.

²¹ Ésta es la interpretación de Carole Pateman (*Sexual Contract*, página 49) del argumento extremadamente oscuro del *Leviathan*.

viejo modelo. Por problemática que sea, la tendencia de la teoría inicial del contrato es hacer que la subordinación de las mujeres a los hombres sea resultado del funcionamiento de los propios hechos de la diferencia sexual, de sus implicaciones utilitarias. Lo que importa es la fuerza superior de los hombres o, lo que es más importante, la frecuente incapacidad de las mujeres, debida a sus funciones reproductoras²². En esas explicaciones, los cuerpos no son el signo, sino el fundamento de la sociedad civil.

Rousseau, argumentando contra Hobbes, adopta también un giro biológico. Hobbes, dice, se equivocó al utilizar las luchas de los animales machos para acceder a las hembras como prueba de la combatividad natural del estado humano primitivo. Es cierto, concede, que hay una amarga competencia entre las bestias por la oportunidad de aparearse, pero esto se debe a que las hembras rehúsan los intentos del macho durante buena parte del año. Supongamos que estuvieran accesibles sólo dos meses de cada doce: “esto equivaldría a que la población de hembras se redujera en cinco sextos”. Pero las mujeres no tienen tal periodo de abstinencia —el amor no es “nunca estacional” en la especie humana— y, por tanto, no hay una disponibilidad restringida; incluso entre los salvajes no existen los “periodos fijos de calor y exclusión” que producen en los animales “tan terribles momentos de pasión colectiva”²³. La fisiología de la reproducción y la naturaleza del ciclo menstrual tienen aquí un enorme peso, al conceptuali-

²² Para Locke, véase Lorenne M. G. Clark, “Women and Locke: Who Owns the Apples in the Garden of Eden?”, en Clark y Lynda Lange, eds., *The Sexism of Social and Political Theory*, Toronto, University of Toronto Press, 1979, págs. 16-40. Como es natural, no estoy de acuerdo con Clark en considerar el proyecto de Locke como una simple versión de esfuerzos anteriores por establecer la inferioridad de las mujeres; en realidad, creo que las pruebas útiles que ella aporta subrayan la novedad de los argumentos de Locke en apoyo de una tesis muy antigua.

²³ Jean-Jacques Rousseau, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité*, París, Gallimard, 1964; existen diversas traducciones castellanas, entre ellas la de José López López, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Aguilar, 1973.

zarse el estado de naturaleza en términos de las supuestas diferencias en la receptividad sexual de mujeres y bestias.

Y, por dar un último ejemplo, Tocqueville afirmaba que en Estados Unidos la democracia había destruido las viejas bases de la autoridad patriarcal y se hacía necesario trazar de nuevo y con gran precisión “dos líneas de acción claramente definidas para los dos sexos”²⁴. En resumen, allá donde los límites se veían amenazados o aparecían otros nuevos, las diferencias sexuales fundamentales recién descubiertas proporcionaron los materiales adecuados.

Procedían de la ciencia. A finales del siglo XVIII, los anatomistas prepararon por vez primera ilustraciones detalladas de un esqueleto manifiestamente femenino, que documentaba el hecho de que la diferencia sexual no era un fenómeno epidérmico. Donde sólo había habido una estructura básica, había ahora dos²⁵. En otro ámbito, el sistema nervioso aportaba la seguridad de que el cuerpo “era un campo de signos observables e internamente consistentes” y que es de las mujeres sería consecuencia de peculiaridades de las fibras femeninas²⁶.

Gradualmente, los genitales, cuya posición había marcado un lugar del cuerpo en una escala teleológicamente masculina, fueron transformándose para convertirse en una manifestación de la diferencia inconmensurable. Podemos situar hacia finales del siglo XVII el hundimiento de las viejas representaciones. Bartholin, que en esta ocasión se opuso de modo

²⁴ Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, París, Garnier-Flammarion, 1981, 2.223. Hay diversas traducciones castellanas, entre ellas la de Dolores Sánchez de Aleu, *La democracia en América*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1980.

²⁵ Véase Londa Schiebinger, *The Mind Has No Sex?*, Cambridge, Harvard University Press, 1989, págs. 191-200.

²⁶ Véase John Mullen, “Hypochondria and Hysteria: Sensibility and the Physicians”, *The Eighteenth Century*, 25.2 (1984), 141-174, esp. 142. Véase también Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, Gallimard, 1972, para la relación entre simpatía y nervios, y entre simpatía y orden. Versión española de Juan José Utrilla, *Historia de la locura en la época clásica*, Madrid, FCE, 1979.

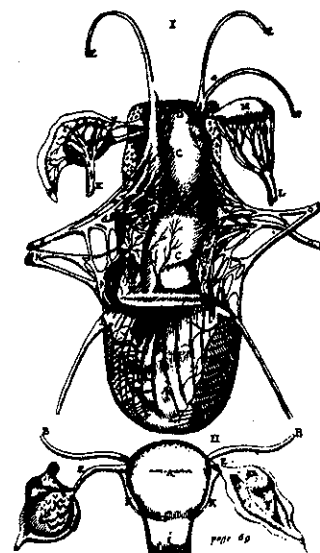


Fig. 51. El dibujo de arriba (I) muestra una matriz abierta en relación con las “piedras” y la vejiga. El de abajo (II), el cuerpo del útero y también las piedras, pero a diferencia de dibujos anteriores, no recoge la vagina. De Bartholin, *Anatomy*

abierto a los isomorfismos galénicos, presentó en 1668 tres grabados distintos de los genitales femeninos: uno de ellos mostraba el sistema reproductor completo y con toda intención excluía la vagina y las partes pudendas externas; otro presentaba la matriz abierta en relación con las “piedras” (ovarios), de nuevo sin vagina; y finalmente uno que mostraba el clítoris como un pene, con la vagina abierta de modo que aquél, por su tamaño, poco recordaba un miembro viril (compárense las figuras 37 y 51). Aunque dichas imágenes contradicen la antigua interpretación de la mujer como hombre inferior, internalizado, los rótulos pertenecen en buena medida al viejo orden: las “piedras de la mujer” para los ovarios, los “vasos deferentes” para las trompas de Falopio, la curiosamente metafórica “funda o vaina de la matriz” para designar lo que había sido el cuello de la matriz y se había convertido en vagina. Aunque las viejas representaciones habían dejado de ser viables, aquí los genitales todavía no tenían el valor de significación que alcanzarían en las ilustraciones de la centuria siguiente.

Hasta qué punto eran precarias las nuevas imágenes queda de manifiesto en la obra de Regnier de Graaf (1641-1673). Su descubrimiento del folículo ovárico facilitó las bases para muchas discusiones posteriores sobre la diferencia sexual, pero sus ilustraciones de los genitales femeninos eran más anticuadas que las de Bartholin. Toda la vagina se muestra todavía vinculada al cervix, como en los textos renacentistas, pero la descripción de De Graaf de la vagina abierta hasta la parte inferior del cuello y de los ovarios firmemente sujetos por sus ligamentos tiende a dar al conjunto un aspecto menos parecido al pene que las contrapartidas del siglo XVI y principios del XVII (fig. 52).

A finales del siglo XVII, el anatomista inglés William Cowper, como Bartholin, hizo dibujos separados para el clítoris, parte pudenda y “parte delantera de la *vagina uteri*”, y del útero, ovarios y trompas de Falopio. Los únicos indicios de la antigua fórmula son que incluye parte de la vagina, si bien “escindida como para mostrar su coloración”, en su imagen del útero (que disminuye así el efecto peneano) y que todavía no ha adoptado por completo la que será nomenclatura moderna (figs. 53-54).

En realidad, “vagina” o las palabras equivalentes (*schie-de, vagin*) para designar solamente la vaina u órgano hueco en el cual su *opuesto*, el pene, se introducía durante el coito y a través del cual nacen los niños, se incorporó a las lenguas vernáculas europeas hacia 1700. Otra nomenclatura genital también se hizo más específica y se fue cargando de significado. En un libro pornográfico de viajes fantásticos publicado en 1683, por ejemplo, el autor describe una isla con forma de mujer, que tenía poder sobre los hombres que la habitaban a través de su “suelo” y de su “humus”, pero no de sus partes sexuales. Sólo el vientre grávido y lo que debía de ser la uretra —no se nombra nunca— tenían referencias concretas. Pero hacia 1740, esa isla erótica está repleta de nombres modernos y directos de genitales: “los dos fuertes llamados Lba” (labios); “una metrópolis llamada Cltrs”²⁷. Precisamente du-

²⁷ Atribuido a Charles Cotton, *Erotopolis: The Present State of Betty-*

Fig. 52. Útero, vagina y ovarios —todavía denominados testículos femeninos—, de Regnier de Graaf, *De mulierum organis generationi inservientibus* (1672). Si la vagina no apareciera seccionada y abierta, el grabado se parecería a dibujos anteriores realizados con intención de mostrar como isomórficos los órganos masculinos y femeninos



rante el periodo intermedio, la maraña lingüística ya desgastada, en la que se mezclaban palabras para matriz y escroto, pene y vagina, prepucio y vulva, fue desentrañada. Hasta entonces nuestros antepasados no habían necesitado distinguirlos. Desde entonces son inseparables de los idiomas, en buena medida científicos, a través de los cuales se incorporaron a nuestra subjetividad.

Los órganos que habían sido comunes a ambos sexos —los testículos— vinieron a tener su propio nombre como consecuencia del descubrimiento del esperma y el huevo, y pasaron a tener una relación de sinécdoque con su sexo respectivo. En algún momento del siglo XVIII, “testículo” pasó a designar sin ambigüedades la gónada masculina; ya no necesitaba de los modificadores “masculino” o “femenino”. Los “ovarios” ya no eran las “piedras femeninas” o los “testículos femeninos”, y pasaban a significar su equivalente femenino.

Land (Londres, 1684); Thomas Stretzer, *Merryland* (orig. 1740, Nueva York: Robin Hood House, 1932), 45-65. Agradezco estas referencias a Lisa Cody.

Además, el lenguaje abiertamente político de algunas descripciones anatómicas anteriores —la descripción de Zacchia de un *beneficium* del clítoris conducía a un diagnóstico falso de hermafroditismo, por ejemplo— daba paso al lenguaje más clínico, centrado en el órgano, de la medicina del siglo XIX: el hermafroditismo “espúreo” debido al “desarrollo anormal o a la magnitud del clítoris”, puede leerse en un título dentro de una enciclopedia de comienzos de dicho siglo²⁸.

La nueva relación entre generación y placer sexual, y por tanto de la posibilidad biológica de una mujer sin pasión, tuvo también su origen a finales del siglo XVIII. En la década de 1770, el famoso experimentalista Lazzaro Spallanzani tuvo éxito en la inseminación artificial de un perro de aguas, lo cual puso de manifiesto que, al menos en un perro, no era necesario el orgasmo para la concepción²⁹. Como observó un médico escocés, las jeringuillas “no comunican ni reciben regocijo”³⁰. (El cirujano John Hunter había utilizado con anterioridad un instrumento similar para introducir el semen de un paciente que padecía un defecto uretral en la vagina de la esposa. Pero como el procedimiento se aplicó después de la relación sexual y con semen eyaculado en el momento, aunque no en el lugar, adecuado, el experimento tuvo poco valor probatorio sobre el papel del orgasmo femenino en la concepción.)³¹

²⁸ Robert B. Todd, *Cyclopedia of Anatomy and Physiology* (Londres, 1836-1839) 2.685-686, 684-738. Se aprecia un lenguaje análogo en la enciclopedia médica francesa más importante de la época.

²⁹ Lazzaro Spallanzani, *Experiences pour servir à l'histoire de la generation des animaux et des plantes* (Ginebra, 1785), párrafo 123.

³⁰ R. Couper, *Speculations on the Mode and Appearances of Impregnation in the Human Female* (Edimburgo, 1789), pág. 41.

³¹ Sobre Hunter, véase Evard Home, “An Account of the Dissection of an Hermaphrodite Dog, to Which Are Prefixed Some Observations on Hermaphrodites in General”, *Philosophical Transactions*, 69 (1799), parte 2. Sobre la inseminación artificial en general, aunque sin referencia a su valor para comprender cómo funciona la concepción en la mujer, véase F. N. L. Poynter, “Hunter, Spallanzani, and the History of Artificial Insemination”, en Lloyd G. Stevenson y Robert P. Multhauf, eds., *Medicine, Science and Culture*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1968, págs. 99-113.



Figs. 53-54. Las diversas partes del sistema reproductor femenino y los genitales externos aparecen aquí por separado. La vagina está abierta, de modo que no tiene el aspecto de pene que el órgano cerrado presenta en las ilustraciones del Renacimiento. El clítoris, arriba, a la izquierda, se muestra también aislado y no se aprecia ningún esfuerzo, como antes sucedía, para que las partes pudendas exteriores se asemejen a un prepucio femenino. A la derecha figura el útero en relación con los riñones y su vascularización; la vagina no está representada. De William Cowper, *The Anatomy of Humane Bodies* (1697)

El embarazo consecuente a una violación proporciona el caso límite de la concepción de una mujer sin placer ni deseo. Samuel Farr, en el primer texto de medicina legal escrito en inglés (1785), exponía que “sin excitación de la libido, o satisfacción en el acto venéreo, probablemente no puede tener lugar la concepción”³². No importa lo que una mujer dijera haber sentido o la resistencia que hubiera presentado; la propia concepción denunciaba el deseo o al menos una medida suficiente de aquiescencia en el disfrute del acto venéreo. Éste es un argumento muy antiguo. En la Roma del siglo segundo, Sorano había dicho que “si algunas mujeres forzadas a mantener una relación sexual habían concebido... la emoción del apetito sexual existió en ambos, aunque estuviera oculta por decisión de la mente”, y nadie antes de la segunda mitad del siglo XVIII o principios del XIX puso en tela de juicio la base fisiológica de esta afirmación³³. La edición de 1756 de la *Justice of the Peace*, de Burn, guía habitual de los magistrados ingleses, cita autoridades tan antiguas como los *Institutes* de Justiniano para afirmar que “una mujer no puede concebir a menos que dé su consentimiento”. Sigue diciendo, sin embargo, que en cuanto a materia legal, si no biológica, esta doctrina es dudosa³⁴. Argumenta otro autor que el embarazo debería aceptarse como prueba de aquiescencia, puesto que el miedo, el terror y la aversión que acompañan a una verdadera violación impedirían la apari-

³² Samuel Farr, *The Elements of Medical Jurisprudence*, Londres, 1785, págs. 42-43.

³³ Sorano, *Gynecology*, trad. Temkin, pág. 36. Sorano hace que esta afirmación parezca de sentido común añadiendo que “sucede lo mismo que en las mujeres que están de luto, en las que el apetito por los alimentos existe, aunque esté oscurecido por el pesar”.

³⁴ Richard Burn, *Justice of the Peace* (Londres, 1756), pág. 598. Cita una escuela de abogados que suscriben esta opinión, pero también se apoya en Hawkins en cuanto a que los efectos legales de dicha opinión son dudosos: “la violencia previa en ningún modo es atenuada por el consentimiento final”, porque si se siguiera esta regla, el juicio del agresor debería posponerse hasta que se determinara el embarazo, y finalmente la “filosofía de este concepto puede muy bien ponerse en duda”.

ción del orgasmo, haciendo así altamente improbable la concepción³⁵.

En la práctica es dudoso que esos puntos de vista tuvieran mucho efecto sobre los tribunales³⁶. Para empezar, algunas autoridades legales mantuvieron que la máxima de que “no puede haber violación si la mujer concibe”, no parecía tener fuerza de ley³⁷. Además, por la dificultad de probar una violación, y más en general por la indulgencia en materias de violencia personal, sólo las violaciones más sonadas y repugnantes llegaban a juicio: ataques a muchachas muy jóvenes o mujeres embarazadas, violaciones de damas por sus criados, casos en que se transmitían enfermedades venéreas o con resultado de mutilación³⁸. En tales casos, los detalles de si hubo orgasmo probablemente no eran relevantes. En definitiva, se sabía que el argumento del embarazo no era del todo fiable. Un médico exponía en 1823 que la concepción era posible incluso cuando la relación sexual era involuntaria o con un hombre hacia el que la mujer sentía repugnancia porque ambos estados pueden conducir a un “tono tan elevado de orgasmo constitucional” como para hacer posible la ovulación. El orgasmo aquí en cuestión —la turgescencia de los órganos reproductores— no precisa de sentimiento o deseo para que se produzca³⁹.

Pero hacia 1820 las doctrinas médicas sobre las que se basaban las definiciones legales de la violación habían cam-

³⁵ Citado en J. S. Forsyth, *A Synopsis of Modern Medical Jurisprudence* (Londres, 1829), págs. 499-500.

³⁶ A pesar de ello, en fecha tan tardía como 1865, un destacado médico forense daba cuenta de que los abogados de los violadores hacían uso del hecho del embarazo en la defensa de sus clientes, y se mostraba preocupado porque si los jurados tomaban en serio dichos argumentos, podrían producirse grandes injusticias. Susan Edwards, *Female Sexuality and the Law*, Oxford, Robertson, 1981, pág. 124.

³⁷ Matthew Hale (1609-1676), *Historia placitorum coronae*, pág. 631; primera ed. americana, *History of the Pleas of the Crown* (Filadelfia, 1847).

³⁸ Sobre los procesos de violación, véase Anna Clark, *Women's Silence, Men's Violence*, Londres, Pandora, 1987.

³⁹ John Mason Good, *The Study of Medicine* (Boston, 1823), 4.100.

biado radicalmente. La idea de que violación y embarazo eran incompatibles fue denunciada, en un texto ampliamente citado, como algo que no era sino “una declaración fuera de lugar de los legisladores antiguos”, una “idea del vulgo, de la que personas ignorantes inferían todavía que la mujer había consentido, puesto que estaba embarazada”, añadiendo así un estigma inmerecido a las otras cargas de la infortunada víctima del crimen⁴⁰. Mientras que la edición de Burn del siglo XVIII antes citada era vaga en cuanto a la cuestión científica de si la concepción descartaba la violación, su versión del siglo XIX afirmaba de forma inequívoca que la idea era absurda, que sería sorprendente que “cualquiera cuya educación e intelecto fueran superiores a los de una anciana niñera” creyera todavía en ello. Pese a lo que el vulgo pudiera haber creído —y, como antes apuntaba, podía muy bien seguir creyendo en el fondo la gente corriente de forma tácita, según viejas ideas que aún circulaban ampliamente en libros y cotilleos—, el mundo culto rechazaba con firmeza los vínculos entre placer femenino y concepción. No significa esto que los expertos abrazaran la hipótesis de que las mujeres pudieran ovular con independencia de la relación sexual, la cual permaneció controvertida durante todo un siglo. El hecho reside más bien en que las mujeres pudieran experimentar la tensión de la relación sexual e incluso el orgasmo, en el sentido decimonónico de la palabra, como turgescencia o presión, sin ninguna sensación concomitante. Los ovarios, en otras palabras, podían funcionar no sólo sin influencia de la propia conciencia, sino también sin signo fenoménico alguno. “La compulsión física... suficiente para inducir el estado requerido” era todo lo que los ovarios necesitaban⁴¹.

Incluso a finales del siglo XVIII, algunos autores habían dicho que no existía relación entre las cualidades erógenas de

⁴⁰ J. A. Paris y J. S. M. Fontblanque, *Medical Jurisprudence* (Londres, 1823), 1.436-437.

⁴¹ T. R. Beck, *Elements of Medical Jurisprudence* (Londres 1836, 6.^a ed.), pág. 109. Beck admite que “no sabemos, ni probablemente sabremos nunca, qué es lo necesario para causar la concepción”.

los genitales externos femeninos y la compleja tarea que se desarrollaba en el interior. Decía uno que la “susceptibilidad lasciva” de los órganos externos era materialmente inútil para la generación; otro resaltaba la “organización de la vagina a efectos de provocar excitación y placer”, sólo para concluir esta observación con el *non sequitur* de que “puede acomodarse y se acomoda al tamaño necesario para abrazar estrechamente el pene en la cópula”⁴². Un importante texto de obstetricia decía de paso que no trataría del clítoris y otros órganos externos porque eran irrelevantes para una comadrona⁴³. De este modo, aunque en esos y muchos otros textos similares los médicos no planteaban directamente la cuestión de si las mujeres tenían sensaciones sexuales o experimentaban orgasmos, consideraban esas circunstancias contingentes para el orden de las cosas. Al no ser ya necesarios para la concepción, pasaron a ser algo que las mujeres podían tener o no tener, un debate obstinado e intrascendente más bien que algo que durante tanto tiempo se había reconocido importante.

Y nosotros no debemos dar por reconocidos los términos en que la ciencia definía los nuevos sexos. Afirmaba que el cuerpo aportaba un fundamento sólido, un *locus* causal, para el significado del hombre y la mujer. La dificultad se encierra aquí no en la verdad o falsedad empírica de los puntos de vista biológicos específicos, sino en la propia estrategia de la interpretación. Después de la Revolución científica, la diferencia sexual no era consecuencia de la anatomía, como tampoco lo había sido en el mundo de sexo único.

LA APORÍA DE LA BIOLOGÍA

La estética de la diferencia anatómica. Es evidente que la anatomía, y en general la naturaleza tal como la conocemos,

⁴² Couper, *Speculations*, pág. 40; E. Sibley, *Medical Mirror* (Londres, ca. 1790), pág. 15.

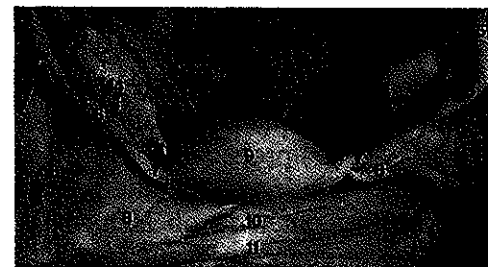
⁴³ Thomas Denman, *An Introduction to the Practice of Midwifery* (Londres, 1794), 1.73-74.

no está compuesta de hechos puros, no adulterados por pensamientos o convenciones, sino que es más bien una estructura francamente compleja, basada no sólo en la observación, sino en toda una gama de condicionantes sociales y culturales que afectan a la práctica científica, así como también a la estética de la representación. Lejos de ser los fundamentos del género, los cuerpos masculino y femenino son por sí mismos, en los libros de anatomía de los siglos XVIII y XIX, artefactos cuya producción forma parte de la historia de la época.

No quiere esto decir, como hemos visto en el Capítulo III, que no pueda juzgarse si un texto o ilustración de anatomía es más o menos preciso. Existe el progreso en anatomía. Hay límites a la imaginación científica. Vesalio *estaba* equivocado al dibujar la *rete mirabile* en humanos, aunque su ilusión por verla es comprensible en el contexto de la fisiología galénica. Normalmente no hay orificios en el tabique del corazón, como pensaban en el Renacimiento los anatomistas, aunque otra vez no es difícil ver como orificio claro el *foramen ovalis*, presente en la cuarta parte de los casos, y la miriada de espacios entre las *trabeculae corneae* que soportan las válvulas podrían tomarse por orificios que comunican los lados derecho e izquierdo. Los ovarios *son* estructuralmente distintos de los testículos, aunque no tanto en la apariencia de su superficie externa como hubieran deseado los primeros textos.

Pero todas las ilustraciones anatómicas, históricas o contemporáneas son abstracciones, son mapas de una realidad desconcertante e infinitamente variada. Las representaciones de características que pertenecen en especial al hombre o a la mujer, debido a las graves consecuencias sociales de las distinciones, son dictadas sobre todo por el arte y la cultura. Como los mapas, las ilustraciones anatómicas prestan atención a una característica concreta o a una serie particular de relaciones espaciales. Para cumplir su función adoptan un punto de vista —incluyen ciertas estructuras y excluyen otras; eliminan el cúmulo de materiales que llenan el cuerpo— como puede ser la grasa, el tejido conjuntivo, y “variaciones insignificantes” que carecen de nombre o identidad individual. Sitúan el cuerpo en relación con la muerte, con el

Fig. 55. Fotografía del útero y de los ovarios desde arriba, tomada sobre órganos embalsamados



mundo terrenal o con una cara identificable; o bien no lo hacen, como en los textos modernos. Como muestran las figuras 10-16, la situación social de los cadáveres fue antes mucho más rica y variada de lo que vino a ser en el siglo XIX. Los compiladores de textos de anatomía emplean o rechazan técnicas de grabado o de pintura para obtener efectos especiales. En resumen, las ilustraciones anatómicas son representaciones de la comprensión histórica concreta del cuerpo humano y de su lugar en la creación, y no sólo del estado particular del conocimiento de sus estructuras.

Así, por ejemplo, las figuras 20-26 prestan a la vagina el aspecto del pene y no son incorrectas por subrayar una relación entre los órganos reproductores femeninos que los anatomistas decidieron desechar desde finales del siglo XVII; ni, a la inversa, son más correctas las ilustraciones del siglo XVIII (figs. 51-54), por no resaltar dicha relación. A partir de láminas modernas podrían producirse imágenes semejantes a las renacentistas (figs. 28-29).

Pero el margen de interpretación inherente a cualquier ilustración anatómica se hace evidente en contextos menos controvertidos. Consideremos, por ejemplo, la figura 55, fotografía del útero y los ovarios desde arriba y de frente. No puede calificarse de ideológica, pero es muy selectiva. No hay sangre ni ningún otro fluido en la imagen; se ha eliminado casi toda la grasa y el tejido conjuntivo; el cuerpo en que reside el órgano apenas se ve; el tono es frío y neutro. Todo ello contrasta con dos dibujos del mismo tema. El primero (fig. 56), preparado para ilustrar lo que equivocada-

mente se creía un huevo humano, casi parece un paisaje de Caspar David Friedrich. Valles sombreados surcan los gruesos ligamentos del útero; las trompas de Falopio asemejan flores exóticas que sobresalen entre nubes ondulantes. El segundo (fig. 57) procede de un texto moderno que sigue la tradición del dibujo esquemático, casi arquitectónico, del gran anatomista alemán Jacob Henle, para mostrar solamente características concretas de un órgano que se resalta para la ocasión. Casi no hay sombras ni sensación de textura; el tono, como en la fotografía, es distante y científico; ningún efecto empaña su supuesta objetividad; no existe la sensación de que se trate del órgano de una persona. La ilustración final del mismo órgano (fig. 58) se inscribe en un nivel de abstracción todavía mayor. Se trata de un cianotipo, del estilo de las copias de planos, dibujado para mostrar una característica con-

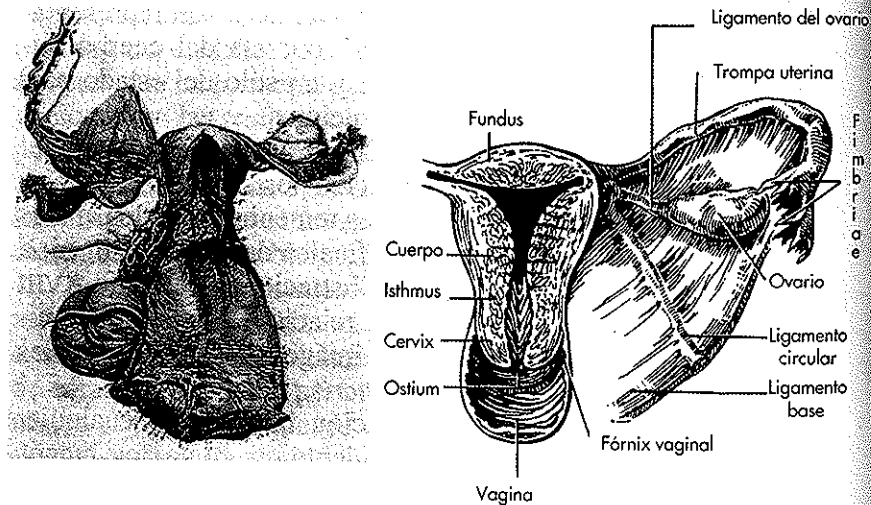


Fig. 56 (izqda.). Dibujo muy detallado del útero, trompas de Falopio y ovarios, publicado en el número 107 de las *Philosophical Transactions* (1817). Apréciase la forma en que las estructuras parecen batidas por el viento y el efecto dramático que crean las sombras

Fig. 57 (dcha.). Dibujo moderno de las estructuras representadas en la figura 56, considerablemente menos elaborado y más abstracto

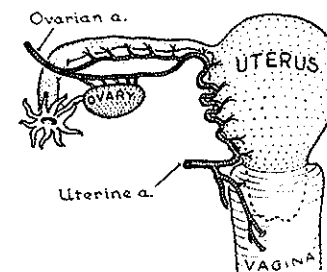


Fig. 58. Dibujo esquemático moderno del útero, ovarios y trompas de Falopio

creta de la estructura en cuestión, sin esfuerzo alguno por situarla en un contexto, como si el órgano fuera una máquina. No quiero afirmar que estas imágenes sean ideológicas en el sentido de que distorsionen abiertamente la observación en beneficio de una u otra posición política. Simplemente deseo subrayar lo que ya está bien establecido en la crítica de arte: las imágenes son producto de una actividad social que consiste en crear imágenes y llevan las complejas marcas de sus orígenes.

Cuando las ilustraciones anatómicas reivindican un estatus canónico, cuando anuncian que representan *el* ojo humano o *el* esqueleto femenino, entonces están todavía más directamente implicadas en la cultura que las produce. La anatomía idealista, como el idealismo en general, debe postular una norma trascendente. Pero, como es natural, los ojos, músculos o esqueletos reales no son canónicos, y en consecuencia cualquier representación que haga esta reclamación la hace sobre la base de ciertas nociones concretas, cultural e históricamente determinadas, de lo que es ideal, aquellas que mejor ilustran la verdadera naturaleza del objeto en cuestión. Algunos textos, como la *Anatomy* de Gray, que experimentó una gran acogida, representan todos los rasgos como si fueran masculinos, de forma alegre e inconsciente. Toda la anatomía externa se muestra sobre individuos varones, si bien curiosamente poco musculados, y con ello contradice cualquier reclamación de objetividad que pudiera hacerse sobre las ventajas del cuerpo masculino para ilustrar las articulaciones en superfi-

cie. Incluso las líneas de separación trazadas esquemáticamente para dividir el tórax del abdomen y las señales que indican el curso de los vasos sanguíneos, todo ello se muestra sobre un modelo masculino; las manos, en diversos estadios de disección, son manos masculinas; la distribución de los nervios cutáneos se presenta sobre el trazado esquemático de un hombre. Se asume simplemente que el cuerpo humano es masculino. El cuerpo femenino se presenta solamente para mostrar en qué difiere del masculino⁴⁴.

Samuel Thomas von Soemmerring, quien realizó una de las dos ilustraciones canónicas del cuerpo femenino en competencia en el siglo XIX, fue más directo al exponer sus principios de selección. Para él, como para gran parte de la tradición anatómica idealista, lo anatómicamente normal era lo más bello. De este modo, un anatomista estaba comprometido en la misma tarea profunda que un pintor: ofrecer la forma humana, y la de la naturaleza en general, de acuerdo con los cánones del arte. En el comentario que hizo sobre su ilustración del ojo dice Soemmerring:

Lo mismo que asumimos que todas las obras de arte que representan el cuerpo humano y reclaman para sí la belleza ideal deben ser correctas desde el punto de vista anatómico, también, por otra parte, deberíamos esperar naturalmente que todo lo que el disector describe anatómicamente como estructura normal sea excepcionalmente bello⁴⁵.

Como el distinguido anatomista Bernard Albinus, quien aconsejaba a sus colegas que fueran como los artistas que "dibujan una cara hermosa, y si sucede que muestra un defecto, tratan de enmendarlo", Soemmerring prometía evitar en sus

⁴⁴ Baso estas observaciones en la edición 27.^a, o del primer centenario, de Henry Gray, *Anatomy of the Human Body*, ed. Charles Mayo Goss, Filadelfia, Lea and Febiger, 1959, figs. 74, 77, 90 y 827, entre muchas otras.

⁴⁵ S. T. Soemmerring, *Abbildung des menschlichen Auges* (Francfort, 1801), prefacio, sin paginación.

representaciones todo lo que fuera "deforme, marchito, arrugado, torcido o dislocado"⁴⁶. Todo aquello que impidiera alcanzar las más elevadas cotas estéticas desaparecía de sus representaciones del cuerpo; la gran tradición de las normas de sir Joshua Reynolds para pintores, presente en sus *Discursos*, quedó reflejada en el mundo en apariencia distinto de la ilustración científica.

A Soemmerring no le satisfacía el esqueleto femenino que habían preparado D'Arconville y Sue, el único disponible hacia 1790, y decidió construir uno alternativo basado en las normas más exigentes de la observación y del juicio estético. No habiendo encontrado ninguno adecuado en su colección, adquirió el de una joven de veintidós años, de feminidad contrastada (había dado a luz); al parecer, añadió a este esqueleto el bien conocido cráneo de una mujer georgiana, procedente de la colección de Friedrich Blumenbach. Prosiguió su esfuerzo tratando de dar con la pose adecuada, buscando la opinión de artistas y expertos; hizo posar a modelos vivos; y finalmente comparó este producto con la Venus de Medicis y con la de Dresde. El esqueleto canónico tenía que parecer convincente como fundamento del cuerpo femenino canónico.

Todo esto guarda una extraña semejanza con el relato que hace Alberti del pintor ateniense Zeusis (del siglo V a.C.):

Pensó que no podría encontrar tanta belleza como buscaba en un solo cuerpo, porque la naturaleza no la daría a alguien en particular. Por ello escogió las cinco jóvenes más hermosas entre todas las mujeres del país, para dibujar según ellas toda la belleza por la que las mujeres son alabadas. Era un pintor prudente⁴⁷.

⁴⁶ Bernard Albinus, *Table of the Skeleton and Muscles of the Human Body*, citado en Schiebinger, *The Mind Has No Sex?*, pág. 203. Mi descripción de la forma de construir un esqueleto femenino perfecto se debe a Schiebinger, págs. 200-211.

⁴⁷ Leon Battista Alberti, *On Painting*, trad. J. R. Spencer, New Haven, Yale University Press, 1966, libro 3, pág. 93. Ésta ya era una cita antigua cuando Alberti hizo uso de ella.

Así, la construcción *del* esqueleto femenino, o mejor de cualquier representación ideal, es un ejercicio de estética vinculado a la cultura. Y sucedió que la belleza de Soemmerring no acertó a dar con las fórmulas políticas de su época; y el esqueleto de D'Arconville-Sue triunfó. ¿Por qué? Según el anatomista escocés John Barclay, "aunque sea más gracioso y elegante, y haya sido sugerido por hombres eminentes en modelado, escultura y pintura, en nada contribuye a la comparación que se pretende"⁴⁸. La comparación olvidada, desde luego, era entre hombres y mujeres, y el error concreto de que se acusaba a Soemmerring era su incapacidad de representar con especificidad suficiente la pelvis femenina, el signo más peculiar en cuanto a los huesos se refiere de la diferencia sexual. Para asegurarse de que los lectores comprendían por completo la diferencia, Barclay reprodujo el esqueleto masculino de Albinus, con la reconstrucción de la musculatura de un caballo al fondo, y el esqueleto femenino de Sue, junto a un avestruz esquelético que lo mira⁴⁹. La iconografía del caballo era transparente en un mundo en que la bestia se criaba por su velocidad, fuerza y resistencia, en el cual un hombre a caballo todavía representaba la autoridad. El avestruz era un signo menos frecuente, pero que también puede interpretarse. Su enorme pelvis en proporción con el cuerpo dirige la atención del espectador hacia la característica análoga de la mujer que lo acompaña, mientras que su largo cuello debe de haber sido una alusión a la tesis de la frenología de que el cuello largo característico de las mujeres es testimonio de su falta de pasión, de su escasa "amatividad".

De este modo, la propia ciencia anatómica era la arena en

⁴⁸ Citado en Schiebinger, pág. 200.

⁴⁹ Debería señalarse que mientras los antropólogos físicos pueden determinar en general el sexo de un esqueleto, es muy difícil hacerlo en un cuadro sin las notables exageraciones que emplearon los anatomistas de finales del siglo XVIII y XIX. Los ejemplares de esqueletos presentes en los laboratorios de anatomía no muestran siempre con claridad la diferencia sexual, como puede corroborar cualquier estudiante. Para ilustraciones de varios de esos esqueletos, véase Schiebinger, págs. 204-205.

que la representación de la diferencia sexual luchaba por implantar su dominio. Las diferencias anatómicas manifiestas entre sexos, el cuerpo al margen de la cultura, se conocen sólo a través de paradigmas, científicos y estéticos, altamente desarrollados y vinculados a la cultura y a la historia. La idea de que sólo el progreso científico, el puro descubrimiento anatómico, podría justificar el interés de la última parte del siglo XVIII y del XIX por el dimorfismo sexual, no es simplemente equivocada en el plano empírico, es también filosóficamente insensata.

La embriogénesis y las homologías galénicas. Un extraño que reconociera el paisaje de la ciencia de mediados del siglo XIX muy bien podría sospechar que la creación de una diferencia sexual inconmensurable tuvo lugar a pesar de los nuevos descubrimientos y no a causa de ellos. Cuidadosos estudios del desarrollo fetal habían dado crédito no a las nuevas diferencias, sino a la antigua androginia, basada esta vez en la naturaleza y no en mitos o en la metafísica. Desde el siglo XVIII se había sabido, por ejemplo, que clítoris y pene eran de análogo origen embriológico. En un libro de medicina legal de comienzos del siglo XIX, y concretamente en una sección dedicada al hermafroditismo y a las dificultades de reconocer el sexo de los recién nacidos, se afirma que en el momento del nacimiento el clítoris "es con frecuencia más largo que el pene, lo cual produce frecuentes errores". Cita el autor las *Mémoires de l'Académie Royale des Sciences de Paris*, del año 1767, para dar cuenta de que el número aparentemente desproporcionado de abortos de varones en el tercero y cuarto mes del embarazo es debido al tamaño del clítoris en los embriones femeninos y la confusión resultante en la identificación sexual. (El error es comprensible, como demuestra la fig. 59.) En términos generales, el triunfo en embriología, durante los primeros treinta años del siglo XIX, de la epigénesis (la tesis de que las estructuras orgánicas complejas se forman a partir de otras más simples, indiferenciadas, más bien que de entidades preformadas inherentes al esperma o al huevo), parecía socavar totalmente la diferencia. La ciencia mostraba

un embrión en el que el canal de Wolff, así nombrado por su descubridor Kaspar Friedrich Wolff, estaba destinado a convertirse en el tracto genital masculino, mientras que los canales de Müller, de Johannes Müller, pasarían a ser las trompas de Falopio y los ovarios. Hasta las ocho semanas coexisten las dos estructuras. Más adelante, a mediados del siglo XIX, se supo que pene y clítoris, labios y escroto, ovario y testículos, proceden de una estructura común y única del embrión. El saco del escroto, por ejemplo, es una modificación de los labios mayores, una versión del abultamiento labioescrotal del embrión en la que los labios crecen más, se pliegan y se unen a lo largo del rafe del escroto⁵⁰. Aquí, incluso más poderosamente que en los dos canales coexistentes anteriores, parecen encontrar nuevos ecos las homologías platónicas. Las representaciones modernas del desarrollo de los genitales externos guardan una semejanza notable con las ilustraciones de Vesalio o Leonardo, y los mapas modernos de la embriología genital parecen reproducir fielmente la interpretación galénica de la mujer como varón invertido.

A mayor abundamiento, la idea de los orígenes embriológicos comunes de varios órganos masculinos y femeninos ha engendrado una versión moderna del pensamiento antiguo, en el marco político bien distinto de la década de 1980. Un psicoanalista, en su esfuerzo por rehabilitar las funciones eróticas y también eréctiles de la vagina, tras veinte años de lo que llama "clitorocentrismo", aporta pruebas de consideración a la homología de la eyaculación masculina y femenina. Hay, dice, homologías inmunohistoquímicas entre las secreciones de la próstata masculina y de las glándulas parauretrales femeninas, estructuras cuyas raíces comunes en el seno embriionario urogenital, son conocidas desde el siglo XIX. De hecho, como subraya, las glándulas secretoras que fluyen a la uretra

⁵⁰ Véase, por ejemplo, la tabla que muestra los orígenes embriológicos del sistema reproductor masculino y femenino, en Rudolph Wagner, *Handwörterbuch der Physiologie* (Braunschweig, 1853), 3.763, esencialmente idéntica a la de cualquier texto moderno de anatomía del desarrollo.

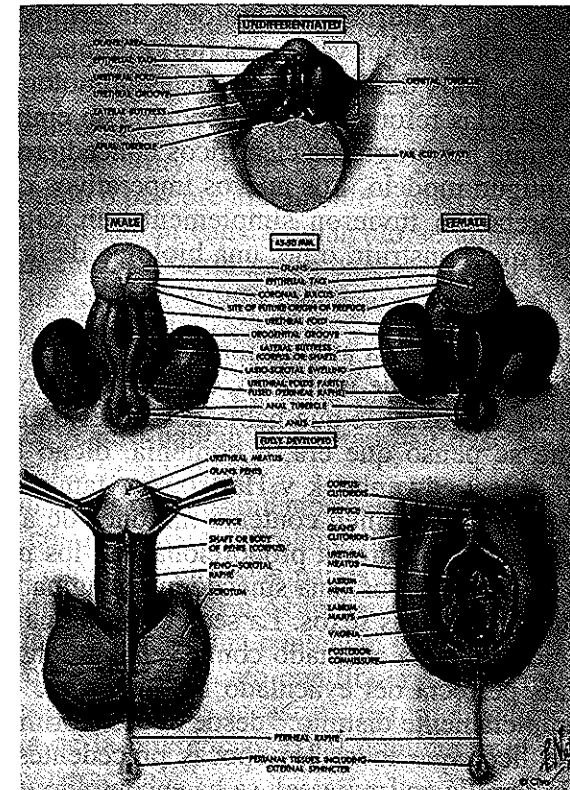


Fig. 59. A los dos meses y medio de gestación, cuando el desarrollo es de unos 40-55 mm, los genitales masculinos y femeninos son prácticamente indistinguibles. De forma gradual, tras el tercero o cuarto mes, se hace más fácil apreciar el sexo. Dibujo de Frank Netter, *CIBA Collection of Medical Illustrations*

femenina se conocieron como próstata en ambos sexos hasta 1880, fecha en que tomaron el nombre de A. J. C. Skene, quien las había investigado minuciosamente⁵¹. Así, una amplia literatura científica —de hecho la investigación embri-

⁵¹ Véase Desmond Heath, "An Investigation into the Origins of a Copious Vaginal Discharge during Intercourse: 'Enough to Wet the Bed-That Is Not Urine'", *Journal of Sex Research*, 20 (mayo 1984), 194-215.

lógica constituyó la gloria de la biología descriptiva del siglo XIX— proporcionó un vasto repertorio de nuevos descubrimientos que, lejos de destruir las viejas homologías, muy bien podía haberlas reforzado. Mi intención, sin embargo, no es mantener que los progresos científicos concedieron mayor crédito al antiguo modelo. Los nuevos imperativos culturales de la interpretación tuvieron simplemente un campo más amplio en el que construir, o no, una biología de la diferencia sexual.

Esperma y huevo. La afirmación de Harvey en 1651 de que toda vida procede de un huevo; el subsiguiente anuncio por De Graaf, en 1672, de que había descubierto el folículo ovárico, que se pensó que era, o contenía, dicho huevo; y la revelación de Leuwenhoek y Hartsocker, también en los años 1670, de que el semen contenía millones de animalculos: todo en conjunto parecía proporcionar, en los productos microscópicos generativos, una sinécdoque imaginativamente convincente para los dos sexos. La secreción vaginal que durante milenios se había aceptado como versión delgada, más fría y menos perfecta del eyaculado masculino, se convirtió en algo completamente distinto: “desde el descubrimiento del huevo... ese licor que todas las épocas precedentes han tomado por la semilla en [mujeres], se ha encontrado que es solamente una materia mucosa, secretada por las glándulas de la *Vagina*”. Durante un tiempo pareció realmente que el huevo recién descubierto detraería “buena parte de la dignidad del sexo masculino”, puesto que el huevo “proveía la materia del feto”, mientras que el hombre tan sólo “actuaba sobre ella”. Pero fue entonces cuando Anton van Leuwenhoek descubrió que el eyaculado masculino no era sólo una semilla líquida espesa; “con la ayuda de su exquisito microscopio... detectó innumerables animales pequeñísimos en el esperma masculino, y gracias a este noble descubrimiento, se eliminó en seguida aquella dificultad”⁵². Esperma y huevo representa-

⁵² William Cowper, *The Anatomy of Humane Bodies* (Londres, 1737), introducción, sin paginación. Nótese que Cowper todavía consideraba ne-

rían en adelante a hombre y mujer; la dignidad masculina quedaba restaurada.

El sexo social se proyectaba así sobre el sexo biológico, descendiendo al nivel de los propios productos generativos microscópicos. Muy pronto vino a considerarse el huevo como un nido o pesebre meramente pasivo en el que el niño o niña comprimido en cada animalculo se alimentaba hasta el alumbramiento. La fertilización pasó a ser una versión miniaturizada de un matrimonio monógamo, donde el animalculo marido operaba para introducirse a través de la única abertura del huevo/esposa, encerrándose allí “sin permitir que entrara ningún otro gusano”⁵³. En otras palabras, las viejas distinciones del género habían encontrado su base en las supuestas realidades de la vida.

Además, los descubrimientos del huevo y el esperma marcaron el comienzo de un prolongado programa de investigación para encontrar en todas partes la reproducción sexual⁵⁴. Durante un tiempo fue un éxito hacerlo así. Bien se creyera que el huevo o el esperma contenían la nueva vida ya preformada, o que cada elemento contribuía al desarrollo epigenético de las generaciones sucesivas, la reproducción sexual y la naturaleza de la diferencia sexual dominaron el pensamiento sobre la generación⁵⁵.

cesario especificar esperma *masculino*; la palabra no tenía el mismo sentido que hoy, puesto que se aplicaba a la totalidad del eyaculado masculino, a lo que llamaríamos semen.

⁵³ Hartsoecker, *Essai de dioptrique* (París, 1694), cap. 10, sec. 89, citado en Jacob, *Logic of Life*, pág. 59.

⁵⁴ La palabra *reproducción* vino finalmente a distinguirse del término más antiguo *generación*, sólo a lo largo del siglo XIX, cuando se comprendió que la producción de partes nuevas de individuos (regeneración) era radicalmente distinta de la fábrica de individuos nuevos.

⁵⁵ En esta materia sigo fielmente a Frederick B. Churchill, “Sex and the Single Organism: Biological Theories of Sexuality in Mid-Nineteenth Century”, en William Coleman y Camille Limoges, eds., *Studies in the History of Biology*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979, págs. 139-177, y el excelente resumen de las teorías embriológicas del siglo XVIII presente en Shirley A. Roe, *Matter, Life, and Generation: 18th-*

Muy pronto el sexo se filtró también de los animales a las plantas. Pistilo, palabra del latín *pistillum* (maja de mortero), se convirtió en término inadecuado para el ovario portador de la semilla. El estambre —realmente la antera que se encuentra en su extremo— del cual emana el polen pasó a ser el pene botánico. De repente las plantas tuvieron género y el sexo se asimiló a la cultura: “por ello parece razonable denotar estos ápices con un nombre más noble y atribuirles la importancia de los órganos sexuales masculinos; es ahí donde se acumula el semen, el polvo que constituye la parte más sutil de la planta, y desde donde más tarde se esparce”⁵⁶. La naturaleza sexual de las plantas se convirtió en base del famoso sistema clasificatorio de Linneo. Investigaciones posteriores hallaron productos sexuales en todos los ámbitos del mundo viviente; por ejemplo, iniciados los estudios hacia 1830, los espermatozoides se localizaron en todos los grupos invertebrados excepto en infusorios. Visto de este modo, los *Naturphilosophen* parecían tener derecho a considerar la diferencia sexual como una de las dicotomías fundamentales de la naturaleza, abismo infranqueable nacido no de los opuestos pitagóricos, sino de los propios gérmenes reproductores y de los órganos que los producen.

Al comienzo, sin embargo, los nuevos descubrimientos tuvieron sólo utilidad esporádica. En primer lugar, la proyección inmediata y promiscua del género sobre el sexo en el sistema sexual de Linneo hizo sonrojar a sus contemporáneos. El grupo de plantas clasificadas como *Monoecia*, que significa “una morada”, tomó su nombre y carácter del hecho de que “los maridos viven con sus esposas en la misma casa, pero tienen camas [hojas] diferentes”. La clase *Polygamia aequalis*, que significa “poligamia igual”, se consideró que “consta de muchos matrimonios con relaciones promiscuas”⁵⁷. El sexo de las plantas fue visto con tal carga de género que ya en aquellos momentos la taxonomía de Linneo pareció totalmente indecente.

Además, incluso en seres humanos y otras criaturas en las que huevo y espermatozoides se entendían como productos distintos de sexos diferentes, los significados de los términos estaban en flujo constante. En otras palabras, no hubo consenso en cuanto a lo que de hecho eran y significaban espermatozoides y huevo, hasta que dio comienzo el siglo XIX⁵⁸. El supuesto descubrimiento de productos genésicos distintos dio rienda suelta a la imaginación; la inconmensurabilidad de los sexos se sintió incómoda con los cuerpos microscópicos cuyo significado se debatía vivamente. Los preformacionistas se dividieron en una mayoría formada por los ovistas y una minoría de animalculistas. La elección entre ellos era a menudo ideológica: entre los principales argumentos contra los animalculistas estaba que Dios nunca hubiera ideado un sistema tan derrochador, por el cual millones de humanos preformados tuvieran que morir en cada eyaculación para que alguno, en ocasiones, encontrara alimento en el huevo para desarrollarse. En tanto que la observación tuviera que ver con la teoría, el género tenía poco papel: Haller, por ejemplo, se convirtió en parte al preformacionismo, y en particular al ovismo, porque pensó que podía trazar la continuidad de las membranas del intestino de un embrión de pollo desde la membrana vitelina⁵⁹.

Aunque algunos contemporáneos hablaron de que las dignidades respectivas de hombre y mujer se reflejaban en las dos teorías preformacionistas, el debate se desarrolló realmente sobre bases distintas. De hecho, ni ovismo ni animalculismo

Aunque algunos contemporáneos hablaron de que las dignidades respectivas de hombre y mujer se reflejaban en las dos teorías preformacionistas, el debate se desarrolló realmente sobre bases distintas. De hecho, ni ovismo ni animalculismo

Century Embryology and the Haller-Woolf Debate, Cambridge, University Press, 1981, págs. 1-22.

⁵⁶ Rudolph Jakob Camerarius, *De sexu plantarum epistola* (Tubinga, 1694), pág. 20, citado en Delaporte, *Le second Règne de la nature*, París, Flammarion, 1979.

⁵⁷ Carolus Linnaeus, *Species plantarum* (1753), vol. 1, con introducción de W. T. Stearn (facsimil de la primera edición, impresa para la Ray Society, Londres, 1957), págs. 32-33.

⁵⁸ Incluso entonces, desde luego, sus significados no eran rígidos, en tanto que estudios posteriores del núcleo restaban significado al tamaño relativo. Las investigaciones sucesivas sobre fertilización continúan cambiando las ideas en cuanto a qué es lo que importa del huevo y el espermatozoide.

⁵⁹ Roe, *Matter, Life*, págs. 44, 70-73, 77-79, y n. 24, pág. 178.

lismo sugirieron un mundo de dos sexos, sino más bien un mundo sin sexo. Ambos propugnaban la reproducción partenogénica: o bien el huevo contenía la nueva vida y el espermatozoide era una versión viva de la varilla de vidrio que hacía posible el desarrollo por sí mismos de los huevos de rana, o bien el espermatozoide contenía la nueva vida y el huevo no pasaba de ser un cesto de alimentos. Los desarrollos técnicos en el estudio en expansión de la generación minaron también la supuesta ubicuidad de la reproducción sexual. La comprobación en 1745, por parte de Charles Bonnet, de que los áfidos se reproducen por partenogénesis —término acuñado en 1849 por el gran experto en anatomía comparada Richard Owen— fue el primer paso hacia el descubrimiento de que el desarrollo de huevos no fecundados a partir de hembras sexualmente maduras estaba mucho más extendido de lo que se creía posible. La demostración de Abraham Trembley, hacia la misma época, de la capacidad regenerativa de la hidra, tuvo repercusiones generales en discusiones teóricas no sólo de sexualidad, sino también sobre la generación. Otros desarrollos y tendencias —el descubrimiento de la alternancia de las generaciones, en 1842, y el interés creciente en la reproducción hermafrodita— contribuyeron también a marginar los modelos dieciochescos de la reproducción sexual universal, en tanto existían dichos modelos⁶⁰.

No quiero repetir la larga historia del espermatozoide o el huevo, sino tan sólo subrayar que las reivindicaciones del género hechas por medio de ella fueron constantemente socavadas por ese tipo de controversias⁶¹. Hasta mediados del siglo XIX no estuvo claro si el espermatozoide simplemente removía el semen

⁶⁰ Véase Churchill, "Sex and the Single Organism", págs. 142ss; Gasking, *Investigations into Generation*, págs. 63-65 y cap. 5 en general.

⁶¹ Roe, en *Matter, Life*, deja claro que por mucho que una u otra parte quisieran basar alguna tesis sobre el género en la naturaleza del espermatozoide y el huevo, los científicos que polemizaron en vano sobre ovismo y animalculismo, lo hicieron sobre bases diferentes y más técnicas. El paso de Haller del espermatismo a la epigénesis, al mantener que el embrión estaba preformado en el huevo, tuvo que ver con la importancia concedida a ciertas observaciones y a la política de la ciencia, no del género.

—una especie de batidora con forma de gusano— y estimulaba la ovulación, si tocaba el huevo o si realmente penetraba en él. El triunfo conceptual de la teoría celular y los progresos en la tinción y en el conjunto de la microscopía, permitieron finalmente a Oskar Hertwig, en 1876, demostrar que el espermatozoide penetra de hecho en el huevo y que la unión real de huevo y espermatozoide *constituía* la fertilización. (Como he dicho, esto pareció proporcionar un modelo microscópico incontestable para la diferencia sexual inconmensurable, hasta que el paso al nivel molecular del ADN ha vuelto de nuevo a enturbiar el panorama.) Bien entrado el siglo XX continúa el debate sobre si se combina la totalidad o sólo parte del material nuclear.

Durante buena parte del periodo aquí considerado, la función y naturaleza del espermatozoide permanecieron oscuros. A finales del siglo XVIII, Spallanzani había probado que ninguna dosis de vapor del semen fertilizaría los huevos de rana, que el *aura seminalis* de Harvey no era suficiente para que el molde femenino produjera renacuajos y que la filtración repetida del semen lo podía hacer impotente. Demostró que las ranas macho desnudas que montan una hembra fertilizan sus huevos, pero si se les ponen unos a modo de pantaloncillos de tafetán, no lo hacen; siguiendo con la demostración, pudo ver, además, que el residuo presente en el ridículo atuendo era activo. (Había demostrado previamente —matando una rana hembra en el momento de la copulación y haciendo notar que los huevos que permanecían en el interior no se desarrollaban, mientras que los que habían estado en contacto con el espermatozoide resultaban fecundados— que los huevos se fecundaban fuera del cuerpo.) Pese a todo esto, siguió pensando que las pequeñas criaturas del semen eran meros parásitos y que el semen actuaba estimulando el corazón de un feto preformado, liberado por el ovario tras la fertilización⁶².

⁶² Sobre el espermatozoide, véase F. J. Cole, *Early Theories of Generation*, Oxford, Clarendon Press, 1930, caps. 1 y 2. Sobre Spallanzani, véase Gasking, *Generation*, págs. 132-136.

El debate entre preformacionistas —ovistas o animalculistas—, por una parte, y epigenesistas, por otra, aporta más pruebas todavía del escaso interés de la investigación sobre las sustancias genésicas para la reflexión sobre los dos sexos. La elección entre preformación y epigénesis se hacía más sobre bases filosóficas que empíricas, pero las querellas sobre el género no tenían lugar. Albrecht von Haller difería de Christian Woolf no en la interpretación de estos o aquellos datos —de hecho en eso podían estar de acuerdo—, sino en problemas básicos de la filosofía de la ciencia: un preformacionismo, mecanicista y newtoniano, en el que el desarrollo embrionario actúa según el plan divino, contra una epigénesis racionalista y algo más vitalista, en la que la materia no era mera sustancia inerte que esperara a que operaran las leyes divinas.

Entre los epigenesistas, una figura importante como Buffon escribía todavía con las cadencias de la vieja biología de la generación, como si no hubiera sucedido nada, casi un siglo después del descubrimiento del espermatozoide y el huevo: “la mujer tiene un licor seminal que comienza a formarse en los testículos” y que “los licores seminales de ambos [hombre y mujer] son extraídos de todas las partes del cuerpo y en su mezcla hay todo lo necesario para formar un cierto número de hombres y mujeres”. El problema no es que Buffon estuviera equivocado en sus teorías de la pangénesis, o que fuera correcto por razones equivocadas, al afirmar que hay un “molde interior” en las partículas del “semen” masculino y femenino que organiza la materia en estructuras orgánicas⁶³. Más bien deseo sugerir que en los siglos XVIII y XIX, y todavía hoy, en cualquier punto del conocimiento científico es posible una amplia gama de tesis culturales contradictorias sobre la diferencia sexual. Pierre de Maupertuis, uno de los más significados opositores al preformacionismo —creía que los

⁶³ Buffon, *Natural History*, 3.228-229. La argumentación de Haller contra Buffon era similar a la de Aristóteles contra los pangenesistas. Véase Roe, págs. 28-29.

átomos se ordenaban entre sí de acuerdo con cierto plan— escribía todavía en 1756, como había hecho Demócrito en la antigua Grecia, acerca del orgasmo: “es en ese momento, tan rico en deleites, cuando llega la vida al nuevo ser”⁶⁴. Ni el nivel del conocimiento científico ni su “corrección” frena la poesía escrita en su nombre.

Pero incluso si Maupertuis y otros científicos de los siglos XVIII y XIX hubieran llegado a la que consideramos interpretación correcta de los datos disponibles, la observación y el experimento no hubieran llegado a crear una metáfora para la virilidad y la femineidad. La traducción de los hechos acerca de la reproducción en “hechos” sobre la diferencia sexual es precisamente el juego de manos cultural que deseo exponer.

El ovario y la naturaleza de la mujer. El ovario es el ejemplo más notable de aporía anatómica y el caso más claro en que los supuestos culturales alimentan una tradición de investigación cuyos resultados a su vez confirman aquellos puntos de vista. “Propter solum ovarium mulier est id quod est” (sólo por el ovario es la mujer lo que es), escribió el médico francés Achille Chereau en 1844, cuarenta años antes de que existieran pruebas de la importancia real de este órgano en la vida de la mujer. Hay ahí un salto paradigmático a la incommensurabilidad que sería intolerable en cualquier circuns-

⁶⁴ Pierre de Maupertuis, *Vénus physique*, 1745 y 1746, pág. 6. Véase también el cap. 2, en el que discute la controvertida cuestión de si el semen masculino toca de hecho el huevo. Como hicieran muchos, antes y después, negó que tal contacto fuera necesario para la fertilización. Escribe que “nueve meses después de que una mujer ha gozado del placer que perpetúa a la humanidad, trae al mundo una pequeña criatura” (página 4). En un pasaje culturalmente cargado, se maravilla de: “cómo este dichoso ámbito [la matriz] se convierte en oscura prisión para un embrión informe e insensible. ¿Cómo puede ser que la causa de tan gran placer, el origen de un ser tan perfecto, no sea más que carne y sangre?” (pág. 6) Las teorías preformacionistas surgieron precisamente porque no parecía posible otra explicación a que la materia se organizara a sí misma en formas nuevas.

tancia⁶⁵. Pero es particularmente irónico porque el importante rol del ovario en la vida biológica de las mujeres —aunque ciertamente no haga que la mujer “sea lo que es”— fue establecido de forma definitiva a finales del siglo XIX, al suponer lo que restaba por probar y haciendo uso de ello como justificación de la extirpación quirúrgica de ovarios histológicamente normales. La ovariectomía bilateral —la ablación de ovarios sanos— hizo su aparición a comienzos de la década de 1870 y alcanzó un éxito inmediato en la curación de una amplia variedad de “patologías de la conducta”: histeria⁶⁶, deseo sexual excesivo, y males y dolores más prosaicos cuyos orígenes no eran fáciles de atribuir. (El procedimiento fue llamado también en alemán “die Castration der Frauen”, en francés “castration chez la femme”, y asimismo se conoció por el epónimo “operación de Battey o Hegar”, por Robert Battey y Alfred Hegar, los cirujanos americano y alemán que la popularizaron. Debería distinguirse de lo que usualmente se llama ovariectomía, eliminación de ovarios cancerosos o quísticos por razones terapéuticas, que hoy se seguiría considerando médicamente justificada. También el número de estas operaciones creció considerablemente, como en realidad lo hizo el número de todas las operaciones en general a finales del siglo XIX, en especial después de la implantación de las técnicas asépticas de Lister.)⁶⁷

⁶⁵ Achille Chereau, *Mémoires pour servir à l'étude des maladies des ovaires* (París, 1844), pág. 91. El mejor artículo sobre las ideas del siglo XIX sobre el ovario es Carol Smith-Rosenberg y Charles Rosenberg, “The Female Animal: Medical and Biological Views of Women in Nineteenth-Century America”, *Journal of American History*, 60 (septiembre 1973). Véase también Carol Smith-Rosenberg, “Puberty to Menopause: The Cycle of Femininity in Nineteenth-Century America”, reimpresso en su libro *Disorderly Conduct*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, páginas 182-196.

⁶⁶ En las mujeres, la histeria es por completo de origen ovárico y no uterino, dice la rúbrica “sexo” del *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, obra de referencia de finales del siglo XIX.

⁶⁷ No hay que apresurarse a condenar toda cirugía ginecológica. Como la distinguida médica e investigadora americana Mary Putnam Jacobi es-

La ablación de ovarios sanos con la esperanza de curar las llamadas crisis de la feminidad condujo a un largo camino hacia la producción de datos que permitirían comprender las funciones del órgano. Por ejemplo, la demostración de que la menstruación depende del ovario se hizo bajo la hipótesis de que la inflamación del folículo ovárico producía en algunas mujeres síntomas menstruales y calores, y que la eliminación del órgano, por tanto, detendría esos excesos sexuales.

Hay una ironía adicional en todo esto, porque la intervención supone y no supone, al mismo tiempo, una diferencia sexual inconmensurable; supone crear mujeres que son o no son más parecidas al hombre de lo que lo eran antes de la operación. El propio nombre, castración femenina, sugiere el viejo punto de vista de que los ovarios son testículos femeninos, similares a los del hombre. Pero los médicos se apresuraron a negar que la ovariectomía se asemejara a la castración en sus efectos psicológicos y sociales. No hay imágenes comparables a la de la figura 60, en las que se hayan cambiado los papeles y en vez de hombres con el escabelo en la mano, inclinados sobre el cuerpo postrado de una mujer, sean hombres (o lo que sería más inconcebible todavía, mujeres) dispuestos a castrar a un hombre. No hubo castración masculina, ni ablación de testículos sanos, excepto en unos pocos casos concretos de demencia criminal o para tratar el cáncer de próstata. Aunque se pensara que la gónada femenina, como su contrapartida masculina, tenía profundos efectos sobre varias partes del cuerpo, los ovarios no eran testículos en ningún sentido cultural o metafórico en las mentes de una profesión médica

cribía a Elizabeth Blackwell, la primera mujer que alcanzó la graduación en medicina en Gran Bretaña, “si las ‘mutilaciones’ os producen estremecimientos, será porque nunca habéis tratado un ovario degenerado o una trompa de Falopio supurante; en otro caso tendríais que admitir que la mutilación la habría efectuado la enfermedad... o la negligencia... antes de que el cirujano interviniera”. Carta fechada el 25 de diciembre de 1888, Library of Congress, Blackwell MS Box 59. Agradezco a Regina Morantz Sanchez que me facilitara este documento.

dominada por varones. Y al no ser testículos, no eran sacrosantos.

La justificación teórica para la “castración femenina” fue que los ovarios, las “piedras” de la mujer (entendidos antaño como versión más fría de los testículos), eran de hecho los órganos maestros del cuerpo femenino, de forma que si los perdían se parecerían más a los hombres, lo mismo que los hombres castrados se parecen más a las mujeres. La ovariectomía provocaría que las mujeres dejaran de menstruar y que se vieran afectadas por otros cambios en características sexuales secundarias que les asemejarían más a los hombres. Por otra parte, la eliminación de los ovarios haría que una mujer fuera más femenina, o al menos más parecida a lo que quienes proponían la operación pensaban que deberían ser las mujeres. La extirpación de los órganos femeninos exorcizaba los demonios de una conducta impropia de una dama.

Toda esta especulación sobre la relación de sinécdoque entre un órgano y una persona —una mujer es sus ovarios— o incluso entre el ovario y algunos cambios fisiológicos y anatómicos observables tenía un tufillo ideológico. Hasta finales del siglo XIX nadie conocía los efectos de la ablación de los ovarios. (Incluso hoy no se comprenden bien los efectos de la ovariectomía postmenopáusica.) Se sabía mucho más sobre los efectos de la ablación de los testículos. Aristóteles y otros autores antiguos reconocieron las consecuencias fisiológicas, y las que tomaron por psicológicas y conductuales, de la castración de los hombres, antes y después de la pubertad. Los eunucos ocupan un lugar destacado en escritos médicos y morales, en diversas prácticas religiosas cristianas y paganas, y son abundantes las observaciones sobre los efectos de la castración en animales domésticos machos⁶⁸. Pero hasta donde yo sé no existen comentarios sobre la ablación de ovarios en mujeres y tan sólo una simple referencia al procedimiento en animales: “Los ovarios de las cerdas se cortan con el fin de

⁶⁸ Véase Brown, *Body and Society*, págs. 67-68, y Rousselle, *Porneia*, págs. 121-128.



Fig. 60. Tres cirujanos, hacia 1880, realizando una ovariectomía a una paciente con un gran quiste

apagar en ellas los apetitos sexuales y estimular su engorde”, escribió Aristóteles; las camellas, continúa, se mutilan para hacerlas más agresivas con “fines bélicos” y para impedir que críen⁶⁹.

Hasta el advenimiento de la ovariectomía, hacia 1870, no se escribió nada importante sobre tales observaciones en humanos. Durante dos milenios, desde la Grecia antigua hasta el Londres de finales del siglo XVIII, no se informó de ningún caso en seres humanos, ni en la literatura médica ni en la popular. Fue entonces cuando Percival Pott, distinguido cirujano del Hospital de San Bartolomé, de Londres, anunció que había examinado a una mujer, de veintitrés años, con dos pequeñas masas blandas, “de superficie desigual”, una en cada

⁶⁹ *History of Animals*, 9.50.632a22.

ingle. Tenía aspecto sano, menstruaba con regularidad y no sufría dolor alguno excepto cuando se agachaba. Con el tiempo “quedó incapacitada para ganarse el pan” y, cuando ya nada aliviaba su dolor, decidió que le extirpasen los tumores. Para gran sorpresa de Pott, se trataba de los ovarios. Advirtió que su paciente recobraba la salud, pero parecía más delgada y musculosa; “sus pechos, que eran grandes, desaparecieron; tampoco ha menstruado desde la operación, de la cual hace ya años”. No ofrece explicación de por qué sucedió todo esto⁷⁰.

Cuando, en 1843, Theodor von Bischoff, descubridor de la ovulación espontánea en perros, escribió que los ovarios gobiernan el ciclo reproductor de la mujer, sólo disponía de una prueba fragmentaria nueva: el relato del doctor G. Roberts, médico y viajero, que decía haber visto mujeres “castradas” en la India, de unos veinticinco años, con pechos poco desarrollados, cuyas partes pudendas externas carecían de los depósitos adiposos habituales, con pelvis deformada y nalgas como las de un hombre, las cuales no presentaban signos de menstruación o procesos compensatorios, y con ausencia total de instinto sexual⁷¹. Aunque se dé crédito a este in-

⁷⁰ Percival Pott, *The Chirurgical Works*, Londres, 1808, nueva ed., caso 24, “Una hernia ovárica”, págs. 210-211. Un ginecólogo moderno interpreta esto como un ejemplo raro de prolapso bilateral de los ovarios en los sacos inguinales. Su eliminación conduciría a la masculinización que describe Pott. Agradezco este diagnóstico al Dr. Roger Hoag.

⁷¹ Theodor von Bischoff, *Beweis der von der begattung unabhängigen periodischen reifung und belosung der eier der säugethiere unter des Menschen als der ersten Bedingung ihrer fortpflanzung* (Giessen, 1844), citando a G. Roberts, *Fragments d'un voyage dans les provinces de l'Inde en 1841*. Edward John Tilt, célebre ginecólogo inglés que cuenta entre los principales defensores de la idea de que los ovarios controlaban los impulsos sexuales de las mujeres y a su vez estaban afectados por éstos —“el uso excesivo de la relación sexual es causa no infrecuente de ovaritis subaguda”—, cita también a Roberts como prueba para el hecho de que los ovarios producen “la lujuria característica” de la clase femenina. En una de las más extravagantes fantasías orientalistas de todo el siglo XIX, afirma que la operación se realizaba “para servir las inclinaciones lascivas de los tiranos orientales”, *On diseases of Menstruation and Ovarian Inflammation* (Londres, 1850), pág. 53. La descripción de Roberts parece consistente con los resultados de la eliminación prepubertal de los ovarios, pero también con algún desorden de la pituitaria.

forme y se le añade una serie de observaciones clínicas dispersas que relacionen la malformación de los ovarios con la ausencia de menstruación, las pruebas disponibles en cuanto a la función del ovario en la fisiología reproductora de las mujeres seguían siendo débiles a mediados del siglo XIX.

La aparición de la ovariectomía “justificable” después de 1865 —en su mayor parte por quistes, tumores y otras patologías indicadas— comenzó a proporcionar pruebas cuasi experimentales de la función de los ovarios, pero puesto que el funcionamiento de un órgano sano no siempre puede deducirse de forma fiable de los efectos de la ablación de su contrapartida enferma, tales materiales distaban de ser concluyentes. Un manual de referencia alemán aseguraba que había tantos casos registrados que afirmaban la relación entre ovario y menstruación, que apenas valía la pena tomar nota de los casos nuevos; en dicho manual se hacía referencia al caso de Bischoff, sucedido cuarenta años atrás, a través de citas de Roberts y Pott (cuyo propio informe estaba por cumplir un siglo). Además, procede anotar que todavía se concedía bastante peso a ejemplos de persistencia de la menstruación tras la eliminación de los ovarios y que si los ataques a tales pruebas no resultaban decisivos habría que reconsiderar si la íntima relación postulada entre útero y ovario no habría sido exagerada⁷². En 1882, un manual francés que cita materiales nuevos junto a pruebas más antiguas sugiere que la función del ovario en la menstruación, y por ende en el conjunto del ciclo reproductor, podría ser tan pasiva como la del útero⁷³.

Nadie se molestó en aducir la experiencia que se tenía

⁷² L. Hermann, *Handbuch der Physiologie* (Leipzig, 1881), vol. 6, 2.^a parte: sección de V. Hensen, “Physiologie der Zeugung”, págs. 69 y ss. La menstruación posterior a la ablación de los ovarios aparecía porque, al desconocer la función del ovario, los médicos no se preocupaban de eliminar todo el tejido ovárico y dejaban restos del pedículo o mesovario al cual está unido el ovario.

⁷³ A. Charpentier, *Encyclopédie d'obstétrique et de gynécologie*, 1882.

con la vieja práctica de la ovariectomía en animales con anterioridad a 1873, cuando, un año después de que Battey comenzara a recomendar la eliminación de los ovarios en diversas enfermedades nerviosas, un médico francés recordó que en vacas y cerdas, en las que la operación “se practicaba normalmente durante los dos primeros meses de vida, el útero dejaba de crecer y su volumen permanecía estacionario”⁷⁴. En resumen, cuando Battey y Hegar empezaron a eliminar ovarios sanos, en la creencia popular dicho órgano tenía una función determinante en la vida, pero no se sabía nada a ciencia cierta de su función en las mujeres y no se hizo esfuerzo alguno por explotar lo poco que se sabía en el campo de la veterinaria. Es ésta una cuestión no de indeterminación del conocimiento anatómico y fisiológico, sino de ignorancia liberada.

Veinte años y miles de ovarios sanos extirpados más tarde, algunas de las hipótesis que habían avalado la operación gozaron por fin de pruebas experimentales. Fue Alfred Hegar, distinguido profesor de ginecología en Freiburg y principal paladín europeo de la castración femenina, quien logró aunar la sabiduría de generaciones de granjeros y su práctica clínica. Deseoso de conocer los efectos a largo plazo de las operaciones que ya había realizado, revisó la literatura y halló que la castración femenina era práctica antigua en animales. Descubrió que la castración de vacas estaba muy extendida en Francia hacia 1830, pero que había caído en desuso porque las vacas engordaban demasiado y dejaban de dar leche. Todavía en su tiempo, los veterinarios extirpaban ovarios, pero sólo por motivos de salud: por “deseo de toro, una especie de ninfomanía” (*Steiersucht, eine Art Nymphomanie*), que afectaba ¡al 10 por 100 de las vacas en ciertas regiones!⁷⁵

⁷⁴ Citado en George Corner, “The Early History of Estrogenic Hormones”, *Journal of Endocrinology*, 31 (1964-65), iv. Sus comentarios se corresponden con los escritos sobre patología ovárica.

⁷⁵ Hegar utiliza a propósito el término “castración”. Algunos, escribe, quieren usar ovariectomía para referirse a la escisión de ovarios enfermos, mientras que reservan castración para la ablación de los sanos. No, dice

Sin desalentarse en su búsqueda del saber, Hegar volvió su vista a los clásicos y a la explicación aristotélica de la resección de los ovarios a las cerdas. Buscó entonces un *Schweine-Schneider*, “un castrador de cerdos”, cuya técnica básica parecía indistinguible de la practicada por sus predecesores griegos, aunque desde la perspectiva burguesa del siglo XIX era mucho más enojosa. Sacó el hombre un cuchillo sucio, hizo una incisión de dos centímetros, colocó sus dedos mugrientos en torno a ovarios, conductos y ligamentos, y los cortó. Cosió luego la incisión con aguja e hilo que había sacado de un bolsillo de sus pantalones “nauseabundos”. (Nunca me había resultado claro por qué, con un sentido tan exquisito de la suciedad y la limpieza, no se le había ocurrido a Hegar y sus contemporáneos la idea de la cirugía aséptica, una década antes que a Lister. Según su propio relato, Hegar perdió un tercio de sus pacientes por sepsis.)

Después de ver al castrador en acción, Hegar probó a hacer la operación. Compró dos cerditas y procedió a eliminar los dos ovarios en una de ellas y uno solo en la otra. Cuando alcanzaron la madurez, las hizo sacrificar y encontró que la cerda completamente castrada mostraba aplasia total de útero, un útero de tamaño infantil. Hizo un dibujo detallado, lo hizo

Hegar. Los ovarios que él extirpa pueden parecer sanos en un examen clínico, pero no se puede negar que sus pacientes sufren. Afirmar que los ovarios que extirpa son sanos es como decir que las arterias escleróticas de un hombre a punto de morir de un ataque están sanas, tan sólo porque su médico no puede diagnosticarlas como enfermas. En resumen, Hegar está decidido a considerar los ovarios como culpables hasta que se pruebe su inocencia. “Zur Begriffsbildung der Kastration”, separata especial del *Zentralblatt für Gynäkologie* (1887), págs. 44, 6-7 (accesible entre los trabajos de Hegar presentes en la Crerar Library, Chicago). En respuesta a las críticas, niega también que prescriba rutinariamente la castración para combatir la histeria, a la que reconoce múltiples causas; sólo en los casos más raros puede demostrarse su origen en las gónadas. Pero hay otras enfermedades de naturaleza nerviosa que emanan de los órganos genitales. Tienen éstas una dimensión física (“das Leiden”), que a veces desaparece durante el embarazo y la menstruación. Hegar se sentía incómodo con las críticas y trató de mostrarse como un médico responsable. Véase “Für Castration bei Hysterie”, *Berlin Klinischen Wochenschrift*, 26 (1880).

grabar, y lo publicó con orgullo como “la primera ilustración jamás publicada de atrofia de útero por castración”⁷⁶. No hay que tomarse a broma la genuina contribución al conocimiento que representa el experimento de Hegar, que le condenaba a él mismo, a Battey y a otros médicos por las mutilaciones que practicaron en nombre de la terapia. Lo importante aquí, sin embargo, no es simplemente que una visión particular de la mujer les llevara a considerar el ovario como fuente de enfermedades cuyo origen reside más en la cultura que en el cuerpo, sino más bien que suscribieran una epistemología que consideraba la anatomía como fundamento de un mundo estable de dos sexos inconmensurables. Se extirpaban los ovarios, no porque hicieran a las mujeres lo que eran, ni tampoco por el antifeminismo de los médicos, sino porque algunos de éstos tomaron al pie de la letra las sinécdoques que habían inventado. De modo irónico, sus prácticas facilitaron nuevos conocimientos sobre las funciones fisiológicas de los ovarios. Pero su valor simbólico, su función como signo de diferencia, no fue afectado por el progreso.

ORGASMO Y DIFERENCIA SEXUAL

El 15 de mayo de 1879, Mabel Loomis Todd —más tarde amante del hermano de Emily Dickinson— llevó a cabo un experimento extraordinariamente preciso. Su hipótesis consistía en que sólo sería fecunda en el momento del clímax, porque más tarde se le cerraría la matriz y “ningún fluido podría alcanzar el punto fructífero”. Para comprobar esta proposición, dice, aceptó en sí misma “recibir el precioso fluido al menos después de transcurridos seis u ocho minutos desde el momento de más intenso placer, cuando estaba completamente fría y satisfecha”. Se levantó y como en apariencia todo el semen del marido se había escurrido, se consideró jus-

⁷⁶ Alfred Hegar, *Die Castration der Frauen von physiologischen und chirurgischen Standpunkte aus* (Leipzig, 1878), págs. 41 y ss.

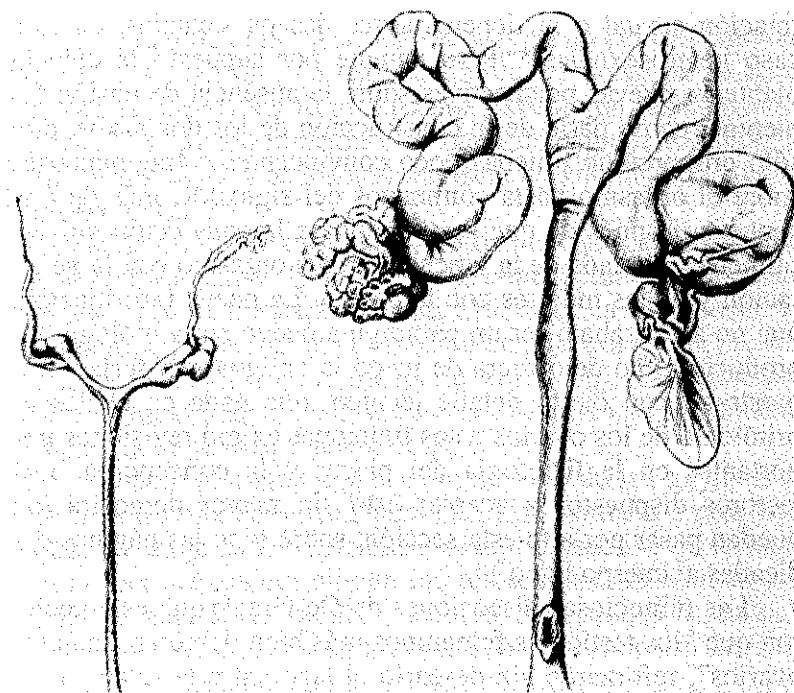


Fig. 61. Alfred Hegar, “primera ilustración jamás publicada del útero atrofiado de un animal castrado”

tificada; nueve meses más tarde, el nacimiento de su hija Millicent probó que estaba equivocada⁷⁷.

Mabel Todd estaba muy equivocada. De forma muy distinta a cuestiones de anatomía y diferencia sexual, la cuestión de si las mujeres pueden concebir sin orgasmo —aunque culturalmente pueda ser deseable la ausencia de pasión— pudo contestarse de forma definitiva. Lo mismo que la cuestión de si el orgasmo femenino cierra la matriz. La prueba empírica puede plantear incluso incógnitas más complicadas y problemáticas: si las mujeres en general tienen orgasmos durante la

⁷⁷ Diario manuscrito de Mabel Loomis Todd, Yale University Library, 15 de mayo de 1879. Agradezco a Peter Gay que me facilitara este material.

relación sexual o si tienen fuertes deseos sexuales, en este caso heterosexuales⁷⁸. Pero aunque por supuesto la ciencia planteara nuevas perspectivas sobre la ausencia de pasión femenina, como parte de la construcción de los dos sexos, ello sólo proporcionó pruebas poco convincentes y fragmentarias sobre el orgasmo hasta comienzos del siglo XX, más de una centuria después de que se abandonara la convicción universalmente aceptada de la vinculación del orgasmo con la generación y de las mujeres con la pasión. La nueva información, que no alcanzaba a ser un paradigma nuevo en la biología reproductora, no dejó fuera de juego la antigua sabiduría. (Demostraré, con cierto detalle técnico, que nada en el descubrimiento de los ovarios y sus funciones exigió revisiones importantes en la fisiología del placer y la concepción. Los lectores dispuestos a aceptar esto sin mayor demostración pueden pasar por alto esta sección, sobre todo las páginas dedicadas al cuerpo lúteo.)

Las minuciosas disecciones de De Graaf, que establecieron que “los testículos femeninos más bien debieran llamarse ovarios”, reforzaron sin desearlo el lazo entre la relación sexual y la “emisión” femenina, porque demostraron que en conejos los folículos, que De Graaf consideró huevos, “no existían en todo momento en los testículos de las hembras; por el contrario, sólo se detectaban después de los coitos”. Como otros observadores durante al menos el siglo y medio siguiente, De Graaf estaba convencido de que la ovulación se presentaba *solamente* como resultado de la cópula, la cual era placentera simplemente por la naturaleza de las cosas: “si ciertas partes de las *pudenda* [clítoris y labios] no estuvieran dotadas de tan deliciosas sensaciones de placer y de tan gran

⁷⁸ No quiero dar a entender que estas cuestiones sean fáciles de contestar. Científicos competentes llegaron a conclusiones muy diferentes a partir del mismo cuerpo de datos, por entonces ya bastante amplio, relativo a humanos y primates. Véase Donald Symons, *The Evolution of Human Sexuality*, Nueva York, Oxford University Press, 1979, y la revisión de Sarah Blaffer Hrdy en *Quarterly Review of Biology*, 54 (septiembre de 1979), 309-313.

pasión, ninguna mujer desearía cargar con un penoso embarazo de nueve meses”. La explicación de De Graaf no se apartaba de la clásica del Renacimiento, excepto en sus opiniones sobre el eyaculado femenino: en lugar de entenderlo como de semen más débil y acuoso, lo interpretó como un huevo en su entorno líquido⁷⁹.

Había de hecho muy pocos datos nuevos sobre fisiología de la reproducción. “El *modus* de la concepción”, como escribía en 1779 el obstetra William Smellie, “es incierto en su conjunto, en especial en la especie humana, porque se presenta raras veces la oportunidad de abrir mujeres embarazadas”⁸⁰. Había que tomar los casos sólo cuando se presentaban y hacer la mejor descripción posible.

Albrecht von Haller, por ejemplo, uno de los gigantes de las ciencias biológicas del siglo XVIII, se limitaba a proyectar sobre las mujeres la experiencia sexual masculina. Y lo hacía así no porque tuviera ningún interés especial en mantener la simetría sesgada del modelo galénico, sino porque la analogía de la mujer excitada sexualmente con el hombre en las mismas condiciones parecía de sentido común:

⁷⁹ En el próximo capítulo volveré a la historia de la controvertida cuestión de qué es lo que causa la ovulación. Como se sabe, las conejas y unas pocas criaturas relativamente exóticas —hurones, visones, musarañas de rabo corto— son ovuladoras inducidas por el coito. La distinción no estuvo clara hasta el siglo XX. Regnier de Graaf, *De mulierum organigenerationi inservientibus*, trad. George W. Corner, en *Essays in Biology in Honor of Herbert Evans*, Berkeley, University of California Press, 1943, págs. 55-92. En relación con el coito inductor frente a la ovulación espontánea, véase A. V. Nalbandov, *Reproductive Physiology of Mammals and Birds*, Nueva York, Freeman, 3.ª ed., 1976, págs. 132-133 [versión castellana, *Fisiología de la reproducción*, Zaragoza, Acribia, 1969], y R. M. F. S. Sadleir, *The Reproduction of Vertebrates*, Nueva York, Academic Press, 1973, págs. 127-129. El pensamiento actual tiende a difuminar las distinciones rígidas entre ovuladoras coitalmente inducidas y espontáneas, considerando el conjunto de animales como un *continuum*. Para una consideración de este enfoque en humanos, véase J. H. Clark y M. X. Zarrow, “Influence of Copulation on Time of Ovulation in Women”, *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, 109 (abril de 1971), 183-185.

⁸⁰ William Smellie, *A Treatise on the Theory and Practice of Midwifery* (Londres, 1779), 1.90.

Cuando una mujer, invitada bien por el amor moral o por el deseo sensual de placer, admite el abrazo del hombre, se excita una constricción y atricción convulsiva de las partes muy sensibles y tiernas situadas en la contigüidad de la abertura externa de la vagina, del mismo modo que antes observábamos en el hombre.

El clítoris se pone erecto, las ninfas se hinchan, se constriñe el flujo de sangre venosa y los genitales externos se ponen turgentes; el sistema actúa "para provocar que el placer alcance su apogeo". En este proceso se expelle una pequeña cantidad de mucosidad lubricante, pero lo más importante es que "al aumentar las cotas de placer, ello causa un mayor aflujo de sangre a todo el sistema genital femenino", que se traduce en una "alteración importante de las partes interiores". Erección femenina, interna y externa. El útero se endurece con la sangre que afluye; las trompas de Falopio se hinchan y crecen "como para aplicar la abertura del tubo hacia el ovario". Luego, en el momento del orgasmo mutuo, el "semen caliente masculino", al actuar sobre el sistema ya excitado, hace que la extremidad del tubo se estire todavía más, "rodeando y comprimiendo el ovario en ferviente unión, presiona hacia fuera y extrae el huevo maduro". Es la extrusión del huevo. Haller comunica finalmente a sus instruidos lectores, que probablemente hayan leído este tórrido relato en el latín original, que todo eso "no tiene lugar sin grande placer para la madre, ni sin una sensación exquisita inenarrable en las partes internas del tubo, que amenazan a la futura madre con un pasmo o un desvanecimiento"⁸¹. Las pruebas para este

⁸¹ Albrecht von Haller, *Physiology: Being a Course of Lectures*, vol. 2 (Londres, 1754), págs. 300-303. Haller era ovista cuando escribió esto, pero hay explicaciones casi idénticas entre espermatistas. Así, Henry Bracken escribe: "En el acto de la generación, el placer es tan exquisito como para alterar el curso de la sangre y de los espíritus animales, que en ese momento se mueven por todas partes donde antes reposaban". *Midwife's Companion* (Londres, 1737). El eminente William Smellie ofreció en esencia la misma descripción (*Treatise*, 1.92).

argumento eran escasas, pero algunas hay en la literatura. Un anatomista inglés, por ejemplo, hizo en 1716 la disección de una mujer que acababa de ser ejecutada y pretendió haber encontrado un tubo "apretado en torno al ovario"; después de investigar cómo podía haber sucedido aquello, supo que "la mujer disfrutó de un hombre en prisión, poco antes de la ejecución"⁸².

La relación sexual continuó vinculada a la ovulación y a un drama interno que, como en el relato de Haller, podía estar marcado por el placer. W. C. Cruickshank, buscando los huevos de la coneja en 1797, encontró el cuerpo lúteo sólo después del coito, de lo que dedujo que "el huevo se forma en el ovario y sale del mismo después de la concepción". (El cuerpo lúteo, el "cuerpo amarillo", se forma después de que un folículo ovárico libera el huevo. Se sabe ahora que secreta progesterona, que mantiene la pared uterina en estado adecuado para la implantación. En casi todos los mamíferos se forma "espontáneamente", con independencia del coito o la concepción, puesto que la ovulación se presenta de forma espontánea; pero en conejos, donde en general el coito provoca la ovulación, sólo estaría presente en las circunstancias que Cruickshank describe.) Lo más importante es que parecería haber habido una batalla para arrancar el huevo del ovario. Pensaba el autor que las trompas de Falopio "se retorcían en espiral como gusanos... [los cuales] abrazaban los ovarios (como los dedos agarran un objeto) tan estrecha y firmemente, que habría hecho falta cierta fuerza y quizá algún daño para desprenderlos". Por supuesto que las conejas no son mujeres, pero sin duda Cruickshank pensó que sus hallazgos eran aplicables a humanos y sería sorprendente que tan tormentosa escena careciera de correlato sensorial. De este modo la prueba sugeriría que la ovulación, como la eyaculación masculina, ocasionaría alguna sensación placentera⁸³.

⁸² Se informa de esta autopsia en Pierre Dionis, *The Anatomy of Humane Bodies* (Londres, 1716, 2.^a ed.), pág. 237.

⁸³ W. C. Cruickshank: "Experiments in which, on the third day after impregnation, the ova of rabbits were found in the Fallopian tubes", *Phi-*

C. E. von Baer (1792-1876), biólogo germano-estonio que fue el primero en ver de hecho los huevos en mamíferos, cuando informó de su extraordinaria serie de observaciones, en 1828, todavía estaba convencido de que sólo una perra que acabara de acoplarse produciría el huevo que buscaba⁸⁴. En realidad, hacia 1840, casi todas las autoridades creían que la norma era la ovulación inducida por el coito, tanto en humanos como en los demás mamíferos. De esta forma, en el modelo de dos sexos, como antes, se pensaba que las sustancias genésicas, tanto en hombres como en mujeres, se producían solamente durante la relación sexual; por esas fechas, algunos comenzaron a pensar que tal acontecimiento podía tener lugar de modo rutinario, en mujeres, y sin sensación alguna.

No significa esto que no hubiera quien defendiera la opinión de que la ovulación tenía lugar de forma espontánea. (Si ello tenía lugar sin relación sexual, entonces también parecería probable una concepción mecánica y carente de pasión.) Pero los que más tarde se aceptarían como datos críticos contra la ovulación inducida por el coito en humanos, se interpretaron como anómalos hasta la segunda mitad del siglo XIX. No había nada decisivo en la existencia de huellas o "cicatrices", esto es, restos de cuerpo lúteo, en los ovarios de las vírgenes; folículos rotos en ovarios de mujeres fallecidas durante la menstruación o poco después; o, simplemente, más cicatrices en el ovario de las que podrían explicarse por un coito fecundo. Los biólogos parecían poco dispuestos a que se desvaneciera la idea de que, de alguna forma, la excitación de la cópula y la estimulación sexual eran importantes para la concepción, incluso si, milagrosamente, las mujeres no sen-

Losophical Transactions, 87 (1797). Como reconocía von Baer, Cruickshank estuvo a punto de identificar los huevos de los mamíferos.

⁸⁴ Esto no deja de ser curioso, porque von Baer concedió mucha importancia al desarrollo del folículo de Graaf, al que llama huevo, y al huevo real, el pequeño huevo o "eichin" de su interior, como parte de la historia natural del ovario. "On the Genesis of the Ovum of Mammals and of Man", trad. C. D. O'Malley, *Isis*, 47 (1956), 117-153, esp. 119.

tían nada. La concepción anestésica, en otras palabras, no se desprendía de la observación.

De este modo, John Pulley, oscuro médico de Bedfordshire en el siglo XVIII, encontró cuerpos amarillos en vírgenes, pero los justificó diciendo que esas cicatrices procedían de la excitación uterina inducida a través de la "gratificación" no natural del deseo, seguramente por masturbación. Los conocimientos extraídos de la disección de "mujeres histéricas", cuyos ovarios mostraban signos de ovulación, facilitaron pruebas adicionales, según Pulley, de la función de la excitación sexual en la extrusión del huevo⁸⁵. Aunque los textos de medicina legal se mostraron escépticos, durante la primera mitad del siglo XIX, acerca de la idea de que el acrecentamiento del placer marcará la concepción o la ovulación, concedieron gran importancia a la posibilidad de la concepción en relaciones no consentidas, y convinieron que era admisible que la ovulación requiriera el *Sturm und Drang* del coito o de un *facsimil* razonable. En un manual clásico editado en 1827, J. G. Smith escribía que no podría negar que "hubiera un impulso sensible transmitido por la excitación que conectara con el sistema uterino", cuando se produce la concepción. Pero, decía, muchas mujeres son capaces de imaginar, al margen de la esperanza o el miedo, que han concebido, si bien sus confidencias en esta materia no están contrastadas y podrían carecer de interés práctico⁸⁶.

Por otra parte, la cuestión de si la existencia de un cuerpo lúteo es prueba de un pasado embarazo o de un coito *tuvo* considerable significado para los médicos forenses: "es una cuestión bien conocida, de gran importancia en fisiología y medicina forense, muy debatida en los últimos años"⁸⁷. La

⁸⁵ John Pulley, *Essay on the Proximate Causes of Animal Impregnation* (Belford, 1801). Esta afirmación se hizo en el curso de una discusión con Haighton (véase abajo).

⁸⁶ J. G. Smith, *The Principles of Forensic Medicine*, Londres, 1827, 3ª ed., pág. 483.

⁸⁷ J. F. Blumenbach, *The Elements of Physiology*, trad. de la 4.ª ed. latina por John Elliotson, M. D. (Londres, 1828), n. "i" del traductor, pág. 468.

respuesta era una negativa cualificada y compleja. La mayoría mantenía la opinión de que las mujeres mostraban signos de ovulación sin embarazo, ni incluso relación sexual, pero sólo porque el sistema reproductor femenino podía ponerse en acción por estímulos menores, por ejemplo, un deseo fuerte. Así, mientras que hablando en general la presencia de cuerpo lúteo podía tomarse como evidencia de que una mujer había mantenido relaciones sexuales o había estado embarazada, estaba lejos de ser prueba concluyente. Puesto que “todas aquellas causas que excitan en gran medida los órganos sexuales” pueden provocar la ovulación, la presencia de cuerpo lúteo no “puede tomarse por sí misma... como signo seguro de que haya habido unión”; pero junto a otros signos debe considerarse como presunción ponderada⁸⁸. “Un jurado debería ser prudente”, decía una autoridad, antes de extraer la conclusión, basada en signos de ovulación, de que una mujer no es virgen, pese al “hecho” de que la ovulación sólo era ocasionada generalmente por una relación fecunda⁸⁹. “En algunas ocasiones” advertía otro, “la salacidad excesiva puede desprender el huevo” y dejar las cicatrices en cuestión⁹⁰. (Hay aquí una confusión añadida, porque los médicos del siglo XIX no podían distinguir entre las cicatrices más grandes y visi-

⁸⁸ Henry John Todd, ed., *Cyclopedia of Anatomy and Physiology* (Londres, 1836-1839), “Generation”, pág. 450.

⁸⁹ Para exposiciones menos ambivalentes sobre esta postura, véase David Davis, *Principles and Practice of Obstetric Medicine* (Londres, 1836), 2.830-831, quien expone con firmeza que un cuerpo lúteo es prueba de impregnación. Haighton, en *Philosophical Transactions* (1797), pág. 164, dice que proporciona “prueba incontestable” de embarazo anterior. Se presenta un ejemplo del significado práctico de este problema en G. F. Girdwood, “Mr. Girdwood’s Theory of Menstruation”, *Lancet*, (1842-43), pág. 829, donde una mujer fallecida, casada muchos años pero sin hijos, era sospechosa de infidelidad. Su gran cuerpo lúteo fue tomado como prueba de alguna impregnación, pero Girdwood negó la inferencia y salvó a título póstumo el honor de la mujer.

⁹⁰ Aquí y más arriba, la analogía es con las bestias: el cuerpo lúteo “se ha encontrado en hembras de cuadrúpedos después de un estado de lascivia periódica, sin que tuviera lugar copulación alguna”. Smith, *Principles*, pág. 482.

bles del *corpus luteum verum* —cuerpo lúteo mucho mayor que subsiste hasta el quinto o sexto mes de embarazo— y los restos más pequeños del *corpus luteum spurium*, que desaparecen con rapidez después de dos semanas si no tiene lugar el embarazo.)⁹¹

Tuvieron su importancia aquellas controversias sobre el cuerpo lúteo, que sugieren que en fecha tan tardía como 1850 nadie conocía a ciencia cierta las circunstancias que rigen la producción del huevo. Todo apunta a que la excitación venérea tenía un rol quizá mayor que en el viejo modelo de cuerpos y placeres. Así, Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840), profesor de medicina en Göttingen y uno de los médicos más afamados de Europa, observó que los folículos ováricos podían desprenderse sin los efectos del semen o incluso “sin comercio alguno con varón”, si bien de esto se deducía simplemente que en ocasiones “el propio ardor venéreo... podía producir, entre otros grandes cambios en los órganos sexuales, la dilatación de las vesículas” e incluso causar su ruptura. Lejos de minar el viejo vínculo orgasmo-concepción, las observaciones de Blumenbach lo reforzaron: sólo el deseo ya bastaba para excitar la ovulación en ciertos sistemas sensibles. Su traductor inglés añadió pruebas anecdóticas suplementarias: el informe de Valisneri del hallazgo de vesículas sobresalientes en los ovarios de una mujer de dieciocho años, que se había criado en un convento y presentaba toda la apariencia de ser virgen, situación “observada con frecuencia en las bestias durante los calores”; el informe de Bonnet sobre una joven que murió “furiosamente de amor por un hom-

⁹¹ Los médicos reconocían la existencia de un gran cuerpo lúteo en los ovarios de mujeres fallecidas al comienzo de un embarazo, pero se veían en dificultades para explicar su función o su relación con los numerosos “cuerpos lúteos minúsculos” que también se encontraban allí. Véase, por ejemplo, Robert Knox, “Contributions to the History of the Corpus Luteum, Human and Comparative”, *Lancet* (9 de mayo de 1840), págs. 226-229. Robert Lee, destacado profesor de obstetricia y ginecología, trataba todavía en 1853 de aclarar estos conceptos. Véanse sus *Clinical Reports on Ovarian and Uterine Diseases* (Londres, 1853), págs. 16-20.

bre de baja condición, y cuyos ovarios estaban turgentes, con vesículas de gran tamaño". Aunque no demasiado seguro de su posición, Blumenbach acabó por estar más comprometido con la importancia de la excitación sexual de lo que estuvo Galeno:

Sobre este punto encuentro difícil tomar una decisión en el presente estado de conocimientos; pero pienso que es del todo evidente que aunque el semen no participe en la rotura del ovario, la gran excitación que se presenta durante los calores de los brutos y los estados de lascivia de la virgen humana, con frecuencia es suficiente para efectuar la descarga del huevo. Quizá sea imposible explicar de otro modo el hecho de que los huevos sean expelidos de forma tan habitual de los ovarios, y fecundados cada vez que se provoca una relación de modo arbitrario o fortuito⁹².

Johannes Müller (1801-1858), brillante profesor y defensor destacado del reduccionismo fisiológico, minimizó también las pruebas que podían haber sugerido la evolución espontánea en mujeres. Afirmó que la presencia de cicatrices en ovarios de vírgenes era mero signo de ovulaciones anómalas, y no de ovulaciones normales independientes del coito y la concepción. Aunque las fuerzas precisas que causaban la caída del huevo en la trompa de Falopio seguían siendo oscuras, casi todas las pruebas apuntaban a que el propio huevo se generaba solamente como parte inmediata del mismo proceso de fertilización. Los seres humanos funcionaban como el conejo, la criatura experimental del siglo XIX por excelencia. Se pensaba que durante el coito seguía sucediendo algo espectacular, y la medicina prestó escaso apoyo técnico al nacimiento de la "impasibilidad"⁹³.

⁹² Blumenbach, *Elements*, págs. 483, 485.

⁹³ Johannes Müller, *Handbuch der Physiologie des Menschen*, vol. 2 (Coblenza, 1840), págs. 644-645. El suplemento de 1848 a la traducción inglesa de 1843 de esta obra recrimina a Müller por haber tratado inadecuadamente la producción del huevo y cita una literatura abundante, por

Las explicaciones de la mecánica de la concepción en el siglo XIX tampoco ofrecieron soporte técnico al concepto de relación sexual y concepción anestésicas. Lo que aparece es un rol nuevo y exagerado para el semen, que de alguna manera empuja, oprime y excita de mil maneras las entrañas de la mujer y que, a juzgar por el silencio sobre la materia, es capaz de hacer todo eso sin que ella sienta nada. El eminente médico de Edimburgo John Bostock afirmaba que en las mujeres "ciertas causas, y en especial la excitación del fluido seminal" producían "un flujo desacostumbrado de sangre hacia los ovarios"; en medio de toda esa "excitación" se rompe una vesícula y descarga una gota de líquido albuminoso (se imaginaba el huevo todavía de manera imprecisa), que es recogida por las trompas de Falopio erectas, que rodean el ovario, y llevada al útero⁹⁴. Una vez más tenemos en marcha una proyección de la fisiología masculina. Otro eminente obstetra pensaba que el esperma masculino actuaba como una corriente eléctrica que atravesaba las trompas de Falopio y provocaba la expresión del huevo; un importante manual médico inglés postulaba, en 1836, que la inflamación del folículo era consecuencia de la excitación sexual, y su rotura, resultado de "una acción que suele iniciarse durante la unión sexual, pero que puede suceder también sin orgasmo venéreo"⁹⁵.

Lo notable de todas estas explicaciones no es que estén

ser éste un campo muy activo [el *Tratado de fisiología* de este autor fue traducido al castellano en 1846 por los redactores de "El Tesoro de las Ciencias Médicas" y fue publicado en Madrid]. Véase William Baly, *Recent Advances in the Physiology of Motion, the Senses, Generation* (Londres, 1848), págs. 43-61.

⁹⁴ John Bostock, *An Elementary System of Physiology* (Boston, 1828), pág. 25.

⁹⁵ Davis, *Principles*, pág. 831. En el artículo "Generación" de la *Cyclopedia of Anatomy*, Todd había ya adelantado que los ovarios "se tornan desacostumbradamente vasculares durante la unión sexual". No está claro qué quiere decir con "orgasmo venéreo", pero es probable que no sea un proceso que incluya componentes afectivos. En los escritos médicos del siglo XIX es habitual que el término "orgasmo" se refiera simplemente a la propia forma de turgencia o a un estado de gran presión.

equivocadas con arreglo a los conocimientos modernos —en los seres humanos, la ovulación y la formación del cuerpo lúteo es independiente de la relación sexual, del orgasmo o la concepción— ni incluso que sean tan ricas en lo que hoy parecen metáforas inciertas, sino más bien que concedan un papel tan importante a la excitación sexual femenina y a su estimulación genital. Más notable es todavía que digan tan poco sobre las sensaciones que las acompañan. El orgasmo continúa jugando una parte crítica en la concepción, pero ahora no es necesario que quien lo experimenta sienta nada.

En parte, esto no tiene nada que ver en concreto con las mujeres ni con las relaciones sexuales. El placer sexual no era la única cualidad subjetiva que perdía su sitio en la nueva ciencia médica. El poder del modelo anatomopatológico, tal como nació en los hospitales de París a finales del siglo XVIII, reside en su capacidad para desembarazarse de las diferencias individuales, afectivas o materiales, y también para percibir la esencia de la salud o la enfermedad en los tejidos orgánicos. El momento de la verdad era la autopsia y no la visita médica; y los cadáveres y los órganos aislados no podían hablar de placeres.

El siglo XIX fue la edad de oro del postmortem y del dominio de la patología. Durante su carrera como anatomopatólogo, Karl von Rokitansky, uno de los fundadores de la disciplina, se dice que hizo unos 25.000 diagnósticos. Su departamento en el Hospital General de Viena realizó unas 2.000 autopsias al año durante el tiempo que lo dirigió —según esta estimación, más de 80.000—, probablemente más de las que se habían realizado con anterioridad en toda la historia de la medicina⁹⁶. A causa del advenimiento de grandes hospitales docentes, con una clientela casi inagotable de pacientes pobres en la mayor parte de las ciudades importantes de Europa, y también a causa del creciente interés oficial en las causas de muerte, el número de cuerpos y órganos disponibles para la

⁹⁶ Erna Leski, *The Vienna Medical School in the 19th Century*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976, págs. 106-116.

profesión médica, con fines de investigación, fue casi ilimitado. Una nueva clase de medicina, y las nuevas instituciones en que se practicaba, hicieron que las informaciones de carácter subjetivo, como las relativas al placer, tuvieran escaso interés científico. Lo que importaba era el estado de los órganos y en realidad casi todos los conocimientos sobre la fisiología reproductora de las mujeres hasta el final del siglo XIX procedían de ovarios, úteros y trompas extraídos de mujeres muertas o de extirpaciones quirúrgicas: “Le envió para su inspección los ovarios de una joven soltera que falleció hace unos días”, escribía el cirujano Mr. Girdwood a su colega Robert Grant; el 2 de julio de 1832, sir Astley Cooper envió a Robert Lee el ovario de una mujer que había muerto de cólera durante la menstruación; Emma Bull, que había tenido un solo periodo y que falleció de hidropesía el 23 de mayo de 1835, fue abierta a la mañana siguiente para mostrar un ovario liso y el otro con una única huella; los ovarios de una virgen de veintidós años mostraban todas las etapas de la ovulación, suministrando así más pruebas todavía, en opinión de un médico francés, de la independencia del proceso con la sensación sexual⁹⁷.

La eliminación del orgasmo de las mujeres en las explicaciones de la generación tampoco es simple consecuencia de la ignorancia masculina o de ceguera deliberada. Uno de los obstetras ya citados escribe que el clítoris es “estrictamente análogo” a partes del pene y que contribuye “en gran medida, y quizá en su mayor parte, a la gratificación que en la mujer se deriva de la relación sexual”⁹⁸. El manual de 1836 ya citado dice sin rodeos que “la parte inferior de la vagina y el clítoris poseen un alto grado de sensibilidad”, para precisar luego sin prueba alguna que en “*algunas* mujeres, pero no en todas”, se encuentra allí “el asiento de las sensaciones venéreas de la excitación” y que “en muchas mujeres dichas sen-

⁹⁷ Girdwood a Grant, *Lancet* (1842-43), págs. 825, 826; *Lancet* (1840-41), pág. 295; F. A. Pouchet, *Théorie positive de l'ovulation spontanée* (París, 1847), págs. 125ss.

⁹⁸ Davis, *Principles*, págs. 57-58.

saciones están ausentes por completo". Las sensaciones se consideraban irrelevantes para la "capacidad fecundadora" del hombre y para la "responsabilidad de la concepción" en la mujer, pero nuestro autor no observa la misma postura acerca de la ausencia del placer masculino. El argumento parece ser que sólo las mujeres tienen orgasmos —¿cómo si no saldría el huevo?—, pero no lo sienten. Tal como interpreto el argumento, tienen esta capacidad porque las sensaciones sexuales humanas están bajo "el poder intelectual y moral de la mente". La civilización, en todas sus manifestaciones políticas, económicas y religiosas, conduce con misericordia a la humanidad desde "escenas y hábitos de enojosa obscenidad, entre aquellos pueblos bárbaros cuyas inclinaciones no están atemperadas por el cultivo de la mente", a un estado en que "los apetitos o pasiones corporales, sujetos a la razón, adoptan un carácter más apacible, menos egoísta y más elevado"⁹⁹. En la literatura que he examinado, los cuerpos de las mujeres en particular llevan las marcas de este proceso civilizador. La fisiología de sus cuerpos —en este ejemplo y en otros muchos, y sobre todo en Freud— se adapta a las demandas de la cultura. Aunque las mujeres, como los hombres, tuvieran capacidad para experimentar la erección (del clítoris y de los órganos internos), excitación y eyaculación, "muchas" podrían pasar por todo ello sin sensación alguna. De nuevo el asunto no consiste en analizar lo que hay de verdadero o falso en estas propuestas, con arreglo a los conocimientos modernos, sino más bien en subrayar que la base que soporta las tesis sobre el rol, e incluso la existencia, del placer femenino, no reside en la biología, sino en la cultura. Como en el modelo de un solo sexo, el cuerpo se deslizó suavemente, durante el siglo XIX desde su papel supuestamente básico a no ser la causa, sino el signo del género.

Si se considera el tema de la impasibilidad femenina como cuestión esencialmente epidemiológica, acerca de la correlación entre orgasmo y ovulación o concepción, sigue sa-

⁹⁹ Todd, *Cyclopedia*, págs. 439, 447, 443.

biéndose poco sobre los dos aspectos del problema. Con anterioridad al siglo XX, nadie se había preguntado sobre el placer de las mujeres durante la relación heterosexual y, como subrayaba Havelock Ellis en 1903, "parece que el siglo XIX se reservó la afirmación de que las mujeres son propensas a una incapacidad congénita para experimentar una satisfacción sexual completa, y en especial a la anestesia sexual". Procede aludir a los resultados de estudios que, prácticamente sin base probatoria, abordaron este nuevo problema¹⁰⁰. Adam Raciborski, el médico francés que pretendía haber descubierto la ovulación espontánea en las mujeres, declara simplemente que las tres cuartas partes de las mujeres apenas soportan el abrazo de sus maridos, lo mismo que William Acton intercaló en su libro sobre los hombres que, sobre este asunto, bastaba con decir que "la mayoría de las mujeres no están afectadas por sensaciones sexuales de ningún tipo"¹⁰¹.

Nadie conocía la respuesta. Un autor inglés subrayaba en su capítulo sobre "el temperamento amoroso relativo de hombres y mujeres", que en un campo "tan caracterizado por la delicadeza y el silencio", casi todos "juzgan a los demás a la luz de las limitadas experiencias propias". O, como podría haber observado con mayor exactitud, de acuerdo con lo que les hubiera gustado creer. Su propia respuesta, sin apoyo de datos, es que hay tres clases aproximadamente iguales en número de mujeres: 1) las que son tan apasionadas y sensibles como el hombre medio; 2) las que son menos apasionadas, pero todavía obtienen placer "en el comercio sexual —*en especial poco antes de la menstruación e inmediatamente después de su conclusión*—, y 3) las que no experimentan pasión física o sensación placentera y sobrellevan el sexo como un deber.

¹⁰⁰ Havelock Ellis, *Studies on the Physiology of Sex*, vol. 3 (Filadelfia: F. A. Davis, 1920, 2.^a ed.), págs. 193-194.

¹⁰¹ Adam Raciborski, *De la puberté et de l'âge critique chez la femme* (París, 1844), pág. 146 [el *Resumen práctico y razonado del diagnóstico* de este autor, traducido por Serapio Escolar y Francisco Alonso, tiene una sección dedicada a las partes genitales; apareció en Madrid en 1841]; Acton, *Functions*, 4.^a ed., 1865, pág. 112.

Concluye mostrándose en desacuerdo con su hipótesis inicial y exponiendo que la segunda categoría es probablemente la más numerosa, y la primera, la menor¹⁰². Otto Adler, experto alemán en estas materias a finales del siglo XIX, presenta un caso todavía más ingenioso de cómo hacer pasar los prejuicios personales o sociales al hecho científico. Sacaba la conclusión de que el 40 por 100 de las mujeres sufría “anestesia sexual”; entre ellas incluía diez que declaraban masturbarse hasta alcanzar el orgasmo, o bien experimentar deseos sexuales fuertes pero no consumados, y una que tuvo un orgasmo mientras el médico examinaba sus genitales¹⁰³.

Los problemas propios de la investigación de los vínculos entre placer sexual y reproducción no se debían solamente a prejuicios, sino también a la política profesional y a las mismas doctrinas de la impasibilidad y la delicadeza femeninas, en cuyo apoyo se recurría a la ciencia. El experto en anatomía comparada y defensor del control de natalidad, Richard Owen, lamentaba que todas las teorías de la generación fueran “mera especulación”: “Habría que dedicar más tiempo a recoger datos sobre las experiencias reales de los seres humanos.” Pero tal tarea sería demasiado difícil para el ignorante y al mismo tiempo atacaría la dignidad del docto¹⁰⁴. Un médico alemán, perplejo en cuanto a la forma en que los ovarios estarían implicados en la reproducción, apuntaba si después de todo no sería la “libido” el agente primario. En animales, razonaba, los ovarios cambiaban en la época de los calores; supo por un compañero médico que la esposa de un colega fue considerada estéril durante mucho tiempo y “aceptaba el abrazo masculino sin placer”, pero cuando “sintió la libido una vez, de inmediato quedó embarazada”. Por otra parte

¹⁰² Davis, *Principles*, pág. 830. Estas especulaciones son citadas por médicos posteriores y he añadido las cursivas para subrayar la suposición, frecuente en el siglo XIX, de que la menstruación en el ser humano es equivalente al celo, y que las mujeres son entonces más receptivas sexualmente.

¹⁰³ Citado en Peter Gay, *The Bourgeois Experience*, pág. 161.

¹⁰⁴ R. D. Owen, *Moral Physiology*, (Nueva York, 1828), pág. 44.

también sabía, por su propia práctica, que las mujeres quedan embarazadas sin sensación alguna. Debía de haber “muchas confidencias sumamente interesantes”, contadas a los médicos por sus pacientes, que bien correlacionadas podían conducir a la respuesta. Pero, por desgracia, política y mojigatería se interponían en el camino de la epidemiología¹⁰⁵. Un médico siciliano informaba que las pacientes hablaban de sexo más que de ninguna otra cosa, pero que no era posible abordar esas materias desde el punto de vista profesional¹⁰⁶.

Si el respetable médico no tenía acceso directo a la información sobre las experiencias sexuales de las mujeres, en ocasiones podía informarse de lo que los maridos de esas mujeres tenían que decir. Un autor inglés con evidente interés hacia lo empírico hizo precisamente esto. Cuarenta de cincuenta y dos hombres dijeron que las sensaciones sexuales de sus esposas habían estado dormidas antes del matrimonio. No era éste un resultado sorprendente, dado que los hombres se mostraban orgullosos de su capacidad para despertarlas; más sorprendente es que catorce de los cincuenta y dos maridos testimoniaran que sus esposas continuaban sin sentir deseo sexual¹⁰⁷. No hay duda de que el valor de los datos está sesgado por una técnica de indagación poco satisfactoria.

La primera encuesta sistemática moderna sobre las sensaciones sexuales de las mujeres fue dirigida por Clelia Duel Mosher a partir de 1892. Basada en las respuestas de cincuenta y dos encuestadas, no condujo a resultados concluyentes. La verdad es que un 80 por 100 de respuestas que afirmaban la existencia de orgasmos lleva al historiador a ponerse en contra del estereotipo de la mujer victoriana sexual-

¹⁰⁵ Josef Ignaz von Dollinger, “Versuch einer Geschichte der Menschlichen Zeugung”, trad. A. W. Meyer, *Human Generation*, Stanford, Stanford University Press, 1956, pág. 37.

¹⁰⁶ Giuseppe Pitre, *Sicilian Folk Medicine*, trad. Phyllis Williams, Lawrence, Kansas, Coronado Press, 1971, introducción.

¹⁰⁷ Henry Campbell, *Differences in the Nervous Organization of Man and Woman: Physiological and Pathological* (Londres, 1891), páginas 200-201.

mente frígida¹⁰⁸. Pero, como ha puesto de manifiesto Rosalind Rosenberg, también la mayor parte de las mujeres se mostraba reacia a practicar el sexo y hubieran sido más felices si se les hubiera dejado tranquilas¹⁰⁹. En resumen, casi nada se sabía en cuanto a la respuesta sexual de las mujeres en general y mucho menos sobre su relación con la ovulación o la concepción. (Quizá se sabía menos todavía sobre la respuesta y los hábitos sexuales de los hombres, pero ésa es otra historia.)

De modo similar, la epidemiología de la infertilidad en relación con el orgasmo seguía siendo un enigma. En el viejo modelo, una ausencia de calor independiente del género, tal como sugiere la falta de deseo sexual o de orgasmo, se consideraba causa habitual y remediable de esterilidad. En el nuevo modelo, que cuestionaba la misma existencia del deseo sexual femenino, tales materias deberían haber sido irrelevantes. Pero no lo fueron. La primera encuesta sistemática sobre el tema, publicada en 1884, acepta la antigua explicación como hipótesis de partida. Matthews Duncan, afamado cirujano ginecológico de Londres, estaba convencido de que la falta de placer sexual era causa importante de infertilidad. Sin embargo, encontró que 152 de 191 mujeres estériles que le consultaron (el 79 por 100), dijeron que experimentaban deseo sexual y que 134 de 196 (68 por 100) tenían placer sexual, si no orgasmo, en el coito. Sin estadísticas comparables para mujeres fecundas, esos números significan poco, pero en buena medida parecen sugerir lo contrario a la hipótesis inicial y también, de paso, que las mujeres inglesas en cuanto se tumbaban pensaban en el Imperio¹¹⁰.

¹⁰⁸ Carl Degler, "What Ought to Be and What Was", *American Historical Review*, 79 (diciembre 1974), 1467-90.

¹⁰⁹ Rosalind Rosenberg, *Beyond Separate Spheres*, New Haven, Yale University Press, 1982, pág. 181, n. 6.

¹¹⁰ Matthews Duncan, *On Sterility in Women*, Gulstonian Lecture pronunciada en el Colegio de Médicos, febrero de 1883 (Londres, 1884), págs. 96-100.

Al margen de la encuesta de Duncan hay poca cosa, excepto unos pocos informes impresionistas, ninguno de los cuales en apoyo de la nueva tesis de la impasibilidad, sino más bien a favor del viejo vínculo entre deseo y concepción. E. H. Kisch, especialista alemán y médico de un balneario, estaba convencido de que la excitación sexual en las mujeres era "un eslabón necesario en la cadena que conduce a la fecundación". Esta convicción emanaba de su investigación sobre 556 casos de primeros embarazos, que rara vez correspondían al primer coito y que las más de las veces se daban entre los diez y los quince meses tras el matrimonio (afirmación dudosa), y de su experiencia personal de que era más probable que una mujer infiel concibiera con su amante que con su marido. La inferencia, a partir de los datos del primer embarazo, del rol de la pasión dependía de la observación más fundamental de que la mayor parte de las mujeres eran sexualmente inactivas hasta el matrimonio y que su capacidad para el placer erótico florecía con lentitud. Es de suponer que el embarazo coincidiera con la plena floración¹¹¹. En un destacado texto americano de obstetricia, editado en 1901, B. C. Hirst repetía lo que el saber clínico tradicional había predicado durante siglos: la condición ideal para la concepción era el orgasmo mutuo simultáneo; por el contrario, en uno de sus casos, una mujer casada había mantenido seis años de relación sexual frígida e infecunda, si bien había quedado embarazada cuando por fin coincidieron coito y orgasmo¹¹². Pero la interpretación de lo sucedido seguía siendo problemática. Evocando el placer femenino, el *Reference Handbook of Medical Sciences* (Nueva York, 1900-1908), dice sin concederle importancia: "Es más probable que se produzca la concepción cuando se experimenta la excitación venérea completa."

¹¹¹ E. Heinrich Kisch, *Die Sterilität des Weibes* (Viena y Leipzig, 1886), págs. 5, 16-17. Kisch era profesor de medicina en Praga, y durante los veranos médico jefe en Marienbad.

¹¹² Barton C. Hirst, *A Textbook of Obstetrics*, Filadelfia y Londres, W. B. Saunders, 1901, pág. 67.

En resumen, apenas hubo nueva información epidemiológica disponible durante el siglo XIX sobre la extensión del deseo sexual femenino o de su relación con la concepción. En realidad, como mostrará el próximo capítulo, las causas “morales” de la infertilidad y otras repercusiones en el cuerpo de la desviación del “buen orden” cubrían su camino en el mundo del sexo científico.

CAPÍTULO VI

El sexo socializado

La forma de representación no puede dissociarse de su fin ni de las exigencias de la sociedad en que se difunde un lenguaje dado.

E. H. GOMBRICH
Art and Illusion

Ofreceré en este capítulo una serie de cuadros correspondientes a Europa occidental, datados entre mediados del siglo XVIII y principios del XX. Los dos primeros —sobre la política y la teoría política, así como sobre la cuestión de cuándo se presenta la ovulación dentro del ciclo menstrual— intentan mostrar cómo surgieron los sexos, opuestos e incommensurables, en contextos específicos. Los dos siguientes —donde se muestra por qué masturbación y prostitución no son tanto patologías sexuales como sociales, con consecuencias sexuales, y una interpretación del argumento freudiano sobre la transición de la sexualidad clitoridiana a la vaginal, como caso concreto de una histeria casi universal— pretenden poner de manifiesto la tendencia contraria: cómo el modelo unisexo, con su interpenetración de cuerpo y cultura, flo-

reció al mismo tiempo en otros contextos bastante específicos. Después de haber afirmado en el Capítulo V que el modelo de dos sexos *no era* evidente en el nuevo saber sobre el cuerpo y sus funciones, mostraré aquí que *fue* producido a través de micro-enfrentamientos por el poder en las esferas pública y privada. Se dieron dichos enfrentamientos en los amplios espacios nuevos abiertos por las revoluciones intelectuales, económicas y políticas de los siglos XVIII y XIX. Se libraron en términos de características determinantes del sexo de los cuerpos masculino y femenino, porque las verdades de la biología habían reemplazado a las jerarquías establecidas por la divinidad o por costumbres inmemoriales, como base para la creación y distribución del poder en las relaciones entre hombres y mujeres. Pero no todos los enfrentamientos del sexo y el género se libraron en esta palestra y el pensamiento unisexo todavía floreció. El juego de la diferencia no conoció el reposo.

LA POLÍTICA Y LA BIOLOGÍA DE LOS DOS SEXOS

Las reivindicaciones universalistas por la libertad e igualdad del hombre durante la Ilustración no excluían intrínsecamente a la mitad femenina de la humanidad. Había que investigar la naturaleza si los hombres querían justificar su dominio de la esfera pública, cuya distinción de la privada iría en aumento hasta traducirse en términos de diferencia sexual. El argumento enciclopedista de que el matrimonio es una asociación voluntaria entre partes iguales —una relación en la que ningún miembro de la pareja tiene derecho intrínseco al poder—, se encuentra de inmediato con el contra-argumento de que alguien debe tener a su cargo la familia y que ese alguien es el hombre, por su “mayor fuerza de mente y cuerpo” (en esencia es la posición de Locke). De esta guisa, la biología asegura el orden matrimonial, aunque permite la formulación de otro contra-argumento: “no siempre el hombre tiene el cuerpo más fuerte”, de lo cual se sigue que las circunstan-

cias excepcionales en que las mujeres controlan familias y reinos no van contra natura¹.

El sexo fue también campo de batalla importante de la Revolución francesa: “una contienda entre hombre y mujer, en la que la creación por parte de la clase media revolucionaria de una cultura política iba a validar la cultura política de los hombres y a culpabilizar la de las mujeres”. Por mucho que las diferencias entre clases se difuminaran, “la que existe entre hombres y mujeres tenía que mantenerse visible a cualquier precio”². Las promesas de la Revolución francesa —que todas las relaciones sociales y culturales de la humanidad quedarían regeneradas, que las mujeres lograrían no sólo las libertades civiles, sino las personales, que familia, moralidad y relaciones personales se renovarían— dieron lugar no sólo a un nuevo feminismo auténtico, sino también a un nuevo tipo de antifeminismo, un miedo nuevo a las mujeres, y también a las fronteras políticas que engendraban barreras sexuales en la pareja. La creación de una esfera pública burguesa, en otras palabras, agudizó la cuestión de qué sexo(s) debería ocuparla legítimamente. Y en todas partes, la biología entró a formar parte del discurso. Es evidente que quienes se oponían al aumento del poder civil y privado de las mujeres —la gran mayoría de los hombres que se dejaban oír— aportaron pruebas de la inadecuación física y mental de las mujeres para tales progresos: sus cuerpos las hacían ineptas para los espacios quiméricos que la revolución había abierto sin reparar en las consecuencias. Pero las feministas revolucionarias también hablaban el lenguaje de los dos sexos. Es ridículo, afirma Condorcet, excluir a las mujeres de los derechos cívicos por razones biológicas: “¿Por qué seres expuestos a embarazos y otras dolencias pasajeras tendrían que ser incapaces de ejer-

¹ *Encyclopédie* (1751), 5.471, “Femme, droit nat”. Véase también página 469 para un ataque explícito a la idea galénica de que el pene era solamente un útero en prolapsos y, en general, que la mujer era tan sólo un hombre menor.

² Dorinda Outram, *The Body and the French Revolution*, New Haven, Yale University Press, pág. 156.

cer unos derechos que nadie ha pensado en detraer a personas que padecen de gota o se resfrían con facilidad?” Por otra parte, está seguro de que las mujeres —y aquí habla de las características sexuales básicas— “son superiores a los hombres en virtudes de discreción y domésticas”³. Olimpia de Gouges, en su famosa declaración de los derechos de las mujeres, dice que “las distinciones sociales deben fundarse tan sólo en la utilidad general”, pero ya en el párrafo previo anunciaba que habla en nombre del “sexo superior en belleza y en valentía, demostrada en el sufrimiento maternal”⁴. Para ambos, el lugar de la mujer viene determinado por su cuerpo; la revolución, y no simplemente el deseo del hombre burgués de “un refugio en un mundo despiadado”, generó “las esferas separadas”.

Cualquier otra obra ideológica que pudo surgir de la doctrina de las esferas separadas en el siglo XIX —válida igualmente para justificar y condenar la acción política de la mujer— hace añicos de forma explícita la noción de jerarquía de los sexos y sirve de piedra angular para un modelo alternativo poderosamente polivalente. Las mujeres, como seres “poco afectados por la sensualidad”, “especie de ángeles”, “una raza más pura... destinada a inspirar en el resto de la condición humana sentimientos de cuanto es noble, generoso y fiel” (todo esto procede de una feminista francesa de la era revolucionaria), fueron creación cultural de las clases medias, hombres y mujeres, de tendencias políticas variadas⁵. Pero la mujer así interpretada *no* es un hombre menor, medido en la escala masculina de la virtud, razón o sensualidad.

Muchos médicos escribieron también con distintos fines políticos y culturales, y en consecuencia produjeron diversas

³ Marqués de Condorcet, “Sur l’admission des femmes au droit de cité” (1790), en *Paroles d’hommes, (1790-1793)*, París, P.O.L., 1989.

⁴ Olimpia de Gouges, “Declaration of the Rights of Woman and Citizen” (1791), en Susan Groag Bell y Karen Offen, eds., *Woman: The Family and Freedom*, Stanford, Stanford University Press, 1983, pág. 105.

⁵ Necker de Saussure, *L’Education progressive*, 2.274, citado en Hellerstein, págs. 184-185; véase también Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Fortunas familiares*, Madrid, Cátedra, 1994.

explicaciones de la diferencia sexual. Pero su prestigio profesional y su derecho a abordar tales materias descansaban en la convicción de que esas diferencias residían fundamentalmente en el cuerpo. Así, Auguste Debay, autor del manual del matrimonio más difundido del siglo XIX francés, parece ansioso por tratar una amplia selección de problemas de la fisiología humana, en especial de la experiencia sexual masculina y femenina, con ánimo de poner en evidencia al clero, que tradicionalmente hablaba de estas materias. Su visión y sus simpatías son claramente masculinas; aconseja a las mujeres fingir orgasmos si es necesario y no rehusar nunca a sus maridos. (Aconseja a los maridos no solicitar el sexo a las esposas poco dispuestas, aunque no resulta clara la forma de averiguarlo en medio de tanto disimulo.) Pero Debay no está interesado en la biología de la impasibilidad: entra a considerar con gran detalle el orgasmo clitoridiano y aprecia que el placer de la mujer durante el coito proviene del frotamiento del pubis masculino sobre el clítoris y no del frotamiento en la vagina⁶. El urólogo William Acton, por otra parte, célebre por su afirmación de que “la mayoría de las mujeres (afortunadamente para ellas) no se preocupan mucho por sensaciones sexuales de ninguna clase”, estaba obsesionado con la masturbación y con varios defectos de la economía seminal. Escribió para hombres sobre problemas de hombres, y se interesó por las mujeres sobre todo en tanto que aportaban un lugar saludable para que sus pacientes depositaran económicamente el esperma⁷. De ahí su clamorosa condena de la masturbación, notable incluso para el siglo XIX, a la que las mujeres estaban vinculadas a través de su pasividad en el comercio sexual.

Una lista de esta clase sería interminable. Las supuestas

⁶ Auguste Debay, *Hygiene et physiologie du mariage* (París, ed. de 1850), parte 1, “Philosophie du Mariage”, págs. 88-90, 39-48, 55. Sobre los médicos frente al clero, véase Angus McLaren, “Doctor in the House: Medicine and Private Morality in France, 1800-1850”, *Feminist Studies*, 2.3 (1974-75), 39-54.

⁷ William Acton, *Functions...* (1857).

diferencias biológicas entre los cuerpos masculino y femenino se generaron en contextos muy variados. Roussel, Moreau y Cabinis, los antropólogos morales más destacados de la Revolución francesa, colaboraron en los recortes napoleónicos y escribieron en concreto sobre materias de familia y género, afirmando que las diferencias corporales exigían diferencias sociales y legales en el nuevo Código. Dichas diferencias se exponían de manera conflictiva. Susanna Barrows ha mostrado cómo los temores nacidos de la Comuna de París y de las posibilidades abiertas por la Tercera República engendraron una antropología física extraordinariamente elaborada de la diferencia sexual, para justificar la resistencia al cambio⁸.

En Gran Bretaña, el nacimiento del movimiento sufragista de mujeres hacia 1870 provocó respuestas similares: se consideró a las mujeres como criaturas que por diversas razones, en muchos aspectos análogas a las que postergaban a las razas de color, eran incapaces de asumir responsabilidades cívicas⁹.

Pero las reinterpretaciones del cuerpo extendían también sus raíces a circunstancias menos prosaicas. En su forma más abstracta, la teoría del contrato social postulaba un cuerpo que, si no asexuado, era al menos indiferenciado en sus deseos, intereses o capacidad de razonamiento. En abierto contraste con la vieja teleología del cuerpo masculino, la teoría

⁸ Susanna Barrows, *Distorting Mirrors*, New Haven, Yale University Press, 1981, cap. 1.

⁹ Susan Sleeth Mosedale, "Science Corrupted: Victorian Biologists Consider 'The Woman Question'", *Journal of the History of Biology*, 11 (primavera 1978), 1-55; Elizabeth Fee, "Nineteenth-Century Craniology: The Study of the Female Skull", *Bulletin of the History of Medicine*, 53 (otoño 1979), 915-933; Lorna Duffin, "Prisoners of Progress: Women and Evolution", en Sara Delamont y Lorna Duffin, eds., *The Nineteenth-Century Woman: Her Cultural and Physical World*, Nueva York, Barnes and Noble, 1978, págs. 915-933. Para dos formulaciones inglesas contemporáneas sobre estos temas, véase Grant Allen, "Plain Words on the Woman Question", *Fortnightly Review*, 46 (octubre 1889), 274; y W. L. Distant, "On the Mental Differences Between the Sexes", *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 4 (1875), 78-87.

liberal parte de un cuerpo individual neutro: sexuado pero sin género, en principio sin repercusiones sobre la cultura, mero soporte del sujeto racional que constituye la persona. Para esta teoría, el problema reside en la forma de legitimar como "natural" un mundo real en el que los hombres dominan a las mujeres, un mundo de pasión sexual y celos, de división sexual del trabajo y de prácticas culturales también marcadas, todo ello a partir de una afirmación original que niega el género. Para los teóricos del contrato social, la respuesta que hace "reconocibles esos seres naturales", como dice Carole Pateman, consistió en "camuflar características sociales en la condición natural"¹⁰. Sin entrar en detalles de la argumentación, el resultado final es que las mujeres quedan al margen de la nueva sociedad civil por razones basadas en la "naturaleza". Una biología de la inconmensurabilidad sexual ofreció a aquellos teóricos una forma de explicar —sin recurrir a las jerarquías naturales del modelo unisexo— cómo en el estado de naturaleza y con anterioridad a la existencia de las relaciones sociales, las mujeres ya estaban subordinadas a los hombres. En consecuencia, el contrato social muy bien podía crearse solamente entre hombres, como vínculo exclusivamente fraternal. De modo irónico, el sujeto racional sin género engendraba sexos opuestos y fuertemente condicionados por el género.

El lenguaje ostensiblemente neutro del liberalismo dejó también a las mujeres sin voz propia y propició un discurso feminista de la diferencia en busca de esa voz¹¹. Si las mujeres eran simplemente versiones menores de los hombres, como mantenía el viejo modelo unisexo, entonces no necesitaban escribir, emprender acciones públicas o hacer cualquier otro tipo de reivindicaciones para sí mismas, en tanto que mujeres; los hombres podían representarlas mucho mejor de lo que ellas podían representarse. Pero aparecen las mismas

¹⁰ Pateman, *The Sexual Contract*, pág. 41.

¹¹ Véase sobre este punto Jean Bethke Elshtain, *Public Man, Private Woman: Women in Social and Political Thought*, Princeton, Princeton University Press, 1981, cap. 3.

consecuencias inaceptables cuando son una misma cosa en todos los aspectos: si las mujeres no tienen intereses específicos o bases legítimas para su ser en la sociedad, los hombres podían hablar por ellas como habían hecho en el pasado. (Éste es el "dilema de la diferencia", como lo llama Martha Minnow.) También aquí el feminismo, o al menos ciertas tendencias del mismo, se volvió hacia la biología de la incommensurabilidad, para reemplazar al mismo tiempo la interpretación teleológicamente masculina de los cuerpos, sobre la base de que hacía imposible una postura feminista, y también la afirmación del discurso público de que todos los cuerpos son asexuados, en cuyo caso se hacía irrelevante. "No somos partidarias de la representación de las mujeres porque no haya diferencias entre mujeres y hombres, *sino más bien por la diferencia que les separa*", manifestaba la feminista del siglo XIX Millicent Fawcett. "Deseamos que las diferencias específicas de las mujeres como mujeres... ocupen un lugar en la legislación", dice, y expresa la esperanza de que "al dar a las mujeres mayor libertad... las verdaderas cualidades femeninas crezcan en fuerza y poder"¹². (No es preciso que ésta sea una reclamación biológica, pero en los contextos de los debates del siglo XIX sobre "la cuestión de la mujer", lo era casi invariablemente.)

Ilustraré la generación política de los dos sexos según obras de diversos pensadores y activistas, pero no quiero dar a entender que este proceso sea ajeno en algún modo a la realidad cotidiana. Dos sexos incommensurables son resultado de prácticas discursivas, pero sólo se hacen posibles dentro de las realidades sociales a las cuales dan significado esas prácticas. Así, Rousseau se enfurecía por la influencia cultural de las mujeres, no sólo por razones de idiosincrasia o porque las relaciones con las mujeres representaran el prototipo de la

¹² Millicent Fawcett, "The Emancipation of Women", *Fortnightly Review*, 50 (noviembre 1891). Este artículo constituye una réplica al que con el mismo título publicó Frederic Harrison en el número del mes anterior de la misma revista, en el que se decía que las mujeres emancipadas serían como hombres; las cursivas son mías.

servidumbre del hombre: sus obsesiones sobre la materia se desarrollaron en la época dorada de los salones, donde las mujeres habían creado de hecho un espacio público auténticamente nuevo dentro del Antiguo Régimen. Este desarrollo histórico forma parte de lo que entiendo por creación discursiva de la diferencia. Mas en general, como apunta Joan Landes, "un orden sancionado ideológicamente de diferencias de género y de las esferas públicas y privadas... está en la base de la geografía institucional y cultural de la nueva esfera pública"¹³.

Vayamos ahora a algunos contextos en la construcción de la diferencia incommensurable. La complicada exposición antifeminista de Rousseau es quizá la más elaborada teóricamente de las teorías liberales de los cuerpos y placeres, y la más interesada en concreto en la relación de la diferencia sexual con los orígenes de la sociedad, aunque sólo es uno entre muchos ejemplos de la profundidad con que la nueva biología estuvo implicada en la reconstrucción cultural¹⁴. En el estado de naturaleza que imagina en la primera parte del *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad* no hay relación social entre sexos, ni división del trabajo en la educación de los hijos, ni tampoco deseo, en sentido estricto. Existe, desde luego, la atracción física bruta entre sexos, pero está desprovista de lo que llama "amor moral", el cual "da forma a este deseo y lo fija exclusivamente en un objeto particular, o al menos confiere un mayor grado de energía al deseo este objeto elegido". En este mundo de inocencia no hay celos o

¹³ Joan B. Landes, *Women and the Public Sphere*, Ithaca, Cornell University Press, 1988, pág. 11. Desde perspectivas más generales, véase el cap. 3 para la "Respuesta a las mujeres públicas" de Rousseau y los cap. 1 y 2, sobre las voces nuevas de las mujeres y la política simbólica.

¹⁴ Para una exposición reciente del papel central de la diferencia sexual en la explicación por parte de Rousseau de los orígenes de la sociabilidad y la dependencia, véase Joel Schwartz, *The Sexual Politics of Jean-Jacques Rousseau*, Chicago, University of Chicago Press, 1984, págs. 3 y 1-40 *passim*. Elshtain, en *Public Man, Private Woman*, incide también en este papel central de la diferencia sexual en la filosofía política de Rousseau.

rivalidad, ni matrimonio, ni gusto especial por esta o aquella mujer; para los hombres en estado natural, "cualquier mujer es buena". Rousseau es notablemente preciso al explicar la fisiología reproductiva de las mujeres que debe estar en la base de esta condición. Frente a Hobbes, afirma que no hay competencia violenta entre hombres a causa de las mujeres en el estado de naturaleza, porque las mujeres, a diferencia de lo que sucede en las hembras de las bestias, no tienen periodos alternantes de celo y abstinencia, y por ello están siempre disponibles sexualmente. En los seres humanos, además, no se da el "terrible momento de la pasión universal" que se presenta en algunos animales cuando "toda la especie entra en celo al mismo tiempo"¹⁵. La fisiología reproductiva y la naturaleza del ciclo menstrual tienen aquí un peso muy notable; el estado de naturaleza se conceptualiza como dependiente de las diferencias biológicas entre mujeres y hembras animales. (Por cierto, el jurista Samuel von Pufendorf extrae prácticamente la conclusión contraria a partir de los mismos "hechos". El estado de naturaleza es violento, no pacífico, y necesita desesperadamente de la ley, precisamente por la falta de estacionalidad de la pasión humana. Los animales, dice, sienten los "aguijones del amor" sólo a causa de la propagación de la especie, y una vez que "han cubierto este fin" la pasión cesa; pero en los seres humanos las pasiones "se despiertan con mayor frecuencia de la que parece necesaria para la propagación de la especie" y precisan de la civilización para controlarlas. Una vez más, es mucho lo que depende de la fisiología de la pasión.)¹⁶

¹⁵ Jean-Jacques Rousseau, *A Discours on Inequality*, trad. Maurice Cranston, Harmondsworth, Penguin, 1984, págs. 102-104. Rousseau afirma también frente a Locke que en estado de naturaleza no hay razón para que una mujer busque a un hombre en particular, y viceversa. Tanto los vínculos familiares como la pasión son creados por la civilización (páginas 165-166, n. L).

¹⁶ Pufendorf aparece citado en Schwartz, *Sexual Politics*, pág. 19. Estos pasajes, que desde luego no se refieren a la diferencia fundamental de la pasión masculina y femenina, están claramente interesados en establecer una nueva división: la existente entre seres humanos y bestias.

¿Pero qué sucedió con el primitivo y supuestamente pacífico estado de deseo de Rousseau? El autor ofrece una descripción de la expansión geográfica de la raza humana, del nacimiento de la división del trabajo, de cómo al desarrollar su dominio sobre los animales el hombre "afirmó la prioridad de su especie, y se preparó de este modo desde el principio para reclamar su prioridad como individuo". Pero la individuación del deseo, la creación de lo que llama la parte moral del amor ("un sentimiento artificial") y el nacimiento de la imaginación ("que provoca tantos estragos entre nosotros"), los presenta como creación de las mujeres, en concreto como producto del pudor femenino. El *Discurso* presenta este pudor como deliberado, instrumental, claramente posterior a la caída (*postlapsarian*): "[es] cultivado por las mujeres con toda habilidad y celo, con intención de establecer su imperio sobre los hombres, haciendo así dominante al sexo que debería obedecer". Pero en el *Emilio*, la modestia se "naturaliza" y deja de ser producto de la cultura: "Al abandonar a las mujeres a deseos ilimitados, Él [el Ser Supremo] une la modestia a esos deseos con ánimo de dominarlos." Un poco más tarde, en una nota, añade Rousseau: "La timidez de las mujeres es otro instinto de la naturaleza frente al doble riesgo que corren durante el embarazo." En realidad, a lo largo del *Emilio*, sostiene que las diferencias naturales entre sexos están representadas y aumentadas en forma de diferencias morales, que la sociedad borra sólo corriendo grandes peligros¹⁷.

El libro 5 comienza con la célebre explicación sobre la diferencia y la identidad sexuales. "En todo lo que no está vinculado con el sexo, la mujer es un hombre... En todo lo vinculado con el sexo, la mujer y el hombre están relacionados en todos los aspectos, pero son diferentes en todos ellos." Pero, desde luego, muchas de las cosas de las mujeres *están* conectadas con el sexo: "El varón es varón sólo en algunos momentos. La mujer es mujer en el conjunto de su

¹⁷ Rousseau, *Discourse*, págs. 102-103, 110 [*Émile*, París, Ed. du Soleil, 1971, libro 5; existen diversas traducciones castellanas y catalanas.]

vida... Todo en ella recuerda constantemente su sexo." De hecho, ese "todo" se refiere a todo lo que está ligado a la biología de la reproducción: parir, dar de mamar, educar, etcétera. En realidad, el capítulo se convierte en un inventario de las diferencias físicas, y en consecuencia morales, entre sexos; lo primero, dice Rousseau, "nos lleva a lo segundo sin darnos cuenta". De este modo "una mujer perfecta y un hombre perfecto no deberían parecerse en espíritu más que en aspecto". A partir de las diferencias de la contribución de cada sexo a la unión entre ambos, se desprende que "uno debería ser activo y fuerte, y la otra, pasiva y débil". Después de exponer que el problema de Platón es que excluye "de su régimen las familias y al no saber entonces que hacer con las mujeres, se ve forzado a convertirlas en hombres", Rousseau saca la conclusión de que "una vez demostrado que hombre y mujer no están constituidos de la misma forma, ni deberían estarlo, ni en carácter ni en temperamento, se sigue de ello que no deberían recibir la misma educación"¹⁸.

Para Rousseau es mucho lo que depende del pudor natural (biológico) de las mujeres y de su rol radicalmente distinto en la reproducción de la especie. En realidad, toda la civilización parece haber nacido como consecuencia de la caída secular, de la pérdida de la inocencia cuando la primera mujer se hizo inaccesible temporalmente para el primer hombre. Pero Rousseau insiste más en una serie de asociaciones que son lugares comunes en la Ilustración. En su artículo sobre el goce (*jouissance*), Diderot sitúa la creación del deseo, el matrimonio y la familia, si no en el mismo amor, en el momento en que las mujeres se atrevieron a rehusarlo por sí mismas:

cuando la mujer comenzó a discriminar, cuando pareció preocuparse por la elección entre varios hombres a quienes miraba con los ojos de la pasión... Luego, cuando los velos que la modestia tendía sobre los encantos de las mujeres permitieron que una imaginación inflamada dispusiera de ellos a su voluntad, las ilusiones más delicadas

¹⁸ *Émile*, págs. 357-358, 362-3; las cursivas son mías.

compitieron con los sentidos más exquisitos para exagerar la felicidad del momento... dos corazones enamorados se comprometían para siempre y los cielos eran testigos de las primeras promesas indiscretas¹⁹.

Diderot, como Rousseau, parece creer que hubo un tiempo anterior al pudor femenino, un tiempo "en el que la mujer comenzó a discriminar". Pero el pudor y el autocontrol sexual, pese a la discreción y a la complicidad, no son cualidades naturales de las mujeres. Los argumentos de Diderot y Rousseau van por ese camino; ser mujer en una sociedad civil es ser modesta, crear deseo, pero no experimentarlo. Ser de otra manera es ir "contra natura".

Las cualidades especiales del deseo sexual femenino se convirtieron en el siglo XVIII en elemento clave para la comprensión del significado de la historia humana. John Millar, por ejemplo, la más destacada figura de la Ilustración escocesa, defiende el papel crucial de las mujeres y sus virtudes en el progreso de la civilización. Lejos de ser hombres disminuidos, en su *Origin of the Distinctions of Ranks*, son tratadas como barómetro moral y como agentes activos en la mejora de la sociedad²⁰. El razonamiento de Millar comienza con la afirmación de que las relaciones sexuales, al ser altamente susceptibles "a las circunstancias peculiares en que se dan y

¹⁹ *Encyclopédie*, "Jouissance", 5.889. He utilizado con ciertas modificaciones la traducción de Stephen J. Gendzier, trad., *The Encyclopedia*, Nueva York, Harper and Row, 1967, pág. 97.

²⁰ Para una descripción general de la condición de las mujeres como indicador del progreso, en las cuatro etapas que Millar distingue en la civilización, véase Paul Bowles, "John Millar, the Four-Stages Theory, and Women's Position in Society", *History of Political Economy*, 16 (invierno 1984), 619-638. Bowles aprecia correctamente que en Millar la economía es el motor del cambio, pero minimiza la mediación activa de las mujeres para traducir los cambios estructurales en nuevas normas culturales. Véase también el artículo de Ignatieff en Istvan Hont y Michael Ignatieff, eds., *Wealth and Virtue. The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*, Cambridge, University Press, 1983, y Sylvana Tomaselli, "The Enlightenment Debate on Women", *History Workshop*, 20 (1985), 101-124.

muy propensas a ser influenciadas por el poder de la costumbre y la educación”, constituyen una guía muy fiable del carácter de una sociedad. En sociedades bárbaras, las mujeres acompañaban a los hombres a la guerra y apenas eran diferentes de ellos: en sociedades pacíficas que habían progresado en las artes, el rango y posición de la mujer estaban dictados por su capacidad especial para educar a los niños y por su “peculiar delicadeza y sensibilidad”, procedentes de su “constitución original” o de su papel en la vida. (Esos sentimientos tendrían desde luego eco en el contexto biológicamente mucho más explícito del darwinismo, cien años más tarde.) De esta manera, en la explicación de Millar, la civilización conduce a una diferenciación creciente de los roles sociales de hombre y mujer; a la inversa, una mayor diferenciación de los roles y en concreto la mayor “delicadeza y sensibilidad” femenina, son signos de progreso moral. Pero en sociedades más civilizadas, las propias mujeres son también motores de otros avances: “En tal estado, los placeres con que la naturaleza ha gratificado el amor entre sexos, se convierte en fuente de una elegante correspondencia y son susceptibles de ejercer una influencia general sobre el comercio de la sociedad.” En este punto, el estado más elevado piensa sin duda en los salones franceses y en la *femme savante*. Las mujeres son “conducidas a cultivar aquellos talentos que mejor se adaptan a la relación con el mundo y a distinguirse con dotes corteses que tienden a enaltecer sus atractivos personales y a excitar aquellos sentimientos y pasiones concretos de que ellas son objetos naturales”. Entre hombres civilizados, en la historia natural de Millar, el deseo está indisolublemente unido a la historia del talento específicamente femenino²¹.

En el contexto del pensamiento de la Ilustración y de la política postrevolucionaria, apenas resulta sorprendente que la diferenciación moral y física entre hombres y mujeres entrara también en la crítica de las teorías políticas por parte de

²¹ John Millar, *Origin of the Distinction of Ranks* (Basilea, 1793), págs. 14, 32, 86, 95-96.

las mujeres que escribían, desde el socialismo precoz de Anna Wheeler, en un extremo del espectro político, pasando por el liberalismo radical de Mary Wollstonecraft, a la ideología doméstica de la conservadora Hannah More y de la progresista Sarah Ellis. Para Wheeler y otras, la negación o devaluación de la pasión específicamente femenina forma parte de una devaluación general de la pasión²². Se atrevían a esperar que la razón triunfaría sobre la carne. Wheeler y los socialistas utópicos, después de todo, no hacían sino difundir la tradición iniciada por los argumentos de William Godwin, según los cuales la civilización acabaría por eliminar las pasiones destructivas y el cuerpo resultaría dominado por el espíritu ilustrado. Las mujeres figurarían a la vanguardia de este triunfo. (Apunta Catherine Gallagher que Thomas Malthus rehabilitó el cuerpo precisamente frente a dicha posición e insistió en la irreductibilidad de sus exigencias, en especial de las sexuales.)²³

Pero las nuevas pretensiones de las mujeres de una sensibilidad moral acrecentada no se dirigían sólo *contra* la carne, sino *hacia* un nuevo espacio político. Wheeler deja esto bastante claro, aunque se muestra ambivalente en cuanto a la pretendida impasibilidad de las mujeres —una versión del dilema de la diferencia— adaptándose a las exigencias retóricas del momento. Su libro, escrito conjuntamente con William Thompson, es un ataque en regla contra el argumento de James Mill de que los intereses de mujeres y niños están subsumidos en los de maridos y padres. Mantiene, por el contrario, que las mujeres deben hablar por sí mismas y que tienen algo distinto que decir. Pero para mis intenciones, el aspecto más importante de su batalla contra Mill es que se librara pre-

²² En mi discusión de Wheeler me baso sobre todo en Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Nueva York, Pantheon, 1983, esp. cap. 2.

²³ Catherine Gallagher, “The Body *versus* the Social Body in the Works of Thomas Malthus and Henry Mayhew”, en Gallagher y Thomas Laqueur, eds., *The Making of the Modern Body*, Berkeley, University of California Press, 1987, págs. 83-106.

cisamente sobre la naturaleza de la pasión femenina y la capacidad de negociación que esto podría suponerle. Digamos que admiten que el "milagro moral" de Mill sería creíble si éste tuviera razón cuando afirma que las mujeres están protegidas contra los abusos, porque cuando se sienten libres del deseo sexual gozan de una excelente posición para negociar: los hombres, que evidentemente no están liberados de sus cuerpos, "actuarán amablemente con las mujeres para procurarse con ellas una satisfacción cuyo placer depende de la buena disposición de quien lo otorga". Pero si las mujeres no son "como la griega Asfasia", frías y asexuadas, el argumento de Mill carece de sentido. Y no sólo las mujeres son sexuadas y con deseos; en el estado actual de las cosas, "la mujer es más esclava del hombre para satisfacer sus propios deseos, que no el hombre de la mujer". La doble moral permite a los hombres buscar gratificación fuera del matrimonio, pero se lo prohíbe a las mujeres²⁴.

Por otra parte, el análisis de Wheeler y Thompson del penoso estado del mundo masculino y la necesidad de reivindicar una base política para las mujeres les conducen, en otras circunstancias retóricas, a cambiar sustancialmente el acento hacia sus campos de interés. En un capítulo significativamente titulado "La aptitud moral para legislar es más frecuente en mujeres que en hombres" se muestra a las mujeres *no* como iguales a los hombres en pasión, sino como superiores en moralidad y empatía, en general más capacitadas que los hombres para actuar de acuerdo con el interés común. No queda claro si las mujeres poseen esos rasgos en algún estado de naturaleza hipotético o si los han adquirido a través de una especie de lamarckismo moral, pero en el mundo moderno las mujeres demuestran una mayor susceptibilidad hacia el dolor y el placer, un deseo más poderoso de fomentar la felicidad de los otros y una "aptitud moral" más desarrollada que los

²⁴ Anna Wheeler y William Thompson, *An Appeal of One-Half the Human Race, Women, Against the Pretensions of the Other Half, Men, To Retain Them in Political and Thence in Civil and Domestic Slavery* (Londres, 1825), págs. 60-61.

hombres. Siguen diciendo Wheeler y Thompson que ésas son las cualidades más importantes en un legislador. Además, es precisamente la menor potencia de las mujeres y su incapacidad para oprimir a los demás por la fuerza lo que las convierte en legisladoras equitativas y justas. Las mujeres, como madres y como sexo más débil, necesitan mucho más que los hombres la paz en el mundo y serían constitucionalmente más aptas para legislar la forma de obtenerla. Los argumentos de Wheeler y Thompson son más mordaces de lo que se desprende de este resumen, pero no obstante contribuyen a la construcción de una mujer no muy diferente de la que propugnan los ideólogos domésticos, mucho más conservadores. Bien sea por medio de la naturaleza intrínseca —porque tienen un sistema nervioso más sensible, como afirmaron muchos médicos de los siglos XVIII y XIX— o a través de siglos de sufrimiento, las mujeres son reputadas, en y a través de sus cuerpos, como menos sujetas a la pasión y a la sinrazón, y en consecuencia, moralmente más capaces que los hombres²⁵.

Mary Wollstonecraft resulta atrapada en buena parte en el mismo dilema. La teoría liberal la impulsa a declarar que, en esencia, el sujeto racional carece de sexo; sin embargo, conocía bien el poder —en su propia vida, con violencia destructiva— de la pasión sexual. También creía, con Rousseau, que la civilización aumentaba el deseo y que "las personas sensatas y reflexivas son más propensas a tener pasiones violentas y constantes, y a ser atormentadas por ellas". Finalmente, para Wollstonecraft, suscribir el concepto del sujeto carente de género era negar las cualidades claramente particulares de las experiencias de las mujeres. Su *Vindicación de los derechos de la mujer*, como hace notar Mary Poovey —y esto sucede más todavía en otras obras suyas—, adopta una postura particularmente defensiva hacia la sexualidad femenina y su control. "Es evidente que los hombres están más influidos que las mujeres por sus apetitos", dice sencillamente; las mujeres tienen la capacidad de llevar adelante una existencia casi

²⁵ *Ibid.*, pág. 145 y parte 2, cuestión 2.

desencarnada. Pero aun así se siente obligada a prevenir los “hábitos impúdicos” y “desagradables” que las muchachas adquieren en los internados (la masturbación, supongo) y de acuerdo con ello niega la existencia del auténtico deseo, cuya presencia siente de forma tan aguda y por eso encuentra tan amenazador y enojoso²⁶.

Contemporáneo de Wollstonecraft, el liberal alemán Theodor Gottlieb von Hippel, cuyo *On Improving the Status of Women* tiene mucho en común con la *Vindicación*, revela tensiones similares. Afirma en primer lugar que “la naturaleza no parece haber tenido la intención de establecer una diferencia notable o haber favorecido a un sexo a expensas del otro”. Pero, al igual que los ideólogos domésticos, también desea crear para las mujeres un dominio separado, igual, sin jerarquías, pero al mismo tiempo radicalmente diferente y basado también en la naturaleza: quizá, aventura, las mujeres se sientan más atraídas que los hombres por la belleza de la poesía y la pintura, y sean potencialmente más capaces de crearla, porque “los hombres están más alejados de la naturaleza que las mujeres”; la influencia potencial de las mujeres sobre la moralidad nace del hecho de que “es peculiar del sexo opuesto un carácter suave y moderado”²⁷.

²⁶ Mary Wollstonecraft, *Thoughts on the Education of Daughters...* (Londres, 1787), pág. 82. [Existe versión castellana reciente de una de las obras de Wollstonecraft citadas, a cargo de Isabel Burdiel, con traducción de Carmen Martínez Gimeno, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, 1994.] Mary Poovey, *The Proper Lady and the Woman Writer*, Chicago, University of Chicago Press, 1984, págs. 80-81, 48-81 *passim*. Véase también Zillah Eisenstein, *The Radical Future of Liberal Feminism*, Nueva York, Longmans, 1981, págs. 89-112.

²⁷ Theodor G. von Hippel, *On Improving the Status of Women* (1792), trad. Timothy F. Sellner (Detroit: Wayne State University Press, 1979), págs. 66, 143, 147, y cap. 4 *passim*. La expresión de Hippel para “sexo opuesto” es “anderes geschlecht” y podría traducirse sencillamente como “el otro sexo”, pero lo mismo en alemán que en inglés casi siempre lo usa un escritor u orador masculino para referirse a la mujer o a su propio sexo, en relación con el otro. El sentido de oposición más bien que el de superioridad/inferioridad forma parte de la construcción lingüística de la inconmensurabilidad. No sé cuándo se incorporó este sentido del término

La solución provisional y siempre elástica de Wollstonecraft era, como la de Hippel, que las mujeres ocuparan las elevadas tierras de la moral. Puesto que estaban colmadas con una propensión incomparable hacia los “encariñamientos afectivos”, era función especial de las mujeres en el mundo civilizar a los hombres y educar a los niños en la virtud. En la *Female Reader*, Wollstonecraft carga las tintas con una fuerte dosis religiosa, que según ella será el solaz de sus lectoras cuando se encuentren, como sucederá a menudo, “en medio de escenas de angustia silenciosa e inadvertida”, que será su obligación aliviar. Y Wollstonecraft comparte con las primeras feministas socialistas un compromiso por la impasibilidad, incluso un rechazo personal, cierto sentido de sus posibilidades políticas, una aguda conciencia de los peligros de la pasión o una creencia en las cualidades de un cuerpo femenino ajeno al deseo²⁸.

Los argumentos de Wollstonecraft en torno a las diferencias entre sexos empiezan a parecerse mucho a los de Sarah Ellis, pese al profundo abismo político que separa a ambas mujeres. En realidad, la ideología doméstica, al menos en Inglaterra, reunió no sólo a anglicanos e inconformistas, sino también, como muestran Davidoff y Hall, a radicales, liberales y conservadores, hombres y mujeres²⁹. Ellis escribió desde una posición progresista y abiertamente antiaristocrática, que aspiraba a rescatar a las mujeres de un rol ornamental y darles una base de influencia real. Hay siempre una tensión en su obra —y en general en la ideología doméstica— entre

en el alemán, pero el *Oxford English Dictionary* sitúa el primer uso en inglés en el *Spectator* (1711): “Nada hace a una mujer más estimada por el sexo opuesto que la castidad.” La oposición se define de nuevo por la capacidad para el control sexual.

²⁸ Mary Wollstonecraft, *Female Reader* (Londres, 1789), pág. vii; Taylor, *Eve*, págs. 47-48.

²⁹ Davidoff y Hall, *Family Fortunes*, pág. 179 y cap. 3. La ideología doméstica puede definirse como la creencia en que la esfera doméstica es el escenario fundamental para la enseñanza de la moral y la buena conducta, que esta esfera está dominada por las mujeres y que, por tanto, las mujeres ejercen una gran influencia mediante sus esfuerzos en el hogar.

la mujer como "criatura relativa", versión de la antigua idea de que es un hombre menor que existe en relación a él, y la mujer como ser independiente, que potencialmente ejerce un poder notable en su propio dominio. Esta última posición es la que se plantea con mayor fuerza y la que se basa en la diferencia *sexual*. En *The Wives of England*, una de las obras canónicas de la ideología doméstica, Ellis afirma que esposa y madre están "en el centro de un círculo de influencia, que se irá ampliando y extendiendo a otros círculos, hasta confundirse con el gran océano de la eternidad". Esta influencia nace de la alta sensibilidad moral de los organismos femeninos. Aunque las mujeres carezcan de rol en la política mundana, deben enfrentarse a problemas "como el de la abolición de la esclavitud, la desaparición de las guerras, la crueldad con los animales, la pena de muerte, el alcoholismo, en relación con los cuales tan vergonzoso es no saber nada como no reconocerlos. En resumen, la política de las mujeres debe ser la de la moralidad"³⁰. Las mujeres, en definitiva, son criaturas menos castigadas por la pasión, tendencia egoísta y destructiva, y mejor dotadas de sentimientos de solidaridad y de esa clase de serenidad corporal que se requiere para ser el centro que irradia la nueva moralidad. La impasibilidad nace así de un momento político concreto y de una estrategia para saltar a la arena de la acción, sobre la base de las virtudes del dominio privado femenino.

Las exigencias políticas inmediatas para la creación de sexos biológicamente diferentes, así como la función concreta de la ciencia en esta empresa, aparecen con toda claridad en un ejemplo de finales del siglo XIX. En su interpretación

³⁰ Sarah Ellis, *The Wives of England* (Londres, sin fecha), pág. 345; *The Daughters of England: Their Position in Society, Character and Responsibilities* (Londres, 1842), pág. 85. Mitzi Myers, "Reform or Ruin: A Revolution in Female Manners", *Studies in the Eighteenth Century*, 11 (1982), 199-217, sugiere de forma convincente que autores que se consideran tan alejados políticamente como los que defienden la ideología doméstica y Mary Wollstonecraft, están comprometidos en una empresa moral similar.

de la sexualidad dominada mentalmente de las mujeres, escribía Elizabeth Blackwell desde su condición de médico: "en la tarea de proteger las facultades humanas" y de fomentar "la expansión gradual del pensamiento, que conduce a formas de sociedad cada vez más elevadas", el fisiólogo y el médico "pueden prestar ayudas muy importantes". La fisiología era importante porque en su opinión el progreso cultural y la mejora de la conducta moral se imprimían en la carne de las generaciones sucesivas, lo mismo que los hábitos individuales se convierten en una segunda naturaleza para el cuerpo. Las bestias, decía, carecen de componente moral en sus relaciones sexuales; los pueblos primitivos y las clases trabajadoras la tienen relativamente escasa y por ello no tienden a la castidad; los pueblos civilizados tienen una componente mental dominante y valoran como es debido la castidad³¹.

En otras palabras, el progreso viene marcado por la subordinación de la brutalidad física en lo relativo al sexo; las relaciones sexuales castas, triunfo cultural de la raza, "se entrelazan inseparablemente con la estructura esencial de nuestra organización física". De esta forma el progreso deja su marca en la raza. Por supuesto que los hombres pueden practicar la castidad, pero Blackwell sostenía que el verdadero trabajo de "entrelazar" pertenecía a las mujeres. Aunque era casi galénica en su consideración de que ciertos fluidos y funciones eran comunes a ambos sexos —los órganos que producen el huevo y el esperma son estrictamente análogos; la "emisión de esperma" es una forma de menstruación y ambos son mecanismos del equilibrio natural; cada parte de la mujer se corresponde con una parte del hombre—, Blackwell invertía las valencias. Las funciones de los hombres son versiones menores de las de las mujeres. Más importante todavía es que pensó que hombres y mujeres diferían en dos aspectos cruciales, lo que hace que su visión caiga en el modelo de dos sexos: las mujeres tienen útero y los hombres, no; los impul-

³¹ Elizabeth Blackwell, *The Human Element in Sex* (Londres, 1884), págs. 52, 57, 16.

sexuales de la mujer son en principio mentales y los de los hombres, no. (Hay aquí de nuevo una inversión de la fórmula usual. No tener útero define al hombre, como oposición a que no tener pene define a la mujer; la mujer se asocia con el espíritu y el hombre con la naturaleza, en lugar de la inversa.) Blackwell no negó el deseo físico en las mujeres, pero afirmaba que sus sentimientos sexuales procedían primariamente de las profundidades del espíritu:

Este elemento mental del sexo humano existe en mayor proporción en la fuerza vital de la mujeres... Quienes niegan el sentimiento sexual a la mujer, o lo consideran algo tan débil que difícilmente puede tenerse en cuenta en el orden social, pierden de vista por completo esta inmensa fuerza espiritual de atracción, que claramente es potencia sexual humana y que existe en tan gran proporción en su naturaleza.

A diferencia de los hombres, el placer sexual de las mujeres no está vinculado "principalmente al acto del coito", sino a cosas de rango superior. ¿Pero qué es lo que conduce a la sexualidad mental de la mujer a estar en la vanguardia moral de la civilización? "El sentimiento puro de la maternidad... la aptitud especial dada a las mujeres por el poder de la maternidad... la inteligencia acrecentada de las madres [que] será acogida como el más brillante paladín de la regeneración sexual"³². Y con la regeneración sexual vendrá la regeneración social. Para Blackwell, como para Millar y los demás gigantes de la Ilustración escocesa, las mujeres son al mismo tiempo la causa y el reflejo del progreso cultural.

Hay, sin embargo, un aspecto más crítico en la exposición de Blackwell. Se trata de una profunda hostilidad implícita hacia lo que percibe como agresión, brutalidad e insensibilidad de los hombres hacia las mujeres. Hizo campaña contra el espéculo de los médicos como ataque a la pureza de las mujeres; y en otro escrito desarrolló de forma explícita su

³² *Ibid.*, págs. 54, 21, 26, 44, 31.

concepto de las cualidades mentales dominantes de la sexualidad de la mujer, como ataque a la sexualidad del hombre. Blackwell recomienda que se considere el pronunciamiento neo-malthusiano contra la aplicación del *coitus interruptus* y el preservativo: "Cualquier medio preventivo, para ser satisfactorio, debe ser aplicado por la *mujer* [la cursiva es de Blackwell], porque la pasión y espontaneidad del acto venéreo resulta dañada si el hombre tiene que pensar en ello." Aquí "se le ve el rabo" al hombre; lo cual quiere decir que de algún modo las mujeres controlan la pasión masculina. Por otra parte, la sexualidad marital ideal sería la basada en "hechos físicos positivos", lo que significa que "la esposa debe determinar las ocasiones de unión". Esto se debería en parte a que la mujer tenía un conocimiento profundo de su ciclo reproductor —como todas sus contemporáneas, Blackwell creyó equivocadamente que a mitad de su ciclo menstrual era menor la probabilidad de que tuviera lugar la concepción— que permitía "un método natural de regular la dimensión de las familias" y porque la poderosa componente mental en el temperamento sexual de la mujer haría de ella un mejor moderador del deseo. Estos planes fomentarían el progreso histórico del mundo: "la regulación de la relación sexual según los intereses de las mujeres es la verdad desconocida del cristianismo, hacia la cual nos acercamos a tientas"³³. En este planteamiento, la impasibilidad permite a las mujeres no sólo una mayor participación en el progreso de la humanidad, sino también una defensa y justificación para el dominio de sus cuerpos³⁴.

No quiero dar a entender que todos estos autores y razones, desde la interpretación de Rousseau del estado de naturaleza hasta el ataque de Blackwell a la sexualidad masculina, forman parte de la misma empresa teórica o política. Más

³³ Elizabeth Blackwell, *A Medical Address on the Benevolence of Malthus, contrasted with the Corruptions of Neo-Malthusianism* (Londres, 1888), págs. 17, 25, 34, 32.

³⁴ Para una discusión más general de este tema, véase Sheila Jeffreys, *The Spinster and Her Enemies*, Londres, Pandora, 1985.

bien desearía ofrecer ejemplos de la amplia gama de programas políticos, en apariencia inconexos, en los que ocupó un lugar central una nueva diferenciación de los sexos biológicos. Se creó una historia del deseo y se distinguió el cuerpo masculino del femenino, mientras las devastadoras transformaciones de la sociedad europea entre los siglos XVII y XIX ejercían una presión insoportable sobre las viejas ideas del cuerpo y sus placeres. Una biología de jerarquía cósmica dio paso a una biología de la inconmensurabilidad, anclada en el cuerpo, en la que la relación entre hombres y mujeres, como la existente entre manzanas y naranjas, no se medía en términos de igualdad o desigualdad, sino más bien de diferencia. Esto requería interpretación y se convirtió en arma de la lucha cultural y política.

LA POLÍTICA CULTURAL DE LA FECUNDIDAD CÍCLICA

“Las ciencias de la vida pueden confirmar las intuiciones del artista, profundizar su percepción y ampliar el alcance de su visión”³⁵. Al presentar las opiniones sobre menstruación, ovulación y deseo cíclico durante el siglo XIX, tengo la intención de mostrar cómo los hechos, o lo que por tales se tomaba, se convirtieron en elementos de construcción de las visiones sociales: los descubrimientos escuetos y en apariencia objetivos del laboratorio, de la clínica o de “campo”, pasaron a ser, dentro de las disciplinas allí practicadas, la materia prima del arte, de las nuevas representaciones de la mujer como criatura profundamente diferente del hombre. Este “arte”, revestido con el prestigio de la ciencia natural, se convirtió a su vez en el supuesto fundamento del discurso social.

No estoy aquí muy interesado en los polémicos pronunciamientos de ginecólogos o fisiólogos sobre las mujeres,

³⁵ Aldous Huxley, “Literature and Science” (1963), citado en Peter Morton, *The Vital Science: Biology and the Literary Imagination*, Londres, Allen and Unwin, 1984, pág. 212.

aunque son muy abundantes. Desde médicos poco conocidos a los gigantes de la medicina del siglo XIX —Charcot, Virchow, Bischoff—, se levantó la protesta generalizada de que las pretensiones de igualdad entre sexos se basaban en la profunda ignorancia de las diferencias físicas y mentales inmutables entre los dichos sexos y que eran éstas, y no los caprichos legislativos, las que determinaban la división social del trabajo y los derechos. La mayoría de los médicos creyó que los métodos seguros e imparciales de la ciencia probaban que las mujeres no eran capaces de hacer lo que hacían los hombres, y viceversa (incluyendo estudiar medicina). En este capítulo estoy más interesado en mostrar cómo, en el dominio poéticamente poco prometedor de la histología y la fisiología, las observaciones se convirtieron en materiales para el arte —para los artífices del sexo— de los que entonces se decía que tenían una existencia natural anterior. La reproducción, y su relación con el placer, ha sido uno de los ejes de este libro, pero deseo aclarar que de ningún modo fue éste el único campo para la construcción de la diferencia sexual. Empezaremos, por tanto, con dos ejemplos que nada tienen que ver con la clínica.

La teoría darwiniana de la selección natural proporcionó, y proporciona todavía, un material aparentemente ilimitado para imaginar el proceso de diferenciación sexual³⁶. Selección sexual: entre animales, una hembra pasiva selecciona como compañeros los machos más agresivos o más atracti-

³⁶ La teoría de la evolución puede ser interpretada, y desde luego así lo fue, como respaldo a la noción de una escala de gradación infinita, reminiscencia del modelo unisexo, en la que las mujeres estarían más abajo que los hombres, tildadas de infantiles de un modo análogo al que los negros lo eran en relación con los blancos. No quiero insinuar que el propio Darwin mantuviera ningún punto de vista concreto sobre esta materia de forma sistemática, o que tal punto de vista pudiera derivarse de la teoría darwiniana. Como en el debate sobre la naturaleza de la competencia en la sociedad, de la biología evolucionista no puede deducirse ningún punto de vista sobre la diferencia sexual. Mi interpretación de Darwin ha estado influida por Morton, *The Vital Science*, y por Gilian Beer, *Darwin's Plots*, Londres, Routledge, 1983.

vos, el de plumas más vistosas o el más melodioso. Después de dar numerosos ejemplos, Darwin concluye: “Creo, por tanto, que cuando machos y hembras de cualquier animal tienen los mismos hábitos generales de vida, pero difieren en estructura, colorido u ornamento, tales diferencias deben haber sido provocadas sobre todo por selección sexual”³⁷. El proceso también opera en los seres humanos; entre las mujeres se selecciona el pudor y entre los hombres, la proeza —pese a que en nuestra especie sólo eligen los hombres—, porque los hombres que pueden elegir escogerán la más hermosa, y por tanto la más pudorosa, entre las mujeres disponibles³⁸. La selección sexual “ha actuado en apariencia sobre el hombre, desde el lado masculino y femenino, lo que produce que los dos sexos difieran en cuerpo y espíritu”. (Según Darwin, este mismo proceso crea las divergencias raciales y la diferenciación de las especies en general.) De este modo, en cada generación hombres y mujeres son algo diferentes que en la anterior, sugiere Darwin, citando en su favor el testimonio del pensador materialista alemán Karl Vogt: “La diferencia entre los sexos tal como la mide la cavidad craneal aumenta con el desarrollo de la raza, de forma que los hombres europeos superan mucho más a las mujeres que los negros a las ne-

³⁷ Charles Darwin, *The Origin of Species* (1859), Garden City, Doubleday, 1958, págs. 96-97. [Existen diversas traducciones españolas de esta obra.] Entre los animales hay de hecho pruebas considerables contra la idea de la hembra coqueta. Véase Sarah Blaffer Hrdy, “Empathy, Polyanthropy, and the Myth of the Coy Female”, en Ruth Bleier, ed., *Feminist Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press, 1986, págs. 118-146.

³⁸ Havelock Ellis afirma de modo explícito que “el instinto espontáneo y natural del amante le lleva a desear la modestia en su dueña”. *The Evolution of Modesty*, parte 1, en *Studies in the Physiology of Sex* (1900, 1920), 1.45, citado en Ruth Yeazell, “Nature’s Courtship Plot in Darwin and Ellis” (manuscrito inédito), quien defiende una generalización narrativa de las ideas de Darwin. Como Diderot y Rousseau, Ellis considera que el pudor provoca el deseo sexual y piensa que disminuye después del matrimonio, añadiendo: “La diferencia de sensibilidad entre la mujer no casada y la casada se corresponde con la diferencia en su grado de pudor.” *Sexual Selection in Man*, en *Studies*, 6.18.

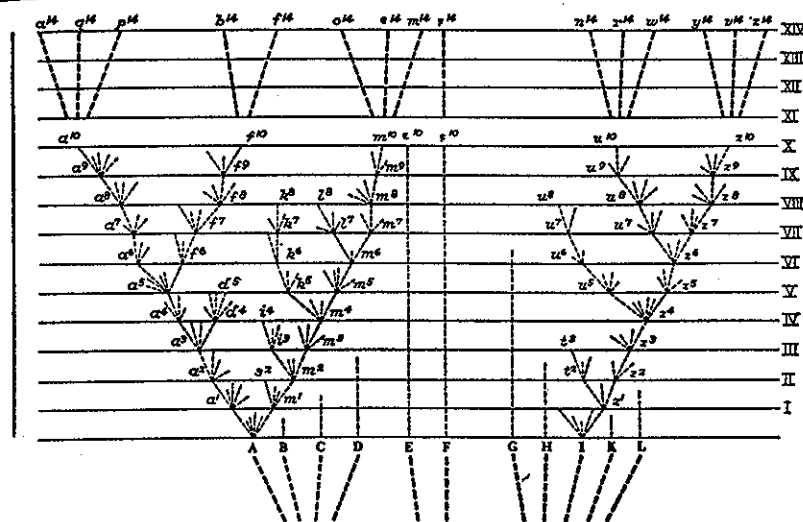


Fig. 62. El esquema de Darwin que ilustra cómo se producen las especies proporciona también un modelo de la forma en que diferencias relativamente pequeñas entre hombres y mujeres en las sociedades primitivas han adquirido una importancia exagerada a través del proceso de civilización

gras”³⁹. Si se acepta esto, entonces la divergencia de toda clase de características del género podrían considerarse casos especiales del proceso general de divergencia, a través del cual aparecen las especies. Esto parece ser lo que piensa Vogt. En la figura 62, “a¹⁴” y “z¹⁴” se convierten en jeroglíficos que serán resueltos de acuerdo con las necesidades, y las diferencias entre sexos pasan a ser el producto del magno e inevitable proceso de selección que gobierna la vida.

La diferencia también podía generarse o imaginarse dentro de lo que hoy son “ciencias” desprestigiadas. La frenología, por ejemplo, fue el equivalente en el siglo XIX al mo-

³⁹ *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex* (1871), Princeton, Princeton University Press, 1981, 2.402 (parte 2, cap. 21); 2.329-330 (cap. 19).

dermo determinismo biológico. Tanto los ingenuos (que insistían en que no podía considerarse completo un informe de ejecución sin el análisis frenológico del condenado) como los eruditos (quienes al menos se decantaban por una explicación materialista) suscribían sus principios. Se pensaba que, mediante un análisis cuidadoso de la forma de la cabeza y de la intensidad de ciertas características clave, podían valorarse treinta y siete componentes del carácter humano en cada individuo. Si bien la educación representaba una parte en la creación de la personalidad, una persona era sobre todo producto de una mezcla de rasgos innatos: combatividad, nobleza, benevolencia, etc. Se pensaba que diferentes partes del cerebro eran responsables de características concretas y que la forma de la cabeza y del cuello reflejaban la naturaleza del cerebro que encerraban. El cerebelo, por ejemplo, se consideraba asiento del instinto sexual, de lo que los frenólogos populares llamaban “amatividad”, y se decía que las mujeres, como cabía esperar, tenían un cerebelo menor que el de los hombres, “moderado” sobre una escala que iba desde el muy grande, en hombres muy sexuados, hasta el muy pequeño de los niños. Esta cantidad de pasión “perfectamente justa”, combinada con otras cualidades que adornaban a las mujeres, daban como resultado una criatura que

ejercitará más el amor puro y el cariño virtuoso hacia el sexo opuesto que la mera pasión amorosa —el casto afecto platónico, que el amor sexual—, la amistad pura y sentimental que el simple sentimiento animal... Ésta es la clase de vinculación que suelen ejercer las mujeres, en las que la adhe[sión] es comúnmente mucho mayor que la amat[ividad]⁴⁰.

⁴⁰ O. S. Fowler, *Practical Phrenology* (Nueva York, sin fecha), página 59; también pág. 67. Adquirí mi ejemplar de este libro en un club del libro para trabajadores en Aylesbury, Bucks. Para una visión general de estos problemas, véase Robert M. Young, *Mind, Brain, and Adaptation in the Nineteenth Century*, Londres, Oxford University Press, 1970, páginas 47-49. El asiento de la sexualidad en el cerebelo se expone con mayor extensión en George Combe, *On the Functions of the Cerebellum* by

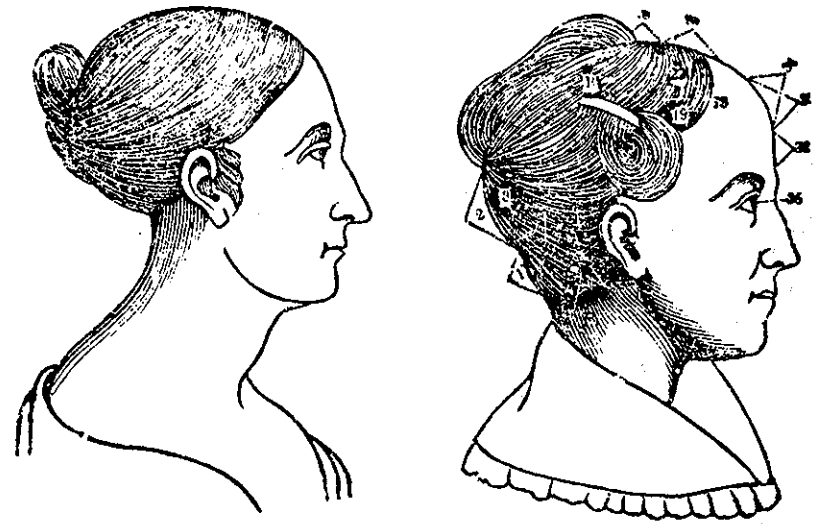


Fig. 63. La mujer de la izquierda tiene un cerebelo anormalmente pequeño; el de la otra mujer, y por tanto su “amatividad”, es correcto. De la *Practical Phrenology* de Fowler

Podía mirarse el pequeño y delicado cuello femenino, manifiestamente incapaz de ocultar un cerebelo grande, y pensarse que su amatividad era moderada; por otra parte, el abombamiento de la frente indicaría que su capacidad de adhesión estaba bien desarrollada (la figura 63 muestra la cabeza de la mujer ideal). Esta teoría del cerebelo como asiento de la pasión resolvía también una de las dificultades de la doctrina de la sexualidad pasiva femenina, a saber, por qué las mujeres, con un sistema nervioso exquisitamente sensible, no encuentran los placeres de la relación sexual incluso más deleitosos que los hombres y al mismo tiempo encuentran relativamente

Dr. Gall (Edimburgo, 1838), existiendo una traducción de partes relevantes en F. J. Gall y J. C. Spurzheim, *Anatomie et physiologie du système nerveux* (París, 1810-1819). J. Chitty, *A Practical Treatise on Medical Jurisprudence* (Londres, 1834), pág. 270, lo trata como un lugar común. [Existe traducción de Combe al castellano a cargo de José de Garaycochea, *Nuevo manual de frenología*, Cádiz, 1840.]

fácil renunciar a la pasión. Respuesta: "Su órgano del cerebro, más pequeño, sede de la volición, la hace menos determinada hacia el placer y más proclive a la espera y la renuncia." (Queda por explicar que una voluntad menos desarrollada haga más fácil la renuncia.) Durante el siglo XIX hubo muchos esfuerzos por circunscribir con palabras la sexualidad de las mujeres, pero la empresa se hundió sin coronar el éxito. Aunque las mujeres podían renunciar fácilmente al sexo, no podían pasar enteramente sin él; y si la renuncia no era completamente voluntaria, podía dar lugar a consecuencias patológicas más graves que en los hombres. No obstante, esto no impidió que prosiguieran serios intentos para justificar la pasividad femenina a partir de su anatomía.

Mi interés, sin embargo, se centra menos en esas grandes teorías o en las infinitas manifestaciones de los médicos que en la forma en que la ciencia real —el trabajo minucioso dentro de un paradigma de investigación, que extrae conclusiones razonables de sus resultados— contribuye al artificio de la diferencia sexual⁴¹. Comienzo con el experimento crítico, de elegante sencillez, que estableció la ovulación espontánea en perros y por extensión en otros mamíferos. Con el estilo novelístico que caracteriza tantos informes científicos de comienzos del siglo XIX, Theodor von Bischoff cuenta al lector que en los días 18 y 19 de diciembre de 1843 apreció que una perra de buen tamaño de la que era dueño había comenzado a entrar en celo. El día 19 permitió que tomara contacto con un perro, pero ella rehusó sus requerimientos. La mantuvo a seguro durante dos días más y luego trajo de nuevo el perro; esta vez la perra se mostró interesada, pero el observador separó a los animales antes de que tuviera lugar el coito. Dos días después, a las diez horas, extrajo su ovario izquierdo y las trom-

⁴¹ Hablando en general de los siglos XIX y XX, puede decirse que la historia de la fisiología no está muy desarrollada y la historia de la fisiología de la reproducción, tanto en hombres como en animales, está todavía menos explorada. Sencillamente no hay suficientes trabajos sobre la práctica cotidiana de los científicos del siglo XIX que trabajaron en la biología de la reproducción para entender con detalle cómo los problemas sociales estructuraron la citada práctica.

pas de Falopio, y cerró cuidadosamente la herida. Los folículos de Graaf del ovario extirpado aparecían hinchados, pero todavía no se habían abierto. Cinco días más tarde mató a la perra y en el otro ovario encontró cuatro cuerpos lúteos en desarrollo, llenos de suero; al abrir con cuidado las trompas quedaron presentes cuatro huevos. Su conclusión fue la siguiente:

No creo que sea posible demostrar con más claridad el proceso completo de maduración y expulsión de los huevos durante el celo, con independencia del coito, que a través de esta doble observación sobre un solo y el mismo animal⁴².

Y desde luego, si la ovulación se presenta con independencia del coito, también debe tener lugar con independencia de la fecundación. El naturalista F. A. Pouchet consideró tan importante este último descubrimiento que lo formuló como su quinta ley crítica de la biología reproductiva, "el punto capital" de su magna obra de 476 páginas⁴³. El historiador Jules Michelet quedó cautivado por la misma y aclamó a Pouchet por haber formulado toda la ciencia de la biología reproductiva en una obra atractiva, definitiva y genial⁴⁴.

Comprobado que los perros entran en celo y ovulan, se aparecen o no, ¿qué pruebas había de que los cuerpos de las mujeres funcionaran de un modo similar? Prácticamente nin-

⁴² Theodor von Bischoff, *Beweis der von der Begattung unabhängigen periodischen Reifung und Loslösung der Eier der Säugethiere und des Menschen* (Giesen, 1844), págs. 28-31.

⁴³ F. A. Pouchet, *Théorie positive de l'ovulation spontanée et de la fécondation des mammifères et de l'espèce humaine* (París, 1847), páginas 452, 104-167. Pouchet fue un distinguido naturalista, miembro correspondiente de la Academia Francesa de Ciencias y hombre con independencia de juicio y valor considerables. En el famoso debate entre Pouchet, defensor de la generación espontánea, y su oponente Pasteur, fue él y no Pasteur quien se enfrentó a contracorriente a la ortodoxia religiosa y política. Véase John Farley y Gerald Giesen, "Science, Politics and Spontaneous Generation in Nineteenth Century France: The Pasteur-Pouchet Debate", *Bulletin of the History of Medicine*, 48 (verano 1974), 161-198.

⁴⁴ Jules Michelet, *L'Amour* (París, 1859), pág. xv.

guna. Con anterioridad al siglo XX, nadie había manifestado que hubiera visto un huevo humano fuera del ovario. Bischoff admitía que no había pruebas directas para extender su teoría a las mujeres, pero estaba seguro de que no tardaría en encontrarse un huevo⁴⁵. En 1881, Victor Hensen, profesor de fisiología en Kiel, observaba en un manual clásico que los huevos humanos todavía eludían a los investigadores, pero añadía en una nota a pie de página, con injustificado optimismo, que no sería demasiado difícil encontrarlo en las trompas de Falopio⁴⁶. De hecho fue difícil. No se informó sobre un huevo sin fecundar hasta 1930 y ello tuvo lugar en el contexto de la crítica a ciertas ideas del siglo XIX relativas al celo y la menstruación⁴⁷. Faltaba en seres humanos, por tanto, el vínculo experimental crucial —el descubrimiento del huevo— entre menstruación, por una parte, y ovulación y morfología del ovario, por la otra.

Cuando tenían oportunidad, a los investigadores sólo les era posible observar que las mujeres estaban en sus periodos, o que se encontraban en algún punto conocido de su ciclo menstrual, para más tarde intentar correlacionar esas observaciones con las características estructurales del ovario extirpado en intervenciones quirúrgicas o en autopsias. Se suponía que a partir de esas características podía deducirse el momento de la ovulación. Pero a los investigadores les faltaba, como punto de triangulación biológico, el producto real del ovario, y los resultados de sus estudios resultaban insatisfactorios.

No es sorprendente en sí que esos investigadores pensaran que la ovulación tenía lugar precisamente después de los periodos, porque en la literatura culta y también en la popular, desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII, era lugar común que la purgación de la menstruación hacía más probable que las mujeres concibieran en los días que seguían a su desa-

⁴⁵ Bischoff, *Beweis*, pág. 43.

⁴⁶ V. Hensen, en L. Hermann, *Handbuch der Physiologie* (Leipzig, 1881), 6.2.69.

⁴⁷ Q. U. Newell *et al.*, "The Time of Ovulation in the Menstrual Cycle as Checked by Recovery of the Ova from the Fallopian Tubes", *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, 19 (febrero 1930), 180-185.

parición. Nuevas pruebas de que la ovulación acompañaba al celo en algunos animales, unidas a la presunción de una cierta uniformidad entre todos los mamíferos, dio nuevo aliento al viejo saber. Las pruebas aportadas por las autopsias prestaron credibilidad adicional a que la ovulación tenía lugar durante la menstruación o inmediatamente después⁴⁸. (Tales pruebas eran problemáticas. Siempre podían presentarse contraejemplos, como el informe de la autopsia que sir James Paget practicó a Mrs. M., realizada doce horas después de que comenzara su periodo, cuyos ovarios no mostraban "indicio alguno de ruptura reciente de una vesícula, o de descarga de un huevo")⁴⁹.

Las pruebas sobre el momento de la ovulación basadas en el embarazo producido por un único coito, cuya ubicación en el ciclo menstrual se pretendía conocida, tendían también a apoyar las viejas ideas con hábitos nuevos. Un gran número de observaciones —unas 50.000 entre todos los estudios— sugerían que el octavo día desde el inicio de la menstruación era el más probable para la concepción y que hacia los días 12-14, las probabilidades se reducían de forma notable⁵⁰. (Estos estudios solían basarse en informaciones ofrecidas por las mujeres, bastante después de los hechos, a las que se preguntaba por el ciclo menstrual durante el cual habían resultado embarazadas. En ausencia de diarios u otras notas que refrescaran su memoria, las mujeres tendían a señalar aquella que normalmente se aceptaba como época más probable para

⁴⁸ En el siglo XX, los patólogos estaban en mejores condiciones para establecer la edad del cuerpo lúteo y en consecuencia fijaron la ovulación en algún momento de la parte intermedia del ciclo menstrual. Pero incluso esta indicación mostraba amplias variaciones, de modo que investigadores importantes localizaban el momento de la ovulación precisamente después de las reglas o pocos días más tarde. Véase el resumen de esta investigación en Carl G. Hartman, *Time of Ovulation in Women*, Baltimore, Williams and Wilkins, 1936.

⁴⁹ Paget, citado en R. J. Tilt, *Diseases of Menstruation* (Londres, 1850), pág. xxvii.

⁵⁰ *Ibid.*, págs. 141-155; R. L. Dickinson, *Human Sex Anatomy*, Baltimore, Williams and Wilkins, 1933, fig. 42. Ahora sabemos que los días 12 al 14 del ciclo son con mucho los más probables para la concepción.

la concepción.) Las obrillas de divulgación reforzaban estas convicciones. El Dr. George Napheys recomendaba que “el momento que se encuentra a mitad de camino entre dos periodos mensuales es el más adecuado para la consumación del matrimonio”, porque “es la estación de la esterilidad”⁵¹. El médico católico Carl Capellman daba el mismo tipo de consejo en una de las primeras exposiciones del método de los ritmos, consejo completamente erróneo desde la perspectiva del conocimiento actual⁵². Igualmente, Mary Stopes decía a sus cientos de miles de lectoras que la concepción se producía durante el periodo o inmediatamente después, y que los días centrales del mes eran relativamente seguros⁵³.

La dificultad estribaba en que ese tipo de estudios —basados en esfuerzos por correlacionar la fecha del coito con el embarazo o la morfología ovárica con la menstruación— nunca proporcionó resultados consistentes. La función de los ovarios en el ciclo reproductor de los mamíferos fue comprendida de modo muy imperfecto hasta la publicación de una serie de investigaciones iniciada en 1900: los estudios de Papanicolaou de la citología de la mucosa cervical en torno a 1910 facilitaron el primer indicador fiable del ciclo ovárico en seres humanos; el ensayo de las hormonas correspondientes comenzó poco después; finalmente, en los años 30, llegó a comprenderse de forma general el control hormonal de la ovulación por el ovario y la pituitaria⁵⁴.

⁵¹ George H. Napheys, *The Physical Life of Woman* (Walthamstow, 1879), págs. 69-70.

⁵² Carl Capellmann, *Facultative Sterilität ohne Verletzung der Sittengesetze* (Aachen, 1882).

⁵³ Marie Stopes, *Married Love*, pág. 148. No puede asombrar, por tanto, según decía la Dra. Bessie Moses en su informe sobre los cinco primeros años del Baltimore Contraception Bureau, que casi todas las pacientes que afirmaban hacer uso del método del ritmo, se abstuvieran de relaciones sexuales desde poco antes del periodo hasta poco después de concluido el flujo menstrual, esto es, durante lo que consideraban el periodo fértil. Véase Hartman, *Time of Ovulation*, pág. 149.

⁵⁴ A. S. Parkes, “The Rise of Reproductive Endocrinology, 1926-1940”, *Journal of Endocrinology*, 34 (1966), xx-xxii; Medvei, *History*, págs. 396-

Pero había mucho más en juego en el experimento de Bischoff que la mera prueba de que la ovulación en perras y cerdas se producía durante el celo, con independencia del coito o la fecundación, o incluso en que se extendiera esta idea a las mujeres durante sus reglas. El descubrimiento de la ovulación espontánea en algunos mamíferos fue de importancia histórica capital en la representación del cuerpo de las mujeres. La menstruación, que había sido una purga de plétora relativamente benigna, y próxima a otras formas de autorregulación corporal común a hombres y mujeres, se convirtió en el equivalente preciso del celo en animales, señalando el único periodo durante el cual son normalmente fértiles las mujeres. Ampliamente citada como “octava ley” de Pouchet, la idea consistía en que “el flujo menstrual de las mujeres se corresponde con el fenómeno de excitación que se manifiesta durante el celo, *l'époque des amours*, en una amplia gama de criaturas y en especial en mamíferos”⁵⁵. El médico americano Augustus Gardiner planteó las implicaciones de la analogía menstruación-celo con menos delicadeza: “La perra en celo tiene los genitales tumefactos y enrojecidos, con descarga de sangre. A la mujer le pasa prácticamente lo mismo”⁵⁶.

Con estas interpretaciones de la ovulación espontánea, la antigua fisiología del placer y la antigua anatomía de las homologías sexuales murieron definitivamente. El ovario, cuya distinción de los testículos masculinos se había reconocido apenas cien años antes, pasó a ser la fuerza directriz de toda la economía femenina, con la menstruación como signo externo de su impresionante poder. El folículo se obstruía y estallaba finalmente, poniendo en movimiento una carnicería

411; George W. Corner, “Our Knowledge of the Menstrual Cycle, 1910-1950”, *Lancet*, 240 (28 de abril de 1951), 919-923.

⁵⁵ Pouchet, *Théorie positive*, pág. 227.

⁵⁶ Augustus Gardiner, *The Causes and Curative Treatment of Sterility, with a Preliminary Statement of the Physiology of Generation* (Nueva York, 1856), pág. 17. *Lancet* (28 de enero de 1843), 644, afirma tajantemente: “El periodo menstrual en las mujeres guarda una semejanza fisiológica estricta” con el celo de las “bestias”.

uterina, con la hemorragia externa característica de tales heridas. Como explicaba el distinguido ginecólogo británico Matthews Duncan, en una imagen innecesariamente expresiva: "La menstruación es como la bandera roja que ondea en el exterior de una sala de subastas; muestra que algo sucede en el interior"⁵⁷. Y ese algo no era muy atractivo: las características sociales de las mujeres parecían escritas con sangre fluida o coagulada, y los embates cíclicos a duras penas podían ser contenidos por la cultura. El trabajo callado de un órgano minúsculo, que pesaba una media de siete gramos en los seres humanos y medía de dos a cuatro centímetros de longitud, y el crecimiento y posterior ruptura de los folículos en su interior, venían a representar lo que era una mujer.

¿Pero por qué tendría que creerse alguien esta historia, esta ficción culturalmente explosiva de que la menstruación era en las mujeres lo que el celo en las perras, cuando ningún signo del comportamiento apuntaba en ese sentido? La respuesta de Bischoff era sencilla: la equivalencia entre menstruación y celo es cosa de sentido común. Si se acepta la ovulación espontánea durante los periodos de celo en los mamíferos en general, "se cae por su peso". En cualquier caso, añade, hay muchas pruebas indirectas de la igualdad entre celo y menstruación, así como la autoridad de los "más insignes médicos y naturalistas" de todas las épocas⁵⁸.

De hecho, la analogía estaba lejos de ser evidente, había escasas pruebas indirectas y la mayor parte de quienes desde la Antigüedad hasta la época de Bischoff habían dado su opinión habían negado su existencia. Aristóteles asimiló la hemorragia en animales y la menstruación, pero solamente porque consideraba que todos los animales de sangre, machos y hembras, producían residuos —"el que más de todos, el ser humano"— a partir de los cuales se producía la cocción de

⁵⁷ Citado como epígrafe del Cap. 3, "The Changes That Take Place in the Non-Pregnant Uterus During the Oestrous Cycle", en la obra clásica de F. H. A. Marshall, *The Physiology of Reproduction* (Nueva York, 1910), pág. 75.

⁵⁸ Bischoff, *Beweis*, págs. 40, 40-48.

semen y catamenia⁵⁹. Plinio afirmaba llanamente que la mujer es "el único animal que tiene periodos mensuales"⁶⁰. Nada nuevo se dijo sobre el tema al menos durante casi dos milenios, y cuando Haller retomó la cuestión hacia 1750, fue completamente explícito en este asunto, al afirmar que mientras hay "algunos animales que en la época de la copulación venérea destilan sangre de sus genitales", la menstruación es peculiar "del bello sexo de la especie humana". Además, en contraste con la hemorragia en animales, en opinión de Haller la menstruación era por completo independiente del deseo sexual. El coito no aumentaba ni disminuía el flujo menstrual, ni la menstruación excitaba al coito: las mujeres negaban un "deseo venéreo" exaltado durante sus periodos e informaban más bien de que estaban "afectadas de dolor y languidez". Por último, el placer sexual se localizaba "en la entrada de las partes pudendas" y no en el útero, del que fluye la regla⁶¹. J. F. Blumenbach, uno de los autores de la siguiente generación más reeditados y traducidos, estaba de acuerdo con Plinio en que sólo las mujeres menstruaban, aunque prevenía a sus lectores que en la investigación de la "naturaleza periódica de esta hemorragia es muy difícil que aprendamos algo más allá de lo probable" y que, por tanto, había que llevar cuidado en no ofrecer como hechos lo que sólo eran conjeturas⁶².

Los escasos hechos conocidos eran más antropológicos que biológicos y también fueron objeto de duros ataques. En una revisión magistral de la literatura hasta 1843, Robert Remak, profesor de neurología en Posen, manifestaba que aunque se probara que todos los mamíferos tenían periodos regulares recurrentes de hemorragias y que se originaban en el útero y no en los genitales externos turgentes —ninguna evidencia avalaba estas concesiones— quedaría todavía "una última circunstancia sobre la cual basar la diferencia más radi-

⁵⁹ GA 738a21ss; véase también el Capítulo II, *supra*.

⁶⁰ Plinio, *Natural History*, 7.13.15.63; ed. Loeb, 2.547.

⁶¹ Haller, *Physiology*, pág. 290 (pág. 419 de la edición inglesa de 1803).

⁶² Blumenbach, *Elements*, págs. 461-462.

cal entre la menstruación y el flujo periódico de sangre de los genitales de animales”: la ausencia de periodicidad manifiesta del deseo sexual de las mujeres, en contraste con las bestias:

En los animales, la hemorragia acompaña al celo (*Brunst*), el periodo de pulsión sexual más intenso, único tiempo en que la hembra permite el acercamiento del macho y único tiempo en que concebirá. Muy por el contrario, el periodo menstrual dudosamente está vinculado con un aumento del deseo sexual, ni la fecundidad se limita al plazo en que está presente; en realidad, una especie de instinto mantiene a los hombres lejos de las mujeres durante las reglas —algunos pueblos salvajes, como ciertas tribus africanas y americanas, aíslan a las mujeres durante la menstruación en alojamientos especiales— y la experiencia muestra que no hay ningún momento durante el periodo intermenstrual en que las mujeres no puedan concebir. Se desprende de ello que el celo animal ha desaparecido por completo en las mujeres... En realidad, la ausencia de menstruación en animales es una de las características que distinguen al hombre de las bestias⁶³.

Johannes Müller, en su manual de 1843, llega a conclusiones similares. Apunta con modestia que se desconocen los fines y motivos de la aparición periódica de la regla. Es bastante probable, sin embargo, que exista para “evitar en la mujer la aparición periódica de la excitación sexual (*Brunst*)” que tiene lugar en animales⁶⁴. En resumen, el sentido común no explica el interés de los investigadores del siglo XIX por ver el ciclo reproductor de las mujeres precisamente como equivalente al de otros animales.

La política profesional y los imperativos de una filosofía concreta de la ciencia quizá ofrecían una respuesta mejor. Como señala Jean Borie, en 1874 Pouchet ejercía “una ginecología militante”; lo mismo podría decirse de muchos de sus

⁶³ Robert Remak, “Über Menstruation und Brunst”, *Neue Zeitschrift für Geburtskunde*, 3 (1843), 175-233, esp. 176.

⁶⁴ Müller, *Handbuch*, 2.640.

colegas⁶⁵. Su misión era liberar los cuerpos femeninos del estigma de los prejuicios clericales y de siglos de superstición popular, y de paso lograr que el médico sustituyera al sacerdote como preceptor moral de la sociedad. (Cabría añadir que la insistencia en que la mujer era un tipo particular de animal tenía una valoración especial en el contexto de los ataques franceses a una iglesia que apelaba cada vez más a la piedad femenina.) En el corazón del asunto residía la confianza en que la reproducción, como los demás misterios de la naturaleza, era en esencia susceptible de análisis racional. Pouchet llama explícitamente la atención de sus lectores hacia el carácter totalmente científico y de base experimental de su obra, eludiendo intereses metafísicos, sociales y religiosos. En ausencia de pruebas concretas de la ovulación humana, la “lógica” dictaría que las mujeres no funcionaban de modo distinto a las hembras de perros, cerdos o conejos, las cuales a su vez obedecerían las mismas leyes fundamentales que moluscos, insectos, peces o reptiles⁶⁶. De este modo eran muchos los atractivos profesionales y filosóficos de la posición según la cual la menstruación era análoga al celo, y que un órgano soberano, el ovario, regulaba los procesos reproductores que hacían que las mujeres fueran lo que eran.

Esta radical naturalización, la reducción de las mujeres al órgano que ahora, por vez primera, marcaba una diferencia inconmensurable entre los sexos, y que supuestamente propiciaba un comportamiento de un tipo no encontrado en el hombre, no imponía lógicamente ninguna posición concreta sobre el lugar social o cultural de las mujeres. Lo que importaba era la propia forma del argumento, el traslado del sexo al género, del cuerpo a la conducta, de la menstruación a la moralidad. El contenido efectivo de las pretendidas diferencias

⁶⁵ Jean Borie, “Une Gynaecologie passionnée”, en Jean-Paul Aron, ed., *Misérable et glorieuse: La Femme du XIX siècle*, París, Fayard, 1980, págs. 164ss.

⁶⁶ Pouchet, *Théorie positive*, págs. 12-26 (sobre el uso de la lógica en ausencia de pruebas evidentes, véase su discusión de la primera ley, esp. pág. 15); págs. 444-446, para un resumen de su programa.

sexuales variaba según las exigencias del momento. Así, la equiparación de celo y menstruación podía constituirse en la base para un pleito contra la participación de las mujeres en las actividades públicas, que requerían una concentración cotidiana constante. Las mujeres estaban demasiado sujetas a sus cuerpos para tomar parte en tales empresas. Pero la supuesta equivalencia de celo y menstruación también podía interpretarse como prueba de la superior capacidad de las mujeres para trascender el cuerpo. Las mujeres podían ser el alma de la civilización precisamente *porque* todos los meses debían superar las debilidades de nuestra condición de bestias.

En una alegación contra quienes mantenían que la ausencia de deseo animal o los trastornos de la conducta en mujeres desmentían la nueva teoría de la ovulación espontánea, una eminente autoridad, G. F. Girdwood, llama la atención hacia "la influencia que ejerce la cultura moral sobre los sentimientos y pasiones de la humanidad". Debe observarse "el maravilloso poder ejercido por la civilización sobre el espíritu de la mujer que, desde su posición social, crea el encanto de la existencia masculina". No hay que extrañarse de que la criatura que puede dominar sus propios sentimientos, aparentar buen ánimo cuando su corazón está desgarrado por la angustia y, en general, entregarse por el bien de la comunidad, pueda ejercer el control "más enérgico en un momento [la menstruación] en el que se le ha enseñado que un pensamiento desordenado de deseo sería impureza, y su satisfacción, corrupción". Pero luego, como para desprenderse de este modelo de mujer que es al mismo tiempo una bomba de relojería sexual y testimonio vivo del poder de una civilización que impide que estalle, Girdwood concluye que "para ayudarla es su obligación, la naturaleza la ha dotado sabiamente de un apetito sexual apenas desarrollado"⁶⁷.

Lo indigesto de este pasaje, su evidente giro sobre sí mismo, es testimonio de la extraordinaria carga cultural que la

⁶⁷ G. F. Girdwood, "On the Theory of Menstruation", *Lancet* (octubre 1844), 315-316.

naturaleza física de las mujeres —el ciclo menstrual y las funciones de los ovarios— llegó a sostener en el siglo XIX. Con independencia de lo que se piense sobre la mujer y su lugar legítimo en el mundo, podría interpretarse al parecer en términos de cuerpos indefinidamente abiertos a las exigencias de interpretación de la cultura.

Con todo, la teoría del ciclo menstrual, dominante desde 1840 hasta comienzos del siglo XX, integró hábilmente un conjunto de descubrimientos verdaderos en una biología imaginaria de la inconmensurabilidad. La menstruación, con las aberraciones que la acompañan, se convirtió en un proceso única y singularmente femenino. Los fenómenos cuya ausencia invalidaba la analogía con el celo de los animales ofrecían precisamente ahora, a través de su presencia velada pero no por ello menos real en los seres humanos, la prueba más convincente para una consideración de las mujeres radicalmente diferente de la de los hombres, con sus cuerpos y almas esclavizados por un ciclo exclusivamente femenino, temible e implacable. El comportamiento oculto de las mujeres, como oculta es la ovulación, podía ponerse de manifiesto asociándolo al comportamiento más transparente de los animales. Pero mientras se elaboraba esta historia, se formaban también construcciones sociales muy diferentes. El cuerpo podía tener prácticamente cualquier significado y, en consecuencia, no tener ninguno.

En ninguna parte está más desarrollada una línea de argumentación tan ingenua —que la menstruación es tan peligrosa como el celo por lo poco que en principio se le parece— como en la amplia síntesis, documentada y sistemática, de Adam Raciborski, hombre a quien Michelet celebró como un Prometeo que casi milagrosamente arrojó luz sobre la misteriosa oscuridad de la naturaleza de las mujeres. El título completo de la obra muestra la amplitud de sus propósitos: *Tratado de la menstruación, sus relaciones con la ovulación, la fecundación, la higiene de la pubertad y la edad crítica, su función en las diferentes enfermedades, sus molestias y su tratamiento*. La fisiología moral de la Ilustración se halla aquí llevada al extremo, el médico confortablemente instalado

como su profeta. Al comienzo del libro, en una sección sobre “La fisiología y síntomas del celo (*époques de rut*)”, Raciborski escribe —sin motivo aparente, puesto que no es un libro sobre medicina veterinaria— acerca de la disparatada conducta de perros y gatos durante el celo. Los perros, que en circunstancias normales no se separan ni un instante del lado de sus amos, huyen durante el celo para satisfacer el instinto “que les domina por completo”. Cuando vuelven a casa parecen afectuosos en exceso con sus amos, “y se muestran tan humildes como si tuvieran algo que hacerse perdonar”. Las gatas en celo rondan por la casa de continuo, saltan de un mueble a otro y se lanzan a las ventanas sin considerar riesgos. Si sus deseos venéreos no resultan aplacados, estas aberraciones del comportamiento se repiten “por así decirlo, indefinidamente”⁶⁸.

¿Pero hasta qué punto es importante todo esto para la menstruación de las mujeres, tema central del volumen de 631 páginas de Raciborski? Lo es, dice, porque facilita nuevas pruebas cruciales en la analogía entre periodos y celo. La ruptura manifiesta de la socialización en animales, el colapso de la relación dueño-animal doméstico, se disimula en los seres humanos sólo por el barniz precario de la civilización. “Veremos que el orgasmo menstrual —la crisis— es una de las causas más poderosas de sobreexcitación nerviosa en mujeres.” Muchas aflicciones nerviosas comienzan precisamente en el momento en que el conjunto del sistema se está preparando para el inicio de la menstruación; otras empeoran visiblemente cuando se aproxima cada periodo sucesivo; y todavía hay otras que reaparecen sólo en esos momentos y cesan durante el intervalo intermenstrual. Concluye Raciborski que hay que aceptar que “el orgasmo de la ovulación debe estar íntimamente vinculado con el sistema nervioso [humano], puesto que en el mismo aparecen análogos trastornos que en

⁶⁸ Adam Raciborski, *Traité* (París, 1868), págs. 43-47. Su *De la puberté et de l'âge critique chez la femme* (1844) fue citada a menudo, junto a Bischoff, por haber establecido la ovulación espontánea en las mujeres.

el de los animales”⁶⁹. Las supuestas, y enteramente ocultas para el ojo inexperto, perturbaciones del comportamiento durante la menstruación de las mujeres, apenas observables en nuestra especie, vuelven a tener estrecha semejanza con las aberraciones mucho más fáciles de observar de los animales durante el celo. En otras palabras, la locura de los animales actúa como una especie de lente de aumento de lo que experimentan las mujeres durante la menstruación, y en consecuencia aporta pruebas adicionales sobre la analogía de los dos procesos. El lazo interpretativo da vueltas sobre sí mismo.

De modo similar, pero sin una prestidigitación lingüística tan sutil, el bagaje emocional de la lubricidad periódica de los animales y su pasión desatada fue vertido sobre los cuerpos de las mujeres por primera vez en el siglo XIX. La palabra alemana *Brunst*, por ejemplo, el periodo de celo en animales, apareció como equivalente a la menstruación, después de haberse usado en especial para la época del celo en corzos, y es un testimonio cínico del gran giro que experimentaron los significados sexuales en los escritos del siglo XIX sobre estas materias. El término procede del antiguo alto alemán *Brunst* (brasa o fuego) y está emparentado con el gótico *Brunst* (sacrificio realizado con fuego). Posee una antigua asociación con fuego en *Feuerbrunst* (gran incendio) y con las perturbaciones afectivas a través de *Inbrunst* (especie de exaltación mística) y el alemán medio-alto *Inbrunstig* (deseo intenso).

Así pues, *Brunst* combina, como la palabra inglesa “heat” (calor), el sentido de estar fisiológicamente caliente —en el

⁶⁹ *Ibid.*, págs. 46-47. Dicho sea de paso y una vez más de modo inexplicable, el “orgasmo de la ovulación” no era un momento de placer, sino un orgasmo en el sentido de “un incremento en la acción vital” del órgano en cuestión. Véase Littré, *Dictionnaire*, “Orgasmo”. Esta actividad exaltada producía a su vez una irritación nerviosa, que de algún modo se comunicaba al útero y provocaba una acumulación de sangre, que le hacía aumentar de tamaño. Luego, al producirse la rotura del folículo ovárico, desaparecía la barrera y se desprendía el huevo, momento en que la matriz se deshacía de la sangre sobrante. En otras palabras, la presión afectaba al útero, que comenzaba a sangrar poco antes de la liberación del huevo.

sentido del viejo modelo, estar listo para procrear, para fragar la semilla— con el sentido de acción violenta, de intensidad, como “en el calor de la batalla”, y el poder elemental del fuego. Las hembras durante la estación de la crianza y las mujeres durante sus periodos mensuales están en estado de pasión “ardiente”. En el *Sigfrido* de Wagner, el héroe está en “Brunst” después de atravesar sin armadura protectora el fuego mágico que guarda a Brunilda: “Es braust mein Blut in bluhender Brunst; ein zehrendes Feuer is mir entzunder” (Mi sangre hierve en una pasión radiante; un fuego devorador arde dentro de mí). Si esta especie de superexcitación es peligrosa para un héroe, debe resultar paralizante para una mujer normal, por mucho que sus síntomas más manifiestos puedan quedar ocultos durante sus ciclos reproductores.

La palabra inglesa *estrus* (también *oestrus*, *estrum*) [en español estro, celo], en especial en su forma de adjetivo *estrous cycle* [ciclo estral, menstrual], usada en referencia a las hembras de todos los animales superiores, tiene igualmente un curioso *pedigrée*. Deriva del latín *oestrus*, que significa literalmente tábano y, figuradamente, frenesí. La conexión lingüística con el ciclo menstrual no resulta evidente a primera vista. Hay un término alemán próximo: el Dr. Carl Franz Nägele apunta que, tanto los signos precursores como las condiciones que acompañan al “oestrus veneris” de las hembras animales, guardan cierta semejanza con las molestias previas a la menstruación, aunque él era reacio a comprometerse con una analogía tan ampliamente aceptada desde 1840⁷⁰.

La conexión concreta del celo con la excitación sexual, sin embargo, está establecida sobre bases más firmes. Elliotson, en su traducción inglesa de Blumenbach, en 1828, da cuenta de que “durante el *oestrus* venéreo”, en los embates de la pasión sexual, las trompas de Falopio se ponen turbulentas y abrazan los ovarios⁷¹. En el *London Medical Dictio-*

⁷⁰ Nägele, *Erfahrungen und Abhandlungen...* (Mannheim, 1812), página 275. Véase pág. 270 en relación con estros de animales domésticos que se presentan en ocasiones en momentos distintos a los de fertilidad.

⁷¹ Blumenbach, *Physiology*, pág. 455.

nary (1819), de Bartholomew Parr, la entrada “clitoris” ofrece como sinónimo “oestrus veneris”; igualmente, el *Medical Dictionary* (1886) americano, de Joseph Thomas, define “orgasmo” como “deseo ardiente o excitación, en especial venérea”, y remite al lector a ampliar el concepto en “*Oestrus*”. Según el *Oxford English Dictionary*, en el *Medical Dictionary* (1890), de Billings, “oestrus” se define directamente como “celo, orgasmo, clitoris”.

El último vínculo lingüístico entre “estrus” como momento de frenesí sexual, celo en animales y menstruación en mujeres, aparece en el último cuarto del siglo XIX. “El celo, calor, oestrus y oestrus venéreo en animales”, declaraba el veterinario George Fleming en 1876, “es análogo a la ‘menstruación’ en mujeres”. Luego, en 1900, Walter Heape, catedrático en Cambridge e investigador de inmensa influencia en biología reproductiva, por no decir que también antifeminista fanático, introdujo el uso regular del celo para describir el ciclo reproductivo de los mamíferos, incluyendo al ser humano: “La temporada sexual de *todos* los mamíferos se manifiesta por... un ciclo estral... o una serie de ciclos estrales”⁷². Heape comprobó que la inflamación del ovario no provocaba de hecho la menstruación, o viceversa, y que el ciclo sexual en animales estaba causado por algún agente exógeno, un “fermento generativo” que, admite con bastante ingenuidad, había deseado llamar “toxina estral”, cambiando de opinión sólo cuando reparó en que parecía existir en los *hombres* una sustancia estimuladora de la actividad sexual y no había razón para aceptar la presencia de un veneno en su propio sexo⁷³.

⁷² Heape había afirmado de modo explícito en un trabajo anterior que celo y menstruación eran análogos, con diferencias debidas a las condiciones generales que afectan a los mamíferos superiores. “The Menstruation of *Semnopithecus entellus*”, *Philosophical Transactions*, 185.1 (1894). Sería injusto presentar a este hombre solamente en el contexto de sus ideas políticas, porque su obra sobre la menstruación y ovulación en primates es de una importancia científica considerable.

⁷³ Walter Heape, “Ovulation and Degeneration of Ova in the Rabbit”, *Proceedings of the Royal Society*, 76 (1905), 267.

En descripciones de este género, a partir de 1840, la hemorragia menstrual se convirtió en signo de un folículo ovárico que periódicamente se inflamaba hasta reventar, con las manifestaciones de conducta que ya he descrito. Pero las cosas eran todavía peores. Lo que se apreciaba desde el exterior era sólo una parte de la historia; la histología de la mucosa uterina y de los ovarios revelaba mucho más. Descrito en un lenguaje científico aparentemente neutral, las células del endometrio o cuerpo lúteo pasaron a ser re-presentaciones, re-descripciones de la teoría social de la inconmensurabilidad sexual. El militante Heape, por ejemplo, estaba absolutamente convencido de lo que piensa del cuerpo femenino en relación con el masculino. Aunque algunas de las diferencias entre hombres y mujeres son “infinitamente sutiles, ocultas” y otras son “manifiestas y contundentes”, la verdad del caso es que “el sistema reproductor en el hombre y la mujer es fundamentalmente diferente, y no sólo en lo estructural, sino también en lo funcional; y puesto que todos los órganos y sistemas de órganos están afectados por este sistema, es seguro que hombre y mujer son esencialmente diferentes en todos los aspectos”. Continúa diciendo que son “complementarios, en ninguna forma idénticos, en ningún sentido iguales el uno al otro; el funcionamiento idóneo de la sociedad depende de la correcta contemplación de este hecho”⁷⁴.

Para Heape y muchos otros, una parte importante de estos hechos correspondía al útero, en relación con la menstruación. Por aquel tiempo escribía Heape que la histología básica de la menstruación —dejemos de lado sus causas— era poco conocida. Las primeras descripciones, como resaltaban, en su clásico trabajo de 1908, los jóvenes ginecólogos vieneses Adler y Hitschmann, podía demostrarse que eran inadecuadas⁷⁵. Pero la cuestión no es que se supiera tan poco sobre

⁷⁴ Walter Heape, *Sex Antagonism* (Londres, 1913), pág. 23.

⁷⁵ L. Adler y H. Hitschmann, “Der Bau der Uterusschleimhaut des geschlechtsreifen Weibes mit besonderer Berücksichtigung der Menstruation”, *Monatschrift für Geburtshilfe und Gynäkologie*, 27.1 (1908), esp. 1-8, 48-59.

la menstruación, sino que lo que se conocía se transformara por un salto extraordinario en la utilización imaginativa de la sinécdoque, en el correlato celular de las características sociales que distinguían a las mujeres.

En la actualidad el útero se describe a través de los tres estadios que atraviesa, designados sin mayor imaginación como proliferativo, secretorio y menstrual, definidos los dos primeros por las hormonas activas, y el último por la evacuación de las células. En el siglo XIX y principios del XX se decía que actuaba a través de una serie de al menos cuatro, y hasta ocho, estadios, todos ellos definidos histológicamente. Su periodo de normalidad se interpretaba como de “quietud”; le seguían los estadios “constructivo” y “destrutivo”, con uno posterior de “reparación”. La menstruación, como podría aventurarse, se definía como la etapa destructiva, cuando el útero se desprendía de su recubrimiento. Como señala Heape, en una descripción con fragancia a reportaje de guerra, durante la formación del cuajo menstrual, el útero está sujeto a “una acción periódica, severa y devastadora”. Todo el epitelio resulta arrancado en cada periodo, “dejando atrás una ruina de tejidos hechos trizas, glándulas destrozadas, vasos sanguíneos rotos, bordes de estroma mellados y masas de corpúsculos sanguíneos, todo lo cual parece difícil de sanar sin ayuda de tratamiento quirúrgico”⁷⁶. Por fortuna, todo ello va seguido de un estadio de recuperación y una vuelta a la normalidad. No puede extrañar que Havelock Ellis, saturado de esta retórica, sacara la conclusión de que las mujeres viven en una especie de montaña rusa biológica. Resultan “periódicamente heridas en el punto más sensible de su organismo y sujetas a una pérdida mensual de sangre”. Las células del útero están en continuo y notable flujo, sujetas a un trauma que parte el alma. Concluye Ellis, después de diez páginas más de datos sobre la periodicidad fisiológica y psicológica en las mujeres,

⁷⁶ Éste es de hecho el resumen que ofrece Marshall, en su muy popular *Textbook*, pág. 92, de la descripción que hace Heape en “Menstruation of *Semnopithecus entellus*.”

que el establecimiento “de esos hechos de psicología mórbida es muy significativo; subrayan el hecho de que incluso en la más sana de las mujeres, hay un gusano, por inofensivo que sea y por desapercibido que pase, que carcome periódicamente las raíces de la vida”⁷⁷.

El gusano que carcome está lejos de ser la única imagen de dolor y enfermedad empleada para interpretar la histología uterina u ovárica. Podría reunirse una extraordinaria cámara de los horrores narrativa sobre la vida de las células, a partir de obras de científicos e intelectuales destacados del siglo XIX. La rotura del folículo es comparada por Rudolf Virchow, padre de la patología moderna, a la dentición, “acompañada de graves trastornos de la nutrición y de la fuerza nerviosa”⁷⁸. Para el historiador Michelet, la mujer es una criatura “herida todos los meses”, que sufre casi constantemente por el trauma de la ovulación, que a su vez está en el centro de una fantasmagoría fisiológica y psicológica que domina su vida⁷⁹. Menos imaginativa, una enciclopedia francesa compara la ruptura folicular a “lo que sucede en la ruptura de un absceso agudo”⁸⁰. El célebre fisiólogo E. F. W. Pflüger compara la menstruación al desbridamiento quirúrgico, la creación de una superficie limpia en una herida, o alternativamente a la muesca que se practica en un árbol para practicar un injerto, a la “Innoculationschnitt”⁸¹.

⁷⁷ Havelock Ellis, *Man and Woman: A Study of Human Secondary Sexual Characteristics* (Londres, 1904), págs. 284, 293.

⁷⁸ Rudolf Virchow, *Der püpurele Zustand: Das Weib und die Zelle* (1848), citado en Mary Putnam Jacobi, *The Question of Rest for Women During Menstruation* (Nueva York, 1886), pág. 110.

⁷⁹ Según Michelet, *L'Amour*, pág. 393, el ovario no era la única fuente importante de enfermedad para las mujeres. El siglo XIX fue el del útero: “Este siglo será conocido como el de las enfermedades de la matriz”, afirma, después de identificar el siglo XIV como el de la peste y el XVI, como el de la sífilis (pág. iv). Para una discusión del tema, véase Thérèse Moreau, *Le Sang de l'histoire: Michelet, l'histoire et l'idée de la femme au XIX^e siècle*, París, Flammarion, 1982.

⁸⁰ Charpentier, *Cyclopedia of Obstetrics and Gynecology*, trad. Grandin (1887), parte 2, pág. 84.

⁸¹ Citado en Hans H. Simmer, “Pflüger's Nerve Reflex Theory of

Elie Metchnikoff, que ganó el premio Nobel de 1908 por el descubrimiento de la fagocitosis, proceso en el que los leucocitos ingieren las bacterias amenazadoras, vio en el pretendido predominio de dichas células en la sangre menstrual una indicación de la presencia en el útero de materiales nocivos, de carácter protoinflamatorio. Como bomberos que llegan cuando el incendio ya se ha extinguido, los leucocitos han sido llamados a escena para nada: el desprendimiento de la mucosa uterina, junto a las mefíticas sustancias que contiene, seguido de la cicatrización de la herida interior, eliminan los materiales que los fagocitos habían venido a limpiar⁸². Tales descripciones constituyen legión, pero debería quedar claro que los imperativos de la cultura o del inconsciente dictaban el lenguaje del sexo, cómo el cuerpo femenino se definía y diferenciaba del masculino. El sexo y la diferencia sexual no están presentes ahí en mayor medida que el género.

Aunque todas las pruebas presentadas hasta aquí fueron aportadas por hombres y producidas en un contexto más o menos antifeminista, la creación de imágenes y la construcción del cuerpo a través de la ciencia también está presente en autoras feministas. La obra de Mary Putnam Jacobi, *The Question of Rest for Women During Menstruation* (1886), por ejemplo, es un contraataque en toda regla contra la idea de que “los cambios peculiares que se supone que tienen lugar en las vesículas de Graaf en cada periodo... suponen un gasto adicional de fuerza nerviosa, que constituyen una carga muerta para la vida individual de la mujer”, y en consecuencia

Menstruation: The Product of Analogy, Teleology and Neurophysiology”, *Clio Medica*, 12.1 (1977), 59.

⁸² Elie Metchnikoff, *Études sur la nature humaine, essai de philosophie optimiste*, París, Masson, 1903. Metchnikoff, profesor desde 1883 en el Instituto Pasteur, era en opinión de su traductor “un devoto de la nueva religión, que lo había dejado todo por la ciencia” (pág. 91). Creía que los periodos menstruales eran resultado del progreso y la cultura, en particular de la edad tardía del matrimonio: “En esas circunstancias no puede extrañar que la menstruación pueda parecer tan anormal e incluso patológica”. Véanse más adelante otros autores que creyeron que la menstruación era signo de civilización.

hace que éstas sean poco aptas para la educación superior, diversos trabajos y otras actividades que exigen amplio consumo de una energía mental y física, que escaseaba a causa del supuesto desgaste que el ovario provocaba. Puesto que la "fuerza nerviosa" solía asociarse en animales superiores y mujeres con la excitación sexual, la tarea de Jacobi consistió en separar la vida sexual de las mujeres de la reproductora, rompiendo los lazos entre los dos postulados de la teoría ovárica de Bischoff, Pouchet, Raciborski y otros⁸³.

Gran parte de su libro constituye una compilación de los defectos empíricos, reales o supuestos, de esta tesis. Ni la menstruación ni el embarazo, afirma, están vinculados con el momento de la ovulación; en realidad, como sugieren varios cientos de casos de menstruación supernumeraria en mujeres, la menstruación en sí está asociada de forma estadística, pero no fundamental, con la ovulación y por ende con la reproducción. La cantidad de sangre que fluye al útero, incluso en mujeres que sienten especial pesadez en la pelvis, no es sino una débil proporción de la sangre del cuerpo, muy alejada de la proporción de sangre que se transfiere al estómago e intestinos en el proceso diario de la digestión. Sucede así que no hay pruebas, continúa Jacobi, de que el útero, los ovarios o sus apéndices se pongan turgentes durante el periodo menstrual, y el esfuerzo por enlazar una especie de tensión histológica de los órganos reproductores con la tensión sexual, con la excitación del celo, carece de sentido. Pero aunque muchas de las críticas de Jacobi están bien planteadas, no ofrece una teoría nueva más convincente para la fisiología de la ovulación, ni da un cuadro más claro de los cambios celulares en la mucosa uterina que los que ella critica.

Por contra, Jacobi ofrece una nueva metáfora: "Todos los procesos implicados en la menstruación convergen no hacia la esfera sexual, sino a la *nutricional*, o a un departamento de

⁸³ Jacobi, *Question*, págs. 1-25, 81 y 223-232. La Sección 3, páginas 64-115, está dedicada a exponer y criticar la llamada teoría ovárica de la menstruación.

ésta, el reproductor." La aceleración del flujo sanguíneo hacia el útero, "en obediencia a la demanda *nutritiva*", es análoga precisamente al "flujo de sangre a la capa muscular del estómago e intestinos tras una comida". Al igual que sus oponentes en este debate, Jacobi tiende a reducir la naturaleza de la mujer a su biología reproductora. Pero para ella la esencia de la diferencia sexual femenina no reside en la excitación nerviosa que se presenta periódicamente, o en episodios de acumulación, ruptura y relajación de la tensión, sino más bien en el sosegado proceso de la nutrición. Lejos de ser periódica, en la explicación de Jacobi la ovulación es esencialmente aleatoria: "El crecimiento sucesivo de las vesículas de Graaf se parece estrictamente al crecimiento sucesivo de yemas en una rama." (En este punto muy bien podía haber tomado metáforas prestadas a los estudios de reproducción asexual en animales inferiores.) Las yemas se abren lentamente en delicadas flores de cerezos o manzanos que, si se fertilizan, dan frutos, y distan mucho de las torsiones y de la intensidad sexual de los orgasmos ováricos imaginados por los teóricos adversos⁸⁴.

En realidad, la mujer de Jacobi es en muchos aspectos la inversa de la de Pouchet, Raciborski o Bischoff. Para éstos, la teoría de la ovulación espontánea exigía una mujer anclada a su cuerpo, una mujer-naturaleza, un ser físico, aun cuando su transformación en la Europa moderna hablara con elocuencia del poder de la civilización. Para Jacobi, por otra parte, la biología proporciona las bases para una división radical entre mente y cuerpo en la mujer, entre sexualidad y reproducción. El cuerpo femenino hace frente a sus funciones reproductoras sin implicarse mentalmente; a la inversa, el espíritu puede permanecer plácidamente en el cuerpo, libre de sus limitaciones. El primer esfuerzo de Jacobi en la construcción metafórica de esta posición recurre al pez que pone sus huevos sin "unión sexual, de modo análogo al proceso de defecación y micción". En animales superiores es necesaria la unión

⁸⁴ *Ibid.*, págs. 98-100. En general, Jacobi se oponía a cuanto consideraba ideas sentimentales o románticas del rol de las mujeres en el mundo.

sexual para la concepción, pero la ovulación sigue siendo espontánea e independiente de la excitación. Se sigue de esto que "la contribución superior del elemento nutritivo de la reproducción que hace la mujer, resulta equilibrada por una dependencia menor del elemento animal o sexual: en otras palabras, ella es inferior sexualmente"⁸⁵.

Naturalmente, Jacobi no puede negar que en animales inferiores el instinto sexual de las hembras está ligado en exclusiva a la reproducción y que la ruptura de los folículos se da siempre durante el celo. No obstante, mantiene que no hay pruebas más que de una relación de coincidencia entre el estado de los ovarios y el de congestión de los genitales internos y externos, que parece señalar la disponibilidad sexual. En las mujeres, sostiene con firmeza, "el instinto sexual y la capacidad reproductora son distintos; no hay ninguna asociación necesaria entre impulso sexual, menstruación y dehiscencia de los huevos". En realidad, todo su programa de investigación se dedica a mostrar que el ciclo menstrual puede interpretarse como flujo y reflujo de la actividad nutritiva femenina, más que de la sexual, que su contorno metabólico es precisamente análogo al de la nutrición y crecimiento. Y esto nos lleva de vuelta a la metáfora del ovario como flor que fructificará: "La mujer produce yemas de forma segura e incesante, como las plantas, y genera continuamente no sólo la célula reproductora, sino también el material nutritivo sin el cual todo resultaría inútil." Pero si las mujeres en general comen menos que los hombres, ¿cómo obtienen un excedente nutritivo? Porque "precisamente la posibilidad de crear esta reserva constituye la *peculiaridad esencial* del sexo femenino"⁸⁶.

No es mi intención minimizar la obra científica de Jacobi, sino más bien subrayar el poder de los imperativos culturales de la metáfora, en la interpretación del limitado conjunto de datos disponible sobre la biología de la reproducción, durante

⁸⁵ *Ibid.*, págs. 83, 165.

⁸⁶ *Ibid.*, págs. 99, 167-168.

la última parte del siglo XIX. El problema no es si Jacobi acertaba al poner de manifiesto la falta de coincidencia entre ovulación y menstruación, o si estaba equivocada al sacar la conclusión de que no había relación sistemática entre ellas. Reside más bien en que, tanto ella como sus adversarios, daban importancia a ciertos descubrimientos y rechazaban otros, en buena medida por razones ideológicas, viendo la mujer como un animal civilizado o como un espíritu que regía un cuerpo pasivo y nutritivo. Pero incluso la acumulación de hechos, incluso el moderno paradigma, coherente y poderoso, de la fisiología reproductora en los textos médicos contemporáneos, apenas moderan la poesía de la diferencia sexual. Es el propio tema el que parece inflamar la imaginación. Así, cuando en 1977, W. F. Ganong, en su *Review of Medical Physiology*, obra de referencia clásica para médicos y estudiantes de medicina, se permite un momento de fantasía, es precisamente en el tema de las mujeres y del ciclo menstrual. En medio de una revisión de las hormonas de la reproducción, del proceso de ovulación y menstruación, descrito en el lenguaje frío de la ciencia, se produce el impacto inesperado de la bomba retórica, el único momento lírico que enlaza el reduccionismo de la moderna ciencia biológica con las experiencias de la humanidad a lo largo de 599 páginas de prosa compacta, emocionalmente reprimida: "De este modo, por citar un viejo refrán, la menstruación es el útero que llora por la ausencia de un bebé"⁸⁷. Los intereses culturales encuentran aquí libre expresión, por encorsetados que puedan estar en la ciencia dura. Como en los textos del siglo XIX, la mujer es considerada como útero, el cual a su vez está dotado, a través del giro familiar del recurso al patetismo, con la capacidad de llorar.

Pese a que el ciclo menstrual no siempre ni en todo lugar ha constituido la diferencia entre mujeres y hombres, tampoco ha dejado de ser el prisma a través del cual puede com-

⁸⁷ W. F. Ganong, *Review of Medical Physiology*, 8.^a ed., Los Altos, Lang, 1977, pág. 332.

prenderse históricamente la moderna diferencia sexual. Como ya he indicado en el Capítulo V, Rousseau afirmaba frente a Hobbes que no deberían extraerse conclusiones sobre los seres humanos en estado de naturaleza, a partir de las luchas que tienen lugar entre ciertos animales por la posesión de la hembra. Entre los seres humanos siempre hay mujeres suficientes a las que rondar, puesto que no existe indisponibilidad fisiológica en ningún momento y además la relación numérica entre sexos es equilibrada: se trata de un reino apacible de plenitud sexual. Pudendorf extrajo precisamente la conclusión opuesta a partir de la disponibilidad constante de la hembra humana y apuntó que la situación requería una regulación legal.

Este tipo de pensamiento ha tenido una tradición continuada hasta el presente, desde perspectivas muy variadas. Edward Westermarck, importante antropólogo de finales del siglo XIX, hizo uso de la abundante literatura etnográfica reciente —desde luego generada en parte por presiones políticas que buscaban una historia natural de las diferencias sexuales— para hacer de la menstruación y del deseo femenino constante un producto, y no una causa, de la civilización. Su interés por el tema surgió en las disputas con antropólogos culturales como Morgan o Bachofen, quienes consideraban que el matrimonio humano era una respuesta a la promiscuidad primitiva, consistiendo su estrategia en presentar grandes cantidades de “pruebas” de la primitiva estacionalidad del deseo femenino: las amazonas, según Estrabón, vivían diez meses sin compañía de hombres para después, cada primavera, descender hasta una tribu vecina para procrear con sus hombres; las indias de California, que pertenecían “a la más modesta de las razas de la tierra”, según fuentes de Westermarck, tenían “sus épocas de celo con la misma regularidad que la tienen el ciervo, el alce, el antílope o cualquier otro animal”; los aborígenes australianos, “como las bestias del campo... sólo tienen una época de copulación al año”; los animales domésticos crían más a menudo que los que viven en estado salvaje. Se desprendía de todo esto, según Westermarck, que cuanto menos civilizada era una cria-

tura del sexo femenino, menos activa era su vida sexual. En consecuencia, “debe admitirse que la excitación continuada del instinto sexual no podía haber intervenido en el origen del matrimonio humano”⁸⁸. Por el contrario, el tipo de deseo permanente que los periodos mensuales permiten, y por tanto el deseo de la mujer en general, no es natural, sino que está generado por la cultura.

En 1893, Elizabeth Wolstenholme da una explicación extraordinaria y airada de la menstruación como signo de la opresión masculina, según la cual resultó fijada en el cuerpo femenino mediante la herencia de caracteres adquiridos:

Porque la servidumbre del sexo dejó cruel mancha,
Y la cadena carnal heridas que supuran;
Cicatrices abiertas por la destemplada codicia del hombre,
Las heridas de la ciega injusticia todavía sangran...
A lo largo de los ciclos la juventud desvalida
Ha sufrido el martirio del sexo injusto...
La acción repetida toma cuerpo rítmico,
Y así la derrota, primero obra de la fuerza,
Induce secuencias acumuladas en la raza,
Hasta que el hábito hace hereditario el estigma.

Ese estigma, el ciclo menstrual, ha sido, pues, “mal interpretado por el hombre, el signo de su fechoría... lo ha considerado síntoma de la necesidad de la mujer núbil”; la menstruación, “no más natural para una mujer que para un bruto”, verá su fin cuando las mujeres tomen posesión de sus cuerpos⁸⁹.

⁸⁸ Edward Westermarck, *The History of Human Marriage* (Nueva York, 1891). Westermarck supone “que el matrimonio existió entre los hombres primitivos”, tomando como premisa aquello que deseaba demostrar.

⁸⁹ El poema “Ellis Ethelmer” figura en *Woman Free*, Congleton, Women’s Emancipation Union, 1893, págs. 10-17. Agradezco a Susan Kent que me remitiera una copia de este poema. Véase su *Sex and Suffrage in Britain, 1860-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1987, para el contexto general del ataque de Wolstenholme al concepto de esferas separadas, complementarias y cooperativas.

Parece haber mucho en juego en la naturaleza del ciclo reproductivo de la mujer y su relación con el deseo. El problema es menos el rol del impulso sexual en la vida humana, en general, que en la vida de las mujeres. Mientras que el impulso sexual masculino, en palabras de Havelock Ellis, es abierto, agresivo y en ningún modo problemático, en la mujer encontramos una "naturaleza huidiza" y "misterio irónico". Por parte suya y de otros autores que han explorado el tema durante dos centurias se contaban y todavía se cuentan ciertas historias sobre las "particularidades" de las mujeres. Todavía se sigue explorando la naturaleza e incluso la existencia de ciclos de interés sexual en relación con el ciclo menstrual⁹⁰. El enigma, planteado tan pronto como se estableció de forma definitiva que la menstruación no era el celo, y que en las mujeres la ovulación en realidad quedaba oculta, dio lugar a un nuevo lote de historias en todo semejantes a las del siglo XIX, si bien basadas en una serie diferente de creencias biológicas.

⁹⁰ Ellis, *The Phenomena of Sexual Periodicity*, en *Studies*, 185-160, resume la amplia literatura del siglo XIX. Estaba tan obsesionado con la conexión periodo-celo, que cuando pudo estudiar "directamente" los ciclos del deseo en dos mujeres —basado un caso en un diario de sueños eróticos, y el otro en un diario de episodios masturbatorios—, le sorprendió encontrarse con un segundo máximo de deseo a mediados del ciclo. Esto era resultado del *Mittelschmerz*, considerado ahora como síntoma de la ovulación, pero aceptado por Ellis como menstruación secundaria, *Nebenmenstruation*, "menstruación menor o abortiva", que podría constituir el primer signo para una posterior separación del ciclo en dos partes. Los estudios modernos consideran que la relación del ciclo del deseo con la ovulación carece de consistencia. La literatura siguiente, sobre aspectos de la conducta durante el ciclo menstrual, es especialmente útil: Robert Snowden *et al.*, *Patterns and Perceptions of Menstruation*, Nueva York, St. Martin's Press, 1983; Lorraine Dennerstein: "Hormones and Female Sexuality" y "The Menstrual Cycle—correlating Biological and Psychological Changes", en Dennerstein y Myriam de Senarclens, eds., *The Young Woman: Psychosomatic Aspects of Obstetrics and Gynaecology*, Princeton, Excerpta Medica, 1983; Naomi W. Morris y J. Richard Udry, "Epidemiological Patterns of Behavior in the Menstrual Cycle", y Gregory D. Williams y Ann Marie Williams, "Sexual Behavior and the Menstrual Cycle", en Richard C. Friedman, ed., *Behavior and the Menstrual Cycle*, Nueva York, Marcel Dekker, 1982.

(Me refiero ahora a historias como la que dice que la ovulación se oculta para evitar que las mujeres sepan cuándo son fértiles. Si ellas lo supieran, lejos de desear la maternidad, rehuirían la relación sexual para evitar sus peligros)⁹¹.

VICIO SOLITARIO, PLAGA SOCIAL Y TAZA DE TÉ

Wolstenholme y Westermarck escribieron como si el cuerpo fuera tan sólo el signo de las prácticas sociales y no su fundamento: la menstruación no era la causa de la forma peculiar femenina de estar en el mundo, como había sido para los médicos citados con anterioridad; era la consecuencia. Ya las arenas epistemológicas del modelo de dos sexos habían cambiado, de forma que cultura y cuerpo dejaron de ser categorías distintas y aisladas. Pero la atención seguía concentrada en una función peculiarmente femenina. Deseo ver ahora cómo dos actividades humanas, masturbación y prostitución, pueden considerarse como perversiones sociales que se asientan en el cuerpo, más que como perversiones sexuales con efectos sociales.

Se piensa a menudo que la obsesión en los siglos XVIII y XIX por la masturbación y la prostitución forma parte de una nueva literatura "dominada por un tono de intolerancia sexual

⁹¹ Esta historia es de Nancy Burley, "The evolution of Concealed Ovulation", *American Naturalist*, 114 (diciembre de 1979), 835-858. Para una argumentación en sentido contrario, que correlaciona elementos sociales y endocrinos en la conducta sexual de los primates, véase M. J. Baum, "Hormonal Modulation of Sexuality in Female Primates", *BioScience*, 33.9 (1983), 578-582. Sarah Blaffer Hrdy estima que la ovulación oculta en primates, y por extensión en humanos, es una forma de lograr que haya un cierto número de machos que sientan que pueden haber sido padres de una cría y, por tanto, se consideren obligados a cuidarla; es evidente que no es necesaria la certeza de la paternidad para vincular a padre e hijo. Para un acercamiento popular a este argumento, véase "Heat Loss", *Science*, 83 (octubre de 1983), 73-78, y una descripción más técnica en Barbara B. Smuts *et al.*, *Primate Societies*, Chicago, University of Chicago Press, 1986, "Patterning of Sexual Activity", págs. 370-384.

total y represiva”⁹². En lugar de esto quiero mostrar que el “vicio *solitario*” y la “plaga *social*” se consideraron, como sus nuevos nombres indican, patologías sociales que llevaban a la destrucción del cuerpo, de la misma forma que en épocas pasadas la blasfemia o la lujuria producían monstruos. El masturbador, insano, pálido y tembloroso, y la prostituta, grosera y estéril, eran los perversos infieles de la era moderna, producidos por una enfermedad moral como la que había deformado a sus predecesores.

Como forma de actividad evidentemente unisexo, la masturbación era también un vicio unisexo. Aunque los historiadores prestaron especial atención a las preocupaciones del siglo XIX sobre las perturbaciones producidas por la masturbación, se consideró que la patogenia de la enfermedad masturbatoria era la misma en ambos sexos: estimulación nerviosa excesiva y socialmente pervertida. De ahí la presunción de lazos entre tuberculosis y masturbación: “Debe saberse que la tisis pulmonar, cuyos horribles estragos en Europa deberían provocar la alarma en todos los gobiernos, ha extraído de esta misma fuente [la masturbación] su actividad fatal”⁹³. “Las muchachas disimulan la mayor parte de esos estragos bajo ‘la excitación nerviosa general’; los chicos carecen de ese cómodo refugio”⁹⁴.

Basta leer las diversas ediciones y traducciones de *Onania, or the Heinous Sin of Self-Pollution* o *L’Onanisme*, del suizo doctor Tissot, o sus muchos imitadores —por ejemplo, R. L. Perry, *The Silent: A Medical Work on the Dangerous Effects of Onanism*— para comprender que Foucault tenía ra-

⁹² Esta opinión está muy extendida, pero cito aquí la descripción de Peter Wagner de la nueva literatura sobre la masturbación, en *Eros Revived: Erotica of the Enlightenment in England and America*, Londres, Secker and Warburg, 1988, pág. 16.

⁹³ M. A. Petit, *Medium of the Heart*, citado en M. Larmont, *Medical Advisor and Marriage Guide* (Nueva York, 1861), pág. 325. Petit se decía médico, con ejercicio en Lyon.

⁹⁴ Joseph W. Howe, M. D., *Excessive Venery, Masturbation, and Continence* (Nueva York, 1896), pág. 67.

zón: se trata de una literatura que genera deseo erótico con intención de controlarlo⁹⁵. Una historia tras otra de hombres y mujeres jóvenes que descubren en sus genitales los placeres del vicio solitario forman un amplio *corpus* de pornografía incendiaria, cuya capacidad erógena no disminuye por un final obligadamente horrible, con intención de advertencia.

Rousseau, quien reflexionó profundamente sobre el deseo sexual y la construcción del orden social, condenó severamente la masturbación, como aberración social. En el *Emilio* previene contra ella porque podría sustituir al matrimonio; en las *Confesiones* dice que se permite esta práctica porque su relación con Teresa representaba el deseo indiferenciado del estado de naturaleza (que no era “moral”), mientras que la masturbación era producto de su propia “imaginación viva”, una especie de amor al sí moral⁹⁶.

Si bien en la doctrina convencional de la iglesia se consideraba que la fornicación era mucho peor que el onanismo, en el mundo que sigue al siglo XVIII se atribuyó al “crimen solitario” que “minaba la constitución y envenenaba el espíritu diez veces más que el comercio ilícito con una mujer”⁹⁷. Un opúsculo publicitario que debió de circular en el siglo XIX por decenas, si no cientos de miles de ejemplares, advierte

⁹⁵ Foucault, *Histoire de la sexualité*, París, Gallimard, 1976; versión española de Miguel Guñazú, 5.ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1987. *Onania* aparece en los anuncios de los periódicos durante la primera década del siglo XVIII y conoció innumerables ediciones a lo largo de los dos siglos siguientes. La obra de Tissot fue escrita en 1760 y traducida al inglés en 1766 [fue traducida por vez primera al castellano en 1798 por Francisco Bonafón y conoció varias ediciones en España a principios del siglo XIX]. *The Silent* apareció en Birmingham hacia 1840.

⁹⁶ A este respecto estoy en desacuerdo con Schwartz, *Sexual Politics*, quien hace distinciones entre estos episodios, págs. 105-106; Rousseau, *Confessions*, Ed. Modern Library, pág. 111; Rousseau, *Emile*, págs. 4, 334-335. La explicación de Rousseau es una primera versión del dicho moderno, “la masturbación es hacer el amor con alguien a quien amas”.

⁹⁷ Henry Thomas Kitchener, *Letters on Marriage... and on the Reciprocal Relations between the Sexes* (Londres, 1812), 1.22. En este punto cita el *Emilio* de Rousseau. Es evidente que el título se refiere a una sexualidad social alternativa.

que este consentimiento hacia las pasiones durante la juventud, “en forma que es contraria a la naturaleza”, es el camino hacia la ruina, para seguir luego lamentando que esas prácticas surjan sólo a causa del “rígido hábito” que impide a las mujeres solteras consentir “en la gratificación natural de la mayor pasión”, sólo alcanzable al coste de la pérdida total de la reputación⁹⁸. (Una autoridad con menos intereses comerciales, R. D. Owen, hijo del socialista utópico Robert Owen, coincide con esto cuando afirma que el origen del onanismo estuvo probablemente en los conventos de Europa, mientras que su creciente popularidad en el siglo XIX podría resultar de la continuada “separación antinatural de los sexos”).⁹⁹ “El uso inmoderado del goce, incluso de forma natural” debilita, previene un médico del siglo XIX, haciéndose eco del saber tradicional. Pero hablando como hombre moderno, pregunta: “¿Cuáles deben ser las consecuencias cuando se fuerza la naturaleza [por el onanismo] contra su voluntad?”¹⁰⁰. En todos estos avisos siniestros, el verdadero problema de la masturbación no es que sustraiga al cuerpo fluidos preciosos, sino que se viola el aforismo aristotélico, que había recuperado su vigencia durante la revolución industrial, por miedo a que no fuera cierto que el hombre es un animal social.

Richard Carlile (1790-1843), radical en materia política y sexual, ofrece la mejor explicación de cómo la masturbación puede interpretarse como amenaza a “la naturaleza de la solidaridad humana”, sin que parezca ser un problema de exceso

⁹⁸ Goss and Co., *Hygeiana* (sin fecha, ca. 1840), págs. 59-60. En este libro las historias terroríficas relativas a mujeres son todavía mucho peores que las que afectan a hombres: espasmos, histeria, raquitismo, clítoris dolorosamente erecto, descarga vaginal y muchas más cosas. El uso del cordial preparado por esta compañía hacía posible que esas pobres criaturas recuperaran sus periodos regulares y la posibilidad de la maternidad.

⁹⁹ Owen, *Moral Physiology*, págs. 34-35.

¹⁰⁰ Samuel Sullivan, *A Guide to Health, or Advice to Both Sexes in Nervous and Consumptive Complaints, Scurvy, Leprosy, Scrofula: also on Certain Disease and Sexual Debility*, Londres, 66.^a ed., sin fecha, pero en venta en Nueva York en 1847, pág. 207. Reproduzco el título completo para mostrar que se mantiene la idea de la debilidad masturbatoria.

o de deseo sexual pervertido. Lo que está en juego es la sociabilidad, no la represión. La obra de Carlile, *Every Woman's Book* es un ataque en regla a la moralidad sexual convencional, un alegato para la liberación de las pasiones y una guía práctica de control de la natalidad. El amor es natural, sólo deberían controlarse sus frutos, las leyes que rigen el matrimonio regulan una pasión que no debería tener trabas, etcétera. Carlile aboga por los Templos de Venus para la satisfacción extraconyugal controlada y sana del deseo femenino —cinco sextas partes de las muertes por tuberculosis entre las jóvenes eran consecuencia de la carencia de comercio sexual, según su opinión, y quizá también nueve décimas partes del resto de enfermedades. Sin embargo, en el tema de la masturbación, el radical de la sexualidad, Carlile, es tan mojigato como el moralista de inspiración más evangélica o el médico más alarmista. Nacido en el claustro o en sus equivalentes modernos, donde una religión enfermiza convierte el amor en pecado, “el apaciguamiento de la excitación lasciva de las mujeres por medios artificiales” o la “consumación de la secreción seminal en el hombre”, no es sólo pecaminoso, sino físicamente destructivo. La masturbación lleva la enfermedad al espíritu y al cuerpo. En realidad, el “comercio natural y saludable entre los sexos”, para el cual propone las técnicas adecuadas, está explícitamente vinculado a la abolición de la prostitución, la masturbación, la pederastia y otras prácticas contra natura¹⁰¹.

No podría haber un contraste más claro entre una práctica fundamentalmente asocial o socialmente degenerada —el patológico sexo solitario del convento— y el acto vital y socialmente constructivo de la relación heterosexual. Pero los hipotéticos efectos físicos de la masturbación parecen casi una

¹⁰¹ Richard Carlile, *Every Woman's Book or What Is Love containing Most Important Instructions for the Prudent Regulation of the Principle of Love and the Number of a Family* (Londres, 1828), esp. págs. 18, 22, 26-27, 37-38. He consultado una reimpresión de 1892 de la edición de 1828, publicada por la Malthusian League; la obra fue publicada originalmente en el ultraradical *Red Republican* de Carlile.

reacción secundaria a la patología social subyacente. El énfasis en el vicio solitario quizá debería estar menos en el "vicio", entendido como satisfacción de un deseo ilegítimo, que en "solitario", la desviación hacia sí mismo de un deseo sano. El debate acalorado sobre la masturbación iniciado a mediados del siglo XIX podría, por tanto, entenderse como parte de un debate más general acerca de la liberación del deseo en una economía comercial y sobre la posibilidad de la comunidad humana en tales circunstancias —versión sexual del clásico "problema de Adam Smith"¹⁰². Y, como sucedía en el modelo unisexo, la violación de la norma social tenía también horribles consecuencias físicas. El monstruo nacido de Anne Hutchinson, la sirvienta de colonias, se perpetúa en el masturbador suicida, cuyas facultades se degradan por completo, sin capacidad de raciocinio, con la memoria débil y el cuerpo reducido a piel y huesos. Pero aunque no se produzca una ruina completa, el masturbador nunca encontrará bienestar en el amor conyugal y contribuirá así a la monstruosidad social de la esterilidad¹⁰³.

¹⁰² La conexión entre la liberación del deseo y su evaluación en el pensamiento económico clásico, como discutió brillantemente Albert Hirschman en *The Passions and the Interests*, Princeton, Princeton University Press, 1977, no ha sido estudiada nunca en relación con la nueva diferenciación del deseo, según la cual los hombres producen y desean el comercio sexual, mientras que las mujeres reproducen y desean los frutos. Después de todo, ellas son las nuevas consumidoras. Isabel Hull explora estos problemas en sus estudios de la sexualidad y la construcción de la sociedad civil en Alemania en el siglo XVIII.

¹⁰³ Se recomienda a las madres que prevengan a sus hijas de que el vicio solitario las hará incapaces de cumplir con sus obligaciones normales y les dejará algún vestigio que no podrán compartir sin bochorno con sus virtuosos maridos. Eliza Duffy, *What Women Should Know* (Londres, 1873). En el siglo XVIII estaban vivas y bien vivas las viejas ideas sobre el origen, si no de monstruos, sí de ciertas deformidades, a través de algunas prácticas sociales. Véase el comienzo de la obra de Sterne, *Tristram Shandy* (Madrid, Cátedra, 1993²) y para un enfoque más general, Paul-Gabriel Boucé, "Imagination, Pregnant Women, and Monsters in Eighteenth Century England and France", en G. S. Rousseau y Roy Porter, eds., *Sexual Underworlds of the Enlightenment*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1988, págs. 86-100.

La prostitución es la otra gran palestra en que se libraba la batalla contra el sexo no socializado. También aquí se entrelazaban cuerpo y sociedad. Por supuesto, la prostitución venía siendo ya considerada desde mucho tiempo atrás como pecaminosa y perjudicial para el bien común, pero la misma consideración tenían el alcoholismo, la blasfemia y otros desórdenes de la paz pública. Hasta el siglo XIX no se convirtió en la plaga social, un vicio particularmente nocivo y singularmente amenazador. Todo ello constituye una larga historia, de la que sólo contaré una parte.

En general se consideraba que las prostitutas eran mercancía improductiva, por numerosas razones. Porque eran mujeres públicas; porque sus órganos reproductores soportaban un comercio intenso; porque en ellas se mezclaba en revoltijo el semen de hombres muy diferentes; porque los ovarios de las prostitutas, por la sobreestimulación, raras veces estaban libres de lesiones mórbidas; porque las trompas de Falopio se les cerraban por la excesiva copulación; o, de modo más revelador, porque no sentían afecto por los hombres con quienes ejercían el sexo, por todo lo cual se las consideraba estériles o en todo caso se pensaba que era improbable que tuvieran hijos. Un autor llegó a decir que cuando las prostitutas quedaban embarazadas lo eran de hombres por quienes ellas sentían predilección; y cuando las prostitutas que habían sido deportadas a la Tierra de Van Dieman se reformaron y se acomodaron a situaciones domésticas, de repente recuperaron la fertilidad¹⁰⁴.

Como es natural, no todos los expertos estaban de acuer-

¹⁰⁴ Tilt, *Diseases of Menstruation*, pág. 54; *Philosophy of Marriage*, pág. 168. Ryan, como muchas otras autoridades del siglo XIX, continuaba creyendo en las llamadas causas morales de esterilidad y mantenía que "la reserva y frigidez durante el acercamiento de los sexos" podía conducir a la esterilidad dentro del matrimonio (pág. 157). Véase también, por ejemplo, Frederick Hollick, *The Marriage Guide or Natural History of Generation* (Londres, 1850), pág. 72; Campbell, *Differences*, págs. 211-212; Ryan, *Jurisprudence*, pág. 225; Napheys, *Physical Life*, págs. 77-78.

do. En realidad, Jean-Baptiste Parent-Duchâtelet, competente especialista en salud pública del siglo XIX, insistía en que no había nada físicamente insólito en las prostitutas. Normalmente no tenían un clítoris excepcionalmente grande —sólo se dio esto en tres casos entre seis mil— y, por tanto, no fue un deseo sexual excesivo lo que les condujo a la prostitución; si tenían menos hijos de lo normal, era porque practicaban el aborto o el control de natalidad. La prostitución, decía, no viene inducida por los cuerpos; en su forma moderna, no es otra cosa que una patología de la sociedad comercial urbana. Pero en desacuerdo con el saber general, Parent-Duchâtelet se alía con lo que consideró la corriente interpretativa principal de la idea de la prostituta estéril: la confusión entre el mundo peligrosamente asocial del intercambio comercial y el mundo socialmente sano del amor conyugal¹⁰⁵.

Antes de llegar a esto, permítaseme volver a la alta Edad Media, cuando apareció por vez primera la observación de que las prostitutas son estériles. Aristóteles, entre otros, había puesto de relieve que la matriz de una mujer que fuera demasiado caliente —y la naturaleza lasciva de las prostitutas apuntaba este exceso de *calor genitalis*— muy bien podía resultar inhóspita para la concepción: podía llegar a quemar las dos semillas reunidas. Pero Aristóteles no identificó realmente la prostitución con el exceso de calor. Lucrecio señala que las prostitutas hacen uso de movimientos lascivos que inhiben la concepción, ya que “la reja del arado echa del surco, y el chorro seminal quita del sitio”. Pero esta observación

¹⁰⁵ Véase Fleetwood Churchill, *Outlines of the Principal Diseases of Females* (Dublín, 1838), obra clásica en la que muestra su gran admiración por la obra de Parent-Duchâtelet, si bien se mantiene dentro de lo que llama la “opinión general”: “es difícil pensar en un órgano [como el clítoris] tan susceptible de crecimiento por la excitación frecuente, que le impulsa a su vez a la pronta repetición de la excitación”. Quizá en su opinión las prostitutas no practicaran la estimulación clitoridiana. Sobre prostitución e intercambio, el texto clásico es George Simmel, “Prostitution”, en Donald Levine, ed., *On Individuality and Social Forms*, Chicago, University of Chicago Press, 1971.

tiene lugar en el curso de una discusión sobre la causa de que “la honesta mujer no las imite” en tales movimientos y contoneos¹⁰⁶.

Son varias las razones que se aducían en la literatura de finales de la Edad Media y del Renacimiento para justificar la esterilidad de las prostitutas: exceso de calor, una matriz demasiado húmeda y escurridiza para retener la semilla, y la mezcla de semillas diferentes, razones muy similares a las que ofrecían los médicos del siglo XIX. Pero quiero llamar la atención hacia una explicación menos explícitamente fisiológica, que vincula el problema de la esterilidad con un trastorno más general de la política del cuerpo. Un enciclopedista del siglo XII, Guillermo de Conches, explica por qué las prostitutas conciben raramente. Recuerda a sus lectores que para la concepción se requieren dos semillas y que las prostitutas, “que practican el coito sólo por dinero y que debido a ello no sienten placer, no emiten semilla alguna y en consecuencia no pueden engendrar”. Un médico alemán del siglo XVI da una razón similar. Entre las causas de la esterilidad, Lorenz Fries apunta “la falta de pasión de una mujer por un hombre, como, por ejemplo, las mujeres comunes (*gemeynen Frawlin*), que sólo trabajan por su sustento”. Podría interpretarse que por “mujeres comunes” quería referirse no a las prostitutas, sino a las campesinas que trabajan sólo para ganarse el pan, y no como hubiera preconizado Lutero, por la mayor gloria de Dios. Esto estaría de acuerdo con las analogías que hacen Calvino y otros, entre la pasión o calor sexual y el ardor que el corazón debería sentir hacia Dios. Y también con el hecho de que Fries era profesor en una universidad protestante nueva en Estrasburgo¹⁰⁷.

¹⁰⁶ Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, ed. de Agustín García Calvo y el Abate Marcheta, 2.^a ed., Madrid, Cátedra, 1990, pág. 287. Nadie, que yo sepa, citó prueba alguna en apoyo de esta afirmación, entre su formulación en el siglo XII y el momento en que cayó en desuso, a finales del XIX.

¹⁰⁷ En relación con la excesiva humedad como causa de esterilidad, véase, por ejemplo, R. B. [¿R. Buttleworth?], *The Doctresse: A Plain and*

Hay todavía otra versión de la antigua máxima de que el orgasmo es necesario para la concepción. ¿Pero por qué las prostitutas no experimentan placer y por qué se escogen “mujeres comunes” para ilustrar el hecho de que la ausencia de pasión asegura la esterilidad? La fricción del coito debe producir tanto calor en una buscona como en las demás mujeres, pero sus cuerpos responden de modo diferente. En los ejemplos que he citado, el dinero, o con mayor precisión, un intercambio ilegítimo de dinero, facilita el eslabón perdido. La prostitución es estéril porque la forma de intercambio que representa es estéril. Nada se produce porque, como en la usura, todo es puro intercambio. Como pone de manifiesto R. Howard Bloch, fue precisamente en el siglo XII cuando en respuesta a una economía de mercado naciente, la usura se convirtió en tema urgente para la iglesia. Y la pecaminosidad concreta de los intereses exigido, se consideraba que residía en que con ello no se ganaba nada realmente. En efecto,

Easie Method of Curing Those Diseases Which Are Peculier to Women (Londres, 1656), pág. 50. Una variante del argumento del calor es que las mujeres normales experimentan dos orgasmos, uno debido a la alteración del estado de frialdad, provocado por el acceso del esperma caliente del hombre, y otro causado por su propia emisión. Las putas, cuyas matrices están ya calientes por el exceso de relación sexual, no experimentan el primero. Sobre esta tesis, véase Helen R. Lemay, “William of Saliceto on Human Sexuality”, *Viator*, 12 (1981), 172. Lemay lo atribuye a Guillermo de Conches o a algún comentarista del siglo XII. Guillermo de Conches es citado en Jacquart y Thomassét, *Sexuality*, pág. 88. Lorenz Fries (Phryssen), *Spiegel der Artzney* (1518, 1546), pág. 130, dice: “Die unfruchbarkeyt wirt auch dardurch geursacht, so die fraw kein lust zu dem mann hat, wie dann die gemeynen frawlin, welche alleyn umb der narung willen also arbeyten.” Mi colega Elaine Tennent, del Departamento de Alemán, de Berkeley, sugiere que, pese a que el empleo de “Frawlin” (“Fräulein” en alemán moderno) en lugar de “Fraw” como en la frase anterior, apoya la interpretación de “gemeynen Frawlin” como prostitutas, respaldaría también la interpretación que doy entre paréntesis en mi texto. Incluso si se aceptara esta última interpretación, el argumento de Fries todavía apoyaría mi tesis de que la relación de la producción y el intercambio está marcada por la capacidad del cuerpo para la procreación. Sobre el calor y el fervor religioso, véase William Bouwsma, *John Calvin*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.

como afirma Aristóteles, la usura es “la clase más odiosa” de intercambio y debe ser especialmente censurada, porque representa la antítesis de la economía doméstica, natural y productiva. Una práctica económica perversa, como el sexo pervertido, engendra abominación o nada: “El interés, que significa el nacimiento de una moneda a partir de otra moneda, se aplica al crecimiento del dinero, porque los seres engendrados se parecen a los padres. Por esta razón, ésta es la forma menos natural de hacerse rico” (*Política*, 1.10.1258b5-7). Es como si la usura fuera un coito incestuoso. En palabras de Catherine Gallagher, “lo que se multiplica a través de ella [la prostituta] no es una sustancia, sino un signo: el dinero”. (En cierto sentido, sin embargo, he mantenido que esta distinción entre signo y sustancia es insostenible cuando se trata de la historia del cuerpo.) La prostitución, como la usura, se transforma en una metáfora para la multiplicación contra-natural de las cosas, sino de los signos sin referentes¹⁰⁸.

Las metáforas de la biología de la reproducción expresan un profundo enojo cultural hacia el dinero y la economía de mercado; ésa es la formulación aristotélica. Pero lo que más nos interesa aquí es el miedo a que un mercado asocial adopte una apariencia nueva en la idea de que el sexo por dinero, el coito con prostitutas, no produce frutos. Este tipo de sexualidad ofrece un vivo contraste —que se aprecia sobre todo en

¹⁰⁸ R. Howard Bloch, *Etymologies and Genealogies: A literary Anthropology of the Middle Ages*, Chicago, University of Chicago Press, 1983, págs. 173-174. Esta expresión naturalista de ansiedad cultural, en el caso de las prostitutas y quizá también de la usura, me choca como un aspecto de la nueva relación entre lo sagrado y lo profano que discute Peter Brown en su “Society and the Supernatural: A Medieval Change”, *Society and the Holy in Late Antiquity*, Berkeley, University of California Press, 1982, págs. 302-322. En realidad, la producción de textos que sirven como autoridad, de los cuales es un ejemplo el de Guillermo de Conches, puede interpretarse como prueba del paso denunciado por Brown del “consenso a la autoridad”. Catherine Gallagher, “George Eliot y *Daniel Deronda*: The Prostitute and the Jewish Question”, en *Sex, Politics, and Science in the Nineteenth-Century Novel*, ed. Ruth Yeazell, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986, págs. 40-41.

el ejemplo alemán— con la economía doméstica del sexo, que es la quintaesencia de lo social y productivo. En otros lugares del texto citado, Fries desarrolla la metáfora de la matriz que protege el feto como la corteza del pan protege la miga. La imagen cálida de la cocción del pan y de la cocina contrasta con la aridez fría de quienes trabajan, ejercen el sexo, *sólo* por un precio, fuera de los límites de la casa familiar.

En el siglo XIX, el tópico de la prostituta estéril gozaba de una respetable tradición de siete centurias. Pero las fronteras que guarnecía —entre el hogar y la economía, lo privado y lo público, el yo y la sociedad— estaban más claramente trazadas y eran más problemáticas en la clase social urbana europea que se constituyó después de la revolución industrial. O al menos así lo consideraron los observadores contemporáneos. El mercado parecía poner a la sociedad ante un peligro sin precedentes; el cuerpo sexual reflejaba todas las angustias de este peligro; y, en esta versión nueva del modelo unisexo, el significado cultural inducía a la carne a plegarse a sus dictados.

El problema de la masturbación y la prostitución era en esencia de índole cuantitativa: practicar el sexo en solitario o con montones de personas, en lugar de hacerlo en pareja. Una sexualidad así se encasilla en la misma categoría que otras acciones pervertidas relacionadas con el número, como sucede en el retrato de la protagonista de *Cassandra*, de Florence Nightingale, que rehúsa servir el té a la familia y se retira a un diván apartado. Es el contexto social, y no el acto, lo que determina la aceptabilidad. Las paradojas de la sociedad comercial que ya habían atormentado a Adam Smith y sus colegas, las dudas persistentes de que una economía libre pudiera no ser capaz de sustentar el cuerpo social, rondan al cuerpo sexual. O, a la inversa, el cuerpo sexual pervertido obsesiona a la sociedad y le recuerda su fragilidad, de forma análoga a como lo había hecho de maneras distintas durante milenios.

EL PROBLEMA DE FREUD

La explicación de Freud sobre cómo la sexualidad clitoridiana de las jóvenes da paso a la sexualidad vaginal de las mujeres maduras, coincide en gran medida con los problemas que planteo en este libro. Por una parte, Freud es en muchos sentidos un hombre de la Ilustración, heredero de su modelo de diferencia sexual. La anatomía es el destino, como dijo en una frase a la que realmente no quería dar este sentido; la vagina es lo opuesto al pene, un indicador anatómico de que la mujer carece de lo que el hombre posee. La heterosexualidad es el estado natural de la arquitectura de dos sexos opuestos inconmensurables. Pero Freud, más que ningún otro pensador, también hace que se desplome el modelo. La libido no conoce el sexo. El clítoris es una versión del órgano masculino —¿por qué no a la inversa?—, y sólo al postular una especie de histeria femenina generalizada, enfermedad en que la cultura adopta el papel causal de los órganos, puede explicar Freud cómo la vagina cede supuestamente su rol, en la vida sexual de las mujeres, en favor del “órgano opuesto”. Ésta es, en otras palabras, una versión de la historia central moderna de la batalla del sexo único frente a los dos sexos.

Comienza la historia en 1905, cuando Freud redescubre el clítoris, o en cualquier caso el orgasmo clitoridiano, al inventar su contrapartida vaginal. (Recuérdese la anterior afirmación de Realdo Colombo, en el siglo XVI.) Después de cuatrocientos años, quizá incluso de dos mil, aparecía de repente un segundo lugar del que las mujeres obtenían placer sexual. Por primera vez, en 1905, un médico afirmaba que había dos clases de orgasmo, de los cuales el vaginal debía considerarse habitual en mujeres adultas. Esto despertó una literatura clínica abundante y polémica. Me temo que se ha escrito mucho más sobre el clítoris que sobre cualquier otro órgano, al menos sobre un órgano de su tamaño¹⁰⁹.

¹⁰⁹ Para una revisión de esta literatura hasta 1968, véase *Journal of the*

Deseo hacer dos observaciones concretas. En primer lugar, antes de 1905 nadie pensaba que hubiera otra clase de orgasmo femenino que el clitoridiano. Esto está descrito con amplitud y precisión en cientos de textos médicos, eruditos y populares, así como en una literatura pornográfica que despega con fuerza. Simplemente no es cierto, como afirma Robert Scholes, que hubiera habido “una codificación semiótica que actuara para eliminar de los libros y del lenguaje todo aquello [el clítoris como órgano primario del placer sexual de la mujer] que resulta mal acogido por el hombre”. El clítoris, como el pene, fue durante dos milenios “joya preciosa” y órgano sexual, no un lugar “perdido o extraviado” a través de los tiempos, como querría Scholes, sino solamente (en todo caso) desde Freud¹¹⁰. Para decirlo de modo distinto, la revelación de Masters y Johnson de que el orgasmo femenino es casi por entero clitoridiano hubiera sido un lugar común para cualquier comadrona del siglo XVII y los investigadores del siglo XIX lo hubieran documentado con todo lujo de detalles. Una gran ola de amnesia se abatió sobre los círculos científicos hacia 1900, hasta el punto de que en la segunda mitad del siglo XX se aclamaron las viejas verdades como si fueran descubrimientos revolucionarios.

La segunda observación, más central en relación con los

American Psychoanalytic Association, 16 (julio de 1968), 405-612, constituido por una serie de artículos que discuten otro de Mary Jane Sherfey, “The Evolution and Nature of Female Sexuality in Relation to Psychoanalytic Theory”, en el vol. 14 de la misma revista. Posteriormente el artículo de Sherfey dio lugar a un libro, *The Nature and Evolution of Female Sexuality*, Nueva York, Vintage, 1973. El punto de vista que “equipara la existencia de las relaciones sexuales con la del orgasmo femenino”, con una descripción adaptacionista de su evolución, es criticado brillantemente en un libro de próxima aparición por Elizabeth A. Lloyd, del Departamento de Filosofía de Berkeley. Sus opiniones aparecen resumidas en Stephen J. Gould, “Freudian Slip”, *Natural History*, 96 (enero de 1987), 14-21.

¹¹⁰ Robert Scholes, “Uncoding Mama: The Female Body as Text”, en *Semiotics and Interpretations*, New Haven, Yale University Press, 1982, págs. 130-131 *et passim*.

propósitos de este libro, es que no hay nada en la naturaleza que nos ayude a interpretar el clítoris. Es evidente que no se trata de un pene femenino y no lo es menos que no cabe interpretarlo en oposición a la vagina. Tampoco los hombres han considerado el orgasmo clitoridiano como inexistente, amenazador o como algo de lo que no se puede hablar a causa de algún pánico masculino primordial hacia el placer sexual femenino o por algún fenómeno de fascinación hacia el mismo. La historia del clítoris forma parte de la historia de la diferencia sexual en general y de la socialización de los placeres del cuerpo. Y de nuevo, por última vez en este libro, es la historia de la aporía de la anatomía.

“Si deseamos comprender cómo una muchacha se convierte en mujer”, dice Freud en el tercero de sus monumentales *Tres ensayos sobre teoría sexual*, “debemos seguir las vicisitudes posteriores de la excitabilidad del clítoris”. Durante la pubertad, sigue el relato, en los muchachos se presenta “el ascenso de la libido”, mientras que en las chicas hay “una nueva ola de represión dirigida sobre todo a la sexualidad clitoridiana”. El desarrollo de las mujeres como seres culturales está marcado, por tanto, por lo que parece ser un proceso fisiológico: “lo que la represión margina es una pieza de la maquinaria masculina”¹¹¹.

Como si de un miembro de la tribu bahktiari en busca de pastos frescos se tratara, se dice que la sexualidad femenina emigra de un lugar a otro, desde un clítoris presuntamente masculino a la indudablemente femenina vagina. Sin embargo, el clítoris no pierde por completo su función en el viaje breve, pero significativo, del placer. De hecho se convierte en el órgano *a través del cual* se transmite la excitación a las “partes sexuales femeninas adyacentes”, al hogar permanente, al verdadero centro de la vida erótica femenina, la vagina. El clítoris, según un símil poco afortunado de Freud, pasa a ser

¹¹¹ Sigmund Freud, *Three Essays on the Theory of Sexuality* (1905), trad. James Strachey, Nueva York, Avon, 1962, pág. 123. [Traducción castellana de Luis López Ballester, *Tres ensayos sobre teoría sexual*, 10.^a ed., Madrid, Alianza, 1987.]

“como las astillas del pino” que se usan “para hacer arder las maderas más resistentes”.

No interesa aquí la identificación extrañamente inadecuada de la cavidad de la vagina con un leño que arde. También es extraño lo que sucede con la biología en el famoso ensayo de Freud. La comprensión por parte de la muchachita de que no tiene pene y que, por tanto, su sexualidad reside en lo que se considera su opuesto, en la cavidad de la vagina, eleva el “hecho biológico” al *desideratum* cultural. Freud escribe como si hubiera descubierto en la anatomía la base de todo el universo del género del siglo XIX. En una época obsesionada con la posibilidad de justificar y distinguir los roles sociales de mujeres y hombres, la ciencia parece haber descubierto en la diferencia radical de pene y vagina no sólo un signo de la diferencia sexual, sino su verdadero fundamento. Cuando ha sido transferida con éxito la estimulación de la sensibilidad erógena de la mujer desde el clítoris al orificio vaginal, esa mujer ha adoptado una nueva zona rectora al servicio de su actividad sexual posterior.

Freud va todavía más allá cuando sugiere que la represión de la sexualidad femenina en la pubertad, reconocible en el abandono del clítoris, exalta el deseo masculino y refuerza así la red de la unión heterosexual, sobre la que parecen descansar la reproducción, la familia e incluso la propia civilización: “La intensificación del freno de la sexualidad ocasionada por la represión durante la pubertad de las mujeres sirve de acicate a la libido de los hombres y provoca un crecimiento de su actividad”¹¹². Cuando todo ha encajado, la “maquinaria masculina” del clítoris se abandona, la vagina queda con su carga erótica y el cuerpo está listo para el coito reproductor. Freud parece asestar una estocada a la bioantropología histórica al afirmar que el pudor femenino incita el deseo del hombre, mientras que el consentimiento femenino al permitir ser gratificada libera a la humanidad de la gruta del salvaje.

Quizá sea esto exprimir demasiado un solo párrafo, pero

¹¹² *Ibid.*, pág. 124.

en estos pasajes Freud está muy cerca de las huellas imaginativas de Diderot y Rousseau, quienes defendían que la civilización echó a andar cuando la mujer comenzó a elegir, a limitar su disponibilidad. En los *Tres ensayos*, Freud no es tan explícito, pero parece estar afirmando que la feminidad, y con ella el lugar de la mujer en la sociedad, se basa en la neurología del desarrollo de los genitales femeninos.

¿Pero podría haber sido realmente ésta su intención? En primer lugar, la larga historia escrita del cuerpo habría demostrado que la vagina fracasa estrepitosamente como “símbolo natural” de la sexualidad interior, de la pasividad, de lo privado frente a lo público, de una etapa crítica en la ontogenia de la mujer. En el modelo unisexo, dominante en el pensamiento anatómico durante dos mil años, se entendía la mujer como un hombre invertido: el útero era el escroto invertido, los ovarios eran los testículos, la vulva era el prepucio y *la vagina, el pene*. Esta explicación de la diferencia sexual, aunque tan falocéntrica como la de Freud, no presentaba el interior real de la mujer, sino tan sólo el desplazamiento de los órganos masculinos hacia un espacio más protegido, como si escroto y pene, en forma de útero y vagina, se resguardaran del frío.

Aunque Freud no fuera consciente de esta historia, seguramente debía haber sabido que no hay en absoluto ninguna prueba anatómica o fisiológica que permita afirmar que “la estimulación de la sensibilidad erógena” ha sido transferida con éxito “desde el clítoris al orificio vaginal”. La abundancia de terminaciones nerviosas especializadas en el clítoris y el empobrecimiento relativo en la vagina habían sido demostradas medio siglo antes de que Freud escribiera y eran conocidos en términos generales desde hacía cientos de años. El saber médico común disponible en cualquier manual del siglo XIX, convierte la obra de Freud en un rompecabezas, si se interpreta como un relato de índole biológica. Finalmente, si el advenimiento del orgasmo vaginal era consecuencia de procesos neurológicos, entonces la pregunta de Freud de “cómo se llega a ser mujer a partir de los caracteres bisexuales de la infancia” podría resolverse mediante la fisiología, sin recurrir a la ayuda del psicoanálisis.

En este caso, la respuesta de Freud puede considerarse como un relato cultural con disfraz anatómico. El cuento del clítoris es una parábola cultural, que explica cómo se forja el cuerpo hasta obtener una forma válida para la civilización, a pesar de sí mismo, y no por su causa. El lenguaje biológico confiere a este cuento su autoridad retórica, pero no describe una realidad más profunda en términos de nervios y carne.

En resumen, Freud debía haber sabido que al inventar el orgasmo vaginal, al mismo tiempo estaba dando un significado radicalmente nuevo al clítoris. Richard von Krafft-Ebing se le pudo haber adelantado bastante cuando, en la década de 1890, escribía que “las zonas erógenas en las mujeres son, mientras son vírgenes, el clítoris, y después de la desfloración, la vagina y el cuello del útero”. Pero esto tuvo lugar en el contexto de una discusión sobre la diversidad de zonas erógenas; inmediatamente a continuación se encuentra la observación de que “en particular los pezones parecen poseer esta cualidad [erógena]”. Krafft-Ebing, como muchos de sus contemporáneos, creyó que los deseos sexuales de la mujer “con desarrollo mental normal y bien alimentada” eran pequeños. Consideró también que la supuesta pasividad sexual de la mujer (símbolo de su pasividad en la vida pública) estaba relacionada con “su organización sexual”¹¹³.

Pero ni él ni nadie extrajo consecuencias sociales de la distinción entre erotismo vaginal y clitoridiano. De hecho no había prueba alguna en la literatura contemporánea del tipo de sexualidad vaginal que Freud postulaba. Tampoco había ningún interés especial en negarla. Los vivos contrastes que más adelante veremos resultan de una yuxtaposición histórica de textos. En la época de Freud, y desde comienzos del siglo XVII, las autoridades académicas francesas, alemanas e inglesas se mostraban unánimes al afirmar que el placer sexual femenino se originaba en las estructuras de la vulva en

¹¹³ Richard von Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis*, trad. de la 7.^a ed. alemana ampliada por Charles Gilbert Chaddock (Filadelfia, F. A. Davis, 1908), pág. 31.

general, y más concretamente en el clítoris. No había propuestas de lugares alternativos.

La enciclopedia médica inglesa más importante de la época de Freud dedica una entrada amplia y actualizada a “Órganos sexuales, femeninos”; el subencabezamiento “clítoris” se inicia con una cita del anatomista y filólogo vienés Joseph Hyrtl, en la que éste hacía derivar la palabra “clítoris” de un verbo griego que significa “excitar” y observaba que esas raíces etimológicas tienen un reflejo en el término coloquial alemán *Kitzler* (hacer cosquillas)¹¹⁴. Su anatomía se presenta como análoga a la del pene, aunque la dotación nerviosa del clítoris es “mucho mayor, en proporción a su tamaño”. En realidad,

su revestimiento cutáneo está dotado de terminaciones nerviosas especiales, que le confieren una sensibilidad notable y peculiar... En la base de las papilas se hallan las terminaciones que Krause cree relacionadas con la sensibilidad característica del órgano, a las que ha llamado corpúsculos del placer sexual (*Wollustkörperchen*). Normalmente se les llama corpúsculos genitales¹¹⁵.

Por otro lado, las partes superior y media de la vagina están enervadas por “las mismas fuentes que el útero”. “No son muy sensibles”, y de hecho la pared anterior es tan insensible que “puede operarse sin gran dolor para la paciente”. Esto puede ser exagerado, pero apunta que para las autoridades del

¹¹⁴ *Reference Handbook of the Medical Sciences* (Nueva York, 1900-1908), 7.171. Hyrtl enseñaba anatomía en la Universidad de Viena mientras Freud hizo allí sus estudios. El *Diccionario* de los hermanos Grimm define *Kitzler* como clítoris o verga femenina, “weibliche Rute”, y traza asociaciones a través de una serie de denominaciones anteriores. *Kitzlerin* es definido como “titillans femina”, pero se le indica el siguiente uso: “El Emperador Maximiliano llamó *Kitzlerin* a uno de sus trabucos.”

¹¹⁵ *Ibid.*, 7.172. Esas “terminaciones” toman su nombre de Wilhelm J. K. Krause (1833-1910) y se encuentran no sólo en el pene y el clítoris, sino también en la conjuntiva del ojo y en las membranas mucosas de labios y lengua.

siglo XIX la vagina era candidato improbable a ser asiento primario del placer sexual de las mujeres.

Nadie la consideró como tal. Contemporáneo de Freud, el ginecólogo E. H. Kisch, por ejemplo, cita el artículo de Victor Hensen sobre la fisiología de la reproducción en su prestigioso *Handbuch der Physiologie* (1881), para afirmar que la estimulación directa de la sensibilidad sexual tiene lugar a través del nervio dorsal del pene y del clítoris. Kisch hace notar más adelante que el placer sexual en las mujeres se debe sobre todo a la fricción que sobre el clítoris ejerce la introducción del pene, que estimula las fibras nerviosas conectadas con los corpúsculos genitales (“voluptuosos”) de Krause¹¹⁶. La principal obra de consulta francesa de finales del siglo XIX describe el clítoris como un órgano eréctil situado en el extremo superior de la vulva, que tiene la misma estructura del cuerpo cavernoso del pene y las mismas funciones eróticas, pero carece de uretra. La vagina, por otra parte, se define simplemente como el pasaje que va desde la vulva al útero y sirve para evacuar los periodos, contiene el órgano masculino durante la cópula y expelle el producto de la fecundación. La mayor parte del artículo está consagrada a sus patologías¹¹⁷.

En fecha tan temprana como 1844, con ocasión de la publicación, magníficamente documentada, de la obra de Georg Ludwig Kobelt, *The Male and Female Organs of Sexual Arousal in Man and Some Other Mammals*¹¹⁸, quedó firme-

¹¹⁶ La obra de E. H. Kisch que lleva por título *Sterilität des Weibes* (1886) es un resumen importante de la literatura sobre la sexualidad femenina y la biología reproductora.

¹¹⁷ *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 18.138; 99.230-288. Informa este artículo de que la vagina de las mujeres negras es más grande que la de las blancas, presumiblemente en correspondencia con que el pene de los hombres negros también será más grande.

¹¹⁸ Georg Ludwig Kobelt (1804-1857) fue médico y descubridor epónimo de la red de Kobelt —el enclave de venas de los bulbos vestibulares que se hallan bajo el clítoris— y otras varias estructuras del sistema genito-urinario. Su *Die Männlichen und Weiblichen Wollusts-Organen des Menschen und verschiedene Saugetiere* (Friburgo, 1844) constituye la base

mente establecida la anatomía del placer genital. Antes que nada, Kobelt puso a punto una técnica de inyección en la parte vascularizada del clítoris, de forma que un órgano notablemente difícil de estudiar en material postmortem podía examinarse con facilidad. Procedió luego a describir su estructura y funciones con detalle exquisito, para concluir, sobre la base de los tejidos eréctiles del clítoris y su dotación nerviosa y de vasos sanguíneos, que el glande del clítoris era el asiento principal de la excitación sexual, tanto en seres humanos como en otros mamíferos; se trataba del homólogo preciso del órgano masculino, el glande del pene. (Kobelt distinguía los órganos pasivos masculino y femenino, glande del pene y del clítoris, de los órganos activos, soportes de estas estructuras.) La función de toda esta maquinaria, según Kobelt, es proporcionar placer sexual, que hará que las mujeres deseen la cópula pese a los riesgos del embarazo y los sacrificios de la maternidad¹¹⁹. Su fisiología se describe con todo lujo de detalles clínicos. Cuando los estímulos exteriores

entran en contacto con el glande del clítoris, la sangre que provoca el abultamiento del *bulbus*, mediante espasmos reflejos del *musculus constrictor cunni*, es impulsada a través de la *pars intermedia* al descubierto hasta el propio glande, ahora preparado para el estímulo; y de este modo se alcanzan los fines de todo el aparato pasivo (la sensación de placer sexual). La excitación sexualmente placentera aumenta con la estimulación continuada hasta que finalmente [orgasmo] se vuelve a la indiferencia, al estado de reposo habitual de las partes afectadas. El proceso cuenta también con el apoyo del mismo tipo de medios auxiliares que en el hombre.

del texto inglés que en general he seguido, con ligeras variantes: Thomas Power Lowry, ed., *The Classic Clitoris*, Chicago, Nelson Hall, 1978.

¹¹⁹ Probablemente los biólogos evolucionistas modernos no atribuirían fines específicos al clítoris, pero considerarían su sensibilidad como versión femenina de las características adaptativas del pene, al igual que las características de los pezones masculinos son consecuencia de adaptaciones que afectan a las hembras de la especie.

Kobelt cree que la vagina es lo suficientemente conocida como para que no valga la pena demorarse en su descripción. No obstante, se detiene a señalar que juega un papel mínimo en el orgasmo genital: “El pequeño número de nervios que aisladamente se distribuye en el voluminoso tubo vaginal pone a la vagina muy por detrás del glande —pequeño pero muy rico en nervios—, de forma que podemos dar por seguro que la vagina no toma parte en la creación de sensaciones sexuales placenteras en el cuerpo femenino”¹²⁰.

El libro de Kobelt ofrecía, con mucho, la descripción más detallada del clítoris que se había publicado hasta entonces, pero no se planteaba una revisión exhaustiva de los puntos de vista ya publicados. Una enciclopedia médica francesa anterior llegaba prácticamente a las mismas conclusiones. “Clítoris”, dice, deriva del verbo griego *kleitoriazein*, que significa tocar o excitar lascivamente, inclinar al placer. Un sinónimo es “oestrus veneris”, frenesí de la pasión sexual. El clítoris es como el pene en cuanto a forma y estructura y “goza de una exquisita sensibilidad”, que lo hace muy proclive al “abuso” del mismo. El autor de este artículo desapueba con energía la estimulación del clítoris, recomendada por algunos colegas para curar ciertos desórdenes nerviosos, como la catalepsia. (Aunque quizá no fuera advertido así, esta terapia derivaba de un famoso caso de Galeno en el que una viuda, aquejada de una pretendida acumulación de “semen”, padecía dolores de espalda y otras molestias, hasta que una partera le alivió la presión frotando sus genitales.) En otra entrada consagrada al “clitorismo”, el equivalente femenino de la masturbación, se discuten otros abusos provocados por este placentero lugar¹²¹.

En la entrada “vagina”, por otra parte, el término se define como el “pasaje cilíndrico y elástico desde el útero hasta las partes externas”. Sigue una breve discusión de la nomenclatura, que previene de posibles confusiones entre vagina

¹²⁰ *Classic Clitoris*, págs. 38, 43.

¹²¹ *Dictionnaire des sciences médicales* (París, 1813), 5.373-375: para el “clitorismo”, véase págs. 376-379.

y cuello del útero, parte que suele llamarse “cuello de la matriz”, pero no se discute su innervación ni sus funciones eróticas¹²².

Estos artículos del siglo XIX se refieren a su vez a un texto del siglo XVII de François Mauriceau, una de las lumbreras de la obstetricia francesa. Señala que el clítoris es “donde el Autor de la Naturaleza ha colocado el asiento de la voluptuosidad —como lo ha hecho en el miembro viril—, donde se ubica la sensibilidad más exquisita y donde están situados los orígenes de la lujuria en las mujeres”. En realidad, las partes pudendas en general tienen la capacidad de producir placer, porque los nervios que alimentan el clítoris, alimentan también dichas partes. Mauriceau, después de describir a lo largo de seis páginas los músculos, nervios y vascularización del clítoris, concluye que funciona justamente como el pene¹²³.

La vagina es un órgano mucho más apagado. Es el tubo que conduce desde el útero hasta el exterior, “un canal flojo y flácido que durante el coito abraza al pene”. Solamente las glándulas próximas al extremo exterior tienen importancia para el placer sexual, porque vierten durante el coito grandes cantidades de un licor salino, que aumenta el calor y el disfrute de las mujeres. Apunta Mauriceau que esas son las sustancias a las que se refería Galeno cuando hablaba de la necesidad de usar otros medios para liberarlas, en el caso de que las caricias del hombre no lo lograran. Y esto conduce la historia del clítoris a donde antes la abandoné. En 1612, Jacques Duval escribía: “En francés se llama tentación, aguijón del

¹²² *Ibid.* (París, 1821), 56.446-449. Fue a finales del siglo XVII cuando comenzó a utilizarse el término “vagina” en el sentido actual. Todavía en 1821 una obra de referencia consideraba necesario llamar la atención hacia los serios errores que se cometían por imprecisión del léxico.

¹²³ Mauriceau, *Description anatomique des parties de la femme, qui servent a la generation* (París, 1662, 1708), págs. 8, 13-14. Señala Mauriceau que el clítoris no emite semen porque carece de uretra. [Existe versión española clásica de Cristóbal González, *Tratado anatómico de las partes de la muger, que sirven para la generación*, Madrid, 1752.]

placer sexual, verga femenina y desprecio de los hombres: y las mujeres que oyen su llamada a la lascivia, lo llaman su *gaude mihi* [dame placer]"¹²⁴.

El médico francés se hace eco de las certezas y dudas de las descripciones recientes y de las anteriores. Por una parte, el clítoris es el órgano del placer sexual en las mujeres. Por otra, su facilidad de respuesta a la caricia hace difícil encauzarlo hacia el coito heterosexual y reproductor. Éste era el problema de Freud y ahora volveré a ello.

Aunque Freud pudo desconocer la historia detallada de la anatomía genital que acabo de exponer, es imposible que no estuviera familiarizado con las obras de referencia clásicas en su época. Después de todo, estuvo especialmente interesado por la zoología en los días en que era estudiante de medicina y llegó a ser experto neurólogo. Además, no hacía falta ser científico para conocer la sexualidad clitoridiana. Walter, protagonista de la narración *My Secret Life*, hace notar es su revisión de los órganos de la copulación que el clítoris es un órgano eréctil, "principal asiento del placer en la mujer". Es probable que se editaran miles de folletos sobre la masturbación que proclamaron su sensibilidad. Y por supuesto el propio Freud señalaba que la biología se había visto "obligada a reconocer que el clítoris femenino es un verdadero sustituto del pene", aunque de esto no se desprenda que los niños reconozcan que "todos los seres humanos tienen la misma forma (masculina) de genitales" o que las niñas en consecuencia padezcan envidia del pene porque su genital es muy pequeño¹²⁵.

Freud, en resumen, debía haber sabido que cuanto escribió con el lenguaje de la biología en relación con el traslado de la sensibilidad erógena, desde el clítoris a la vagina, no estaba basado en hechos anatómicos o fisiológicos. Tanto la emigración de la sexualidad femenina como la oposición entre vagina y pene, deben entenderse como re-presentaciones de un ideal social bajo una forma nueva. A nivel formal, la

¹²⁴ Duval, *Traité des hermaphrodites*, pág. 68.

¹²⁵ Freud, "Infantile Sexuality", en *Three Essays*, pág. 93.

oposición de vagina y pene representa un ideal de paridad. La presión social toma un niño perverso polimorfo y le conmina a integrarse como hombre o mujer heterosexual, apoyándose en el correlato orgánico del cuerpo, en la oposición de los sexos y sus órganos. Freud es autor también de una antítesis sexual dramática, entre el desconcertante clítoris del que las chicas desertan y la vagina cuyos poderes erógenos alcanzan como mujeres maduras¹²⁶.

De modo más general, lo que de forma vaga podría llamarse patriarcado, puede haberle parecido a Freud la única forma posible de organizar las relaciones entre sexos, impulsándole a escribir como si sus signos corporales, el pene externo activo *versus* la vagina interna pasiva, fueran "naturales". Pero en el problema de Freud de cómo puede "desarrollarse una mujer a partir de una criatura con disposiciones bisexuales", la palabra "mujer" se refiere con toda seguridad, no al sexo natural, sino al género teatral, a los roles socialmente definidos. La supuesta oposición entre hombres y mujeres, "la identidad exclusiva del género", en palabras de Gayle Rubin, "lejos de ser expresión de diferencias naturales..., es la supresión de semejanzas naturales"¹²⁷. En *Civilization and Its Discontents*, Freud parece tener una conciencia patética del doloroso proceso, a través del cual se seleccionan las partes del cuerpo que van a representar las diferencias más elocuentes. La civilización, como el pueblo conquistador, somete a los demás a su "explotación", proscribire "las manifestaciones de la vida sexual en los niños", convierte "el amor genital heterosexual" en el único permitido, y al actuar así provoca que el niño, "un organismo animal (como otros), con disposición bisexual inequívoca", resulte moldeado *bien sea* como hombre o como mujer¹²⁸. De este modo, el poder de la

¹²⁶ Mi descripción de la "aporía de la anatomía" en el ensayo de Freud debe mucho a Sarah Kofman, *The Enigma of Woman*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, esp. págs. 109-114.

¹²⁷ Rubin, "The Traffic in Women", págs. 179-180, 187.

¹²⁸ *Civilization and its Discontents*, trad. James Strachey, Nueva York, Norton, 1962.

cultura se representa a sí mismo en los cuerpos, los forja y como en un yunque les da la forma requerida. Lo que Rosalind Coward ha llamado en otro contexto “ideologías de orientaciones y deseos apropiados”, debe luchar —hay que esperar que sin éxito— para encontrar sus signos en la carne¹²⁹. El argumento de Freud, que hace caso omiso de siglos de conocimiento anatómico, testimonia la libertad con que se puede hacer propia retóricamente la autoridad de la naturaleza para legitimar las creaciones de la cultura.

Se trata, sin embargo, de un argumento que descansa en sus propios términos y en consecuencia ilustra lo poderosamente que la cultura opera sobre el cuerpo. En primer lugar, Freud siguió siendo lamarckiano toda la vida. Creía en la herencia de los caracteres adquiridos, que generalizó para incluir rasgos de la psique —por ejemplo, las agresiones y la necesidad. La necesidad, escribía a su colega Karl Abraham, no es otra cosa que “el poder de las ideas inconscientes sobre el cuerpo propio, de lo cual encontramos vestigios en la histeria, o dicho brevemente, ‘la omnipotencia del pensamiento’”¹³⁰.

La histeria es el modelo del espíritu sobre la materia. El histérico, como los pacientes que sienten dolor o comezón en un miembro amputado, presenta síntomas físicos que desafían a la neurología. Los ataques, crispaciones, estornudos y estrabismo del histérico son fijaciones de la energía de la libido en distintas partes del cuerpo. En otras palabras, en los histéricos, cierta energía con manifestaciones orgánicas ocupa, toma posesión y llena diversas partes del cuerpo. (El término freudiano *Besetzung* es traducido al inglés por el neologismo “cathexis” [en español, por conversión]. El verbo *besetzen* también tiene el sentido de “carga”, como la de un horno, o “apisonar” una carga explosiva, o “asentar” un adoquín, o “engastar” una joya.)

Freud sabía que el asiento natural del placer erótico de la

¹²⁹ Rosalind Coward, *Patriarchal Precedents: Sexuality and Social Relations*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, pág. 286.

¹³⁰ Freud a Abraham, 11 de noviembre de 1917, citado en Peter Gay, *Freud: A Life for Our Times*, Nueva York, Norton, 1988, pág. 368.

mujer era el clítoris y que éste competía con la sede culturalmente necesaria de su placer, la vagina. Cuenta María Bonaparte que su mentor le dio a leer el *Neger Eros*, de Felix Bryk. El autor explica que las tribus nandi practicaban la excisión del clítoris a las muchachas núbiles de diecisiete o dieciocho años, con intención de favorecer la transferencia de la sensibilidad orgiástica desde su zona “infantil” a la vagina, donde debía necesariamente encontrar su sosiego. No pretendían los nandi suprimir el placer femenino, sino simplemente facilitar su reconducción hacia fines sociales. Freud llamó la atención de Bonaparte hacia el hecho de que Bryk debería haber estado familiarizado con sus ideas y que valía la pena investigar la hipótesis que contemplaba la transferencia orgásmica de los nandi.

Los esfuerzos de Bonaparte por descubrir los derroteros de la sexualidad “clitoridiana” frente a la “vaginal”, en mujeres a las que se había eliminado el clítoris, no resultaron concluyentes, pero ella ofreció una formulación teórica de la transferencia de la sensibilidad erótica, que conviene a mi comprensión de la teoría freudiana de la sexualidad femenina. “Creo”, escribe Bonaparte, “que las mutilaciones sexuales rituales impuestas a las mujeres africanas desde tiempo inmemorial... constituye la contrapartida física exacta de la intimidación psíquica impuesta en la infancia sobre la sexualidad de las niñas europeas”¹³¹. Los pueblos “civilizados” ya no tratan de destruir la antigua morada de la sensibilidad —observación irónica de Bonaparte, puesto que ella recogía casos de excisión en Europa, y en sí misma padeció una intervención quirúrgica, dolorosa y fracasada, que intentaba situar su clítoris más próximo a la abertura vaginal, para alcanzar la “normalidad orgásmica”—, pero refuerzan la ocupación, o conversión, de un órgano nuevo por medios menos violentos.

Si reunimos todos estos elementos, la tesis de Freud puede plantearse de la siguiente forma. Cualesquiera que sean las perversas prácticas polimorfas que se hayan observado en

¹³¹ Bonaparte, *Female Sexuality*, pág. 203.

un pasado lejano, o que tengan lugar todavía hoy entre niños y animales, la continuidad de la especie y el desarrollo de la civilización dependen de que las mujeres adopten la sexualidad que les corresponde. La aceptación del paso del clítoris a la vagina por parte de una mujer significa también aceptar el rol social femenino que sólo ella puede llenar. Cada mujer debe adaptarse de nuevo a la redistribución de la sensibilidad que se encamina a este fin, debe reinscribir en su cuerpo la historia racial de la bisexualidad. Pero la neurología no acude en su ayuda. Muy por el contrario. Por ello el movimiento es histérico, una reconversión que actúa contra las estructuras orgánicas del cuerpo. Como en el fenómeno del miembro amputado, comprende sentimientos que no están ahí. Llegar a ser una mujer madura es en consecuencia vivir como una estúpida, convertirse en una "histérica normal" para toda la vida, dispuesta a "aceptar" una neurosis de conversión.

Y esto nos lleva de vuelta a la preocupación de Freud, que, como la de Shakespeare al final de *Noche de Reyes*, consiste de alguna manera en asegurar que los cuerpos, cuyas anatomías no garantizan el predominio del sexo procreador heterosexual, se dediquen pese a ello a los roles que les han sido asignados. Pero al mismo tiempo, Freud es un producto del biologismo del siglo XIX, que postula dos sexos con órganos y fisiología distintos, y de un evolucionismo que garantiza la adaptación de las partes genitales a la relación heterosexual. Al final, el mito cultural del orgasmo sexual es nombrado con el lenguaje de la ciencia. Y así, no gracias a la neurología, sino a pesar de ella, una muchacha se convierte en el ideal de mujer de la burguesía vienesa.

Concluyo este libro con Freud, no porque se encuentre al final de la construcción de la diferencia sexual, sino porque planteó de manera muy fecunda sus problemas. Podía haber concluido con los científicos, incluyendo entre ellos a mi tío abuelo Ernst Laqueur, quien en la década de 1930, se preocupó por la androginia endocrinológica, cuando se encontraron hormonas masculinas en mujeres y hormonas femeninas en hombres. Pero esa preocupación no era sino una versión química de la clase de problemas ya planteados a la endocri-

nología del siglo XIX. Freud, precisamente porque hizo saltar por los aires las viejas categorías de hombre y mujer, tuvo que trabajar duro y con ingenio para establecer otras nuevas. Con toda su pasión por la biología, este eminente pensador del siglo XX mostró la dificultad que para la cultura entraña encasillar el cuerpo en las categorías necesarias para la reproducción biológica y, con ella, la cultural. Los dos sexos no constituyen la consecuencia necesaria y natural de la diferencia corporal. Tampoco el sexo único, en realidad. Las formas en que en el pasado se imaginó la diferencia sexual poco debían a lo que de hecho se sabía sobre esta o aquella parcela de la anatomía, este o aquel proceso fisiológico, y por el contrario procedían de las exigencias retóricas del momento. Como es natural, el lenguaje específico cambia con el tiempo —la versión de Freud del modelo unisexo no está formulada con el mismo vocabulario que la de Galeno— y lo propio sucede con el entorno cultural. Pero, en el fondo, el contenido del discurso sobre la diferencia sexual permanece al margen de los hechos y es tan libre como un juego del espíritu.

Índice

PREFACIO	9
Capítulo I. SOBRE EL LENGUAJE Y LA CARNE	15
Capítulo II. EL DESTINO ES LA ANATOMÍA	55
Los órganos y los ojos del topo	56
Sangre, leche, grasa y esperma	73
Orgasmo y deseo	88
Las exigencias de la cultura	103
Capítulo III. NUEVA CIENCIA, CARNE ÚNICA	121
Las prácticas de la anatomía	134
La verdad del modelo de sexo único	176
Cuerpos y metáforas	194
Capítulo IV. LA REPRESENTACIÓN DEL SEXO	203
Sexo único y macrocosmos	205
La representación de un solo sexo en un mundo de dos sexos	216
Sexo, género, médicos y ley	234
Cómo se imagina la generación en la obra de Harvey ...	246
Capítulo V. EL DESCUBRIMIENTO DE LOS SEXOS	257
El sexo biológico	266
La aporía de la biología	281
Orgasmo y diferencia sexual	308
Capítulo VI. EL SEXO SOCIALIZADO	329
La política y la biología de los dos sexos	330
La política cultural de la fecundidad cíclica	352
Vicio solitario, plaga social y taza de té	385
El problema de Freud	397

La *construcción del sexo* analiza la asombrosa historia del sexo en Occidente desde la Antigüedad hasta Freud. Thomas Laqueur muestra cómo, radicalmente, el conocimiento de nosotros mismos, de nuestros cuerpos, de nuestro sexo, ha cambiado a través de los siglos y, en esta transformación, pone de relieve que tan importantes han sido los cambios sociales como las enseñanzas médicas.

Esta obra no aborda únicamente la historia de cómo se construyó el sexo, sino también la de las relaciones entre el cuerpo y la diferencia sexual; en definitiva, la naturaleza de la diferencia sexual, la construcción del género.

- Ediciones Cátedra
- Universitat de València
- Instituto de la Mujer

ISBN 84-376-1290-X 00



9 788437 612904

0164